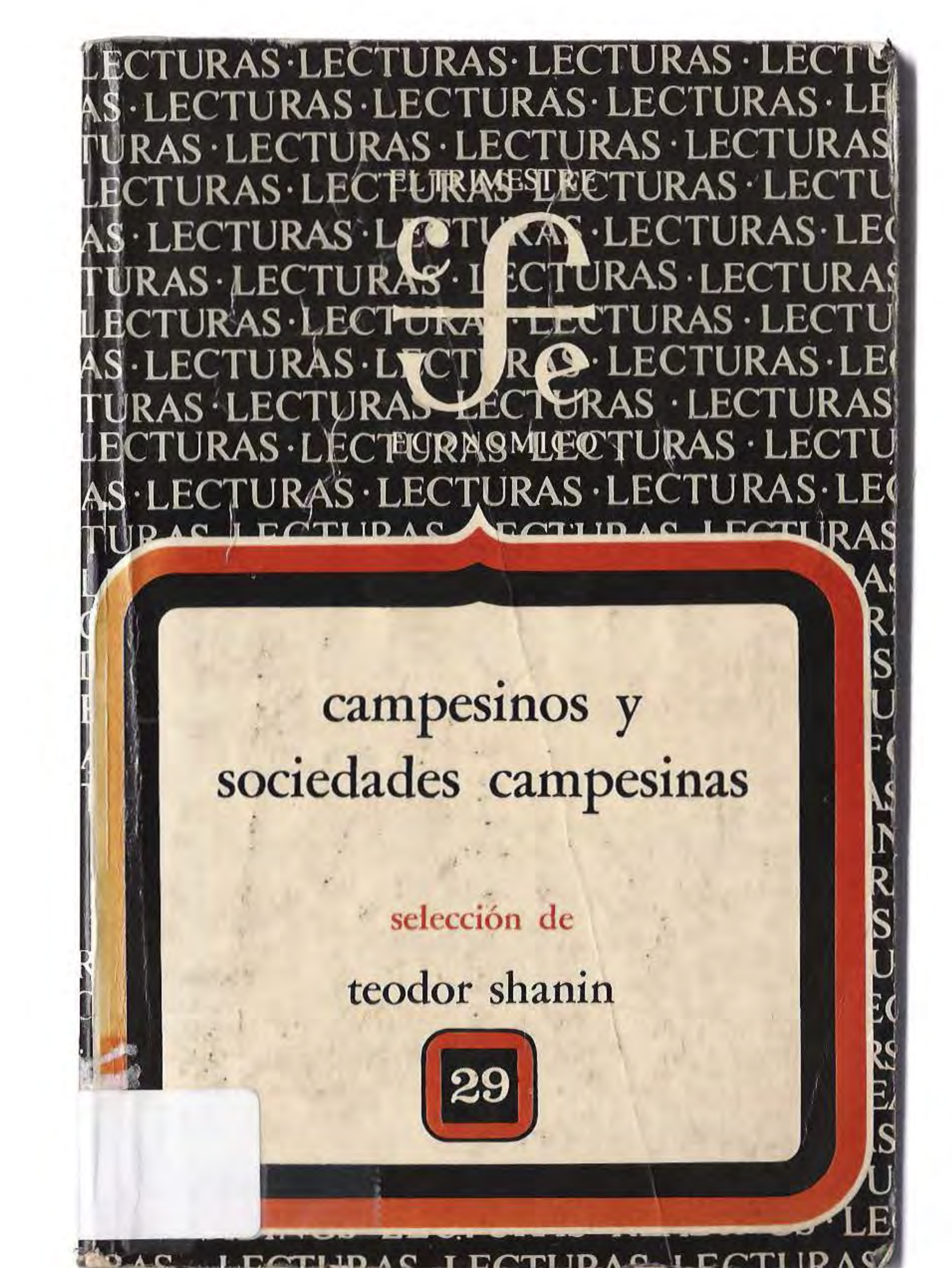
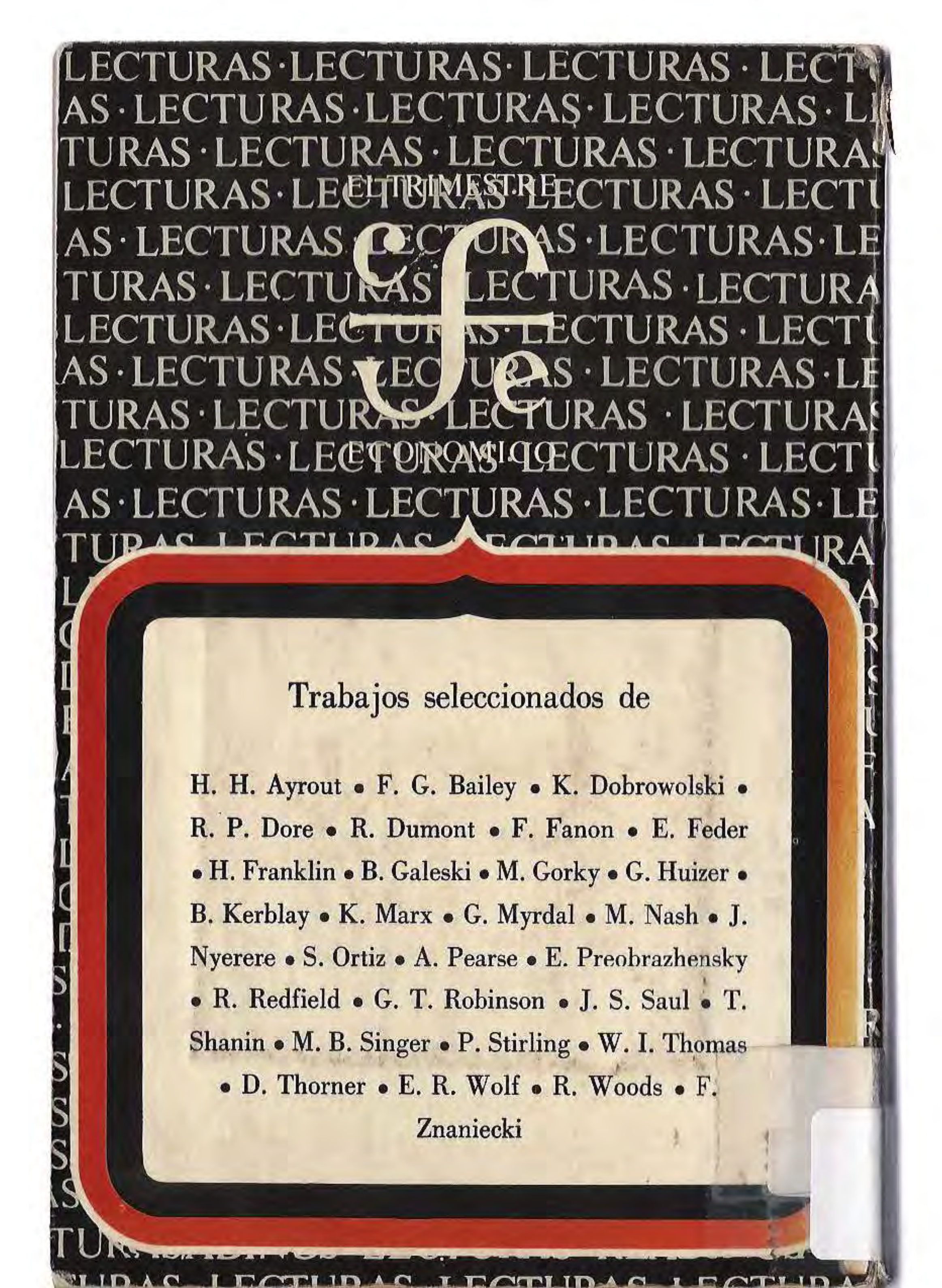

LECTURAS
EL TRIMESTRE
ECONÓMICO
campesinos y
sociedades campesinas
selección de
teodor shanin
29


LECTURAS · LECTURAS · LECTURAS · LECTURAS
EL TRIMESTRE
ECONOMICO
Trabajos seleccionados de
H. H. Ayrout • F. G. Bailey • K. Dobrowolski • R. P. Dore • R. Dumont • F. Fanon • E. Feder • H. Franklin • B. Galeski • M. Gorky • G. Huizer • B. Kerblay • K. Marx • G. Myrdal • M. Nash • J. Nyerere • S. Ortiz • A. Pearse • E. Preobrazhensky • R. Redfield • G. T. Robinson • J. S. Saul • T. Shanin • M. B. Singer • P. Stirling • W. I. Thomas • D. Thorner • E. R. Wolf • R. Woods • F. Znaniecki

LECTURAS

Serie dirigida por Óscar Soberón

29

CAMPESINOS Y SOCIEDADES CAMPESINAS

LECTURAS

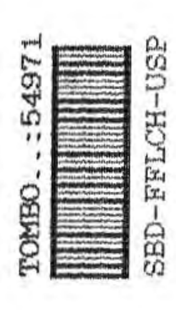
29

Campesinos y sociedades campesinas

SELECCIÓN DE

TEODOR SHANIN





48923
BIBLIOTECA
HISTÓRIA - FFLCH
USP

EL TRIMESTRE



ECONÓMICO

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

333
C195
e.2
<438046>

Primera edición en inglés, 1971
Primera edición en español, 1979

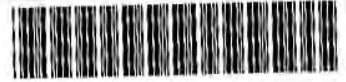
FCE, Biblioteca. Programa de catalogación en la publicación

Shanin, Teodor, comp.
Campesinos y sociedades campesinas [Trad. de Eduardo L. Suárez] México, Fondo de Cultura Económica [1979] 404 pp. (El Trimestre Económico. Lecturas, 29)

Título original: Peasants and peasant societies.

1. Campesinos — Discursos, ensayos, conferencias, etc. 2. Sociedades campesinas. 3. Sociología rural. I. t.

HD1521.S42 301.4443 FCE-79-L29


DEDALUS - Acervo - FFLCH-GE
21100027001

Traducción de
Eduardo L. Suárez

Título original:
Peasants and peasant societies

© 1971, Teodor Shanin
Publicado por Penguin Books Ltd., Harmondsworth, Inglaterra

D. R. © 1979, Fondo de Cultura Eonómica
Av. de la Universidad 975, México 12, D. F.

INTRODUCCIÓN

A Nancy, como un desafío...

Difícilmente podemos hablar de descubrimientos en las ciencias sociales; sin embargo, de vez en cuando surgen temas sociales que impresionan al académico con toda la fuerza dramática de la manzana que cayó a los pies de Newton. Los últimos años han presenciado un redescubrimiento un tanto paradójico de los campesinos. En nuestro mundo en rápida expansión el carácter, el nivel de vida y el destino de enormes mayorías de las áreas más pobres y potencialmente más explosivas del mundo han venido a constituirse en uno de los temas más decisivos de nuestro tiempo. De pronto, detrás de los grandes titulares acerca de los políticos demagogos, los administradores corruptos, los terratenientes ambiciosos y los revolucionarios feroces, se "detectó" la gran incógnita de la mayoría campesina como uno de los principales determinantes estructurales que hacen de las llamadas sociedades en desarrollo lo que son. Tras un cuarto de siglo de oscuridad el "problema campesino" volvió con estruendo como la cuestión dominante de la guerra y la paz, de los campos de batalla de Vietnam y del hambre de la India, y se reflejó en las políticas del "super Estado", las revueltas estudiantiles y los disturbios raciales del otro mundo "civilizado".

La sociología rural como disciplina por derecho propio surgió en los Estados Unidos a principios del siglo, antes que en Europa. Sin embargo, se centraba en la sociología de la agricultura como una ocupación más bien que en los campesinos como una entidad social (Galeski, 1972). El estudio sistemático del campesinado se originó en la Europa Central y Oriental, algo que no debe sorprendernos porque en tales sociedades una *élite* que se "occidentalizaba" rápidamente se enfrentaba a un gran campesinado —la sección más pobre, más atrasada y numéricamente más numerosa de sus países. La cuestión del campesinado se conec-

tó estrechamente con las ideologías de la modernización y recibió su impulso, y con el redescubrimiento de la identidad nacional por los pueblos oprimidos por los imperios ruso, austriaco, alemán y turco. Más tarde, los líderes políticos, los científicos sociales y una multitud de etnógrafos aficionados centraron su atención en el campesino.

Desde los años veinte la investigación europea del campesinado ha encontrado condiciones adversas. Las ideologías nacionalistas, las dictaduras militares y los colectivizadores rusos no propiciaron los estudios específicos del campesinado. Los pocos estudios del campesinado publicados en inglés siguieron siendo aventuras individuales. Además, los científicos sociales de Occidente se encontraron conceptualmente afectados por la tipología prevaleciente: las sociedades preindustriales frente a las industriales (o modernas). Tales análisis se relacionaban en general con una preocupación etnocéntrica por la industrialización y la democracia parlamentaria como formas evidentes de progreso. Los campesinos "desaparecieron", y quedaron así englobados con los tribeños neolíticos, los agricultores chinos, etcétera, en la categoría común de las sociedades preindustriales o primitivas.

El aumento del interés por las sociedades campesinas ha coincidido con desarrollos nuevos de la antropología. Es claro que a los antropólogos occidentales se les han venido agotando las tribus pequeñas y los clanes cerrados. La nueva conceptualización de Kroeber (véase más adelante) ha dirigido la atención hacia el campesinado. Recursos considerables y estudiantes numerosos y escasos de temas, sobre todo en los Estados Unidos, se lanzaron al estudio de las sociedades campesinas, generando una oleada de monografías, numerosas contribuciones analíticas y algunos redescubrimientos de verdades conocidas desde hace largo tiempo fuera de la autarquía del mundo de habla inglesa.

En vista del número rápidamente creciente de estudios campesinos hay algo divertido, si no grotesco, en la incapacidad de los académicos para llegar todavía a un acuerdo general sobre la existencia misma del campesinado como un concepto válido. Para muchos académicos la diversidad ilimitada de los campesinos en diversas aldeas, regiones, países y continentes hace "espuria y engañosa" toda generalización. Además, para gran número de académicos las sociedades campesinas, que parecen desintegrarse bajo el efecto de las fuerzas modernizadoras de la industrialización y la urbanización, no parecen merecedoras de un interés académico de más alcance.

La existencia del campesinado como un concepto realista (y no puramente semántico) puede defenderse por razones empíricas y conceptuales. Primero, basta con leer al mismo tiempo una secuencia de estudios de campesinos originados en países tan disímiles en sus condiciones físicas y sociales como Rusia, Hungría, Turquía, China, Japón, la India, Tanzania, Colombia, etcétera, para advertir numerosas similitudes. Por supuesto, hay diferencias importantes que deben esperarse en vista de la variada experiencia histórica, etcétera, pero lo notable es, como dice Erasmus, "la persistencia de ciertos aributos campesinos" en sociedades tan alejadas (Erasmus, 1967, p. 350). O como dice Redfield: hay "algo genérico en esto" (Redfield, 1956, p. 25).

Conceptualmente, una tendencia a tratar el campesinado como una noción sin cuerpo puede atacarse por razones relacionadas con la esencia de la sociología, con la verdad trivial pero a menudo olvidada de que *una generalización sociológica no implica una pretensión de homogeneidad ni un intento de uniformidad*. Por el contrario, un estudio comparativo implica la existencia de similitudes y diferencias, sin las cuales, por supuesto, una generalización carecería de sentido. Al perseguir una "ciencia generalizadora", un sociólogo se expone siempre a la ira de los seguidores de esas disciplinas en que el estudio de la unicidad es fundamental y con facilidad se convierte en un dogma de fe. Mucho de esto se basa en un mal entendido. Una parte sólo ilustra las limitaciones de la actividad del sociólogo y de toda conceptualización de una realidad ilimitadamente única. Como dice Max Weber, "el análisis sociológico nos aparta de la realidad y al mismo tiempo nos ayuda a entenderla", y, en consecuencia, ..."el carácter abstracto de la sociología es responsable del hecho de que comparados con la realidad histórica [los

conceptos sociológicos] no alcanzan precisamente un contenido concreto" (Weber, 1925, pp. 109-112).

En un marco de pensamiento que acepta el epítome de la sociología como "una ciencia generalizadora" y la existencia del campesinado como un tipo específico, de alcance mundial, de estructura social, podemos distinguir cuatro grandes tradiciones conceptuales que han influido sobre el academismo contemporáneo: la teoría marxista de las clases, la tipología de la "economía específica", la tradición cultural etnográfica y la tradición durkheimiana desarrollada por Kroeber y aliada por su teoría del cambio social a la sociología funcionalista.

La tradición marxista del análisis de clases ha enfocado el campesinado en términos de relaciones de poder, es decir, como los productores oprimidos y explotados de la sociedad precapitalista (Marx y Engels, 1950). El campesinado contemporáneo aparece como un vestigio de una formación social anterior, con sus características reforzadas por permanecer en el fondo de la estructura del poder social. La segunda tradición ha considerado la estructura social del campesinado como determinada por un tipo específico de economía, cuyo meollo se encuentra en la forma de operación de una granja familiar. Este enfoque puede relacionarse también con Marx, pero fue hecho explícito por primera vez por Vasil'chakov (1881) y desarrollado en plenitud por Chayanov (1925). La tercera tradición, que deriva de la etnografía europea y de la antropología occidental tradicional, tiende a enfocar a los campesinos como los representantes de una tradición nacional anterior, preservada como un "retraso cultural" por la inercia típica de las sociedades campesinas. La cuarta tradición, originada por Durkheim, ha seguido un camino complejo. El dualismo básico aceptado por Durkheim y su generación (Tönnies, Maine, etcétera) divide la sociedad en lo "tradicional" (dividido en segmentos sociales uniformes, cerrados y cohesivos) y lo moderno u "orgánico", basado en una división del trabajo y en la interacción necesaria de las unidades (Durkheim, 1960). Kroeber colocó más tarde a las sociedades campesinas en una posición intermedia como "sociedades parciales con culturas parciales",

segmentos parcialmente abiertos en una sociedad centrada en las ciudades (Kroeber, 1948, p. 284). Redfield convirtió los "segmentos parciales" campesinos en la piedra angular de una conceptualización aceptada por la mayoría de los antropólogos norteamericanos, con la tendencia consiguiente a fosilizarse en verdades evidentes por el volumen enorme de monótona repetición.

Las definiciones y los modelos sociológicos se asemejan a bosquejos bidimensionales de una realidad multidimensional. Cada uno de ellos lleva algo de verdad parcial, cada uno refleja necesariamente sólo una parte del fenómeno caracterizado. La realidad es más rica que cualquier generalización, y eso se aplica en particular a las sociedades campesinas, que son estructuras sociales muy complejas con escasa organización formal. Y sin embargo, sin la delineación conceptual de los campesinos y de las sociedades campesinas como un tipo de estructura social, este volumen de lecturas se convertiría en una historia de fantasmas.

Delimitaremos las sociedades campesinas estableciendo un tipo general con cuatro facetas básicas. No hay duda de que una definición del campesinado con un solo factor determinante sería más clara pero demasiado limitante para nuestros fines. El tipo general así definido incluiría lo siguiente:

1. *La granja familiar campesina como la unidad básica de una organización social multidimensional*. La familia, y casi sólo la familia, aporta la mano de obra en la granja. La granja, y casi sólo la granja, cubre las necesidades de consumo de la familia y el pago de sus deudas al poseedor de poder político y económico. La acción económica se entrelaza estrechamente con las relaciones familiares, y el motivo de la maximización de la ganancia en términos monetarios raras veces aparece en su forma explícita. La granja familiar que se perpetúa a sí misma opera como la principal unidad de propiedad, socialización, sociabilidad y bienestar de los campesinos, donde el individuo tiende a someterse a un comportamiento formalizado de papel familiar.

2. *El cultivo de la tierra como el medio principal de subsistencia para satisfacer la mayor parte de las necesidades de consumo*. La agricultura tradicional incluye una com-

binación específica de tareas a un nivel relativamente bajo de especialización y de adiestramiento vocacional dentro de la familia. La producción de alimentos hace relativamente autónoma a la granja familiar. El efecto de la naturaleza es particularmente importante para la subsistencia de unidades productivas tan pequeñas y con recursos limitados.

3. *Una cultura tradicional específica relacionada con la forma de vida de comunidades pequeñas.* Diversos autores han advertido rasgos culturales específicos (en el sentido de normas y cogniciones socialmente determinadas) de los campesinos. La preminencia de las actitudes tradicionales y conformistas, es decir la justificación de la acción individual en términos de la experiencia pasada y de la voluntad de la comunidad, puede emplearse aquí como un ejemplo. Por lo menos una parte de estos patrones culturales se relacionan con las características de una pequeña comunidad aldeana, donde puede aceptarse la vida en tal comunidad como un aspecto adicional definidor del campesinado.

4. *La posición de súbdito y la dominación del campesinado por forasteros.* Por regla general los campesinos han estado alejados de las fuentes sociales del poder. Su sujeción política se conecta con la subordinación cultural y con su explotación económica a través del impuesto, la faena, la renta, el interés y los términos de intercambio desfavorables para el campesino. Pero en algunas condiciones pueden convertirse en el proletariado revolucionario de nuestro tiempo.

La definición de un "tipo general" conduce a una nueva delineación de *grupos analíticamente marginales* que comparten con los campesinos "propiamente dichos" la mayor parte de sus características, pero no todas. En general tales diferencias pueden presentarse en escalas cuantitativas de más/menos. La marginalidad analítica no implica aquí en ningún sentido insignificancia numérica o alguna falta particular de estabilidad. Los principales grupos marginales pueden clasificarse por las características básicas que no compartan con el tipo general propuesto, por ejemplo un trabajador agrícola que no posea una granja bien equipada, un artesano rural poseedor de poca o sin tierra, el colono de la frontera o el campesino armado que a veces escapa a siglos

de sumisión política a lo largo de las fronteras o en las montañas (por ejemplo, los cosacos o los montañeses suizos). Los grupos analíticamente marginales pueden ser también un producto de etapas distintas de desarrollo económico, o bien de políticas estatales contemporáneas distintas respecto de la agricultura (por ejemplo los pastores, los trabajadores, los campesinos en las modernas comunidades industriales, o los miembros de un *koljós* ruso).

Como toda entidad social el campesinado existe sólo como un proceso, es decir en su cambio. Las diferencias regionales entre los campesinos reflejan en gran medida sus historias diversas. La tipología sugerida puede emplearse como una norma para el análisis histórico; los tipos de campesinos pueden enfocarse como etapas básicas del desarrollo. Sin embargo, debemos cuidarnos de los errores en que se incurre cuando se trata de forzar cambios multidireccionales dentro de esquemas nítidos y demasiado simplificados que presuponen un desarrollo unilateral de los campesinos de todos los periodos, áreas y países.

Parte del dinamismo evidente en las sociedades campesinas no conduce a cambios estructurales y puede tener carácter cíclico. Sin embargo, en general la atención de los académicos se ha centrado en los cambios estructurales y sobre todo en los que conducen a la integración creciente de los campesinos en una sociedad nacional y mundial. Los mecanismos sociales implicados en tales cambios están estrechamente conectados y pueden relacionarse una vez más con el tipo general sugerido. La difusión de las relaciones de mercado, la importancia creciente del intercambio y el advenimiento de una economía monetaria, transforman gradualmente la granja familiar campesina en una empresa de carácter capitalista, lo que implica la desaparición de sus características peculiares. La profesionalización refleja una creciente división del trabajo que gradualmente transforma las funciones agrícolas y ocupacionales del campesino. La urbanización, la aculturación y la difusión de la cultura de masas por el campo destruyen las características específicas de la cultura campesina y el acercamiento y la homogeneidad relativos de las aldeas. El efecto de la política es-

tatal sobre la estructura social campesina encuentra expresión en la reforma agrícola y la colectivización. Pero la identificación de los factores del cambio social no significa necesariamente que tal cambio ocurra. Si se resisten al cambio mecanismos sociales de operación simultánea puede aparecer un reforzamiento de la estructura social campesina en ciertas condiciones. Esto ha ocurrido en ocasiones en algunas sociedades contemporáneas, sobre todo bajo la influencia de la reforma agraria. Sin embargo, la definición del campesinado según la cual éste representa un aspecto del pasado que sobrevive en el mundo contemporáneo parece válida en general. Pero descartar al campesinado como resultado parece ser manifiestamente erróneo: aun en nuestra época "dinámica", vivimos en un presente arraigado en el pasado, y es allí que se configura nuestro futuro. En consecuencia, conviene recordar que —tanto en el pasado como en el presente— los campesinos constituyen la mayoría de la humanidad.[1]

Este volumen de lecturas se centra en las características genéricas de las sociedades campesinas consideradas como tipos cualitativamente distintos de organización social. Este tipo de enfoque parece particularmente importante para los lectores occidentales no familiarizados con el campesinado. Sin duda se necesitan otros tratamientos que hagan hincapié en la diversidad de las sociedades campesinas y analicen sus raíces históricas, y hemos tratado de no perder de vista "la otra cara de la moneda" (véase, por ejemplo, la contribución de Ortiz, p. 288). En realidad, la importante controversia académica que parece afectar todas las subdivisiones posibles del campo es el abismo que media entre quienes tienden a concentrarse en los rasgos específicos de las características sociales de los campesinos (y en consecuencia consideran necesarias construcciones teóricas especiales) y quienes tienden a sostener un enfoque opuesto.

La división interna del volumen se hace por temas (y no por región geográfica), y se relaciona con el "tipo general" de sociedad campesina ya bosquejado. La escasa diferenciación institucional típica de las sociedades campesinas hace

[1] Véase en Shanin (1971) una versión más extensa de este tratamiento.

arbitraria cualquier división de los artículos seleccionados; sin duda muchos de ellos podrían aparecer bajo más de un rubro. En consecuencia, los capítulos individuales deben considerarse como un foco analítico más bien que como un compartimiento estanco. Para evitar una tradición sociológica conservadora, según la cual a varios capítulos sobre la "estructura social" sigue un capítulo sobre el "cambio social" (y con él una imagen implícita de una estructura social no cambiante), todos los capítulos incluyen un análisis estructural y otro dinámico.

En la selección de las contribuciones se ha hecho un intento por llamar la atención del lector sobre las raíces clásicas de la tradición sociológica pertinente, y por romper las barreras lingüísticas que hasta ahora han impedido la apreciación generalizada de muchos de los estudios europeos sobre el campesinado. Por último, la selección de estudios no se ha limitado aquí a lo escrito por sociólogos, sino que viola —y con razón— algunas de las barreras interdisciplinarias.

Las contribuciones de la sección A de la Primera Parte se centran en las unidades básicas de la organización social campesina: la granja familiar, la comunidad aldeana y los grupos campesinos regionales, así como en su diferenciación interna, su movilidad y su cambio estructural. La sección B presenta algunos de los "grupos analíticamente marginales" de campesinos: los peones latinoamericanos, los tribeños africanos, los jornaleros agrícolas, etcétera, y sus relaciones recíprocas. La Segunda Parte enfoca las formas de producción e intercambio típicas de la sociedad campesina. La Tercera Parte reúne varias contribuciones sobre la sociología política del campesinado, enfocado como una clase. La Cuarta Parte examina los patrones culturales campesinos en el sentido de Wright Mills de "el medio a través del cual los hombres ven, y los mecanismos mediante los cuales interpretan y manifiestan lo que ven" (Wright Mills, 1962, p. 406). Tales patrones incluyen la cognición campesina de la realidad, las costumbres, la religión, la estética, el entretenimiento y la "aculturación". La Quinta y última Parte incluye algunos ejemplos de las actitudes y las políticas hacia el campesinado en el mundo contemporáneo. La lectura 26 que

allí se encuentra puede servir como una introducción adecuada al conjunto del texto al ejemplificar la diversidad y las emociones que subyacen en las actitudes intelectuales contemporáneas hacia el campesinado.

Las limitaciones inevitables impuestas al tamaño de una publicación de esta clase constituyeron, sin duda, la parte más frustrante del proceso de compilación. Después de todo las 2 000 páginas de Znaniecki no reflejan verbosidad sino la "riqueza" del tema (Thomas y Znaniecki, 1918). Algunas áreas como "la historia del campesinado", o "la economía política del campesinado" (en particular el efecto social de la tenencia de la tierra) sólo pudieron tratarse de modo superficial. La lista de lecturas es un intento parcial de rectificación de esta deficiencia; pero una solución genuina sólo podría encontrarse en un aumento del número y la diversidad conceptual de las publicaciones incluidas; un aumento suficientemente grande para corresponder a la complejidad e importancia del tema.

Referencias

Chayanov, A. V. (1925), Organizatsiya krest'yanskogo khozyaistva. Traducido como *The Theory of Peasant Economy*, D. Thorner, R. E. F. Smith y B. Kerblay (comps.), Irwin, 1966.

Durkheim, E. (1960), *The Division of Labor in Society*, Free Press.

Erasmus, C. (1967), "The upper limits of peasantry and agrarian reform: Bolivia, Venezuela and Mexico compared", *Ethnology*, vol. 6, núm. 4.

Galeski, B. (1972), *Basic Concepts of Rural Sociology*, Manchester University Press.

Kroeber, A. L. (1948), *Anthropology*, Harrap (versión castellana del FCE).

Marx, K., y F. Engels (1950), *Selected Writings*, vol. 1, International Publishing House, Moscú.

Redfield, R. (1956), *Peasant Society and Culture*, University of Chicago Press.

Shanin, T. (1971), "Peasantry: a delineation of concept and a field of study", *European Journal of Sociology*, vol. 12, pp. 289-300.

Thomas, W. I., y F. Znaniecki (1918), *The Polish Peasant in Europe and America*, Dover Publications, 1958.

Vasil'chakov, A. (1881), *Selskii byt i sel'skoe khozyaistvo v Rossii* (desarrollado en parte en un estudio anterior publicado en 1876), San Petersburgo.

Weber, M. (1925), *The Theory of Social and Economic Organization*, Free Press, 1964.

Wright Mills, C. (1962), *Power, Politics and People*, Ballantine Books.

Primera Parte

LA ESTRUCTURA SOCIAL DEL CAMPESINADO

A. Las unidades básicas

La Primera Parte considera las unidades sociales básicas y los patrones de interacción típicos de las sociedades campesinas. Se compone de dos secciones. La sección A examina los componentes fundamentales de lo que podríamos llamar un tipo general de sociedad campesina que representa los aspectos específicos y genéricos de tales entidades sociales. Principia con un análisis de la familia y el matrimonio campesinos tomados del estudio clásico de Thomas y Znaniecki que en muchos sentidos inició la investigación sociológica sistemática de las sociedades campesinas. Le siguen las contribuciones de Shanin y Stirling sobre el hogar campesino y la comunidad aldeana respectivamente; la pequeña anécdota de Ayrout actúa como refuerzo del estudio de Stirling. El estudio de México por Wolf plantea la cuestión de las divisiones internas de tales comunidades, sobre todo respecto de sus redes de patrones-clientes y su relación con la estructura política nacional. El ensayo de Pearse completa la sección arrojando luz sobre la dinámica básica de la desintegración de las estructuras sociales campesinas iniciada por el efecto del complejo urbano-industrial sobre la sociedad rural. Los dos últimos ensayos subrayan en particular la posición de los campesinos en relación con la sociedad en general.

Por falta de espacio no se han tratado en forma sistemática algunos temas importantes como las redes sociales de los campesinos fuera de la aldea, las organizaciones de parentesco más amplias, y la diferenciación socioeconómica y la movilidad social (en muchos casos de carácter cíclico y reforzadoras de la estabilidad del sistema social existente). La bibliografía complementaria que aparece al final del libro sugerirá algunas referencias importantes.

1. UNA FAMILIA CAMPESINA POLACA *

William I. Thomas y Florian Znaniecki

LA FAMILIA es un grupo muy complejo, con límites determinados sólo de manera aproximada y con clases y grados muy diversos de relación entre sus miembros. Pero la conexión familiar fundamental es una e irreductible; no puede convertirse en ningún otro tipo de relación de grupo ni reducirse a una relación personal entre individuos de otro modo aislados. Puede llamarse *solidaridad familiar*, y se manifiesta en la asistencia prestada a cualquier miembro del grupo, y en el control ejercido sobre él por cualquier otro miembro representativo del grupo en conjunto. Es totalmente diferente de la solidaridad territorial, religiosa, económica o nacional, aunque evidentemente estos son lazos adicionales promotores de la solidaridad familiar y veremos que toda disolución de ellos ejerce ciertamente una influencia disolvente sobre la familia. Y, de nuevo, la solidaridad familiar y el grado de asistencia y de control implicados no deben depender del carácter personal de los miembros, sino sólo de la clase y el grado de su relación; la relación familiar entre dos miembros no admite gradación, como ocurre con el amor o la amistad. Desde este ángulo todas las relaciones familiares en su forma ideal, es decir tal como serían si no hubiese una desintegración progresiva de la familia, se vuelven perfectamente claras.

La relación entre los esposos está controlada por las familias de ambos, y el marido y la mujer no son individuos conectados más o menos estrechamente de acuerdo con sus sentimientos personales, sino miembros del grupo conectados absolutamente en una forma singular. Por lo tanto, la norma del matrimonio no es el amor, sino el "respeto", como relación que puede ser controlada y reforzada por la familia y que corresponde también exactamente a la situación de la otra parte como miembro de un grupo y representativo de la dignidad de ese grupo. La norma del respeto de la esposa hacia el esposo incluye la obediencia, la fidelidad, y el cuidado de la comodidad y la salud del esposo; la del respeto del esposo hacia la esposa incluye el buen trato, la fidelidad y el impedir que la esposa trabaje por un salario si ello no es indispensable. En general ni el marido ni la mujer

* Extractos de William I. Thomas y Florian Znaniecki, *The Polish Peasant in Europe and America*, Dover Publications, 1958, pp. 89-112. Publicada por primera vez en 1918.

deben hacer algo que pudiera rebajar la posición social del otro, porque ello conduciría a una rebaja de la posición social de la familia del otro. El afecto no está incluido explícitamente en la norma del respeto, pero es deseable. En cuanto al amor sexual, esta es una cuestión puramente personal, no está ni debe estar socializado en forma alguna; la familia lo pasa por alto deliberadamente, y la más ligera indecencia o indiscreción en cuanto a las relaciones sexuales en el matrimonio se contempla con disgusto y se condena moralmente.

La asistencia familiar a los jóvenes casados se da bajo la forma de la dote, que ambos reciben. Aunque de ordinario son los padres quienes dan la dote, un abuelo o una abuela, un hermano o un tío, también pueden hacer un legado al marido o a la mujer. Esto indica el carácter familiar de la institución, y este carácter se manifiesta aún más si advertimos que la dote no es en sentido pleno propiedad de la pareja casada. Es parte de la propiedad familiar general en la medida en que la pareja casada es parte de la familia. El hecho de que no se pongan de acuerdo sobre este punto los futuros esposos sino sus familias, representadas por sus padres y por sus padrinos, es otra prueba de esta relativa comunidad de la propiedad. La asistencia debe asumir la forma de dote simplemente porque la pareja casada, compuesta de miembros de dos familias diferentes, debe aislarse hasta cierto punto de una o la otra de estas familias; pero el aislamiento no es una individualización, sino sólo una adición de nuevos lazos familiares a los antiguos, el inicio de un núcleo nuevo.

La relación entre padres e hijos está determinada también por la organización familiar. La autoridad paterna es compleja. En primer lugar es el derecho de control que los padres ejercen como miembros del grupo sobre otros miembros, pero naturalmente el control es extraordinariamente fuerte en este caso a causa de la relación particularmente íntima. Pero es más que eso. Los padres son representantes privilegiados del grupo en conjunto apoyados por todos los demás miembros en el ejercicio de su autoridad, pero también son responsables de sus acciones ante el grupo. El poder de esta autoridad es realmente grande; un hijo rebelde no encuentra ayuda alguna por ninguna parte, ni siquiera en la generación más joven, porque cada miembro de la familia se pondrá del lado de los padres si considera que tienen razón, y todos sentirán detrás de ellos la voluntad familiar y desempeñarán el papel de un representante del grupo. Por otra parte, la responsabilidad de los padres ante el grupo familiar es muy clara en todo caso de severidad excesiva o de tolerancia excesiva de su parte. [. . .]

Como hemos visto la familia campesina polaca está organizada como una pluralidad de grupos matrimoniales interrela-

cionados que constituyen otros tantos núcleos de vida familiar y cuya importancia es variada y cambiante. Por lo tanto, el proceso de constitución y evolución de estos núcleos es el fenómeno esencial de la vida familiar. Pero al mismo tiempo culminan en el matrimonio muchos otros intereses de la vida campesina, y debemos tomar en consideración el papel de éstos.

El sistema familiar conjunto de actitudes considera en forma absoluta el postulado del matrimonio para cada miembro de la generación joven. La familia es una organización dinámica, y los cambios producidos por el nacimiento, el crecimiento, el matrimonio y la muerte no tienen nada de incidentales o inesperados, sino que están incluidos como normales en la organización misma, continuamente tomados en cuenta y previstos, y toda la vida práctica de la familia se adapta a ellos. Una persona que no se casa dentro de cierto tiempo, así como un anciano que no muere a cierta edad, provoca en el grupo familiar una actitud de asombro desfavorable; estos individuos parecen haberse quedado parados en medio de un movimiento continuo, y así son dejados atrás y se quedan solos. Desde luego, hay excepciones. Se supone que un joven (o una joven) con algún defecto físico o intelectual no debe casarse, y la familia adopta una actitud correspondiente desde su tierna infancia y le proporciona un lugar con anticipación. Entonces su eventual matrimonio provocaría el mismo asombro desfavorable que la soltería de los otros. [. . .]

La familia no sólo exige que sus miembros se casen sino que dirige también su elección. Esto no es una tiranía ni un egoísmo de los padres, ni una solicitud por el cuidado del hijo, sino una consecuencia lógica de la situación del individuo dentro del grupo familiar. El individuo es una pareja sólo como miembro del grupo y como resultado de la posición social de la familia dentro de la comunidad y de la protección y la ayuda en cuestiones sociales y económicas prestadas por la familia. Por lo tanto tiene responsabilidades correspondientes; al casarse no debe tomar en consideración sólo sus intereses sino también los de la familia. Estos últimos condicionan la elección de la pareja en tres sentidos.

1. El cónyuge es un forastero que se convierte en miembro de la familia mediante el matrimonio. En consecuencia, la familia requiere de este individuo una personalidad que encaje con facilidad dentro del grupo y se asimile a éste con el menor esfuerzo posible. No es importante sólo un buen carácter, sino un conjunto de hábitos semejantes a los prevalecientes en la familia a la que va a incorporarse. En ocasiones el cónyuge en perspectiva es desconocido para la familia, a veces no lo conoce ni el miembro de la familia con quien va a casarse, y en este caso se exigen garantías sociales. El hombre o la mujer deben

provenir por lo menos de una buena familia perteneciente a la misma clase de la familia a la que va a incorporarse y si es posible asentada en el mismo distrito, porque las costumbres y los hábitos difieren de una localidad a otra. La ocupación de un hombre debe ser de tal índole como para no desarrollar algunos rasgos inconvenientes, es decir, no asimilables. Una mujer debe haber vivido en su hogar y no debe haber realizado trabajo asalariado habitualmente. Un hombre no debe tener nunca una ocupación contra la que exista un prejuicio en la comunidad. En este punto hay otro motivo en la selección, o sea la vanidad. Por último, una viuda o un viudo son parejas indeseables porque su asimilación resulta más difícil que la de una mujer o un hombre jóvenes. Si no es desconocido sólo el futuro cónyuge sino también su familia, los padres, o alguien en su lugar, tratarán de relacionarse personalmente con algunos de los parientes para inspeccionar el tipo general de su carácter y de su conducta. De aquí proviene la costumbre usual de arreglar matrimonios a través de amigos y parientes. Esta forma de arreglo es intermedia entre aquella en que el punto de partida es el conocimiento personal y la otra en que la conexión con cierta familia se busca primero a través del *swaty* (el casamentero profesional) y el conocimiento personal viene después. En esta forma intermedia el punto de partida es la amistad con parientes del hombre o de la mujer. Se supone que el futuro cónyuge se asemeja a sus parientes en el carácter, y al mismo tiempo que la familia a la que pertenecen estos parientes es merecedora de la conexión. Pero esto nos conduce al segundo aspecto del control familiar del matrimonio.

2. El candidato para el matrimonio pertenece a una familia que por conducto del matrimonio se conectará con la de su esposa. En consecuencia, el grupo familiar asume el derecho de controlar la elección de su miembro, no sólo por lo que toca a las cualidades personales del futuro cónyuge sino también en lo referente a la naturaleza del grupo al que se integrará. La posición del grupo dentro de la comunidad es aquí la base de la selección. Esta posición está condicionada a su vez por diversos factores: riqueza, moralidad, inteligencia, instrucción, religiosidad, influencia política y social, conexión con clases superiores, solidaridad entre los miembros de la familia, clase de ocupación, tamaño de la familia, su tiempo que tengan viviendo en la localidad, etcétera. Naturalmente cada familia trata de hacer la mejor alianza posible; al mismo tiempo trata de no rebajar su propia dignidad arriesgándose a una negativa o aceptando de inmediato la mejor pareja, lo que revelaría demasiado interés. Así se explica la prolongada selección y vacilación, real o fingida, por ambas partes, mientras que el problema consiste en no desalentar a ningún candidato, porque el conjunto de posibilidades abiertas a un individuo es una prueba de la elevada posición de la familia. Así se explican también instituciones tales como las del casamentero, cuya misión consiste en acortar el ceremonial de la elección sin rebajar aparentemente la dignidad de las familias implicadas. La libertad relativa concedida a los propios individuos, la rendición aparente ante el amor personal, tiene en muchos casos su fuente en el deseo de acortar el proceso de selección trasladando la responsabilidad del grupo al individuo. En el *swaty* formal tradicional está incorporado este control familiar del matrimonio. El joven, acompañado del padrino, visita las familias con las que su familia ha considerado conveniente aliarse, y sólo entre ellas puede escoger esposa. Lo reciben los padres de la joven, quienes primero se enteran de todo lo relativo al joven y a su familia y luego lo alientan a que vuelva o lo rechazan de plano. Y la joven puede seleccionar marido sólo entre los alentados por su familia.

3. Se crea una situación particular cuando están implicados una viuda o un viudo con hijos del primer matrimonio. Aquí es muy difícil la asimilación, porque ya no debe asimilarse un individuo, sino una parte de un grupo matrimonial extraño. Al mismo tiempo, la conexión con la familia del viudo o la viuda será incompleta, porque la familia del primer esposo o la primera esposa también tiene algunos derechos. En consecuencia, tal matrimonio no se contempla favorablemente, y debe haber alguna superioridad social clara del futuro cónyuge y de su familia para compensar la desventaja causada por la peculiar situación familiar. Por eso un segundo matrimonio suele ser uno que, si fuese el primero, sería una mala alianza.

Por supuesto, con la desintegración de la vida familiar debe surgir cierta liberación de los derechos familiares en cuestiones matrimoniales. Pero la misma liberación puede asumir formas diversas. En lo que toca a las cualidades personales de su futura esposa, el hombre puede dejar de consultar a su familia sin dejar de aplicar los mismos principios de apreciación que aplicaría su familia: seleccionar una persona cuyo carácter y cuyos hábitos se asemejen al tipo prevaleciente en su propia familia, una persona cuyos parientes le sean conocidos, que sea originaria quizá de la misma localidad, etcétera. Así, por ejemplo, los inmigrantes a los Estados Unidos cuya individualización apenas se ha iniciado tratan siempre de casarse con hombres o mujeres recién llegados del país de origen, si es posible de su propia aldea nativa.

Un segundo grado de individualización se manifiesta en una selección más razonada de las cualidades que el individuo desea en su futuro cónyuge en vista de su propia felicidad personal y sin que importen los deseos de la familia. Este tipo de selección

prevalece, por ejemplo, en la mayoría de los segundos matrimonios, cuando el individuo se ha vuelto plenamente consciente de lo que desea de su futuro cónyuge y cuando el sentimiento de su propia importancia, que aumenta con la edad, le enseña a desestimar las posibles protestas de su familia. Este es también un tipo frecuente en las ciudades, donde el individuo se asocia con personas de diversos orígenes y hábitos. El argumento típico universal que se opone aquí a cualesquiera protestas familiares es éste: "Yo voy a vivir con esta persona, no ustedes, de modo que a ustedes no les incumbe."

Por último, la forma más alta de individualización se encuentra en el matrimonio por amor. Una determinación razonada de las cualidades que el individuo desea encontrar en su futuro cónyuge permite alguna discusión, algún control familiar, y alguna influencia de la tradición; en cambio, en el matrimonio por amor toda posibilidad de control es rechazada *a priori*. Aquí, bajo la influencia del momento, se concede la mayor oportunidad a matrimonios entre individuos cuyo determinismo social difiere más ampliamente, aunque después de todo esta diferencia no suele ser muy grande, ya que el sentimiento de amor requiere cierta comunidad de tradiciones sociales.

2. UNA FAMILIA CAMPESINA RUSA A PRINCIPIOS DE SIGLO *

Teodor Shanin

LAS FAMILIAS campesinas forman el núcleo básico de la sociedad campesina. La naturaleza específica de las familias campesinas parece constituir la característica singular más importante del campesinado como fenómeno social específico y originar los rasgos genéricos manifestados por los campesinos en todo el mundo.[1] Una familia campesina se caracteriza por una integración casi total de la vida familiar y su actividad agrícola. La familia aporta la mano de obra para la granja, mientras que las actividades de la granja se ligan sobre todo a la producción de los bienes de consumo básico de la familia más los impuestos debidos a los poseedores de poder político y económico.

La familia campesina rusa (*dvor*) de principios de siglo correspondía muy de cerca al tipo general descrito. "La familia y la granja aparecen casi como sinónimos", observó Mukhin (1888, p. 151) en su compilación sobre las costumbres campesinas a fines del siglo XIX. Un volumen de una enciclopedia rusa publicada en 1913 (*Novyi Entsikopedicheskii Slovar*, vol. 18, p. 519) describía a la mayor parte de las familias campesinas como "empresas de consumidores-trabajadores, cuyo objetivo son las necesidades de consumo de la familia y cuyos medios son la fuerza de trabajo de la familia, con escaso o ningún uso del trabajo asalariado".

En la mayoría de los casos una familia campesina rusa se componía de parientes consanguíneos de dos o tres generaciones. Sin embargo, el determinante básico de la calidad de miembro de la familia no era un lazo sanguíneo sino la participación total en la vida de la unidad familiar, o como decían los campesinos rusos, el hecho de "comer de la olla común" (Chayanov, 1925, p. 54). Esta unidad implicaba: vivir juntos bajo la autoridad de un patriarca, una organización social y una división del trabajo de acuerdo con lineamientos familiares tradicionales, y la identificación básica del miembro con la unidad familiar.[2] En

* Extractado de Teodor Shanin, *The Awkward Class*, Clarendon Press, 1972.

[1] Véase en Redfield (1956), por ejemplo, un examen de las características genéricas del campesinado en diversos países y periodos.

[2] Empleamos aquí la palabra "tradicional" en el sentido amplio adop-

consecuencia, quien se uniera a la familia por el matrimonio o la adopción (*primaka*, *vlazen'*) era considerado miembro con derechos plenos, mientras que un hijo de la familia que formara una unidad familiar propia era considerado como un extraño.

La familia campesina funcionaba como una unidad de organización social muy cohesiva, con divisiones básicas de trabajo, autoridad y prestigio según líneas familiares establecidas. Por regla general el jefe de la familia era el padre o el miembro más viejo de la familia. Su autoridad sobre otros miembros y sobre los asuntos familiares de acuerdo con la costumbre campesina implicaba derechos autocráticos y deberes amplios de cuidado y protección. La familia era la unidad básica de producción, consumo, propiedad, socialización, sociabilidad, apoyo moral y ayuda económica recíproca. Tanto el prestigio social como la autoestima de un campesino se definían por la familia a que pertenecía y por su posición dentro de ella, al igual que sus lealtades y su autoidentificación.

A pesar de su pesada carga de trabajo (en la casa y el campo) y de su importancia funcional en una familia campesina, las mujeres eran consideradas ciudadanas de segunda clase y casi siempre colocadas bajo la autoridad de un hombre. Sin embargo, aun la esencialmente aceptada igualdad de los miembros masculinos debe verse en el marco de una estructura patriarcal que implica amplios derechos del jefe sobre su familia. La gran cohesión de la familia y la propiedad familiar significaban sumisión y falta de toda propiedad tangible para los varones más jóvenes.

"La vida de una familia es la vida de una granja" (Makarov, 1917, p. 71). En el periodo que consideramos una granja campesina típica era una pequeña empresa agrícola (2.2 a 6.7 hectáreas de tierra cultivada), basada en técnicas y tipos de equipo agrícolas de siglos de antigüedad.[3] Los granos dominaban la producción campesina y la dieta alimentaria (Den, 1925, pp. 188, 211). La economía campesina rusa manifestaba fuertes tendencias autárquicas, características de las sociedades rurales preindustriales. El campo de las relaciones de mercado estaba limitado por objetivos de producción determinados en gran medida por el consumo, las bajas tasas de excedentes, el uso limitado del dinero, y un bajo nivel de especialización profesional y de diversificación entre la población rural.

Las actividades productivas de la familia consistían sobre todo en grandes esfuerzos de sus miembros para salir adelante, es decir, para alimentar a la familia y pagar derechos e impuestos.

tado por Weber (1925, pp. 324-423) como el opuesto conceptual de lo "racional-legal".

[3] Sobre todo variantes del sistema de tres campos de uso de la tierra, dependiente de una rotación tradicional comunal de los cultivos y en la mayoría de los casos de la *sokha* tirada por caballos. Véase Aleksandrov (1967, pp. 17-99).

El grave subempleo rural (total o estacional) se atemperaba en parte por el empleo complementario de los campesinos en artesanías y oficios (*promysly*); el intercambio natural y los ingresos desesperadamente bajos permitían la competencia con la creciente industria urbana. "Cuando la breve estación agrícola no permitía subsistir a la familia campesina, el trabajo por menos que la subsistencia durante los largos meses del invierno era mejor que el ocio total, y quizá que el ser enterrado en la primavera" (Robinson, 1932, p. 104). Sin embargo, la ocupación principal de los campesinos rusos era la realización de una gran diversidad de tareas no específicas combinadas para constituir lo que podríamos llamar la agricultura tradicional. La vida familiar campesina era la fuente principal del adiestramiento ocupacional de la generación más joven, mientras que la tradición actuaba como la principal guía ocupacional. Los objetivos determinados por el consumo, los métodos de producción tradicionales, el uso de la mano de obra familiar, la escasa capacidad de venta del producto y la falta de verificación y control mediante la contabilidad sistemática en términos monetarios hacían de la familia campesina una unidad de producción muy diferente de la empresa capitalista "racional". Además, la naturaleza era un determinante importante de la vida económica campesina; la pequeñez de los recursos campesinos magnificaba su efecto. La diferencia entre un buen año agrícola y uno malo era la diferencia entre la prosperidad y el hambre, si no es que la muerte. Si era la historia familiar la que determinaba en gran medida el desarrollo de una granja, eran los modos y las estaciones de la agricultura tradicional los que prescribían el patrón de la vida diaria de la familia campesina. El carácter y el desarrollo de la familia generaban un ritmo cíclico peculiarmente arraigado de la vida en la granja familiar campesina.

La propiedad familiar, aceptada por el derecho consuetudinario campesino, era el principal reflejo legal del carácter de la familia campesina rusa. Al revés de la propiedad privada, la propiedad familiar limitaba los derechos del propietario formal (*khozyain*), quien actuaba como administrador principal de la propiedad (*bol'shak*) más que como un dueño en el sentido adoptado fuera de la sociedad campesina.[4] Una expresión extrema de esta característica era la posibilidad legal y la práctica real de remover al jefe de familia de su posición en algunos casos de "malos manejos" o "despilfarro" para designar en su lugar a otro miembro de la familia. Por otra parte, al revés de lo que ocurría en los casos de propiedad conjunta, la participación en la propiedad familiar no asumía ningunas porciones

[4] Por ejemplo, en el Código Civil Ruso contemporáneo, que sin embargo se limitaba a la minoría no campesina de la población.

definibles de la propiedad o los beneficios, excepto en términos de derechos de participación en el consumo colectivo.

El camino a la autoemancipación de un campesino varón era una ruta tradicional mediante el alcance de etapas de madurez sucesivas. El campesino pasaba por ciertas posiciones prescritas: niñez, adolescencia premarital, matrimonio, conversión en jefe de familia y, finalmente, retiro y muerte. Sólo mediante la conversión en jefe de familia se podía alcanzar el estado pleno de un hombre dentro de la comunidad campesina. El único camino alternativo hacia la autoemancipación del campesino implicaba el abandono total de la comunidad mediante la emigración. En estas condiciones el matrimonio se convertía en "un postulado absoluto", una condición básica de madurez social requerida por el carácter de la agricultura.[5]

La existencia misma de una familia campesina requería la existencia de una granja, es decir, alguna propiedad expresada en la posesión de tierra y equipo. En consecuencia, la trasmisión de la propiedad de una generación a otra era una cuestión importante de la vida campesina diaria y un derecho consuetudinario campesino.

Dentro del marco de la propiedad familiar la noción misma de la herencia desarrollada en las sociedades no campesinas estaba característicamente ausente. La trasmisión de la propiedad de una generación a otra no implicaba necesariamente la muerte de un padre y se enfocaba legalmente como una partición de la propiedad familiar entre sus miembros. En efecto, la partición (o el prorrateo para establecer a un varón joven) se realizaba con frecuencia antes de la muerte del jefe de familia, y correspondía de cerca al crecimiento de familias nucleares y sus peticiones de independencia. El jefe de familia tomaba la decisión (en parte establecida por la costumbre) acerca del momento en que debía realizarse la partición de su granja, en que debía asignarle su parte a un hijo, y en que debía retirarse. En general, la partición conducía a una división igualitaria de la propiedad familiar entre todos sus miembros varones.[6] En los casos de muerte de todos los miembros varones de la familia la propiedad pasaba generalmente a poder de la comunidad campesina. En consecuencia, una nueva familia típica empezaba como una pareja joven con pocos hijos pequeños en una granja pequeña. La granja consistiría en una pequeña cantidad de

[5] Esto explica la temprana edad del matrimonio típica de los campesinos rusos. Véase Pisarev (1962, p. 178).

[6] La ley campesina rusa hacía una excepción en el caso de la propiedad individual de una mujer que podía incluir cuchillería, ropa, etcétera. Esta "propiedad femenina" era, en realidad, la única propiedad privada en la familia campesina y en consecuencia podía heredarse por testamento y/o dividirse desigualmente.

tierra, uno o dos caballos y escaso equipo entregado por una unidad "materna" en proceso de partición.

El crecimiento de la familia creaba presiones adicionales de consumo. El jefe de la nueva unidad familiar trataba de ampliar su granja y de aumentar su ingreso comprando o rentando tierra y equipo adicionales y, en ocasiones, empleando el trabajo de su familia en artesanías y oficios (*promysly*). El crecimiento de los hijos daba mano de obra adicional a la granja pero también creaba nuevas necesidades de consumo y nuevos problemas de empleo. También planteaba el problema de aportar una dote para las hijas y equipo para el establecimiento de granjas nuevas para los hijos que pedían la partición. Tras de cada una de tales particiones, o en ocasiones tras una partición siguiente a la muerte del jefe de familia, el mismo ciclo empezaba de nuevo en otra pequeña granja administrada por una nueva pareja joven.

La política del Estado ruso antes de 1906 apoyaba la estabilidad y la cohesión de la familia campesina imponiéndole la responsabilidad colectiva del pago de los impuestos y del "buen comportamiento" de sus miembros, aparte de otras múltiples funciones. El Estado ha confirmado legalmente también los amplios poderes disciplinarios del jefe de familia sobre sus miembros (Robinson, 1932, p. 66). Por ejemplo, hasta 1906 el jefe de familia podía hacer que se arrestara a un miembro de su familia, que fuese enviado de regreso a su aldea bajo una escolta, o que fuese azotado por simple petición ante el tribunal campesino. La política de Stolypin, después de 1906, redujo grandemente los poderes legales de los jefes de familia sobre sus miembros, a la vez que, en muchos casos, convertía a los jefes de familia en dueños ilimitados de la propiedad familiar (véase Robinson, 1932, caps. 11 y 12). Además, desde principios de siglo se había dejado sentir crecientemente en el campo el efecto de los desarrollos capitalistas de la Rusia urbana. Sin embargo, un decenio de la política de Stolypin no había podido producir un cambio decisivo en el carácter social del campo ruso, por lo menos en lo referente a las familias campesinas. Las granjas capitalistas (o aun las granjas bien integradas a la economía de mercado) siguieron siendo excepcionales en general. La revolución y guerra civil de 1917-1921 barrió con las Reformas de Stolypin y restableció los lineamientos esenciales del derecho consuetudinario campesino del siglo XIX. Pero aun el efecto de la revolución sobre el carácter de las familias campesinas no fue considerable. La familia campesina rusa conservó sus características básicas durante todo el periodo que se reseña, es decir, 1890-1929.

REFERENCIAS

Aleksandrov, V. (comp.) (1967), *Russkie*, Moscú.
Bolshakov, A. (1925), *Sovremennaya derevnya v tsifakh*, Leningrado.
Brokgauz y Efron (comps.) (1913), *Novyi entsyklopedicheskii slovar*, San Petersburgo, 2ª ed.
Chayanov, A. (1925), *Organizatsiya krest'yanskogo khozyaistva*. Traducido como *The Theory of Peasant Economy*, D. Thorner, R. E. F. Smith y B. Kerblay (comps.), Irwin, 1966.
Den, V. (1925), *Kurs ekonomicheskoi geografii*, Leningrado.
Makarov, N. (1917), *Krest'yanskoe khozyaistvo i ego intersy*, Moscú.
Mukhin, V. (1888), *Obychnyi poryadok nasledovaniya krest'yan*, San Petersburgo.
Pisarev, I. (1962), *Narodonaselenie SSSR*, Moscú.
Redfield, R. (1956), *Peasant Society and Culture*, University of Chicago Press.
Robinson, G. T. (1932), *Rural Russia under the Old Regime*, Londres.
Weber, M. (1925), *The Theory of Social and Economic Organization*, Hodge, 1947.

3. UNA ALDEA TURCA *

Paul Stirling

UNO DE los grandes problemas para presentar o seguir cualquier descripción etnográfica es el orden de la presentación, porque un entendimiento adecuado de cualquier institución supone un conocimiento de otras instituciones de la misma sociedad. Espero haber superado esta dificultad ofreciendo mi resumen aquí en lugar de hacerlo al final.

La aldea misma es el grupo social más notable. Ninguna aldea forma parte de alguna organización autóctona más grande. Todas las aldeas del área, y en realidad en la mayor parte de Turquía, son agrupamientos autónomos de edificios, separados entre sí por fajas de tierra sin cercas. Para ir de una aldea a la siguiente pueden requerirse media hora o más de dos horas caminando. Había dos aldeas a menos de media hora de Sakaltutan, y otras nueve a menos de hora y media.

Cada aldea se compone de unidades familiares patrilineales, patrilocales, distintas. Aunque varias familias ocupan con frecuencia un conjunto de edificios, las fronteras físicas y sociales entre ellas no son nunca vagas. La aldea y la unidad familiar son las principales unidades sociales. Aparte de las mujeres recién casadas, todos deben pertenecer en un momento dado a una y sólo una aldea, y a una y sólo una familia.

Cada aldea se divide en varios cuarteles o barrios (*mahalle*). Estas unidades no tienen fronteras claras y no son corporativas. La gente reconoce lealtad a sus barrios y puede hablar de peleas en la aldea como peleas entre barrios. En virtud de que los vecinos se casan entre sí con frecuencia, y los agnados cercanos y a veces otros parientes cercanos viven cerca unos de otros, estos barrios tienen a menudo también cierta unidad familiar. En Elbast varios barrios llevaban los nombres de sus linajes. Los vecinos cercanos, ya sean parientes o no, tenderán a formar grupos informales para recreación y conversación.

El último de los grupos importantes en la aldea es el linaje. Este grupo se compone de varias unidades familiares cuyos jefes descienden por línea paterna, es decir, estrictamente a través de varones, de un antepasado común, generalmente de tres o cuatro generaciones atrás. Estas familias forman normalmente grupos locales. Los derechos y obligaciones de los miembros no están

* Extractado de Paul Stirling, *A Turkish Village*, Weidenfeld & Nicolson, 1965, pp. 26-35, 290-293.

definidos con precisión, y el grado de compromiso de los miembros varía grandemente entre los individuos. La función principal del linaje es la protección de los miembros frente a la agresión apoyándolos en los pleitos. Pero no todos los jefes de familia son miembros de linaje, ni todos los linajes que podrían definirse en sentido genealógico constituyen grupos sociales importantes. La mayoría de quienes no son miembros comprometidos de linajes se encuentran en los estratos más pobres y menos poderosos de la sociedad aldeana.

Aparte de la participación como miembro en estos grupos, la posición de una persona en la red de relaciones interpersonales se determina principalmente por los factores obvios: sexo y edad, parentesco, ocupación y riqueza, y en grado menor por la piedad y el aprendizaje, por el honor personal y, para un hombre, por la extensión y la fortaleza de sus contactos urbanos.

La distinción sexual es, como sería de esperarse en una sociedad islámica, fuertemente subrayada, y en la mayor parte de la vida social normal los sexos se segregan claramente. La edad no es un criterio para ninguno de los grupos formales, pero conlleva respeto y autoridad.

Las relaciones de parentesco son las más íntimas e intensas y el tipo más común de las relaciones sociales. Los lazos personales de parentesco entre los hombres forman el meollo de los grupos de linaje. Los lazos de parentesco fuera de los linajes forman relaciones fuertes y numerosas entre unidades familiares e individuos. Esta red de parentesco se extiende de una aldea a otra y constituye canales vitales para toda clase de actividades —económicas, políticas, religiosas— y para el arreglo de matrimonios que a su vez forjarán nuevos lazos de parentesco.

Las distinciones de riqueza no son conspicuas. Todas las familias de ambas aldeas parecen a primera vista vivir en la misma forma. Trabajan todos los que pueden hacerlo. No hay familias de rentistas permanentes, aunque uno o dos ancianos son sostenidos en gran medida por sus hijos, sus parientes femeninos y los aparceros. Las familias más ricas y urbanizadas tienen una cómoda suficiencia, mientras los pobres tienen deficientes viviendas y vestidos, y están mal alimentados siempre, a excepción de los años buenos. Pero si las diferencias de riqueza no son conspicuas en la forma de vida, tienen una gran importancia social. Los ricos son los líderes de la aldea; son objeto de deferencia, tienen peso en los consejos aldeanos, emplean a sus vecinos, y mediante regalos y préstamos pueden ejercer influencia y aun control directo, sobre todo entre sus propios parientes.

El aprendizaje religioso implica gran prestigio en las aldeas. Muchos jóvenes de la aldea reciben algún tipo de adiestramiento religioso especial, ya sea informalmente de sus parientes o en escuelas especiales de los pueblos. Algunos de ellos pueden llegar a ser *imams* de la aldea; otros viven una vida agrícola normal, pero con reputación especial de sabiduría y devoción. La medida en que un hombre pueda aprovechar este prestigio para ganar poder y riqueza parece depender de su personalidad y de las circunstancias.

Otras ocupaciones y habilidades no agrícolas tienen menor importancia estructural. La mayoría de los especialistas son de tiempo parcial, ya que poseen o por lo menos quieren poseer tierra; no hay grupos sociales basados en las ocupaciones tales como las castas de la India, ni hay artesanos tratados como forasteros.

Es probable que los contactos urbanos hayan conferido siempre gran influencia y prestigio en las aldeas, sobre todo, por supuesto, porque implican influencia con los funcionarios, una influencia a menudo sobrestimada por los aldeanos. Tradicionalmente es probable que los canales principales de la promoción social pasen por la jerarquía religiosa oficial. Actualmente, en una aldea como Elbast, y aun en muchas aldeas más pobres, la gente tiene hijos, hermanos u otros parientes que son comerciantes o funcionarios, a veces de alto rango, en el mundo urbano. Estos lazos dan gran prestigio en la aldea. Cuando alcanzan cierto número, como en Elbast, parecen indicar el inicio de una estructura de clase en la aldea.

Pero sólo el inicio. La sociedad aldeana parece haber tenido en el pasado un sistema muy fluido de rangos, con una marcada ausencia de rangos hereditarios. En cada generación se dividen todas las familias; la tierra se divide por lo menos entre los hijos varones, y a veces entre hijos e hijas. Cuanto más rico sea un hombre es probable que tenga más esposas y por lo tanto más herederos; de modo que por lo general el hombre joven y casado, al morir su padre, tendrá una extensión de tierra muy pequeña y por lo tanto se verá obligado a empezar de nuevo por su propia cuenta. En una situación tan abierta sería de esperarse que ocasionalmente un hombre particular pudiera lograr considerable prominencia personal por efecto de sus habilidades y de la suerte, y en la mayoría de las aldeas son corrientes las historias acerca de los grandes aldeanos de otro tiempo. Pero parece igualmente cierto que los hombres de fortuna no fundaron dinastías. Sus hijos por lo general "partieron de cero" también —a lo sumo con una pequeña delantera sobre sus rivales.

La solidaridad aldeana

La gente pertenece a su aldea en una forma en que no pertenece a ningún otro grupo social. Según cualquier definición de comunidad la aldea es una comunidad: un grupo social con mu-

chas funciones, no todas explícitas, con el que la gente está comprometida por el nacimiento o el matrimonio, y al que está ligada por muchos lazos.

Ninguna de las unidades geográficas o administrativas más grandes que una aldea es en forma alguna comparable. Por supuesto, los aldeanos se ven a sí mismos como pertenecientes a un distrito vagamente definido, y a la Provincia de Kayseri. Quienes están en el ejército o trabajan en las ciudades forman a menudo amistades y grupos según su localidad de origen, pero las unidades efectivas de administración, *nahiye*, *kaza* y *vilayet* no tienen como tales importancia social fuera de sus funciones administrativas.

Las virtudes de la aldea son un tópico constante de conversación con los forasteros, y de bromas entre hombre de aldeas distintas. Cada aldea tiene la mejor agua potable, el mejor clima. Una aldea que almacenó nieve del invierno en grandes pozos profundos y bebía durante el verano el agua estancada resultante, proclamó la superioridad de su agua como un argumento para que me mudara allí de inmediato. Cada aldea es más hospitalaria, más honorable, más viril, más pacífica, celebra mejores fiestas de bodas, que cualquiera de sus vecinos. Otras aldeas son salvajes, viles, poco honorables, flojas, mentirosas, cobardes. Ni Sakaltutan ni Elbast se sorprendieron de que las eligiera, pero todas las demás aldeas encontraron increíble mi elección.

Cada aldea posee un territorio reconocido por el Estado como su área administrativa, sobre la que ejerce derechos de pastoreo *de facto*. Normalmente la aldea posee tierras comunales, y a veces tierras de pastoreo o cultivo que pueden rentar; pero en el Código Civil no tiene derechos en su territorio sobre la tierra propiedad de individuos, y la tierra no ocupada pertenece al Estado.

Para la aldea este territorio es mucho más que un área administrativa: es un símbolo de identidad aldeana (de Planhol, 1958, p. 340). Si cualquiera otra aldea trata de usar tierras que se encuentren dentro de los límites de una aldea, los habitantes de esta última se movilizan rápidamente y están dispuestos a pelear, con armas de fuego si es necesario. Aun las incursiones de los animales de otra aldea provocan por lo menos una indignación militante. En una ocasión los animales de Sakaltutan cruzaron la frontera de Süleymanli, y el jefe de Süleymanli que pasaba a caballo golpeó al pastor con su látigo. Muchos hombres de Sakaltutan hablaban de un ataque armado inmediato. Sin embargo, se frenaron por el consejo de los más sabios. Nunca presencié una movilización de esta clase, pero es claro que se espera que todos los miembros defiendan la aldea por encima de las querellas que constantemente los dividen. Ni siquiera los linajes cruzan las fronteras de la aldea, de modo que desde el exterior la aldea presenta un frente sólido de lealtad. Sus miembros están listos en todo momento para defender tanto su reputación como sus territorios.

Esta solidaridad hacia el exterior es igualada por lo que podríamos llamar intensidad interna. Las poblaciones aldeanas son muy estables. Casi todos los hombres y más de la mitad de las mujeres adultas de una aldea nacieron allí. Si pudiéramos medir la intensidad de las relaciones sociales en términos del vigor emocional, del número de derechos y deberes implicados, y de la frecuencia del contacto, encontraríamos que todos los residentes, a excepción de las esposas más recientemente llegadas, tenían sus relaciones sociales más intensas casi exclusivamente dentro de la aldea. Por supuesto, muchas relaciones económicas y políticas indispensables y de control se encuentran afuera, pero no tienen la misma intensidad. Aun más allá de su propio círculo inmediato todos los aldeanos se pertenecen unos a otros. Hasta los enemigos dentro de la aldea son enemigos íntimos.

La organización aldeana

Dado que la aldea es una comunidad —un grupo con una multitud de funciones y relaciones para sus miembros—, no resulta sorprendente que varias oficinas y muchos derechos y deberes corporativos le estén asignados. En términos generales son de dos clases, las instituciones formales establecidas por el Estado y las instituciones informales administradas por la aldea para sus propios fines a fin de satisfacer las necesidades reales de sus miembros. [...]

En términos administrativos y legales la aldea está gobernada por un jefe, electo cada cuatro años hasta 1950 y ahora cada dos, nominalmente y por voto secreto; todas las personas de más de dieciocho años pueden votar. Se espera que el jefe reciba a todos los visitantes públicos, sobre todo a los funcionarios; que ayude a mantener el orden y a llevar a los criminales ante los tribunales; que cuide la propiedad pública, por ejemplo la escuela; que elabore las listas electorales; que firme todas las solicitudes oficiales de semillas al gobierno, de préstamos bancarios y otras similares; que vigile el registro de nacimientos, muertes y matrimonios; que informe de la llegada de extraños, de las epidemias que pueden declararse y otros casos indeseables, etcétera. En suma, es el agente, el garante y el canal de comunicación de todos los asuntos de la aldea con el gobierno. Este puesto no es codiciado.

El consejo de mayores se elige junto con el jefe, y su tamaño depende del número de habitantes. Sakaltutan tenía cuatro consejeros, Elbast tenía seis. Cada consejo está cubierto por un número igual de sustitutos, también electos, quienes toman el

lugar de los miembros propietarios cuando éstos no puedan asistir a las reuniones. El aldeano que reciba más votos en la elección es automáticamente el subjefe, y así sucesivamente en el orden de la lista. Se supone que el consejo debe reunirse por lo menos cada mes para discutir todos los asuntos de la aldea.

Sería exagerada la afirmación de que estos consejos nunca se reúnen. El consejo de Sakaltutan no se reunió durante mi estancia, y la única función atribuida a él por los aldeanos era la supervisión de la tasa de las contribuciones al fondo de la aldea. La gente decía que el consejo de Elbast sí se reunía pero no lo hacía en forma regular, y nunca supe que supervisara la tasa. Seguramente los consejos no funcionan como el principal cuerpo decisorio de las aldeas. Nadie tenía el más ligero interés en su elección ni daba la menor importancia a sus actividades. Por el contrario, cuando algo exigía la acción corporativa en un asunto considerado importante por los aldeanos, los jefes mayores de las familias y los segmentos de linajes se reunían espontáneamente o por iniciativa de cualquier aldeano importante con suficiente prestigio. Tal reunión no tiene posición formal, ni constitución, ni procedimientos, ni responsabilidades. Sólo puede ocurrir si la cuestión es suficientemente importante para reunir a personas importantes. Sirve para ventilar las cuestiones públicas y dar a conocer al jefe las opiniones del pueblo, pero la interpretación de lo que se dice y la evaluación táctica de lo posible y conveniente permanece en sus manos.

Cada aldea está obligada por la ley a recaudar un impuesto local, *Köy Salmast*, y a establecer un fondo, la caja de la aldea, *Köy Sandığı*. El jefe obtiene de aquí una pequeña suma para atender a los visitantes y para otros gastos, como el del mantenimiento del equipo de la escuela y otras propiedades aldeanas, y el del vestido y en ocasiones el salario del vigilante de la aldea. Las familias aldeanas se dividen en cuatro clases de causantes fiscales. Esta evaluación se basa sobre todo en la cantidad de tierra que poseen, pero también se toman en cuenta otras circunstancias, como el número de animales que poseen, el número de hombres en edad de trabajar y el número de bocas por alimentar. Las familias más pobres están exentas.

En Sakaltutan la evaluación de las cuatro clases fue de 15, 12, 8 y 5 libras turcas anuales, respectivamente; en Elbast fue de 15, 11, 7 y 4 libras turcas. Este fondo es la única institución oficialmente impuesta que despierta un interés real y, junto con los cargos de jefe y vigilante, comprende la única área de yuxtaposición genuina entre las instituciones aldeanas y las impuestas por el Estado. Es motivo de continuas discusiones y acusaciones, y su recaudación es muy difícil. En 1953 muchos jefes eran todavía analfabetos, de modo que aun para quienes querían hacerlo resultaba muy difícil llevar registros

adecuados. En consecuencia, las acusaciones de robo a la caja de la aldea son inevitables, universales, imposibles de refutar, pero sin duda muy exageradas y probablemente con frecuencia infundadas.

Los aldeanos aseguraban que aun si el consejo de mayores no hiciera ninguna otra cosa, por lo menos se reunía para fijar las contribuciones al fondo. Evidentemente, cuando la autoridad evaluadora, el jefe, es un vecino sin eminencia o autoridad particular fuera de su cargo temporal, los individuos que se sienten exageradamente gravados tenderán a discutir, y cualquier anomalía obvia provocará celos y protestas. Pero tengo la clara impresión de que una vez fijada la evaluación cambiaba poco de un año a otro, y que los cambios se dejaban normalmente en manos del jefe. En general el jefe consulta a los miembros del consejo electo si son sus amigos, si pueden ayudarlo activamente, o si representan secciones de la aldea capaces de crear problemas si no son consultados. Pero algo muy similar ocurre con todos los aldeanos importantes, sean miembros del consejo o no.

En casi todos los casos que presencié, el jefe y los consejeros eran hombres jóvenes o de mediana edad. Los hombres ancianos y sobresalientes no desempeñaban cargos por sí mismos, aunque muy a menudo lo hacían sus hijos y hermanos menores.

De acuerdo con la ley todos los aldeanos deben designar también un vigilante, un *bekci*, una especie de policía que según se supone debe actuar bajo las órdenes del jefe. Las autoridades esperan también que el vigilante actúe como mensajero, y continuamente viaja entre la Oficina de Distrito y su aldea. Lo escoge el jefe para un encargo de un año cada vez, con un salario tan bajo (de 37 libras 10 chelines para abajo en 1949-1952) que sólo los aldeanos más pobres e incompetentes aceptan normalmente el cargo. En la mayoría de las aldeas el vigilante actúa como sirviente del jefe, y a menudo se le ve preparándole el café, haciendo sus mandados o aun cortando su leña. El vigilante de Sakaltutan recaudaba sus pagos en especie él mismo, casa por casa.

Aparte de este conjunto de instituciones legalmente establecidas, cada aldea tiene varios funcionarios y servidores propios para satisfacer las necesidades de una comunidad agrícola, en su mayor parte pastores. De ordinario se designan dos o más vigilantes especiales para cuidar la cosecha para la aldea en conjunto. Estos vigilantes se encargan, como se espera de ellos, de reprender a los pastores cuyos animales hollan con frecuencia los cultivos. Elbast designaba también dos hombres encargados de supervisar la asignación del agua durante los meses de junio y julio, cuando la demanda es elevada y los abastos escasos. La mayoría de estos funcionarios son escogidos por los mayores de la aldea, entre quienes destaca el jefe en turno. Pero los

pastores son designados por los principales dueños de ovejas. A todos se les paga directamente en efectivo o en especie, casa por casa.

La aldea es entonces una corporación, con servidores oficiales y no oficiales, y con un ingreso oficial y en cierto sentido otro ingreso no oficial. El fondo general de la aldea impuesto por el Estado es claramente extraño, y hasta ahora los arreglos tradicionales para los servidores tradicionales de la aldea no han sido incorporados al nuevo esquema. El método tradicional tiene las ventajas de que los servidores aldeanos son responsables de recaudar su propia remuneración, y de que la gente paga en proporción a su uso de los servicios.

La gente se considera todavía políticamente dependiente de la aldea para su defensa frente a otras aldeas, aunque la eficiencia vastamente incrementada del mantenimiento nacional del orden ha vuelto obsoleta esta dependencia en gran medida. Pero si la dependencia política es mínima, la dependencia económica de la aldea es todavía algo muy real. Los pastores y vigilantes y los pastos comunes son indispensables. Si se negara a un hombre el derecho de usarlos quedaría arruinado. Además, el traslado anual de un lado del territorio de la aldea al otro ata a los aldeanos al año alternado de barbecho. Por ejemplo, la introducción de un ciclo revolucionario de cultivo es imposible sin perturbar todo el sistema agrícola de la aldea. Mientras tanto, la tenencia legal de la tierra está sujeta al derecho común *de facto* de la aldea de que pasten allí sus rebaños y manadas cada tercer año. [. . .]

Otras aldeas

Las diferencias de prestigio entre las aldeas vecinas no han impedido una gran cantidad de intercambio social. La gente se visita, contrata artesanos, busca consejo sobre problemas religiosos o técnicos, encarga servicios mágicos, pide prestado dinero o alimento, busca bueyes para comprarlos, compra animales para el mercado, lleva el grano a los molinos. En el pasado, antes del motor de gasolina, las largas jornadas, sobre todo los viajes al pueblo, obligaban al viajero a pasar la noche con familiares o amigos en el camino. Ahora la gente se congrega en las aldeas que sirven como puntos de abordaje de camiones y autobuses que van a Kayseri, platicando y a menudo realizando visitas a lo largo del camino. Las aldeas son demasiado semejantes en cuanto a su producción para tener un intenso intercambio económico entre ellas, pero el contacto social es sin embargo constante y animado.

Aparte del conflicto ocasional sobre las tierras, y de algunas enemistades tradicionales, las relaciones políticas entre las aldeas como grupos carecen de importancia. En esta área todas las aldeas hablan sunni y turco, de modo que no se plantea la cuestión de las diferencias étnicas o idiomáticas. Ninguna aldea tiene ahora la más remota esperanza de dominar a otras, cualquiera que haya sido la situación en el pasado. La gendarmería reprime rápidamente todas las peleas. Las querellas no parecen haberse presentado nunca entre aldeas enteras. [. . .]

Las presiones y el cambio

Los campesinos son proverbialmente conservadores. Son claras las razones de este fenómeno. Viven de ordinario en sociedades donde muchos de sus contactos principales se establecen con gente como ellos que comparten sus valores. Están obligados a conceder mayor peso a la buena opinión de sus parientes y vecinos con quienes se encuentran en relaciones diarias, y de quienes dependen para ayuda esencial en tiempos de tensión o crisis, que a los valores de personas de posición superior pero alejadas de la aldea.

En estas aldeas turcas los controles sociales son tan fuertes como sería de esperarse. Todos los indicios de conducta desusada conducirán de inmediato a una discusión detallada y generalizada. Si la gente adopta —como casi siempre lo hace— la posición de que la innovación es maligna, pretenciosa, peligrosa, impía o absurda, el innovador habrá de afrontar la crítica, el ridículo o aun el ostracismo si persiste.

La importancia de este conservadurismo es doble. Primero, hace directamente más lenta la aceptación de la mayor parte, aunque no la totalidad, de los adelantos técnicos, como los hábitos higiénicos, las técnicas agrícolas mejoradas, etcétera. Segundo, en la medida en que se refuerzan las ideas de la gente acerca del comportamiento adecuado para los diversos papeles de la sociedad aldeana, se impide que la estructura social tradicional se adapte a los cambios del mundo más amplio del que forma parte. Las relaciones tradicionales persisten en situaciones sociales para las que ya no son adecuadas.

Pero las fuerzas del cambio son todavía más potentes. El aumento muy grande de las comunicaciones con el mundo exterior se encuentra en la raíz de los cambios. El aumento de la ley y el orden permite que cualquiera vaya al pueblo por razones políticas o económicas sin peligro de ataque físico. Los camiones y los autobuses permiten un transporte más rápido y mucho más barato entre el pueblo y la aldea, no sólo para las personas sino también para los bienes en gran cantidad. El vasto mercado nuevo de mano de obra ocasional atrae una corriente cons-

tante de hombres del área rural y los devuelve armados con mucha información y algunas ideas nuevas. Al mismo tiempo, el gobierno nacional se interesa por razones nacionales en la productividad y el bienestar de la aldea, y envía una corriente creciente de funcionarios a la aldea para imponer reglas de conducta poco familiares por diversas razones.

Las aldeas que visité eran comunidades estrechamente unidas. Pero alguna vez deben de haber estado mucho más unidas aún. No hace mucho los aldeanos individuales sólo se aproximaban a los funcionarios con la protección especial de sus superiores de la aldea, o en compañía del jefe. Los gobernantes de la aldea gobernaban en gran medida por un monopolio del contacto con las fuentes de poder del estado, que a la vez confería una posición dominante dentro de la aldea y dependía de ella. Casi todos los hombres dependían entonces de la tierra de su padre para su alimentación diaria, y si abandonaban la aldea para buscar fortuna no escribían, ni enviaban dinero por correo, ni regresaban con frecuencia. La aldea podía vivir una vida mucho más aislada y autónoma, y virtualmente podía olvidarse de su obvia inferioridad ante los pueblos.

El efecto del contacto mucho mayor entre el pueblo y la aldea que acabo de describir es doble. Al aumentar grandemente el conjunto de relaciones sociales que aun los aldeanos más pobres sostienen con gente de fuera de la aldea, ha disminuido la solidaridad de la aldea, debilitando el vigor de los controles sociales en que se funda el conservadurismo aldeano. Los aldeanos ya no dependen necesariamente de sus líderes. Al mismo tiempo vienen a depender de la buena voluntad de un conjunto de personas de fuera de la aldea con diferentes supuestos e ideas. La comunidad aldeana se fragmenta por la multiplicación de las relaciones entre sus miembros y el mundo exterior. Hasta ahora este proceso apenas ha principiado, pero ya ha incorporado la aldea a la nación en forma mucho más definida e inevitable. El aldeano ya no puede olvidarse de las autoridades, aun si paga sus impuestos sin discutir y se mantiene al margen cuando lo envuelve la violencia. A través de la radio se le recuerda constantemente que él y su aldea forman parte de una unidad social mucho mayor, la nación. Ha adquirido conciencia también de que la aldea es despreciada por los habitantes de los pueblos, y que la mayoría de los aldeanos tienen un nivel de vida mucho más bajo que los habitantes educados de las ciudades. La aldea se encuentra evidentemente en el fondo de la jerarquía nacional. Hubo una época en que la aldea era un peldaño social hacia las cimas urbanas distantes, orgullosa de su semiautonomía y más o menos capaz de desentenderse de ellas. Su mundo social se centraba en sí misma. Ahora está agudamente consciente de que sólo es la pendiente periférica más baja, incómodamente obligada a encarar o eludir la corriente constante de interferencia y burla que le llega desde las cimas urbanas del poder nacional.

Las viejas actitudes no se han ido. La aldea es todavía orgullosa; cada aldea cree todavía que es la mejor de todas las comunidades y, como la mayoría de las comunidades rurales, en ocasiones desprecia a la sociedad urbana por corrupta y decadente. Pero las contradicciones forman parte normal de toda sociedad, y lo contrario se escucha con mayor frecuencia aún: que la aldea es atrasada, grosera, pobre, sucia y violenta. Por supuesto, tales contradicciones pueden subsistir de modo más o menos permanente en una sociedad. Pero aunque no tengo pruebas empíricas de primera mano acerca de las actitudes aldeanas de hace dos generaciones, creo que su orgullo y su espíritu independiente están declinando, y que su desconfianza y su sentimiento de inferioridad están aumentando.

Los cambios en esta dirección son inevitables y sirven tanto a fines humanitarios como a nacionales. Un nivel de vida más alto sólo puede lograrse con mayor eficiencia técnica, con más controles, más educación, más impuestos, más intervención de los organismos nacionales en la política local, etcétera. Es posible que finalmente el peso de todo esto reduzca la brecha, y al destruir la cohesión de la comunidad local integre a sus miembros en la nación de modo más efectivo. Pero es probable que el efecto inicial de los intentos de reforma y mejoramiento, por su transformación más o menos inconsciente de la estructura social, sea un aumento de la tensión entre los aldeanos y sus gobernantes urbanos, tanto locales como nacionales.

Referencia

Planhol, X. de (1958), *De la Plaine Pampaglienne aux Lacs Pisidiens*, París.

4. LA ALDEA Y EL GRUPO CAMPESINO *

Henry Habib Ayrout

DEBIÉRAMOS referirnos en realidad al *fellah* en plural, porque vive como miembro de un grupo, si no es que de una multitud. En los campos, como inquilino o propietario, trabaja la tierra junto con sus familiares; como jornalero trabaja en una cuadrilla.

Dentro de los limitados confines de la aldea vive y trabaja más a campo abierto que en su casa. No hay privacía en ninguna parte. Las mujeres acarrean agua en grupos, los niños pululan por todas partes; la vida diaria es colectiva y comunal. La aldea o su barrio, no la casa, constituye la entidad, una comunidad más importante en muchos sentidos que la familia o el clan. En una ocasión el autor dibujó en el pizarrón de una de nuestras escuelas aldeanas el bosquejo de una choza, como prueba de observación, y preguntó:

"Ahora, niños, ¿qué debemos añadir para hacer una casa de verdad?"

"¡Una puerta! ¡Ventanas! ¡Escaleras!", empezaron a gritar. Pensamos que la casa estaba completa, y nos disponíamos a borrarla cuando una niñita exclamó: "No, necesita algo más."

"Y ¿qué es eso?"

"¡Los vecinos!" (*al-giran*).

* Extractado de Henry Habib Ayrout, *The Egyptian Peasant*, traducción de John Alden Williams, Beacon Press, 1963, p. 87. Publicado por primera vez en 1938.

5. ASPECTOS DE LAS RELACIONES DE GRUPO EN UNA SOCIEDAD COMPLEJA: MÉXICO *

Eric R. Wolf

A PARTIR de inicios sencillos en los años veinte los antropólogos se han vuelto cada vez más refinados acerca de la relación entre nación y comunidad. Primero estudiaron la comunidad en sus propios términos, tomando poco en cuenta su matriz más grande. Después empezaron a describir los "factores externos" que afectaban la vida del grupo local en estudio. Recientemente han venido a reconocer que las naciones o "sistemas del nivel más alto no consisten sólo en partes más numerosas y diversificadas", de modo que resulta "metodológicamente incorrecto tratar cada parte como si fuera un todo independiente en sí mismo" (Steward, 1950, p. 107). Las comunidades se "modifican y adquieren características nuevas a causa de su dependencia funcional de un sistema nuevo y más grande" (Steward, 1950, p. 111). Este trabajo se ocupa de una continuación de esta discusión antropológica en términos del material mexicano.

La dependencia de las comunidades de un sistema más amplio las ha afectado en dos formas. Por una parte, comunidades enteras han venido a desempeñar papeles especializados dentro del conjunto mayor. Por la otra, algunas funciones especiales pertenecientes al conjunto se han convertido en las tareas de grupos especiales dentro de las comunidades. Steward llama a estos grupos los segmentos socioculturales horizontales. Yo los llamaré simplemente grupos orientados hacia la nación. Suelen encontrarse en más de una comunidad y seguir formas de vida distintas de las de sus compañeros aldeanos orientados hacia la comunidad. A menudo son los agentes de las grandes instituciones nacionales que bajan hasta la comunidad, y forman "los huesos, nervios y tendones que atraviesan la sociedad entera enlazándola y afectándola en cada punto" (Steward, 1950, p. 115). En consecuencia, las comunidades que forman parte de una sociedad compleja ya no pueden verse como sistemas autónomos e integrados por derecho propio. Es más conveniente verlas

* Eric R. Wolf, "Aspects of group relations in a complex society: Mexico", *American Anthropologist*, vol. 58, 1956, núm. 6, pp. 1065-1078. Una parte de este trabajo se leyó en una reunión de la Sociedad Antropológica de los Estados Centrales en Bloomington, Indiana, el 6 de mayo de 1955. Estoy en deuda con Julian Steward y Oscar Lewis, de la Universidad de Illinois, y Sidney Mintz, de la Universidad de Yale, por sus atinadas observaciones.

como las terminales locales de una red de relaciones de grupo que se extienden a través de niveles intermedios desde el nivel de la comunidad hasta el de la nación. En la comunidad misma estas relaciones pueden ser enteramente tangenciales entre sí.

Obligados a entender la comunidad en términos de fuerzas que la afectan desde el exterior, hemos encontrado necesario también lograr un mejor entendimiento de las instituciones de nivel nacional. Pero hasta ahora la mayoría de los antropólogos han vacilado en comprometerse a tal estudio, aun cuando se han convencido a medias de que tal paso sería conveniente. Las instituciones nacionales parecen tan complejas que hasta un grado pequeño de competencia en sus operaciones parece requerir una especialización a tiempo completo. En consecuencia, hemos dejado su descripción y análisis a los especialistas de otras disciplinas. Pero los especialistas en derecho, política o economía han descubierto a su vez que los antropólogos pueden ser casi tan útiles para ellos como ellos pueden serlo para el antropólogo. Porque cada vez han visto con mayor claridad que el sistema legal, político o de otra índole al que dedican su atención no es tampoco un sistema cerrado, sino que posee dimensiones sociales y culturales que no pueden entenderse en términos puramente institucionales. Han descubierto que deben prestar atención a relaciones e intereses de grupo cambiantes para que sus estudios reflejen esta otra dimensión de la "realidad" institucional. Esto no debe sorprendernos si consideramos que las instituciones son en última instancia sólo patrones culturales de las relaciones de grupo. Sus formas complejas permiten que los grupos se relacionen entre sí en los procesos múltiples de conflicto y acomodamiento que deben caracterizar a toda sociedad compleja. Tales instituciones proporcionan las formas a través de las cuales algunos grupos orientados hacia la nación pueden manipular a otros grupos orientados hacia la nación o hacia la comunidad. El complejo aparato de tales instituciones es en verdad un tema para especialistas, pero los antropólogos pueden tratar con razón de evaluar algunas de sus funciones.

Si las comunidades de un sistema complejo como México representan sólo las terminales locales de relaciones de grupo que van más allá del nivel de la comunidad, no podemos aspirar a construir un modelo de operación de la sociedad más amplia mediante la simple adición de más estudios de comunidades. México —o cualquier sistema complejo— es más que la suma aritmética de sus comunidades constitutivas. Es también más que la suma de sus instituciones de nivel nacional, o que la suma de todas las comunidades y las instituciones de nivel nacional tomadas en conjunto. Desde el punto de vista de este ensayo es más bien la red de relaciones de grupo que conecta las localidades y las instituciones de nivel nacional. El foco del

estudio no son las comunidades ni las instituciones, sino grupos de personas.

Al estudiar las relaciones grupales de una sociedad compleja no podemos dejar de subrayar el hecho de que el ejercicio del poder por algunas personas sobre otras interviene en todas ellas, en todos los niveles de integración. Ciertas relaciones económicas y políticas son fundamentales para el funcionamiento de cualquier sociedad compleja. Aparte de cualesquiera otras funciones que pueda contener o elaborar, tal sociedad debe producir excedentes y ejercer el poder para transferir una parte de estos excedentes de las comunidades productoras a personas distintas de los productores. Cualquiera que sea la combinación de formas culturales que tal sociedad pueda utilizar, debe ejercer también el poder para limitar la autonomía de sus comunidades constitutivas y para interferir en sus asuntos. Esto significa que todas las relaciones interpersonales e intergrupales de tal sociedad deben conformarse en algún punto a los dictados del poder económico o político. Sin embargo, debemos recordar de nuevo que estos dictados del poder son sólo aspectos de relaciones grupales, mediatizadas en este caso a través de las formas de un aparato económico o político.

Por último, debemos estar conscientes de que una red de relaciones grupales implica una dimensión histórica. Las relaciones grupales implican conflicto y acomodo, integración y desintegración, procesos que ocurren a través del tiempo. Y así como México en su aspecto sincrónico es una red de relaciones de grupo con terminales en las comunidades y en las instituciones de nivel nacional, es también en su aspecto diacrónico más que una suma de las historias de estas terminales. Las historias locales son importantes, al igual que las historias de las instituciones de nivel nacional, pero no son suficientes. Sólo son manifestaciones locales o institucionales de relaciones de grupo en cambio continuo.

Así pues, en este ensayo me ocuparé de las relaciones de grupos orientados hacia la comunidad y hacia la nación que caracterizan a México en conjunto. Subrayaremos los aspectos económicos y políticos de estas relaciones, al igual que su dimensión histórica, su presente como un reacomodo de su pasado, y su pasado como un determinante de su presente.

Desde el inicio del gobierno español en México encontramos una sociedad escindida por conflictos de grupo por el control económico y político. La Corona Española trató de limitar la autonomía económica y política de los aventureros militares que habían conquistado el país en su nombre. Trató de convertir a los conquistadores en habitantes urbanos, no directamente incorporados al proceso de producción al nivel de la comunidad sino

dependientes más bien de donativos de la Corona cuidadosamente graduados. No debían tener raíces en las comunidades locales sino depender directamente de un grupo de funcionarios que operaban al nivel de nación. La forma cultural estratégica seleccionada para este propósito fue la encomienda, en la que el beneficiario recibía derechos a una cantidad especificada de tributos y servicios indígenas pero no le permitía organizar su propia fuerza de trabajo ni asentarse en pueblos indígenas. Tanto el control de la mano de obra indígena como la asignación de tributos quedaría en las manos de los burócratas reales (L. B. Simpson, 1950, esp. pp. 123, 144; Zavala, 1940).

Para este fin la Corona alentó la organización de la población indígena en comunidades compactas con gobierno propio de sus asuntos, sujetas a la supervisión e interferencia de los funcionarios reales (Zavala y Miranda, 1954, pp. 75-79). Muchas de las formas culturales de esta organización comunal tienen origen prehispánico, pero en general fueron modificadas y encargadas de funciones nuevas. Debemos recordar que el sector indígena de la sociedad sufrió una fuerte reducción de su complejidad social durante los siglos XVI y XVII. Los indígenas perdieron algunas de sus mejores tierras y fuentes de agua, así como la mayor parte de su población. A resultas de este cataclismo social, así como de la política gubernamental, la comunidad indígena reformada surgió como algo cualitativamente nuevo: una organización corporativa de un grupo local habitado por campesinos (Wolf, 1955a, pp. 456-461). A cada comunidad se le concedió una cédula real y tierras comunales (Zavala y Miranda, 1954, p. 70); se le dotó de un fondo comunal (Chávez Orozco, 1943, pp. 23-24; Zavala y Miranda, 1954, pp. 87-88) y de un centro administrativo (Zavala y Miranda, 1954, pp. 80-82), y se la conectó con una de las iglesias recién establecidas. Se le encargó el reforzamiento autónomo del control social y el pago de tributos (Zavala y Miranda, 1954, p. 82).

Así equipadas para funcionar en términos de sus propios recursos, estas comunidades se convirtieron en los siglos que siguieron a la conquista en notables reductos de homostasis cultural. La jurisdicción comunal sobre la tierra, las obligaciones de gastar los fondos excedentes en ceremonias religiosas, las actitudes negativas hacia la ostentación personal de riqueza y autoafirmación, y las fuertes defensas contra el comportamiento irregular, sirvieron para reafirmar la homogeneidad social y cultural y para reducir las tendencias hacia el desarollo de diferencias internas de clase y de heterogeneidad en el comportamiento y los intereses. El tabú sobre las ventas de tierras a forasteros y la tendencia hacia la endogamia hicieron difícil que los forasteros se establecieran en estas aldeas (Redfield y Tax, 1952; Wolf, 1955a, pp. 457-461).

Al mismo tiempo, la Corona fracasó en su intento por convertir a los conquistadores españoles en dependientes pasivos de los favores reales (Miranda, 1947). Apoyados por grandes contingentes de clientes (como los criados, deudos, allegados, paniaguados, etcétera. Véase Chevalier, 1952, pp. 33-38), los colonistas ganaron control creciente de las relaciones económicas y políticas fundamentales frente a la burocracia real. Lo que es más importante: desarrollaron su propia fuerza de trabajo, en contravención de la orden real e independientemente de las comunidades indígenas. Compraron esclavos indígenas y negros; atrajeron a sus empresas incipientes a blancos pobres que habían resultado mal tratados en la distribución de las riquezas conquistadas, y dieron asilo a indígenas que estaban dispuestos a pagar el precio de la aculturación y de la obligación personal hacia un aventurero español por la liberación de una vida cada vez más estrecha en las conquistadas comunidades indígenas. Para fines del siglo XVIII las empresas coloniales habían logrado una independencia sustancial frente a la Corona en la mayor parte de las cuestiones económicas, políticas, legales y aun militares. El poder pasó así de las manos de la Corona a las manos de gobernantes locales que se interpusieron con eficacia entre la nación y la comunidad. El poder efectivo para imponer decisiones políticas y económicas contrarias al interés de estos hombres poderosos no volvió al nivel nacional sino con la victoria de la Revolución Mexicana de 1910 (Wolf, 1955b, pp. 193-195).

Junto a las aldeas indígenas y las comunidades empresariales localizadas cerca de las haciendas, las minas o las fábricas, se desarrollaron asentamientos mal estructurados de agricultores y jornaleros ocasionales, intermediarios y "lumpen proletarios" que no tenían lugar legal en el orden colonial. Los registros coloniales tendían a olvidarlos, excepto cuando entraban en conflicto abierto con la ley. Su símbolo en la literatura mexicana es *El Periquillo Sarniento*, el hombre que vive de su ingenio (véase Yáñez, 1945, pp. 60-94). "Concebido en la violencia y sin alegría, nacido al mundo en medio de la tristeza" (Fernando Benítez, 1947, p. 47), la misma marginalidad de sus orígenes y su posición social los obligaba a desarrollar patrones de comportamiento adaptados a una vida no estructurada por el derecho formal. Estaban pues bien preparados para hacerse cargo de las relaciones económicas y políticas fundamentales de la sociedad en un momento en que el cambio social y cultural empezó a derribar las barreras que separaban las posiciones y premiaba a los individuos y los grupos capaces de elevarse por encima de sus posiciones tradicionales mediante la manipulación de los lazos sociales y la improvisación con ellos.

La transferencia del poder desde el nivel nacional hasta los poderosos intermedios y la abolición de las leyes protectoras de

dependientes más bien de donativos de la Corona cuidadosamente graduados. No debían tener raíces en las comunidades locales sino depender directamente de un grupo de funcionarios que operaban al nivel de nación. La forma cultural estratégica seleccionada para este propósito fue la encomienda, en la que el beneficiario recibía derechos a una cantidad especificada de tributos y servicios indígenas pero no le permitía organizar su propia fuerza de trabajo ni asentarse en pueblos indígenas. Tanto el control de la mano de obra indígena como la asignación de los tributos quedaría en las manos de los burócratas reales (L. B. Simpson, 1950, esp. pp. 123, 144; Zavala, 1940).

Para este fin la Corona alentó la organización de la población indígena en comunidades compactas con gobierno propio de sus asuntos, sujetas a la supervisión e interferencia de los funcionarios reales (Zavala y Miranda, 1954, pp. 75-79). Muchas de las formas culturales de esta organización comunal tienen origen prehispánico, pero en general fueron modificadas y encargadas de funciones nuevas. Debemos recordar que el sector indígena de la sociedad sufrió una fuerte reducción de su complejidad social durante los siglos XVI y XVII. Los indígenas perdieron algunas de sus mejores tierras y fuentes de agua, así como la mayor parte de su población. A resultas de este cataclismo social, así como de la política gubernamental, la comunidad indígena reformada surgió como algo cualitativamente nuevo: una organización corporativa de un grupo local habitado por campesinos (Wolf, 1955a, pp. 456-461). A cada comunidad se le concedió una cédula real y tierras comunales (Zavala y Miranda, 1954, p. 70); se le dotó de un fondo comunal (Chávez Orozco, 1943, pp. 23-24; Zavala y Miranda, 1954, pp. 87-88) y de un centro administrativo (Zavala y Miranda, 1954, pp. 80-82), y se la conectó con una de las iglesias recién establecidas. Se le encargó el reforzamiento autónomo del control social y el pago de tributos (Zavala y Miranda, 1954, p. 82).

Así equipadas para funcionar en términos de sus propios recursos, estas comunidades se convirtieron en los siglos que siguieron a la conquista en notables reductos de homostasis cultural. La jurisdicción comunal sobre la tierra, las obligaciones de gastar los fondos excedentes en ceremonias religiosas, las actitudes negativas hacia la ostentación personal de riqueza y autoafirmación, y las fuertes defensas contra el comportamiento irregular, sirvieron para reafirmar la homogeneidad social y cultural y para reducir las tendencias hacia el desarollo de diferencias internas de clase y de heterogeneidad en el comportamiento y los intereses. El tabú sobre las ventas de tierras a forasteros y la tendencia hacia la endogamia hicieron difícil que los forasteros se establecieran en estas aldeas (Redfield y Tax, 1952; Wolf, 1955a, pp. 457-461).

Al mismo tiempo, la Corona fracasó en su intento por convertir a los conquistadores españoles en dependientes pasivos de los favores reales (Miranda, 1947). Apoyados por grandes conjuntos de clientes (como los criados, deudos, allegados, paniaguados, etcétera. Véase Chevalier, 1952, pp. 33-38), los colonialistas ganaron control creciente de las relaciones económicas y políticas fundamentales frente a la burocracia real. Lo que es más importante: desarrollaron su propia fuerza de trabajo, en contravención de la orden real e independientemente de las comunidades indígenas. Compraron esclavos indígenas y negros; atrajeron a sus empresas incipientes a blancos pobres que habían resultado mal tratados en la distribución de las riquezas conquistadas, y dieron asilo a indígenas que estaban dispuestos a pagar el precio de la aculturación y de la obligación personal hacia un aventurero español por la liberación de una vida cada vez más estrecha en las conquistadas comunidades indígenas. Para fines del siglo XVIII las empresas coloniales habían logrado una independencia sustancial frente a la Corona en la mayor parte de las cuestiones económicas, políticas, legales y aun militares. El poder pasó así de las manos de la Corona a las manos de gobernantes locales que se interpusieron con eficacia entre la nación y la comunidad. El poder efectivo para imponer decisiones políticas y económicas contrarias al interés de estos hombres poderosos no volvió al nivel nacional sino con la victoria de la Revolución Mexicana de 1910 (Wolf, 1955b, pp. 193-195).

Junto a las aldeas indígenas y las comunidades empresariales localizadas cerca de las haciendas, las minas o las fábricas, se desarrollaron asentamientos mal estructurados de agricultores y jornaleros ocasionales, intermediarios y "lumpen proletarios" que no tenían lugar legal en el orden colonial. Los registros coloniales tendían a olvidarlos, excepto cuando entraban en conflicto abierto con la ley. Su símbolo en la literatura mexicana es *El Periquillo Sarniento*, el hombre que vive de su ingenio (véase Yáñez, 1945, pp. 60-94). "Concebido en la violencia y sin alegría, nacido al mundo en medio de la tristeza" (Fernando Benítez, 1947, p. 47), la misma marginalidad de sus orígenes y su posición social los obligaba a desarrollar patrones de comportamiento adaptados a una vida no estructurada por el derecho formal. Estaban pues bien preparados para hacerse cargo de las relaciones económicas y políticas fundamentales de la sociedad en un momento en que el cambio social y cultural empezó a derribar las barreras que separaban las posiciones y premiaba a los individuos y los grupos capaces de elevarse por encima de sus posiciones tradicionales mediante la manipulación de los lazos sociales y la improvisación con ellos.

La transferencia del poder desde el nivel nacional hasta los poderosos intermedios y la abolición de las leyes protectoras de

las comunidades indígenas —ambas ocurridas cuando México obtuvo su independencia de España (Chávez Orozco, 1943, pp. 35-47)— produjeron una nueva constelación de relaciones entre las comunidades indígenas, los empresarios colonialistas y los "marginales". Las empresas "colonialistas", y sobre todo la hacienda, empezaron a presionar más y más sobre las comunidades indígenas. Al mismo tiempo las comunidades indígenas encararon cada vez más las amenazas gemelas de la diferenciación interna y de la invasión desde el exterior por los "marginales" de los tiempos coloniales.

A pesar de la importancia trascendental de la hacienda en la vida mexicana, los antropólogos han prestado escasa atención a esta forma cultural. Hasta ahora no tenemos un solo estudio antropológico o sociológico de una hacienda mexicana o comunidad-hacienda. La investigación histórica reciente ha mostrado que la hacienda no ha derivado de la encomienda (Zavala, 1940, 1944). La encomienda siguió siendo siempre una forma de control real. La hacienda se adaptó admirablemente a los propósitos de los colonialistas que luchaban por una autonomía mayor. Al revés de la encomienda, concedía la propiedad directa de la tierra a un administrador-propietario y permitía el control directo de una mano de obra residente. Desde el principio sirvió a fines comerciales (Bazant, 1950). Su función principal consistía en convertir a los campesinos orientados hacia la comunidad en una fuerza de trabajo disciplinada, capaz de producir cultivos que se vendieran en efectivo en un mercado superior a la comunidad. Las relaciones sociales a través de las cuales esto se cumplía comprendían una serie de transacciones voluntarias o forzadas en que el trabajador abdicaba de gran parte de su autonomía a cambio de mayor seguridad social y económica.

Muchos observadores han subrayado la voracidad de la hacienda hacia la tierra y la mano de obra. Su apetito por estos dos factores productivos era grande en verdad, y sin embargo estaba limitado en última instancia por su estructura misma. Primero, la hacienda carecía siempre de capital. En consecuencia tendía a cultivar sólo la mejor tierra (Gruening, 1928, p. 134; Tannenbaum, 1929, pp. 121-122), y dependía en alto grado de la tecnología tradicional de su fuerza de trabajo (Simpson, 1937, p. 490). Los dueños de la hacienda reducían también la producción para elevar la renta de la tierra y los precios y para mantener bajos los salarios (Gama, 1931, p. 21). Así, "México ha sido una tierra de grandes heredades, pero no un país de agricultura en gran escala" (Martínez de Alba, citado en Simpson, 1937, p. 490). Segundo, la hacienda estaba siempre limitada por la demanda existente (Chávez Orozco, 1950, p. 19), que en un país con una población en gran medida autosuficiente era siempre pequeña. Sin embargo, lo que le faltaba al dueño de la hacienda en materia

de capital lo compensaba con el ejercicio del poder sobre la gente. Tendía a "monopolizar la tierra para monopolizar la fuerza de trabajo" (Gruening, 1928, p. 134). Pero aquí también la hacienda encontraba límites a su expansión. Aun con el cultivo intensivo de sus tierras más cercanas y con el uso dispendioso de jardineros y hacheros, se llegaba a un punto en que sus mecanismos de control ya no podían manejar el exceso de población que nominalmente estaba bajo su dominio. En este punto las haciendas cesaban de crecer, permitiendo que las comunidades indígenas como Tepoztlán (Lewis, 1951, p. xxv) o las aldeas de la Sierra y del Lago Tarasco (West, 1948, p. 17) sobrevivieran en sus orillas. La mayoría de los trabajadores de la hacienda no vivían en ella; generalmente residían en comunidades cercanas que habían perdido su tierra, e intercambiaban su mano de obra por el derecho de cultivar un lote de subsistencia en tierras de la hacienda (Aguirre y Pozas, 1954, pp. 202-203). De igual modo, sólo en el norte árido y escasamente poblado predominaron las grandes haciendas. En la región central, que se hallaba densamente poblada y que constituía el área importante de México, las grandes haciendas eran la excepción, y la hacienda de "tamaño medio", de unas 3 mil hectáreas, era la norma (Aguirre y Pozas, 1954, p. 201; también Simpson, 1937, página 489).

Aun podría llegar a afirmar que en cuanto las haciendas alcanzaban la cúspide de su crecimiento dentro de un área dada empezaban a reforzar la capacidad defensiva de las comunidades corporativamente organizadas del campesinado indígena en lugar de debilitarla. Su mayor innovación se encontró en el campo de la organización del trabajo y no en el campo de la tecnología. Sus inquilinos continuaron cultivando áreas considerables de tierra con medios tradicionales (Aguirre y Pozas, 1954, p. 201; Whetten, 1948, p. 105), y la hacienda no interfería generalmente en los asuntos aldeanos sino cuando éstos entraban en conflicto con sus intereses. La amenaza misma de la presencia de una hacienda unificaba a los aldeanos de sus orillas en formas que habrían sido imposibles en su ausencia. Un hacendado se oponía también a la interferencia externa con "sus" indígenas, ya vivieran éstos dentro o fuera de su propiedad, y sólo se permitía a los forasteros operar en las comunidades "con su permiso". Así actuaba a menudo como un amortiguador entre las comunidades indígenas y los grupos orientados hacia la nación, un papel similar al desempeñado por los hacendados del altiplano del norte del Perú (Mangin, 1955). El trabajo periódico en las haciendas daba a los aldeanos oportunidades adicionales, por pequeñas que fuesen, de mantener aspectos de sus vidas que requerían gastos pequeños de dinero y bienes, como sus fiestas, y por ende tendían a preservar las formas y las funciones culturales tradicio-

nales que de otro modo podrían haber caído en desuso (Aguirre y Pozas, 1954, p. 221; Wolf, 1953, p. 161).

Cuando las comunidades campesinas corporativas eran finalmente capaces de establecer relaciones de simbiosis hostil con las haciendas, afrontaban otras presiones hacia la disolución. Estas presiones provenían de dentro y de fuera de las aldeas, y perseguían la abolición de la jurisdicción comunal sobre la tierra. Trataban de sustituir la jurisdicción comunal con la propiedad privada de la tierra, es decir, de convertir la tierra aldeana en mercancía. Como cualquiera otro bien la tierra debía convertirse en un objeto que se comprara, vendiera y usara no de acuerdo con las ideas comunes de los grupos orientados hacia la comunidad sino de acuerdo con los intereses de grupos orientados hacia la nación y situados fuera de la comunidad. En algunas comunidades corporativas los forasteros podían convertirse en terratenientes comprando tierras o tomando la tierra en garantía de préstamos insolutos, como ocurría en la región tarasca (Carrasco, 1952, p. 17). Típicamente, estos forasteros pertenecían a los estratos de la población que durante los tiempos coloniales habían ocupado una posición marginal pero que ejercían una presión creciente en busca de riqueza, movilidad y reconocimiento social durante el siglo XIX. Incapaces de romper el monopolio de las haciendas sobre las mejores tierras, siguieron la línea de menor resistencia y establecieron cabezas de playa en las comunidades indígenas (Molina Enríquez, 1909, p. 53). Fueron auxiliados en sus esfuerzos por leyes destinadas a romper las posesiones de las llamadas corporaciones, que incluían las tierras de la iglesia y las posesiones comunales de los indígenas.

Pero aun cuando se prohibía a los forasteros que adquiriesen tierras aldeanas, la mejor tierra de las comunidades tendía a pasar a la propiedad privada, ahora de los propios miembros de la comunidad (Gama, 1931, pp. 10-11). Parece haber sido importante en este cambio la difusión del cultivo con arado y yunta que requería cierta inversión de capital, aunada al desarrollo del trabajo asalariado en tales posesiones y a la creciente producción para un mercado supracomunitario. Como ha demostrado tan bien Oscar Lewis en el caso de Tepoztlán, una vez establecida la propiedad privada en tierras de cultivo con arado por lo menos en una parte de la comunidad, ésta tiende a diferenciarse en una serie de grupos sociales, con distintas tecnologías, patrones de trabajo e intereses, y por ende con distintas relaciones supracomunitarias (Lewis, 1951, pp. 129-157). Esta tendencia ha proseguido a ritmos diferentes en distintas partes de México. Todavía no ha terminado donde la tierra constituye una inversión demasiado riesgosa, o donde una razón hombre-tierra favorable hace antifuncional la propiedad privada de la tie-

rra, como ocurre entre los popolucas de Sayula, Veracruz (Guiteras Holmes, 1952, pp. 37-40). En otras partes se había completado el proceso para fines del siglo XIX.

La Revolución Mexicana de 1910 destruyó la forma cultural de la hacienda y las relaciones sociales que ella mediatizaba. Lo hizo en parte porque la hacienda era un sistema económico autolimitado, incapaz de mayor expansión. En parte también porque la hacienda impedía la movilidad geográfica de una gran parte de la población de México. El final de la servidumbre por deudas, por ejemplo, ha permitido u obligado a gran número de personas a abandonar sus comunidades locales y buscar nuevas oportunidades en otras partes. Por último, lo hizo porque la hacienda obstruía los canales de movilidad social y cultural y de comunicación entre la nación y la comunidad, y tendía a atomizar el poder del gobierno central. Al destruir su poder, la revolución reabrió canales de relación desde las comunidades hasta el nivel nacional, y permitió la nueva circulación de individuos y grupos a través de los diversos niveles (Iturriaga, 1951, p. 66).

Los nuevos poseedores de poder han ascendido sobre todo por canales políticos, y ahora parece ser el político el medio más importante de consolidación y obtención del poder a nivel regional y nacional en México. Además —y debido quizá en parte a la falta de capital en el conjunto de la economía mexicana—, las ventajas políticas son necesarias para obtener ventajas económicas. Tanto los intereses económicos como los políticos deben tratar de establecer posiciones monopólicas dentro de áreas definidas de relaciones económicas y políticas fundamentales. Así pues, quienes buscan poder político y económico tienden a formar alianzas y pandillas en todos los niveles de la sociedad.

La principal organización formal que representa sus intereses es el partido del gobierno, el Partido Revolucionario Institucional o, como alguien ha dicho, "la Revolución como una institución" (Lee, 1954, p. 300). Este partido contiene no sólo grupos formalmente definidos como políticos, sino también grupos ocupacionales y de otros intereses especiales. Es una compañía tenedora política representativa de diversos grupos de intereses (Scott, 1955, p. 4). Su función principal es establecer canales de comunicación y movilidad entre la comunidad local y el grupo de poder central en el timón del gobierno. Los individuos que pueden obtener el control de las terminales locales de estos canales pueden ascender ahora a posiciones de poder en la economía nacional o en la maquinaria política.

Algunos de los requisitos de esta nueva movilidad son puramente económicos. La posesión de alguna riqueza, o el acceso a fuentes de riqueza, es importante; pero más importante es la habilidad para adoptar los patrones de comportamiento público

adecuados. Estos son los patrones de comportamiento desarrollados por los grupos "marginales" de los tiempos coloniales que ahora se han convertido en los patrones de comportamiento ideal de la persona orientada hacia la nación. Un individuo que busca poder y reconocimiento fuera de su comunidad local debe modelar su comportamiento para que corresponda a estas expectativas nuevas. Debe aprender a operar en una arena de amistades y alianzas continuamente cambiantes, que se forman y disuelven con la aparición o la desaparición de nuevas oportunidades económicas o políticas. En otras palabras, debe aprender a funcionar en términos que caracterizan cualquier sociedad estratificada compleja en que los individuos pueden mejorar su posición mediante la manipulación circunspecta de los lazos sociales. Sin embargo, este comportamiento manipulativo siempre tiene un patrón cultural, y un patrón cultural distinto en México que en los Estados Unidos o en la India. En consecuencia, debe aprender también las formas culturales que envuelven este comportamiento manipulativo. Los individuos que puedan operar tanto en términos de expectativas orientadas hacia la comunidad como hacia la nación tienden entonces a ser seleccionados para la movilidad. Se convierten en los "corredores" económicos y políticos de las relaciones nación-comunidad, una función que lleva consigo sus propias recompensas.

Sin embargo, el surgimiento de tales empresarios-políticos ha provocado necesariamente problemas nuevos para el poder central. La Corona española hubo de afrontar la autonomía siempre creciente de los colonialistas; el gobierno central de la República debe asimismo controlar la propensión de los buscadores de poder político a liberarse de la sujeción gubernamental mediante el aprovechamiento de ventajas económicas. Una vez ricos por derecho propio estos "corredores" entre la nación y la comunidad se independizarían pronto de los favores y las recompensas del gobierno. La Corona controló a los colonialistas equilibrando su poder localizado sobre los alguaciles con el poder concentrado de un cuerpo de funcionarios reales a cargo de las comunidades corporativas indígenas. De igual modo, el gobierno de la República debe tratar de equilibrar el poder que derivan de la comunidad sus "corredores" políticos con el poder de otros poderosos. En el México moderno estos poderosos en competencia son los líderes de los sindicatos —especialmente de los sindicatos de las industrias nacionalizadas— y de los ejidos, los grupos de las comunidades locales que han recibido concesiones de tierras de acuerdo con la legislación agraria emanada de la Revolución de 1910.

Pasando por alto un examen de los sindicatos, debido a limitaciones de tiempo y de conocimiento personal, me gustaría subrayar la importancia de las concesiones ejidales como una institución nacional. Ahora albergan a más del 30 % de los habitantes de las localidades mexicanas con menos de 10 mil habitantes (Whetten, 1948, p. 186). Algunas de ellas, localizadas en áreas bien irrigadas y capitalizadas, han resultado un éxito tanto económico como político (Whetten, 1948, p. 215). Pero el resto debe ser considerado como un instrumento político más bien que económico. Son activos políticos porque han puesto bajo el control gubernamental a gran cantidad de personas que dependen en última instancia del gobierno para su subsistencia. Pero la reforma agraria ha producido cambios sociales y políticos sin cambios concomitantes en el orden tecnológico; la sola redistribución de la tierra no puede cambiar la tecnología ni aportar el crédito requerido (Aguirre y Pozas, 1954, pp. 207-208; Pozas, 1952, p. 316).

Al mismo tiempo, la revolución ha intensificado las tendencias hacia una mayor diferenciación interna de posiciones e intereses en las comunidades, lo que ha servido para reducir su capacidad de resistència ante el efecto y la presión exteriores. Ha movilizado a los miembros de la comunidad potencialmente orientados hacia la nación, los hombres con tierra o capital suficiente para cultivar para el mercado y para operar tiendas, los hombres cuya posición y personalidad les permite aceptar los patrones nuevos de comportamiento orientado hacia la nación. Pero a menudo el espectáculo aparente de los negocios y las actividades tiende a oscurecer el hecho de que la mayoría de los habitantes de tales comunidades carece de acceso a las oportunidades nuevas o es incapaz de aprovechar tales oportunidades cuando se le ofrecen. Carente de recursos adecuados de tierra, agua, conocimiento técnico y contactos en el mercado, la mayoría carece también de los instrumentos que puedan transformar los valores de uso en bienes vendibles en el mercado. Al mismo tiempo, su incapacidad para hablar español y para entender las claves de los patrones nuevos de comportamiento orientado hacia la nación los aísla de los canales de comunicación entre la comunidad y la nación. En estas circunstancias deben aferrarse al tradicional "patrón de rechazo" de sus antepasados, porque su estrecha base económica fija límites a la introducción de nuevas alternativas culturales. Éstas son a menudo demasiado antifuncionales para ellos. La producción de suficiente maíz de subsistencia sigue siendo la meta principal de su vida. En su caso, la dotación de ejidos tendió a apoyar su forma de vida acostumbrada y a reforzar su apego a su herencia tradicional.

Encarados con estos contrastes entre lo móvil y lo tradicional, lo orientado hacia la nación y lo orientado hacia la comunidad, la vida aldeana está hendida por contradicciones y conflictos no sólo entre grupos clasistas sino también entre individuos, familias o vecindades enteras. Una comunidad tal se diferenciará

inevitablemente en varios grupos inestables con orientaciones e intereses distintos. En este trabajo nos hemos ocupado de las formas principales en que los grupos sociales se ordenaron y reordenaron ellos mismos en el conflicto y el acomodo a lo largo de los principales ejes económicos y políticos de la sociedad mexicana. Cada reordenación produjo una nueva configuración en la relación de los grupos orientados hacia la comunidad y los orientados hacia la nación. Durante el primer periodo de la historia mexicana posterior a la conquista el poder político se concentró a nivel nacional en las manos de funcionarios reales. Estos funcionarios y los empresarios colonialistas lucharon entre sí por el control de la mano de obra de las comunidades indígenas. En esta lucha los funcionarios reales ayudaron a organizar el campesinado indígena en comunidades corporativas que resultaron ser muy resistentes al cambio exógeno. Durante el segundo periodo los empresarios colonialistas —y sobre todo los dueños de haciendas— rechazaron el control real y establecieron enclaves locales autónomos centrados en sus empresas. Con la fusión del poder político y económico en las manos de estos poderosos intermedios, el gobierno nacional quedó impotente y los grupos campesinos indígenas se convirtieron en satélites del complejo empresarial. Al mismo tiempo su organización comunal corporativa se debilitaba cada vez más por la diferenciación interna y las incursiones de los forasteros. Durante el tercer periodo la revolución agraria destruyó los complejos empresariales que se interponían entre la comunidad y la nación, y el poder volvió a un gobierno central. Otra vez se aplican medios políticos para controlar la transformación de los buscadores de poder de las comunidades locales en empresarios independientes. Entre los grupos usados en el ejercicio de tal restricción se encuentran los agricultores, organizados en ejidos, lo que permite el acceso directo del gobierno a los habitantes de las comunidades locales.

A lo largo de este análisis nos hemos ocupado de los lazos que unen a grupos diversos en niveles distintos de la sociedad más amplia, más bien que de la organización interna de las comunidades y las instituciones de nivel nacional. Tal cambio de técnica parece cada vez más necesario a medida que nuestros modelos tradicionales de comunidades e instituciones nacionales se vuelven obsoletos. Sin ese cambio los antropólogos tendrían que renunciar a su reciente interés por las sociedades complejas. Los aspectos sociopsicológicos de la vida en los grupos locales, por oposición a los aspectos culturales, han sido explorados desde hace mucho tiempo por los sociólogos. El estudio del derecho formal, la política o la economía, lo realizan mejor los especialistas en estos campos que los antropólogos convertidos en expertos de tiempo parcial. Pero la marca distintiva de la antropología ha sido siempre su enfoque totalizador, un enfoque

cada vez más necesario en una época de creciente especialización. Este ensayo constituye un argumento en favor de la opinión de que podemos lograr una síntesis mayor en el estudio de las sociedades complejas si enfocamos nuestra atención sobre las relaciones entre grupos distintos que operan a niveles diferentes de la sociedad, más bien que en cualquiera de sus segmentos aislados.

Tal enfoque nos llevará necesariamente a plantearnos algunas cuestiones nuevas y a reconsiderar algunas respuestas a interrogantes viejos. Podemos plantear dos de tales cuestiones relativas al material presentado en este ensayo. Primero, ¿podemos hacer cualesquiera generalizaciones acerca de las formas en que los grupos de México se interrelacionan entre sí a través del tiempo, comparadas con las que unen a los grupos de otra sociedad, como las de Italia o el Japón, por ejemplo? No poseemos la información necesaria para contestar tal interrogante por ahora, pero podemos indicar la dirección que podría tomar una posible respuesta. Señalemos una característica prominente de las relaciones grupales de México revelada por el análisis precedente: la tendencia de las nuevas relaciones grupales a contribuir a la preservación de las formas culturales tradicionales. La Corona reorganizó las comunidades indígenas, que se convirtieron en baluartes de la forma de vida tradicional. Las haciendas transformaron a los campesinos indígenas en jornaleros a tiempo parcial; sus salarios estabilizaron su economía de prestigio tradicional. La Revolución de 1910 abrió los canales de la oportunidad a los orientados hacia la nación y reforzó la orientación hacia la comunidad de los inmóviles. Parecería en efecto que en México "los periodos viejos nunca desaparecen por completo y todas las heridas, aun las más antiguas, continúan sangrando hasta ahora" (Paz, 1947, p. 11). Esta "contemporaneidad de lo no contemporáneo" es responsable de la opinión "de sentido común" de muchos observadores superficiales de que en México "nunca se resuelve ningún problema", y que "las reformas producen resultados opuestos a los buscados". Sin duda tal visión ha afectado el desarrollo político mexicano (Wolf, 1953, pp. 160-165). Puede ser responsable de la violencia que ha acompañado a menudo aun a rupturas menores de estos patrones simbióticos. Y podemos con razón preguntarnos si ambos, los procesos de acomodo o de conflicto en México, no han adquirido ciertas formas estructurales como resultado de retrocesos cíclicos repetidos a la hostil simbiosis en las relaciones grupales.

Tales consideraciones plantean de nuevo los espinosos problemas derivados del enfoque del carácter nacional. La abundante discusión de este concepto se ha traducido en la cuestión de si todos los nacionales se conforman a un patrón común de comportamiento e ideales. Esta opinión ha sido objeto de grandes

críticas justificadas. Sin embargo, debemos recordar que la mayoría de los estudios del carácter nacional han subrayado el estudio de normas ideales, construido sobre la base de pronunciamientos verbales de los informantes, en lugar de examinar el comportamiento real mediante una observación participante. El resultado ha sido, según creo, una confusión de la forma y la función culturales. Parece posible definir el "carácter nacional" en forma operativa como las formas o mecanismos culturales que pueden usar los grupos implicados en la misma red general de relaciones en sus tratos formales e informales recíprocos. Tal concepción no supone necesariamente que todos los nacionales piensen o se comporten de la misma manera, ni que las formas usadas no puedan servir a funciones distintas en diferentes contextos sociales. Tales formas comunes deben existir para que se establezca y mantenga la comunicación entre los diversos grupos constitutivos de una sociedad compleja. He indicado que en el México moderno los patrones de comportamiento de ciertos grupos en el pasado se han convertido en las formas de comportamiento esperadas de los individuos orientados hacia la nación. Las formas culturales de comunicación que se encuentran en México son manifiestamente diferentes de las encontradas en otras sociedades (véase especialmente Carrión, 1952, pp. 70-90; Paz, 1947, pp. 29-45). Su estudio por los lingüistas y los estudiosos de la cinética (Birdwhistell, 1951) ayudaría en gran medida al establecimiento de su importancia directa para el estudio de las sociedades complejas.

Una segunda consideración, derivada del análisis presentado en este ensayo, se refiere a los grupos de personas que median entre los grupos orientados hacia la comunidad dentro de las comunidades y los grupos orientados hacia la nación, que operan principalmente a través de las instituciones nacionales. Hemos encontrado varios de tales grupos en este ensayo. En el México posterior a la Conquista estas funciones mediadoras fueron desempeñadas primero por los líderes de las comunidades corporativas indígenas y por los funcionarios reales. Más tarde estas tareas fueron encomendadas a los empresarios locales, como los propietarios de haciendas. Después de la Revolución de 1910 pasaron a manos de los individuos orientados hacia la nación salidos de las comunidades locales pero con lazos establecidos al nivel nacional, y que sirven como "corredores" entre los grupos orientados hacia la comunidad y los grupos orientados hacia la nación.

El estudio de estos "corredores" resultará cada vez más remunerador, a medida que los antropólogos desplacen su atención de la organización interna de las comunidades a la manera de su integración en sistemas más grandes, porque entonces observarán con detenimiento las junturas o conjunciones básicas de las relaciones que conectan el sistema local con el conjunto mayor. Su función básica es la de relacionar a los individuos orientados hacia la comunidad que desean estabilizar o mejorar sus oportunidades en la vida pero que carecen de seguridad económica y de conexiones políticas, con los individuos orientados hacia la nación que operan primordialmente en términos de las formas culturales complejas estandarizadas como instituciones nacionales pero cuyo éxito en estas operaciones depende del número y la fuerza de sus seguidores personales. Por supuesto, estas funciones se expresan a través de formas o mecanismos culturales que diferirán de una cultura a otra. Son ejemplos de éstos el *kan-ch'ing* chino (Fried, 1953), el *oyabun-kobun* japonés (Ishino, 1953) y el compadrazgo latinoamericano (Mintz y Wolf, 1950).

Los estudios especiales de tales grupos de "corredores" pueden ilustrar también en forma extraordinaria las funciones de un sistema complejo mediante el estudio de sus disfunciones. Estos "corredores" tienen una posición "expuesta" porque, como Jano, miran en dos direcciones a la vez. Deben servir algunos de los intereses de grupos que operan a nivel de la comunidad y de la nación a la vez, y deben afrontar los conflictos provocados por la colisión de estos intereses. No pueden arreglarlos, porque si lo hicieran abolirían su propia utilidad para otros. Por eso actúan a menudo como amortiguadores entre los grupos, manteniendo las tensiones que crean la dinámica de sus acciones. La relación entre el hacendado y sus indígenas satélites y el papel del moderno corredor-político con sus seguidores orientados hacia la comunidad pueden contemplarse adecuadamente bajo esta luz. Estos corredores no tendrían razón de ser si no existieran las tensiones entre los grupos orientados hacia la comunidad y los grupos orientados hacia la nación. Pero también deben mantener un control sobre estas tensiones para que el conflicto no explote, lo que significaría su sustitución por mejores mediadores. Fallers (1955) ha demostrado lo mucho que podemos aprender acerca del funcionamiento de los sistemas complejos mediante el estudio de los "apuros" de uno de sus "corredores", el jefe Soga. Aprenderemos mucho de estudios similares en otras culturas.

REFERENCIAS

Aguirre Beltrán, G., y R. Pozas Arciniegas (1954), "Instituciones indígenas en el México actual", A. Caso y otros, *Métodos y resultados de la política indigenista en México*, Memorias del Instituto Nacional Indigenista, núm. 6, México.

Bazant, J. (1950), "Feudalismo y capitalismo en la historia económica de México", EL TRIMESTRE ECONÓMICO, vol. 17, pp. 81-98.
Benítez, F. (1947), "México, la tela de Penélope", *Cuadernos Americanos*, vol. 6, pp. 44-60.
Birdwhistell, R. L. (1951), *Kinetics*, Foreign Service Institute, U. S. Department of State.
Carrasco, P. (1952), "Tarascan folk religion: an analysis of economic, social and religious interactions", *Middle American Research Institute Publications*, vol. 17, pp. 1-64.
Carrión, J. (1952), *Mito y magia del mexicano: México y lo mexicano*, Porrúa y Obregón, México.
Caso, A., y otros (1954), *Métodos y resultados de la política indigenista en México*, Memorias del Instituto Nacional Indigenista, núm. 6, México.
Chávez Orozco, L. (1943), *Las instituciones democráticas de los indígenas mexicanos en la época colonial*. Ediciones del Instituto Indigenista Interamericano, México.
— (1950), "La irrigación en México: ensayo histórico", *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol. 2, pp. 11-31.
Chevalier, F. (1952), "La formation des grands domaines au Mexique: terre et société aux XVIe-XVIIe siècles, *Travaux et Memoires de l'Institut d'Ethnologie*, núm. 56.
Fallers, L. (1955), "The predicament of the modern African chief: an instance from Uganda", *American Anthropologist*, vol. 57, pp. 290-305.
Fried, M. H. (1953), *Fabric of Chinese Society*, Praeger.
Gama, V. (1931), *La propiedad en México - la reforma agraria*, Empresa Editorial de Ingeniería y Arquitectura.
Gruening, E. (1928), *Mexico and its Heritage*, Century.
Guiteras Holmes, C. (1952), *Sayula*, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México.
Ishino, I. (1953), "The *oyabun-kobun*: a Japanese ritual kinship institution", *American Anthropologist*, vol. 55, pp. 695-707.
Iturriaga, J. E. (1951), *La estructura social y cultural de México*, Fondo de Cultura Económica, México.
Lee, E. (1954), "Can a one-party system be democratic?", *Dissent*, vol. 1, pp. 299-300.
Lewis, O. (1951), *Life in a Mexican Village: Tepoztlán Restudied*, University of Illinois Press.
Mangin, W. (1955), "*Haciendas, comunidades* and strategic acculturation in the Peruvian sierra", ensayo leído ante la Asociación Antropológica Norteamericana, Boston, 18 de noviembre.
Mintz, S. W., y E. R. Wolf (1950), "An analysis of ritual co-parenthood (*compadrazgo*)", *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 6, pp. 341-368.
Miranda, J. (1947), "La función económica del encomendero en los orígenes del régimen colonial de Nueva España, 1525-1531", *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, vol. 2, pp. 421-462.
Molina Enríquez, A. (1909), *Los grandes problemas nacionales*, Imprenta de A. Carranza e Hijos, México.
Paz, O. (1947), "El laberinto de la soledad", *Cuadernos Americanos* (también en edición del FCE).

Pozas Arciniegas, R. (1952), "La situation économique et financière de l'Indien americain", *Civilisations*, vol. 2, pp. 309-329.
Redfield, R., y S. Tax (1952), "General characteristics of present-day Mesoamerican Indian society", S. Tax (comp.), *Heritage of Conquest*, Free Press, pp. 31-39.
Scott, R. E. (1955), "The bases of political power in the Caribbean", conferencia dictada en la Universidad de Illinois, enero.
Simpson, E. N. (1937), *The Ejido: Mexico's Way Out*, University of South Carolina Press.
Simpson, L. B. (1950), *The Encomienda in New Spain: The Beginning of Spanish Mexico*, University of California Press.
Steward, J. H. (1950), "Area research: theory and practice", *Social Science Research Council Bulletin*, núm. 63, Nueva York.
Tannenbaum, F. (1929), *The Mexican Agrarian Revolution*, Brookings Institution, Washington.
West, R. C. (1948), "Cultural geography of the modern Tarascan area", *Institute of Social Anthropology*, vol. 7, Smithsonian Institution.
Whetten, N. L. (1948), *Rural Mexico*, University of Chicago Press.
Wolf, E. R. (1953), "La formación de la nación: un ensayo de formulación", *Ciencias Sociales*, vol. 4, pp. 50-62, 98-111, 146-171.
— (1955a), "Types of Latin American peasantry: a preliminary discussion", *American Anthropologist*, vol. 57, pp. 452-471.
— (1955b), "The Mexican *bajío* in the eighteenth century: an anlysis of cultural integration", *Middle American Research Institute Publication*, vol. 17, pp. 177-200.
Yáñez, A. (1945), Fichas Mexicanas, *Jornadas*, núm. 39, El Colegio de México.
Zavala, S. (1940), *De encomiendas y propiedad territorial en algunas regiones de la América Española*, Robredo, México.
— (1944), "Orígenes coloniales del peonaje en México", EL TRIMESTRE ECONÓMICO, vol. 10, pp. 711-748.
— y J. Miranda (1954), "Instituciones indígenas en la colonia", A. Caso y otros (1954), *Métodos y resultados de la política indigenista en México*, Memorias del Instituto Nacional Indigenista, núm. 6, México, pp. 29-112.

6. LA METRÓPOLI Y EL CAMPESINO: LA EXPANSIÓN DEL COMPLEJO URBANO-INDUSTRIAL Y LA CAMBIANTE ESTRUCTURA RURAL[1]

Andrew Pearse

ESTE trabajo se ocupa del problema del campesino minifundista más bien que de los propietarios o los trabajadores de las grandes explotaciones agrícolas, es decir, se ocupa de los campesinos pertenecientes a comunidades donde la mayoría de las familias viven de la producción agrícola en tierras a las que tienen derechos de acceso. Aunque este sector constituye probablemente más de la mitad de la población agrícola del continente, debe considerarse en muchos sentidos como marginal en la América Latina. La razón es que dentro de la estructura agraria misma la hacienda fue la forma predominante de la organización económica, y la presencia de grandes zonas ocupadas por minifundistas significaba de ordinario la inexistencia o la declinación de las condiciones de tierras y mercados en que podría prosperar la gran explotación. Por eso la calidad y la localización de las tierras de minifundistas son marginales y ofrecen una base indiferente para una agricultura competitiva de mercado, ya sea porque son pobres, secas y montañosas, o porque son demasiado pequeñas para permitir mucho más que la subsistencia familiar, o porque estén demasiado alejadas de un mercado adecuado para sus productos. Son marginales en el sentido de que las instituciones jurídicas, concebidas para la regulación de la gran propiedad, ofrecen instrumentos que son muy difíciles de manejar o por otra parte inadecuados para la regulación de las pequeñas propiedades, y en consecuencia ceden el lugar a la costumbre y la ilegalidad. Puede decirse que el minifundista es marginal en el sentido de que su participación en el sistema social general ha sido la de un elemento dependiente e indefenso; sujeto a las decisiones de otros; aislado del circuito de ideas

[1] Basado en un ensayo preparado para el Seminario Latinoamericano, Instituto Real de Asuntos Internacionales, 30 de octubre de 1968. Este trabajo surgió en el curso de la preparación de un estudio de campo de diez comunidades rurales en Chile, cuando el autor estaba trabajando para la Organización para la Alimentación y la Agricultura (FAO) de las Naciones Unidas, adscrito al Instituto de Adiestramiento e Investigación para la Reforma Agraria en Santiago. El autor agradece a sus colegas Andrés Pascal, Christopher Scott y David Benavente su participación en el desarrollo de las ideas.

corrientes en la sociedad por el analfabetismo, los sistemas de transporte rudimentarios y las diferencias culturales, y contractualmente inferior en sus relaciones de mercado. Cualquiera que pueda ser su situación local, una de sus obvias funciones económicas en los sistemas nacionales ha sido la provisión de una reserva de mano de obra para las necesidades ocasionales y estacionales de la agricultura de hacienda y de plantación.

Como una contribución al estudio de los cambios que están ocurriendo en el campo latinoamericano y en los problemas del desarrollo, este trabajo llama la atención sobre la expansión del núcleo de las grandes sociedades industriales (desarrolladas) como el factor singular más importante en las modificaciones de la vida rural y la estructura social, al establecer condiciones nuevas para la toma de decisiones por los campesinos. Se refiere a una fuerza suprapolítica de intervención que va más allá y abarca las acciones realizadas por los estados y los grupos de intereses con intenciones específicas, como la prohibición de la píldora o un golpe contrarrevolucionario; es una fuerza "vegetal" con parches de intencionalidad. No está dirigida a los campesinos como tales ni al subdesarrollo como tal, pero en esta etapa de la historia está llegando a las áreas rurales del mundo subdesarrollado, así como en un periodo anterior y en una forma diferente provocó transformaciones en el tejido de la vida rural de los países ahora desarrollados.

Me convencí de la importancia de este enfoque desde el extremo rural del eje más bien que desde el extremo metropolitano, simplemente observando la aceleración y la intensificación de los impulsos que van del centro a la periferia, y estando consciente de que yo mismo era transportado por uno de tales impulsos, de que además de tratar de ver el problema en forma objetiva yo era una parte precisa de él como experto de las Naciones Unidas en diversos programas de asistencia técnica.

Así pues, tomaremos como punto de partida la existencia de un movimiento de aceleración, emanado desde los centros urbanos industriales de nuestra sociedad y propicio a que se incorpore a sus sistemas aquello que no se ha incorporado aún, sin importar de dónde venga. Al llegar al campesinado de la América Latina el movimiento es mediatizado por los capitales nacionales y regionales, que en parte son estaciones locales de trasmisión y en parte reforzadores de estos impulsos que suman su propia fuerza al proceso. La fuerza impulsora más importante es el complejo del mercado, que busca aun vendedores marginales de materias primas y mano de obra barata, así como compradores de bienes fabriles y de servicios. La corriente aumenta por la expansividad natural de las burocracias, ya sean del servicio civil nacional, las iglesias, los programas de salud y educación, los partidos políticos, los organismos de asis-

tencia bilateral y multilateral, las misiones y los programas pilotos o las instituciones de caridad, todas compitiendo ardientemente por clientes, conversos, líderes "naturales", secretarias especializadas y tipos humanos similares como material para cursos de adiestramiento.

Las grandes alteraciones que están ocurriendo en la estructura agraria y en los valores y el comportamiento de los habitantes del campo deben verse como elementos de un proceso complicado mediante el cual responden a estos impulsos exógenos los sistemas rurales, sociales y económicos.

El "impulso de aculturación", como podríamos llamarlo, requiere como condición la intensificación de la interacción entre el vecindario local y los centros urbanos de la gran sociedad, hecha posible por el mejoramiento del transporte y por la circulación de personas, ideas y bienes manufacturados entre el campo y la ciudad. Implica el apego directo de la producción, el intercambio y el consumo locales al sistema de mercado nacional (incorporación al mercado), y el establecimiento de instituciones nacionales regulares (incorporación institucional) al lado de las instituciones consuetudinarias locales y los medios tradicionales. Se traduce en modificaciones y transformaciones de los valores y metas culturales que estén en armonía con ellos, y en modificaciones y transformaciones de la estructura social de los vecindarios y localidades rurales, así como de las relaciones estructurales existentes entre ellas y la sociedad más amplia.

Examinaremos ahora la penetración de zonas donde la producción para el uso familiar es el pilar de la economía campesina, es decir donde prevalece el sistema de subsistencia. Por supuesto, no debe pensarse que la elaboración de este proceso de penetración comercial implica un continuo sencillo desde la autarquía económica aislada que se aproxima constantemente a través del tiempo a la integración completa en una economía de mercado. Durante el periodo histórico en la América Latina ha habido siempre comunidades de familias con organizaciones productivas funcionando ligadas directamente a los consumidores por relaciones de mercado y con uso del dinero como medio de cambio. Han coexistido con ellas grupos aislados que se mantienen con un mínimo de relaciones de intercambio con los mercados locales y nacionales. Pero por razones históricas la relación a través del mercado de las comunidades de pequeños productores que trabajan en relativa independencia (al igual que de las haciendas donde los pequeños productores fueron organizados bajo compulsión) ha sido intermitente más bien que continua. El auge y la declinación de centros mineros densamente poblados, el desarrollo de una forma nueva de transporte, o los periodos de demanda excesiva en las metrópolis de un producto natural particular como el oro, la plata, el azúcar, las pieles, el añil, el algodón, el caucho, la quinina, el trigo, el cacao, el plátano, etcétera, han sido inductores típicos de las relaciones de mercado.

El periodo actual se caracteriza por el crecimiento rápido de las ciudades y en consecuencia por un creciente mercado interno, población creciente y extensión general del transporte que lleva bienes de consumo manufacturados baratos y elementos agrícolas para la producción en las zonas rurales a cambio de dinero, y una demanda mucho mayor y más consistente de productos agrícolas en lugar de las invasiones al azar, que responden a la racionalidad del capitalismo mercantil o industrial pero no al de la economía colonial o nacional dependiente y menos aún al de las regiones productoras. Así podemos hablar ahora de un proceso persistente de penetración e incorporación de las áreas rurales al sistema de relaciones de mercado. Pero la incorporación al sistema de mercado más amplio es parcial y no conduce a un desarrollo económico equitativamente distribuido, que comprenda el aumento de la productividad, el ingreso y la formación de capital.

Se supone que la respuesta al impulso de incorporación es variada. En ciertas comunidades donde se ha institucionalizado un sistema solidario de defensa colectiva contra la sociedad más amplia la respuesta puede ser casi nula, pero de ordinario hay una reacción claramente identificable que genera alteraciones radicales y depende de factores internos conectados con la configuración y la dinámica de la comunidad al igual que de la intensidad del impulso de incorporación.

Los sistemas económicos semiautárquicos, donde el intercambio directo de una diversidad de bienes y de mano de obra mantiene al mínimo la circulación de dinero, se ven obstruidos por la llegada de bienes manufacturados baratos y por la difusión de ciertas clases de máquinas. La manufactura para el consumo hogareño y los arreglos para el intercambio de mano de obra caen en desuso. El dinero cobra más importancia para la compra de bienes manufacturados y procesados de primera necesidad. En consecuencia, aumenta la importancia relativa del comercio, el transporte y el crédito, y de quienes los manejen o controlen. La producción no avanza en general porque la mano de obra adicional y los insumos técnicos requieren efectivo o crédito, que para la mayoría no existen en condiciones económicas. Hay menos aceptación entre los jóvenes de la obligación de trabajar para sus padres a cambio de la manutención y mayor migración temporal hacia el trabajo asalariado, así como una emigración permanente hacia los centros de empleo urbano o industrial. Así, la mano de obra disponible en las épocas más activas es menor que antes. Por falta de un cultivo realmente lucrativo en términos de dinero los mercados más accesibles no

ofrecen un rendimiento seguro y considerable que pueda permitir un cambio radical del sistema, de modo que la mayoría de las familias se ven obligadas a aferrarse para su seguridad a la agricultura de subsistencia.[2] La fuerza de trabajo disponible se dedica a asegurar una cosecha de cereales o papas que satisfaga los requerimientos alimenticios básicos de la familia, más otros productos cuya venta produzca el dinero necesario para las compras de subsistencia a lo largo del año. Otro obstáculo al desarrollo comercial de la economía de los minifundistas es el mecanismo de mercadeo. Debido a la inferioridad contractual del campesino y a la concentración ordinaria de tres funciones comerciales en las manos de un mismo individuo (comprador del producto, otorgante del crédito y vendedor de bienes de consumo), todos los excedentes generados por la economía pequeña tienden a ser transferidos al intermediario en lugar de quedar disponibles para reinversión.

La incorporación total al mercado implicaría el establecimiento de granjas comerciales competitivas. Esto requiere ciertas adiciones a los activos de los campesinos en términos de tierra, mano de obra y técnicas tradicionales, tales como el acceso al crédito, el conocimiento de métodos productivos más eficientes y algunas máquinas automotrices. Parecería implicar también una transformación social muy difícil, o sea el abandono de una vida guiada por una red de derechos y obligaciones comunitarios y su sustitución por actividades económicamente motivadas en que los vecinos y los parientes son manipulados como cualquiera otro insumo. La unión tradicional de los papeles productivos a las relaciones familiares debe modificarse por la sumisión de estas últimas a las exigencias comerciales.

En estas condiciones el agricultor comercial no surge necesariamente de modo directo del campesinado, porque la acumulación de las condiciones del éxito, o sean el conocimiento técnico, el crédito y la habilidad comercial, sólo puede adquirirse durante un periodo que sigue al abandono de una posición ocupacional que lleva consigo una continua dedicación al trabajo manual, y al de una posición social que implica una red de obligaciones particulares dentro de la comunidad y la inferioridad contractual en las relaciones con el mercado. El agricultor comercial puede ser el campesino emigrante que vuelve de una ocupación industrial o comercial a tierras que ya están en posesión de su familia

[2] Es sencilla la respuesta esquemática a las dudas de que deba sobrevivir la orientación hacia la subsistencia en las unidades familiares productivas: el campesino no percibe la existencia de un sistema seguro de distribución de bienes e instalaciones necesario para la supervivencia de la familia basada en el intercambio monetario, y su percepción corresponde generalmente a la situación real. La crisis no está en la larga vida de los sistemas de subsistencia, sino en la coexistencia disfuncional de estos sistemas y un sistema confiable de mercado monetario.

o que él adquiere. Puede ser un forastero atraído por las oportunidades productivas y comerciales de una comunidad que sus miembros no perciben o no pueden aprovechar. O puede ser un miembro de la comunidad campesina que ha podido establecerse en el comercio o el transporte y ha estado expuesto a la socialización urbana sin vivir necesariamente en la ciudad. El forastero vive ya en un círculo de ideas en que son comunes el conocimiento del mercado y los métodos mejorados, y permanece en contacto con este círculo aunque ahora viva en la comunidad rural, aunque sus vecinos rurales no sean necesariamente capaces de "enchufarse" al círculo. Y su comportamiento económico experimenta escasa restricción o control de esta comunidad porque conserva su grupo de referencia urbano. Los otros dos tipos de modernizadores adoptarán el comportamiento económico de la libre competencia en proporción a la declinación de sus obligaciones comunitarias y al crecimiento de su identificación con los grupos de referencia de la ciudad y otros modernizadores.

Puede existir otro modo de cambio en que no surgen agricultores comerciales en los predios campesinos pero los empresarios con insumos modernos se asocian con el campesino y aumentan la productividad de éste aunque asegurando su dependencia y la parte del león de sus excedentes. Un ejemplo actual de este modo de cambio puede verse en una remota estancia boliviana expropiada por la reforma agraria. Antes de la reforma su ingreso provenía de la producción para el mercado de papas de alta calidad que requerían abonos químicos. Tras la expropiación los campesinos se convirtieron en dueños de la tierra pero en breve tiempo pasaron a depender de un grupo de personas de mentalidad comercial (campesinos, comerciantes y propietarios de camiones) de una zona más próspera que les llevaban el abono necesario para la siembra y recibían como pago la mitad de la cosecha. En realidad la suerte del campesino tradicional está ligada a la declinación de la importancia relativa de la tierra y la mano de obra (sin equipo mecánico) en el proceso productivo y a la relativa devaluación de su recompensa por ellas.

El impulso de incorporación lleva a los vecindarios y a las localidades rurales un conjunto de instituciones formalmente organizadas (algunas de ellas forman parte del aparato estatal y otras no) que se caracterizan por la estandarización nacional, la conformidad a normas culturales urbanas y a objetivos de desarrollo tales como la escolarización, la salud pública, el desarrollo agrícola, la provisión de crédito, la educación de los adultos, la movilización de los campesinos en organizaciones comunitarias, o como votantes o en asociaciones políticas, en clubes de futbol y otros deportes, como neófitos y como receptores de caridad. Mientras que la incorporación al mercado es un proceso ciego en que los agentes individuales y los grupos que persiguen fines

económicos aportan el motor, la incorporación institucional contiene un objetivo coherente, y hasta cierto punto es un instrumento usado deliberadamente por el Estado para ajustar las subculturas periféricas "atrasadas" a sus papeles prescritos dentro de la economía y la sociedad nacionales, aunque no debe exagerarse el grado de intencionalidad, por prominentes que sean los objetivos explícitos. La incorporación institucional ofrece alternativas parciales y paliativos a los dilemas de la comercialización.

Es de esperarse que la educación diversifique las habilidades y prepare a los habitantes del campo para una aceptación más fácil de la innovación. Sin duda facilita la integración de los emigrantes a las ciudades. El proceso de aculturación que acompaña a la incorporación institucional y a la intensificación de la interacción con la sociedad más amplia, disminuyendo las diferencias culturales entre los habitantes del campo y de la ciudad, elimina también uno de los elementos en que se basa la inferioridad contractual del campesino. La implantación de las instituciones nacionales, organizadas por lo menos formalmente sobre la base de relaciones secundarias y de normas regulares, proporciona experiencia en el liderazgo y la participación mediante la cual pueden ejercerse las presiones locales y representarse las demandas locales. Es de esperarse que las agencias de desarrollo que ofrecen crédito y servicios técnicos aporten algunas alternativas a los monopolios locales. Las cooperativas pueden llevar al fortalecimiento de las posiciones de negociación, y la participación política puede dar cierta consideración a los intereses campesinos.

El impulso a la incorporación, que va acompañado por una intensificación de la comunicación y el intercambio de bienes, personas e ideas entre los vecindarios rurales y los centros urbanos, exhibe, como si dijéramos, una serie de comportamientos y orientaciones distintas que los campesinos pueden adoptar. Si se adoptan, remplazarán a elementos de la subcultura tradicional, local y particular, con elementos de una cultura urbana nacional estandarizada, contemporánea (aunque no necesariamente "moderna"). La penetración de los vecindarios rurales por el movimiento de incorporación trae "instalaciones" en el sentido más amplio.

Pero al mismo tiempo establece una clase nueva de dependencia de la organización social rural frente a los centros urbanos. La obsolescencia de las instituciones económicas locales ligadas a la subsistencia va acompañada por la declinación de otras instituciones sociales que pertenecen exclusivamente a la comunidad, de una pérdida de la autonomía y de la autosuficiencia valorativa. La exogamia se vuelve más general, y disminuyen el prestigio y la eficacia de los líderes locales. Las instituciones nuevas ofrecen aparentemente medios más eficientes para la satisfacción de las metas sociales. Pero la posición del campesino

en estas nuevas instituciones es inevitablemente dependiente, porque su administración requiere habilidades urbanas (como ocurre con el espíritu de empresa), y cuanto mayor sea el alcance de la decisión que deba tomarse, más remoto y metropolitano será el centro de decisión.

Las fuerzas propicias para la integración del sector minifundista a la economía nacional tienen efectos variados y conducen al enfrentamiento de dos grupos. Los empresarios y los otros grupos de la comunidad rural que tienen experiencia del mundo urbano y además no dependen de su propia mano de obra aplicada a la tierra, tratan de diferenciarse socialmente del campesinado tradicional subsistente. El aumento de la intensidad de los medios de comunicación con los centros urbanos permite lo anterior.

Empieza a adquirir identidad un nuevo estrato rural medio asociándose con los estratos medios del pueblo y adoptando comportamientos y símbolos tomados de la vida urbana. Los valores de los nuevos estratos rurales medios están orientados hacia lo urbano y sostenidos por los grupos de referencia urbanos. Las remuneraciones urbanas justifican el esfuerzo productivo y la inversión en la agricultura. Debe encontrarse una justificación "objetiva" del rechazo de muchas normas tradicionales y de la falta de respeto por el campesinado tradicional.

La expansión de los estratos medios y la inducción de las instituciones nuevas ocurren al mismo tiempo. Se sigue que los estratos medios reciben con beneplácito la oportunidad de validar su posición mediante la ocupación de los papeles principales de las instituciones nuevas. Esto puede significar que el uso de la institución para demostrar prestigio o para ejercer poder puede predominar sobre su dedicación a sus propósitos formales. Significa casi con seguridad la dedicación de la institución a los fines de este sector. Así, la sustitución del conjunto tradicional, peculiar y local de instituciones por el conjunto moderno, estandarizado y nacional, va acompañada de la toma de los nuevos papeles de autoridad por los estratos medios emergentes.

Con la importancia creciente de las instituciones nacionales y la declinación de las locales, la solidaridad local basada en una red estrecha de lealtades y obligaciones cede su lugar a la emancipación del control local, al aislamiento creciente de la familia nuclear dentro del vecindario y, al mismo tiempo, a un aumento de los controles ejercidos directamente sobre la comunidad desde los centros urbanos. Disminuye la importancia del vecindario como comunidad. La característica posición única de la persona tradicional rural es sustituida por el disfrute de distintos niveles de posición en diferentes subsistemas. Hay una tendencia hacia la diferenciación y la multiplicación de los papeles sociales y económicos. Las secuencias de acciones que se han

estimado porque satisfacían la tradición ahora se estiman como medios para fines económicos.

El otro grupo se compone de los campesinos que se quedan atrás, por decirlo así. Estos campesinos pueden poseer la tierra y disponer de su propia mano de obra y sus habilidades tradicionales. Su cambio de posición es sutil y gradual. Es probable que se inicie cuando la presión de la economía de mercado vuelve inadecuados los medios instrumentales, tecnológicos, económicos e institucionales pertenecientes al sistema de subsistencia. Se buscan sustitutos y en la nueva fase se hacen intentos para alcanzar metas y disfrutar la gratificación correspondiente mediante el uso de técnicas nuevas, el cambio de las relaciones productivas y de mercado y la adopción de papeles en las nuevas instituciones nacionales.

La adopción de técnicas nuevas puede ocurrir sin consecuencias sociales importantes siempre que sirva para alcanzar las metas deseadas. Pero el abandono de los elementos de subsistencia de la economía y de las instituciones locales, y la entrega plena al sistema comercial y a las instituciones nacionales, están preñados de consecuencias de largo alcance porque ambos procesos exigen condiciones severas. El desempeño del papel del empresario agrícola en el sistema nuevo requiere habilidad técnica y de relación con la burocracia, al igual que acceso al crédito en escala considerable, activos que muy pocos campesinos tradicionales tenderán a poseer individualmente o a reunir en conjunto mediante la acción colectiva. Es de esperarse que la mayoría sufra una descapitalización progresiva y dependa más y más de la venta del trabajo asalariado, en la localidad o en otros campos o en las ciudades. Por lo que hace a la sustitución de los papeles institucionales antiguos por los nuevos, las instituciones locales tradicionales asignaban papeles de acuerdo con criterios locales y con un sistema de posiciones con un vértice local basado en realidades locales como el parentesco, el control de recursos esenciales para el funcionamiento de la economía de subsistencia, el conocimiento especial de hábitos y costumbres, etcétera. Las nuevas instituciones nacionales son profunda y sistemáticamente jerárquicas, con su vértice situado en la capital nacional y más allá, en Roma, Washington, Moscú, o donde sea, y cada una de ellas es un subsistema de posiciones en que el rango individual deriva de las habilidades burocráticas y escolares (que hasta ahora no han estado a disposición de los habitantes del campo) y del poder disfrutado en el sistema social general, en relación con el cual el campesino queda colocado inevitablemente en el punto más bajo de la escala. Así pues, las instituciones nuevas, aunque puedan aspirar formalmente a la equidad en la distribución de derechos en la sociedad nueva, ofrecen al campesino papeles esencialmente dependientes cuyas

normas no se han adaptado a las condiciones locales. En consecuencia su actuación se considera "inadecuada".

La nueva dependencia del campesinado tradicional frente a las burocracias de las instituciones nuevas y los controladores del transporte y el mercado toma el lugar de los antiguos patrones de la dominación ejercida por los jefes locales tales como los caciques, los curas y los grandes terratenientes de las haciendas vecinas. El ascendiente personal de estos últimos es remplazado por la sujeción de los campesinos como clientes de organizaciones específicas.

Así pues, la penetración de las áreas rurales por las relaciones comerciales y las nuevas instituciones puede verse como un flujo de acción desde el centro a la periferia de la sociedad propicio para la incorporación; pero las reacciones a su presencia son variadas y se traducen en formas de incorporación contrastantes y de velocidades variables. Puede concebirse como el catalizador de todo un conjunto de fuerzas latentes dentro de la estructura rural local. Sin embargo, abarcando la diversidad de calidades de la incorporación pueden conceptualizarse tres dimensiones generales de cambio desde el punto de vista del destino del campesino y sus comunidades:

En la dimensión económica: movimiento desde la producción limitada a la familia hacia las empresas productivas dependientes en gran medida de insumos industriales.

En la dimensión estructural: movimiento desde la participación en una comunidad vecinal marcada por la "peninsularidad estructural" hacia la participación en una sociedad nacional de clases.

En la dimensión cultural: movimiento desde la diversidad cultural territorialmente definida hacia la homogeneidad cultural nacional modificada por la diferenciación subcultural de clases.

Para los habitantes tradicionales del campo o del pueblo-mercado, el cambio de cada una de estas dimensiones implica decisiones conducentes a la modificación libre o forzada de comportamientos, usos, formas de actividad económica, técnicas, aceptación de reglas acerca de derechos y deberes pertenecientes a relaciones nuevas, y participación o abstención deliberada de la participación en algunas de las instituciones nuevas. ¿Cuáles principios generalmente operativos pueden aducirse para explicar el hecho de que el campesino tradicional decida cambiar su forma de vida? La respuesta parece ser que la alternativa al cambio de su comportamiento es un deterioro de su condición como resultado de la obsolescencia de los medios técnicos e institucionales tradicionales. Al mismo tiempo surgen medios

nuevos para sustituir los anteriores, y metas nuevas quedan al alcance de sus aspiraciones primero y luego de sus esperanzas. Esta fase marca el paso de una situación estática a otra dinámica, porque debe competirse por las nuevas "facilidades", que ofrecen un conjunto de metas infinitamente mayor que el existente hasta ahora. La competencia por la apropiación de los elementos nuevos ocurre ahora, pero su distribución es diferencial porque los competidores están desigualmente equipados para la lucha. No todas las facilidades son escasas. La educación primaria no es escasa, la educación secundaria sí lo es. Los campesinos poseen en general tierra, mano de obra y habilidades agrícolas tradicionales, mientras que los "insumos industriales", el crédito y el poder de negociación son facilidades escasas. La diferenciación económica se ve amplificada de acuerdo con la capacidad potencial de cada familia para apropiarse las facilidades. Quienes tienen menos capacidad tienden hacia la provisión de mano de obra, quienes tienen más tienden hacia la función empresarial. Lo que empieza como una diferencia cuantitativa se convierte en una diferencia cualitativa.

Puede discernirse una tercera etapa en que los dos grupos diferenciados, dispares en cuanto al precio de la mano de obra, el acceso a la tierra y la monopolización de facilidades escasas, asumen la conformación de clases sociales, cada una de ellas con símbolos comunes, buscando la fuerza organizada y haciendo causa común a escala nacional. La nueva dinámica consiste en la competencia, el conflicto entre clases y la lucha por la ascensión social.

B. Los grupos analíticamente marginales

En la sección B examinaremos algunos ejemplos de lo que llamamos en la introducción los "grupos analíticamente marginales" del campesinado y su desarrollo. La contribución de Feder enfoca los latifundios y el trabajo asalariado agrícola en el marco de la sociedad rural latinoamericana. Franklin considera a los campesinos-jornaleros europeos como un fenómeno que se presenta en situaciones de alto nivel de urbanización e industrialización, mientral que Saul y Woods prestan atención al otro extremo, el de los emergentes campesinados africanos. Saul y Woods se ocupan también de la importante cuestión de los grupos campesinos regionales. El análisis que hace Galeski de los cambios estructurales que afectan a la sociedad rural concluye con el examen de las direcciones alternativas de desarrollo en la gran diversidad de sociedades rurales. Se ocupa también de la cuestión de las granjas colectivas y en particular de las típicas de la Unión Soviética y la Europa Oriental. No presentamos aquí varios grupos analíticamente marginales, en particular los miembros de las comunas chinas y algunos de los grupos rurales no agrícolas, como los de pescadores, pastores y en ocasiones de artesanos rurales. De nuevo deberán consultarse en su lugar las referencias en la lista de las lecturas.

7. LOS LATIFUNDIOS Y LA MANO DE OBRA AGRÍCOLA EN LA AMÉRICA LATINA *

Ernest Feder

A VECES se define la tenencia de la tierra en un sentido relativamente estrecho como algo que concierne principalmente a los derechos de la tierra y su distribución. En realidad abarca mucho más. En primer lugar, hay muchos trabajadores agrícolas —los "asalariados" rurales— que no tienen ningún derecho sobre la tierra. Estas familias agrícolas están atadas a la tierra porque tienen que vivir de trabajar para otros que *sí tienen* derechos sobre la tierra. En algunos países pueden constituir la mayoría. En el total de la América Latina las familias sin tierras constituyen el 40 % del total de familias agrícolas, sin duda una estimación conservadora basada en censos que de ordinario no registran el total de los estratos más bajos de la población agrícola.

En segundo lugar, en las sociedades predominantemente agrícolas la propiedad de la tierra es la fuente principal del poder económico, político y social. Como una regla sencilla podemos afirmar que cuanto mayor sea la cantidad de tierra poseída mayor será el poder de su propietario. En consecuencia, los agricultores sin ninguna tierra no tienen ningún poder económico, político o social directo. Podrían obtener mayores ingresos, influencia política y mayor prestigio social si se les permitiera organizarse en cooperativas, ligas de campesinos o sindicatos de trabajadores, aunque aun entonces es probable que subsistiera nuestra regla sencilla. Pero en una agricultura donde el 1 % de las familias agrícolas controla por lo menos la mitad de la tierra agrícola (y probablemente hasta el 60 %), el poder de la élite terrateniente se usa precisamente para mantener al campesinado desorganizado, pobre y dependiente. Lo curioso es que la riqueza económica derivada de la agricultura ya no es fundamental para el poder total de la élite terrateniente. Como veremos, las economías latinoamericanas se caracterizan por un alto grado de integración de los diversos sectores. Sin embargo, el poder político ha tenido su base, y la continúa teniendo, en la propiedad de la tierra, y ahora, gracias a la continuidad de su influencia política, la élite terrateniente tiene acceso preferente

* Ernest Feder, "Tenencia de la tierra y desarrollo socioeconómico del sector agrícola: América Latina", Informe Regional inédito para el Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, marzo de 1968. Abreviado por el autor.

a los recursos de nuevo desarrollo de sus países. En los países con una alta tasa de desarrollo económico esta influencia política parece sufrir el reto de los grupos pequeños de magnates industriales, comerciales y financieros de reciente formación. Pero un análisis más detenido puede revelar que este reto es más aparente que real siempre que las funciones de la propiedad de la tierra, la banca o la distribución, por ejemplo, se fusionan en los mismos individuos, como ocurre de ordinario. En todo caso, aun si esto fuese cierto sólo en parte, los intereses de los financieros, industriales o comerciantes latinoamericanos se acercan mucho más a los intereses de la élite terrateniente del país que a los del campesinado, y lo mismo ocurre con los inversionistas extranjeros.[1] Por estas razones hay ahora pocas esperanzas de que en el futuro previsible pueda mejorar la posición de los campesinos latinoamericanos.

Quizá la conclusión más importante de este breve comentario sobre las implicaciones políticas y sociales del sistema latinoamericano de tenencia de la tierra sea la existencia evidente de un *conflicto de clase* enorme y creciente entre los campesinos sin tierra y los productores con lotes de tierra inadecuados (minifundistas) por una parte y la élite terrateniente y sus aliados por la otra. En el conjunto de la América Latina quienes carecen de tierra y los minifundistas constituyen ahora el 72 % del total de familias agrícolas. Su número está creciendo en términos absolutos y relativos. El acceso a la tierra se vuelve cada día más difícil, los ingresos reales bajan y el desempleo crece.

Latifundismo, autocracia rural y absentismo

La forma en que las relaciones de poder se manifiestan en la agricultura latinoamericana se describe mejor con una breve caracterización del sistema del latifundio. La autocracia es un aspecto fundamental del latifundismo latinoamericano y afecta a todas las fases de las relaciones entre patrones y trabajadores. El latifundismo es un sistema de poder. Una hacienda es normalmente una empresa autocrática, cualquiera que sea el número

[1] Podría esperarse que los nuevos magnates se interesen más por el desarrollo de mercados más amplios para sus productos o servicios y reciban con beneplácito un mejoramiento de la posición del campesinado. Pero este puede ser sólo el punto de vista del teórico, por dos razones principales. Un campesinado desarrollado amenaza con destruir la estructura social existente y el poder de la élite terrateniente y de los magnates por igual; por ejemplo, un campesinado organizado podría encargarse de la distribución de un producto de exportación importante. Pero es igualmente importante por el hecho de que las empresas urbanas se benefician ahora de la mano de obra barata constantemente aumentada por la migración rural-urbana a medida que los campesinos buscan trabajo en las áreas urbanas.

de quienes en ella trabajen e independientemente de que el propietario viva en ella, cerca de ella o lejos. Es posible que el propietario no sea directamente responsable de la operación diaria de la hacienda, cuya responsabilidad puede dejarse en manos de un inquilino o un administrador; pero las decisiones finales sobre cuestiones importantes como lo que deba sembrarse y en qué cantidad, cuándo y dónde vender, o aun sobre cualesquiera cuestiones "menores" si es necesario, están en manos del propietario. Cuestiones menores pueden ser las relativas a la vida y el bienestar de sus trabajadores, las que en las sociedades avanzadas han quedado en manos de las autoridades públicas o se resuelven mediante la acción cooperativa y colectiva. En consecuencia, el poder del terrateniente se extiende sobre las actividades agrícolas propiamente dichas y sobre los individuos que participan en estas actividades, incluidas sus "vidas privadas", y con gran frecuencia sobre personas que sólo en forma indirecta se relacionan con su explotación agrícola.

Lo que distingue este poder es la falta de freno a su ejercicio. La organización de un latifundio se asemeja a una organización militar, en que el comandante supremo retiene el privilegio exclusivo de tomar decisiones sobre todas las cuestiones relativas a las actividades de los soldados y donde la delegación del poder existe sólo dentro de ciertos límites estrechos, siempre calificada por el derecho de intervenir, aun en forma arbitraria. Las decisiones sobre cuestiones menores tomadas por subordinados a quienes se conceda cierto poder de toma de decisiones están sujetas siempre a autorizaciones explícitas o implícitas del comandante supremo. Es en este sentido que un sociólogo brasileño pudo afirmar que los propietarios de haciendas tenían el poder de vida y muerte sobre los hombres que trabajaban para ellos.

También caracteriza a las haciendas el hecho de que el patrón no reside en ellas y que sólo "supervise" la administración de su hacienda cuando las visita con mayor o menor frecuencia, de modo que deja la administración diaria en las manos de su administrador. La administración absentista refuerza en efecto la naturaleza autocrática del latifundismo porque aumenta la distancia que separa al patrón de los trabajadores.

La función económica y social de los administradores y otros agentes de la autoridad

El latifundismo absentista se define en términos demasiado estrechos desde un punto de vista sociológico si sólo se emplea como criterio la residencia. Aun si un propietario o productor reside en la hacienda, su administrador establece cierto grado

de administración absentista o indirecta a causa de su papel y sus funciones. En realidad, para el trabajador rural casi todo propietario de hacienda es un absentista, porque la mayor parte de las grandes haciendas son manejadas por administradores. En Brasil, por ejemplo, cerca del 50 % de los latifundios tenían administradores (Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, CIDA, Brasil, p. 132), y en Colombia el 53 % de la tierra en latifundios está en manos de administradores (CIDA, Colombia, p. 168). Es posible que estas estadísticas sean conservadoras.[2]

Con algunas excepciones, un administrador no es una persona calificada y experimentada, enterada de los últimos avances de los métodos agrícolas. En general, es sólo un trabajador que ha pasado varios años en la nómina del terrateniente y se ha distinguido por su conocimiento profundo de las costumbres locales, que respeta, y por su lealtad a su patrón. Supervisa la operación de la hacienda de acuerdo con las órdenes que recibe del terrateniente dentro de una esfera de acción estrictamente limitada. No toma decisiones importantes relativas al uso de la tierra, al número y clase de los animales que deberán criarse o alimentarse, o lo que deba comprarse o venderse. Sus facultades respecto de los gastos de operación se limitan normalmente a pequeñas transacciones en efectivo o en las cuentas de crédito con los comerciantes. Desde el punto de vista del terrateniente, el administrador es sólo otro trabajador, aunque éste recibe un salario más alto —de ordinario no mucho más alto— y ciertos privilegios menores no concedidos a otros trabajadores. Pero el administrador es el "hombre de confianza" del jefe.

Desde el punto de vista del trabajador, el administrador representa en casi todos los sentidos la autoridad más cercana, porque su función más decisiva reside en el manejo diario de los trabajadores agrícolas. El administrador asigna el trabajo diario, paga los salarios, castiga, despide a un trabajador y contrata a su sustituto, dentro del marco establecido por el terrateniente. Esto implica que las decisiones relativas al número o el tipo de los trabajadores que habrán de contratarse y su remuneración corresponden en exclusiva al propietario. Es él quien recibe una petición de su administrador para la contratación de más trabajadores y decide lo que le parezca conveniente, y puede consultar o no a otros terratenientes en cuanto a los términos del empleo de trabajadores sin acudir al consejo de su administrador.

Los trabajadores entran raras veces en contacto directo con el patrón, y todas las quejas o sentimientos que los trabajadores puedan guardar respecto del trato recibido o del "sistema" como

[2] Los propietarios de varias haciendas, cada una de ellas con un administrador, pueden emplear también un gerente general que rinda informes periódicos al dueño.

tal se dirigen primero contra el administrador.[3] Este es entonces el primer objeto de respeto o (con mayor frecuencia) de resentimiento. Es él también quien representa el principal contacto de los trabajadores con el mundo exterior. Es el juez delegado en la mayoría de las querellas de rutina relativas al trabajo y a la vida del trabajador y su familia. En términos prácticos esto implica que desde el punto de vista de la fuerza de trabajo productiva no hay un mecanismo justo que pueda asegurar el enjuiciamiento de las quejas justificadas de los trabajadores. La probabilidad de que las quejas escuchadas se resuelvan en favor de los trabajadores es siempre escasa, pero la probabilidad de que sean escuchadas es menor aún. Los trabajadores sencillamente no tienen a quién recurrir, a menos que exista un sindicato de trabajadores o un tribunal laboral. Pero éstos son extremadamente escasos en toda la América Latina.

Dado su poder, y aunque el terrateniente establezca la política general de empleo, el trato que dan los administradores a los trabajadores puede ser severo y arbitrario sin desaprobación porque el terrateniente necesita más a su administrador que a los trabajadores. Dado que es con mucho el superior más poderoso de los trabajadores, suele distinguirse el administrador, como un oficial del ejército, por algún símbolo de autoridad, como un caballo en que recorre la hacienda para supervisar, una camioneta *pick-up*, y casi siempre un látigo o un palo, y muy a menudo una pistola. Un sociólogo brasileño ha observado que:

> El administrador, los supervisores, el capataz, son figuras características en el escenario humano de Sape. Siempre robustos, jóvenes, con chaquetas limpias, almidonadas, una larga capa, elegantemente montados en su brioso caballo, resultan indispensables para dos tipos de propietarios: el absentista y el físicamente débil que pueden recurrir a estos agentes para imponer su autoridad (CIDA, Brasil, p. 150).

La interposición de administradores como una "esponja" que absorba las reacciones inmediatas de los agricultores desempeña una función importante, o sea la de contribuir a la estabilización y fortificación de la estructura de poder existente. El alejamiento de la clase gobernante permite que sus miembros aparezcan frente a los trabajadores y pequeños productores como el

[3] Véase, por ejemplo, el Informe del CIDA para Brasil (p. 155). Pero hay excepciones. En un caso, un rico terrateniente escuchaba a intervalos regulares las "quejas" de sus trabajadores, sentado ante una gran mesa y acompañado de sus asistentes administrativos, mientras los trabajadores se paraban a seis metros de distancia entre sí para que no pudieran conversar. Las circunstancias eran bastante intimidantes para los trabajadores (p. 153).

elemento inocente, en el papel constante de moderadores, aun de benefactores, como conciliadores efectivos o potenciales cuando los conflictos llegan a su atención personal de modo directo o por la vía del administrador quien, a su vez, absorbe la culpa por cualquier trato demasiado severo. Así la administración absentista en el sentido más amplio, es decir, la administración a través de los administradores, es a la vez una conveniencia para el terrateniente cuyos intereses principales se encuentran normalmente fuera de la agricultura y cuyos ingresos de fuentes no agrícolas superan a menudo a su ingreso agrícola, y un método para el mantenimiento de la estructura de poder existente.

Los administradores constituyen también un elemento importante en el mantenimiento del patrón productivo existente, de su nivel de eficiencia o ineficiencia, y de su tecnología. El latifundismo absentista es una garantía de que los métodos agrícolas tradicionales se observarán estrictamente aunque puedan ser anticuados. A la mayoría de los administradores no les está permitido introducir cambios en el patrón del cultivo, y los terratenientes vacilan en introducirlos porque pueden requerir cambios en el *status* de la tenencia de los trabajadores. En consecuencia, el alto grado de absentismo es un obstáculo al progreso tecnológico y al avance de la agricultura. Las prácticas administrativas no pueden mejorar más allá de lo permitido por el escaso interés y conocimiento de la agricultura de la mayoría de los terratenientes absentistas, y por las capacidades y responsabilidades limitadas de sus administradores.

Las funciones de los administradores para la preservación del *statu quo* se ven reforzadas por el hecho de que en muchas haciendas y plantaciones la autoridad de los terratenientes y sus agentes, los administradores, cuenta con el apoyo de hombres armados, una fuerza policiaca privada. Un ejemplo típico son los *capangas* de las plantaciones azucareras del nordeste brasileño que "alinean" a los trabajadores, que los intimidan o aterrorizan, o les imponen castigos corporales. A veces los matan. Estos "policías" impiden que los trabajadores se unan en sindicatos amenazándolos y manteniendo fuera de las haciendas a los organizadores sindicales, o despidiendo a los trabajadores que se vuelven activos líderes sindicales. Contribuyen en gran medida a los conflictos violentos entre los trabajadores y la administración, y con frecuencia se ven casos de gran brutalidad.[4]

[4] Pueden encontrarse varios ejemplos de violencia en CIDA, Informe de Brasil, capítulo 4, o Informe de Ecuador, parte 2, capítulo 4.

EL EFECTO DE LOS INTERESES DIVIDIDOS DE LOS TERRATENIENTES EN LAS RELACIONES LABORALES

Las élites rurales tradicionales de la América Latina suelen mostrar indiferencia, si no es que ignorancia, respecto del mundo de los campesinos. El hacendado, sea un terrateniente absentista o no, participa raras veces en la comunidad rural donde se encuentra su propiedad. No comparte sus instituciones, ni sus inclinaciones y ambiciones. Las escuelas no son para sus hijos, las casas no son para su comodidad, el hospital no es para su atención y los caminos no son para sus viajes a menos que lleven a su residencia urbana o sean útiles para su placer. Las afiliaciones religiosas, sociales, políticas y de otra índole del hacendado y de sus hijos se encuentran en las capitales de la región, el estado o el país. Ya que no utiliza las instalaciones del campo, tiene escaso interés en mejorarlas, excepto cuando le convenga.

La falta de interés en los asuntos de las comunidades rurales puede explicarse por la participación de los propietarios en otras actividades: profesionales, financieras, industriales o comerciales. Estas actividades dan una tercera dimensión al absentismo terrateniente. En general, los hacendados tienen escasos incentivos económicos para mejorar la administración de la hacienda o sus relaciones con la comunidad rural cuando obtienen ingresos considerables de muchas haciendas o de fuentes no agrícolas. Aun a un bajo nivel de administración agrícola, sus ingresos totales bastan para niveles de vida sobradamente adecuados y para grandes ahorros. El sociólogo Semenzato observó en el área del cacao de Brasil lo siguiente:

> Son invariablemente los mismos hombres en la producción de cacao, en los directorios de los bancos, en los órganos supremos de las cooperativas... y a veces en las casas exportadoras. Por otra parte, estas mismas empresas son también las dueñas de las plantaciones de cacao. Hay banqueros-agricultores del cacao y ganaderos. Hay miembros del directorio de las cooperativas que son políticos influyentes, grandes cultivadores de cacao, ganaderos y comerciantes mayoristas... Además, son los mismos hombres ligados en forma directa o indirecta, por razón de su prestigio y de su posición social, a la industria de los subproductos del cacao. Y así sucesivamente. La mayor porción del sector económico se encuentra en las manos de los grandes productores (CIDA, Brasil, p. 171).

Esta descripción corresponde bien a otros países latinoamericanos. Las relaciones existentes entre la comunidad y el terrateniente son más débiles cuando el terrateniente considera sus

propiedades sólo como una "distracción" para pasar los fines de semana cazando o entreteniendo a sus amigos (p. 175).

La consecuencia de estas facetas del latifundismo es que los hacendados no pueden ayudar a resolver los problemas del campesinado, de la mano de obra rural. Si esta conclusión es correcta, carecerá de realismo una política que trate de obtener la ayuda de los terratenientes para la solución de estos problemas.

Aparte de su complejidad, la estructura social de la hacienda tiende a ser rígida desde el punto de vista del desarrollo económico. Para los agricultores dependientes de los hacendados esto tiene graves consecuencias. Una organización autocrática se adapta bien a la ejecución eficiente de las órdenes provenientes de la cima: es eficiente respecto del uso y la distribución del poder. Pero esta eficiencia es mayor cuando los asuntos se desenvuelven del modo usual, en una forma rutinaria. Puede diluirse rápidamente, en términos de la administración de la hacienda y de sus hombres, cuando surgen situaciones de emergencia o grandes cambios. Pero si bien es cierto que la élite terrateniente no se interesa por las aspiraciones de los campesinos y se mantiene alejado de su mundo, también lo es que está profundamente consciente de sus obligaciones de mantener a los campesinos bajo control y sometimiento. Puede lograr esto simplemente con la inacción —porque la estructura social asegura automáticamente la obediencia hasta cierto punto—, o en forma activa mediante la coerción, las sanciones y la hostilidad total hacia cualquier organización campesina.

Los hacendados imponen a veces castigos físicos o de otra clase, ya sea directamente o por conducto de sus representantes, o llamando a las fuerzas policiacas o militares. Esto convierte en ocasiones al hacendado en acusador, juez, jurado y ejecutor de la sentencia, todo a la vez. En consecuencia, el temor y en ocasiones aun el terror se han convertido en parte constitutiva de las vidas de muchos campesinos. Los castigos a trabajadores individuales se imponen por infracciones reales o supuestas, o por falta de atención, en parte para aterrorizar a los hombres y "poner ejemplos", en parte para privarlos de sus pertenencias. Las sanciones más severas se reservan para los esfuerzos de sindicalización de los trabajadores agrícolas. También ocurren actos de terrorismo para privar a los campesinos de su tierra, tanto en las comunidades agrícolas establecidas, como mencionamos antes, como en las áreas fronterizas.

La oposición de los hacendados a la acción colectiva es sistemática y va acompañada de represalias drásticas que parecen justificadas sólo como una expresión del principio de que la admisión de las reclamaciones justas en un caso individual equivale a la renuncia de la autoridad del terrateniente para determinar en forma unilateral las condiciones de trabajo y de vida de los

agricultores. Las *ligas camponesas* surgieron de la determinación de los trabajadores para luchar contra las obligaciones del trabajo feudal. Muchos de los miembros eran pequeños propietarios agrícolas. La historia de las *ligas* es una de violencia y persecución y asesinato de los líderes laborales. En 1963, un miembro de una de las organizaciones locales del nordeste afirmó que:

> La situación política es muy tensa aquí. Quienquiera que hable en favor de la *liga* puede esperar la muerte en cualquier momento. Ninguno de nosotros está seguro. Puede salir un disparo de la oscuridad, gracias a uno de los *capangas* que deben estar vigilándonos.

Los niveles del salario rural y la oferta de mano de obra

Los trabajadores rurales, incluidos los minifundistas y quienes trabajan para sus familias, reciben salarios medios más bajos que cualquiera otro sector importante de la sociedad.[5] En realidad, una fuerza de trabajo barata y obediente es el pilar de la agricultura latifundista de la región. En la medida en que los hacendados que controlan la mayor parte de los recursos físicos de la agricultura tienen un interés creado en la preservación de un sistema tan ventajoso en lo económico y lo político, es de esperarse que continúe su oposición a los cambios propuestos en las instituciones de la tenencia de la tierra. Al gran hacendado le conviene tener siempre una gran oferta de mano de obra a su disposición inmediata. La existencia de esta reserva de trabajadores, desempleados y parcialmente ocupados, significa que los salarios continuarán bajos. La estructura política existente en la mayoría de los países ofrece a los hacendados medios variados para asegurar que esta situación no cambie.

En los siete países estudiados por el CIDA, los salarios permanecen "naturalmente" a un nivel bajo porque hay muchos más solicitantes de empleos rurales que oportunidades de trabajo. Esta condición prevalece porque no pueden abrirse oportunidades de empleo al mismo ritmo que el incremento natural de la fuerza de trabajo resultante de una subutilización tradicional de la tierra. En algunos casos las oportunidades han disminuido por la introducción de maquinaria ahorradora de mano de obra, y también porque el acceso a la tierra agrícola está prácticamente cerrado para los agricultores. Por lo tanto hay un exceso absoluto de mano de obra rural a causa de la creciente población rural y un exceso relativo en comparación con los empleos exis-

5 El término "salarios" incluye en este contexto los rendimientos en efectivo o en especie de los aparceros, los inquilinos u otros trabajadores con tierra. Véase también el apéndice 4a del original de esta lectura, donde se encuentra un examen más detallado de los niveles de ingresos.

tentes. Las ofertas excedentes de mano de obra ejercen una influencia muy depresiva del nivel de salarios, y los hacendados mantienen viva esta influencia limitando sistemáticamente las oportunidades de empleo.[6]

LA TENDENCIA HACIA LA CONTRATACIÓN DE TRABAJADORES ASALARIADOS Y LOS CONFLICTOS CORRESPONDIENTES

Además de estos elementos estructurales generales de una agricultura de latifundio que afectan el nivel de los salarios y el empleo, debemos tener presente el carácter de los contratos laborales en cuyos términos emplean trabajadores rurales los terratenientes. El pago total o parcial de la remuneración en términos de algún derecho al uso de tierra tiene todavía considerables ventajas para los propietarios rurales en la mayor parte de América Latina. Tal sistema ata los trabajadores a la tierra y garantiza a los patrones una oferta de mano de obra adecuada y aun excedente. Reduce la necesidad de efectivo para los patrones y permite el control de las actividades de los trabajadores.

En años recientes ha aumentado la proporción de los trabajadores sin tierras que sólo trabajan por salarios en efectivo. Esto ha sido resultado de la presión de los trabajadores que abandonan las comunidades rurales para escapar a las onerosas condiciones de trabajo allí existentes y para buscar las libertades mayores de las aldeas y pueblos, y del interés de los patrones que sustituyen a sus trabajadores con equipo motorizado o prefieren el pago de salarios para simplificar sus problemas laborales. Pero este proceso es sólo parcial en la mayoría de los casos. En São Paulo, por ejemplo, los aparceros y los colonos de las plantaciones cafetaleras aumentaron de 514 mil a 527 mil entre 1955 y 1960, aunque a ritmo menor que los jornaleros y los trabajadores a destajo, cuyo número aumentó de 222 mil a 281 mil. En consecuencia, los primeros superaban todavía a los segundos por

[6] Es discutible que los grandes terratenientes limiten las oportunidades de empleo como una política deliberada. Una de las características del latifundismo latinoamericano es el subempleo de los recursos físicos. Por ejemplo, sólo el 4 % del total de la tierra de las grandes haciendas está bajo cultivo, y hay más tierra ociosa (en barbecho) que en cultivo. Se estima que si sólo se usara con mayor intensidad la tierra ociosa (sin hacer referencia a ninguna tierra de pastos, por ejemplo, que podría ser cultivada), la fuerza de trabajo de los latifundios podría duplicarse, a los niveles actuales de la administración y la tecnología agrícolas. En años recientes, algunas grandes haciendas han intensificado su uso de la tierra. Pero el uso de maquinaria ha reducido agudamente la posibilidad de emplear más mano de obra. A lo sumo se está empleando mano de obra estacional en tales haciendas. Por otra parte, ha habido un cambio claro de la agricultura hacia la ganadería extensiva, a escala regional, lo que ha provocado un nuevo desempleo generalizado.

casi dos a uno en 1960, a pesar de que São Paulo está considerada como una de las regiones de agricultura más dinámica en Brasil (CIDA, Brasil, p. 182).

La declinación a largo plazo de los tradicionales trabajadores rurales residentes se debe a varios factores económicos y sociopolíticos. El derecho al uso de la tierra está resultando para los trabajadores un tipo de ingreso cada vez menos satisfactorio. Los trabajadores y su familia necesitan dinero para adquirir los artículos de primera necesidad, aun en las comunidades rurales más remotas del hemisferio. Por otra parte, los términos tradicionales en que los trabajadores se contratan y trabajan sus lotes les conceden cada día menos oportunidad para cultivar alimentos suficientes o para obtener sus vestidos y otros elementos para la satisfacción de sus necesidades. En consecuencia, ahora muchos trabajadores parecen recibir su pago en especie, es decir, mediante su propia producción que puede significar también algún dinero por la venta de los productos, y en efectivo, de ordinario como asalariados.

Las demandas de dinero han acompañado a muchos conflictos entre hacendados y trabajadores cuando éstos pedían a aquéllos mejores condiciones de empleo y acceso más amplio al uso de la tierra. Estas demandas constituyen una de las formas en que estos conflictos se vuelven explícitos. En otras palabras, dado que el acceso a más tierra está prácticamente cerrado, las demandas de mejores términos de empleo implican normalmente más ingresos en efectivo que a menudo suscitan la oposición de los patrones rurales.

En Brasil, el cambio lento de un tipo de uso de la mano de obra al otro ha sido y todavía es excepcionalmente violento. En las áreas cañeras marginales del nordeste, por ejemplo, los terratenientes absentistas habían rentado su tierra a pequeños inquilinos durante el periodo de precios bajos del azúcar. Los inquilinos plantaban frutas y vegetales con los que surtían a Recife y otras ciudades y pagaban rentas anuales, aparte de aportar alguna mano de obra gratuita para el terrateniente bajo arreglos feudales. Cuando los precios del azúcar subieron después de la segunda Guerra Mundial, los propietarios echaron a los trabajadores o los obligaron a destruir sus cultivos permanentes. En ocasiones los propietarios pagaron una compensación, pero con mayor frecuencia no lo hicieron. Los conflictos surgidos por el trato dado a los inquilinos originaron las *ligas camponesas*. Los

[7] El tipo de empleo —tradicional o asalariado puro— no es necesariamente una función del tipo de tierra empleado. Las empresas ganaderas pueden emplear trabajadores asalariados o aparceros; aparceros de las plantaciones, inquilinos o trabajadores con lotes de tierra o sin ellos. En el empleo influyen la tradición, la participación de los propietarios en la administración de la hacienda, y los arreglos institucionales tales como las leyes laborales, las facilidades crediticias y bancarias.

conflictos continúan porque los grandes terratenientes tratan de reducir el número de sus trabajadores residentes que viven en las haciendas y de ordinario tienen derecho a un pequeño huerto. El método normal consiste en rehusar la construcción de casas nuevas para los trabajadores cuando las viejas se vuelven inhabitables, o en no permitir que trabajadores nuevos entren a las casas cuando éstas se quedan vacantes, o en destruir tales casas. Todo esto ha provocado choques violentos, aun armados, entre los trabajadores rurales y los "vigilantes" organizados en esta región.[8] Sin embargo, la expulsión de los trabajadores se practica en muchas partes de Brasil. No siempre tiene las consecuencias dramáticas antes descritas porque los choques abiertos sólo ocurren cuando los trabajadores se organizan y pueden resistir a los terratenientes.

En la sierra ecuatoriana han surgido numerosos conflictos por los intentos de los hacendados tendientes a reducir el número de huasipungos y a restringir el acceso a la tierra de los trabajadores o pequeños propietarios, y por las subsecuentes divisiones extremas de los minifundios. Los hacendados consideran subversivas las demandas de mejores salarios y las aspiraciones de los trabajadores agrícolas por mejores condiciones de vida (CIDA, Ecuador, p. 97). Acostumbrados a pedir y recibir servicios de trabajo gratuitos o casi gratuitos de sus trabajadores, y a permitir cambios sólo cuando éstos parten de su propia iniciativa, los hacendados ven en estas demandas salariales un ataque a su posición y prerrogativas.

En una gran hacienda típica de 12 mil hectáreas, por ejemplo, el terrateniente ha adoptado una política estricta de limitar y aun disminuir el área de los huasipungos que provoquen mayor deterioro y erosión de la tierra a ellos asignada. Los rendimientos se volvieron progresivamente menores porque los trabajadores no podían cambiar sus cultivos a otras partes de su hacienda, como sí podía hacerlo el propietario. Además, el terrateniente recuperaba la tierra del huasipungo para su propio uso cuando moría el jefe de familia. Esto representaba cierto rompimiento de la tradición y obligaba a los restantes miembros de la familia a vivir en otros huasipungos sin obtener un lugar donde vivir. El resultado era un gran hacinamiento en los huasipungos restantes. Aunque la mayoría de los huasipungos habían existido en la hacienda durante largo tiempo, sólo a pocos de ellos se habían asignado nuevas tierras y había más familias de no huasipungueros ("allegados") que de huasipungueros. El conflicto al-

[8] Ocurrió un choque grave cuando el equipo del CIDA estaba realizando sus estudios de campo en Paraiba. Véase CIDA, Informe de Brasil (pp. 230-233). En la misma comunidad, ocurrió otra pelea exactamente un año después; murieron por lo menos diecinueve personas. Este incidente se comentó en la prensa de Río de Janeiro.

canzó tal magnitud que pareció imposible una solución mediante concesiones recíprocas (CIDA, Ecuador, pp. 280 *ss.*). A esto —dice el observador del CIDA— debemos añadir los resultados de otro proceso que ocurre por toda el área, o sea el hecho de que los terratenientes se encuentran cada vez en situación más desventajosa para satisfacer la creciente negativa de los trabajadores a trabajar sin remuneración y su presión para que se les paguen salarios en efectivo, en vista de la baja productividad de sus haciendas. La población indígena que durante siglos estuvo atada a predios particulares ha perdido su seguridad y está emigrando en busca de algunos medios de vida. Los asentamientos humanos están siendo destruidos; por dondequiera hay cabañas abandonadas, establos sin animales, y huasipungos cultivados por los terratenientes (p. 295). Las condiciones prevalecientes obligan a los trabajadores a buscar trabajo en otras partes para subsistir.

En general, no es probable que el cambio hacia los salarios en efectivo alivie las dificultades financieras de la mayoría de los trabajadores. No resuelve el problema básico del desempleo en la agricultura. Esto significa que los trabajadores están equivocados en su expectativa de que la remuneración con salarios en dinero implicará necesariamente un mejoramiento de su posición económica.

Las oportunidades potenciales de empleo en la agricultura latinoamericana

Se ha sostenido que para mejorar el nivel de vida de los agricultores es necesario convertir la población rural excedente en empleados industriales urbanos y acelerar la colonización de áreas nuevas de cultivo. Esta teoría tiene algún mérito si suponemos que por ahora no puede expandirse el empleo rural en las áreas agrícolas existentes.[9] Excepto en regiones tales como el área excesivamente poblada de minifundios alrededor del Lago Puno en Perú,[10] en general la tierra controlada ahora por las granjas multifamiliares parece capaz de absorber un número mucho

[9] Las posibilidades inmediatas de absorción de mano de obra rural en las industrias urbanas son limitadas a causa del desempleo urbano y el incremento lento que se espera en el empleo industrial aun con un programa masivo de industrialización (véase Arthur Domike, 1967; Gunnar Myrdal, 1965).

[10] Se describe otro ejemplo en CIDA, Informe de Brasil (pp. 377 *ss.*). El CIDA estimó en 1966 que en la sierra peruana hay suficiente tierra disponible para una reforma agraria masiva y por ende para un gran incremento del empleo rural. Si tomamos en cuenta el hecho de que hay en las granjas multifamiliares una cantidad de tierra considerablemente mayor que la registrada ahora por el Censo, concluimos que por un par de decenios no tendrá que considerarse en serio el asentamiento en gran escala de áreas nuevas en las fronteras del cultivo.

conflictos continúan porque los grandes terratenientes tratan de reducir el número de sus trabajadores residentes que viven en las haciendas y de ordinario tienen derecho a un pequeño huerto. El método normal consiste en rehusar la construcción de casas nuevas para los trabajadores cuando las viejas se vuelven inhabitables, o en no permitir que trabajadores nuevos entren a las casas cuando éstas se quedan vacantes, o en destruir tales casas. Todo esto ha provocado choques violentos, aun armados, entre los trabajadores rurales y los "vigilantes" organizados en esta región.[8] Sin embargo, la expulsión de los trabajadores se practica en muchas partes de Brasil. No siempre tiene las consecuencias dramáticas antes descritas porque los choques abiertos sólo ocurren cuando los trabajadores se organizan y pueden resistir a los terratenientes.

En la sierra ecuatoriana han surgido numerosos conflictos por los intentos de los hacendados tendientes a reducir el número de huasipungos y a restringir el acceso a la tierra de los trabajadores o pequeños propietarios, y por las subsecuentes divisiones extremas de los minifundios. Los hacendados consideran subversivas las demandas de mejores salarios y las aspiraciones de los trabajadores agrícolas por mejores condiciones de vida (CIDA, Ecuador, p. 97). Acostumbrados a pedir y recibir servicios de trabajo gratuitos o casi gratuitos de sus trabajadores, y a permitir cambios sólo cuando éstos parten de su propia iniciativa, los hacendados ven en estas demandas salariales un ataque a su posición y prerrogativas.

En una gran hacienda típica de 12 mil hectáreas, por ejemplo, el terrateniente ha adoptado una política estricta de limitar y aun disminuir el área de los huasipungos que provoquen mayor deterioro y erosión de la tierra a ellos asignada. Los rendimientos se volvieron progresivamente menores porque los trabajadores no podían cambiar sus cultivos a otras partes de su hacienda, como sí podía hacerlo el propietario. Además, el terrateniente recuperaba la tierra del huasipungo para su propio uso cuando moría el jefe de familia. Esto representaba cierto rompimiento de la tradición y obligaba a los restantes miembros de la familia a vivir en otros huasipungos sin obtener un lugar donde vivir. El resultado era un gran hacinamiento en los huasipungos restantes. Aunque la mayoría de los huasipungos habían existido en la hacienda durante largo tiempo, sólo a pocos de ellos se habían asignado nuevas tierras y había más familias de no huasipungueros ("allegados") que de huasipungueros. El conflicto al-

[8] Ocurrió un choque grave cuando el equipo del CIDA estaba realizando sus estudios de campo en Paraíba. Véase CIDA, Informe de Brasil (pp. 230-233). En la misma comunidad, ocurrió otra pelea exactamente un año después; murieron por lo menos diecinueve personas. Este incidente se comentó en la prensa de Río de Janeiro.

canzó tal magnitud que pareció imposible una solución mediante concesiones recíprocas (CIDA, Ecuador, pp. 280 *ss.*). A esto —dice el observador del CIDA— debemos añadir los resultados de otro proceso que ocurre por toda el área, o sea el hecho de que los terratenientes se encuentran cada vez en situación más desventajosa para satisfacer la creciente negativa de los trabajadores a trabajar sin remuneración y su presión para que se les paguen salarios en efectivo, en vista de la baja productividad de sus haciendas. La población indígena que durante siglos estuvo atada a predios particulares ha perdido su seguridad y está emigrando en busca de algunos medios de vida. Los asentamientos humanos están siendo destruidos; por dondequiera hay cabañas abandonadas, establos sin animales, y huasipungos cultivados por los terratenientes (p. 295). Las condiciones prevalecientes obligan a los trabajadores a buscar trabajo en otras partes para subsistir.

En general, no es probable que el cambio hacia los salarios en efectivo alivie las dificultades financieras de la mayoría de los trabajadores. No resuelve el problema básico del desempleo en la agricultura. Esto significa que los trabajadores están equivocados en su expectativa de que la remuneración con salarios en dinero implicará necesariamente un mejoramiento de su posición económica.

Las oportunidades potenciales de empleo en la agricultura latinoamericana

Se ha sostenido que para mejorar el nivel de vida de los agricultores es necesario convertir la población rural excedente en empleados industriales urbanos y acelerar la colonización de áreas nuevas de cultivo. Esta teoría tiene algún mérito si suponemos que por ahora no puede expandirse el empleo rural en las áreas agrícolas existentes.[9] Excepto en regiones tales como el área excesivamente poblada de minifundios alrededor del Lago Puno en Perú,[10] en general la tierra controlada ahora por las granjas multifamiliares parece capaz de absorber un número mucho

[9] Las posibilidades inmediatas de absorción de mano de obra rural en las industrias urbanas son limitadas a causa del desempleo urbano y el incremento lento que se espera en el empleo industrial aun con un programa masivo de industrialización (véase Arthur Domike, 1967; Gunnar Myrdal, 1965).

[10] Se describe otro ejemplo en CIDA, Informe de Brasil (pp. 377 *ss.*). El CIDA estimó en 1966 que en la sierra peruana hay suficiente tierra disponible para una reforma agraria masiva y por ende para un gran incremento del empleo rural. Si tomamos en cuenta el hecho de que hay en las granjas multifamiliares una cantidad de tierra considerablemente mayor que la registrada ahora por el Censo, concluimos que por un par de decenios no tendrá que considerarse en serio el asentamiento en gran escala de áreas nuevas en las fronteras del cultivo.

mayor de trabajadores agrícolas si se utiliza con mayor intensidad (aun a los actuales niveles de la tecnología) y con mejores condiciones de tenencia de la tierra. Un examen de las posibilidades de empleos adicionales para los agricultores en las granjas existentes conduce a la conclusión de que no hay necesidad inmediata de un desplazamiento masivo de las familias agrícolas hacia la frontera o las ciudades. En los siete países examinados por el CIDA, parecería que unos cincuenta millones de trabajadores adicionales podrían encontrar empleo rural en las granjas multifamiliares existentes y las oportunidades potenciales de nuevos empleos parecen considerablemente mayores que las estimaciones del subempleo o el desempleo en la agricultura.

El patrón persistente del desempleo rural en la América Latina es una indicación de que bajo las condiciones actuales la "expansión" de la agricultura —mediante una moderada intensificación de los usos de la tierra y el ensanchamiento de la frontera—, traducida en un mayor empleo rural, ocurre en el mejor de los casos al mismo ritmo, pero más probablemente a ritmo menor, que el crecimiento de la fuerza de trabajo rural activa. En otras palabras, la creación de nuevos empleos rurales es ahora inadecuada para aliviar el desempleo. Más aún: es probable que las grandes haciendas contribuyan proporcionalmente menos que las unidades más pequeñas a la creación de empleos. La gravedad del patrón creciente de desempleo se pone de manifiesto por el hecho de que en Brasil, por ejemplo, el número de trabajadores rurales empleados por los latifundios disminuyó de 35 a 52 %, según que usemos las estadísticas del Censo Preliminar (publicadas en 1963) o las del Censo Final (publicadas en 1965).

Referencias

Domike, A (1967), "Industrial and agricultural employment prospects in Latin America", ensayo presentado ante la Conferencia sobre Urbanización y el Trabajo en las Sociedades que se Modernizan, 2 de noviembre.

Myrdal, G. (1965), "The United Nations, agriculture and the world economic revolution", *Journal of Farm Economics*, noviembre.

Las fuentes de las otras referencias de esta lectura son los siete informes del CIDA sobre las Condiciones de tenencia de la tierra y el desarrollo de los sectores agrícolas de Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Guatemala, Perú, o los cuadros 1A-12A del apéndice a este Informe Regional.

8. EL CAMPESINO TRABAJADOR EN EUROPA *

Harvey Franklin

HACE diez años la cuestión de la pequeña granja campesina dominaba los asuntos agrarios en Alemania. En términos numéricos las granjas pequeñas constituían el mayor de todos los grupos de la población agrícola, y los artículos sobre las comunidades de pequeños campesinos y campesinos-trabajadores ocupaban la mayor parte de la bibliografía. Gran parte de lo escrito en esa época tiene ahora sólo un interés histórico. Pero a causa del efecto muy considerable que la evolución de estas comunidades ha tenido sobre el carácter y el futuro de toda la comunidad rural, y debido a que la evolución no es completa aún, la cuestión de las granjas pequeñas merece un lugar particular en cualquier análisis de la estructura agraria alemana.

Cuatro grupos socioeconómicos principales se encuentran en la categoría de las granjas pequeñas: las viudas de guerra, los ancianos, los campesinos-trabajadores y los operarios a tiempo completo. La mayoría de las granjas de los ancianos, ya fuesen a tiempo completo o no, tenían menos de cinco hectáreas. Estas granjas desempeñaban el papel tradicional de dar seguridad en los años de la vejez. Las granjas administradas por las viudas de guerra son el producto de una fase terrible de la historia. En su mayoría tenían menos de siete y media hectáreas aunque también las había de diez a veinte hectáreas. Es de presumir que con el tiempo serán tomadas por hombres más jóvenes como empresas a tiempo completo o parcial, o dejarán de operar. Poco más de la mitad de los jefes de granjas pequeñas de veinticinco a sesenta años de edad pertenecían a la clase de los campesinos-trabajadores (representados en forma particularmente destacada en las categorías de dos a cinco hectáreas y de media a dos hectáreas); el resto tenía explotaciones de tiempo completo.

Por su propia naturaleza la clase del campesino-trabajador no encaja bien en ninguna de las divisiones usuales impuestas a la realidad por las ciencias sociales. Pocos investigadores han reconocido esto; en el tratamiento del tema se han visto restringidos por los límites de su propia disciplina. Algunos han subrayado los aspectos históricos, otros los aspectos geográficos (Hoffman, 1935; Stockmann, 1934). Pocos de ellos, en particular Linde y Hesse, se han ocupado del campesino-trabajador primordialmente

* Extractado de Harvey Franklin, *European Peasantry: The Final Phase*, Associated Book Publishers Ltd., 1969, pp. 48-62.

como un aspecto de la evolución y de la naturaleza cada vez más compleja de la comunidad rural. Los economistas agrarios han reconocido esta clase como un aspecto importante de las estructuras sociales rurales (Röhm y Kuhnen), como un medio de transición a una forma industrial de la sociedad (Priebe), pero su orientación misma los ha llevado naturalmente a olvidar el lado industrial de la actividad y a subrayar el aspecto agrario y su importancia para la evolución de la agricultura. En consecuencia se ha investigado muy poco la familia del campesino-trabajador como un tipo socioeconómico. Que yo sepa nunca se ha intentado analizar el fenómeno de la familia del campesino-trabajador dentro del contexto de la teoría de la economía campesina.

La derivación del ingreso, o la complementación del ingreso, con fuentes no agrícolas es un rasgo común de la economía campesina. Cuando el complemento se obtiene trabajando como jornalero temporal o como sirviente para otras familias campesinas, o cuando el ingreso deriva de actividades artesanales o comerciales en la aldea, el empleo no agrícola tiene mayor efecto sobre el carácter social que sobre el económico de la comunidad y la familia. Es un factor que influye en la estratificación social de la comunidad aldeana y una de las bases del engrandecimiento de ciertas familias y la declinación relativa de otras. Sin embargo, la aparición de oportunidades de empleo relacionadas con la penetración de la manufactura capitalista, o en su caso socialista, tiene una importancia mucho mayor y un efecto más permanente. No sólo introduce la tecnología y las costumbres de la sociedad industrial, y amplía las oportunidades ocupacionales del individuo, sino que además promueve la división del trabajo en una economía caracterizada por una muy escasa división del trabajo; sobre todo asocia a la población agrícola con el sector en que crece más rápidamente la productividad y por ende el ingreso. En última instancia produce una situación en donde se destruye la razón de ser de la economía campesina. Debemos agregar, sin embargo, que esta situación se ha alcanzado sólo en épocas muy recientes y en un número relativamente reducido de áreas.

Los campesinos han entrado de ordinario al sistema capitalista de producción como empleados que van a trabajar a pequeños pueblos cercanos, o como trabajadores en la fábrica subsidiaria de una gran empresa que se ha establecido en su aldea natal. En ambos casos se coloca un tope a la promoción social de estos campesinos, a excepción de unos cuantos. Es muy poco probable que estos campesinos lleguen al nivel de la clase empresarial, y en el mejor de los casos sólo podrán alcanzar el nivel de los operarios calificados y el capataz. Su posición no es muy diferente de la que tienen los miembros de la clase trabajadora, aunque su posesión de la tierra oscurece este hecho hasta que el incremento

de los salarios industriales haya reducido la contribución de la granja a proporciones insignificantes. Es más importante el hecho de que los lazos territoriales, y las relaciones familiares y religiosas, tiendan a prevalecer sobre las asociaciones ocupacionales. Sólo se rompen por el ascenso individual y la movilidad geográfica. Como fenómeno de masas la clase del campesino-trabajador sigue siendo parte de la vida socioeconómica de la comunidad rural y agrícola, y sólo lentamente, gracias a sus experiencias diferentes y a las actitudes divergentes que resultan, se convierte en un agente de cambio. Sólo cuando se llega a cierta etapa de desarrollo económico la clase del campesino-trabajador se convierte en el catalizador para el abandono de la agricultura. Aun entonces se resiste a cortar todos sus nexos con la tierra, de modo que los problemas prediales estructurales subsisten en gran medida insolutos.

Cuando la clase del trabajador-campesino recibe la oportunidad de convertirse en parte de la clase empresarial, el efecto de la industrialización sobre la vida aldeana es mucho más perturbador. Se introduce un elemento nuevo a la matriz de la estructura social: una clase autóctona de capitalistas y dueños de fábricas. Los antiguos lazos de parentesco, originalmente útiles para la promoción de la industrialización, no podrán resistir la presión de la diferenciación creciente de acuerdo con la riqueza y la educación. En el periodo de la posguerra la demanda creciente de mano de obra ha conducido a menudo a la introducción de un segundo elemento extraño: un proletariado, compuesto de personas forasteras, sin tierras, sin lazos ni asociaciones en la aldea. El efecto acumulativo de tales cambios puede ilustrarse con el caso de Gosheim, originalmente una pequeña comunidad campesina, y luego una comunidad de campesinos-trabajadores que posteriormente produjo su propia clase de capitalistas.

La automatización y la disminución de las diferencias salariales entre las localidades rurales y urbanas van a tener una influencia general sobre el futuro industrial de las comunidades de trabajadores-campesinos, ya se industrialicen en gran medida como Gosheim, o sean principalmente comunidades *Auspendler*, como ocurre más a menudo. Todavía no podemos precisar la forma en que serán afectadas o la adecuación con que responderán a los cambios. Pero una cosa debe quedar clara. Todas las dificultades económicas que puedan surgir serán insolubles en esta etapa avanzada si se recurre a la parte agrícola de la economía binaria o se depende de ella. Esto pudo ser factible en decenios anteriores, en realidad tal era a menudo la intención de la creación de las explotaciones agrícolas a tiempo parcial. La contribución del sector agrícola era entonces relativamente mucho mayor. La agricultura a tiempo parcial daba seguridad. Sobre la base de su función residual se acumulaba de diversas fuentes un ingre-

so familiar, más bien que un ingreso individual. Pero la desproporción entre la contribución de la parte industrial y la parte agrícola se ha vuelto tan grande que un cambio de disposición resulta imposible. La explotación agrícola a tiempo parcial proveía también una base física, un abrigo, que aliviaba para el campesino-trabajador los costos del cambio de vivienda al incorporarse al sistema industrial. La granja se conserva cada vez más no por la seguridad del ingreso que provee sino porque los modernos medios de transporte han ampliado mucho el área económica accesible desde esa base.

La comunidad de campesinos-trabajadores no puede persistir a causa de los cambios sociológicos que el desarrollo capitalista produce en la comunidad. En los años veinte Gosheim era una comunidad de campesinos-trabajadores como lo es hoy la cercana Bubsheim. Todas las familias poseían tierras y la mayoría de ellas tenían miembros trabajando en la fábrica de alguna otra o en la empresa de la propia familia. Los empresarios pueden haber constituido un grupo más rico, independientemente de que lo manifestaran o no, pero la puerta estaba abierta todavía para los recién llegados. Ahora no lo está. Ahora es muy difícil, si no es que totalmente imposible, establecer un negocio; ninguno de los inmigrantes ha tenido éxito. Ya no existe la mano de obra barata; generalmente hay escasez de mano de obra, sobre todo de la calificada. Los costos de la inversión inicial son elevados y es dudoso que el ingreso *per capita* de una empresa de uno o de dos hombres supere al ingreso de un trabajador fabril calificado. Desde luego, casi ha desaparecido la distinción que existía entre quienes dependían sólo del salario y quienes eran campesinos-trabajadores. Dentro de muy poco tiempo los mayores salarios y las menores jornadas harán que la contribución de la agricultura de las cinco de la mañana al ingreso familiar tenga una importancia tan marginal que su continuación sólo se aplicará por razones terapéuticas. El aumento de la tasa de natalidad de los nativos de Gosheim significa que las propiedades existentes se subdividirán más aún cuando la generación que crece reclame su herencia. Muchas propiedades serán tan pequeñas que su desarrollo parcial como asiento de edificios vendrá a ser el único camino sensato. El *realteilung* y la economía binaria han pulverizado las explotaciones hasta el punto de que en forma individual serán muy pronto inútiles para la agricultura.

En el terreno sociológico el efecto de la industrialización ha consistido en la diversificación, la diferenciación y la estratificación de una población originalmente homogénea, pero al mismo tiempo ha producido una clase más grande y crecientemente homogénea de trabajadores fabriles; y así al aumentar los niveles de vida de la clase de campesinos-trabajadores ha eliminado

su *raison d'être*. La industrialización ha terminado con la economía campesina.

Referencias

Hoffman, H. (1935). *Landwirtschaft und Industrie in Württemberg*, Berlín.

Stockmann, G. (1934), "Die Verbindung von Landwirtschaft und Gewerbe in Baden-Württemberg", *Schmollers Jahrbuch*, 58, Zweiter Halbband 4-6, pp. 551-568, 675-708.

9. LOS CAMPESINOS AFRICANOS *

John S. Saul y Roger Woods

Los TÉRMINOS "campesino" y "campesinado", aparte de sus usos populares y políticos, se han usado en las ciencias sociales para la descripción y el análisis de tipos de sociedad rural con referencia a una amplia gama de contextos geográficos y periodos históricos; por desgracia, a pesar de su uso considerable no ha habido una definición consistente del término. Esta inconsistencia conceptual ha tenido el efecto de que los análisis de la "sociedad campesina" no son en modo alguno comparables en su alcance o sus fundamentos teóricos. Es cierto que recientemente se han hecho algunos intentos de categorización más sistemática en que se ha diferenciado a los campesinos desde los "agricultores primitivos" por una parte hasta los "granjeros" o los "empresarios agrícolas" por la otra (Wolf, 1966, p. 2). Sin embargo, lo que parece ser una forma adecuada de diferenciar específicamente a los "campesinos" de otros agricultores y no agricultores en cualquier área particular presenta a menudo dificultades cuando se aplica a otra área. Así pues, la diversidad de tipos campesinos y la variedad de los enfoques de los científicos sociales hacia ellos promete proveer combustible suficiente para un debate virtualmente interminable sobre las dimensiones adecuadas del concepto. En todo caso, existe el peligro de que el ejercicio de definición oscurezca el verdadero punto en cuestión. Porque el valor de cualquier concepto reside en su capacidad para iluminar y explicar datos empíricos utilizados en un argumento teórico. Por ejemplo, los interrogantes que deben plantearse antes de tratar de definir al "campesino" en un contexto africano son: ¿qué estamos tratando de explicar, y será un concepto definido en una forma particular adecuado para los datos empíricos y lógicamente aplicable al argumento?

Nuestro interés reside en la identificación y la explicación de los patrones de cambio y de desarrollo en el África contemporánea, y por lo tanto queremos usar términos tales como "campesinado" y "campesino" como conceptos efectivos dentro de un marco analítico que estructure en forma útil tal explicación. En consecuencia, una identificación precisa de las fases de la evolución social y la historia económica mundial en que el campesino puede convertirse en actor importante del escenario

* Ensayo original.

africano y su papel puede llegar a ser básico para el entendimiento del proceso de cambio histórico, cobra importancia fundamental para la determinación de esta categoría. Además, como veremos, la cambiante estructura social africana ha creado, durante ciertos periodos, algunos estratos que pueden identificarse como tales en términos estructurales.

Sin embargo, debemos subrayar también que cualquier definición debe abstenerse de agrupar a todos los campesinos en una categoría monolítica sin discriminación crítica, porque el campesinado puede diferenciarse también internamente en términos de ciertas variables estructuralmente significativas. Esto cobra importancia especial en vista de nuestro enfoque del contexto cambiante en que opera el campesinado, porque la categoría seguirá siendo necesariamente fluida en los márgenes a medida que diversos segmentos de la sociedad entran y salen del intervalo pertinente de implicaciones sociales que dicha categoría resume, y de maneras diferentes. No resulta entonces sorprendente que en ciertas circunstancias diversos segmentos del campesinado puedan llegar a desempeñar distintos papeles históricos con consecuencias importantes para el patrón de desarrollo histórico. En suma, puede haber entre los campesinos *diferentes campesinados* —diferenciados de acuerdo con su posición estructural en un momento dado.

Todavía debemos especificar algunos criterios para la diferenciación de los campesinos frente a otros habitantes rurales. Aquí nuestro hincapié es doble y revela características económicas. Primero, nuestro interés por la posición estructural del campesinado sugiere que debe verse como cierto estrato dentro de algún sistema político y económico más amplio. Una segunda dimensión se centra en la importancia de la economía familiar para el campesinado.[1] Así, los campesinos son *los individuos cuya seguridad y subsistencia reside en última instancia en la tenencia de ciertos derechos sobre la tierra y en la mano de obra de miembros de la familia aplicada a la tierra, pero que están comprendidos, a través de derechos y obligaciones, en un sistema económico más amplio que incluye la participación de no campesinos.*[2] El hecho de que para los campesinos la seguridad y

[1] La teoría de la economía campesina de Chayanov (véase a Chayanov, 1925), con su hincapié en el doble papel de la *familia* campesina como grupo productivo y consumidor, es una herramienta conceptual valiosa en todo estudio de los campesinos. En gran parte de África debe extenderse el concepto al de una economía de *heredades* como una unidad básica del análisis. La heredad, que se basa en los derechos de propiedad conjunta de una familia extensa, con frecuencia tiene derechos a la tierra agrícola, más bien que a una granja particular.

[2] Los pastores constituyen una categoría importante de la población rural en varios países africanos. Dado que estos pueblos predominantemente pastoriles están sujetos a las mismas clases de fuerzas políticas y económicas que sus semejantes predominantemente agrícolas, y dado que su econo-

subsistencia residen en última instancia en el mantenimiento de derechos sobre la tierra y derechos a la mano de obra familiar resultará un determinante importante para la configuración y la restricción de su acción social. Es también la característica que los campesinos tienen en común con los "agricultores primitivos", pero no con los agricultores capitalistas. Porque el agricultor capitalista puede *parecer* que depende de su tierra y aun de la mano de obra familiar en algunos casos, pero no está *obligado* a depender sólo de estos factores en última instancia; tiene otras fuentes potenciales de seguridad e inversión. Lo que el campesino tiene en común con el agricultor capitalista, en términos generales (y no con el agricultor primitivo), es su integración en una estructura social compleja caracterizada por la estratificación y la diferenciación económica. En realidad, es precisamente la caracterización del campesinado en términos de su posición en relación con otros grupos en el sistema social más amplio lo que tiene un valor explicativo particularmente importante en el análisis del desarrollo.

Apenas podemos iniciar aquí el trabajo de elaboración de tales criterios, pero desde luego el análisis puede llevarse más allá del punto alcanzado por Fallers, por ejemplo, en su artículo titulado "¿Debemos llamar campesinos a los cultivadores africanos?" (Fallers, 1961). Limitándose al examen de los sistemas sociales "tradicionales", concebidos más bien en sentido abstracto, y trabajando en parte dentro de la tradición antropológica de Kroeber y Redfield, Fallers definió la sociedad campesina como una sociedad "cuyas unidades constitutivas primarias son comunidades locales semiautónomas con culturas semiautónomas". Luego fraccionó esta semiautonomía en sus dimensiones económicas, políticas y "culturales". Demostró la participación de muchos africanos en el comercio y el trueque de productos agrícolas y aun la existencia —aunque de alcance más limitado— de estados políticos que en algunas áreas permitieron el surgimiento de muchos de los atributos políticos de un campesinado. Pero en su argumento resultaba fundamental la inexistencia de toda yuxtaposición entre las culturas elevadas y las bajas aun en las sociedades africanas que tenían en efecto protocampesinados económicos y políticos. Fallers concluye, de hecho, con la sugerencia de que "una de las razones de la fácil aceptación del cristianismo, el islam y sus elevadas culturas acompañantes, en muchas partes de Africa, es que muchas sociedades africanas

mía productiva (en la medida en que comprende derechos a los hatos de la familia y control sobre ellos) se basa en un tipo similar de principio de "heredad", satisfarían nuestros estrictos criterios para los campesinos. En consecuencia, los incluiríamos en cualquier estudio de los campesinados africanos, por más que esto pudiera ofender a los "puristas de los campesinos".

estaban estructuralmente 'listas' para recibir culturas campesinas".

Pero tal conclusión demuestra gráficamente los peligros de la búsqueda de aspectos culturales de las sociedades campesinas en el marco de un enfoque abstracto y un enfoque histórico.[8] Porque la historia del Africa colonial no muestra, por el contrario, ninguna disposición estructural para aceptar, ni la aceptación de una "cultura elevada", sino más bien un choque entre tipos distintos de sistemas sociales en que el sistema resultante, independientemente de su contenido cultural, fue el producto de la interacción de los dos sistemas. Además, a pesar de la existencia de algunos indicios de una clase campesina en periodos anteriores, es más fructífero contemplar la creación de un campesinado africano, al igual que la creación de la diferenciación actual entre los campesinados africanos, primordialmente como el resultado de la interacción entre un sistema internacional de economía capitalista y los sistemas socioeconómicos tradicionales, en el contexto de sistemas políticos coloniales territorialmente definidos.

Vista en perspectiva continental, el Africa subsahariana es todavía predominantemente rural en cuanto a su población, pero la penetración ubicua del colonialismo ha asegurado que no quedara fuera del marco de un sistema económico más amplio ningún conjunto importante de los agricultores primitivos que antes constituían la vasta mayoría de la población. Según nuestra terminología la mayor parte de esta población rural se ha transformado así en campesinado. Por supuesto, en ciertas áreas no sólo se han establecido inmigrantes no africanos como agricultores capitalistas, sino que un número importante de cultivadores africanos han salido de la categoría campesina y deben llamarse también agricultores capitalistas. Además, tal como ha funcionado la lógica del desarrollo capitalista en Africa, otros campesinos han perdido sus derechos a la tierra y se han *proletarizado* ya sea en el sector rural o en el sector industrial de la economía. En otras palabras, el desarrollo posterior del capitalismo ha empezado a destruir al mismo campesinado definido y creado al principio. Además, en la mayor parte del continente es una ruta capitalista hacia el desarrollo la que se favorece, y en la medida en que el capitalismo tenga la fuerza inherente para transformar por completo las sociedades africanas la existencia de un campesinado podría contemplarse con mayor razón como un fenómeno transitorio. Por supuesto, la posibilidad de una realización de esta clase de transformación es muy problemáti-

8 Véase Frank (1967) y Harris (1964), quienes han realizado dos estudios muy diferentes pero igualmente ilustrativos que sitúan a los campesinados latinoamericanos en términos históricos y estructurales.

subsistencia residen en última instancia en el mantenimiento de derechos sobre la tierra y derechos a la mano de obra familiar resultará un determinante importante para la configuración y la restricción de su acción social. Es también la característica que los campesinos tienen en común con los "agricultores primitivos", pero no con los agricultores capitalistas. Porque el agricultor capitalista puede *parecer* que depende de su tierra y aun de la mano de obra familiar en algunos casos, pero no está *obligado* a depender sólo de estos factores en última instancia; tiene otras fuentes potenciales de seguridad e inversión. Lo que el campesino tiene en común con el agricultor capitalista, en términos generales (y no con el agricultor primitivo), es su integración en una estructura social compleja caracterizada por la estratificación y la diferenciación económica. En realidad, es precisamente la caracterización del campesinado en términos de su posición en relación con otros grupos en el sistema social más amplio lo que tiene un valor explicativo particularmente importante en el análisis del desarrollo.

Apenas podemos iniciar aquí el trabajo de elaboración de tales criterios, pero desde luego el análisis puede llevarse más allá del punto alcanzado por Fallers, por ejemplo, en su artículo titulado "¿Debemos llamar campesinos a los cultivadores africanos?" (Fallers, 1961). Limitándose al examen de los sistemas sociales "tradicionales", concebidos más bien en sentido abstracto, y trabajando en parte dentro de la tradición antropológica de Kroeber y Redfield, Fallers definió la sociedad campesina como una sociedad "cuyas unidades constitutivas primarias son comunidades locales semiautónomas con culturas semiautónomas". Luego fraccionó esta semiautonomía en sus dimensiones económicas, políticas y "culturales". Demostró la participación de muchos africanos en el comercio y el trueque de productos agrícolas y aun la existencia —aunque de alcance más limitado— de estados políticos que en algunas áreas permitieron el surgimiento de muchos de los atributos políticos de un campesinado. Pero en su argumento resultaba fundamental la inexistencia de toda yuxtaposición entre las culturas elevadas y las bajas aun en las sociedades africanas que tenían en efecto protocampesinados económicos y políticos. Fallers concluye, de hecho, con la sugerencia de que "una de las razones de la fácil aceptación del cristianismo, el islam y sus elevadas culturas acompañantes, en muchas partes de África, es que muchas sociedades africanas

mía productiva (en la medida en que comprende derechos a los hatos de la familia y control sobre ellos) se basa en un tipo similar de principio de "heredad", satisfarían nuestros estrictos criterios para los campesinos. En consecuencia, los incluiríamos en cualquier estudio de los campesinados africanos, por más que esto pudiera ofender a los "puristas de los campesinos".

estaban estructuralmente 'listas' para recibir culturas campesinas".

Pero tal conclusión demuestra gráficamente los peligros de la búsqueda de aspectos culturales de las sociedades campesinas en el marco de un enfoque abstracto y un enfoque histórico.[8] Porque la historia del África colonial no muestra, por el contrario, ninguna disposición estructural para aceptar, ni la aceptación de una "cultura elevada", sino más bien un choque entre tipos distintos de sistemas sociales en que el sistema resultante, independientemente de su contenido cultural, fue el producto de la interacción de los dos sistemas. Además, a pesar de la existencia de algunos indicios de una clase campesina en periodos anteriores, es más fructífero contemplar la creación de un campesinado africano, al igual que la creación de la diferenciación actual entre los campesinados africanos, primordialmente como el resultado de la interacción entre un sistema internacional de economía capitalista y los sistemas socioeconómicos tradicionales, en el contexto de sistemas políticos coloniales territorialmente definidos.

Vista en perspectiva continental, el África subsahariana es todavía predominantemente rural en cuanto a su población, pero la penetración ubicua del colonialismo ha asegurado que no quedara fuera del marco de un sistema económico más amplio ningún conjunto importante de los agricultores primitivos que antes constituían la vasta mayoría de la población. Según nuestra terminología la mayor parte de esta población rural se ha transformado así en campesinado. Por supuesto, en ciertas áreas no sólo se han establecido inmigrantes no africanos como agricultores capitalistas, sino que un número importante de cultivadores africanos han salido de la categoría campesina y deben llamarse también agricultores capitalistas. Además, tal como ha funcionado la lógica del desarrollo capitalista en África, otros campesinos han perdido sus derechos a la tierra y se han *proletarizado* ya sea en el sector rural o en el sector industrial de la economía. En otras palabras, el desarrollo posterior del capitalismo ha empezado a destruir al mismo campesinado definido y creado al principio. Además, en la mayor parte del continente es una ruta capitalista hacia el desarrollo la que se favorece, y en la medida en que el capitalismo tenga la fuerza inherente para transformar por completo las sociedades africanas la existencia de un campesinado podría contemplarse con mayor razón como un fenómeno transitorio. Por supuesto, la posibilidad de una realización de esta clase de transformación es muy problemáti-

8 Véase Frank (1967) y Harris (1964), quienes han realizado dos estudios muy diferentes pero igualmente ilustrativos que sitúan a los campesinados latinoamericanos en términos históricos y estructurales.

ca[4] y, en todo caso, sigue siendo válida a largo plazo. La identificación de un sesgo continental hacia el robustecimiento de esta posibilidad puede ayudar así a explicar la fluidez en los márgenes de la categoría campesina antes mencionada; no nos libera de la necesidad de analizar las características contemporáneas de ese campesinado o de sugerir su respuesta probable ante las estructuras sociales que están surgiendo y sirviendo para su remodelación.

La situación colonial era en todas partes una en que las poblaciones locales estaban expuestas a bienes y servicios nuevos y, en muchos casos, sometidas a demandas económicas o laborales específicas impuestas por el gobierno, con el resultado de que se generaron necesidades nuevas que sólo podían satisfacerse con la participación en la economía de mercado basada en el dinero. Se abrían dos formas de participación para la población: la venta de su mano de obra o la venta de sus productos agrícolas. En este amplio proceso cuatro variables han sido de particular importancia para definir el carácter de la "participación" en el sistema global de los agricultores primitivos a través del cual adquirieron, en efecto, sus características campesinas.[5] Estas variables son:

1. La presencia, o la ausencia, de centros de demanda de mano de obra, tales como minas, plantaciones, industrias, etcétera.
2. La presencia, o la ausencia, de un ambiente local propicio para la producción de cultivos agrícolas para la venta, combinada con el grado de disponibilidad de oportunidades de mercadeo de estos cultivos.
3. La presencia, o la ausencia, de un grupo de colonos agricultores capitalistas inmigrantes que serían competidores de los productores africanos.
4. Y en una etapa posterior la presencia, o la ausencia, de una *élite* autóctona (basada en su nivel educativo y en algunos casos en sus habilidades políticas) que en ciertas circunstancias (sobre todo la ausencia de un grupo de colonos inmigrantes) pudiera arrebatar el poder político formal al régimen colonial. Este nuevo estrato podría complementarse y reforzarse en su ejercicio de la autoridad por una "burguesía nacional" autóctona de nueva creación formada en el comercio y en la agricultura misma.

4 Véase el artículo de Arrighi y Saul (1968, pp. 141-169), que evalúa los patrones socioeconómicos que se encuentran en el "sector moderno" de los países africanos en términos de su capacidad para transformar la economía rural.

5 Un ensayo inédito y sin fecha de D. L. Barnett llamó nuestra atención sobre la importancia de contemplar los agregados campesinos en algunos de estos términos.

De igual importancia, debemos recordar, es que estas variables han operado sobre un África precolonial caracterizada por un gran número de grupos étnicos y políticos a niveles distintos de organización política y económica. Si se toma debidamente en cuenta esa gran diversidad de factores podrá obtenerse una idea clara de todo el conjunto de permutaciones y de consecuencias reales posibles dentro del proceso global de la "campesinización".

Conviene extender un poco el análisis para considerar la importancia del potencial del ambiente, un factor que ayuda a definir el carácter de los sistemas agroeconómicos tradicionales y sus respuestas subsecuentes, porque la medida en que se desarrollaron los campesinados exportadores de mano de obra no fue sólo una función de la dimensión demanda de mano de obra/necesidad económica introducida por una ausencia de cultivos comerciales fácilmente disponibles; en algunos casos reflejó también el grado en que los hombres adultos estaban subempleados en el sistema agrícola tradicional, y por tanto la medida en que podían ausentarse sin amenazar la seguridad de la producción mínima de subsistencia. Asimismo, la medida en que un campesinado podía responder a los cultivos comerciales dependía también de la adaptabilidad del sistema agrícola tradicional a la incorporación de cultivos nuevos o a la mayor producción de los cultivos establecidos *sin amenazar la seguridad de la producción mínima de subsistencia.* Por supuesto, estas complicaciones contribuyen también al proceso mediante el cual están tendiendo a crearse varios "campesinados africanos" en lugar de un solo estrato monolítico. Pero la reiteración de la expresión subrayada es igualmente importante porque nos recuerda la segunda de las características generales del campesinado antes mencionadas. En tanto que algunos cultivadores africanos particulares puedan seguir identificándose como campesinos, observaremos que tal cálculo es fundamental para la definición de su existencia y para el asentamiento de sus actividades.

Así pues, existe un campesinado distintivamente africano, aunque puede encontrarse comprendido en sistemas nacionales más amplios con diversas características posibles: sociedades cuyos elementos dominantes serán una combinación variable de corporaciones internacionales, grupos de colonos inmigrantes y de comerciantes inmigrantes, élites autóctonas y burguesías nacionales autóctonas. En segundo lugar, en cada territorio podemos distinguir varios campesinados diferenciados según su localidad: algunas localidades son exportadoras de mano de obra, otras de alimentos, otras de cultivos comerciales, y otras de proporciones variables de cada cosa. Además, estas diferenciaciones coincidirán a menudo con identificaciones culturales localizadas, a menudo de carácter étnico o tribal, y se reforzarán con ellas. En tercer lugar, la dinámica del desarrollo capitalista tiende a

introducir otro elemento que trasciende la diferenciación de los campesinos por localidad con una diferenciación basada en el grado de participación en la economía monetaria. Esto implica, como hemos visto, los posibles movimientos hacia la proletarización de trabajadores inmigrantes por una parte y hacia la agricultura capitalista por la otra, y estos movimientos pueden también destruir al campesinado, jalándolo en direcciones distintas.

Es evidente que estas complicaciones hacen muy peligroso todo intento de identificar el papel histórico que tiende a definir para sí mismo el campesinado africano. Porque aun si en ciertas circunstancias los "campesinos" cobraran conciencia de sus intereses comunes y actuaran políticamente con base en esa previsión, no es fácil el pronóstico de los resultados probables. A veces, por ejemplo, se podría encontrar que la mayoría del campesinado de un territorio dado estuviera dispuesta a presionar con sus demandas a las otras clases e intereses de la sociedad, cuando los abusos de una autoridad extraña o una élite urbana autóctona muy comprometida se volvieran tan insoportables que superaran la conciencia de otras fisuras. Pero quizá con mayor frecuencia prevalecerán los localismos de diversas clases (por ejemplo, la conciencia tribal), hasta el punto de que se oscurezcan aun los aspectos de los agravios económicos y sociales del campesinado que podrían generalizarse a escala territorial.[6] De igual modo, cuando son las dimensiones horizontales nacientes las que definen una diversidad de campesinados, éstas pueden convertirse en el determinante principal de la intervención campesina en el proceso histórico. Por ejemplo, los campesinados ricos pueden moverse sólo para abrir sus propios caminos hacia la agricultura capitalista (alterando así las opciones de otros campesinos, para algunos de los cuales puede acelerarse consiguientemente el paso al proletariado agrario).[7] O bien los campesinados "inferiores" pueden advertir la carga de su condición y la calidad de su destino probable antes de que éste quede sellado definitivamente, y actuar en consecuencia. Para estos últimos se encuentran particularmente circunscritos los medios de toma de conciencia, y mucho más los de toma de poder; y por ahora esta es quizá la más especulativa de las alternativas que hemos presentado.

[6] Véase Arrighi y Saul (1969) sobre este punto y para un examen más detallado del conjunto probable de papeles políticos del campesinado en el África contemporánea.

[7] Una variable importante que no hemos podido explorar aquí es la presión de la población sobre la tierra. En conjunto, los recursos de tierra del África son considerables, pero existen áreas de "presión demográfica" donde son mucho más limitadas las opciones de los campesinos individuales. Aquí el crecimiento de una clase de granjeros tiende a significar la proletarización de otros campesinos.

Pero en todo caso una discusión tal no puede llevarse demasiado lejos en el terreno de lo abstracto. Por supuesto, pueden discutirse con fruto las tendencias continentales, pero es más probable que obtengamos una visión acumulativa del papel del campesino mediante la conjunción de un análisis de la naturaleza de un sistema social nacional particular (colocado en el contexto de la economía mundial) y una caracterización de la dinámica interna de su campesinado. Y esto sólo puede hacerse satisfactoriamente mediante estudios de casos de experiencias históricas reales. En consecuencia, concluiremos con alguna referencia breve a tres de tales experiencias, sin la pretensión de agotar su complejidad, sino sólo para *empezar* la tarea de ejemplificar los diversos criterios que hemos presentado y de subrayar el conjunto de posibilidades históricas que hemos sugerido.

En el contexto de Rodesia del Sur, donde el marco capitalista del colonialismo se caracterizaba por la existencia de una importante comunidad de colonos agricultores capaces de establecer un dominio político sobre las diversas fuerzas que luchaban por el control, se restringió la capacidad de la población africana local para desarrollar la agricultura comercial a una escala que habría permitido el surgimiento de una clase de agricultores capitalistas no campesinos (Arrighi, 1966, 1967). En esta situación específica sólo se ha permitido el desarrollo de una agricultura comercial en pequeña escala estrictamente controlada. La participación del campesinado se ha sometido a un patrón de agricultura de subsistencia con sólo pequeñas ventas comerciales de los productos agrícolas por una parte y con periodos de empleo remunerado para la mayoría de los hombres en edad de trabajar como medio de satisfacer sus necesidades de dinero por la otra. Un intento de estratificación del campesinado permitiendo la adquisición de pequeñas explotaciones con tenencia individual a través de lo que se llamó la "compra nativa" se ha realizado a escala demasiado pequeña para tener efectos estructurales importantes. A medida que aumenta la presión de la población sobre la tierra empobrecida y que resulta más difícil sostener los patrones circulares de la migración de la mano de obra, casi todos los agricultores africanos de Rodesia han tenido que aceptar así el destino de la proletarización incrementada por lo menos para algunos de ellos, así como un nivel de vida declinante.[8] La alternativa a esta situación es una intensificación de la conciencia acerca de su posición de clase y una correspondiente respuesta revolucionaria.

En cambio en Ghana, donde no había una comunidad agricultora europea en gran escala y por ende existía una casta econó-

[8] En un estudio de próxima publicación de Roger Woods sobre las "áreas de compra nativas de Rodesia" se borda sobre estos puntos y otros relacionados.

mica y política muy distinta a la de la situación colonial, surgieron otros patrones entre el campesinado. Por ejemplo, en ciertas regiones el cultivo del cacao permitió el crecimiento de la agricultura del cacao en gran escala y en manos de agricultores ghaneses. Los campesinos que desarrollaron estas plantaciones de cacao eran en gran medida agricultores migrantes que se convirtieron rápidamente en agricultores capitalistas: a ellos podemos aplicarles difícilmente el término de campesinos (Hill, 1963). Pero su surgimiento afectó profundamente la posición de otros campesinos en la economía política de Ghana. Ciertas áreas mal dotadas de recursos agrícolas desarrollaron ahora campesinados exportadores de mano de obra, cuyos miembros viajaban no sólo a algunas minas y a las ciudades, sino también a las áreas de cultivo del cacao. Surgió también un grupo de agricultores arrendatarios o deudores que puede considerarse adecuadamente como un campesinado, con una clara posición de clase.

Históricamente los cultivadores capitalistas del cacao y los campesinos más ricos han constituido una fuerza política conservadora que sirve de base tanto a los partidos políticos de derecha como al régimen militar que siguió a Nkrumah. En cambio, el campesinado inferior nunca se sumó de modo pleno y efectivo al movimiento de Nkrumah, porque éste conservó demasiadas de las características de un grupo urbano parasitario para obtener en efecto su apoyo. En consecuencia, las fuerzas del mercado han continuado destruyendo al campesinado, aunque en forma vacilante, porque una situación en deterioro del mercado internacional ha debilitado el poder del cacao para transformar la economía rural, y ni el régimen de Nkrumah ni su sucesor han desarrollado estrategias para la industrialización que provean un sustituto eficaz. Por tanto, el desarrollo capitalista no ha eliminado al campesinado, pero tampoco los abusos de las élites en el poder han probado ser un estímulo suficiente para generar la intervención activa de aquél en la arena política (véase Fitch y Oppenheimer, 1966).

En cambio, Tanzania no ha presenciado el desarrollo de un grupo considerable y homogéneo de agricultores comerciales en sus filas campesinas. En muchas áreas distintas (de acuerdo con la capacidad potencial ambiental existente) se han desarrollado cultivos anuales o perennes como productos comerciables, y en cada una de ellas ha surgido entre los agricultores cierto grado de diferenciación. Esta diferenciación no se expresa sólo en términos de la posición económica, sino también por una participación diferente en las organizaciones cooperativas y otras instituciones modernas y en el acceso privilegiado a las ventajas creadas por estas instituciones (Saul, 1971). Quienes se movieron primero ven abrirse cada vez más algunos caminos para salir del campesinado y penetrar a la clase de los granjeros. Pero de

BIBLIOTECA
HISTÓRIA - FFLCH
USP 48923

nuevo la movilidad económica de algunos agricultores cambia el carácter del sistema en que otros empiezan a moverse. En consecuencia, el desarrollo irrestricto de este proceso tiende a traducirse en un patrón complejo de estratificación, marcado por varios estratos de agricultores que van desde el granjero capitalista hasta el jornalero sin tierra. Además, las diferencias regionales derivadas en parte de las realidades de distintos ambientes agroecológicos y diversas oportunidades de mercadeo pueden originar, como ha ocurrido en otras partes, campesinados "locales" (a veces con el sello del tribalismo) con diferentes posiciones estructurales, e intereses encontrados, en el sistema total.

El gobierno de Tanzania ha estado consciente de los primeros indicios de estas posibilidades y —casi el único entre los gobiernos del África sudsahariana— ha optado por afrontar la empresa de su *realización*. Hasta ahora esto sólo ha significado los inicios tentativos de esa radicalización de la estructura política que podría obtener el apoyo y la participación de la masa de la población rural. Pero los líderes hablan de la posibilidad de una *transformación socialista* de los campesinados y se han embarcado en una búsqueda de las formas colectivas modernas adecuadas para tal fin (Nyerere, 1967). Al mismo tiempo se ha tratado de redefinir el carácter de las relaciones del país con el sistema capitalista internacional para imponer un cambio básico a la posición estructural de los campesinos. No sabemos si este intento podrá soportar la oposición de los no campesinos (y de los campesinos avanzados) cuyas posiciones se ven amenazadas por tal estrategia.

Esperamos que tales "estudios de casos", irrisorios por su brevedad, indiquen por lo menos la importancia de la continuación del estudio del campesinado africano según algunos de los lineamientos que hemos señalado. Por supuesto, queda por hacer un gran trabajo adicional en las esferas de la conceptualización y la investigación histórico-sociológica.

REFERENCIAS

Arrighi, G. (1966), "The political economy of Rhodesia", *New Left Review*, núm. 39, pp. 35-65.

— (1967), *The Political Economy of Rhodesia*, La Haya.

— y J. S. Saul (1968), "Socialism and economic development in tropical Africa", *Journal of Modern Africa Studies*, vol. 6, núm. 2, pp. 141-169.

— y — (1969), "Nationalism and revolution in sub-Saharan Africa", R. Miliband y J. Savile (comps.), *The Socialist Register 1969*, Londres.

Barnet, D. L. (s.f.), "Three types of African peasantry", Dar es Salaam, mimeografiado.
Chayanov, A. V. (1925), *Organizatsiya krest'yanskogo khozyaistva*. Traducido como *The Theory of Peasant Economy*, D. Thorner, R. E. F. Smith y B. Kerkblay (comps.), Irwin, 1966.
Fallers, L. A. (1961), "Are African cultivators to be called 'peasants'?", *Current Anthropology*, vol. 2, núm. 2, pp. 108-110.
Fitch, B., y M. Oppenheimer (1966), *Ghana: End of an Illusion*, Monthly Review Press.
Frank, A. G. (1967), *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, Monthly Review Press.
Harris, M. (1964), *Patterns of Race in the Americas*, Walker.
Hill, P. (1963), *Migrant Cocoa Farmers of Southern Ghana*, Cambridge University Press.
Mitchell, J. C. (1959), "The causes of labour migration", *Bulletin of the Inter-African Labour Institute*, vol. 6, pp. 1247.
Nyerere, J. K. (1967), *Socialism and Rural Development*, Dar es Salaam; reproducido en J. K. Nyerere, *Freedom and Socialism: Uhuru na Ujamaa*, Oxford University Press, 1968.
Saul, J. S. (1971), "Marketing co-operatives in a developing country", P. Worsley (comp.), *Two Blades of Grass*, Manchester University Press.
Wolf, E. R. (1966), *Peasants*, Prentice-Hall.

10. LA ORGANIZACIÓN SOCIAL Y EL CAMBIO SOCIAL RURAL *

Boguslaw Galeski

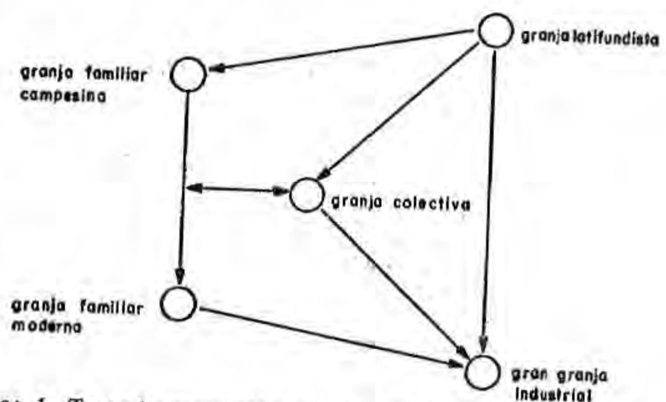
LA TRANSFORMACIÓN DE LA ORGANIZACIÓN EN LA PRODUCCIÓN AGRÍCOLA

COMO en el pasado, hay dos tipos principales de producción agrícola en la época contemporánea —dos instituciones o formas principales de organización de la producción. Una es la granja familiar, y la otra la gran empresa agrícola que hoy se asemeja a la empresa industrial basada en una unidad de trabajadores que no constituyen una familia.

Las diversas clases de organización agrícola ahora existentes, que constituyen variantes de estos dos modos básicos de producción agrícola, surgieron sobre la base de tipos analógicos del pasado, que hoy persisten como reliquias en algunos países. Estos tipos del pasado son el latifundio, o plantación, y la granja campesina familiar. Junto a formas de organización que pueden considerarse como transformaciones de los dos modos básicos de producción agrícola antes mencionados, aparecen también ahora algunas formas específicas distintas. Estas son en primer lugar las formas arcaicas de la economía de grupo: el grupo tribal o de consanguinidad investigado principalmente por los etnólogos. Pueden considerarse como formas particulares de economía familiar, donde la organización familiar asume también una clase particular, más antigua que la forma tradicional campesina o latifundista, y en general predecesora de la última históricamente en las principales regiones del mundo. En segundo lugar tenemos la forma de la agricultura de grupo basadas en lazos ideológicos que generalmente no se componen de agricultores (campesinos). Su objetivo consiste en la realización de alguna misión religiosa, social, política o nacional. Entre ellas se encuentran ciertas comunidades agrarias fundadas por grupos religiosos en los Estados Unidos de América, mientras que el más complejo de este tipo es el *kibbutz* israelí, de extraordinario interés para el sociólogo como experimento social. Pero el *kibbutz* no puede considerarse como una transformación de la agricultura campesina o de la latifundista, aunque tiene

* Extractado de Boguslaw Galeski, "Social organization and rural social change", *Sociologia Ruralis*, vol. 8, 1968, núms. 3-4, pp. 258-281. Resumido por el autor.

ciertos rasgos comunes con las grandes empresas agrícolas. Tanto las formas arcaicas de la economía tribal como la comunidad agraria basada en lazos ideológicos se encuentran en la periferia de la transformación moderna de la producción agrícola, si excluimos la comuna china (esta forma de organización no es suficientemente viable para considerarla en este ensayo y tratarla como algo más que un elemento del proceso revolucionario de extinción de formas anteriores).



GRÁFICA 1. *Transformaciones de las unidades de organización de la producción agrícola.*

Si nos olvidamos de las formas arcaicas y marginales antes citadas, podemos distinguir las siguientes transformaciones de la organización social de la producción agrícola:

1. La desintegración de una parte considerable de los antiguos latifundios, también de las plantaciones o las heredades señoriales, y el surgimiento de la agricultura campesina basada en la mano de obra familiar, como resultado de la reforma agraria.
2. La transformación de las granjas campesinas tradicionales, y en parte de la agricultura de grupo precampesina, en agricultura campesina multifamiliar colectiva; las granjas colectivas derivan también de los antiguos latifundios desintegrados.
3. La transformación de la granja campesina tradicional en la moderna granja familiar con el carácter de empresa pero basada en la mano de obra familiar.
4. El surgimiento de extensas granjas semejantes a empresas industriales y basadas en el trabajo asalariado, en parte derivadas de antiguas heredades señoriales, y de algunas granjas familiares muy productivas y algunas granjas multifamiliares colectivas.

Estos cuatro tipos parecen agotar la evolución básica de la agricultura. Por supuesto, podemos encontrar numerosas regiones donde los latifundios o la granja campesina tradicional no han sido tocados por ninguna de las transformaciones indicadas aquí. Pero estas son situaciones excepcionales y la continuación de su existencia en el futuro cercano resulta difícil de pronosticar. Sin embargo, los tipos de transformación antes enumerados no pueden considerarse como continuos evolutivos distintos, aislados o independientes entre sí. Una definición más estricta de cada uno de ellos justifica el supuesto de que difieren entre sí respecto de la posibilidad de transformación ulterior. Y esto conduce a la conclusión de que pueden concebirse como un continuo de cambio unidireccional, y aun como formas diferentes del mismo proceso evolutivo general.

Por ejemplo, los antiguos latifundios pueden transformarse, en situaciones socioeconómicas propicias, en una gran empresa de tipo industrial, o fragmentarse en pequeñas granjas campesinas basadas en el trabajo familiar, y a veces también en granjas a tiempo parcial. Las nuevas parcelas campesinas surgidas de la reforma agraria se reúnen en granjas colectivas multifamiliares o se modernizan y transforman en tipos de pequeñas empresas agrícolas contemporáneas conectadas con el trabajo familiar. Algunas de ellas pueden transformarse de nuevo en granjas de tipo industrial. Por lo tanto, este continuo representa la mayor posibilidad potencial de transformación. Otros tipos no poseen posibilidades tan marcadas. En ninguna parte vemos la granja de tipo industrial convertida en un latifundio, ni la granja familiar de tipo empresarial convertida en la granja campesina tradicional. La granja campesina colectiva multifamiliar se distingue por cierta elasticidad. En ciertas condiciones puede servir como una forma de transición hacia las granjas familiares como consecuencia de la reforma agraria (Schiller, 1966). O puede ser un germen de una gran empresa agrícola. En consecuencia, ésta es la única forma reversible, es decir, las granjas familiares pueden convertirse en una granja campesina colectiva multifamiliar, mientras que la granja colectiva puede transformarse en granjas familiares. Aunque los cambios son esencialmente de carácter general, la dirección única puede tomar cursos diferentes y hasta ahora ha conducido al surgimiento de dos formas básicas: la granja familiar modernizada y la granja industrial. Pero entre estas dos granjas básicas contemporáneas debe advertirse una relación unilateral, a saber: mientras hay casos de conversión de la granja familiar modernizada en una granja industrial, el cambio en la dirección contraria es un fenómeno excepcional.

Con referencia al carácter de las interrelaciones entre los diversos tipos de organización de la producción agrícola y sus transformaciones, se han utilizado algunos términos poco claros que han hecho creer que tales interrelaciones pueden concebirse en muchos aspectos, o como un proceso unidireccional de cambio, en una escala histórica más amplia, en la organización social de la producción. Ahora vamos a explicar estos términos al mismo tiempo que consideramos en una perspectiva más amplia el mecanismo de las transformaciones descritas. [...]

Por ejemplo, la granja campesina tradicional y la granja latifundista denotan un continuo de formas intermedias definidas de acuerdo con el grado y las proporciones de la dependencia económica y no económica de las familias campesinas frente al propietario (administrador) de una granja extensa. Las granjas latifundistas e industriales ocupan lugares extremos en la escala construida de acuerdo con el grado de dependencia económica y sociopolítica de los productores respecto de la empresa, y de acuerdo con la estructura de la mano de obra que descansa en grupos familiares o en trabajadores de especializaciones profesionales dadas. La granja campesina tradicional y la moderna granja familiar ocupan lugares en la escala de acuerdo con el grado de separación de la economía doméstica familiar respecto de la empresa agrícola, y de acuerdo con el carácter y la intensidad de las funciones productivas de la familia. La granja familiar moderna y la granja industrial se definen en una escala de acuerdo con el tamaño de la empresa y el carácter profesional o familiar de la mano de obra. La agricultura de tipo colectivo ocupa un lugar separado; constituye una fase intermedia entre la agricultura industrial y la agricultura familiar tradicional, o la moderna, según el sistema de relaciones entre la familia productora y la granja colectiva. [...]

La definición de la granja colectiva como una granja campesina multifamiliar requiere mayor elucidación. Esta definición es sólo parcialmente cierta porque, como veremos más adelante, hay diversas formas de organización social de la agricultura colectiva. En realidad la definición se aplica primordialmente a países de colectivización masiva. Los grupos básicos de miembros de la agricultura colectiva provienen de las granjas campesinas tradicionales. La adopción del patrón de organización del *kolkhoz* soviético representa en esencia una transacción entre la concepción de la gran empresa agrícola que funciona en un sistema económico sin mercado, y la asociación de las pequeñas granjas familiares campesinas limitadas en área pero no respecto de alguna composición de la producción. La parcela familiar está sujeta además a los incentivos económicos de un mercado limitado, pero sin embargo existente (en la URSS el mercado del bazar de productores). En esta situación parecen po-

sibles ambas tendencias: *a)* la intensificación y aun la modernización técnica de la pequeña granja familiar, con la consecuencia de que la granja colectiva se convierte en una empresa que complementa y sirve a aquélla, y *b)* la consolidación y expansión de la gran empresa agrícola colectiva y la limitación del papel de las parcelas privadas de los miembros al servicio de la economía interna familiar.

Pero la definición de la granja colectiva como una granja campesina multifamiliar no se limita al hecho de que las parcelas de los miembros conserven el carácter de pequeñas granjas familiares. Hay también elementos de agricultura familiar en la organización de una empresa común, o sea que la familia constituye el equipo de trabajo y participa en varios actos de contabilidad, en dinero y en productos, con la empresa. A menudo puede concebirse la estructura social como una jerarquía de posiciones familiares en las escalas del ingreso, el prestigio y el poder. Estos rasgos aparecen naturalmente en la granja colectiva con las características de una empresa industrial, es decir como un tipo profesional y no familiar de organización del trabajo, donde el sistema de remuneración se basa en normas de trabajo y la jerarquía en la división del trabajo, la función y la toma de decisiones. La coexistencia en la agricultura colectiva de dos principios de organización que en ciertos sentidos son contradictorios impone un carácter de transición a la granja colectiva. Crea la alternativa de su transformación en un agregado de pequeñas granjas familiares o en una empresa de tipo industrial, aunque se espera que la segunda alternativa se materialice a largo plazo.

El continuo de la transformación de la organización de "la granja" antes descrito tiene consecuencias directas para el cambio en los dos elementos restantes que forman el sistema de la vida rural: las instituciones de la familia rural y la comunidad aldeana.

La familia rural y la comunidad aldeana

Muchas de las características que diferencian a la familia rural de la urbana se expresan cuantitativamente por diferencias de grado. Por ejemplo, la familia rural se destaca por una tasa de natalidad relativamente más elevada y un mayor número de hijos. Se distingue también como un grupo muy compacto (lo que se comprueba, entre otras cosas, por la menor frecuencia del divorcio) que ha conservado en mayor medida la relación patriarcal, y no la de asociación entre los esposos, como entre padres e hijos. Además desempeña las funciones de socialización en mayor medida. Por representar diferencias de grado estas características pueden interpretarse en el sentido de que denotan

procesos retardados de cambios modernos en la familia. La causa del progreso más lento de estos procesos en el mundo rural podría atribuirse a las características de la granja familiar que imponen cierto patrón a la familia rural. Sin embargo, aparte de las diferencias antes mencionadas en cuanto al grado y la intensidad de algunos cambios sociales, parece existir otra característica que diferencia básicamente a la familia rural de la urbana. Se trata de la función productiva de la familia rural. La familia rural es un productor colectivo, a veces también un empresario colectivo y un propietario común de una planta pequeña productora de los medios principales de subsistencia, que sirve directamente al consumo de la familia. Esto asegura la relativa autonomía de la familia en un grado considerable. Es además la clase de planta productiva que representa un patrón particular de organización del proceso de trabajo, porque presupone un equipo productivo compuesto de individuos de edad y sexo dados, correspondiente a la familia en términos demográficos. Por supuesto, aquí está comprendida la granja campesina tradicional, basada en la identificación de la familia y la planta productiva (Chayanov, 1925). Cada una de las formas modernas de organización de la producción agrícola supone un tipo distinto de relación con la familia o un alcance y una intensidad diferentes de las funciones productivas de la familia.

Las funciones productivas de una familia campesina conectadas con el latifundio pueden reducirse a menudo al trabajo en la hacienda. Es otro quien dirige su trabajo; los miembros de la familia están subordinados a forasteros que se colocan por encima de la jerarquía familiar interna. Las relaciones de la familia con sus vecinos son en gran medida las de iguales, pero esto tiene importancia secundaria a causa de la dependencia básica de cada familia respecto del propietario del latifundio o del aparato de administración y supervisión a que se subordina. Aparte de la función biológica, otras funciones tales como la operación económica de la economía doméstica (a veces ampliada a una granja más grande o más pequeña bajo usufructo familiar), la educativa y la cultural, son dictadas por el grado de intervención del propietario o supervisor del latifundio. El patrón patriarcal de relaciones entre los miembros de la familia es fortalecido o debilitado por la organización del proceso de trabajo en el latifundio. Las formas y los patrones internalizados por los hijos de la familia en el proceso de socialización, que caracterizan al productor ideal, dependen también del sistema de relaciones entre éste y el supervisor o propietario, y asumen la dirección deseada por él o la contraria. Pero éstas son normas características de un productor obediente o de uno rebelde, no del empresario. Por supuesto, este modelo esquemático no excluye la aparición de antiguos patrones históricos entre fami-

lias ligadas al sistema latifundista, o de rasgos característicos de la pequeña aparcería, si la organización latifundista contiene tales elementos.

La familia campesina tradicional ha sido ampliamente analizada en la literatura y no hay necesidad de repetir aquí lo que ya se sabe (Znaniecki, 1938, p. 1). Basta indicar que la función productiva de la familia campesina tiene un alcance mayor que la de familias campesinas subordinadas al propietario de un latifundio, porque incluye la administración de la granja además de la producción. En consecuencia, su patrón de organización se configura para la mejor satisfacción de las necesidades familiares. Las funciones productivas de la familia campesina tradicional se enlazan orgánicamente a la totalidad de sus funciones económicas, socializantes y culturales. Y el patrón de administración afecta la cohesión familiar y un modelo patriarcal de relaciones entre sus miembros que impide la individualización de las actitudes. La meta importante de los esfuerzos de la familia no es la de hacer el cultivo lo más productivo posible sino la de aumentar su propiedad, de la que tiene, en su concepción, el usufructo temporal. La propiedad es continua, las generaciones están cambiando. Por último, las relaciones de la familia como entidad con los vecinos asumen una importancia básica.

Describimos antes la granja familiar moderna como basada en el trabajo de la familia. Pero aquí las funciones productoras de la familia están considerablemente limitadas en comparación con las de la granja campesina tradicional. Habiendo un mayor nivel de mecanización la esposa y los hijos pequeños quedan relevados del trabajo en la granja. Mientras que en la granja campesina tradicional la familia es ante todo una unidad productiva, en la granja familiar moderna es fundamentalmente la familia de un pequeño empresario que ayuda sobre todo en la administración de la propiedad común, la pequeña empresa agrícola. El patrón de organización de la moderna granja familiar hace que la familia esté abierta a los cambios modernos, debilita el sistema patriarcal de relación, facilita las actitudes individualizadas en algunas esferas y hace a la familia menos dependiente de sus relaciones con los vecinos, ampliando sus contactos más allá de la comunidad local.

En la granja industrial grande hay un debilitamiento, o hasta una destrucción completa, de la identificación entre la granja y la familia. La familia del propietario, o de los propietarios, la del administrador de la granja y la de los productores a distintos niveles de la jerarquía profesional, no tienen que mantener mayor contacto con la granja que la familia de un trabajador siderúrgico, la del director o la de un accionista, con la acería. Naturalmente, la proximidad, el pequeño equipo de trabajo comprendido, etcétera, permiten por regla general un contacto más fre-

cuente e íntimo entre la familia y el lugar de trabajo, pero este contacto no lo impone la forma de organización de la producción. En consecuencia, la familia no tiene función productiva en este tipo de empresa y las diferencias entre ella y la familia urbana se reducen a menores oportunidades de seguir los cambios ofrecidos por la civilización moderna.

Un resumen integrado de las diversas formas de organización de la producción agrícola y sus efectos sobre las funciones de la familia rural indica los tres tipos siguientes: *a)* la familia productora; *b)* la familia que conduce una empresa, y *c)* la familia del productor (trabajador), separada del establecimiento productivo, que corresponde al patrón familiar general del mundo urbano. Naturalmente, en la mayoría de los países el patrón familiar rural refleja la coexistencia de dos de los tipos antes descritos, o aun de todos ellos. Sin embargo, éstos representan principios de organización diferentes y opuestos. El crecimiento de un rasgo a expensas de los otros indica los procesos que ocurren paralelamente en la granja y en las instituciones familiares rurales. Aquí se hace hincapié en las implicaciones de la organización de la producción en los cambios del patrón de la familia rural, pero es evidente que la relación es bilateral. Tanto la granja como la familia experimentan una transformación sobre todo bajo la influencia de procesos económicos, sociales y culturales generales. Pero si algún elemento de este sistema coherente —la granja familiar— experimenta algún cambio, hay un cambio correspondiente en otro elemento.

Conectado con el sistema de la "granja familiar" hay un tercer elemento de la organización social rural que constituye un rasgo específico del mundo rural, o sea la comunidad aldeana. Varias características de esta comunidad, como su tamaño y la densidad de su población (Sorokin, Zimmerman y Galpin, 1965, pp. 239-240), se relacionan con el carácter de la producción agrícola en que el área desempeña un papel diferente en comparación con el desempeñado en la producción no agrícola. Esto es así aun si estas características indican una conexión con el tipo de organización de la producción. Un gran establecimiento agrícola presume la existencia de asentamientos comparativamente pequeños si el tipo de producción o la infraestructura impiden que los productores vivan fuera del lugar de trabajo en grandes asentamientos de tipo urbano. La agricultura familiar requiere un número relativamente grande de asentamientos, según el tipo de producción y el tamaño estructural de las granjas. Pero el tipo de organización de la producción determina en mayor medida tales rasgos de la comunidad rural como el sistema de estratificación y la movilidad social, los patrones de relaciones interfamiliares y, en particular, las relaciones económicas y la clase y el grado de aceptación de los patrones culturales, es decir, la

medida en que la comunidad en cuestión esté abierta a la cultura nacional general.

La comunidad local conectada con la granja de tipo latifundista expresa en su estructura de área una estratificación fuertemente polarizada y barreras sociales entre los grupos que resultan difíciles de salvar. La residencia del propietario o supervisor se encuentra por regla general aislada de los aldeanos, o de la aldea, de los grupos de viviendas de las familias de los productores (trabajadores). Las relaciones económicas y sociales básicas de los habitantes de la aldea se establecen con la granja latifundista. Las relaciones económicas entre las familias de los productores se desarrollan débilmente y tienen importancia secundaria, o se conectan con elementos de posesión del grupo (bosques, pastos). O pueden ser relaciones de trabajo que surgen cuando las familias realizan cultivos adicionales por su cuenta, como arrendatarios. Pero el modelo de agricultura latifundista no impone por sí mismo ningún sistema de relaciones a las familias de la aldea aparte de los servicios recíprocos de las familias vecinas o la ayuda mutua durante las calamidades naturales. Los centros de servicio y de poder están conectados aquí también con la residencia latifundista. La posición social uniforme de las familias que habitan en las aldeas, y el relativo aislamiento social y cultural (conectado con las condiciones socioeconómicas prevalecientes en el país que constituyen el contexto esencial de la economía latifundista) suponen patrones culturales homogéneos, desde luego distintos para el grupo de jornaleros y para el de propietarios y supervisores.

La comunidad aldeana correspondiente a la granja campesina tradicional origina un sistema más diferenciado de estratificación y un sistema socioeconómico de relaciones entre las familias campesinas más acomodadas y las más pobres. Las funciones de la comunidad aldeana se vuelven también más variadas, mientras que dentro de ella se configura una división del trabajo. Los centros de servicio cambian y la cooperación rural surge sobre la base de las funciones económicas de la comunidad. Las cooperativas se convierten en los representantes económicos de la comunidad ante el mundo exterior. Los organismos políticos conectados con los diversos intereses de grupo y la autoridad local cambian también. Sin embargo, este tipo de producción se caracteriza también a menudo por la uniformidad cultural, mientras que los patrones de comportamiento de la comunidad son afectados también por el sistema de estratificación social de estas aldeas.

La agricultura familiar moderna no implica la existencia de una comunidad aldeana. Una de las medidas importantes para el mejoramiento de la producción agrícola suele ser la consolidación de la tierra que dispersa la comunidad. Por supuesto, la

unidad administrativa regional, que abarca cierto número de predios individuales y crea un pequeño centro rural de administración y servicio, puede concebirse como una comunidad rural. Pero los habitantes de tal región no constituyen un grupo con lazos sociales acumulativos. En este tipo de producción tanto la estratificación ocupacional como la de clases son más avanzadas y las posibilidades de movilidad social son mayores. El sistema de relaciones económicas, sociales y culturales interfamiliares es considerablemente más débil en tales aldeas y cede el paso a relaciones que van más allá de las fronteras locales. Esto equivale a afirmar que la comunidad se abre más al crecimiento de patrones y normas culturales diferenciados.

La agricultura industrial tampoco presupone la existencia de una comunidad aldeana. Los productores y los administradores, y sus familias, y en las condiciones de la empresa privada también los propietarios, pueden vivir en un asentamiento de tipo urbano de estructura socio-ocupacional diferenciada; pero aun si viven cerca del lugar de trabajo, tales asentamientos difieren sólo respecto del tamaño, la densidad de la población y las características implicadas por estos factores, de los asentamientos habitados por trabajadores fabriles o mineros que viven en las cercanías de las fábricas o las minas.

La granja colectiva, que ha derivado de la anterior comunidad aldeana, constituye generalmente su continuación. Los rasgos de tal comunidad se refuerzan aun por el hecho de que las familias que en ella viven son de trabajadores y copropietarios de una empresa común. Además, por una parte el sistema de estratificación de estas aldeas, sobre todo de acuerdo con el poder económico y el prestigio, afecta la estructura informal de la fuerza de trabajo de la empresa, o bien, por la otra parte, el sistema de estratificación, funcional y ocupacional, cambia el sistema de estratificación de la aldea y genera conflictos dentro de ella.

Así como los tipos de organización de la producción pueden concebirse como un continuo unidireccional de transformación —a pesar del polimorfismo del cambio—, lo mismo puede hacerse con los otros elementos de la vida rural, o sean la familia rural y la comunidad aldeana. No hay ningún indicio de que la familia rural moderna se haya convertido jamás en una familia rural tradicional (en el significado aceptado aquí), ni de que la comunidad aldeana se haya rejuvenecido. Por el contrario, la observación revela una tendencia actualmente estable hacia la separación de la familia y la granja, y hacia el empobrecimiento de las funciones productivas del agricultor (sin que ello tenga como consecuencia un conflicto agudo entre las funciones productivas de la familia y sus crecientes funciones sociales y culturales) (Markowska, 1964), así como hacia la desaparición

de las distinciones entre la familia rural y la urbana. Pueden observarse también las crecientes diferenciaciones vocacionales y sociales entre los habitantes de la aldea, la expansión de los contactos más allá de la comunidad local, el desplazamiento de las normas y los patrones culturales locales por los comunes al conjunto de la sociedad. Excepto por lo que toca al tamaño y a la densidad de la población, están disminuyendo las diferencias entre la aldea y el asentamiento de tipo urbano, mientras que las entidades rurales locales más grandes que surgen tienen un carácter policéntrico al conectar en una región a diversos grupos sociales basados en diversos lazos. [...]

Al concebir a la granja, la familia y la comunidad local como un todo integral, fue necesario formular algunas reservas aquí y allá al distinguir las formas de la organización social rural y los tipos de transformación que experimentan. Se pudo observar que éste no es un sistema aislado, cerrado, y que la fuente del cambio de cada uno de estos elementos, y por tanto del sistema en conjunto, reside en su relación con el sistema económico, social y cultural general del país de que se trate. Los límites y la velocidad de los cambios de la organización social rural se determinan además por las condiciones generales (nivel técnico, estructura demográfica, etcétera) de las que el tipo de organización, junto con todo el sistema económico, social y cultural, es al mismo tiempo producto y co-generador. En este ensayo no nos ocupamos de todas estas correlaciones dinámicas, sino de algunas de ellas.

INFLUENCIA DE LOS SISTEMAS ECONÓMICOS INTERACTIVOS O DIRECTIVOS SOBRE LOS CAMBIOS DE LA ORGANIZACIÓN SOCIAL RURAL

Los sistemas interactivos y directivos (Galeski, 1967) se distinguen por la forma en que conectan el consumo con la actividad productiva. En el sistema denotado aquí como directivo, los organismos de planeación central asignan tareas a los productores. Las tareas se evalúan y su realización se castiga o recompensa. La distribución de los bienes producidos es dirigida por un aparato económico correspondiente de acuerdo con los mismos principios. Por supuesto, el consumidor puede comprar un artículo u otro dentro de la elección ofrecida por los canales de distribución, aunque también se conocen ejemplos de compras obligatorias. Este comportamiento no tiene influencia directa sobre la actividad de los productores o los distribuidores. El organismo de planeación es siempre un factor de mediación aquí. No está obligado a considerar la reacción de los consumidores ante sus decisiones, sobre todo en vista de que el consumidor no puede dejar de comprar artículos que son de primera necesidad.

Por supuesto, el organismo central funciona en forma más o menos eficiente y racional. Pero garantizar incentivos adecuados para las instituciones económicas y criterios correctos para la evaluación de su funcionamiento es cuestión difícil y compleja, mientras que una inflexibilidad para trasvasar en la operación del aparato coordinador es fuente constante de tensión social. Sin embargo, ésta no es la característica principal de tal sistema. Es más bien el carácter indirecto de las conexiones entre la producción, la distribución y el consumo, las que se realizan mediante un sistema de relaciones entre cada una de estas esferas y los organismos centrales de planeación y coordinación.

En el segundo sistema, denotado aquí como interactivo, la actividad productiva y la demanda entran en contacto directo en el mercado. El comportamiento de los consumidores es la fuente directa de remuneración o castigo para los productores. La satisfacción de la demanda es la condición para la realización del proceso productivo y esto determina las oportunidades de los productores. Naturalmente, los productores tratan de manipular la demanda mediante la introducción de productos nuevos, la publicidad y el manejo de los precios, modificando o creando así nuevos patrones de consumo. Pero la adaptación espontánea de la producción a la demanda amenaza generar una recesión cíclica, el desperdicio de mano de obra y el caos económico periódico, al lado de una especialización muy avanzada y de la racionalización de la producción al nivel de la empresa.

Los sistemas económicos descritos son modelos ideales que no existen ahora en forma pura. Más aún: el sistema directivo prevaleciente en los países socialistas se está modificando ahora por la introducción de elementos de interacción en mayor o menor medida. El tipo interactivo, universal en los países capitalistas, se ha modificado también por la intervención estatal en forma de inversión, capacidad reguladora de la empresa, y niveles de precios, salarios, etcétera. Pero aún hay diferencias importantes entre los dos sistemas, a pesar de estas modificaciones, que no pueden definirse simplemente como diferencias entre los sistemas económicos socialistas y capitalistas. Sin duda el principio de la propiedad privada de los medios de producción hace muy difícil la introducción de un sistema directivo, mientras que la socialización de los medios de producción no sólo la facilita sino que la induce directamente. Sin embargo, ambos sistemas pueden aparecer bajo las condiciones de la propiedad privada y estatal de los medios de producción (aunque con ciertas modificaciones). El control económico puede ejercerse no sólo mediante órdenes directas sino también a través de procesos de interacción controlados.

Los dos sistemas económicos tienen muchas consecuencias sociales polifacéticas en las esferas de la estructura, los patrones de movilidad social, los tipos de relaciones interpersonales (de las clases de superior-subordinado y vendedor-cliente), y las fuentes y direcciones del conflicto social. En consecuencia, su influencia directa e indirecta sobre la organización social rural es múltiple también.

En general la agricultura industrial es más frecuente bajo las condiciones de un sistema directivo, como ocurre también con la agricultura colectiva (concebida como una forma de transición de la agricultura industrial), mientras que la granja familiar es la forma básica del sistema interactivo. Pero hay ejemplos de granjas colectivas en el sistema interactivo (para no hablar de las granjas industriales), así como casos de coexistencia del sistema directivo y la agricultura familiar, tanto tradicional como moderna, aunque con una modificación del sistema.

Pero aquí surge esta cuestión: ¿son nuestro marco de referencia el mismo mecanismo social y el mismo contenido del cambio cuando enunciamos fenómenos analógicos en estos sistemas sociales diferentes? Por ejemplo, la aparición de la agricultura colectiva, de la agricultura industrial, o de continuos de cambio tales como la transformación de la granja campesina tradicional en la moderna granja familiar.

Partiendo de la observación de formas colectivas de producción en diversas partes del globo y en sistemas sociales disímiles (Schiller, 1966), distinguimos cuatro situaciones diferentes en que aparece esta forma. La primera ocurre cuando el principio de la agricultura colectiva descansa en el deseo de realizar ciertos ideales (religiosos, políticos, patrióticos), o en otras palabras, descansa en motivaciones de naturaleza religiosa, social, política (por ejemplo la ideología igualitaria), o de carácter nacional, es decir que sirven al objetivo nacional de explotar ciertos territorios. Tienen esta naturaleza algunas comunidades agrarias religiosas de los Estados Unidos, el *kibbutz* israelí y algunas de las primeras comunas establecidas en la Unión Soviética inmediatamente después de la revolución. La granja colectiva basada en estos principios puede descartarse de toda consideración ulterior porque en términos estrictos no es un movimiento de agricultores que deseen transformar sus granjas y vivir en esa forma. Aun si grupos pequeños de familias de agricultores participan en este tipo de iniciativas son grupos marginales, y la posibilidad de que atraigan a otros agricultores mediante el ejemplo es insignificante, al igual que la posibilidad de que esta estructura se mantenga durante un periodo extenso en el sistema directivo o en el interactivo.

La segunda situación es el surgimiento de granjas colectivas como resultado de la reforma agraria, es decir cuando las familias productoras toman las tierras de antiguos latifundios y cuando las familias campesinas sin tierra se asientan en tierras ocio-

sas hasta ahora. En ambos casos las familias que así obtienen la tierra tienen experiencia como productores agrícolas pero carecen de experiencia en la operación independiente de una granja. Estas familias se inclinan por lo general a conservar la granja anterior *in toto*, o a tomar la tierra en grupos compactos más grandes y cultivar juntos. Pero la reforma agraria no se limita a la distribución de la tierra. Por regla general también se requiere inversión para que la tierra pueda ser explotada adecuadamente y los productores aseguren un rápido mejoramiento de sus condiciones de vida. Las necesidades son mayores aún en el caso de asentamientos nuevos en tierras ociosas hasta ahora. Aquí son necesarios inversión y crédito, y diversas clases de ayuda material estatal, así como instrucción agrícola. En las condiciones de un sistema interactivo la situación puede considerarse de transición. A medida que la granja se vuelve económicamente más fuerte, y de acuerdo con la adquisición de experiencia, la operación independiente de una granja privada se vuelve más atractiva que la granja colectiva con sus conflictos internos y la necesidad de ajustarse uno a los otros. En consecuencia, los productores más eficientes abandonan pronto la granja. Bajo el sistema directivo los incentivos para la agricultura independiente pueden ser tan débiles, y la posibilidad de separarse de la agricultura común en gran escala tan difícil de realizar, que las granjas colectivas subsisten durante largo tiempo mientras que las familias participantes se adaptan a la situación.

La tercera situación prevalece cuando el Estado, mediante las necesarias técnicas sociales, realiza la colectivización universal de las granjas campesinas. De acuerdo con consideraciones doctrinales y políticas, el motivo más frecuente para adoptar tal decisión es la industrialización del país, que requiere la acumulación interna mediante un control estricto del nivel de consumo de la población campesina (donde los requerimientos de la industrialización son drásticos por regla general, ya que el campesinado constituye la mayoría de la población), o bien el desplazamiento de un número considerable de trabajadores de la agricultura a la industria. Tal colectivización puede realizarse sólo en las condiciones de un sistema económico directivo donde la idea de la consolidación agrícola esté de acuerdo con las características de tal sistema.

Por supuesto, podemos concebir la consolidación en la granja de tipo industrial. Pero su realización puede generar graves conflictos sociales y agobiar al Estado con pesadas inversiones. También requeriría el envío de un cuerpo de especialistas a la agricultura, lo que no correspondería a las condiciones de un país donde la agricultura tiene que soportar la carga de la industrialización sin contar ella misma con especialistas. En estas circunstancias la agricultura colectiva representa una transacción, y

trata de convertirse en una agricultura del tipo industrial en la medida en que lo permitan las condiciones y posibilidades de un país dado. Los productores colectivizados utilizan este hecho intensificando la producción en las parcelas que tengan en usufructo, con el deseo de reconstruir granjas campesinas individuales y de convertir las granjas colectivas en empresas auxiliares.

La cuarta situación aparece en el sistema de la interacción ampliada. Aquí la granja grande tiene una clara superioridad sobre la pequeña a causa de los menores costos de producción. En una economía de mercado la empresa más pequeña es obligada a agrandarse por regla general. Surge entonces una tendencia permanente hacia la conversión de las granjas familiares en granjas industriales. Esto puede ocurrir porque algunos granjeros familiares se expandan (comprando o rentando tierra adicional, aumentando su capital de operación, contratando mano de obra) a expensas de la quiebra de otros. Esta evolución es naturalmente lenta porque a menudo la obstruye la política agraria, que bajo la presión de los agricultores tiende en muchos países a apoyar la granja familiar económicamente débil. Existe también la posibilidad de que surjan unidades agrícolas grandes no de la liquidación de las granjas familiares sino de la fusión de la tierra, el capital y las reservas de mano de obra de varios agricultores. Esto conduce a la posibilidad del surgimiento de granjas colectivas en países económicamente avanzados del sistema interactivo. La experiencia de organización de este tipo (con el GAEC francés, por ejemplo) es todavía muy escasa. Pero todo indica que tales organizaciones con características colectivas serán muy inestables por dos razones. Primero, por la acción de las fuerzas centrífugas, es decir las inevitables dificultades de adaptación de los miembros colectivos y la necesidad constante de revisar la decisión de conservar la agricultura colectiva, sobre todo con el cambio de generaciones. En segundo lugar, por la acción de fuerzas externas, es decir las numerosas alternativas en las condiciones de un sistema interactivo para ajustarse a una granja pequeña. Tal organización puede perder su carácter colectivo en todo o en parte: en parte, cuando la tarea de la dirección de la empresa se deja en manos de uno de los miembros mientras el papel de los demás se limita a la copropiedad (de la tierra o del capital); en su totalidad cuando estos miembros quedan en general eliminados de la empresa. En una u otra forma las granjas colectivas del sistema interactivo, establecidas por agricultores familiares, se convierten en granjas industriales operadas por una compañía o un empresario individual (o propietario).

El examen de las diversas situaciones en que surge la agricultura colectiva nos inclina a creer que esta forma de organización

sirve en un sistema interactivo como un medio temporal de explotación de la tierra adquirida por la reforma agraria o bien, en la tierra de nuevo asentamiento, como un preludio a la formación de la moderna agricultura familiar; o es uno de los caminos (hasta ahora uno subordinado) de la transformación de la moderna agricultura familiar en agricultura industrial. En el sistema económico directivo esta forma de organización sirve como instrumento de control sobre los productores agrícolas en aras de los intereses de la economía en conjunto. Es de transición en este sistema, considerada como una transacción por los centros directores cuyo objetivo es transformarla en agricultura industrial (tal como la definimos en este ensayo). Entre los productores agrícolas colectivos existe por otra parte una tendencia a aprovecharse de la transacción subordinando este modo de organización a la granja familiar en la forma de una asignación privada de área ilimitada pero de desarrollo productivo. El sistema de agricultura colectiva, y su transformación en agricultura industrial, reciben naturalmente el impulso favorable de factores externos en el sistema económico directivo.

Aunque la agricultura colectiva es más frecuente en el sistema directivo, este fenómeno aparece también en ciertas condiciones en el sistema económico interactivo (aunque con un contenido diferente). Lo mismo ocurre con la moderna agricultura familiar, y los procesos de cambio de estas formas de organización aparecen en ambos sistemas, aunque son más adecuados al sistema interatcivo.

La conversión de la granja familiar tradicional en una empresa familiar moderna ocurre en las condiciones de una economía de mercado que impone la especialización, la producción creciente para el mercado y la disminución de los costos. Al minar la autarquía de la granja familiar tradicional, el mercado la hace dependiente de los proveedores, sobre todo en el campo de las ventas del producto y del crédito. En términos de la penetración de la agricultura por el capital que busca áreas efectivas de inversión (lo que conduce al crecimiento de la división del trabajo), la actividad anterior de la familia campesina se convierte en el fundamento de las empresas especializadas.

La familia se limita a una fase de la producción: el cultivo de materias primas (forraje, por ejemplo), o el procesamiento de una materia prima dada (la conversión del forraje en carne, por ejemplo). Las empresas especializadas se encargan de otras fases del ciclo productivo. La empresa es también un intermediario en la transferencia, a menudo acompañada por la conversión, de materia prima de una granja familiar a otra. Este proceso ha sido llamado la integración vertical de la agricultura, o más precisamente, la integración vertical es uno de los elementos principales del proceso. Abarca las granjas familiares y las industria-

les, pero el grado de limitación del área de decisión del productor-empresario es menor en el segundo caso.

Este proceso puede definirse por referencia a la granja familiar como el surgimiento de la "manufactura en la agricultura", si se entiende este término como la organización de la producción basada en el trabajo familiar doméstico (con su propia materia prima o con la de otra granja) para una empresa dedicada a la venta de los productos y a veces también a las fases de acabado de la producción y a la preparación de los artículos para su venta. La "manufactura" agrícola comprende también a cierto número de productores, las familias productoras, ligadas a una gran unidad de organización mediante la contratación con una empresa (o empresas) de procesamiento y mercadeo. La diferencia consiste en: *a)* el hecho de que la granja familiar produce artículos de consumo básico y por ende tiene la posibilidad de abastecer a su propia familia; *b)* las herramientas, y a menudo también el medio básico de producción, la tierra, son propiedad de los productores, y *c)* la familia agricultora realiza una actividad muy diversificada y está conectada con los contratantes no sólo de una empresa sino de muchas que se especializan en el procesamiento y el mercadeo de productos dados y en la provisión de ciertos servicios a los productores. Estas diferencias dificultan el pronóstico de la conversión rápida de la organización de la manufactura agrícola en una organización semejante a la industria. Sobre todo porque, como hemos señalado, la granja industrial se liga a menudo con la organización antes descrita.

La existencia de granjas familiares individuales en países de sistema económico directivo ha introducido a ese sistema los elementos de las relaciones interactivas entre la agricultura y otras divisiones de la economía nacional. Es cierto que estos elementos se debilitan por el sistema de las entregas obligatorias, la distribución administrativa de la producción escasa (la posesión de medios suficientes no basta para su compra, sino que necesariamente es también una decisión administrativa), y varias regulaciones gubernamentales que hacen obligatorias ciertas actividades para los agricultores. Sin embargo, mientras haya elementos de interacción, la organización de la manufactura agrícola basada en el sistema contractual debe continuar. Una diferencia esencial aquí es que el agricultor trata en realidad con los agentes de una gran organización monopólica de la que además depende en esferas extraeconómicas, sobre todo en la administrativa y la política. Las cooperativas rurales, los organismos locales autónomos y las asociaciones profesionales de ayuda mutua entre los agricultores se convierten en agencias de esta organización.

Se sigue de lo anterior que la organización de la agricultura

sobre bases de manufactura posee posibilidades considerablemente mayores en estas condiciones para subordinar a los productores y crear formas avanzadas de integración vertical.

Transformación de la organización social rural en perspectiva

Es una opinión muy extendida la de que el modo industrial de producción predominará en la agricultura del futuro. Y que, en consecuencia: *a)* los bienes agrícolas se producirán en grandes unidades de organización por fuerzas de trabajo profesionalmente diferenciadas; *b)* la familia rural perderá sus funciones productivas, las que hasta ahora han determinado sus características específicas en relación con la familia urbana, y *c)* desaparecerá la base de la distinción entre la comunidad urbana y la rural, y surgirán asentamientos que sólo difieran en el tamaño y en el grado de intensidad de una función u otra. El razonamiento de este ensayo no niega ni confirma la posición anterior, aunque reconoce una dirección común de cambio en general. Esto surge con seguridad del hecho de que el crecimiento económico se está observando por todas partes del globo, aunque a tasas diferentes y con interrupciones provocadas por la guerra y los disturbios políticos. Sin embargo, al afirmar la existencia de una dirección general de cambio en la organización social rural debe hacerse hincapié en el polimorfismo de este cambio. Esto se sigue fundamentalmente del nivel del desarrollo económico y social, expresado sobre todo en el grado de industrialización, que determina las estructuras demográficas y ocupacionales al igual que el nivel cultural de la población. Conectada con el nivel de desarrollo económico se encuentra la organización social rural, que provee un fundamento adicional para la nueva transformación. En segundo lugar tenemos el carácter del sistema económico en conjunto, y la naturaleza y la dirección de la industrialización, así como de los lazos existentes entre la producción, la distribución y el consumo, de extraordinaria importancia aquí, aunque determinados en gran medida por los factores antes mencionados.

Por supuesto, no son éstos los únicos factores, ni siquiera los únicos factores importantes, en el marco total de la transformación de la organización de la agricultura. Pero ocupan lugar prominente y se mencionan sobre todo cuando se describe el polimorfismo del cambio. Surge el interrogante: ¿qué diremos de las perspectivas? El tipo industrial (tal como aquí lo definimos) es el más esperado, pero como una gran empresa industrial, basada en el trabajo asalariado en la forma prevaleciente hoy, conserva en muchos países vestigios considerables de una

economía feudal. Además representa un tipo de producción de habilidad relativamente baja con pocas probabilidades de desempeñar un papel dominante en el futuro. Parece paradójico que la tecnología moderna, al elevar la productividad de la granja familiar con rapidez excepcional, y al crear la posibilidad de que una familia opere una granja de tamaño óptimo para muchas ramas de la producción agrícola, deba constituir la base de la expectativa de que la granja familiar continuará existiendo en el futuro. Pero estas granjas se ligarán con la organización de la producción sobre la base de la manufactura, la que con seguridad adquirirá en el futuro una forma más definida y una estructura más estable. Otras formas de organización de la producción agrícola, la granja latifundista y la granja tradicional de la familia campesina (para no hablar de las reliquias precampesinas de la economía grupal), están pasando al olvido con el desarrollo económico.

Como antes vimos, la agricultura colectiva es una forma de transición que aparece particularmente como consecuencia de la reforma agraria, o cuando hay un intento por subordinar a los productores agrícolas a las necesidades de la industrialización. Esta forma, que desempeña papeles distintos según las características del sistema y las condiciones, conduce a una moderna agricultura familiar, a la agricultura industrial, o a formas de organización intermedias. Sin embargo, debido a las dificultades sociales relacionadas con la agricultura colectiva, con diversos conflictos, resulta difícil el pronóstico de su futuro. Es posible que surjan sobre sus bases nuevas formas autónomas de organización de los productores conectadas con la agricultura de tipo industrial que hagan más atractiva la agricultura colectiva. No hay duda alguna de que esta forma aparecerá también en el futuro cuando se trate de explotar tierras nuevas y cuando se haga una inversión centralizada en la agricultura. Aunque la consideramos una forma de transición, puede desempeñar un papel positivo.

La conversión de la forma de organización de la producción agrícola induce muchos cambios sociales recíprocamente condicionantes. Son cambios en el tipo de productor agrícola, y hay también aquí una transición de la familia trabajadora en la dirección de los productores calificados (en varias especializaciones) y de los organizadores. El tipo del futuro especialista agrícola se circunscribe por la variabilidad de las formas de organización de la producción, pero el nivel de calificación está aumentando sin duda. La desemejanza de las formas de organización de la producción reacciona también sobre el sistema social, especialmente sobre el sistema de estratificación vocacional y sobre los canales y la intensidad de la movilidad social, pero también sobre la función productiva de la granja familiar (que

en general declinará), sobre las normas y los hábitos sociales locales, sobre su proximidad a la sociedad de tipo urbano.

Por último, las formas de organización social rural se conectan, como determinantes recíprocos, con la organización social global. Pueden preverse lazos entre la agricultura y el sistema económico general, y por ende la integración total de la población agrícola en el conjunto del sistema social. El surgimiento de esferas distintas de actividad de las empresas industriales-agrícolas, que conecten la granja familiar con el sistema de productores y servicios industriales, también puede esperarse. Tales esferas constituirán puentes entre la agricultura y las formas de organización adecuadas para ellas, y otras ramas de la economía.

Sin embargo, las direcciones del cambio indicadas aquí no proveen una imagen de una organización social uniforme, mundial, de la agricultura. Las variadas formas de organización, las condiciones que adaptan distintos contenidos sociales a estas formas, y los diversos sistemas con que estas formas se encuentran en simbiosis, proyectan la necesidad de considerar la organización social de la agricultura en el futuro por lo menos tan polimórfica como ahora. Tampoco se excluye que el desarrollo técnico futuro de la agricultura confunda básicamente nuestro pronóstico. Pero tal cambio, no compatible con nuestras previsiones, proyectaría nuevos problemas de organización fundamentales para el conjunto de la sociedad, entre los cuales el cambio de la organización rural sólo constituiría una parte pequeña de la cuestión de poner en movimiento fuentes y direcciones nuevas del cambio.

Referencias

Chayanov, A. V. (1925), *Organizatsiya krest'yanskogo khozyaistva*. Traducido como *The Theory of Peasant Economy*, D. Thorner, R. E. F. Smith y B. Kerblay (comps.), Irwin, 1966.

Galeski, B. (1967), "Typy uprzemyslowienia", *Studia Socjologiczne*, vol. 4, núm. 27, Ossolineum, Wroclaw.

Markowska, D. (1964), *Rodzina w srodowisku wiejskim*, Ossolineum, Wroclaw.

Schiller, O. (1966), *Gemeinschaftsformen im landwirtschaftlichen Produktionsbereich*, DLG Verlag, Frankfurt.

Sorokin, P. A., C. C. Zimmerman y C. J. Galpin (1965), *A Systematic Source Book in Rural Sociology*, Russell & Russell.

Znaniecki, F. (1938), "Socjologiczne podstawy ekologii ludzkjiej", *Ruch Prawniczy, Ekonomiczny i Socjologiczny*, voy. 18, Varsovia.

Segunda Parte

EL CAMPESINADO COMO UNA ECONOMÍA

En la segunda parte describimos los procesos de producción, intercambio y consumo típicos de las estructuras sociales donde la granja familiar campesina y la aldea campesina constituyen las unidades principales de la integración social. La contribución de Dumont abre esta parte considerando la agricultura como el "pilar" de la economía campesina. Luego Kerblay examina la contribución de Chayanov al análisis de la familia campesina como una unidad económica fundamental. La división social del trabajo, en el sentido amplio que le asignó Adam Smith (1776), es la clave para el entendimiento del desarrollo y el cambio estructural en las economías campesinas. Nash examina algunos de sus aspectos en el análisis de los mercados campesinos, Robinson lo hace en su descripción de los artesanos campesinos, y Galeski en su examen de la agricultura y su profesionalización. (También sería aplicable aquí la contribución de Franklin que aparece en la primera parte.) Nash examina también algunos de los mecanismos de la igualación económica que ocasionalmente obstruyen la polarización económica y tratan de lograr el desarrollo capitalista de las economías campesinas. El artículo de Thorner trata de colocar la economía campesina en un contexto histórico; tanto Kerblay como Thorner subrayan el carácter específico de la economía campesina. Véase el punto de vista contrario en Ortiz (p. 288) y en la bibliografía complementaria. La mano de obra agrícola y el desarrollo de la moderna agricultura capitalista y/o en gran escala se examina por lo menos en parte en las contribuciones de Feder y Galeski, respectivamente, en la primera parte. Un tema importante que por desgracia omitimos aquí por falta de espacio es el lugar del dinero, el crédito pequeño y la usura en la economía campesina.

La economía política constituye uno de los aspectos principales de la vida social campesina y es una dimensión importante, en muchos casos fundamental, de su desarrollo. Forma también un eslabón entre el tema de esta parte, la anterior y la siguiente. Entendemos por economía política la dominación del hombre por el hombre gracias al control de los medios de producción y distribución. La cuestión de la tenencia de la tierra en las sociedades campesinas es decisiva en este sentido. A falta de un tratamiento conciso de este tema, las contribuciones de Feder y Pearse en la primera parte y el análisis de Dore en la quinta parte

proveen parcialmente un sustituto. En este marco, el estudio de Preobrazhensky que completa la segunda parte presenta un análisis que todavía es válido en cuanto a las alternativas abiertas al Estado y a las secciones urbanas de la población en sus relaciones con el campesinado en periodos anteriores de la industrialización.

REFERENCIA

Smith, A. (1776), *La riqueza de las naciones*, México, FCE, 1958.

11. LA AGRICULTURA COMO TRANSFORMACIÓN DEL AMBIENTE RURAL POR EL HOMBRE *

René Dumont

EL OBJETIVO principal de la agricultura puede definirse como sigue: proveer a la humanidad de alimentos y de materias primas de origen animal o vegetal (Dumont, 1949). Es evidente que algunos de estos requerimientos pueden proveerse en otras formas y que el primer modo de subsistencia fue simplemente la recolección de los frutos de la naturaleza salvaje. Hoy la pesca es todavía un recurso muy valioso, y junto con la caza constituye todavía el pilar de ciertas economías primitivas. Todavía en 1936 había una anciana campesina de Murols, en la Auvernia, que recogía avellanas silvestres de los setos, las descascaraba y, tras de dos meses de trabajo en sus ratos de ocio, producía tres o cuatro litros de aceite "silvestre". Su única concesión al progreso era el uso de una vieja prensa mecánica. Habrá pocos de nosotros que nunca hayamos recolectado fresas silvestres, arrancado dientes de león de las praderas en la primavera, o setas de los bosques en el otoño. A menudo hemos imitado el ejemplo de la vieja campesina, sin saberlo, como Monsieur Jourdain.

La diferencia entre la mera recolección y la agricultura consiste en que esta última trata de modificar el ambiente natural para lograr las condiciones más favorables posibles para diversas especies útiles de plantas y animales cuya utilidad aumenta además por un proceso consciente de selección. La agricultura atempera los extremos del clima; con el riego el agricultor lucha contra la aridez; abriga a sus animales y protege sus hortalizas con marcos y vidrios del viento y el frío. Sobre todo, la agricultura modifica el suelo. Al revés del clima, el suelo no debe considerarse como parte de la dotación natural de una región; la única excepción es el caso de ciertos suelos vírgenes que han conservado su vegetación original de zacate o bosque y que han previsto la base para la clasificación de los suelos. Nuestros propios suelos son muy artificiales. En muchos casos han sido trabajados con arado y rastrillo durante miles de años, corregidos por sus deficiencias y enriquecidos con estiércol y toda clase de fertilizantes, naturales y artificiales.

* Extractado de René Dumont, *Types of Rural Economy: Studies in World Agriculture*, Associated Book Publishers Ltd., 1957, pp. 1-9. Traducción al inglés de D. Magnin.

La ciencia agrícola es la consultora del agricultor práctico. Su dominio es todo el conjunto de vida orgánica utilizada por el hombre. Incrementa la productividad de las especies útiles mediante métodos de selección que una vez fueron empíricos pero ahora descansan cada vez más en la ciencia de la genética. Transforma las condiciones de vida y, más particularmente, la alimentación de los animales. En consecuencia, puede estimarse la etapa de desarrollo de cualquier economía rural advirtiendo el grado en que el ambiente natural se ha cambiado y las técnicas utilizadas para tal fin.

En una región desarrollada en forma extensiva las características originales sólo se han modificado ligeramente y todavía son muy evidentes. En el caso de una economía pastoral, donde los animales comen —y concentran— el producto natural de los pastizales, no hay ninguna modificación, y la hay muy escasa aun en los pastos permanentes de Europa Occidental, a los que se aplica a menudo, con justa razón, el término de "naturales"; en realidad, como ocurre todavía con demasiada frecuencia en Normandía,[1] los métodos racionales de administración, con fertilización y otras formas de mejoramiento, están en general por desgracia ausentes. Mientras el suelo no se trabaje en realidad los pastizales permanentes siguen siendo en efecto tierras de pastos naturales; así pues, en sentido estricto, no es una forma de la agricultura, cuyos símbolos son el arado y la "preparación", el campo labrado.

Ahora examinaremos las distinciones que suelen hacerse entre los dos métodos principales de elevación de la productividad agrícola. La intensificación persigue sobre todo altos rendimientos, aunque sean éstos costosos en términos de mano de obra y de mantenimiento del capital representado por el suelo (mediante semillas mejoradas, fertilizantes, etcétera, que modifican los procesos biológicos). Este es el método que debe aplicarse con urgencia en áreas sobrepobladas donde la consideración primordial es el incremento de la productividad del factor escaso, o sea de la tierra. El suelo se cultiva repetidamente y con tanto cuidado que los implementos más comunes son a menudo el rastrillo y el azadón; la tierra se abona abundantemente y los recursos acuíferos se manejan con cuidado. El resultado neto es una tierra muy modificada; se encuentra un buen ejemplo de un sistema intensivo de este tipo, con altos rendimientos por unidad de área, en un típico huerto comercial, donde el clima es completamente artificial y el suelo se transforma por adiciones masivas de sustancias fertilizantes. Pueden observarse las mismas prácticas, aunque en grado menor, en las huertas españolas; pero aquí el clima es extremadamente favorable.

[1] En Normandía se clasifican por separado los pastos "cultivados", es decir, fertilizados.

En el otro extremo de la escala la mecanización trata de reducir la mano de obra y aumentar su productividad. En cada tipo de operación, incluido el cultivo y la cosecha, la energía humana se remplaza en la mayor medida posible por el trabajo de los animales y la energía de las máquinas. La herramienta manual es sustituida por el implemento motorizado. La cosechadora combinada realiza todo el trabajo que antes se ejecutaba con guadaña y hoz, mayal y canasta de aventar. Este tipo de mecanización es especialmente necesario en las regiones poco pobladas como los "países nuevos" porque, contra lo que ocurre en general en otras partes, estas regiones sufren a veces de escasez de hombres que trabajen la tierra, y el atributo especial de la máquina consiste en su incremento de la producción diaria por trabajador de la granja. [...]

Ya sea en la granja, la hacienda o la colectividad, es el esfuerzo individual el que, por su trabajo sobre la tierra —presente y pasado— aprovecha las fuerzas de la naturaleza para su beneficio. Pero en su mayor parte la agricultura es todavía el dominio de la empresa familiar y por lo tanto la realiza una gran multitud de unidades productivas muy dispersas, algunas de ellas pequeñas y muchas en verdad muy pequeñas. La provisión de maquinaria es así inherentemente más difícil y costosa que en la industria manufacturera, donde existe la tendencia a la concentración siempre creciente, mientras que el uso discontinuo del equipo agrícola agrava el contraste aún más.

En algunos tipos de economías avanzadas, tanto capitalistas como colectivistas, está aumentando la escala de la empresa agrícola, aunque con mayor rapidez en unas áreas que en otras. Esta es una tendencia importante; generalmente va acompañada de la introducción de un volumen apreciable de maquinaria, y la agricultura se pone así a la par de la industria manufacturera en ciertos aspectos importantes. En consecuencia, al ocuparnos de un tipo particular de agricultura daremos alguna indicación del tamaño medio de las explotaciones involucradas. Por ejemplo, en el mundo capitalista es la regla la empresa familiar, y ésta da pruebas amplias de vitalidad cuando no hay escasez de espacio ni de capital, como ocurre en los Estados Unidos.

La unidad agrícola opera en el contexto de un sistema legal que regula la apropiación y la disposición de los diversos factores productivos, incluida la tierra. Determina también la relación del agricultor con el prestamista, el banquero o el financiero y, si no es suya la tierra, con el terrateniente. La legislación puede ayudar u obstruir la modernización y el equipamiento del campo, pero es notoriamente lenta para ajustarse a los desarrollos técnicos, de modo que raras veces resulta de gran ayuda. Describiremos en términos generales algunas de las condiciones legales que propician la agricultura progresista.

La ciencia agrícola es la consultora del agricultor práctico. Su dominio es todo el conjunto de vida orgánica utilizada por el hombre. Incrementa la productividad de las especies útiles mediante métodos de selección que una vez fueron empíricos pero ahora descansan cada vez más en la ciencia de la genética. Transforma las condiciones de vida y, más particularmente, la alimentación de los animales. En consecuencia, puede estimarse la etapa de desarrollo de cualquier economía rural advirtiendo el grado en que el ambiente natural se ha cambiado y las técnicas utilizadas para tal fin.

En una región desarrollada en forma extensiva las características originales sólo se han modificado ligeramente y todavía son muy evidentes. En el caso de una economía pastoral, donde los animales comen —y concentran— el producto natural de los pastizales, no hay ninguna modificación, y la hay muy escasa aun en los pastos permanentes de Europa Occidental, a los que se aplica a menudo, con justa razón, el término de "naturales"; en realidad, como ocurre todavía con demasiada frecuencia en Normandía,[1] los métodos racionales de administración, con fertilización y otras formas de mejoramiento, están en general por desgracia ausentes. Mientras el suelo no se trabaje en realidad los pastizales permanentes siguen siendo en efecto tierras de pastos naturales; así pues, en sentido estricto, no es una forma de la agricultura, cuyos símbolos son el arado y la "preparación", el campo labrado.

Ahora examinaremos las distinciones que suelen hacerse entre los dos métodos principales de elevación de la productividad agrícola. La intensificación persigue sobre todo altos rendimientos, aunque sean éstos costosos en términos de mano de obra y de mantenimiento del capital representado por el suelo (mediante semillas mejoradas, fertilizantes, etcétera, que modifican los procesos biológicos). Este es el método que debe aplicarse con urgencia en áreas sobrepobladas donde la consideración primordial es el incremento de la productividad del factor escaso, o sea de la tierra. El suelo se cultiva repetidamente y con tanto cuidado que los implementos más comunes son a menudo el rastrillo y el azadón; la tierra se abona abundantemente y los recursos acuíferos se manejan con cuidado. El resultado neto es una tierra muy modificada; se encuentra un buen ejemplo de un sistema intensivo de este tipo, con altos rendimientos por unidad de área, en un típico huerto comercial, donde el clima es completamente artificial y el suelo se transforma por adiciones masivas de sustancias fertilizantes. Pueden observarse las mismas prácticas, aunque en grado menor, en las huertas españolas; pero aquí el clima es extremadamente favorable.

[1] En Normandía se clasifican por separado los pastos "cultivados", es decir, fertilizados.

En el otro extremo de la escala la mecanización trata de reducir la mano de obra y aumentar su productividad. En cada tipo de operación, incluido el cultivo y la cosecha, la energía humana se remplaza en la mayor medida posible por el trabajo de los animales y la energía de las máquinas. La herramienta manual es sustituida por el implemento motorizado. La cosechadora combinada realiza todo el trabajo que antes se ejecutaba con guadaña y hoz, mayal y canasta de aventar. Este tipo de mecanización es especialmente necesario en las regiones poco pobladas como los "países nuevos" porque, contra lo que ocurre en general en otras partes, estas regiones sufren a veces de escasez de hombres que trabajen la tierra, y el atributo especial de la máquina consiste en su incremento de la producción diaria por trabajador de la granja. [...]

Ya sea en la granja, la hacienda o la colectividad, es el esfuerzo individual el que, por su trabajo sobre la tierra —presente y pasado— aprovecha las fuerzas de la naturaleza para su beneficio. Pero en su mayor parte la agricultura es todavía el dominio de la empresa familiar y por lo tanto la realiza una gran multitud de unidades productivas muy dispersas, algunas de ellas pequeñas y muchas en verdad muy pequeñas. La provisión de maquinaria es así inherentemente más difícil y costosa que en la industria manufacturera, donde existe la tendencia a la concentración siempre creciente, mientras que el uso discontinuo del equipo agrícola agrava el contraste aún más.

En algunos tipos de economías avanzadas, tanto capitalistas como colectivistas, está aumentando la escala de la empresa agrícola, aunque con mayor rapidez en unas áreas que en otras. Esta es una tendencia importante; generalmente va acompañada de la introducción de un volumen apreciable de maquinaria, y la agricultura se pone así a la par de la industria manufacturera en ciertos aspectos importantes. En consecuencia, al ocuparnos de un tipo particular de agricultura daremos alguna indicación del tamaño medio de las explotaciones involucradas. Por ejemplo, en el mundo capitalista es la regla la empresa familiar, y ésta da pruebas amplias de vitalidad cuando no hay escasez de espacio ni de capital, como ocurre en los Estados Unidos.

La unidad agrícola opera en el contexto de un sistema legal que regula la apropiación y la disposición de los diversos factores productivos, incluida la tierra. Determina también la relación del agricultor con el prestamista, el banquero o el financiero y, si no es suya la tierra, con el terrateniente. La legislación puede ayudar u obstruir la modernización y el equipamiento del campo, pero es notoriamente lenta para ajustarse a los desarrollos técnicos, de modo que raras veces resulta de gran ayuda. Describiremos en términos generales algunas de las condiciones legales que propician la agricultura progresista.

Cada granja individual es condicionada por su contexto económico y social. Los fertilizantes, tractores y máquinas son los productos de industrias muy organizadas, caracterizadas por el uso eficiente de la mano de obra y los métodos de producción en masa, que cuentan con todos los recursos de la tecnología moderna. Así pues, aparte del ambiente natural de una región, su grado de industrialización sobresale como el criterio más importante en toda evaluación de su futuro agrícola. Aparte por completo del hecho de que fabrica equipo para su venta al agricultor, la industria derriba las barreras de la autosuficiencia y acelera la transición hacia una economía comercial al crear en su fuerza de trabajo un mercado para la producción agrícola que, salvo en los periodos de depresión, tiene suficiente poder de compra.

Una región industrial que ya ha amasado un gran fondo de capital puede continuar con mayor facilidad su acumulación de riqueza. Además, los incrementos se acumulan en general con mayor rapidez en la industria manufacturera y el comercio que en la agricultura, donde los rendimientos marchan a ritmo lento con las estaciones. Así pues, mientras que los métodos de tiempos antiguos exigían sobre todo un duro trabajo manual, hoy el agricultor necesita las herramientas modernas de su actividad, pero casi inevitablemente carece de medios para comprarlas, y éste es el obstáculo más poderoso que obstruye el camino hacia el progreso rápido. La tierra carece raras veces de manos, pero muy a menudo no tiene capital ni máquinas.

La densidad demográfica es otro elemento importante en nuestro análisis. Cuando la densidad es elevada, la ley de los rendimientos decrecientes impide la necesaria intensificación de la producción a menos que constantemente evolucionen y se apliquen técnicas mejores, pero esto ocurre raras veces en los países subdesarrollados, donde la investigación y la educación tienen un campo limitado. En áreas tales como España y el Lejano Oriente, donde la industrialización se encuentra todavía en una etapa muy temprana, existe el problema de encontrar ocupación útil para la mano de obra superabundante en el campo, donde la baja productividad constituye muy a menudo la regla general.

Cuando la densidad demográfica es muy baja, el problema del desarrollo rápido consiste en encontrar cantidades enormes de equipo con la mayor rapidez posible. Pero esto no siempre es viable, y siempre se corre el riesgo de que los materiales se apliquen mal o se usen en forma ineficiente, como puede ocurrir con facilidad, por ejemplo, en la administración de los servicios de transporte.

El sistema educativo desempeña también un importante papel, y en este sentido son de particular importancia los niveles de adiestramiento profesional, porque la agricultura intensiva demanda un nivel de competencia muy alto para alcanzar el éxito. Mientras que una empresa grande sólo necesita llenar un número pequeño de puestos clave, la proporción de hombres muy calificados necesita ser mucho mayor cuando cada granjero es el administrador de su propia empresa familiar pequeña.

Cuando se hayan considerado en su turno todos estos factores surgirá una imagen clara de las condiciones en que debe operar el agricultor, y en esa coyuntura convendrá estudiar los rasgos generales de sus técnicas de producción; en una reseña general como ésta no podemos ocuparnos de los detalles de sus métodos. Pero trataremos de clasificar diversos sistemas de acuerdo con su grado de intensidad, con acento particular en las mejoras permanentes, como los programas de drenaje o riego, en la frecuencia del uso del suelo, y sobre todo en los métodos de fertilización.

En algunos casos no se hace ningún intento de fertilización del suelo, y se encuentran ejemplos de este descuido en muchas sociedades primitivas y aun a veces en las que se consideran generalmente "civilizadas", aunque aquí este adjetivo difícilmente parece adecuado. La etapa siguiente ocurre cuando se practica la fertilización en forma esporádica; su valor casi no se entiende, y existe sobre todo como un método conveniente a disposición de los desperdicios. En la etapa final se practica el enriquecimiento del suelo, en una forma u otra, de modo consciente y por su propio valor. Sin embargo, mientras el transporte siga siendo difícil y caro, sólo se afectará la tierra de la vecindad inmediata de la casa. La primera clase de fertilizante que se emplea suele ser el residuo de las cenizas de la cocina, y sólo después se aprecia plenamente el valor del contenido de las letrinas, las evacuaciones animales y los restos de las plantas, disponibles en la propia granja. La etapa más avanzada de todas se alcanza cuando los fertilizantes se traen del exterior de la granja, sobre todo cuando son el producto de un proceso fabril, como ocurre con los fertilizantes químicos.

El grado de mecanización de una economía se indica por la proporción relativa de trabajo hecho a mano, por los animales, y por las máquinas, respectivamente. Una pequeña proporción de trabajo manual indica obviamente una etapa avanzada de desarrollo. En un sistema primitivo el hombre es la bestia de carga, pero más tarde se convierte en el director de las operaciones, conduciendo el tractor que jala o conduce la maquinaria; además, la eficiencia de la maquinaria en la realización de sus funciones altamente especializada está mejorando continuamente. Al mismo tiempo aumenta la necesidad de equipo y se añaden nuevos avances al trabajo del pasado.

Cuanto mayor sea su mejoramiento del ambiente físico mayor será la libertad del hombre al escoger las plantas que desea

cultivar. Habiendo incrementado el volumen y la confiabilidad de los rendimientos de los cultivos, el hombre puede también ampliar su lista de animales domésticos. Así que, técnicamente, puede seleccionar la combinación precisa que desee obtener[2] entre un gran número de actividades posibles. En otras palabras, escoge un "tipo" de agricultura o ganadería,[3] y la descripción de estos tipos, junto con sus variables tasas de desarrollo, constituye parte integral del estudio de las diversas formas de economía rural a que corresponden.

En la agricultura de subsistencia, donde nada se trae de fuera, hay generalmente una variedad aún mayor de productos que en el tipo primitivo de la economía, donde un amplio conjunto de necesidades se satisface mediante la recolección más bien que mediante la agricultura. De igual modo, la agricultura de subsistencia es más variada que la moderna agricultura comercial, que ha surgido gracias a los avances en las comunicaciones y los métodos de distribución, aunque la eficiencia de estos últimos resulta más dudosa. La agricultura comercial está en libertad para especializarse en uno o varios de los productos mejor adaptados a las condiciones generales.

Una vez que se han seleccionado ciertos cultivos, a menudo se cultivarán en la misma tierra año tras año, y la forma de la rotación tratará de hacer la labranza y la fertilización lo más convenientes y económicas posibles. La secuencia de remolacha, trigo y cebada, por ejemplo, representaba la rotación básica practicada en el norte de Francia durante la última parte del siglo XIX y la primera del XX. Por otra parte, la utilización de la tierra es la proporción de un área dada destinada a cada cultivo: diez hectáreas de remolacha, diez de trigo y diez de cebada en 1953-1954, por ejemplo.

El tipo de cultivo, el sistema de rotación y la utilización de la tierra son los criterios adecuados para la clasificación de las modernas economías rurales. Cuando se balancean adecuadamente propician la conservación del suelo y evitan los extremos de las demandas de mano de obra estacional. Sin embargo, en alguna época no se cultivaba continuamente la misma tierra, y aun hoy en algunas áreas atrasadas están separados los periodos de cultivo por largos intervalos de barbecho. Así pues, el cultivo puede ser continuo o intermitente, y la primera clase caracteriza a todos los tipos más avanzados de agricultura, excepto en las regiones semiáridas.

Sobre todo en Africa y Asia la cría de animales está todavía a cargo de pastores nómadas que no practican ninguna forma

[2] Pero es obligado cada vez más a producir a los costos más bajos posibles por factores económicos.

[3] Bergmann las define en términos de: tipo del producto (vegetal y animal) y factores productivos empleados (tierra, mano de obra, capital).

de agricultura. Sólo recurren a los pastos naturales y a las migraciones estacionales en áreas donde el régimen climático limita el crecimiento de las plantas a ciertas épocas del año. Tal economía se hace más intensiva a medida que aumenta su interés por la producción de cultivos; sus animales proveen entonces energía para la labranza de la tierra y estiércol para su fertilización.

Tal sistema es más productivo y ciertos bienes abundantes en una época del año pueden almacenarse para usarlos cuando sea necesario, por ejemplo el heno, montones de hojarasca y muchos otros materiales recogidos en el bosque, la estepa, el chaparral o las bajas tierras cenagosas. En seguida pueden separarse ciertos campos para el ganado y llegar a convertirse en praderas permanentes. Sin embargo, esto puede constituir un retroceso porque a menudo se asocia a una disminución de la productividad.

Pero la introducción de zacates, tubérculos y diversas clases de forrajes como cultivos de rotación, representa siempre un adelanto muy real, aunque aun aquí, como en el caso de la producción directa de alimentos, la intensidad del sistema dependerá de la proporción de la tierra que se cultive y fertilice. Más tarde, los cultivos forrajeros se complementarán con la compra de alimentos —sobre todo subproductos industriales y a menudo ricos en proteínas— como la harinolina, el salvado y los desperdicios. Por último se usan diversas sustancias, como las sales minerales y las vitaminas, aconsejadas por la ciencia moderna. Una vez que se alcanza esta etapa puede iniciarse sin peligro la crianza selectiva, porque si bien son más delicados los animales finos, el ganadero se encuentra ahora en posición de darles el cuidado y la atención que necesitan. Estas técnicas de crianza selectiva y cultivo de forrajes en gran escala empezaron a aplicase durante el siglo XVIII primero en Inglaterra y luego en el resto de Europa Occidental (Veyret, 1951).

Excepto en sus formas muy especializadas —como la cría de cerdos y la avicultura, que dependen casi por completo de las compras de alimentos—, la ganadería es generalmente una parte integral del tipo moderno del sistema agrícola. Por supuesto, el volumen de la población animal determinará el de los cultivos forrajeros que deberán sembrarse y el monto de las reservas necesarias para salvar la estación del crecimiento restringido de las plantas. Aparte de la zona ecuatorial, un sistema moderno de agricultura intensiva debe alimentar a una alta densidad de animales para satisfacer la creciente demanda de carne y derivados de la leche proveniente de los países más avanzados e industrializados. La medida en que un sistema agrícola satisfaga esta necesidad nos permitirá evaluar su etapa de desarrollo. En varias ocasiones nos hemos pronunciado claramente en contra de

las regiones que no siguen este patrón (densidad de ganado demasiado baja en la cuenca de París, por ejemplo).

Las diversas formas en que se desarrollan los diferentes tipos de agricultura y la proporción en que se emplean los diversos factores productivos se traducen en niveles distintos de productividad. La eficacia de un tipo dado no puede medirse con exactitud, pero pueden hacerse estimaciones en términos del rendimiento por unidad de área o del rendimiento por día de trabajo (productividad de la mano de obra). El número de días de trabajo requeridos para producir cierta cantidad de un cultivo dado puede emplearse como base de comparación entre las diversas clases de economía rural, y la unidad más representativa es el quintal de grano.[4] Pero sólo las grandes diferencias entre los índices así obtenidos tienen importancia.

En una economía moderna la agricultura puede alimentar a un gran número de personas empleando una fuerza de trabajo relativamente pequeña,[5] pero aunque este rasgo es característico de los países avanzados, lo contrario lo es de las economías primitivas. Excepto en países como Inglaterra, que importan grandes cantidades de alimentos, la eficiencia de la agricultura de un país guarda una relación inversa con la proporción de la fuerza de trabajo empleada en la tierra. Pero esto sólo es cierto si el suelo no se está explotando con derroche. Otra característica de la agricultura moderna, y de la agricultura especializada en particular, es que la mayor parte del producto se envía al mercado. Por otra parte, en una economía primitiva consume casi todo el propio productor.

Referencias

Dumont, R. (1949), "Observations monographiques sur quelques fermes et communes de France", *Bulletin de la Société française d'Economie Rurale*.

Veyret, P. (1951), *La géographie de l'élevage*, París.

[4] Esto no implica, como algunos han sugerido sin probarlo, que el progreso técnico se limite a este tipo de producto.

[5] Los productos alimenticios representan cerca del 80 % del valor de la producción agrícola mundial. Pero también deben tomarse en cuenta las materias primas industriales, y sobre todo los textiles, para obtener una imagen correcta de la productividad agrícola total.

12. CHAYANOV Y LA TEORÍA DEL CAMPESINADO COMO UN TIPO ESPECÍFICO DE ECONOMÍA *

Basile Kerblay

Durante varios decenios después de su creación en el decenio de 1870 la administración provincial rusa *(zemstva)* realizó una serie de encuestas detalladas del campesinado, publicada en más de 4 mil volúmenes. Basada en esta abundante literatura surgió una floreciente escuela de economistas agrícolas que siguieron desempeñando un papel influyente en Rusia hasta el final de la NPE en los años veinte. Su objetivo principal era ayudar al campesinado a modernizar sus técnicas agrícolas. Por oposición a populistas y marxistas, que veían el problema agrario en términos de relaciones de propiedad, los miembros de esta escuela creían que la redistribución de la tierra era un remedio insuficiente (e implicaba una rebelión social cuyas consecuencias no podían pronosticarse). Hacían hincapié en la necesidad de transformar la organización entera de la agricultura campesina mediante una serie de innovaciones esencialmente "occidentales", como las cooperativas, la selección del ganado y el uso de fertilizantes, etcétera. Por eso se les llamó miembros de "la escuela de la organización y la producción". Entre ellos se encontraban A. Chelintsev, A. Chayanov, N. Makarov y muchos más.

Kossinsky (1906, p. 165)[1] y Brutskus (1913) fueron los primeros miembros de ese grupo que compararon la economía campesina y la capitalista más en el plano de la teoría económica que en el plano político.

Pero correspondió al genio de Chayanov la formulación, basada en datos de la *zemstva*, de la teoría de una economía campesina específica (es decir la de propiedad campesina pero sin mano de obra contratada) como sistema económico *sui generis*. Trató de demostrar que debía añadirse a las categorías y los modos de producción distintos reconocidos por Marx (esclavitud, feudalismo, capitalismo, socialismo) una más: la economía campesina.

* Ensayo original.

[1] "El campesino, que provee al mismo tiempo la tierra y la mano de obra, no diferencia el valor creado en el proceso de producción en los costos de producción y valor excedente. Todo el valor así creado regresa a él para usarse como un todo y es el equivalente de los salarios y el valor excedente del capitalista. A esto se debe que la idea del valor excedente y del interés sobre el capital le resulte extraña. Considera su ingreso neto como el producto de su propio trabajo."

Alexander Vasil'evich Chayanov era hombre de variados intereses. No escribió sólo en el campo de la economía y la sociología rural, sino también en el del arte, la historia y la literatura.[2] Después de la Revolución fue director del Instituto de Economía Agrícola. Pero a medida que la política agrícola soviética avanzaba hacia una colectivización extensa, se le atacó cada vez más como un pequeñoburgués idealizador de la economía campesina y un ideólogo favorable a los *kulaks*. Chayanov fue arrestado en 1930 y murió en 1939.

La principal contribución de Chayanov consistió primero en la elaboración de una teoría del comportamiento campesino a nivel de la granja familiar individual, y luego en la demostración de que al nivel nacional debía considerarse a la economía campesina como un sistema económico por derecho propio, y no como una forma de capitalismo incipiente representada por la producción de bienes en pequeña escala, como aseguraban los marxistas. En opinión de Chayanov las motivaciones campesinas eran distintas de las del capitalista; los campesinos tratan de satisfacer las necesidades de la familia más bien que de obtener ganancias. Por eso en la teoría de Chayanov se asigna un papel central a la noción del balance entre las necesidades de subsistencia y un disgusto subjetivo por el trabajo manual (desutilidad), que determina la intensidad del cultivo y el monto del produto neto.

Chayanov demuestra después que los conceptos de la economía clásica prevalecientes, al igual que la teoría marginalista que explica el comportamiento de un empresario capitalista, no se aplican en una familia campesina que depende sólo del trabajo de los miembros de la familia.[3] En este tipo de agricultura los rendimientos decrecientes del valor del trabajo marginal no obstaculizan la actividad del campesino mientras no se satisfagan las necesidades de su familia, es decir, mientras no se establezca un equilibrio entre las necesidades y lo desagradable de su esfuerzo.

> Todos los principios de nuestra teoría: renta, capital, precio y otras categorías, se han formado en el marco de una economía basada en el trabajo asalariado y la búsqueda de la máxima ganancia... Pero no debemos de ningún modo extender su aplicación a todos los fenómenos de nuestra vida económica. Sabemos que la mayoría de las granjas campesinas de Rusia, China, la India y la mayoría de los Estados no europeos, y aun muchos europeos, no está familiarizada con las categorías del trabajo asalariado y el salario. La teoría económica de la sociedad capitalista moderna es un sistema complicado de categorías económicas inseparablemente conectadas entre sí: precio, capital, salario, interés, renta, que se determinan recíprocamente y son funcionalmente interdependientes. Si un ladrillo se sale de este sistema todo el edificio se derrumba.
>
> En una economía natural la actividad económica humana está dominada por el requerimiento de la satisfacción de las necesidades de una sola unidad productiva que al mismo tiempo es una unidad de consumo; en consecuencia, el presupuesto es aquí *cualitativo* en alto grado... la cantidad sólo puede calcularse aquí considerando la extensión de cada necesidad singular... Por tanto, no puede surgir la cuestión de la rentabilidad comparativa de los diversos gastos, por ejemplo si el cultivo de cáñamo sería más conveniente que el de zacates, porque estos productos vegetales no son intercambiables y no pueden sustituirse uno por otro.
>
> En la granja familiar la familia equipada con medios de producción emplea su fuerza de trabajo en el cultivo del suelo y recibe cierta cantidad de bienes como resultado de un año de trabajo. Una mirada a la estructura interna de la unidad de trabajo basta para advertir que resulta imposible, sin la categoría de los salarios, imponerle la ganancia neta, la renta y el interés del capital como categorías económicas reales en el significado capitalista de estas palabras... Por lo tanto, es imposible aplicar el cálculo capitalista de la ganancia (Chayanov, 1925, pp. 1-5).

Chayanov no consideró válido que se disimulara la falta de salarios imputando valores al trabajo familiar no remunerado. El producto anual menos los gastos es indivisible e indiferenciado. No podría separarse en salarios y otros pagos de factores.

> El producto del trabajo de la familia (el aumento de valor de los bienes materiales que la familia ha adquirido mediante su trabajo durante el año, o en otras palabras: el producto de su trabajo) es la única categoría de ingreso posible para una unidad familiar de trabajo de campesinos o artesanos... La cuantía del producto del trabajo se determina sobre todo por el tamaño y la composición de la familia trabajadora, el número de sus miembros capaces de trabajar, y después por la productividad de la unidad de trabajo y —esto es especialmente importante— por el grado de esfuerzo del trabajo, el grado de la autoexplotación mediante la cual los miembros trabajadores realizan cierta cantidad de unidades de trabajo en el curso del año... Estudios empíricos muy amplios de las granjas campesinas en Rusia y otros países nos han permitido corroborar la tesis siguiente: el grado de autoexplotación se determina por un equilibrio peculiar entre la satisfacción de la demanda familiar y lo desagradable del trabajo mismo... Es obvio que con el aumento

[2] Varios de los estudios de Chayanov se han publicado en alemán, inglés (Chayanov, 1925) y japonés. En ruso hay ocho volúmenes de estudios escogidos de Chayanov: *Oeuvres choisies de A. V. Chayanov* (1967).

[3] Por la misma razón, según Chayanov, los métodos contables usados en esa época en Europa Occidental —véase, por ejemplo, Laur (1904)— no se aplican en las economías débilmente monetizadas como la de Rusia.

> del producto obtenido por el arduo trabajo disminuye la valuación subjetiva de la importancia para el consumo de cada nuevo rublo ganado, pero aumentará lo desagradable del trabajo correspondiente que exigirá una cantidad mayor aún de autoexplotación... En cuanto se alcanza el punto de equilibrio la continuación del trabajo carece de sentido... El tamaño y la composición de la granja, y la urgencia de sus demandas, determinan la evaluación del consumo... La importancia de cada rublo de ingreso bruto para el consumo aumenta en una familia cargada con miembros incapaces de trabajar. Esto propicia el aumento de la autoexplotación de la mano de obra familiar... Así pues, el cálculo aritmético objetivo de la ganancia neta más alta posible en la situación dada del mercado no determina toda la actividad de la unidad familiar: esto se hace por la confrontación económica interna de las *evaluaciones subjetivas* (Chayanov, 1925, pp. 5-7).

El productor campesino aumentará su esfuerzo sólo si tiene razones para creer que así obtendrá un producto mayor que podrá destinar al aumento de la inversión o el consumo, pero no lleva el esfuerzo más allá del punto en que el posible aumento del producto es superado por lo desagradable del trabajo adicional. Por eso se ha llamado equilibrio trabajo-consumo a este mecanismo social. Chayanov demostró que para familias distintas el balance entre la satisfacción del consumidor y la molestia involucrada es afectado por el tamaño de la familia y la razón de los miembros que trabajan a los que no trabajan, y analizó curvas de esfuerzo y curvas de demanda de consumo. Calculó también las condiciones en que la máquina es preferible al trabajo manual para una economía campesina. Subrayó en particular el hecho de que los cálculos de los límites de los posibles mejoramientos de la tierra en las economías campesinas deben tomar en cuenta el costo de la tierra y no el incremento previsible de la renta, porque en una economía campesina los precios convenidos para la compra de la tierra o para los mejoramientos de la tierra no se fijan al nivel representado por la capitalización de la renta como en una economía capitalista. Por eso concluye Chayanov que el alcance práctico de los mejoramientos de la tierra es mayor en una economía campesina que en una capitalista.

En la economía capitalista la tierra y la mano de obra son los factores variables que el empresario trata de combinar para obtener la remuneración máxima de su capital, considerado como un factor fijo. En una economía campesina típica, la mano de obra, proporcional al tamaño de la familia, es el elemento estable que determina el cambio en el volumen del capital y la tierra.

> Para el empresario capitalista la suma de los valores que sirve para renovar la fuerza de trabajo es, desde su punto de vista económico privado, indistinguible de otras partes del capital invertido en la empresa, y es determinado por la categoría objetiva económica nacional de los salarios y por el número de trabajadores requeridos para el volumen particular de la actividad. Éste se determina a su vez por el monto total del capital del empresario (Chayanov, 1925, p. 197).

> Es obvio que la unidad de trabajo familiar considera conveniente la inversión de capital sólo si permite la posibilidad de un nivel más alto de bienestar; de otro modo restablece el equilibrio entre lo desagradable del trabajo y la satisfacción de la demanda (Chayanov, 1925, pp. 10-11).

> Nuestro análisis de la influencia del equilibrio de la granja sobre la circulación del capital en la granja familiar nos permite formular las proposiciones siguientes:
> A cualquier nivel particular de tecnología y en una situación particular de mercado, toda unidad de trabajo familiar capaz de controlar la cantidad de tierra en uso puede aumentar su productividad del trabajo aumentando la tierra hasta cierto nivel óptimo para esta familia. Todo incremento de la intensidad del capital por encima del óptimo aumenta lo desagradable del trabajo y aun reduce su pago ya que, por una parte, el mayor gasto para compensar el capital agotado contrarrestará el efecto útil de la mayor intensificación del capital, y por la otra la realización económica de este capital requiere que la familia agrícola intensifique su trabajo más de lo permitido por el equilibrio de los factores en la granja (Chayanov, 1925, pp. 222-223).

De esta tesis ha derivado una teoría clara de la diferenciación y la movilidad social. Chayanov describió la historia natural de la familia (desde el momento del matrimonio de la joven pareja hasta el crecimiento de los hijos a la edad de trabajar, etcétera) y subrayó la diferenciación demográfica, por oposición al concepto marxista de la diferenciación de clase del campesinado.

> Sólo si observamos a la familia en toda la extensión de su desarrollo, partiendo del nacimiento y terminando en la muerte, podremos entender las leyes básicas de su composición. Si suponemos que un hijo sobreviviente nace cada tercer año en una familia joven, trataremos de explicar cómo la relación entre la fuerza de trabajo familiar y sus demandas de consumo se modifica a medida que la familia se desarrolla (véanse los cuadros).
> Advertimos un incremento rápido de la proporción de consumidores a trabajadores. En el decimocuarto año de existencia de la familia esta proporción alcanza su punto más alto, 1.94. Pero en el decimoquinto año el primer hijo viene en auxilio de los padres cuando ha alcanzado la edad del

semitrabajo, y la razón consumidor-trabajador baja de inmediato a 1.64... En el vigésimo sexto año de existencia de la familia la razón baja a 1.32... Dado que el estímulo básico para la actividad económica de la familia trabajadora es la necesidad de satisfacer las demandas de sus consumidores, y que sus propias manos constituyen el medio principal para lograrlo, es de esperarse ante todo que el volumen de actividad económica de la familia corresponda cuantitativamente más o menos a estos elementos básicos de la composición de la familia (Chayanov, 1925, p. 60).

Cuadro 1. Edades de los miembros de la familia en diversos años

Año de existencia de la familia	*Marido*	*Mujer*	*Edad de los hijos*									*Número de personas*
			1º	*2º*	*3º*	*4º*	*5º*	*6º*	*7º*	*8º*	*9º*	
1	25	20										2
2	26	21	1									3
3	27	22	2									3
4	28	23	3									3
5	29	24	4	1								4
6	30	25	5	2								4
7	31	26	6	3								4
8	32	27	7	4	1							5
9	33	28	8	5	2							5
10	34	29	9	6	3							5
11	35	30	10	7	4	1						6
12	36	31	11	8	5	2						6
13	37	32	12	9	6	3						6
14	38	33	13	10	7	4	1					7
15	39	34	14	11	8	5	2					7
16	40	35	15	12	9	6	3					7
17	41	36	16	13	10	7	4	1				8
18	42	37	17	14	11	8	5	2				8
19	43	38	18	15	12	9	6	3				8
20	44	39	19	16	13	10	7	4	1			9
21	45	40	20	17	14	11	8	5	2			9
22	46	41	21	18	15	12	9	6	3			9
23	47	42	22	19	16	13	10	7	4	1		10
24	48	43	23	20	17	14	11	8	5	2		10
25	49	44	24	21	18	15	12	9	6	3		10
26	50	45	25	22	19	16	13	10	7	4	1	11

FUENTE: Chayanov, 1925, p. 57.

Tomando el área sembrada como medida de la riqueza campesina y del volumen de la actividad económica, Chayanov muestra una dependencia claramente expresada entre el desarrollo de una familia campesina y el tamaño del área sembrada por ella. Se apoya en estadísticas regionales de la evolución de las explotaciones y las familias campesinas entre 1882 y 1911.

> Cuando estudiamos la dinámica de estas granjas bajo el supuesto de que el tamaño de la familia está determinado enteramente por su situación económica, podemos esperar que las granjas con pequeñas áreas de siembra continúen sem-

Cuadro 2. Miembros de la familia expresados en unidades contables consumidor-trabajador

Año de existencia de la familia	*Pareja casada*	*Hijos*								
		1	*2*	*3*	*4*	*5*	*6*	*7*	*8*	*9*
1	1.8									
2	1.8	0.1								
3	1.8	0.3								
4	1.8	0.3								
5	1.8	0.3	0.1							
6	1.8	0.3	0.3							
7	1.8	0.3	0.3							
8	1.8	0.3	0.3	0.1						
9	1.8	0.5	0.3	0.3						
10	1.8	0.5	0.3	0.3						
11	1.8	0.5	0.3	0.3	0.1					
12	1.8	0.5	0.5	0.3	0.3					
13	1.8	0.5	0.5	0.3	0.3					
14	1.8	0.5	0.5	0.3	0.3	0.1				
15	1.8	0.7	0.5	0.5	0.3	0.3				
16	1.8	0.7	0.5	0.5	0.3	0.3				
17	1.8	0.7	0.5	0.5	0.3	0.3	0.1			
18	1.8	0.7	0.7	0.5	0.5	0.3	0.3			
19	1.8	0.7	0.7	0.5	0.5	0.3	0.3			
20	1.8	0.9	0.7	0.5	0.5	0.3	0.3	0.1		
21	1.8	0.9	0.7	0.7	0.5	0.5	0.3	0.3		
22	1.8	0.9	0.7	0.7	0.5	0.5	0.3	0.3		
23	1.8	0.9	0.9	0.7	0.5	0.5	0.3	0.3	0.1	
24	1.8	0.9	0.9	0.7	0.7	0.5	0.5	0.3	0.3	
25	1.8	0.9	0.9	0.7	0.7	0.5	0.5	0.3	0.3	
26	1.8	0.9	0.9	0.9	0.7	0.5	0.5	0.3	0.3	0.1

Cuadro 2 (Conclusión)

Año de existencia de la familia	*Total en la familia*		*Consumidores/ Trabajadores*
	Consumidores	*Trabajadores*	
1	1.8	1.8	1.00
2	1.9	1.8	1.06
3	2.1	1.8	1.17
4	2.1	1.8	1.17
5	2.2	1.8	1.22
6	2.4	1.8	1.33
7	2.4	1.8	1.33
8	2.5	1.8	1.39
9	2.9	1.8	1.61
10	2.9	1.8	1.61
11	3.0	1.8	1.66
12	3.4	1.8	1.88
13	3.4	1.8	1.88
14	3.5	1.8	1.94
15	4.1	2.5	1.64
16	4.1	2.5	1.64
17	4.2	2.5	1.68
18	4.8	3.2	1.50
19	4.8	3.2	1.50
20	5.1	3.4	1.50
21	5.7	4.1	1.39
22	5.7	4.1	1.39
23	6.0	4.3	1.39
24	6.6	5.0	1.32
25	6.6	5.0	1.32
26	6.9	5.2	1.32

FUENTE: Chayanov, 1925, p. 58.

brando en los siguientes quince años las mismas áreas pequeñas, y que las granjas bien dotadas siembren como antes áreas grandes y retengan una gran familia. Sin embargo, los trabajos de Chernenkov, Khryashcheva, Vikhlyaev, Kushchenko y otros nos dicen algo completamente distinto, como puede observarse en el cuadro de la página siguiente que compara los censos de 1882 y 1911 para Surazh uezd, Chernigov guberniya.

Vemos que una parte considerable de las granjas que sembraban áreas pequeñas adquirieron gradualmente una fuerza de trabajo a medida que aumentaron la edad y el tamaño de la familia, y que al expandir su área sembrada pasaron a grupos superiores, expandiendo así también el volumen de su actividad. A la inversa, las granjas anteriormente grandes

Cuadro 3. Área sembrada en 1911 por grupos de área de 1882 (%)

Desyatinas sembradas en 1882	*Desyatinas sembradas en 1911*					*Total*
	0-3	*3-6*	*6-9*	*9-12*	*12*	
0– 3	28.2	47.0	20.0	2.4	2.4	100
3– 6	21.8	47.5	24.4	8.2	2.4	100
6– 9	16.2	37.0	26.8	11.3	2.4	100
9–12	9.6	35.8	26.1	12.4	16.1	100
12	3.5	30.5	28.5	15.6	21.9	100

FUENTE: Chayanov, 1925, p. 67.

> pasaron a grupos inferiores, lo que corresponde a familias pequeñas creadas después de la división. Esto nos demuestra que el proceso demográfico de crecimiento y la distribución de las familias por tamaño determinan también en medida considerable la distribución de las granjas por tamaño del área sembrada y por cuantía del ganado (Chayanov, 1925, p. 67). Por supuesto, al afirmar esto no estamos dejando de usar el concepto de diferenciación social; pero esta forma de diferenciación no debe verse simplemente por el agrupamiento de las áreas sembradas; debe estudiarse por... el análisis directo de los factores capitalistas en la organización de la producción, es decir la mano de obra contratada en las granjas, no traída para ayudar a las propias sino como base para la obtención de ingreso no ganado y rentas opresivas y crédito usurario (Chayanov, 1925, p. 68).

Mientras que la mayoría de los economistas marxistas creían en las ventajas de la concentración porque tal es la tendencia del modo capitalista de producción, Chayanov mantuvo que la concentración horizontal de la producción ofrecía sólo ventajas limitadas en la agricultura. En un área de cultivo extensivo donde pueden labrarse con maquinaria apropiada de 2 mil a 8 mil hectáreas de tierras de granos, las dimensiones óptimas de las unidades productivas no serán las mismas que en una región de cultivo de remolacha, donde el uso más intensivo de las máquinas hace que los costos de transporte aumenten desproporcionadamente más allá de un óptimo de 200 a 250 hectáreas. En otras palabras, las propias condiciones naturales imponen ciertos límites a las posibilidades de una concentración horizontal. Pero estas dificultades desaparecen en la integración vertical: las granjas pequeñas pueden obtener todas las ventajas de la escala mediante la fórmula de las cooperativas. A esto se debe que fuese mucho mayor el poder competitivo de las granjas campesinas frente al de las granjas capitalistas o colectivas.

El objetivo central de esta integración vertical era conciliar el mantenimiento de las granjas campesinas en los procesos biológicos de cultivo intensivo y cría de ganado donde eran más productivas que las unidades capitalistas, con requerimientos de progreso tecnológico y en que la empresa grande tenía una ventaja en la mecanización y el mercadeo. Chayanov tenía dudas acerca de la agricultura colectiva porque el problema del incentivo había sido resuelto con mayor flexibilidad por cooperativas basadas en pequeñas granjas familiares con su individualidad intacta que por las comunas. Según Chayanov, la sociedad socialista no había encontrado todavía los estímulos que impulsaran a las unidades productivas a alcanzar su organización óptima, y la economía estaba destinada a caer víctima de una burocracia gigantesca.

> Los procesos dinámicos de la proletarización agrícola y la concentración de la producción, que conducen a las unidades de producción agrícola en gran escala basadas en la mano de obra contratada, se están desarrollando por todo el mundo y en particular en la URSS a un ritmo mucho menor del esperado a fines del siglo XIX. [...]
> La única forma de concentración horizontal que puede ocurrir ahora, y de hecho ocurre, es la concentración de las tierras campesinas en unidades productivas en gran escala... pero no es ni puede ser de magnitud tan grande que pudiéramos basar en ella toda nuestra política de concentración agrícola. Por lo tanto, la forma principal de concentración de las granjas campesinas sólo puede ser la concentración vertical y, además, en sus formas cooperativas, porque sólo en estas formas se conectará orgánicamente con la producción agrícola y podrá ampliarse en toda la extensión y profundidad que le es apropiada (Chayanov, 1925, pp. 257, 267).

Diversos autores han cuestionado muchas de las opiniones de Chayanov. Por ejemplo, a veces confunde la dimensión óptima de una empresa con la dimensión óptima de las áreas cultivadas, o considera a la economía campesina como una entidad estática independiente de posibles ambientes capitalistas, etcétera. A menudo ha mostrado también mayor indulgencia hacia la economía campesina tradicional que hacia el futuro de la agricultura industrial, pero no podemos acusarlo de volver la espalda al progreso de modo sistemático. En el capítulo que escribió en 1928 para la colección de ensayos sobre *Life and Technology in the Future*, previó las perspectivas ofrecidas en un futuro más o menos distante por la agricultura sin suelo, por las fábricas de productos alimenticios y textiles sintéticos. Pronosticó también que el hombre podría controlar el clima y prever las cosechas.

La teoría de Chayanov pretendía tomar en cuenta las condiciones rusas y, como ha demostrado Daniel Thorner, funciona mejor para países escasamente poblados que para los densamente poblados, donde los campesinos no podrían comprar o tomar más tierra con facilidad. Sin embargo, el problema planteado hace más de cuarenta años por el líder de la escuela rusa de la organización, y el enfoque básico que sustenta el análisis de las economías campesinas en la dinámica y la estructura de las granjas familiares, son aplicables ahora en los países en desarrollo donde predominan todavía las economías campesinas.

Referencias

Brutskus, B. (1913), *Ocherki krest 'yanskogo khozyaistva v Zapadnoi Evrope.*
Chayanov, A. V. (1925), *Organizatsiya krest 'yanskogo khozyaistva.* Traducido como *The Theory of Peasant Economy*, D. Thorner, R. E. F. Smith y B. Kerblay (comps.), Irwin, 1966.
— (1967), *Oeuvres choisies de A. V. Chayanov*, reproducción de Johnson, S. R. Publishers, Mouton.
Kossinsky, V. A. (1906), *K agrarnomu voprosu*, Odesa.
Laur, E. (1904), *Landwirtschäftliche Buchaltung bäuerliche verhältnisse.*

El objetivo central de esta integración vertical era conciliar el mantenimiento de las granjas campesinas en los procesos biológicos de cultivo intensivo y cría de ganado donde eran más productivas que las unidades capitalistas, con requerimientos de progreso tecnológico y en que la empresa grande tenía una ventaja en la mecanización y el mercadeo. Chayanov tenía dudas acerca de la agricultura colectiva porque el problema del incentivo había sido resuelto con mayor flexibilidad por cooperativas basadas en pequeñas granjas familiares con su individualidad intacta que por las comunas. Según Chayanov, la sociedad socialista no había encontrado todavía los estímulos que impulsaran a las unidades productivas a alcanzar su organización óptima, y la economía estaba destinada a caer víctima de una burocracia gigantesca.

> Los procesos dinámicos de la proletarización agrícola y la concentración de la producción, que conducen a las unidades de producción agrícola en gran escala basadas en la mano de obra contratada, se están desarrollando por todo el mundo y en particular en la URSS a un ritmo mucho menor del esperado a fines del siglo XIX. [...]
>
> La única forma de concentración horizontal que puede ocurrir ahora, y de hecho ocurre, es la concentración de las tierras campesinas en unidades productivas en gran escala... pero no es ni puede ser de magnitud tan grande que pudiéramos basar en ella toda nuestra política de concentración agrícola. Por lo tanto, la forma principal de concentración de las granjas campesinas sólo puede ser la concentración vertical y, además, en sus formas cooperativas, porque sólo en estas formas se conectará orgánicamente con la producción agrícola y podrá ampliarse en toda la extensión y profundidad que le es apropiada (Chayanov, 1925, pp. 257, 267).

Diversos autores han cuestionado muchas de las opiniones de Chayanov. Por ejemplo, a veces confunde la dimensión óptima de una empresa con la dimensión óptima de las áreas cultivadas, o considera a la economía campesina como una entidad estática independiente de posibles ambientes capitalistas, etcétera. A menudo ha mostrado también mayor indulgencia hacia la economía campesina tradicional que hacia el futuro de la agricultura industrial, pero no podemos acusarlo de volver la espalda al progreso de modo sistemático. En el capítulo que escribió en 1928 para la colección de ensayos sobre *Life and Technology in the Future*, previó las perspectivas ofrecidas en un futuro más o menos distante por la agricultura sin suelo, por las fábricas de productos alimenticios y textiles sintéticos. Pronosticó también que el hombre podría controlar el clima y prever las cosechas.

La teoría de Chayanov pretendía tomar en cuenta las condiciones rusas y, como ha demostrado Daniel Thorner, funciona mejor para países escasamente poblados que para los densamente poblados, donde los campesinos no podrían comprar o tomar más tierra con facilidad. Sin embargo, el problema planteado hace más de cuarenta años por el líder de la escuela rusa de la organización, y el enfoque básico que sustenta el análisis de las economías campesinas en la dinámica y la estructura de las granjas familiares, son aplicables ahora en los países en desarrollo donde predominan todavía las economías campesinas.

Referencias

Brutskus, B. (1913), *Ocherki krest 'yanskogo khozyaistva v Zapadnoi Evrope.*
Chayanov, A. V. (1925), *Organizatsiya krest 'yanskogo khozyaistva.* Traducido como *The Theory of Peasant Economy*, D. Thorner, R. E. F. Smith y B. Kerblay (comps.), Irwin, 1966.
— (1967), *Oeuvres choisies de A. V. Chayanov*, reproducción de Johnson, S. R. Publishers, Mouton.
Kossinsky, V. A. (1906), *K agrarnomu voprosu*, Odesa.
Laur, E. (1904), *Landwirtschäftliche Buchaltung bäuerliche verhältnisse.*

13. EL MERCADO Y LAS ECONOMÍAS CAMPESINAS INDÍGENAS *

Manning Nash

La organización económica de los indígenas de Mesoamérica es muy diversa.[1] Va desde el aislamiento virtual, el escaso comercio y la ausencia casi total de dinero de los vestigios tribales de los lacandones hasta la completa interdependencia de mercado de las comunidades especializadas en la producción comercial en una organización económica impersonal y competitiva. Hay toda clase de gradaciones y variaciones sutiles entre estos extremos, pero sin hacer violencia a la realidad etnográfica podemos dividir la complejidad económica de la región en tres tipos principales, cada uno de los cuales tiende a distinguirse en lo estructural y con frecuencia en lo regional. Cada tipo lleva consigo algunas diferencias en la estructura social y el patrón cultural de que la economía es sólo un subsistema. Las correlaciones, concomitancias y requisitos sociales y culturales de las diversas organizaciones económicas pueden constituir la base de la provisión de índices importantes para la dinámica del cambio y la estabilidad social entre los indígenas de Mesoamérica.

Las tres clases de organización económica en Mesoamérica son:

1) *El sistema de mercadeo regional.* Las comunidades se ligan en un sistema de mercados rotatorios. En su forma más desarrollada, los mercados rotatorios semejan un "sistema solar". Un centro de mercado principal opera diariamente. Allí fluyen los bienes producidos en toda la región, los de todo el país y aun los provenientes del comercio internacional. Alrededor del mercado principal se encuentra una serie de lugares de mercado con días especiales. Cada uno de estos lugares de mercado tiende a especializarse en un producto o mercancía dada y a almacenar una selección reducida de los bienes disponibles en el mercado central. Los bienes, los compradores y los vendedores se mueven alrededor del sistema solar en términos de los días de la semana

* Manning Nash, "Indian economies", en el vol. 6 de la serie del Manual de Indígenas Mesoamericanos, *Social Antropology*, University of Texas Press, 1967, pp. 87-101.

[1] Este ensayo aprovecha en gran medida monografías y artículos no citados directamente, y sólo se citan las fuentes principales. Agradezco a June C. Nash la idea de que el vestido puede servir como una distinción de marca, y al proyecto Chiapas de la Universidad de Chicago el acceso que me brindó a materiales manuscritos.

en que la actividad del mercado se centra en un lugar de mercado particular. Tales sistemas solares de interdependencia regional son característicos de las tierras altas del occidente de Guatemala (donde están muy desarrollados), el valle de Oaxaca, el centro de México, Michoacán, y el este de Guatemala entre los chortis y los pokomam. Sin las características solares marcadas se encuentra la interdependencia del mercado regional en las tierras altas de Chiapas entre los tzeltales y tzotziles, y en partes de la Alta Verapaz en Guatemala, y un patrón de intensos mercados diarios en el istmo de Tehuantepec. El sistema de mercadeo regional es "economía monetaria organizada en familias singulares como unidades de consumo y producción con un mercado fuertemente desarrollado que tiende a ser perfectamente competitivo" (Tax, 1953, p. 13).

2) *La economía de exportación adjunta.* Las comunidades producen principalmente para el consumo doméstico y local, pero tienden a tener uno o pocos bienes producidos para la venta y el intercambio en el mercado. La especialización es rara; entre todas las comunidades son homogéneos los productos, las habilidades y la organización económica. La economía es pecuniaria, pero hay mucho trueque, aunque en términos de equivalentes precio-dinero. El mercado y el lugar del mercado tienden a encontrarse en manos de no indígenas, y el indígena aparece más como vendedor que como comprador. Esta especie de economía varía desde los cafetaleros de Sayula (Guiteras Holmes, 1952), que se ocupan sobre todo de la exportación de un cultivo comercial, o los cultivadores de vainilla de la región totonaca alrededor del mercado principal de Papantla (Kelly y Palerm, 1952), hasta los cultivadores de café, melón y cítricos de la sierra popoluca (Foster, 1942). Otro eje de variación se inclina hacia el papel de trabajadores asalariados de los indígenas en plantaciones donde la economía de exportación está organizada en las manos de empresarios no indígenas. El trabajo pagado, o el proletariado rural indígena (Mintz, 1953), coexiste a menudo con comunidades que cultivan productos de subsistencia. En la península de Yucatán (Redfield, 1941), las plantaciones de henequén se aproximan a esto; en algunas partes de la Verapaz en Guatemala, y en las regiones costeras donde los indígenas trabajan en las plantaciones de café, azúcar, arroz o plátano, aparece la forma extrema del sistema de exportación adjunta.

3) *El sistema cuasitribal.* Las economías se ocupan sobre todo de la satisfacción de demandas localmente definidas. El esfuerzo económico se dirige a las necesidades de subsistencia con artesanías para uso doméstico, y a la atención de los cultivos de la milpa. El dinero es parte de la vida diaria pero tiende a ser escaso, y las transacciones no ocurren todos los días. Los indígenas con esta clase de sistema económico tienden a encontrarse

en regiones remotas o en tierras altas no muy accesibles, o a ser vestigios de antiguos agricultores aldeanos no intensivos. Este tipo económico se encuentra entre los coras y huicholes, los tarahumaras, los tepehuanes, los mayos y otros grupos del noroeste de México y, a excepción de los lacandones de la frontera de México con Guatemala, no existen al sur de la ciudad de México y están ausentes de Guatemala (con la posible excepción de los kekchis alrededor del Lago Izabal, nos dice Nancy Solien de González).

Los tres tipos de economías difieren en cuanto a la escala, el número de indígenas que incluyen y las áreas en que pueden funcionar. Todas las economías se conectan, en forma más o menos estrecha, con la economía nacional y la internacional; ninguna está libre de los efectos de las fluctuaciones nacionales y mundiales. Por todas partes el indígena y sus comunidades están envueltos en una red de relaciones económicas que van mucho más allá de la unidad étnica local. Aun los grupos muy aislados como los lacandones o los tarahumaras, o los xcacales de Quintana Roo, se relacionan con los agentes pasajeros de la economía más amplia.

El sistema cuasitribal es el menos complicado y por ende el que se explica con mayor facilidad. En el sur de la Sierra Madre Occidental, entre los estados de Jalisco y Nayarit, se encuentran los coras y los huicholes. Los 2 mil o 3 mil coras asentados en pueblos de 200 o 300 personas, con su mezcla de agricultura de arado en las tierras bajas y cultivo con estacas en las pendientes, y los huicholes, donde 4 mil o 5 mil indígenas viven en ranchos dispersos ocupados en la agricultura de estaca (Vogt, 1955), son ejemplos del sistema cuasitribal. En primer lugar el acceso a la región es difícil. La escasez de caminos utilizables alienta a pocas personas a penetrar con regularidad en las profundidades del país indígena. En segundo lugar, la ecología natural del área no constituye una base para gran diferenciación agrícola; lo que se cultiva en una parte se cultiva en otra. Por último, las escasas oportunidades económicas existentes para las actividades comerciales tienden a encontrarse en manos de mestizos, más bien que de indígenas. Hay artesanos que fabrican artículos de madera (bancos, sillas y guitarras) y de fibras (petates, bolsas y redes), y algunas vasijas de barro (que no satisfacen la demanda local), pero la especialización en la actividad económica no es grande, ni hay comunidades enteras dependientes de las relaciones comerciales (Grimes, 1961). Los huicholes son ante todo cultivadores de milpas y cuidadores de ganado. El maíz es para el uso doméstico; si hay algún pequeño excedente se utiliza en la compra de ganado. El maíz se complementa con frijoles, calabazas, melones, frutas, y algunos huertos y hortalizas. Los huicholes se encuentran cerca del extremo mesoamericano en materia de autosuficiencia, ya que satisfacen la mayor parte de sus necesidades con su propia producción. Obtienen dinero por su trabajo como cuidadores de hatos para los nuestros, o por su trabajo en las explotaciones de tabaco, o mendigando o realizando representaciones en ciudades como Tepic. No hay una estructura de mercado; compradores y vendedores se buscan cuando necesitan realizar alguna transacción. Los precios tienden a establecerse en términos de las cosas que venden en las tiendas y pueblos de los mestizos.

En este ambiente tribal la compraventa es una parte pequeña de la vida diaria y sólo se hacen arreglos como de mercado durante las festividades ceremoniales en que intervienen comunidades enteras. La tierra y otros recursos productivos valiosos son nominalmente comunales, y dado el bajo nivel de desarrollo tecnológico una familia sólo puede explotar unas cuantas hectáreas, de modo que no hay mercado de terrenos ni escasez de tierras. Los periodos de mayor demanda de mano de obra en el ciclo agrícola requieren más mano de obra que la disponible en las unidades familiares, que son también las unidades económicas. En consecuencia, dentro de una localidad o asentamiento hay una forma de intercambio: la del trabajo agrícola no remunerado, cooperativo. Hay pues una economía orientada hacia las necesidades de la comunidad local (los ranchos dispersos ligados por el parentesco o el matrimonio), o del asentamiento compacto, casi con autosuficiencia alimenticia, con unidades familiares de consumo y producción, sin mercados, con tecnología primitiva, poco dinero, y un intercambio extraordinario más bien que diario. Los usos principales de la riqueza son festivos y ceremoniales, y hay presión comunal sobre los ricos, con posibilidades de que sean objeto de envidias y brujerías para que compartan sus bienes con los necesitados. La caza y la recolección y la pesca complementan el cultivo de la milpa y el cuidado del ganado.

Como los coras y los huicholes, los tarahumaras (Bennett y Zingg, 1935) o los restos de los pueblos cahitas (los yaquis, mayos y tepehuanes) muestran las mismas características generales de un sistema de agricultura de milpa con productos complementarios, el intercambio como una rareza, el trabajo cooperativo y las demandas generales de los necesitados a los ricos y a través del ciclo festivo. Estas economías no trascienden un aspecto familiar y muestran escaso dinamismo o cambio. El aislamiento, la falta relativa de variación ecológica, una organización política y social débil, pocos especialistas y tendencia hacia la autosuficiencia familiar, explican los grandes lineamientos de este tipo de economía.

En las tierras altas del oeste de Guatemala el sistema de mercadeo solar de la organización económica existe en su forma más

desarrollada. Tax (1952, 1953, 1957) ha resumido las características principales de esta forma, y nuestra descripción sigue aquí sus directrices. El lago Atitlán domina la geografía física de las tierras altas del oeste medio. Alrededor del lago hay catorce municipios (el municipio es la unidad administrativa de Guatemala y aquí es virtualmente idéntico a la unidad étnica). Cada municipio difiere en cuanto a costumbres, dialecto, mitología y especialidad económica (Tax, 1937). En una extensión pequeña se encuentra una diversidad enorme de rasgos culturales, sociales y económicos. La variación económica es un ejemplo condensado de lo que ocurre por todo el oeste de Guatemala (McBryde, 1947, sobre todo el mapa 19, que muestra la distribución de los mercados indígenas en el sudoeste de Guatemala). Las posibilidades ecológicas de los municipios que rodean el lago explican en parte la diversidad agrícola. La variación en altitud, en posibilidades de riego, y en recursos naturales y de tierra cultivable, explica la diversidad de los cultivos. Todas las comunidades siembran algo de maíz, pero pocas de ellas son exportadoras de maíz y por ende puede decirse que se especializan en el cultivo del maíz, mientras otras son importadoras netas de los alimentos básicos. La base física de la especialización aumenta por la yuxtaposición de regiones de tierras altas y bajas, con el consiguiente intercambio de productos agrícolas de zonas templadas y frías por los de la "boca costa" y las cálidas tierras costeras. Pero la especialización en la región es más amplia que la diversidad agrícola o las clases de bienes producidos; se extiende a la forma en que comunidades enteras ganan su subsistencia y a los comercios e industrias tanto como a los productos agrícolas. En general los indígenas del área son casi tan dependientes del intercambio de productos como los modernos habitantes urbanos. La especialización económica de una comunidad es una faceta de su peculiaridad cultural general, y las comunidades con especialidades económicas están individualizadas también en otros aspectos de la cultura y la sociedad.

Alrededor del lago los panajacheleños cultivan cebollas y otros vegetales y explotan los recursos del lago en forma mínima (por lo menos con las canoas indígenas tradicionales; con lanchas de motor se están orientando más hacia el lago). En Santiago Atitlán, además del maíz, se producen canoas, y los atitecos son los mejores navegantes del extremo occidental del lago. También proveen muchos comerciantes que realizan en camiones el intercambio de productos entre la boca costa y las tierras altas. San Pablo es un centro de cordelería, al igual que San Pedro al otro lado del lago. Y como para subrayar la base cultural de la especialización, San Pablo no sólo compra maíz (a Santiago y San Pedro) sino que importa buena parte del maguey de San Pedro, donde crece abundantemente. San Pedro produce también un

cultivo comercial de garbanzos. Santa Catarina, apenas a tres kilómetros de Panajachel, el municipio de los cultivos de cebollas tablón, cultiva pocos vegetales pero desarrolla los recursos del lago de pesca y de captura de cangrejos. Los ciudadanos de Santa Catarina se interesan por las vicisitudes de los recursos del lago, mientras que los panajacheleños son indiferentes.

Las comunidades que rodean el lago están integradas en el intercambio del mercado por la vía del mercado principal de Sololá, y por un centro solar más pequeño en Atitlán, el único mercado diario en el lago mismo. Las comunidades de la región no sólo participan en el centro de mercado regional rotatorio y en los mercados locales, sino que se conectan a otros sistemas solares con el intercambio de productos y con el surgimiento de comerciantes indígenas a tiempo completo que viven de los beneficios del intercambio de productos entre los mercados.

Hay otro centro de sistema de mercado solar alrededor de Quetzaltenango y su amplio valle abierto, y otro alrededor de Huehuetenango. Los mercados regionales alrededor de Quetzaltenango sirven a otros grupos de comunidades especializadas y se sirven de ellos. Totonicapan fabrica alfarería en el torno, produce madera y teje huipiles. La vecina Chichicastenango no fabrica vasijas pero usa sus pinares para la extracción de madera. Momostenango produce manteles y tejidos de lana. San Francisco extrae cal, Salcaja fabrica faldas tejidas y materiales colorantes, Cantel provee maíz y artículos de algodón fabricados en máquinas eléctricas. Almolonga y Zunil cultivan vegetales, y así sucesivamente en la lista las especialidades económicas. Los ejemplos podrían multiplicarse indefinidamente. Deben hacerse dos observaciones:

1) Un sistema de mercadeo regional basado en la especialización económica mueve los productos entre las comunidades en un sistema solar con un gran mercado central (como Sololá o Quetzaltenango) y un mercado subsidiario (como Atitlán o el mercado de setas al mayoreo de San Francisco el Alto, donde convergen cada viernes miles de indígenas en un pueblo frío, barrido por el viento, para convertirlo en un centro bullicioso) y otros mercados menores que tienen sus días especiales. El sistema ha crecido a través del tiempo; no está planeado ni regulado, pero refleja la respuesta indígena a la oportunidad económica.

2) El sistema de mercadeo es un aspecto de la diferenciación cultural general. No es que los individuos o las familias difieran tanto entre sí, sino que comunidades enteras tienen tradiciones culturales que varían entre sí en un número infinito de pequeños detalles. Entre ellos se encuentran los cultivos, comercios e industrias especiales que desempeñan los actores económicos por ser miembros de una sociedad local en lugar de otra.

Los hechos de la variación ecológica, la proximidad de las tierras altas y las tierras bajas, constituyen la base física de la diversidad cultural y económica de la región. Sin embargo, es la presencia de sociedades locales distintas, con fuertes tendencias endogámicas, lo que inclina a restringir las artesanías, los oficios y las industrias a una sola comunidad. La distribución actual de los patrones agrícolas, las artesanías y las habilidades especiales es el resultado de la operación de la ventaja comparativa durante largo tiempo, y ocurren cambios. Aparentemente los cambios en el tipo de cultivo (en igualdad de otras circunstancias, como la disponibilidad de la tierra) ocurren con mayor facilidad y rapidez que la incorporación cultural de una artesanía o una industria nuevas. Por supuesto, esto está ligado a los hechos de la aculturación, porque una artesanía o industria pasa de padres a hijos, o de madres a hijas, mientras que una especialidad agrícola pasará de unos adultos a otros. Además, los indígenas trabajan unos para otros como jornaleros agrícolas en diversas comunidades (como lo hacen para los ladinos), de modo que pueden aprender con mayor facilidad las técnicas agrícolas. Pero ni siquiera los cambios de cultivos en el inventario de una comunidad se realizan con facilidad. Los indígenas deben competir con la forma de subsistencia ya establecida en su comunidad y con la reputación de las otras comunidades productoras en el mercado. Por ejemplo, las papas de Todos Santos se tienen en menos que las de Nahuala en la región de Quetzaltenango, o los vegetales de Zunil se tienen por los mejores. Los indígenas de estas comunidades usan sus trajes distintivos, que sirven como identificaciones de "marcas", y los clientes suponen que un hombre con los pantalones de tiras de Todos Santos está vendiendo sus propias papas, o que la Almolonguera de falda azul está vendiendo sus propios vegetales, aunque a menudo no ocurra así. De modo que hay cierta rigidez aun en la transferencia o difusión de las técnicas y los productos agrícolas. Por supuesto, las especialidades están sujetas a la competencia de los productores indígenas y no indígenas. Se han perdido muchas artesanías, como la fabricación de sombreros en Aguacatenango, que no pudo competir con los sombreros hechos en fábrica, o la disminución de los impermeables de hojas de palma por la difusión de los manteles baratos de plástico usados como ponchos. A la inversa, la competencia y el contacto estimulan cosas nuevas: los turistas que visitan Chichicastenango favorecen una especie de patrón de arabescos en las servilletas; las ladinos de Chiapas son los consumidores de grandes macetas de barro. Las habilidades y los patrones agrícolas cambian a través del tiempo y en respuesta al cambio de las condiciones del mercado, en el contexto de las posibilidades de transferencia y desarrollo de las técnicas entre las comunidades.

Si es cierto que la variación ecológica, la proximidad a las tierras altas o bajas, y las sociedades locales distintas con habilidades y actividades económicas ligadas a la endogamia, explican el grado de especialización y por ende la extensión del mercado, se sigue que cuando disminuyan estos factores también lo hará la intensidad de las relaciones de mercado y de la especialización económica. Un vistazo a los sistemas solares de Oaxaca y alrededor del lago de Pátzcuaro profundizará esta generalización. Allí están presentes los factores mencionados, al igual que los sistemas de mercados regionales, mientras que en las tierras bajas de Yucatán están ausentes algunos de los factores, al igual que entre los totonacas o los popolucas, donde está ausente también el sistema de mercadeo solar. La fuerza de las variables antes mencionadas varían de un sistema regional a otro, de modo que también cambian los patrones de mercado. En el valle de Oaxaca la ciudad de Oaxaca es el sol principal a cuyo derredor los mercados de Ocotlán y Tlacolula son planetas secundarios, con mercados satélites en Etla, Zimatlán, Totlapa, Atzompa (donde ocurre en realidad el trueque, como se dice también de los Cuchumatanes, donde se cambia maíz por vasijas de barro, y la cantidad de maíz depende del tamaño de la vasija), y otras comunidades del valle. El sistema de mercado integra las comunidades económicamente especializadas y la variación cultural entre quienes hablan zapoteca, mixteca y mixe (Malinowski y De la Fuente, 1957).

Alrededor de Pátzcuaro (Foster, 1948), Tzintzuntzan y Santa Fe son productores de vasijas de barro; Quiroga y Paracho se especializan en la madera y los productos de madera, Janitzio e Ihuatzio en petates de caña y abanicos para el fuego, Jarácuaro en sombreros de palma, Nahuatzen en algodón y Santa Clara en cobre. La interdependencia regional está organizada en el sistema de mercados periódicos, y el mercado tiene las mismas características de libertad, apertura y competencia, de modo que es muy sensible a las fluctuaciones de la oferta y la demanda, con los cambios correspondientes en los precios y en los niveles de precios. El sistema de mercado de Pátzcuaro, como los otros sistemas regionales, está ligado al mercado nacional e internacional, y su operación refleja el movimiento de los precios dentro de este contexto más amplio. Sin embargo, alrededor de Pátzcuaro las sociedades locales son menos distintas que en Guatemala o Oaxaca, de modo que la endogamia es menor y las artesanías pasan con mayor facilidad de un adulto a otro por encima de las fronteras comunales.

La distribución de las ocupaciones y los cultivos especializados en la región de Chiapas confirma también la generalización acerca de la existencia y la intensidad de las relaciones de mercado. Amatenango es una comunidad de alfareros donde toda mujer

que crece en la comunidad sabe fabricar vasijas y lo hace. La comunidad vecina de Aguacatenango no fabrica una sola vasija, pero cría cerdos como complemento de sus actividades agrícolas. Los chamulas son comerciantes activos y tienen un conjunto de artesanías especializadas; los zinacantecos son agricultores y pastores de ovejas; la alfarería de Tenango es distinta de la de Amatenango. La diversidad ecológica, la proximidad a las tierras altas o bajas, y lo distintivo de las sociedades locales mantenido por altas tasas de endogamia, originan la especialización económica y el comercio. Pero no hay un sistema de mercado solar como el que se encuentra ahora en partes de Tehuantepec. Los mercados tienden a encontrarse en los pueblos ladinos (como Las Casas, Teopisca, Comitán), donde los indígenas vienen a comprar y vender. Los mercados locales se organizan en las comunidades indígenas en ocasiones festivas especiales y sólo pocas veces al año en cualquier aldea. La ausencia de mercados solares puede atribuirse a las dificultades de comunicación entre las comunidades indígenas (pero la gran medida en que los indios de Guatemala superan las dificultades del terreno en sus viajes hacia el mercado da poco peso a este argumento), o puede residir en algún conjunto de rasgos sociales y culturales demasiado amplio para captarlo con la red de variables aquí propuestas.

El mercado como institución descansa en el libre intercambio de compradores y vendedores, con el precio establecido por la interacción de compradores que no son bastante poderosos para fijarlo y vendedores que no controlan suficientemente la oferta para afectarlo. Existe también el rasgo de la impersonalidad en un sistema de mercado abierto. No está restringida la entrada (como comprador o vendedor). Quien pague el pequeño impuesto puede entrar a los mercados locales e instalar un puesto, aunque en los mercados de la ciudad hay algunas instalaciones más grandes que requieren gastos superiores a las posibilidades de muchos de los vendedores. La interacción de compradores y vendedores refleja indiferencia hacia la persona: sólo se presta atención al precio. El regateo y el ajuste son característicos pero son los medios de establecer el precio corriente, y se obtiene información sobre el precio visitando varios puestos cuando éste no se exhibe o se anuncia. Los vendedores de productos similares suelen agruparse juntos, y pronto se fija un precio por los arreglos de compradores y vendedores. El precio prevalece hasta que ocurre algún cambio en los factores de la oferta o la demanda. El regateo en cualquier transacción singular refleja el estado del mercado en conjunto, y el mercado refleja en conjunto la operación de todo el mercado regional y nacional.

Vistos de cerca estos mercados son una serie de transacciones de compraventa, un intercambio de dinero por bienes. Excepto en el caso de algunos vendedores de alimentos, de algunos proveedores de productos medicinales y de unas pocas tiendas en el mercado o en los pueblos que tienen mercados (y donde la gente puede estar atada por el crédito), no existe una clientela para ningún vendedor, ni un conjunto de clientes leales a algún proveedor de productos. Las relaciones de mercado son en efecto contratos bilaterales y pasajeros (Foster, 1961). Esta característica del mercado es un síntoma de un hecho prevaleciente en la organización económica de las comunidades indígenas, un hecho con grandes consecuencias estructurales y económicas. Los compradores y vendedores indígenas del mercado son miembros de unidades familiares y actúan como tales. Estas unidades familiares son unidades económicas sólo en uno de sus aspectos, y tienden a ver la esfera económica como sólo una de las áreas en que deben afrontarse las necesidades de sostenimiento. Las unidades familiares están limitadas en cuanto al número y la clase de las personas que pueden reclutar, el capital y los ahorros que pueden controlar y el tipo de oportunidad económica a que pueden responder. Dado el hecho de que las unidades familiares, no las empresas, son las organizaciones económicas alrededor de las cuales se construye la economía de mercado, los límites de la planeación, la continuidad, la escala y la complejidad tecnológica de la vida económica resultan evidentes. Lo que diferencia a estas economías de una economía moderna, dinámica, con un impulso inherente hacia el desarrollo económico y tecnológico, queda claro. No carecen de racionalidad económica: la conjunción de medios y fines para la mejor producción; no obstruyen la actividad económica con un cúmulo de barreras tradicionales; no desprecian la riqueza ni el trabajo arduo, y tienen un mercado libre donde cada hombre persigue su propio interés económico. Tienen, pues, los valores, los mercados, los medios pecuniarios de cambio, la capacidad para calcular y el interés en la actividad económica. [En Mitla, Parsons (1936) se quejaba de que un "ritual del precio" caracterizaba a estos zapotecas; Malinowski y De la Fuente (1957) han hablado de una "libido comercial", y otros han observado el agudo interés por el precio y la actividad económica.] Lo que les falta es la organización social de una entidad como la empresa, un grupo autónomo, corporativo, dedicado a la actividad económica y organizado para ella.

El hecho de que tales organizaciones sociales no hayan surgido en las comunidades indígenas está ligado al patrón más grande de la estructura social y la cultura. Las comunidades especializadas con su sello cultural y económico distintivo, mantenidas por la endogamia y organizadas sobre una variante de la jerarquía civil-religiosa (Cámara, 1952; Wolf, 1955; Nash, 1958), no son propicias para una entidad social basada estrictamente en fines económicos. Las comunidades están organizadas para pro-

teger su existencia corporativa y como tal tienen controles especializados sobre el libre uso de la acumulación de los recursos y de los mecanismos a fin de asegurar una democracia de la pobreza. En la estructura social de las comunidades como Panajachel, Cantel, Santa Eulalia o Santiago (Wagley, 1941) en Guatemala, o Amatenango, Aguacatenango y Zinacantán en Chiapas, o Mitla, Yalalag y otras en Oaxaca, opera un mecanismo de nivelación. Los mecanismos de nivelación (Wolf, 1955; Nash, 1961) operan para canalizar los recursos acumulados de la comunidad hacia fines no económicos, y para mantener a las diversas unidades familiares más o menos iguales en riqueza a través de las generaciones. Son mecanismos para mantener la homogeneidad económica dentro de la comunidad, de modo que la heterogeneidad socialmente importante —por edad, sexo, servicio anterior a la comunidad, control de, o acceso a, lo sobrenatural— sigue siendo la base de la diferenciación de papeles. Estos mecanismos se oponen al surgimiento de clases sociales basadas en distinciones de riqueza y poderío económico. El mecanismo nivelador descansa en los siguientes factores interrelacionados:

1) El bajo nivel de la tecnología y la tierra limitada, de modo que la riqueza absoluta y la acumulación son pequeñas en virtud de los recursos escasos en relación con la población y de una tecnología intensiva en mano de obra y no muy productiva.

2) La fragmentación de las explotaciones por la herencia bilateral. Lo que en efecto se acumule de bienes de capital se reparte entre hijos e hijas en partes casi iguales. La herencia bilateral prevalece casi en toda la región. Los pocos lugares con grupos de descendencia por línea paterna no confieren derechos de propiedad a una corporación, sino que exhiben un patrón de división entre las familias relacionadas por la línea paterna.

3) El gasto forzado de tiempo y recursos en el servicio comunal. Los puestos en las jerarquías civil y religiosa requieren cierta pérdida de tiempo, y cuanto más alto sea el puesto más tiempo se pierde y más costos directos implica la asunción al puesto.

4) El gasto forzoso de los ricos en el ritual. Quienes han sido hábiles o afortunados y han acumulado riqueza deben gastarlo para fines comunales, sobre todo en fiestas y borracheras, de modo que la riqueza se consume.

El mecanismo nivelador mantiene casi iguales las fortunas de las diversas familias y sirve para asegurar la trasmisión de las fortunas familiares de una generación a otra. Las sanciones en que se apoya la operación del mecanismo nivelador son generalmente sobrenaturales; la brujería es el medio empleado para mantener a las unidades económicas orientadas hacia los gastos comunales y los derechos sobre su riqueza. Así pues, estas economías son de mercado —competitivo, libre, abierto—, pero asentadas en una estructura social sin unidades corporativas dedicadas a la consecución de fines económicos y capaces de hacerlo. Por trabajar con un patrón cultural que canaliza forzadamente la acumulación de riqueza hacia fines no económicos, con el apoyo de un sistema de sanciones sobrenaturales contra quienes no usen su riqueza, estas economías muestran una falta de dinamismo, un conservadurismo tecnológico casi equivalente al de las comunidades más aisladas y una incapacidad para aprovechar y explotar o crear la oportunidad económica.

Esta combinación de características presenta un hecho social asombroso: la presencia de mercados, la racionalidad económica y el dinero forman un complejo singular, pero además se necesitan empresas, mecanismos de crédito, e inversión técnica y económica deliberada, para el dinamismo económico. Estas últimas características forman parte de una estructura social que no se encuentra en el campesinado corporativo de Mesoamérica, y su coexistencia en una sola sociedad (como la nuestra) parece un precipitado histórico más que un conjunto de características sociales funcionalmente ligadas. La experiencia en otras partes del mundo, donde la economía de mercado se asienta en una estructura social que no es moderna en el sentido de las organizaciones dedicadas a fines puramente económicos (por ejemplo, los bazares del mundo árabe, los mercados regionales de África, o los mercados campesinos de Java y Haití), conduce a la conclusión de que tales organizaciones no surgen de la dinámica de la vida social y económica interna sino que son un producto del cambio social inducido por las presiones o privilegios generados en la economía moderna.

Esta reseña del tipo general de economía en las áreas de mercadeo regional de Mesoamérica ha sido tomada como una vista aérea, a una altura que puede provocar confusiones. La tendencia hacia la homogeneidad económica, por ejemplo, no indica que una comunidad o aldea dada carezca, en un momento cualquiera, de diferencias de riqueza. Lewis (1947) describe una división en tres clases de la riqueza en Tepoztlán y la relaciona con los tipos de tierras y la tecnología poseídos por cada familia. Tax (1952) encuentra conveniente para Panajachel una división de la riqueza por barrios, y describe las funciones de la riqueza en los puestos públicos, la elección de cónyuge y el prestigio. De igual modo, el hincapié que se hace en las unidades familiares como unidades económicas parece subestimar el papel de la comunidad como poseedora de propiedad. La tierra no es plenamente comunal en ninguna parte; tampoco está por entero en manos individuales. Algunas tierras (a menudo el monte, los chaparrales, los pastos o los bosques) son propiedad de la comunidad y están abiertas al uso de todos los miembros. Con frecuencia hay medios para evitar la venta de tierras de los indígenas

a los ladinos (como ocurre en muchas comunidades de Chiapas). Pero el control comunal de los recursos productivos en forma de propiedad fue minado y destruido por todas partes a mediados del siglo XIX, y uno de los problemas persistentes de las comunidades corporativas ha sido el de aferrarse a su base territorial. (En algunos sentidos el programa ejidal de México ha fortalecido a las comunidades indígenas, y en otros las ha debilitado al introducir no indígenas a la comunidad.)

Sin embargo, estudios como éstos sobre los patrones de consumo en las comunidades corporativas (Tax, 1957) refuerzan el argumento de que el patrón económico indígena, en términos de producción, consumo y organización, tiende a ser distinto de los del ladino o mestizo. Aun si un mexicano o un ladino guatemalteco es más pobre que un indígena, su estilo de vida es la versión minada de una cultura nacional, mientras que el indígena continúa manejando necesidades y gustos encuadrados en una sociedad local. Algunas sociedades indígenas han avanzado mucho hacia la ladinización económica con sus cambios correspondientes en el estilo de vida y la estructura social; y lugares como Totonicapan en Guatemala, Tzintzuntzan y Tepoztlán en México, pueden indicarnos el camino para entender la forma en que las economías indígenas se transforman en ejemplos regionales de la economía nacional, ya sea que el proceso de modernización económica avance mucho o poco.

Si las economías cuasitribales deben su estructura al aislamiento, a la relativa homogeneidad ecológica y a una reducida tradición cultural basada en la agricultura no intensiva, y si los sistemas solares asumen su forma y función con base en los factores antes mencionados, el tercero de los tipos principales —la economía de exportación adjunta— es más heterogéneo, como las fuerzas que lo sostienen. Desde el punto de vista de los indígenas la economía de exportación adjunta es una adición a la actividad básica de la agricultura de milpa. Esta agricultura, que se aproxima a la autosuficiencia (como ocurre entre los popolucas y los totonacas), no es fundamentalmente un cultivo comercial y constituye la principal actividad agrícola de las unidades económicas. Sin embargo, aparte de la siembra y el consumo de los productos de la milpa, hay un cultivo comercial, que puede ser el café en Sayula, la vainilla entre los totonacas de Tajín, o la caña de azúcar, o el arroz, que se cultivan para la economía de exportación. Estos cultivos se logran por adaptaciones de la tecnología básica, simple, con las mismas clases de organizaciones económicas, para venderlos a los intermediarios mexicanos o ladinos. Llamamos economía de exportación adjunta a este tipo económico por razones obvias. El cultivo comercial es una capa superficial sobre las actividades agrícolas de subsistencia fundamentales; la organización, el procesamiento, el mercadeo y la obtención de ganancias se encuentran en gran medida en manos distintas de las de los productores indígenas (en Papantla y sus alrededores los totonacas se enfrentan a un virtual monopolio entre los compradores, de modo que no obtienen una porción "justa" de los ingresos del comercio de la vainilla, mientras que en Sayula los ingresos del café han llegado a la economía doméstica en proporción mucho mayor, con cambios sociales correspondientemente mayores). Los agricultores operan en un marco económico doble: una parte orientada hacia la economía de subsistencia y la otra hacia la economía de exportación. Cuando los cultivos pueden rotarse en los mismos campos (como puede ocurrir con el maíz y la vainilla) no hay muchas restricciones económicas. Cuando los campos pueden usarse alternativamente para cultivos de subsistencia o para cultivos comerciales a menudo hay conflicto entre los habitantes de la localidad. Los cultivos comerciales significan reglas de propiedad más estrictas y en ocasiones un total hincapié en la propiedad privada, con uso permanente de los campos y con títulos permanentes, una costumbre que a veces entra en conflicto con un uso más comunal, de rotación, de las tierras de la milpa, basado en derechos de usufructo.

La economía de exportación adjunta puede tomar diversas direcciones: *a)* el tipo estable dual de los totonacas; *b)* un movimiento hacia un campesinado comercial, como ocurre entre algunos de los popolucas; *c)* el desarrollo de un proletariado rural, como sucede con los henequeneros de la península de Yucatán. Es claro que la economía de exportación adjunta tiende mucho a experimentar amplias fluctuaciones económicas y a aproximarse, por lo menos en su economía, a la variante rural de la cultura nacional. Es probable que arraiguen aquí otras organizaciones voluntarias como la cooperativa, o el sindicato, y quizá las sociedades de crédito.

Tres grandes tipos abarcan bastante adecuadamente las principales organizaciones económicas de los indígenas de Mesoamérica. Cada tipo es una forma social distinta, con su propio marco ecológico, cultural y económico, y cada uno de ellos tiene su propia dinámica y sus condiciones de mantenimiento. La presencia preponderante del dinero, los mercados, el cálculo económico de los actores, la preocupación por el precio, y el interés y el deseo de ampliar las oportunidades económicas, no mueven sin embargo a ninguna de las economías indígenas a la categoría de una economía moderna. Es el contexto social y cultural de las operaciones económicas lo que mantiene las formas de la organización económica indígena más o menos alejadas de lo moderno. Es posible que el cambio a lo moderno, la fragmentación de la organización corporativa o cuasitribal para la explotación de la oportunidad económica, implique la pérdida de los mecanismos

capaces de sostener la estructura social en que se trasmite una herencia claramente indígena. Pero es igualmente probable que quienes han mantenido viva una herencia cultural durante cerca de cinco siglos de contacto con una sociedad superior en lo tecnológico y lo político puedan descubrir la manera de combinar algunas partes de su herencia cultural con los aspectos de la modernidad económica ahora ausentes.

Referencias

Bennett, W. C., y R. M. Zingg (1935), *The Tarahumara: An Indian Tribe of Northern Mexico*, University of Chicago Press.

Cámara Barbachano, F. (1952), "Religious and political organization", S. Tax y otros (comps.), *Heritage of Conquest: The Ethnology of Middle America*, Free Press.

Foster, G. M. (1942), "A primitive Mexican economy", *Monographies of the American Ethnological Society*, vol. 5, pp. 1-115.

— (1948), "The folk economy of rural Mexico with special reference to marketing", *Journal of Marketing*, vol. 13, pp. 153-162.

— (1961), "The dyadic contract: a model for the social structure of a Mexican peasant village", *American Anthropologist*, vol. 63, pp. 1173-1192.

Grimes, J. E. (1961), "Huichol economics", *Amer. indig.*, vol. 21, páginas 280-306.

Guiteras Holmes, C. (1952), *Sayula*, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Kelly, I. T., y A. Palerm (1952), "The Tajin Totonac", parte 1, "History, subsistence, shelter and technology", Smithsonian Institution, pub. 13.

Lewis, O. (1947), "Wealth differences in a Mexican village", *Scientific Monthly*, vol. 65, pp. 127-132.

McBryde, F. W. (1947), "Cultural and historical geography of southwest Guatemala", Smithsonian Institution, pub. 4.

Malinowski, B., y J. de la Fuente (1957), "La economía de un sistema de mercados en México", *Acta Antropologica*, serie 2, vol. 1, núm. 2, México.

Mintz, S. W. (1953), "The folk urban continuum and the rural proletarian community", *American Journal of Sociology*, vol. 59, páginas 136-145.

Nash, M. (1958), "Political relations in Guatemala", *Soc. econ. Studies*, vol. 7, pp. 65-75.

— (1961), "The social contect of economic choice in a small community", *Man*, vol. 61, pp. 186-191.

Parsons, E. C. (1936), *Mitla: Town of the Souls*, University of Chicago Press.

Redfield, R. (1941), *The Folk Culture of Yucatan*, University of Chicago Press.

Tax, S. (1937), "The municipios of the midwestern highlands of Guatemala", *American Anthropologist*, vol. 39, pp. 423-444.

Tax, S. (1952), "Economy and technology", S. Tax y otros (comps.), *Heritage of Conquest: The Ethnology of Middle America*, Free Press.

— (1953), "Penny capitalism: a Guatemalan Indian economy", Smithsonian Institution, pub. 16.

— (1957), "Changing consumption in Indian Guatemala", *Economic Development and Cultural Change*, vol. 5, pp. 147-158.

Vogt, E. Z. (1955), "Some aspects of Cora-Huichol acculturation", *Amer. indig.*, vol. 15, pp. 249-263.

Wagley, C. (1941), "Economics of a Guatemalan village", *American Anthropological Association Memoranda*, núm. 58.

Wolf, E. R. (1955), "Types of Latin American peasantry: a preliminary discussion", *American Anthropologist*, vol. 57, pp. 452-471.

14. ARTESANÍAS Y OFICIOS ENTRE LOS CAMPESINOS RUSOS *

Geroid T. Robinson

YA FUESE por elección o por necesidad, los campesinos eran a menudo algo más que agricultores, y a veces no eran agricultores en absoluto, porque millones de ellos trabajaban, en su aldea o en las ciudades, a tiempo parcial o a tiempo total, en alguna actividad no agrícola por cuenta propia, o como asalariados en labores agrícolas o industriales. Entre todas estas actividades, las artesanías del bosque, *guberniias*, han interesado de modo muy especial a los estudiosos de la vida campesina, porque estas industrias artesanales pertenecían en un sentido peculiar a los propios campesinos. Las artesanías no estaban libres de influencia externa, pero en sus métodos y sus productos eran todavía una rica reserva de la ciencia y el arte campesinos. Los trabajadores producían una variedad interminable de obras en madera, corteza, tela, cuero, fieltro, arcilla y metal, de calidad variable desde los artículos burdos de consumo masivo (palas de madera para la nieve, escobas hechas de ramas, vasijas no vidriadas para la leche, botas gruesas de fieltro, amontonadas por centenares en los mercados aldeanos) hasta los adornos de plata y las imágenes religiosas que en ocasiones merecían plenamente el nombre de obras de arte. La producción se desarrollaba a veces de modo totalmente independiente en el hogar del campesino; a veces por pedidos de un empresario que distribuía la materia prima a muchos trabajadores domésticos, a quienes pagaba a destajo, y recogía el producto y disponía de él; a veces, también, en un pequeño taller establecido en cooperativa por un grupo de trabajadores, o mantenido por un maestro que contrataba a otros artesanos para que trabajaran bajo su dirección. La familia entera, hombres, mujeres y niños, trabajaba a menudo durante el corto día del invierno y hasta muy entrada la noche, por un jornal miserable; pero cuando la breve estación agrícola no permitía subsistir a la familia, trabajar por menos que la subsistencia a lo largo de los prolongados meses del invierno era preferible a estar por completo ocioso y quizá a ser enterrado en la primavera. Las fuertes tradiciones aldeanas, las estrictas restricciones legales sobre la movilidad del campesino, lo orillaban a buscar una fuente de ingresos marginales en las artesanías más bien que en alguna fábrica distante. Las industrias artesanales todavía podían vivir, aunque no produjeran lo suficiente para subsistir; generalmente eran complementarias de la agricultura y en efecto estaban subsidiadas por la agricultura, y era esto, sobre todo, lo que les permitía subsistir en un país donde la revolución industrial ya estaba bien adelantada. Algunas de las industrias artesanales no habían sido sometidas todavía a la competencia fabril, algunas sobrevivían a pesar de la competencia, otras se derrumbaban y desaparecían. Nunca sabremos qué estaba ocurriendo con exactitud, en términos de precisión estadística; el número de personas ocupadas en la producción artesanal, aunque quizá disminuyendo hacia fines del siglo pasado, superaba todavía con mucho al número de empleados en las fábricas; pero no podía decirse que las artesanías fuesen prósperas, ni que ofrecían oportunidades brillantes a un campesinado muy presionado para encontrar auxilio en una dirección u otra..

El trabajo asalariado en la agricultura y otras ocupaciones rurales no industriales eran también una fuente importante de ingreso campesino. [. . .] El carácter mismo de la producción muy especializada de granos de Rusia hacía que durante periodos breves exigiese verdaderos ejércitos de aradores adicionales y sobre todo de cosechadores, pero el censo no registraba a estos trabajadores a corto plazo, ni existe una estimación confiable de su número. Si había más de un millón y medio de jornaleros a largo plazo, es probable que los contratados sólo durante la cosecha fuesen varios millones más.

* Extractado de Geroid T. Robinson, *Rural Russia under the Old Regime*, Macmillan Co., 1949, pp. 104-105. Publicado por primera vez en 1932.

15. PROBLEMAS SOCIOLÓGICOS DE LA OCUPACIÓN DE LOS AGRICULTORES *

Boguslaw Galeski

¿Cuándo podemos decir que una persona sigue la profesión de la agricultura? La respuesta parece obvia en el caso de un agrónomo, un zootécnico, un trabajador agrícola de una granja estatal, un vigilante de establos, un trabajador de la producción o un ingeniero de una fábrica industrial de grasas, etcétera. Pero los ocupados en grandes empresas agrícolas constituyen una comunidad tan grande y diferenciada que el término "agricultor" no resulta tal vez adecuado. Al igual que en el caso de la industria, puede convenir más hablar de la agricultura como una división ocupacional. La distinción entre ocupación, oficio o profesión, especialidad o empleo puede presentar ciertas dificultades, pero esto se aplica a todas las ramas del empleo. Y si se acepta que la agricultura plantea dificultades mayores, será sólo cuestión de diferencia de grado.

Sin embargo, la agricultura plantea una dificultad particular, porque aquí está comprendida una categoría en relación con la cual el término "agricultor" no puede rechazarse simplemente como demasiado general. Esto podría aplicarse correctamente a los empleados de instituciones y empresas agrícolas. Pero esta categoría incluye a la familia que cultiva una granja campesina individual. Por supuesto, en este caso se puede distinguir entre los fruticultores, los criadores de cerdos, los apicultores, los cultivadores de tabaco, etcétera. Pero la mayoría de las familias campesinas participan en una producción tan diferenciada que el término general de agricultores puede ser equívoco aquí y aplicarse mejor a los empleados de las empresas agrícolas. La proposición de que una familia que opera su granja propia sigue la profesión agrícola genera muchas dudas, y no sólo por el carácter general del término agricultor. Es el hecho de que comprende a la familia, y no a una persona, lo que genera una duda inmediata. Sin embargo, si se usa el término profesión con referencia a las familias que operan sus granjas propias, esta profesión debe distinguirse como una profesión particular, esencialmente diferente de otras, en relación con los rasgos que

* Boguslaw Galeski, "Sociological problems of the occupation of farmers", *Annals of Rural Sociology*, Número Especial, 1968, pp. 9-26. Traducido al inglés por Jerzy Syskind.

determinan que una clase dada de trabajo se considere como seguimiento de una profesión. Pero el término profesión no se usa entonces en relación con otras características.

Definición del término profesión

El término profesión se usa generalmente para designar un complejo de actividades que:

- Se distinguen de otras actividades y se realizan continuamente;
- Se ejecutan a nombre de otras personas (sociedad) o a su servicio;
- Constituyen una fuente estable de mantenimiento;
- Requieren cierta preparación para seguirlas, es decir, para trabajar sostenidamente en beneficio de otros a cambio de los medios de subsistencia.

Ninguna de estas características (que fluyen unas de otras) basta por sí sola para definir algún complejo dado de actividades como una profesión. Podemos observar muchos complejos claros de actividades internamente conectadas que —como escribe J. Szczepanski (1963a)— para nadie constituyen un oficio o profesión (por ejemplo, un ama de casa que prepara los alimentos para la familia), aunque en condiciones diferentes estas mismas actividades pueden definirse sin vacilar como constitutivas de una profesión (la preparación de alimentos en un restaurante, por ejemplo). También podemos observar muchos individuos con fuentes estables de mantenimiento que no ejercen alguna profesión (personas mantenidas por sus familias, o con cuentas bancarias). O puede haber actividades que realizamos tras una preparación especial que no constituyan una profesión. Tal es el caso, por ejemplo, de la conducción de un automóvil, a menos que se haga por una remuneración y para servir a otras personas (taxistas). Y hay muchas ocupaciones, como la limpieza de las calles por ejemplo, que no requieren preparación ni calificaciones. Además, hay personas que realizan alguna actividad sin ninguna ganancia en mente, lo que indica que el trabajo en beneficio de otros no es siempre un criterio distintivo de la profesión, aunque es sin duda el más importante. Vemos entonces que la aparición simultánea de un complejo de características constituye la base para la distinción de una profesión, la que puede definirse como un complejo de actividades realizadas constantemente en beneficio de otras personas a cambio de los medios de subsistencia. O en términos más breves: un complejo de actividades realizadas continuamente que consisten en

el intercambio del trabajo individual por el social. Así entendemos en este ensayo el término profesión.

Debe advertirse entre paréntesis que el término se usa a menudo para designar comunidades ocupacionales o profesionales. Así hablamos, por ejemplo, de la profesión del médico, teniendo en mente a la totalidad de los médicos. Usaremos aquí el término "categoría profesional" en ese sentido, entendiendo por tal una comunidad de personas que siguen la misma profesión.

Según la definición anterior, muchas ocupaciones enumeradas en los censos no pueden considerarse como categorías profesionales. Es difícil, por ejemplo, aceptar la propiedad (de tierra, edificios o capital, etcétera) como una categoría profesional, si la actividad se limita a la obtención de ganancias[1] y no comprende la administración de una empresa; en cambio, la mayoría de los líderes políticos de hoy serían incluidos en la categoría profesional porque su actividad es la base de su sostenimiento. En ciertos casos —como vimos antes con referencia al ama de casa y el conductor de automóviles—, algunos complejos de actividades tienen a veces el carácter de profesiones y las personas que las realizan pertenecen a categorías profesionales dadas, y en ciertos casos no ocurre así. Es esencial aquí que la actividad se convierta o no en una profesión, y en qué condiciones. En relación con algunos tipos de actividad puede decirse que están experimentando un proceso social de profesionalización. Las características anteriores determinantes de la vocación pueden servir no sólo como criterios para la consideración de algún complejo de actividades como una profesión, sino también como determinantes del proceso de profesionalización que se desarrolla en un campo dado. Con las características antes mencionadas como criterios, puede aceptarse que el proceso de profesionalización de cierto trabajo es el más avanzado, y que la actividad puede definirse más básicamente como la práctica de una profesión:

— Cuanto más claramente se distinga de otros el complejo de actividades considerado, por oposición a la actividad familiar; cuanto más interconectado sea el sistema de la división social del trabajo, por oposición al trabajo creativo (o familiar) para uno mismo;
— Cuanto más sirva como una base permanente de sostenimiento, por oposición a las ocupaciones casuales;
— Cuanto más claramente se definan las calificaciones necesarias para su práctica y más especializadas sean las instituciones donde puedan adquirirse las calificaciones que permitan realizar la actividad dada, por oposición al trabajo que cualquiera puede hacer.

[1] Figuran en la llamada escala de North-Hatta. Véase, por ejemplo, Kolb, 1949, p. 465.

Por supuesto, en vista de la tendencia a la desaparición de la función económica de la familia en nuestra época, puede sostenerse que el trabajo del ama de casa está experimentando un proceso de profesionalización, algo evidente ya en algunos países, de acuerdo con los determinantes antes mencionados. Lo mismo puede decirse tal vez del trabajo de un líder político (el proceso de profesionalización está muy avanzado aquí). Este proceso es muy evidente en relación con los cambios sociales en las características del trabajo de las familias que operan granjas individuales.

Peculiaridades de la profesión del agricultor

Aplicado al trabajo de una familia en una granja individual, el término profesión implica características sociales que lo distinguen claramente de otras ocupaciones. Las siguientes son algunas de sus características más importantes:[2]

1) El trabajo lo realiza la familia. Más aún, el patrón generalmente aceptado de la organización del trabajo en una granja individual supone la participación familiar.[3] De otro modo no se realiza por completo, no se hace correctamente, o encuentra considerables dificultades. Contra lo que ocurre en el caso de la producción doméstica, que a menudo incorpora a la familia pero podría ser sustituido con facilidad por algún otro grupo, en la granja individual el alcance y el sistema de la actividad están armoniosamente ligados con la familia como grupo de producción, de acuerdo con las capacidades físicas de los miembros de la familia y sus lugares dentro de ella.

2) El lugar del agricultor (o de la familia) en la categoría profesional se designa por su posición de clase. Su adelanto profesional está conectado con el grado de posesión de medios de producción. Esta característica no es peculiar de la profesión de agricultor, porque la posición de clase se relaciona en general estrechamente (a veces muy estrechamente, como ocurre en las artesanías, por ejemplo) con la posición profesional. El director de una fábrica capitalista es a menudo un copropietario; un oficinista es generalmente un trabajador asalariado. Pero en el caso del agricultor hay una identificación de la clase y la posición profesional. El papel del agricultor como propietario es inseparable de su papel como productor. Aquí se define la posición de clase del propietario como la del productor. Cuanto más rico sea el agricultor, en mayor medida será un organizador y administrador, mientras que el pequeño agricultor trabaja tam-

[2] Véase un tratamiento más amplio en Galeski, 1963a.
[3] Las granjas operadas por hombres o mujeres solteros no se consideran dotadas de valor pleno. Véase, por ejemplo, Wierzbicki, 1963.

bién como un ejecutivo no sólo para sí mismo sino también para sus vecinos.

3) El trabajo del agricultor es autónomo en alto grado. Produce objetos que satisfacen sus propias necesidades básicas. Todas las demás vocaciones pueden seguirse sólo en conexión con la práctica de otras vocaciones. De otro modo el productor individual no podría trabajar, ni aun existir. Es cierto que tampoco el agricultor moderno podría existir sin el trabajo de los miembros de otras ocupaciones, pero no hace mucho tiempo que la familia campesina producía casi todo lo necesario para su existencia. Por lo tanto, la relación entre la vocación del agricultor y otras ocupaciones no tiene igual peso en ambos lados. La sociedad no podría existir sin el agricultor, mientras que, aunque su vida sería inmensamente más difícil si no estuviera ligado a un sistema de división social del trabajo, el agricultor todavía podría sobrevivir.

4) La actividad que constituye el trabajo del agricultor no sólo tiene gran alcance sino que constituye además la base de otras ocupaciones. No es precisamente que el agricultor deba saber muchas cosas. Hay muchas ocupaciones donde los conocimientos de muchos campos son útiles o aun necesarios. Aunque ciertos conocimientos en el campo de la construcción, por ejemplo, son útiles para que el director de una empresa grande pueda orientarse en cuanto a las inversiones en edificios de la empresa, éste no trabaja como carpintero ni albañil. En cambio, los agricultores deben realizar a menudo un trabajo que constituye la base de otras ocupaciones. Ante todo realiza la ocupación del agricultor propiamente dicha (cría de animales, cuidado de los cultivos, organización de la producción, etcétera), luego otras actividades conectadas con la agricultura (procesamiento de alimentos, por ejemplo), o aun ocupaciones no agrícolas (reparación de herramientas e implementos, transporte, construcciones menores, etcétera). El agricultor no puede tener la preparación necesaria para todos los trabajos que realiza, pero lo más importante es que los ejecuta en la misma forma en que se repara una lámpara eléctrica en casa, es decir, no profesionalmente. Pero son precisamente todas estas tareas las que constituyen la profesión del agricultor.

Por lo tanto, la consideración de la peculiaridad de la profesión del agricultor sugiere la conclusión siguiente. El trabajo de una familia que administra su propia granja puede definirse como la práctica de una profesión sólo por razón de que, como trabajo productivo que provee los medios de subsistencia, ocupa un lugar definido en la moderna organización de la producción basada en la división social del trabajo. Pero en esencia este trabajo no tiene las características de una profesión, y constituye un vestigio de un modo diferente de organización social de la

producción, no basado en la división de las ocupaciones. Sin embargo, el conjunto de actividades que constituyen el trabajo de una granja familiar ya está considerablemente limitado y en el proceso de restringirse aún más por el desarrollo de la división social del trabajo fuera de la granja. Hay, pues, en efecto, un proceso de adaptación de este tipo de trabajo al patrón ocupacional de la organización de la producción en la sociedad.

El proceso de profesionalización del trabajo del agricultor

El proceso de profesionalización del trabajo del agricultor puede analizarse en una perspectiva amplia, porque se expresa en muchas direcciones debido al carácter de la granja individual: los cambios en la granja y la familia, la forma de trabajar del agricultor, los campos de actividad que la componen, el modo de pensar del agricultor acerca de la granja y su actitud hacia su trabajo. Este proceso puede concebirse también en el marco de las transformaciones sociales generales expresadas en cambios de la estructura social por ocupaciones, clases y profesiones.

Utilizamos la formulación estructura clase-profesión porque en las condiciones de la propiedad privada de los medios de producción hay una conexión clara entre el lugar del individuo en la clase y la estructura profesional; con referencia a los agricultores esta relación se ha definido como identificación. El agricultor (familia que administra una granja individual) es muy a menudo al mismo tiempo propietario de la tierra, empresario, productor y vendedor de sus productos. Si "propietario" significa una clase exclusiva y "productor" una posición ocupacional —aunque conectada con una posición de clase u otra—, las posiciones de empresario y vendedor pueden tener un carácter de clase (si se conectan con la propiedad de los medios de producción) o de profesión (gerente de producción o ventas, un trabajador empleado en el almacenamiento, embarque o procesamiento y en el servicio a los clientes). En condiciones capitalistas se puede hablar de concentración de la tierra, sobre todo en manos de los acreedores hipotecarios. Existe también la concentración y centralización de otros medios de producción a resultas del endeudamiento y la actividad de las empresas que rentan equipo agrícola o proveen servicios agrícolas (por ejemplo, las empresas que realizan varias operaciones para los agricultores con sus propias cuadrillas y máquinas). Existe también la concentración de la producción y el mercadeo de los productos agrícolas mediante las operaciones de corporaciones especiales de la industria alimentaria, los contratos de producción con empresas privadas, el control completo del mercado, etcétera. Esto conduce, como dice Marx, a una situación en que, bajo el capita-

bién como un ejecutivo no sólo para sí mismo sino también para sus vecinos.

3) El trabajo del agricultor es autónomo en alto grado. Produce objetos que satisfacen sus propias necesidades básicas. Todas las demás vocaciones pueden seguirse sólo en conexión con la práctica de otras vocaciones. De otro modo el productor individual no podría trabajar, ni aun existir. Es cierto que tampoco el agricultor moderno podría existir sin el trabajo de los miembros de otras ocupaciones, pero no hace mucho tiempo que la familia campesina producía casi todo lo necesario para su existencia. Por lo tanto, la relación entre la vocación del agricultor y otras ocupaciones no tiene igual peso en ambos lados. La sociedad no podría existir sin el agricultor, mientras que, aunque su vida sería inmensamente más difícil si no estuviera ligado a un sistema de división social del trabajo, el agricultor todavía podría sobrevivir.

4) La actividad que constituye el trabajo del agricultor no sólo tiene gran alcance sino que constituye además la base de otras ocupaciones. No es precisamente que el agricultor deba saber muchas cosas. Hay muchas ocupaciones donde los conocimientos de muchos campos son útiles o aun necesarios. Aunque ciertos conocimientos en el campo de la construcción, por ejemplo, son útiles para que el director de una empresa grande pueda orientarse en cuanto a las inversiones en edificios de la empresa, éste no trabaja como carpintero ni albañil. En cambio, los agricultores deben realizar a menudo un trabajo que constituye la base de otras ocupaciones. Ante todo realiza la ocupación del agricultor propiamente dicha (cría de animales, cuidado de los cultivos, organización de la producción, etcétera), luego otras actividades conectadas con la agricultura (procesamiento de alimentos, por ejemplo), o aun ocupaciones no agrícolas (reparación de herramientas e implementos, transporte, construcciones menores, etcétera). El agricultor no puede tener la preparación necesaria para todos los trabajos que realiza, pero lo más importante es que los ejecuta en la misma forma en que se repara una lámpara eléctrica en casa, es decir, no profesionalmente. Pero son precisamente todas estas tareas las que constituyen la profesión del agricultor.

Por lo tanto, la consideración de la peculiaridad de la profesión del agricultor sugiere la conclusión siguiente. El trabajo de una familia que administra su propia granja puede definirse como la práctica de una profesión sólo por razón de que, como trabajo productivo que provee los medios de subsistencia, ocupa un lugar definido en la moderna organización de la producción basada en la división social del trabajo. Pero en esencia este trabajo no tiene las características de una profesión, y constituye un vestigio de un modo diferente de organización social de la

producción, no basado en la división de las ocupaciones. Sin embargo, el conjunto de actividades que constituyen el trabajo de una granja familiar ya está considerablemente limitado y en el proceso de restringirse aún más por el desarrollo de la división social del trabajo fuera de la granja. Hay, pues, en efecto, un proceso de adaptación de este tipo de trabajo al patrón ocupacional de la organización de la producción en la sociedad.

El proceso de profesionalización del trabajo del agricultor

El proceso de profesionalización del trabajo del agricultor puede analizarse en una perspectiva amplia, porque se expresa en muchas direcciones debido al carácter de la granja individual: los cambios en la granja y la familia, la forma de trabajar del agricultor, los campos de actividad que la componen, el modo de pensar del agricultor acerca de la granja y su actitud hacia su trabajo. Este proceso puede concebirse también en el marco de las transformaciones sociales generales expresadas en cambios de la estructura social por ocupaciones, clases y profesiones.

Utilizamos la formulación estructura clase-profesión porque en las condiciones de la propiedad privada de los medios de producción hay una conexión clara entre el lugar del individuo en la clase y la estructura profesional; con referencia a los agricultores esta relación se ha definido como identificación. El agricultor (familia que administra una granja individual) es muy a menudo al mismo tiempo propietario de la tierra, empresario, productor y vendedor de sus productos. Si "propietario" significa una clase exclusiva y "productor" una posición ocupacional —aunque conectada con una posición de clase u otra—, las posiciones de empresario y vendedor pueden tener un carácter de clase (si se conectan con la propiedad de los medios de producción) o de profesión (gerente de producción o ventas, un trabajador empleado en el almacenamiento, embarque o procesamiento y en el servicio a los clientes). En condiciones capitalistas se puede hablar de concentración de la tierra, sobre todo en manos de los acreedores hipotecarios. Existe también la concentración y centralización de otros medios de producción a resultas del endeudamiento y la actividad de las empresas que rentan equipo agrícola o proveen servicios agrícolas (por ejemplo, las empresas que realizan varias operaciones para los agricultores con sus propias cuadrillas y máquinas). Existe también la concentración de la producción y el mercadeo de los productos agrícolas mediante las operaciones de corporaciones especiales de la industria alimentaria, los contratos de producción con empresas privadas, el control completo del mercado, etcétera. Esto conduce, como dice Marx, a una situación en que, bajo el capita-

lismo "el pequeño predio del campesino es ahora sólo el pretexto que permite al capitalista obtener ganancias, intereses y rentas del suelo, mientras deja que el labrador del suelo se las averigüe para extraer sus salarios" (1852, p. 178). El desarrollo del capitalismo reduce al agricultor a la posición de clase de un trabajador (y no tan definida como la de un trabajador industrial), y al papel ocupacional de un productor. Este proceso de polarización de clase es así, al mismo tiempo, uno de profesionalización del trabajo del agricultor. Pero no se han eliminado las bases de la aparición tanto de elementos de clase como ocupacionales en la situación del agricultor, mientras este proceso no elimine la granja campesina. Sin embargo, una expresión de este proceso es el hecho de que estos elementos difieren en tipos individuales de granjas y aparecen en proporciones diferentes. Aunque este proceso no ha abolido hasta ahora la granja campesina individual, su dirección es clara y definitiva.

En las condiciones socialistas, tanto en la esfera de la existencia de las granjas individuales (o en el modelo socialista que supone su persistencia) como con el predominio de las granjas familiares (granjas cooperativas de productores), el proceso de profesionalización, consistente en la separación de las funciones del organizador de la producción, el productor y el vendedor, no está conectado con la polarización de clase. Y aunque este proceso está muy avanzado en algunos países, no se ha realizado por completo.

El proceso de la división del trabajo del agricultor en las tareas de organizador y director de producción, de productor y distribuidor se conecta, tanto bajo el capitalismo como bajo el socialismo, con el surgimiento de grandes empresas agrícolas integradas en sentido vertical u horizontal. Es cierto que en las grandes empresas agrícolas no hay sólo una separación de las funciones en cuestión aquí (ante todo las funciones de organización, administración y producción), sino también una división de las actividades que integran el trabajo del agricultor en diversas especialidades ocupacionales; por ejemplo, la contabilidad agrícola, la cría de ganado, el cultivo de huertos y el cultivo de campos. Surge además una jerarquía de puestos ocupacionales o profesionales: director de empresa, agrotécnico, capataz de cuadrilla, trabajador agrícola. Lo mismo se aplica a una empresa basada en la integración vertical, excepto que las funciones de vendedor, procesador y productor están claramente separadas aquí. Pero hay también una diferenciación de las funciones de organización y administración que se separan de la granja y se concentran en la empresa. Esto va acompañado de un estrechamiento del campo de la actividad productiva de la familia campesina a causa de las agencias de servicios para la producción, como la estación de máquinas, por ejemplo.

El surgimiento de grandes empresas agrícolas está conectado con la adquisición por la granja individual de elementos de una empresa y con la separación de la economía familiar del establecimiento productivo. En consecuencia, tienden a debilitarse las características que distinguen la profesión del agricultor de otras ocupaciones. El resultado del surgimiento de las empresas agrícolas y la aparición en la granja campesina de elementos de una empresa es un incremento de la división del trabajo agrícola y la formación de estructuras profesionales diferenciadas en esta división de la economía nacional. Con la formación de estas estructuras el término agricultor se vuelve menos adecuado cada vez, y conviene más hablar de diversas categorías profesionales en la agricultura en una esfera cada vez más amplia. Y con el progreso del proceso de profesionalización, el término de clase o estrato campesino se vuelve cada vez menos aplicable. Pero estas cuestiones requieren un tratamiento separado.

Debe tenerse presente, sin embargo, que la granja individual no es sólo una empresa sino también una economía familiar. El proceso de profesionalización del trabajo del agricultor no se efectúa sólo por el estrechamiento del campo de la actividad productiva de la familia, sino también por la reducción de sus tareas en la economía familiar. Con la expansión de la división social general del trabajo varias actividades tradicionales de la familia agricultora (por ejemplo la fabricación de vestidos) se transfieren definitivamente a los establecimientos industriales. Otras tareas económicas y de formación de la familia agricultora se reducen también (por la escuela, el club, la casa-cuna y el jardín de niños), aunque este proceso es más lento que en las áreas urbanas, porque afronta varias dificultades conectadas con la existencia de la granja y de patrones familiares subordinados al funcionamiento de la granja.

Por último, en relación con el proceso de profesionalización aumenta el número de propietarios de granjas pequeñas empleados regularmente y con ventaja en ocupaciones no agrícolas remuneradas. Aquí el proceso de profesionalización no ocurre en conexión con la formación de estructuras ocupacionales de trabajo agrícola y con el aumento de la red de servicios sociales productivos y no productivos para beneficio de las familias rurales. El proceso se efectúa más bien por los cambios en el carácter mismo de los asentamientos rurales que en gran medida se están convirtiendo en centros residenciales de poblaciones conectadas en cuanto a la ocupación con la ciudad y la industria. La consideración del patrón familiar de producción que constituye el fundamento de la granja campesina individual y de la profesión del agricultor requiere también que se advierta la tendencia anterior, porque esta es la causa de la limitación del patrón de producción de la granja, en este caso porque el propietario va a

trabajar en ocupaciones no agrícolas, y porque la granja individual pierde las características de una empresa y asume los rasgos de una economía familiar.

Es imposible dejar de advertir en todo examen de la profesionalización que su fuente se encuentra fuera de la granja. Porque los principales impulsos del cambio se generan en el mercado y la industria. La intervención estatal desempeña aquí un papel importante. La prohibición de fragmentación de la tierra, la introducción de la seguridad social y las pensiones de retiro, el requerimiento de educación agrícola para los herederos, la diseminación de los servicios agrícolas, etcétera, son algunas expresiones de tal intervención.

A escala macrosociológica, un análisis de la profesionalización del trabajo, de su rapidez, y de las dificultades que afronta y las que crea, requiere una investigación de las variables de la estructura socio-ocupacional de la población agrícola, al igual que de los habitantes rurales en general. Esto ha sido tratado por separado (Galeski, 1963b) y no hay necesidad de desarrollar aquí el tema. Pero el proceso de profesionalización de la mano de obra agrícola puede analizarse desde otro ángulo: el de la actitud del agricultor hacia su trabajo y su ocupación.

La actividad ocupacional del agricultor y su actitud hacia el trabajo y la granja

Continuamos empleando el término "agricultor" en el sentido de una familia que opera una granja individual o una granja multifamiliar. Como antes vimos, este término es demasiado general e inadecuado en relación con los otros individuos empleados en la agricultura: en las grandes empresas agrícolas las plantas de procesamiento y los establecimientos que sirven a la granja campesina (y a la economía agrícola en general), la administración agrícola, y las estaciones agrícolas y las instituciones científicas, al igual que en el sistema de difusión del conocimiento agrícola. En relación con este personal agrícola, el tema sociológico no difiere básicamente del tema general de la sociología del trabajo, aunque aquí aparecen ciertas variaciones conectadas con el pequeño número de establecimientos de trabajo, la división del trabajo relativamente poco desarrollada, la relación entre el lugar de trabajo y de residencia (con mayor razón si se vive en el campo), al igual que las variaciones conectadas con las características técnicas de la producción agrícola. Aquí sólo tocamos en forma periférica la cuestión de las actitudes ocupacionales del personal agrícola empleado fuera de la granja, porque se trata de delinear primordialmente cuestiones que quedan fuera del alcance de otras ramas de la sociología pero que son

temas de la sociología rural. Sólo un problema de los trabajadores agrícolas requiere aquí por lo menos algunas observaciones.

En la literatura sociológica de los últimos años, y sobre todo en la del periodismo, se ha expresado la convicción de que el motivo principal de la salida de los jóvenes de la aldea es la forma de vida basada en la granja individual, y no las condiciones de la vida en la agricultura. En otras palabras, que no es una salida de la agricultura, sino de la forma de vida campesina (Chalasinski, 1963). Esta conclusión, correcta en lo general, parece demasiado simplista. El joven campesino sin duda rechaza esta forma de vida que le niega los valores a que aspira (ante todo una profesión), conectados con la ciudad y la industria. Sin embargo, el fenómeno se presenta en medida mayor aún en las granjas grandes, donde los métodos agrícolas no generan necesariamente las características de la forma de vida campesina, dado que estas características seguramente no aparecen en mayor escala que en la granja familiar campesina. En consecuencia, parece que el papel decisivo lo desempeñan aquí las difíciles condiciones del trabajo en la agricultura. Pero hay también otros factores que inclinan a los jóvenes a abandonar la aldea, conectados con la forma de vida basada en la granja campesina individual, así como factores que moderan este fenómeno. Debemos decir sin mayores comentarios que esta cuestión indica también la necesidad de un estudio separado de la situación de los jóvenes en las granjas individuales. Esta situación no es comprensible sin considerar los rasgos particulares de la familia campesina, porque cuando los jóvenes rurales abandonan la granja no sólo dejan su lugar de trabajo sino también sus hogares familiares. La aversión de los jóvenes a trabajar en la agricultura en general debe considerarse como un problema separado, porque la cuestión de la forma de vida campesina no parece desempeñar aquí ningún papel importante.

Pasamos ahora al primer problema sociológico en conexión con la cuestión del incentivo, para la actividad ocupacional o con la actitud en que se basa. Al determinar los factores que influyen en el nivel de la actividad ocupacional en alguna esfera, los economistas suelen inclinarse a considerar como decisivo el ingreso logrado a resultas de la actividad. Esto es sin duda una exageración. El trabajo no sólo puede realizarse para obtener medios de subsistencia y sin consideración de la magnitud de los ingresos que produzca. Aparte de los incentivos económicos pueden operar algunos incentivos ideales como el espíritu de emulación, la satisfacción de un trabajo bien hecho, etcétera. Las motivaciones para el trabajo que trascienden lo económico se relacionan firmemente con ciertas situaciones (guerra, revolución), o con ambientes dados (inventores, artistas, científicos, escritores, líde-

res cívicos), pero su efecto sobre la actividad ocupacional está fuera de duda. Sin embargo, hay una base para la simplificación del economista. Tanto en los sistemas capitalistas como en los socialistas el ingreso determina el acceso de un individuo a muchos valores generalmente deseados. En las condiciones del socialismo, la influencia del incentivo material está sin duda limitada por las diferencias considerablemente reducidas entre los ingresos y por el más limitado acervo de valores que el dinero puede adquirir. Luego tenemos la significación limitada del dinero respecto de los valores que puede adquirir. Por ejemplo, la adquisición de bienes raros está determinada bajo el socialismo no sólo por la cantidad de dinero que se posea (la oferta escasa de los artículos no siempre afecta su precio fijado por el Estado), sino también por otros factores, como el sistema de distribución, por ejemplo. Sin embargo, el principio de "a cada quien de acuerdo con su actuación", adoptado por el socialismo, encuentra su expresión también en la diferenciación del ingreso, y por tanto del acceso a valores generalmente deseados. Este principio es la base de la proposición de que la magnitud del ingreso bajo el socialismo expresa el grado de reconocimiento social del trabajo del individuo. Es obvio entonces que el deseo de obtener medios de subsistencia y de elevar nuestro ingreso es el factor más potente y, a escala masiva, el decisivo en la actividad ocupacional, a excepción de situaciones insólitas o de círculos sociales particulares. Así pues, cuando la política económica tiene una influencia decisiva sobre el comportamiento de los incentivos afecta en gran medida no sólo el nivel y la dirección de la actividad ocupacional sino también la totalidad de las relaciones interpersonales, a causa de la importancia de la vida económica.

Sin dejar de reconocer el papel básico de los incentivos económicos, sería incorrecto reducirlos sólo a los incentivos del mercado por lo que toca a la familia campesina. Porque éste no es su única fuente de ingresos, y en algunos casos la fuente principal se encuentra en otra parte.[4] Lo más importante es que sería un error creer que la familia campesina considera la granja sólo como un medio de ingreso. Esto es quizá así en relación con algunas granjas de carácter claramente empresarial: las granjas capitalistas, por ejemplo, o algunas granjas comerciales "especializadas" de Europa Occidental y los Estados Unidos (véase Rogers, 1960). Primero, la granja campesina está ligada directamente a la satisfacción de las necesidades de la familia, de modo que algunos cambios efectuados por la familia no están conectados con la situación del mercado. Segundo, la granja es también el lugar en que vive la familia campesina, de modo que todas las mejoras o las inversiones importantes tratan de mejorar directa-

[4] Por ejemplo, la familia de los llamados agricultores a tiempo parcial.

mente las condiciones de vida de la familia. El ingreso familiar puede canalizarse en gran medida hacia las mejoras (edificios nuevos, por ejemplo) no tanto para producir más, o a costos menores, sino simplemente para que la familia pueda vivir con mayor comodidad. En muchos casos no pueden separarse los aspectos de producción y consumo de la inversión. Al construir una vivienda nueva, la que por regla general ocupa el primer lugar en la lista de intenciones de inversión de la familia (Galeski, 1962), la familia mejora la granja y eleva el nivel de vida al mismo tiempo.

Así pues, la granja es la base de la actividad ocupacional de la familia agricultora, pero la granja considerada como fuente de obtención e incremento de los ingresos y como meta del gasto del ingreso en ella como residencia y como vecindario. El problema del funcionamiento de los incentivos para la actividad ocupacional, y de los incentivos económicos en particular, es así una cuestión sociológica de contenido específico en relación con la profesión del agricultor (con la granja campesina). Es similar a la cuestión de la dirección de esta actividad.

Como antes se dijo, la situación de la familia agricultora se basa en la identificación de la clase y la posición profesional. En consecuencia, es posible que podamos examinar la actividad ocupacional en cualquiera de estos dos aspectos. La ampliación de la granja, según deseo tradicional (raras veces manifestado ahora bajo las condiciones polacas) es un tipo de actividad que definitivamente conduce a cambios en la clase y en la situación ocupacional. El agrandamiento de su explotación elimina la necesidad (o aun la posibilidad) de que el agricultor trabaje en otras ocupaciones o para sus vecinos. A menudo requiere el empleo de trabajadores agrícolas y siempre cambia la posición del agricultor en su ocupación, dado que hay un cambio en la proporción de su actividad administrativa y ejecutiva con el crecimiento de su papel como empresario y vendedor de bienes.

Pero permaneciendo en el campo de la actividad ocupacional, el hecho establecido de que el mecanismo de la estratificación rural propio del capitalismo no funciona en Polonia y otros países socialistas (o tiene sólo un campo marginal) justifica la proposición de que la combinación misma de las funciones de productor, empresario y vendedor en la actividad profesional del agricultor, proyecta la necesidad de considerar esta actividad como un factor de formación de diversas ocupaciones agrícolas y de autodeterminación del agricultor en el marco de la emergente estructura ocupacional de los agricultores. Pero mientras siga existiendo la granja campesina individual, la profesión del agricultor será una amalgama de diversas ocupaciones. En consecuencia, al examinar la actividad ocupacional del agricultor debe enunciarse la dirección de tal actividad, porque aquí puede

medirse por el insumo de mano de obra, el resultado de la producción, la organización racional del proceso de trabajo, la orientación del mercado, la introducción de mejoras técnicas, etcétera. Además, dado que el tiempo y el interés que el agricultor dedica a la granja no pueden separarse en interés en un establecimiento productivo y en una economía doméstica, todas las comparaciones generales y cuantitativas de la actividad vocacional del agricultor y el no agricultor parecen muy problemáticas (Makarczyk, 1961). En consecuencia, debemos definir con claridad la actividad bajo consideración: si se trata de comparar grupos diferentes de la población rural (Mleczko, 1962), o de la relación entre la actividad del individuo y la del grupo (Galaj, 1961). Pero en cualquiera de sus concepciones, la cuestión de la actividad ocupacional del agricultor no puede examinarse sin tomar en cuenta el hecho de que aquí está comprendida una profesión que combina la actividad de diversas ocupaciones y que constituye la base para su formación como ocupaciones separadas. Así pues, la actividad en la profesión del agricultor conduce siempre a alguna otra ocupación.

La proposición anterior se aplica también a la cuestión del llamado buen agricultor. Esta concepción, tan a menudo empleada en discursos públicos y en la prensa, como demuestra una investigación (Marek, 1964), no es en modo alguno uniforme en el campo. En primer lugar, en algunas regiones de cultura campesina tradicional un "buen agricultor" es por regla general uno que tiene mucha tierra.[5] En segundo lugar, aun cuando las características ocupacionales posean un valor independiente, esta concepción implica contenidos diferentes: un "buen agricultor" es un buen organizador de los procesos laborales, una persona diligente, una que sabe lo que conviene producir, un innovador en alguna especialidad agrícola, una persona de gran experiencia, el director de una escuela agrícola, o un popularizador de la ciencia agrícola. El estereotipo aceptado del "buen agricultor" puede diferir en las comunidades individuales y ser la base para la caracterización de los cambios más generales que están experimentando tales comunidades y para entender las dificultades que afronta la actividad que trata de convencer a los agricultores de una u otra medida conveniente para ellos. Por ejemplo, la actividad de un agrónomo para convencer a los agricultores de que es irracional la posesión de caballos puede resultar vana si en la comunidad dada el prestigio de un agricultor se basa en la posesión y no en los efectos económicos de su trabajo (Mendras, 1958). Es necesario entonces reconocer las distinciones entre tipos diferentes de "buenos agricultores" en las determinaciones

[5] La investigación realizada en 1960 por el Taller de Sociología Rural del Instituto de Economía Agrícola muestra que el 70 % de los entrevistados consideran que quien tenga poca tierra no puede ser un buen agricultor.

prácticas y en la investigación, mientras que en la propagación de la imagen ideal del "buen agricultor" debemos saber con claridad qué clase de "buen agricultor" tenemos en mente.

Esto conduce al problema de los caminos para el adelanto de la profesión del agricultor. Se sigue del carácter de la granja campesina que la jerarquía de posiciones en la profesión está conectada con la existente en la familia. El hecho de convertirse en jefe de la familia es sinónimo del logro de la independencia profesional. El adelanto en la profesión está consiguientemente conectado con los cambios en la familia y no con la calificación. El alcance de la madurez significa la adquisición de experiencia. La profesión de agricultor se inicia con la calidad de aprendiz y prosigue con el cuidado de los gansos, el pastoreo de las vacas y el servicio como ayudante agrícola, hasta la posición de agricultor.

Como antes vimos, el ascenso en la profesión del agricultor ocurre también en el plano de la clase por el paso de la posición de dueño de pequeños medios de producción a la de operador de una granja más grande. El lugar del individuo en la familia y la posición de la familia en la jerarquía de clase determinan así los caminos principales de ascenso en esta profesión. Sin duda también aquí la adquisición de una especialidad en alguno de los campos de actividad antes mencionados es esencial para la obtención de valores generalmente deseados, y en particular el reconocimiento de la comunidad de vecinos. La investigación sobre las ambiciones ocupacionales del agricultor nos permitiría establecer la importancia exacta de este factor. Sin embargo, hasta ahora este factor no ha determinado las rutas principales del ascenso en la vocación. La importancia relativamente menor de la escuela preparatoria, de la adquisición de calificaciones (aquí primordialmente la calificación de la propiedad de la tierra) para el adelanto profesional, es consecuencia de variables particulares de esta ocupación que desalientan a muchos jóvenes en cuanto a ligar su futuro a la granja.

El proceso de profesionalización del trabajo agrícola y el surgimiento de grandes empresas agrícolas con una estructura ocupacional diferenciada abren rutas nuevas de adelanto en la profesión. Pero mientras subsista la granja campesina individual una parte considerable de la población seguirá siendo excluida de ese mecanismo.

Un adulto joven adquiere generalmente suficiente experiencia en una granja campesina para poder administrarla. Las actividades que el niño o la niña realizan en la granja familiar están conectadas con su edad y los preparan para el papel de agricultor (Chalasinski, 1937, vol. 1). La trasmisión de conocimientos consiste en la iniciación gradual de los aprendices en todos los rituales de la ocupación (Dobrowolski, 1937), lo que va de la

mano con la inculcación de normas y valores morales, creencias y costumbres dadas. Pero la naturaleza del conocimiento que consiste en la experiencia acumulada de sus abuelos y en el mecanismo de su trasmisión lleva consigo el gran peso de la tradición y constituye el fundamento del conservadurismo en el modo del trabajo del agricultor. En este sistema de trasmisión del conocimiento la escuela es un elemento extraño, proveniente del exterior. Limita la influencia de la familia en la crianza, saca al niño del sistema armonioso del trabajo y vida, y le introduce patrones conscientes que resultan disonantes con ese sistema, y valores extraños o de imposible realización dentro del mismo (Chalasinski, 1937, vol. 4); así se explica la resistencia que afronta la escuela en las áreas rurales. Pero el conjunto constantemente creciente de conflictos entre el agricultor y la sociedad de fuera de la aldea impele al reconocimiento de la necesidad de esta institución y es la base de su aceptación. Sin embargo, si bien es cierto que la escuela académica general ha sido plenamente aceptada en muchos países, la escuela profesional agrícola encuentra todavía considerable resistencia al reconocimiento de su valor en la preparación de una persona joven para la dirección de una granja,[6] y más aún a la aceptación de su utilización efectiva para ese propósito (Galeski y Wyderko, 1959). Como en el caso de la escuela general, la escuela agrícola se convierte en un elemento indispensable de la preparación profesional sobre todo como resultado de regulaciones gubernamentales, o sea de presiones desde el exterior.[7] Sin embargo, la mayoría de los países ha tomado medidas para la difusión de los servicios agrícolas.

En la mayoría de los países, la prensa, la radio y la televisión organizan charlas con los agricultores, según los mismos lineamientos de los programas de consejos prácticos para las mujeres. Esto se debe a las características específicas del trabajo agrícola, que se considera como una profesión sólo en sentido formal y no —ni puede considerarse— en la realidad. Ninguna otra profesión está rodeada de tal polifacética actividad calculada para difundir el conocimiento científico. Los temas sociológicos en relación con esta actividad tienen muy a menudo un carácter práctico, y el objetivo de la investigación en este campo suele ser el descubrimiento de principios eficaces para la orientación de la actividad. Por ejemplo, los sociólogos investigan la forma en que el conocimiento agrícola llega al agricultor, la eficacia de los consejos de los agrónomos o de los proveedores de medios de pro-

[6] En una encuesta levantada por el Centro de Encuestas de la Opinión Pública, el 20 % de los agricultores consideró innecesaria la escuela agrícola para el agricultor. Véase Galeski, 1961.

[7] El Seym (parlamento) polaco adoptó en 1963 un decreto sobre la educación agrícola obligatoria de los herederos de una granja campesina.

ducción agrícola (alimentos para el ganado, maquinaria, fertilizantes). Investigan también los mecanismos de penetración de la información tecnológica nueva originada en los agrónomos o los agricultores innovadores y trasmitida por los agricultores líderes a los demás, así como los mecanismos del establecimiento de alguna tecnología como un patrón obligatorio en una comunidad dada (Rogers, 1960, p. 419), etcétera. Pero el proceso de difusión del conocimiento agrotécnico tiene un alcance sociológico más amplio. Tenemos en mente ante todo el carácter de la resistencia a las innovaciones técnicas en el campo. Esta resistencia tiene a menudo un contenido económico. No es fácil para un pequeño agricultor la compra del equipo necesario; es grande el riesgo de introducir alguna rama de la producción, y el insumo de mano de obra es elevado. Sin embargo, a menudo el motivo económico no es el único fundamento de la resistencia del agricultor a la introducción de mejoras. Como indicamos antes, es posible que los argumentos económicos no convenzan al agricultor si lo mueven otras consideraciones, como el prestigio basado en la propiedad y no en la productividad, por ejemplo.

El adelanto técnico cambia la manera de trabajar fijada como norma por la crianza familiar y, como señalamos antes, encuentra la oposición del conservadurismo rural. Los cambios en el modo de trabajo alteran también la división de las obligaciones en la familia o provocan su distribución desigual. Además modifican la forma de vida familiar prevaleciente, sus costumbres y el orden de las tareas fijados por generaciones. En consecuencia, las cuestiones conectadas con el adelanto son inseparables de todo el sistema de vida rural en que se basa la granja.

Además, la penetración de innovaciones técnicas se origina ante todo en el sistema de contactos con los vecinos, que son elementos de la estructura social rural. Las influencias externas que se olviden de esta estructura pueden efectuar un cambio u otro, pero serán de escaso efecto. Por ejemplo, la iniciación de cualquier medida por una familia de nivel bajo en la jerarquía del prestigio rural raras veces tiene éxito. En consecuencia, la opinión de los vecinos y la posición social autoevaluada ejercen una influencia esencial para que el agricultor tome o no alguna iniciativa. Es también importante en este sentido la clase de contacto con los agricultores por quienes conducen el trabajo de educación profesional entre ellos, es decir el hecho de que las posiciones de quienes imparten la información y quienes la reciben sean las de iguales o no, y la calidad de sus relaciones personales. Un agrónomo que ilustra al jefe de una familia agrícola en presencia de su esposa e hijos sobre la forma en que debe manejar su granja es un ejemplo de una forma ineficaz de difusión de la ciencia agrícola. Por lo tanto, esta cuestión no puede tratarse por separado de la familia rural y la comunidad aldeana.

La difusión del conocimiento agrotécnico corre a cargo del Estado y de organizaciones profesionales de agricultores. Esta cuestión, así como el problema del lugar del agricultor en la estructura ocupacional y la cuestión relacionada de la posición que ocupa el prestigio en la profesión del agricultor, requiere tratamiento por separado. Pero conviene advertir aquí que las organizaciones profesionales de agricultores generalmente tienen características particulares en comparación con otras organizaciones profesionales. Estos son rasgos conectados con las peculiaridades que caracterizan a la profesión del agricultor. Tienen en general un carácter más o menos claro de clase, aunque no sea éste su rasgo específico. Son organizaciones de representantes de pequeñas empresas y economías familiares. En consecuencia, su función consiste en organizar la actividad combinada de productores y consumidores, quienes son al mismo tiempo vendedores y empresarios en campos rentables para ellos. Así se explica la prioridad de las cuestiones económicas. Al mismo tiempo, las organizaciones profesionales de agricultores deben ocuparse de asuntos relativos a las familias que viven en comunidades territoriales dadas. Por lo tanto deben adquirir un carácter comunal. Este tipo de organización profesional combina así las características de un partido político, una cooperativa (productores, consumidores), y un autogobierno territorial. En las condiciones socialistas, en las que falta un fundamento para la estratificación rural (a resultas de la socialización de los medios de producción) o no se dan las condiciones para su profundización, el papel de clase de las organizaciones profesionales de agricultores se desvanece o es limitado. Puede establecerse entonces una identificación de las organizaciones profesionales, cooperativas y de autogobierno de los agricultores. Sin embargo, la formación de la estructura profesional del trabajo agrícola prepara el terreno para las organizaciones profesionales también en otras ocupaciones. Las organizaciones de este tipo no abarcan a la granja campesina aun cuando tengan carácter multifamiliar, es decir sean cooperativas de productores.

Las cuestiones conectadas con la profesión del agricultor consideradas antes constituyen por lo menos una base preliminar para la explicación del lugar del agricultor en la estructura ocupacional de la sociedad. Omitiendo la conexión entre la estructura ocupacional y la de clase, que aparece con especial claridad aquí, debemos afirmar que debido a las características objetivas de la profesión del agricultor es necesario separarla del sistema de ocupaciones, como la parte de la división social del trabajo que hasta ahora no ha sido entendida plenamente por el modelo ocupacional pero que está sujeta a dicho modelo y ha sido adoptada por él. Esto explica el hecho de que la evaluación social relativamente elevada de la ocupación del agricultor (Wesolowski y Sarapata, 1961) no corresponda a su atracción objetiva, es decir la atracción medida por la corriente de personas hacia la agricultura. En los análisis de la declinación de la profesión del agricultor suele haber una falta de percepción de las contradicciones entre el reconocimiento declarado y el expresado en el comportamiento. Tampoco se percibe debidamente que esta situación no puede modificarse básicamente mientras la agricultura siga siendo el dominio del modelo de producción familiar.

Los problemas sociológicos de la profesión del agricultor descritos aquí pertenecen, como indicamos, a la granja familiar campesina. La cuestión de los trabajadores agrícolas puede tratarse correctamente (a pesar de sus características indudablemente distintas) por la sociología del trabajo (de las ocupaciones). Porque la sociología rural se interesa específicamente por las ocupaciones de la familia campesina, tan básicamente diferentes de otras y tan inseparablemente conectadas con elementos arcaicos de la vida rural: la granja campesina, la familia, la sociedad rural. La temática de esta profesión incluye:

— La determinación de su unicidad general;
— El descubrimiento de las rutas seguidas por el proceso de profesionalización de la ocupación del agricultor.

Pueden observarse expresiones del proceso de profesionalización y de lo distintivo de la profesión del agricultor en los problemas sociológicos involucrados en la investigación de la ocupación, consecuentemente, en los problemas de:

— El fundamento de la actividad ocupacional y sus incentivos;
— La dirección de esa actividad;
— La autoridad y los caminos del avance ocupacional;
— La manera de adquirir conocimientos y las calificaciones necesarias para la práctica de esa profesión;
— Los caminos para la penetración y la difusión de la habilidad ocupacional.

El tema de la profesión del agricultor se relaciona con el carácter específico de las organizaciones profesionales de agricultores y el lugar de la profesión en la estructura social ocupacional. Pero esta cuestión se conecta más estrechamente con los problemas sociológicos de la sociedad rural y los estratos campesinos, y requiere un tratamiento separado.

REFERENCIAS

Chalasinski, J. (1937), *Mlode pokolenie chlopow* [*La joven generación de agricultores*], Varsovia.
— (1963), "Referat na zebraniu plenarnym I Wydzialu PAN" ["Informe ante una sesión plenaria del Departamento I de la Academia Polaca de Ciencias"].
Dobrowolski, K. (1937), "Chlopska kultura tradycyjna" ["Cultura campesina tradicional"], *Etnografia Polska*, vol. 1.
Galaj, D. (1961), *Aktywnosc spoleczno-gospodarcza chlopow* [*Actividad socioeconómica de los agricultores*], Varsovia.
Galeski, B. (1961), "Tresci zawodowe w opiniach rolnikow" ["La esencia de su ocupación en opinión de los agricultores"], *Wies Wspolczesna*, núm. 7.
— (1962), "Badania nad aktywnoscia zawodowa rolnikow" ["Investigación de la actividad ocupacional de los agricultores"], *Studia Socjologiczne*, núm. 1.
— (1963a), *Chlopi i zawod rolnika* [*Los campesinos y la ocupación de los agricultores*], Varsovia.
— (1963b), "Zawod jako kategoria socjologiczna: Formowanie sie sawodu rolnika" ["La ocupación como categoría sociológica: Formación de la profesión de los agricultores"], *Studia Socjologiczne*, núm. 3 (10).
— y A. Wyderko (1959), "Poglady chlopow na przyszlosc wsi" ["Opiniones de los campesinos sobre el futuro de la aldea"], *Wies Wspolczesna*, núm. 4.
Kolb, L. (1949), *Sociological Analysis*, Nueva York.
Makarczyk, W. (1961), "Czynniki stabilnosci i aktywnosci zawodowej rolinkow w gospodarstwach indywidualnych" ["Factores de la estabilidad y la actividad ocupacional de granjeros individuales"], *Studia Socjologiczne*, núm. 2.
Marek, J. (1964), "Z badan nad autorytetem w zawodzie rolnika" ["Investigación sobre la autoridad en la ocupación de los agricultores"], *Roczniki Socjologii Wsi*, vol. 1.
Marx, K. (1852), "The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte", Karl Marx y Frederick Engels, *Selected Works*, vol. 1, Lawrence & Wishart, 1950.
Mendras, H. (1958), *Les paysans et la modernization de l'agriculture*, París.
Mleczko, F. (1962), "Konceptualizacja badan nad aktywnoscia spolecznozawodowa rolnikow" [La conceptualización de la investigación de las actividades socioocupacionales de los agricultores"], *Studia Socjologiczno-Polityczne*, núm. 13.
Robinson, G. T. (1932), *Rural Russia Under the Old Regime*, Londres.
Rogers, E. M. (1960), *Social Change in Rural Society*, Appleton-Century-Crofts.
Szczepanski, J. (1963a), "Czynniki ksztaltujace zawod i strukture zawodowa" ["Factores que determinan la ocupación y la estructura ocupacional"], *Studia Socjologiczne*, núm. 3 (10).
— (1963b), *Elementarne projecia socjologii* [*Conceptos sociológicos elementales*], Varsovia.

Wesolowski, W., y A. Sarapata (1961), "Hierarchia zawodow i stanowisk" ["La jerarquía de ocupaciones y posiciones"], *Studia Socjologiczne*, núm. 2.
Wierzbicki, Z. T. (1963), *Zmiaca w pol wieku pozniej* [*Zmiaca después de cincuenta años*], Varsovia.

16. LA ECONOMÍA CAMPESINA COMO UNA CATEGORÍA EN LA HISTORIA ECONÓMICA *

Daniel Thorner

LAS ECONOMÍAS campesinas en nuestra opinión han sido y todavía son una forma generalizada de organización de la sociedad humana.[1] En virtud de su persistencia histórica las economías campesinas parecerían muy dignas de estudio por derecho propio y en sus propios términos. Cuando exploramos la literatura de la historia agraria en busca de análisis de las economías campesinas las encontramos dispersas en categorías tan diversas como "de subsistencia", "feudales", u "orientales". En los exámenes de las áreas llamadas "subdesarrolladas" las economías campesinas se tratan con frecuencia como conglomerados de unidades "de pequeña escala" o "minifundios". O bien pueden estar relegadas a una etapa intermedia o de transición entre las economías "primitivas" y las "modernas" (o "desarrolladas"). Por el contrario, creemos que hay esperanza de un gran rendimiento analítico si podemos encontrar una manera de tratar las "economías campesinas" como un grupo distinto.

Para este fin es esencial que definamos la economía campesina como un sistema de producción y que la distingamos de otros sistemas históricos tales como la esclavitud, el capitalismo y el socialismo. En consecuencia, vamos a tratar de establecer una definición tentativa de la economía campesina, y luego la ilustraremos con varios ejemplos que mostrarán algunas de las diversas formas asumidas por las economías campesinas en continentes diferentes en los tiempos modernos. Bajo la diversidad aparente encontraremos en cada caso un núcleo común.

Antes de especificar las características determinantes de la economía campesina debemos aclarar por completo nuestro nivel de análisis. Nos ocupamos aquí de las características del conjunto de la economía de los países grandes. Nuestras unidades serán a la escala de reinos o imperios (el Japón, la Rusia zarista, China), naciones (México), y grandes posesiones imperiales (la India, Indonesia).

* Daniel Thorner, "Peasant economy as a category in economic history", *Deuxième Conférence Internationale d'Histoire Economique, Aix-en-Provence*, 1962, vol. 2, Mouton, pp. 287-300.

1 Muchos autores han utilizado el término de economía campesina para describir el funcionamiento de las unidades familiares *individuales*. Preferimos reservar el término para economías enteras con ciertas características que especificaremos en el curso de este ensayo.

Excluimos de nuestro análisis las posesiones pequeñas, los estados minúsculos y las subregiones de estados grandes. Tampoco nos ocupamos de sectores campesinos de economías que, en conjunto, no son economías campesinas. *No* excluimos las naciones pequeñas. Muchas de ellas, como Ceilán, Paraguay, Siria, Cerdeña, Irlanda y Escocia antes de la Unión, han tenido economías campesinas, y algunas todavía las tienen. Pero en este ensayo hemos pensado que los resultados serían más claros si presentamos como ejemplos sólo países de tamaño considerable.

Utilizamos cinco criterios para determinar si la economía total de un país, nación, o gran área colonial dados, debe tomarse como una economía campesina. Deben satisfacerse los cinco criterios antes de que toda la economía de un país dado pueda llamarse campesina. Nuestros dos primeros criterios se refieren a la producción y a la población trabajadora. Tratan de ayudarnos a distinguir las economías campesinas de las industrializadas, ya sean capitalistas o socialistas. En una economía campesina cerca de la mitad de la población debe ser agrícola y más de la mitad de la fuerza de trabajo debe ocuparse en la agricultura. En una palabra, estamos afirmando que para llamarse "campesina" una economía debe ser primordialmente agrícola. En un Estado capitalista o socialista que se ha industializado pueden subsistir miles o aun millones de campesinos, pero ya no aplicaríamos correctamente el término de "campesina" a tal economía *tomada en conjunto*. La cuestión se volvería más bien una del sector "campesino" en una economía no campesina; el contexto sería entonces diferente, y se requeriría un nivel diferente de análisis.

Nuestro tercer criterio[2] requiere la existencia de un poder estatal y una jerarquía gobernante de una índole particular: una donde el orden del "parentesco" o el "clan" se haya debilitado lo suficiente para dar paso a un "estado territorial". No estoy afirmando que los lazos de parentesco o sangre hayan desaparecido, porque eso sería absurdo. Lo que requiero es el paso, en el sentido de Moret sobre Egipto (1926), o bien, en el sentido de la Grecia antigua, a la formación del Estado territorial.[3] La cuestión de las economías campesinas en los regímenes "feudales" es delicada. Lo mismo ocurre prácticamente con la totalidad de las cuestiones que implican esa palabra confusa de "feudalismo". Si me viera obligado a especificar ahora lo que tengo en mente,

2 Criterio Re para la existencia de un Estado: la estructura administrativa del Estado debe incluir un total de por lo menos cinco mil funcionarios, empleados menores, lacayos y ayudantes.

3 Sin embargo, el área de los antiguos estados griegos era tan pequeña que la mayor parte de ellos habría sido excluida de nuestra consideración porque no satisfaría nuestra condición inicial de un tamaño adecuado.

diría que me interesan las economías de los Estados monárquicos feudales de Europa Occidental a fines del siglo XII y en el siglo XIII, antes que los regímenes desintegrados y prácticamente no urbanos de los siglos IX y X. Sin embargo, aquí interviene también nuestro cuarto criterio: la separación rural-urbana.

Suponemos, para las economías campesinas, la presencia de pueblos, y una división o separación entre estos pueblos y el campo que es al mismo tiempo política, económica, social y cultural. En la práctica o la creencia, o en ambas, se supone que los campesinos son de orden inferior o "sujeto", que existen para ser explotados por todos. En términos sociales se considera que éste es el "orden natural". No consideramos una economía "campesina" si no contiene un número importante de pueblos con un patrón definido de vida urbana, claramente diferente del existente en el campo.[4] Sólo como una gruesa indicación cuantitativa podemos decir que el total de la población urbana debe ascender por lo menos a medio millón de personas; o bien, que por lo menos el 5 % del total de la población de un país dado debe vivir en pueblos. Al insistir en que una economía campesina debe tener pueblos, queremos hacer algo más que establecer el mero hecho de que la economía no es puramente agrícola. Postulamos un grado marcado de división del trabajo en la sociedad, y una clara concentración urbana de los artesanos, o de otros trabajadores industriales e intelectuales de diversas habilidades. Por la misma razón presumimos que la agricultura está suficientemente desarrollada para alimentar no sólo a los campesinos y las jerarquías gobernantes, sino también a los habitantes de los pueblos.

Nuestro quinto y último criterio, el más fundamental, es la unidad de producción. En nuestro concepto de economía campesina, las unidades de producción típicas y más representativas son las familias campesinas. Definimos una familia campesina como una unidad socioeconómica que cultiva primordialmente los esfuerzos de los miembros de la familia. La actividad principal de las unidades familiares campesinas es el cultivo de sus propias tierras, franjas o dotaciones. Las unidades familiares pueden participar también en otras actividades, por ejemplo en las artesanías, el procesamiento, o aun el pequeño comercio. Algunos miembros de la familia pueden trabajar, quizá se vean obligados a trabajar, fuera de la casa de tiempo en tiempo. La unidad familiar puede incluir uno o más esclavos, servidores

[4] Hay una literatura abundante sobre la separación entre la ciudad y el campo. Para el siglo XVIII véase sir James Steuart, 1767. Marx creía que la historia económica entera de la sociedad humana podría resumirse en el movimiento de la antítesis entre el campo y la ciudad (véase Marx, 1867, p. 345). Robert Redfield fue uno de los autores del siglo XX más interesados en este tema, particularmente en términos culturales; véase su estudio, 1956. En un artículo interesante, Lloyd A. Fallers (1961) ha llevado adelante el trabajo de Redfield.

domésticos o trabajadores contratados. Pero la contribución total de estas personas no miembros de la familia a la producción agrícola será menor que la de los miembros de la familia.

En una economía campesina la mitad o más del total de cultivos producidos será producida por tales unidades familiares campesinas, con el empleo principal del trabajo de su propia familia. Al lado de los productores campesinos pueden existir unidades mayores: la posesión del terrateniente o su granja sembrada con trabajo de los campesinos, la hacienda o heredad donde los campesinos pueden emplearse durante una parte del año, la granja capitalista donde la mayor parte del trabajo está en manos de trabajadores libres contratados. Pero si cualquiera de estas unidades es la unidad económica característica que domina el campo y controla la mayor parte de la producción agrícola, no estaremos frente a una economía campesina. Excluimos también en forma específica todas las economías en que la unidad agrícola más representativa sea la heredad esclavista al estilo romano, o la plantación esclavista para el cultivo del azúcar o el algodón de los tiempos modernos.

Podemos afirmar categóricamente que en una economía campesina los miembros de la familia campesina no son esclavos. Pero no trataremos de especificar si los campesinos son siervos, semilibres o libres. Hay, desde luego, otros contextos en que esta cuestión tiene la mayor importancia. Sin embargo, para la definición de la economía campesina es innecesaria la distinción, y es probable que el esfuerzo de hacerla resulte analíticamente estéril. Ya hemos indicado que en las economías campesinas el campesinado como grupo está sometido y existe para ser explotado por otros. Es probable que el campesino deba trabajar uno o más días de la semana para el barón o el señor de la heredad. Puede estar también obligado a hacer pagos o regalos a los terratenientes, funcionarios, aristócratas u otros personajes importantes. Al mismo tiempo, desde el punto de vista de la producción las unidades familiares campesinas constituyen entidades definidas, casi estamos tentados a decir "independientes". A causa de esta dualidad de su posición, estos campesinados se encuentran inevitablemente en la línea divisoria entre lo libre y lo no libre. En cierto sentido en tales economías el campesino es a la vez súbdito y amo.

En un país particular y en un momento dado pueden coexistir muchas variedades o mezclas de libertad y ausencia de libertad. De ordinario resulta difícil saber con precisión qué proporción del campesinado es de siervos y qué proporción no lo es. Con el paso del tiempo pueden cambiar las proporciones. En algunas áreas la población trabajadora ha oscilado a lo largo de los siglos en la mayor parte de la distancia que separa a la libertad de la servidumbre y en sentido contrario.

En una economía campesina la primera preocupación de las unidades productivas es el cultivo de alimentos para su propia subsistencia. Pero esta no puede ser su única preocupación. Por definición viven en un estado y están conectados a las áreas urbanas. Aunque no lo quieran deben sostener al estado, a los pueblos y a los señores locales. Por lo tanto, en una forma u otra, deben entregar o vender a otros una parte de sus cosechas de alimentos. Aunque las condiciones del intercambio son tales que los campesinos dan de ordinario más de lo que reciben, pueden obtener a cambio un poco de hierro, sal, especias, quizá ropas elegantes para una boda.

Debemos cuidarnos de no caer en la trampa de imaginar un tipo "puro" de unidad familiar campesina que consuma prácticamente todo lo que produzca y virtualmente nada más, para distinguirla de un tipo "impuro" que produzca para el mercado y para sus propias necesidades inmediatas. Este último es históricamente más común y más característico. En realidad, las unidades familiares de las economías campesinas realzan con frecuencia su enfoque dual practicando dos cultivos. El primero es el cereal esencial para su propio sostenimiento y el de la sociedad en conjunto; el segundo es muy probable que sea un grano no alimenticio (tal vez una fruta, una fibra, o una semilla oleaginosa), producido precisamente para utilizarlo en el trueque, la venta o el intercambio de alguna clase. Para los campesinos de muchas áreas resulta tan habitual la siembra de dos cultivos como caminar en dos pies.

Seguramente nos equivocaremos si tratamos de concebir las economías campesinas como exclusivamente orientadas a la "subsistencia" y de sospechar de capialtismo dondequiera que los campesinos den muestras de orientarse hacia el "mercado". Es mucho más sensato dar por sentado, como punto de partida, que durante siglos las economías campesinas han tenido una orientación doble hacia ambos. En esta forma podremos evitar muchas discusiones estériles acerca de la naturaleza de las llamadas economías de "subsistencia".

Podríamos afirmar que en una economía campesina cerca de la mitad o más del total de la producción agrícola es consumida por las propias unidades familiares campesinas, en lugar de enviarlas al "mercado". Pero no incluimos como productos enviados al "mercado" los granos alimenticios entregados durante la cosecha por familias campesinas endeudadas o dependientes a los terratenientes locales, los comerciantes, o los prestamistas, y devueltos luego a las mismas familias campesinas, antes de la cosecha siguiente, de ordinario en condiciones desfavorables. En nuestra opinión, tales granos alimenticios no han pasado por un proceso de mercado organizado. No se han movido por la vía del comercio genuino para el consumo de individuos distintos

de los productores originales. Por el contrario, han permanecido en la aldea donde fueron cultivados y han vuelto a la fuente, a los productores originales. En efecto, la unidad productiva es la unidad familiar, y la unidad de consumo es la misma familia campesina. Desde luego este no es el proceso indirecto, mediatizado por un mercado, que caracteriza a la agricultura capitalista. Por el contrario, en una economía campesina, el movimiento de granos alimenticios dentro de la aldea, fuera de las manos de la familia productora y vuelta de nuevo a esa misma familia, está ligado a modos de dominación y explotación económicas inveterados. Cuando tales relaciones son típicas a nivel de la aldea, tenemos una señal casi segura, en una economía agrícola, de que estamos tratando de una estructura campesina más bien que capitalista.

En resumen, hemos definido las economías campesinas en términos del predominio de la agricultura, tanto en el producto total como en la fuerza de trabajo. Hemos requerido la existencia de un estado territorial, y una separación entre el campo y la ciudad. Hemos indicado que la unidad característica de producción debe ser la familia campesina con una orientación doble, es decir, hacia su propio sostenimiento y hacia el mundo más amplio que está más allá de la aldea. Debemos subrayar que ninguno de estos elementos bastará por sí solo para determinar si una economía dada es o no en efecto una economía campesina. Todas estas características deben encontrarse juntas y deben relacionarse con la economía de todo un país.

Cuando buscamos ejemplos de economías campesinas, en términos del conjunto de criterios antes enumerados, encontramos muchas clases diferentes dispersas a lo largo de la historia escrita y por todos los continentes a excepción de Australia. En este ensayo sólo examinaremos seis ejemplos, todos dentro de los doscientos años siguientes a 1750. Hay varias razones para nuestra limitación al periodo de la revolución industrial y los siguientes. En primer lugar, este es el periodo que me resulta más familiar. La edad moderna es la mejor documentada, sobre todo en términos de materiales cuantitativos. Lo que es más importante, bajo el efecto del sistema industrial en expansión, los doscientos y pico de años transcurridos desde 1750 han presenciado las transformaciones más formidables de la economía campesina en toda la historia. Nosotros mismos somos testigos vivientes de este proceso de transformación que aún continúa; en realidad se está acelerando ante nuestros ojos. Estamos en posición de estudiar de primera mano el carácter de las economías campesinas y las formas en que se resisten o ceden al cambio.

Como ilustraciones de casos de economías campesinas en esta

En una economía campesina la primera preocupación de las unidades productivas es el cultivo de alimentos para su propia subsistencia. Pero esta no puede ser su única preocupación. Por definición viven en un estado y están conectados a las áreas urbanas. Aunque no lo quieran deben sostener al estado, a los pueblos y a los señores locales. Por lo tanto, en una forma u otra, deben entregar o vender a otros una parte de sus cosechas de alimentos. Aunque las condiciones del intercambio son tales que los campesinos dan de ordinario más de lo que reciben, pueden obtener a cambio un poco de hierro, sal, especias, quizá ropas elegantes para una boda.

Debemos cuidarnos de no caer en la trampa de imaginar un tipo "puro" de unidad familiar campesina que consuma prácticamente todo lo que produzca y virtualmente nada más, para distinguirla de un tipo "impuro" que produzca para el mercado y para sus propias necesidades inmediatas. Este último es históricamente más común y más característico. En realidad, las unidades familiares de las economías campesinas realzan con frecuencia su enfoque dual practicando dos cultivos. El primero es el cereal esencial para su propio sostenimiento y el de la sociedad en conjunto; el segundo es muy probable que sea un grano no alimenticio (tal vez una fruta, una fibra, o una semilla oleaginosa), producido precisamente para utilizarlo en el trueque, la venta o el intercambio de alguna clase. Para los campesinos de muchas áreas resulta tan habitual la siembra de dos cultivos como caminar en dos pies.

Seguramente nos equivocaremos si tratamos de concebir las economías campesinas como exclusivamente orientadas a la "subsistencia" y de sospechar de capialtismo dondequiera que los campesinos den muestras de orientarse hacia el "mercado". Es mucho más sensato dar por sentado, como punto de partida, que durante siglos las economías campesinas han tenido una orientación doble hacia ambos. En esta forma podremos evitar muchas discusiones estériles acerca de la naturaleza de las llamadas economías de "subsistencia".

Podríamos afirmar que en una economía campesina cerca de la mitad o más del total de la producción agrícola es consumida por las propias unidades familiares campesinas, en lugar de enviarlas al "mercado". Pero no incluimos como productos enviados al "mercado" los granos alimenticios entregados durante la cosecha por familias campesinas endeudadas o dependientes a los terratenientes locales, los comerciantes, o los prestamistas, y devueltos luego a las mismas familias campesinas, antes de la cosecha siguiente, de ordinario en condiciones desfavorables. En nuestra opinión, tales granos alimenticios no han pasado por un proceso de mercado organizado. No se han movido por la vía del comercio genuino para el consumo de individuos distintos

de los productores originales. Por el contrario, han permanecido en la aldea donde fueron cultivados y han vuelto a la fuente, a los productores originales. En efecto, la unidad productiva es la unidad familiar, y la unidad de consumo es la misma familia campesina. Desde luego este no es el proceso indirecto, mediatizado por un mercado, que caracteriza a la agricultura capitalista. Por el contrario, en una economía campesina, el movimiento de granos alimenticios dentro de la aldea, fuera de las manos de la familia productora y vuelta de nuevo a esa misma familia, está ligado a modos de dominación y explotación económicas inveterados. Cuando tales relaciones son típicas a nivel de la aldea, tenemos una señal casi segura, en una economía agrícola, de que estamos tratando de una estructura campesina más bien que capitalista.

En resumen, hemos definido las economías campesinas en términos del predominio de la agricultura, tanto en el producto total como en la fuerza de trabajo. Hemos requerido la existencia de un estado territorial, y una separación entre el campo y la ciudad. Hemos indicado que la unidad característica de producción debe ser la familia campesina con una orientación doble, es decir, hacia su propio sostenimiento y hacia el mundo más amplio que está más allá de la aldea. Debemos subrayar que ninguno de estos elementos bastará por sí solo para determinar si una economía dada es o no en efecto una economía campesina. Todas estas características deben encontrarse juntas y deben relacionarse con la economía de todo un país.

Cuando buscamos ejemplos de economías campesinas, en términos del conjunto de criterios antes enumerados, encontramos muchas clases diferentes dispersas a lo largo de la historia escrita y por todos los continentes a excepción de Australia. En este ensayo sólo examinaremos seis ejemplos, todos dentro de los doscientos años siguientes a 1750. Hay varias razones para nuestra limitación al periodo de la revolución industrial y los siguientes. En primer lugar, este es el periodo que me resulta más familiar. La edad moderna es la mejor documentada, sobre todo en términos de materiales cuantitativos. Lo que es más importante, bajo el efecto del sistema industrial en expansión, los doscientos y pico de años transcurridos desde 1750 han presenciado las transformaciones más formidables de la economía campesina en toda la historia. Nosotros mismos somos testigos vivientes de este proceso de transformación que aún continúa; en realidad se está acelerando ante nuestros ojos. Estamos en posición de estudiar de primera mano el carácter de las economías campesinas y las formas en que se resisten o ceden al cambio.

Como ilustraciones de casos de economías campesinas en esta

época de cambio, me propongo caracterizar en pocas palabras los rasgos sobresalientes de la estructura económica de seis países diferentes. Toda caracterización de esa especie en un espacio tan limitado debe parecer inevitablemente incompleta y un tanto impresionista. Pido disculpas por adelantado, por esta razón. Sólo me propongo llamar la atención del lector sobre algunos de los aspectos principales de cada caso. Mis ejemplos son la Rusia zarista, Indonesia, México, la India, el Japón y China.

La Rusia zarista

Entre las economías campesinas del siglo XIX la de la Rusia zarista tuvo la historia más rica y complicada, y nos ha dejado la literatura más abundante. Como grupo, los académicos rusos avanzaron más que nadie el análisis de las economías campesinas, y fueron tal vez los primeros en formular una teoría de la economía campesina.[5]

En el siglo y medio que precedió a 1917 la estructura imperial de la Rusia zarista se estaba expandiendo hacia Siberia, es decir, hacia el exterior, mientras que en el interior estaba declinando. En términos de economía campesina el rasgo más distintivo del campo a fines de la época zarista era la estrecha interdependencia entre las grandes explotaciones, las tierras y derechos del *mir* (comunidad aldeana), y las pequeñas explotaciones campesinas. En los siglos anteriores a la emancipación de los siervos en 1861, la servidumbre del campesinado garantizaba a los terratenientes la oferta de mano de obra necesaria para sus heredades. La emancipación permitió que las familias de agricultores campesinos obtuvieran más tierra en propiedad, siempre que pudieran hacer los opresivos pagos de redención. Disminuyó mucho el tamaño y la importancia de las antiguas explotaciones de los terratenientes. Para fines del siglo XIX estaba aumentando gradualmente la importancia de los predios campesinos individuales.

En los decenios anteriores a la primera Guerra Mundial, una proporción creciente del campesinado se dedicó a producir para el mercado con la ayuda de jornaleros agrícolas contratados de ordinario. En el mismo periodo hubo una expansión rápida de los ferrocarriles, las ciudades, el comercio y la producción fabril según lineamientos capitalistas. La importancia del crecimiento

[5] El principal miembro de este grupo parece haber sido A. V. Chayanov, varios de cuyos estudios se tradujeron al alemán en los años veinte. Uno de los más fundamentales fue *Die Lehre von der bäuerlichen Wirtschaft*, traducido por F. Schlömer y publicado en Berlín en 1923. Una edición revisada y ampliada de la obra de Chayanov apareció en Moscú en 1925 con el título de *Organizatsiya krest'yanskogo khozyaistva*. (El libro de Chayanov acaba de traducirse al inglés; esta traducción se publicó en 1966.)

del capitalismo en la ciudad y el campo se convirtió en una controversia nacional debatida con calor. Se propusieron criterios para distinguir la producción campesina de la agricultura capitalista. Muchas de las cuestiones mencionadas en este ensayo fueron propuestas en ese tiempo, en una u otra forma, en las obras de Chernyshevsky, Danielson (Nicolai-on), Hourwich, Plekhanov, Kossinsky, Lenin, Chayanov y otros.

En los decenios que siguieron a la Revolución de 1917 Rusia dejó de ser una economía campesina; en su lugar surgió como urbanizada e industrializada bajo el socialismo.

Indonesia

Bajo los holandeses Indonesia constituyó uno de los ejemplos más antiguos y notables del gobierno colonial en sus dos formas principales, "directo" e "indirecto". Durante algunos decenios a mediados del siglo XIX los campesinos fueron obligados, bajo el llamado "sistema de cultivo", a sembrar ciertos cultivos que los holandeses deseaban exportar. Cuando esa política se abandonó en 1870 los holandeses desarrollaron con dinamismo grandes plantaciones para la siembra de cultivos de exportación. La mano de obra empleada en estas plantaciones fue aportada por los campesinos de las aldeas vecinas. Surgió entonces, sobre todo en Java y Sumatra, un patrón de grandes plantaciones, comunidades aldeanas con derechos de grupo sobre la tierra, y pequeños campesinos entre los que se intensificó, con el paso del tiempo, el deseo de predios familiares individuales.

Aunque el paralelo no debe exagerarse, el patrón de grandes plantaciones y su oferta de mano de obra, los derechos de la comunidad aldeana sobre la tierra, y el sentimiento creciente de una tierra para la familia, guarda cierta semejanza con la situación existente en la Rusia zarista en los últimos tiempos. El elemento faltante fue el capitalismo *autóctono* que, en un contexto colonial, era prácticamente insignificante, así en la ciudad como en el campo. Para 1949, cuando los holandeses entregaron el control, Indonesia tenía muy poca industria moderna y una población urbana muy limitada, apenas suficiente, en efecto, para calificar como una economía campesina de acuerdo con nuestros criterios.

México

Eric Wolf (1957; véase también 1956), en un artículo importante, observó y analizó ya algunas similitudes notables entre las economías campesinas de Java y de México. En México, durante el siglo que siguió a la terminación del gobierno español en 1821,

época de cambio, me propongo caracterizar en pocas palabras los rasgos sobresalientes de la estructura económica de seis países diferentes. Toda caracterización de esa especie en un espacio tan limitado debe parecer inevitablemente incompleta y un tanto impresionista. Pido disculpas por adelantado, por esta razón. Sólo me propongo llamar la atención del lector sobre algunos de los aspectos principales de cada caso. Mis ejemplos son la Rusia zarista, Indonesia, México, la India, el Japón y China.

La Rusia zarista

Entre las economías campesinas del siglo XIX la de la Rusia zarista tuvo la historia más rica y complicada, y nos ha dejado la literatura más abundante. Como grupo, los académicos rusos avanzaron más que nadie el análisis de las economías campesinas, y fueron tal vez los primeros en formular una teoría de la economía campesina.[5]

En el siglo y medio que precedió a 1917 la estructura imperial de la Rusia zarista se estaba expandiendo hacia Siberia, es decir, hacia el exterior, mientras que en el interior estaba declinando. En términos de economía campesina el rasgo más distintivo del campo a fines de la época zarista era la estrecha interdependencia entre las grandes explotaciones, las tierras y derechos del *mir* (comunidad aldeana), y las pequeñas explotaciones campesinas. En los siglos anteriores a la emancipación de los siervos en 1861, la servidumbre del campesinado garantizaba a los terratenientes la oferta de mano de obra necesaria para sus heredades. La emancipación permitió que las familias de agricultores campesinos obtuvieran más tierra en propiedad, siempre que pudieran hacer los opresivos pagos de redención. Disminuyó mucho el tamaño y la importancia de las antiguas explotaciones de los terratenientes. Para fines del siglo XIX estaba aumentando gradualmente la importancia de los predios campesinos individuales.

En los decenios anteriores a la primera Guerra Mundial, una proporción creciente del campesinado se dedicó a producir para el mercado con la ayuda de jornaleros agrícolas contratados de ordinario. En el mismo periodo hubo una expansión rápida de los ferrocarriles, las ciudades, el comercio y la producción fabril según lineamientos capitalistas. La importancia del crecimiento

[5] El principal miembro de este grupo parece haber sido A. V. Chayanov, varios de cuyos estudios se tradujeron al alemán en los años veinte. Uno de los más fundamentales fue *Die Lehre von der bäuerlichen Wirtschaft*, traducido por F. Schlömer y publicado en Berlín en 1923. Una edición revisada y ampliada de la obra de Chayanov apareció en Moscú en 1925 con el título de *Organizatsiya krest'yanskogo khozyaistva*. (El libro de Chayanov acaba de traducirse al inglés; esta traducción se publicó en 1966.)

del capitalismo en la ciudad y el campo se convirtió en una controversia nacional debatida con calor. Se propusieron criterios para distinguir la producción campesina de la agricultura capitalista. Muchas de las cuestiones mencionadas en este ensayo fueron propuestas en ese tiempo, en una u otra forma, en las obras de Chernyshevsky, Danielson (Nicolai-on), Hourwich, Plekhanov, Kossinsky, Lenin, Chayanov y otros.

En los decenios que siguieron a la Revolución de 1917 Rusia dejó de ser una economía campesina; en su lugar surgió como urbanizada e industrializada bajo el socialismo.

Indonesia

Bajo los holandeses Indonesia constituyó uno de los ejemplos más antiguos y notables del gobierno colonial en sus dos formas principales, "directo" e "indirecto". Durante algunos decenios a mediados del siglo XIX los campesinos fueron obligados, bajo el llamado "sistema de cultivo", a sembrar ciertos cultivos que los holandeses deseaban exportar. Cuando esa política se abandonó en 1870 los holandeses desarrollaron con dinamismo grandes plantaciones para la siembra de cultivos de exportación. La mano de obra empleada en estas plantaciones fue aportada por los campesinos de las aldeas vecinas. Surgió entonces, sobre todo en Java y Sumatra, un patrón de grandes plantaciones, comunidades aldeanas con derechos de grupo sobre la tierra, y pequeños campesinos entre los que se intensificó, con el paso del tiempo, el deseo de predios familiares individuales.

Aunque el paralelo no debe exagerarse, el patrón de grandes plantaciones y su oferta de mano de obra, los derechos de la comunidad aldeana sobre la tierra, y el sentimiento creciente de una tierra para la familia, guarda cierta semejanza con la situación existente en la Rusia zarista en los últimos tiempos. El elemento faltante fue el capitalismo *autóctono* que, en un contexto colonial, era prácticamente insignificante, así en la ciudad como en el campo. Para 1949, cuando los holandeses entregaron el control, Indonesia tenía muy poca industria moderna y una población urbana muy limitada, apenas suficiente, en efecto, para calificar como una economía campesina de acuerdo con nuestros criterios.

México

Eric Wolf (1957; véase también 1956), en un artículo importante, observó y analizó ya algunas similitudes notables entre las economías campesinas de Java y de México. En México, durante el siglo que siguió a la terminación del gobierno español en 1821,

encontramos un patrón de grandes explotaciones (haciendas), mano de obra no libre (peonaje), derechos de la comunidad aldeana sobre la tierra que se debilitan, y un crecimiento muy lento de los predios familiares individuales.

Una gran parte de la historia mexicana del siglo XIX se refiere a la lucha feroz de los campesinos por la tierra y por los recursos necesarios para cultivarla. Los revolucionarios, sobre todo los encabezados por Zapata, primero demandaron y obtuvieron, en principio, la restauración de los terrenos comunales aldeanos que habían sido tomados por los grandes terratenientes. Pero en la práctica se devolvió muy poca tierra a las aldeas mediante los procedimientos de restauración. Para 1915, el programa revolucionario establecía que se tomarían a las grandes haciendas las tierras que no hubiesen sido poseídas antes por las aldeas, para dotar con ellas al campesinado. Esta política de dotación fue ejecutada con tanto vigor por el presidente Cárdenas en los años treinta, que finalmente más del 30 % de los aldeanos de México recibieron concesiones de tierras. Decenas de millones de hectáreas se transfirieron a pequeños propietarios individuales o a las comunidades (ejidos).

Pero una vez establecidos los ejidos no correspondieron a las grandes esperanzas depositadas en ellos. Gran parte de la tierra entregada al campesinado era de mala calidad y escasa de agua. El monto del crédito agrícola previsto por el gobierno a través del Banco Ejidal ha resultado muy inadecuado. Además, los fondos tendían a dirigirse hacia los campesinos con mejores posibilidades de pago, es decir, los que tenían la tierra más fértil, preferiblemente de riego. Algunos de los campesinos menos afortunados han rentado sus tierras a los más prósperos y se han contratado con ellos como jornaleros agrícolas. Mientras tanto, con la ayuda del crédito privado ha surgido una nueva agricultura en gran escala que utiliza técnicas modernas para producir cultivos de exportación rentables.

Durante este siglo la industria se ha expandido con rapidez en algunas partes del país, gracias en parte a una importante inversión extranjera. Cientos de miles de campesinos han abandonado sus aldeas para ir a trabajar en las ciudades en rápido crecimiento. En los últimos decenios bastante más de la mitad del producto nacional ha sido no agrícola; y ahora la mitad de la población del país es urbana. México ha dejado muy atrás su etapa de economía campesina (como aquí la definimos).

LA INDIA

Hasta 1947, la India, como Indonesia, era un imperio colonial donde prevalecían tanto el gobierno "directo" como el "indirecto". En la India, por comparación con Indonesia, las plantaciones y otras grandes unidades de cultivo ocupaban una posición muy poco importante en el conjunto de la economía. Había grandes terratenientes en la India, algunos de ellos con cientos de aldeas. Pero casi en todas partes el cultivo estaba en manos de familias campesinas, la mayoría de ellas con cantidades de tierra muy pequeñas.

La casta y la intocabilidad son características distintivas de la India. Una de las principales funciones económicas de la casta en el campo ha sido la de subrayar la inferioridad de las castas inferiores que durante siglos han servido a sus superiores como una mano de obra agrícola barata y dependiente. Pocos observadores se apresurarían a afirmar que la casta ha dejado de servir esta función en las aldeas de la India de hoy.

Durante su régimen los británicos desarrollaron en la India uno de los seis sistemas ferroviarios más grandes del mundo. A su lado aparecieron muchos otros elementos de lo que en la jerga de los economistas se llama la "infraestructura" del desarrollo. Alrededor de Calcuta las empresas escocesas desarrollaron una industria manufacturera del yute, mientras que en Bombay y Ahmedabad los empresarios indios establecieron varios cientos de fábricas textiles de algodón. Desde que la India obtuvo su independencia en 1947 el gobierno ha echado todo su peso tras el desarrollo rápido de un conjunto amplio de industrias pesadas. En los años cincuenta la agricultura, sobre todo en manos de pequeñas familias campesinas, representaba todavía cerca de la mitad del producto nacional. La India es hoy todavía una economía campesina.

EL JAPÓN

Menos de cincuenta años después de la Restauración Meiji de 1868, el Japón había dejado de ser una economía campesina. Ahora hay una vasta literatura que evalúa esta revolución aparentemente abrupta y dramática. Las principales autoridades convienen ahora en que los fundamentos de esta transformación económica, genuina y rápida, son anteriores a la restauración de 1868 y se internan mucho, sobre todo en el caso de la agricultura, en el periodo precedente de la era Tokugawa (véase Dore, 1959, cap. 1; Smith, 1959).

Durante el periodo Tokugawa, más o menos en los siglos del XVII al XIX, el campo japonés adoptó el patrón de cultivo en pequeñas unidades por familias campesinas individuales, que ha persistido hasta la fecha. Los impuestos se cobraban en especie a las aldeas por los grandes señores feudales y a veces equivalían hasta al 60 % de la cosecha. En su mayor parte la clase

encontramos un patrón de grandes explotaciones (haciendas), mano de obra no libre (peonaje), derechos de la comunidad aldeana sobre la tierra que se debilitan, y un crecimiento muy lento de los predios familiares individuales.

Una gran parte de la historia mexicana del siglo XIX se refiere a la lucha feroz de los campesinos por la tierra y por los recursos necesarios para cultivarla. Los revolucionarios, sobre todo los encabezados por Zapata, primero demandaron y obtuvieron, en principio, la restauración de los terrenos comunales aldeanos que habían sido tomados por los grandes terratenientes. Pero en la práctica se devolvió muy poca tierra a las aldeas mediante los procedimientos de restauración. Para 1915, el programa revolucionario establecía que se tomarían a las grandes haciendas las tierras que no hubiesen sido poseídas antes por las aldeas, para dotar con ellas al campesinado. Esta política de dotación fue ejecutada con tanto vigor por el presidente Cárdenas en los años treinta, que finalmente más del 30 % de los aldeanos de México recibieron concesiones de tierras. Decenas de millones de hectáreas se transfirieron a pequeños propietarios individuales o a las comunidades (ejidos).

Pero una vez establecidos los ejidos no correspondieron a las grandes esperanzas depositadas en ellos. Gran parte de la tierra entregada al campesinado era de mala calidad y escasa de agua. El monto del crédito agrícola previsto por el gobierno a través del Banco Ejidal ha resultado muy inadecuado. Además, los fondos tendían a dirigirse hacia los campesinos con mejores posibilidades de pago, es decir, los que tenían la tierra más fértil, preferiblemente de riego. Algunos de los campesinos menos afortunados han rentado sus tierras a los más prósperos y se han contratado con ellos como jornaleros agrícolas. Mientras tanto, con la ayuda del crédito privado ha surgido una nueva agricultura en gran escala que utiliza técnicas modernas para producir cultivos de exportación rentables.

Durante este siglo la industria se ha expandido con rapidez en algunas partes del país, gracias en parte a una importante inversión extranjera. Cientos de miles de campesinos han abandonado sus aldeas para ir a trabajar en las ciudades en rápido crecimiento. En los últimos decenios bastante más de la mitad del producto nacional ha sido no agrícola; y ahora la mitad de la población del país es urbana. México ha dejado muy atrás su etapa de economía campesina (como aquí la definimos).

La India

Hasta 1947, la India, como Indonesia, era un imperio colonial donde prevalecían tanto el gobierno "directo" como el "indirecto". En la India, por comparación con Indonesia, las plantaciones y otras grandes unidades de cultivo ocupaban una posición muy poco importante en el conjunto de la economía. Había grandes terratenientes en la India, algunos de ellos con cientos de aldeas. Pero casi en todas partes el cultivo estaba en manos de familias campesinas, la mayoría de ellas con cantidades de tierra muy pequeñas.

La casta y la intocabilidad son características distintivas de la India. Una de las principales funciones económicas de la casta en el campo ha sido la de subrayar la inferioridad de las castas inferiores que durante siglos han servido a sus superiores como una mano de obra agrícola barata y dependiente. Pocos observadores se apresurarían a afirmar que la casta ha dejado de servir esta función en las aldeas de la India de hoy.

Durante su régimen los británicos desarrollaron en la India uno de los seis sistemas ferroviarios más grandes del mundo. A su lado aparecieron muchos otros elementos de lo que en la jerga de los economistas se llama la "infraestructura" del desarrollo. Alrededor de Calcuta las empresas escocesas desarrollaron una industria manufacturera del yute, mientras que en Bombay y Ahmedabad los empresarios indios establecieron varios cientos de fábricas textiles de algodón. Desde que la India obtuvo su independencia en 1947 el gobierno ha echado todo su peso tras el desarrollo rápido de un conjunto amplio de industrias pesadas. En los años cincuenta la agricultura, sobre todo en manos de pequeñas familias campesinas, representaba todavía cerca de la mitad del producto nacional. La India es hoy todavía una economía campesina.

El Japón

Menos de cincuenta años después de la Restauración Meiji de 1868, el Japón había dejado de ser una economía campesina. Ahora hay una vasta literatura que evalúa esta revolución aparentemente abrupta y dramática. Las principales autoridades convienen ahora en que los fundamentos de esta transformación económica, genuina y rápida, son anteriores a la restauración de 1868 y se internan mucho, sobre todo en el caso de la agricultura, en el periodo precedente de la era Tokugawa (véase Dore, 1959, cap. 1; Smith, 1959).

Durante el periodo Tokugawa, más o menos en los siglos del XVII al XIX, el campo japonés adoptó el patrón de cultivo en pequeñas unidades por familias campesinas individuales, que ha persistido hasta la fecha. Los impuestos se cobraban en especie a las aldeas por los grandes señores feudales y a veces equivalían hasta al 60 % de la cosecha. En su mayor parte la clase

encontramos un patrón de grandes explotaciones (haciendas), mano de obra no libre (peonaje), derechos de la comunidad aldeana sobre la tierra que se debilitan, y un crecimiento muy lento de los predios familiares individuales.

Una gran parte de la historia mexicana del siglo XIX se refiere a la lucha feroz de los campesinos por la tierra y por los recursos necesarios para cultivarla. Los revolucionarios, sobre todo los encabezados por Zapata, primero demandaron y obtuvieron, en principio, la restauración de los terrenos comunales aldeanos que habían sido tomados por los grandes terratenientes. Pero en la práctica se devolvió muy poca tierra a las aldeas mediante los procedimientos de restauración. Para 1915, el programa revolucionario establecía que se tomarían a las grandes haciendas las tierras que no hubiesen sido poseídas antes por las aldeas, para dotar con ellas al campesinado. Esta política de dotación fue ejecutada con tanto vigor por el presidente Cárdenas en los años treinta, que finalmente más del 30 % de los aldeanos de México recibieron concesiones de tierras. Decenas de millones de hectáreas se transfirieron a pequeños propietarios individuales o a las comunidades (ejidos).

Pero una vez establecidos los ejidos no correspondieron a las grandes esperanzas depositadas en ellos. Gran parte de la tierra entregada al campesinado era de mala calidad y escasa de agua. El monto del crédito agrícola previsto por el gobierno a través del Banco Ejidal ha resultado muy inadecuado. Además, los fondos tendían a dirigirse hacia los campesinos con mejores posibilidades de pago, es decir, los que tenían la tierra más fértil, preferiblemente de riego. Algunos de los campesinos menos afortunados han rentado sus tierras a los más prósperos y se han contratado con ellos como jornaleros agrícolas. Mientras tanto, con la ayuda del crédito privado ha surgido una nueva agricultura en gran escala que utiliza técnicas modernas para producir cultivos de exportación rentables.

Durante este siglo la industria se ha expandido con rapidez en algunas partes del país, gracias en parte a una importante inversión extranjera. Cientos de miles de campesinos han abandonado sus aldeas para ir a trabajar en las ciudades en rápido crecimiento. En los últimos decenios bastante más de la mitad del producto nacional ha sido no agrícola; y ahora la mitad de la población del país es urbana. México ha dejado muy atrás su etapa de economía campesina (como aquí la definimos).

La India

Hasta 1947, la India, como Indonesia, era un imperio colonial donde prevalecían tanto el gobierno "directo" como el "indirecto". En la India, por comparación con Indonesia, las plantaciones y otras grandes unidades de cultivo ocupaban una posición muy poco importante en el conjunto de la economía. Había grandes terratenientes en la India, algunos de ellos con cientos de aldeas. Pero casi en todas partes el cultivo estaba en manos de familias campesinas, la mayoría de ellas con cantidades de tierra muy pequeñas.

La casta y la intocabilidad son características distintivas de la India. Una de las principales funciones económicas de la casta en el campo ha sido la de subrayar la inferioridad de las castas inferiores que durante siglos han servido a sus superiores como una mano de obra agrícola barata y dependiente. Pocos observadores se apresurarían a afirmar que la casta ha dejado de servir esta función en las aldeas de la India de hoy.

Durante su régimen los británicos desarrollaron en la India uno de los seis sistemas ferroviarios más grandes del mundo. A su lado aparecieron muchos otros elementos de lo que en la jerga de los economistas se llama la "infraestructura" del desarrollo. Alrededor de Calcuta las empresas escocesas desarrollaron una industria manufacturera del yute, mientras que en Bombay y Ahmedabad los empresarios indios establecieron varios cientos de fábricas textiles de algodón. Desde que la India obtuvo su independencia en 1947 el gobierno ha echado todo su peso tras el desarrollo rápido de un conjunto amplio de industrias pesadas. En los años cincuenta la agricultura, sobre todo en manos de pequeñas familias campesinas, representaba todavía cerca de la mitad del producto nacional. La India es hoy todavía una economía campesina.

El Japón

Menos de cincuenta años después de la Restauración Meiji de 1868, el Japón había dejado de ser una economía campesina. Ahora hay una vasta literatura que evalúa esta revolución aparentemente abrupta y dramática. Las principales autoridades convienen ahora en que los fundamentos de esta transformación económica, genuina y rápida, son anteriores a la restauración de 1868 y se internan mucho, sobre todo en el caso de la agricultura, en el periodo precedente de la era Tokugawa (véase Dore, 1959, cap. 1; Smith, 1959).

Durante el periodo Tokugawa, más o menos en los siglos del XVII al XIX, el campo japonés adoptó el patrón de cultivo en pequeñas unidades por familias campesinas individuales, que ha persistido hasta la fecha. Los impuestos se cobraban en especie a las aldeas por los grandes señores feudales y a veces equivalían hasta al 60 % de la cosecha. En su mayor parte la clase

guerrera se había reunido en los pueblos de los castillos donde vivían de estipendios en arroz. En las grandes explotaciones restantes, relativamente poco numerosas, el cultivo por los siervos *(nago)* y sirvientes cedió gradualmente el paso al arrendamiento. La reforma de 1720, que permitió la hipoteca de la tierra, fue seguida del surgimiento de un grupo de terratenientes-prestamistas (campesinos ricos, comerciantes de los pueblos, pequeños capitalistas rurales, jefes de las aldeas), cuyos inquilinos eran a menudo los originales propietarios cultivadores.

Tras la Restauración Meiji de 1868 los propietarios campesinos fueron liberados de sus obligaciones feudales y confirmados en la propiedad de la tierra que cultivaban. Los antiguos pagos en arroz fueron sustituidos por un impuesto anual fijo en dinero, pagadero al Estado. Estos impuestos, que al principio constituían una carga pesada, declinaron progresivamente en términos reales gracias al incremento a largo plazo de los precios de los productos agrícolas.

Por otra parte, la necesidad de obtener dinero para pagar los impuestos colocaba al pequeño campesino —siempre en el margen de sus recursos— en la necesidad de tener que vender su cosecha en el momento menos propicio, inmediatamente después de la recolección. La misma situación favorecía a los campesinos más ricos, que a veces actuaban como corredores en arroz.

Las reformas Meiji no trajeron beneficios para los arrendatarios. Ellos todavía debían pagar rentas en especie por cerca de la mitad de una cosecha típica. El aumento del precio del arroz no los benefició porque ellos enviaban muy poco producto al mercado. A principios del decenio de 1880 cerca de un tercio del total de la tierra cultivable se trabajaba por arrendamiento; para el tiempo de la primera Guerra Mundial esa fracción había aumentado a cerca de la mitad.

El área media cultivada por los campesinos japoneses (es decir el total de las varias franjas separadas que cultivaba la familia) se aproximaba a una hectárea cerca de 1868, y para la mayoría de las familias continuaba la misma situación en 1918. En los cincuenta años siguientes a 1868 la producción total de arroz en el Japón casi se duplicó, en parte porque se puso más tierra en cultivo, pero sobre todo por un aumento del producto por hectárea del orden del 50 %. Durante este periodo la población aumentó en cerca de un 60 %. Sin embargo, el nivel de vida mejoró.

La historia del aliento dado por el régimen Meiji a la industria moderna es tan conocida que no necesitamos resumirla aquí. Uno de sus resultados importantes para el campo fue que el aumento natural de la población fue absorbido por los pueblos y ciudades. En consecuencia, el total de la población agrícola del Japón permaneció aproximadamente igual (cerca de cinco

y medio millones de familias) entre 1868 y 1918. Debemos advertir también que las propias familias agrícolas se ocuparon cada vez más de actividades subsidiarias no agrícolas, como las artesanías y otras industrias rurales. Mientras que menos de una cuarta parte de las familias campesinas tenían tales actividades en 1884, más de un tercio de ellas se registró así en 1919.

La declinación de la posición relativa de la agricultura en el Japón moderno puede indicarse en tres formas. Primero, la proporción de la población que vive en las aldeas, definida de ordinario en el Japón como lugares de menos de 10 mil habitantes; este porcentaje ascendía al 87 % en 1888, al 68 % en 1918 y al 50 % en 1940. Nuestro segundo indicador es la proporción del total de la fuerza de trabajo ocupada en la agricultura. Según el profesor Ohkawa, una de las grandes autoridades del Japón, esta proporción ascendió al 76 % alrededor de 1880, al 59 % alrededor de 1915 y al 44 % alrededor de 1940. Por último, la contribución de la agricultura al total del ingreso nacional, de nuevo de acuerdo con el profesor Ohkawa, este porcentaje ascendió al 64 % alrededor de 1880, y bajó grandemente hasta el 36 % alrededor de 1915 y a sólo 17 % alrededor de 1940. En términos de nuestro primer criterio de economía campesina, la contribución de la agricultura al total de la producción nacional, el Japón había dejado sin lugar a dudas de ser una economía campesina en vísperas de la primera Guerra Mundial.[6]

CHINA

Como en la India y el Japón, la agricultura de China había sido durante varios siglos antes de 1950 la *petite culture*. Casi todos los cultivos eran sembrados por familias que tenían en promedio cerca de una hectárea (un poco más en las áreas trigueras del norte, un poco menos en las áreas arroceras del sur). Estos predios se componían generalmente de minúsculos pedazos desiguales y dispersos. Los propios miembros de la familia se encargaban del trabajo de la granja; sólo un porcentaje muy pequeño de los cultivadores, los más ricos con la mayor cantidad de tierra, utilizaban mucha mano de obra contratada.

Antes de la Revolución de 1911 había mucho arrendamiento en China, y a medida que avanzaba el siglo más campesinos debían renunciar a la propiedad de parte o el total de su tierra. Para los años treinta, la mitad, o más de la mitad, de los

[6] Los datos del profesor Ohkawa han sido tomados del amplio artículo de resumen que el propio Ohkawa y Henry Rosovsky prepararon con el título de "The role of agriculture in modern Japanese economic development". Este artículo apareció en un número especial de *Economic Development and Cultural Change* dedicado al tema de "La ciudad y la aldea en el Japón", que contiene muchas otras contribuciones importantes.

campesinos chinos, eran arrendatarios o pequeños propietarios-arrendatarios. Las rentas se pagaban generalmente en especie y equivalían al 50 o el 60 % de la cosecha. Con rentas tan pesadas sobre sus minúsculos predios los campesinos chinos no podían mantenerse sólo con la tierra. Por desgracia, para la mayoría de ellos no había suficientes trabajos alternativos.

Las artesanías campesinas, que tradicionalmente habían ofrecido un empleo complementario, se debilitaron ante la competencia de los artículos hechos a máquina del Japón y el Occidente. El desarrollo de las ciudades modernas fue muy limitado y enteramente insuficiente para sacar a la población del campo (como ocurrió en el Japón). Cerca del 70 % de la población continuaba trabajando en la agricultura.

Las dificultades de los campesinos aumentaban por las exacciones múltiples de los terratenientes, los señores de la guerra, los usureros y funcionarios públicos menores. Sufrían además en el curso de las guerras, invasiones, hambres, guerra civil y revolución.

En los años posteriores a 1950 el régimen de Pekín ha realizado esfuerzos enormes para trasformar esta economía campesina. En las ciudades ha habido un desarrollo inmenso de la industria moderna. En el campo el vasto programa de reforma agraria empezó por expropiar las propiedades de los terratenientes y redistribuirlas en pequeñas extensiones de tierra entre los campesinos. A esto ha seguido una serie de esfuerzos tendientes a alentar o imponer el cultivo en gran escala: la ayuda mutua en forma de equipos de trabajo, las cooperativas aldeanas, la agricultura colectiva y el establecimiento de comunas rurales muy grandes.

No podemos evaluar la medida en que estos programas han reducido la importancia del cultivo de la familia campesina en la agricultura china. Tampoco sabemos si la agricultura aporta la mitad o más del producto nacional. Resulta difícil afirmar con alguna seguridad si China es todavía una economía campesina.

En virtud de que nuestros seis ejemplos de economía campesina han sido extraídos del mundo moderno, hemos sido más explícitos en relación con los criterios que la separan de las economías industriales que en relación con los criterios que la separan de los sistemas esclavistas o "tribales". En efecto, sólo nos hemos ocupado de las economías campesinas en su fase "alta" o "última". Sin embargo, hemos visto que las condiciones diferían en varios sentidos importantes, que sería conveniente enumerar:

1) Gobierno autóctono o colonial.
2) Sólo cultivo en pequeña escala, o yuxtapuesto con el cultivo en gran escala, y en este último caso los arreglos para la oferta de mano de obra en las unidades de gran escala.
3) Sólo predios familiares individuales, o predios de esta clase en el contexto de mayores tenencias de grupo o de derechos de la comunidad aldeana sobre la tierra.
4) Jerarquía del campesinado a nivel de la aldea; existencia y papel social de una clase de trabajadores agrícolas.
5) Urbanización e industrialización como factores que disminuyen la importancia relativa del campesinado en el conjunto de la economía y que conducen a la trasformación de la producción campesina.

Podríamos afirmar que hemos bosquejado en forma preliminar los casos de países que están saliendo, o están buscando la salida, de la economía campesina. Por supuesto, sería posible y conveniente el examen de casos de entrada a la economía campesina. En el sentido más amplio, el estudio de las economías campesinas debería abarcar todo el proceso de su aparición, los cambios que experimentan a través del tiempo, y las formas en que se trasforman —¡o dejan de trasformarse!— en economías industriales modernas.

Sería interesante situar a la economía campesina, tal como la hemos definido, en relación con los modos de producción de Karl Marx, bien conocidos. Nuestras economías campesinas incluyen sociedades que caen bajo el modo feudal de la producción marxista y bajo sus "Sociedades asiáticas". Además, abarcan los periodos históricos que Marx caracterizó como marcados por la pequeña agricultura campesina y trató como transiciones de un modo principal de producción a otro.

Creemos que nuestro agrupamiento más amplio, la economía campesina, se justifica analíticamente en términos de las características comunes que hemos examinado e ilustrado. Por supuesto, podría extenderse el término "feudal" (con los prefijos "semi", "proto" y "seudo", o sin ellos) para abarcar todo este conjunto, pero ello sería infortunado. El término feudalismo se originó en Europa occidental y lleva consigo un conjunto de connotaciones específicas. No podemos dejar de recordar al señor feudal, el vasallo, el feudo, el contrato feudal, el señorío y el siervo. Sin embargo, este complejo de fenómenos ocurre sólo en un pequeño número de siglos en áreas bien delimitadas de la extrema Europa Occidental y el Japón. En cambio, las economías campesinas existieron mucho antes del feudalismo, junto con el feudalismo, y mucho tiempo después. Persisten en nuestro mundo contemporáneo. Por mucho que pueda ampliarse el contenido del término, el feudalismo no puede abarcar un boceto histórico que cubra desde el Caribe hasta el Mar de China.

Desde nuestra perspectiva, el feudalismo europeo de la alta Edad Media puede verse como incorporando una forma particular de economía campesina. Nada ganamos si tratamos de ver *todas* las economías campesinas como variaciones de esa forma más bien especial. Ha llegado el momento de tratar la experiencia europea en categorías derivadas de la historia mundial, en lugar de apretujar la historia mundial en categorías de la Europa Occidental.

REFERENCIAS

Dore, R. P. (1959), *Land Reform in Japan*, Oxford University Press.
Fallers, L. A. (1961), "Are African cultivators to be considered 'peasants'?", *Current Anthropology*, vol. 2, pp. 108-110.
Ohkawa, M., y H. Rosovsky (1960), "The role of agriculture in modern Japanese economic development", *Economic Development and Cultural Change*, vol. 9, núm. 1, parte 3, pp. 43-67.
Marx, K. (1867), *The Capital*, D. Torr (comp.), Londres, 1939 (versión al castellano del FCE).
Moret, A. (1926), *From Tribe to Empire*, Londres.
Redfield, R. (1956), *Peasant Society and Culture*, Chicago University Press.
Smith, T. C. (1959), *The Agrarian Origins of Modern Japan*, Stanford University Press.
Steuart, J. (1767), *An Inquiry in the Principles of Political Economy*, vol. 1; reimpreso por Oliver & Boyd, 1967.
Wolf, E. R. (1956), "Aspects of group relations in a complex society: Mexico", *American Anthropologist*, vol. 58, núm. 6, pp. 1065-1078.
— (1957), "Closed corporate peasant communities in Mesoamerican and central Java", *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 13, pp. 1-18.

17. EL CAMPESINADO Y LA ECONOMÍA POLÍTICA EN LAS PRIMERAS ETAPAS DE LA INDUSTRIALIZACIÓN*

Evgenii Preobrazhensky

PARA que se inicie la acumulación capitalista se requieren los requisitos siguientes:

1) Una acumulación preliminar de capital en manos particulares, en medida suficiente para la aplicación de una técnica más elevada o de un grado mayor de división del trabajo con la misma técnica.
2) La presencia de un conjunto de asalariados.
3) Un desarrollo suficiente del sistema de economía de bienes en general que constituya la base de la producción y la acumulación capitalista de bienes. [...]

Entendemos por acumulación *socialista* la adición a los medios funcionales de producción de un producto excedente creado dentro de la economía socialista constituida y que no se canaliza hacia la distribución complementaria entre los agentes de la producción socialista y el Estado socialista, sino que sirve para expandir la reproducción. En cambio, la acumulación *socialista primitiva* significa acumulación en manos del Estado de recursos materiales provenientes en todo o en parte de fuentes situadas fuera del complejo de la economía estatal. Esta acumulación debe desempeñar un papel sumamente importante en un país campesino atrasado, acelerando en medida muy grande la llegada del momento en que se inicia la reconstrucción técnica y científica de la economía estatal y en que esta economía alcanza por fin la superioridad puramente económica sobre el capitalismo. Es cierto que en este periodo la acumulación ocurre también en la base de producción de la economía estatal. Sin embargo, en primer lugar esta acumulación tiene también el carácter de acumulación preliminar de los medios para una economía realmente socialista y se subordina a este propósito. En segundo lugar, la acumulación de aquella clase, o sea a expensas del medio no estatal, predomina grandemente en este periodo. Por esta razón debemos

* Extractado de Evgenii Preobrazhensky, *The New Economics*, traducido al inglés por B. Pearce, Oxford University, Clarendon Press, 1965, pp. 80-124. Publicada por primera ocasión en 1924.

llamar a toda esta etapa el periodo de la acumulación socialista primitiva o preliminar. Este periodo tiene características y leyes especiales. [...]

Examinemos ahora en forma sistemática los métodos principales de la acumulación capitalista primitiva y comparémoslos, hasta donde sea posible, con los métodos y procesos análogos o muy relacionados de la acumulación socialista primitiva. Para fines de la comparación tomaremos no sólo el periodo precedente a la producción capitalista, sino también la época de los primeros pasos de la producción capitalista, porque esta acumulación primitiva, como acumulación fuera del alcance de la producción capitalista, se realizó también, bajo formas muy variadas, tras la aparición de las empresas capitalistas.

Principiaremos con el pillaje de las formas no capitalistas de la economía. En esencia, todo el periodo de existencia del capital mercantil, desde el momento en que el trabajo del artesano para el cliente y el mercado local cedió el lugar al trabajo para mercados distantes y en que el comprador intermediario [prestamista] se convirtió en un agente necesario para la producción, puede considerarse como un periodo de acumulación primitiva, como un periodo de saqueo sistemático de la producción en pequeña escala.

Otra forma del pillaje muy importante fue la política colonial de los países que participaron en el comercio mundial. Tenemos en mente no sólo el saqueo conectado con el intercambio de una pequeña cantidad de mano de obra por una gran cantidad de ella sobre la base del comercio "normal", sino también el pillaje en forma de impuestos a los nativos, la expropiación de su propiedad, su ganado y sus tierras, sus posesiones de metales preciosos, la conversión de los pueblos conquistados en esclavos, el sistema infinitamente variado del engaño burdo, etcétera. También pertenecen a esta categoría todos los métodos de compulsión y saqueo en relación con la población campesina de los países metropolitanos. El robo de la producción de los pequeños campesinos en aras de la acumulación primitiva asumió muchas formas distintas. El famoso "movimiento de cercado", al que Marx dedicó páginas tan brillantes en el primer volumen de *El capital*, no fue el método típico de la acumulación primitiva en todos los países. Los métodos más típicos fueron, primero, el pillaje a los siervos campesinos por sus señores y la repartición del botín con los comerciantes capitalistas, y segundo, los impuestos aplastantes que debían pagar los campesinos al Estado y la trasformación de parte de los medios así obtenidos en capital.

Cuando la heredad del terrateniente empezó a transformarse de una economía puramente natural en una economía monetaria o semimonetaria, cuando los terratenientes promovieron así el comercio en gran escala, y cuando el aumento de sus demandas estimuló una intensificación de la extorsión de los campesinos, iniciaron aquéllos una especie de cooperación no deliberada con el capital mercantil. Todo lo que se pillaba en el campo, excepto lo que se consumía en el lugar, se vendía a los comerciantes. Éstos proveían a cambio al terrateniente de los productos de la industria urbana o extranjera que servían para satisfacer sus demandas crecientes y cada vez más refinadas. El capital mercantil vendía estos productos con un beneficio del 100 % y más. Luego prestaba dinero a caballeros del campo arruinados a tasas de interés usurarias. Como resultado, los señores feudales fueron en este periodo en cierto sentido agentes del capital mercantil, bombas de trasmisión para el pillaje de la producción rural en pequeña escala en aras de la acumulación capitalista primitiva. Por ser la "clase superior" en comparación con el tercer estado, en términos legales, cooperaron económicamente con los comerciantes, quienes no tuvieron la parte mayor sino la menor en la extorsión de los campesinos.

La otra forma de saqueo de la producción campesina fue la de los impuestos estatales. Mediante sus recaudaciones de impuestos, los Estados absolutistas alentaron el desarrollo de las manufacturas, otorgando subsidios a comerciantes que se habían convertido en industriales o a nobles que se habían trasformado en manufactureros. Este apoyo se otorgó en especial a las manufacturas que en una u otra forma proveían al ejército: fábricas de textiles y de armas, empresas metalúrgicas, etcétera. Esta clase de trasferencia de recursos a través de la maquinaria estatal, de la producción en pequeña escala a la producción en gran escala, sobre todo a la industria pesada, ocurre también en un periodo muy posterior.

Acerca del papel del Estado, y en particular acerca del papel de la presión estatal en el periodo de la acumulación primitiva, escribió Marx: "Estos métodos dependen en parte de la fuerza bruta, por ejemplo en el sistema colonial. Pero todos emplean el poder del Estado, la fuerza concentrada y organizada de la sociedad, para acelerar, como en un invernadero, el proceso de trasformación del modo feudal de producción en el modo capitalista, y para abreviar la transición. La fuerza es la comadrona de toda sociedad antigua preñada de una nueva. En sí misma es un poder económico" (1867, p. 776).

Esta fuerza desempeñó también un papel muy importante en la formación de los Estados nacionales como arenas para la actividad del capital mercantil. El profundo análisis de las clases, pleno de verdad histórica concreta, al que M. N. Pokrovsky sujetó la política de los zares moscovitas, da una idea clara de este aspecto del periodo considerado. La conquista del territorio

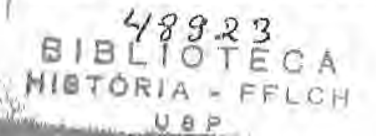
necesario y de las rutas comerciales, etcétera, no es tampoco más que un eslabón en la cadena de la acumulación capitalista primitiva, porque sin la acumulación de los necesarios requisitos territoriales no podría lograrse existosamente el desarrollo del capital mercantil y su transición al capital industrial. Desde este punto de vista el campesino pagaba tributo al Moloch de la acumulación primitiva no sólo cuando la parte de la renta por él pagada pasaba por las manos del señor hacia las del comerciante, no sólo cuando una parte de los impuestos por él pagados pasaba por la vía del Estado al fabricante manufacturero, sino también cuando daba la sangre de sus hijos para ganar nuevas rutas comerciales así como para conquistar nuevas tierras.

En el proceso de la acumulación primitiva desempeña un papel importante el sistema de préstamos estatales, por el cual se realiza la trasferencia de una parte del ingreso anual de los pequeños productores, en forma de pagos de intereses, a las manos de los acreedores capitalistas del Estado que ha contratado el préstamo. En este sentido, dice Marx:

> La deuda pública se convierte en una de las palancas más poderosas de la acumulación primitiva. Como si fuese por efecto de una varita mágica, dota al dinero vacío del poder de generación y así lo convierte en capital sin necesidad de exponerse a los problemas y los riesgos inseparables de su empleo en la industria o aun en la usura. Los acreedores del Estado no se desprenden de nada en realidad, porque la suma prestada se trasforma en bonos públicos, fácilmente negociables, que siguen funcionando en sus manos como lo haría el dinero mismo. Pero además, aparte de la clase de rentistas ociosos que así se crea, y de la riqueza improvisada de los financieros, intermediarios entre el gobierno y la nación —y aparte de los recolectores de impuestos, los comerciantes y los fabricantes privados, a quienes una buena parte de cada préstamo nacional presta el servicio de un capital caído del cielo—, la deuda nacional ha originado sociedades anónimas, operaciones en valores negociables de todas clases, y agio; en una palabra, especulación en la bolsa de valores y la moderna bancocracia (1867, pp. 779-780).

Vamos a examinar ahora los métodos de la acumulación primitiva que hemos enumerado, basados sobre todo en el despojo de la producción en pequeña escala y en la presión no económica a que se la somete; asimismo veremos cómo están las cosas en este sentido en el periodo de la acumulación socialista primitiva.

En lo que toca al pillaje colonial, un Estado socialista, que sigue una política de igualdad entre las nacionalidades y de entrada voluntaria de ellas en una u otra clase de unión de nacio-


48923
BIBLIOTECA
HISTÓRIA - FFLCH
USP

nes, repudia por principio todos los métodos del capital forzosos en esta esfera. Esta fuente de acumulación primitiva le está vedada desde el principio y para siempre.

Es muy diferente el caso de la enajenación en favor del socialismo de una parte del producto excedente de todas las formas económicas presocialistas. La tributación de las formas no socialistas no sólo debe ocurrir inevitablemente en el periodo de la acumulación socialista primitiva, sino que inevitablemente debe desempeñar un papel muy grande, directamente decisivo, en los países campesinos como la Unión Soviética. Debemos considerar este punto con algún detalle.

Hemos visto que la producción capitalista pudo principiar a funcionar y desarrollarse sólo por la utilización de los recursos obtenidos de la producción en pequeña escala. La transición de la sociedad desde el sistema de producción pequeñoburguesa hasta el capitalista no podría haberse logrado sin la acumulación preliminar a expensas de la producción en pequeña escala, y luego habría procedido con gran lentitud si no hubiera continuado la acumulación adicional a expensas de la producción en pequeña escala al mismo tiempo que la acumulación capitalista a expensas de la fuerza de trabajo explotada del proletariado. La transición misma supone, como sistema, un intercambio de valores entre la producción en gran escala y la producción en pequeña escala, en el que esta última da a la primera más de lo que recibe. En el periodo de la acumulación socialista primitiva la economía estatal no puede progresar sin enajenar parte del producto excedente del campesinado y los artesanos, sin hacer deducciones a la acumulación capitalista en aras de la acumulación socialista. No sabemos cómo emergerán de la guerra civil otros países donde triunfe la dictadura del proletariado, es decir, en qué condiciones de ruina. Pero un país como la URSS, con su economía arruinada y en general atrasada, debe pasar por un periodo de acumulación primitiva donde se utilicen con gran liberalidad las fuentes provistas por las formas presocialistas de la economía. No debe olvidarse que el periodo de acumulación socialista primitiva es el periodo más crítico en la vida del Estado socialista una vez terminada la guerra civil. En este periodo, el sistema socialista no se encuentra todavía en condiciones de desarrollar todas sus ventajas orgánicas, pero inevitablemente destruye al mismo tiempo varias de las ventajas económicas características de un sistema capitalista desarrollado. Cómo pasar con la mayor rapidez posible por este periodo, cómo llegar con la mayor rapidez posible al momento en que el sistema socialista desarrolle todas sus ventajas naturales sobre el capitalismo, es una cuestión de vida o muerte para el Estado socialista. Por lo menos, tal es el problema que afronta hoy la URSS, y tal será quizá el problema durante cierto tiempo para varios países eu-

ropeos en que el proletariado ascenderá al poder. En tales condiciones, contar sólo con la acumulación dentro del campo socialista significaría poner en peligro la existencia misma de la economía socialista, o prolongar indefinidamente el periodo de la acumulación preliminar, cuya duración no depende, sin embargo, de la libre voluntad del proletariado. En la parte concreta de este trabajo, que se ocupará de la industria y la agricultura de la URSS, citaremos cálculos numéricos relativos a la duración del periodo en que debiéramos esperar la restauración de nuestra industria siquiera a sus niveles de preguerra si sólo dependiéramos del producto excedente de la industria misma. En todo caso la idea de que la economía socialista puede desarrollarse por sí misma, sin tocar los recursos de la pequeña burguesía (incluidos los campesinos), es indudablemente una utopía pequeñoburguesa reaccionaria. La tarea del Estado socialista no consiste aquí en tomar de los productores pequeñoburgueses menos de lo que tomó el capitalismo, sino más bien tomar una proporción mayor *de los ingresos todavía mayores* que obtendrá el pequeño productor por la racionalización de toda la economía, incluida la producción en pequeña escala, debido a la industrialización del país y también a la intensificación de su agricultura. [. . .]

Podemos formular una ley, o al menos la parte de esa ley que se relaciona con la redistribución de los recursos materiales para la producción, en esta forma:

Cuanto más económicamente atrasado, pequeñoburgués, campesino, sea un país particular que pase a la organización socialista de la producción, y cuanto menor sea la herencia recibida por el fondo de acumulación socialista del proletariado de ese país cuando ocurra la revolución socialista, tanto mayor será la proporción en que la acumulación socialista sea obligada a depender de la enajenación de una parte del producto excedente de las formas presocialistas de la economía, y menor será el peso relativo de la acumulación sobre su propia base productiva, es decir menos se nutrirá del producto excedente de los trabajadores de la industria socialista. A la inversa, cuanto más desarrollado en lo económico y lo industial sea un país donde triunfe la revolución socialista, y cuanto mayor sea la herencia material en forma de una industria muy desarrollada y de una agricultura organizada en forma capitalista que reciba el proletariado de este país de la burguesía al momento de la nacionalización, menor será el peso relativo de las formas precapitalistas del país en cuestión; y cuanto mayor sea la necesidad de que el proletariado de este país reduzca el intercambio no equivalente de sus productos por los productos de las antiguas colonias, más se desplazará el centro de gravedad de la acumulación socialista hacia la base de producción de las formas socialistas, es decir

más dependerá del producto excedente de su propia industria y de su propia agricultura.[1]

Referencia

Marx, K. (1867), *The Capital*, F. Engels (ed.), traducción al inglés de S. Moore y E. Marx Aveling, Allen & Unwin, 1946 (versión castellana del FCE).

[1] Por supuesto, esta ley debe sufrir ciertas modificaciones cuando haya una trasferencia de los medios de producción desde un país socialista avanzado hasta uno atrasado.

Tercera Parte

EL CAMPESINADO COMO CLASE

En la tercera parte examinamos al campesinado como clase, es decir, como entidad social basada en una comunidad de intereses económicos, configurada por el conflicto con otras clases, expresada en patrones típicos de cognición y de conciencia política y capaz de una acción política unida a nivel nacional. La atención se centra en el carácter específico de la acción política campesina y en particular en la revuelta campesina, que ocupa en gran medida el centro de la atención académica contemporánea. La sección se inicia con Marx, el fundador de la teoría contemporánea de las clases, cuya contribución sigue siendo ilustrativa a pesar de su edad. Shanin comenta los patrones de la acción política típicos de los campesinos, y Wolf concluye con un análisis del lugar que ocupan las rebeliones campesinas en la configuración del mundo contemporáneo. El estudio de Feder que aparece en la primera parte y las contribuciones de Fanon que aparecen en la quinta parte son también aplicables aquí. También lo es un importante análisis del campesinado en la historia hecho por Barrington Moore, Jr. (no incluido aquí por falta de espacio), cuyos detalles pueden encontrarse en la lista de la bibliografía complementaria.

El tema principal no examinado es la discusión específica de los movimientos políticos campesinos autónomos que operan en condiciones legales o semilegales, aunque las contribuciones de Feder en la primera parte y de Huizer en la quinta parte tocan este tema. (Véanse análisis más sistemáticos en la lista de la bibliografía complementaria.) El análisis de esta parte se refiere sobre todo al nivel nacional. La vida política a nivel de la aldea se considera parcialmente en la primera parte.

18. EL CAMPESINADO COMO CLASE *

Karl Marx

EL 10 DE DICIEMBRE de 1848 fue el día de la *insurrección campesina.* El febrero de los campesinos franceses sólo data de esta fecha. El símbolo que expresó su entrada en el movimiento revolucionario —burdamente astuto, pícaramente ingenuo, estúpidamente sublime, una superstición calculadora, una burla patética, un anacronismo astutamente estúpido, una pieza mundialmente histórica de bufonería y un jeroglífico indescifrable para el entendimiento de los civilizados— llevaba el sello inconfundible de la clase que representa la barbarie dentro de la civilización. La república se había anunciado a esta clase con el *recaudador de impuestos*; ella se anunció a la república con el *emperador*. Napoleón era el único hombre que había representado cabalmente los intereses y la imaginación de la clase campesina, creada de nuevo en 1789. Al escribir el nombre del emperador en el frontispicio de la república, la clase campesina declaraba la guerra al exterior y la imposición de sus intereses de clase en el interior. Napoleón no era para los campesinos una persona sino un programa. Con estandartes, con redobles de tambores y fanfarrias de trompetas, marchaban a las urnas gritando: *plus d'impots, à bas les riches, à bas la république, vive l'Empereur!* ¡No más impuestos, abajo los ricos, abajo la república, viva el Emperador! Tras el emperador se escondía la guerra campesina. La república contra la que votaron era la *república de los ricos.*

El 10 de diciembre se produjo el *coup d'état* de los campesinos, que derrocó al gobierno existente. [...]

Bonaparte representa una clase, y la clase más numerosa de la sociedad francesa, por cierto, los *campesinos minifundistas* [*Parzellen*].

Así como los Borbones fueron la dinastía de los grandes terratenientes y como los de Orleans fueron la dinastía del dinero, los Bonapartes son la dinastía de los campesinos, es decir de la masa del pueblo francés. El escogido de los campesinos no es el Bonaparte que se sometió al parlamento burgués, sino el Bonaparte

* Extractado de Karl Marx, "The Class Struggles in France 1848-1850" y "The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte", en Karl Marx y Frederick Engels, *Selected Works*, vol. 1, Foreign Languages Publishing House, 1950; Lawrence & Wishart, 1950, pp. 159, 302-308. Publicados por primera ocasión en 1850-1852.

que dispersó el parlamento burgués. Durante tres años los pueblos pudieron falsear el significado de la elección del 10 de diciembre y engañar a los campesinos con la restauración del imperio. La elección del 10 de diciembre de 1848 solamente ha podido consumarse por el *coup d'état* del 2 de diciembre de 1851.

Los campesinos minifundistas forman una vasta masa cuyos miembros viven en condiciones similares pero sin establecer relaciones múltiples entre sí. Su modo de producción los aísla en lugar de reunirlos en un intercambio recíproco. El aislamiento aumenta por los malos medios de comunicación de Francia y por la pobreza de los campesinos. Su campo de producción, la parcela, no admite la división del trabajo en su cultivo, ni la aplicación de la ciencia y, por lo tanto, ni la diversidad del desarrollo, la variedad del talento y la riqueza de las relaciones sociales. Cada familia campesina individual es casi autosuficiente; produce directamente la mayor parte de su consumo y adquiere así sus medios de vida más a través del intercambio con la naturaleza que en su relación con la sociedad. Una parcela, un campesino y su familia, al lado otra parcela, otro campesino y otra familia. Pocas veintenas de estas familias hacen una aldea, y pocas veintenas de aldeas hacen un Departamento. De este modo, la gran masa de la nación francesa está formada por simple adición de magnitudes homólogas, así como las papas en un saco forman un saco de papas. En la medida en que millones de familias viven en condiciones económicas de existencia que separan su modo de vida, sus intereses y su cultura de los de las otras clases, y los colocan en oposición hostil frente a estas últimas, constituyen una clase. En la medida en que hay sólo una interconexión local entre estos campesinos minifundistas y en que la identidad de sus intereses no engendra una comunidad, un lazo nacional y una organización política entre ellos, no forman una clase. En consecuencia, son incapaces de imponer su interés de clase en su propio nombre, ya sea a través de un parlamento o de una convención. No pueden representarse a sí mismos, deben ser representados. Su representante debe aparecer al mismo tiempo como su amo, como una autoridad sobre ellos, como un poder gubernamental ilimitado que los proteja de las otras clases y les envíe lluvia y sol desde las alturas. Así pues, la influencia política de los campesinos minifundistas encuentra su expresión final en el poder ejecutivo que subordina la sociedad a él mismo.

La tradición histórica originó la creencia de los campesinos franceses en el milagro de que un hombre llamado Napoleón les devolvería toda la gloria. Y surge un individuo que se hace aparecer como el hombre porque lleva el nombre de Napoleón, en consecuencia el del *Código de Napoleón*, el que establece que

la recherche de la paternité est interdit.[1] Tras un vagabundeo de veinte años y tras una serie de aventuras grotescas, la leyenda se realiza y el hombre se hace emperador de los franceses. Se realizaba la idea fija del sobrino porque coincidía con la idea fija de la clase más numerosa del pueblo francés.

Sin embargo, podría objetarse: ¿qué diremos del levantamiento campesino en media Francia, los ataques del ejército contra los campesinos, la encarcelación en masa y el transporte de campesinos?

Desde Luis XIV Francia no ha experimentado persecuciones similares de los campesinos "por sus prácticas demagógicas".

Pero no nos engañemos. La dinastía Bonaparte no representa al campesino revolucionario sino al conservador; no representa al campesino que rebasa la condición de su existencia social, la parcela, sino al campesino que desea consolidar esta tenencia; no al habitante del campo que, ligado a los pueblos, quiere derrocar el orden antiguo con sus propias energías, sino, al contrario, a los que en estupidizado aislamiento dentro de este orden antiguo quieren verse ellos mismos y sus parcelas salvados y favorecidos por el fantasma del imperio. No representa la ilustración, sino la superstición del campesino; no su juicio, sino su prejuicio; no su futuro, sino su pasado; no su moderna Cevennes, sino su moderna Vendée.[2]

El riguroso gobierno de tres años de la república parlamentaria había liberado a una parte de los campesinos franceses de la ilusión napoleónica y los había revolucionado, aunque sólo fuese de modo superficial; pero los burgueses los reprimieron violentamente cada vez que se pusieron en movimiento. Bajo la república parlamentaria la conciencia moderna y la tradicional del campesino francés lucharon por el dominio. Este desarrollo asumió la forma de una lucha incesante entre los maestros de escuela y los curas. La burguesía aplastó a los maestros. Por primera vez los campesinos se esforzaron por comportarse en forma independiente frente a la actividad del gobierno. Así se vio en el conflicto continuo entre los alcaldes y los prefectos. La burguesía depuso a los alcaldes. Por último, durante el periodo de la república parlamentaria los campesinos de diversas localidades se levantaron contra su propia creación, el ejército.

[1] Está prohibida la investigación de la paternidad.

[2] En Cevennes, una región montañosa de Francia, ocurrió a principios del siglo XVIII un gran levantamiento de campesinos protestantes (los llamados *Camisards*). Sus lemas eran: "¡No Impuestos!", "¡Libertad y Conciencia!" Los insurgentes se apoderaron de castillos feudales, se escondieron en las montañas, realizaron una guerra de guerrillas. La lucha duró casi tres años.

Vendée: La región de Francia que fue un asiento de la contrarrevolución durante la Revolución Burguesa Francesa de fines del siglo XVIII. Editores de *Selected Works.*

La burguesía los castigó con estados de sitio y expediciones punitivas. Y esta misma burguesía grita ahora contra la estupidez de las masas, la vil multitud que la ha traicionado en favor de Bonaparte. La burguesía ha reforzado considerablemente los sentimientos de imperio [*Imperialismus*] de la clase campesina, ha conservado las condiciones que forman la cuna de esta religión de los campesinos. En realidad, la burguesía debe temer la estupidez de las masas mientras éstas sigan siendo conservadoras, y la perspicacia de las masas en cuanto se vuelvan revolucionarias.

En los levantamientos que siguieron al *coup d'état*, una parte de los campesinos franceses protestó, con las armas en la mano, contra su propio voto del 10 de diciembre de 1848. La escuela que habían recibido desde 1848 había agudizado su inteligencia. Pero se habían entregado al bajo mundo de la historia; la historia les exigía el cumplimiento de su palabra, y la mayoría estaba todavía tan prejuiciada que precisamente en los departamentos más rojos la población campesina votó abiertamente por Bonaparte. En su opinión la Asamblea Nacional había obstruido el progreso de Bonaparte. Él solamente había roto las cadenas impuestas por las poblaciones a la voluntad del campo. En algunas partes los campesinos incluso defendieron la noción grotesca de la Convención hombro con hombro con Napoleón.

Después de que la primera revolución había trasformado a los campesinos de semivillanos en tenedores libres, Napoleón confirmó y reguló las condiciones en que podrían explotar sin problemas el suelo de Francia que acababa de caer en sus manos, y calmó su pasión juvenil por la propiedad. Pero lo que ahora está causando la ruina del campesino francés es su propia parcela, la división de la tierra, la forma de propiedad que Napoleón consolidó en Francia. Son precisamente las condiciones materiales que convirtieron al campesino feudal en un campesino minifundista y a Napoleón en un emperador. Dos generaciones han bastado para producir el resultado inevitable: el deterioro progresivo de la agricultura, el endeudamiento progresivo del agricultor. La forma "napoleónica" de la propiedad, que a principios del siglo XIX fue la condición de la liberación y el enriquecimiento de los habitantes del campo francés, se ha convertido en el curso de este siglo en la ley de su esclavizamiento y su depauperación. Y precisamente esta ley es la primera de las *"idées napoléoniennes"* que debe sostener el segundo Bonaparte. Si todavía comparte con los campesinos la ilusión de que la causa de su ruina no debe buscarse en su propia propiedad parcelaria sino fuera de ella, en la influencia de circunstancias secundarias, sus experimentos reventarán como pompas de jabón cuando se pongan en contacto con las relaciones de producción.

El desarrollo económico de la propiedad parcelaria ha cambiado radicalmente la relación de los campesinos con las demás clases de la sociedad. Bajo Napoleón la fragmentación de la tierra en el campo apoyó la libre competencia y el inicio de la gran industria en los pueblos. La clase campesina era la protesta ubicua contra la aristocracia terrateniente recién derrotada. Las raíces echadas en el suelo francés por la pequeña propiedad parcelaria privaron al feudalismo de toda su savia. Sus marcas en la tierra formaron las fortificaciones naturales de la burguesía contra todo ataque sorpresivo de sus antiguos señores. Pero en el curso del siglo XIX los señores feudales fueron remplazados por los usureros urbanos; la obligación feudal que acompañaba a la tierra fue sustituida por la hipoteca; la propiedad aristocrática de la tierra fue remplazada por el capital burgués. La parcela del campesino es ahora sólo el pretexto que permite al capitalista obtener ganancias, intereses y renta de la tierra, mientras deja que el cultivador del suelo se las averigüe solo para extraer sus salarios. La deuda hipotecaria que pesa sobre el suelo de Francia impone a los campesinos franceses el pago de un monto de interés igual al interés anual de toda la deuda nacional inglesa. La propiedad parcelaria, en este esclavizamiento impuesto inevitablemente por el desarrollo del capital, ha trasformado la masa de la nación francesa en trogloditas. Dieciséis millones de campesinos (incluidos mujeres y niños) viven en chozas, un gran número de las cuales sólo tiene una abertura, otras sólo dos, y las más favorecidas sólo tres. Y las ventanas son para una casa lo que los cinco sentidos son para la cabeza. El orden burgués, que al principio del siglo hizo que el Estado montara guardia sobre la parcela recién creada y la abonara con laureles, se ha convertido en un vampiro que chupa su sangre y su médula y las arroja en el redaño alquimista del capital. El *Código Napoleón* no es ahora más que un *código* de embargos, ventas forzadas y subastas obligatorias. A los cuatro millones (incluidos niños, etcétera) de pobres, vagabundos, criminales y prostitutas oficialmente reconocidos en Francia deben sumarse cinco millones que pululan en el margen de la existencia y que tienen sus guaridas en el campo mismo o, con sus andrajos y sus niños, abandonan de continuo el campo para ir a los pueblos y los pueblos para ir al campo. En consecuencia, los intereses de los campesinos ya no concuerdan, como bajo Napoleón, con los intereses de la burguesía, del capital, sino que se les oponen. Por lo tanto, los campesinos encuentran su aliado y líder natural en el *proletariado urbano*, cuya tarea consiste en el derrocamiento del orden burgués. Pero se llama al *gobierno fuerte e ilimitado* —y esta es la segunda *"idée napoléonienne"* que el segundo Napoleón debe realizar— para que defienda este orden "material" por la fuerza. Este *"ordre maté-*

riel" sirve también como lema en todas las proclamas de Bonaparte contra los campesinos rebeldes.

Aparte la hipoteca que le ha impuesto el capital, la parcela está agobiada de *impuestos*. Los impuestos son la fuente de la vida de la burocracia, el ejército, los curas y los tribunales; en suma, de todo el aparato del poder ejecutivo. Gobierno fuerte e impuestos gravosos son idénticos. Por su propia naturaleza la propiedad parcelaria constituye una base adecuada para una burocracia todopoderosa y numerosísima. Crea un nivel uniforme de relaciones y personas por toda la superficie de la Tierra. Por lo tanto, permite también la acción uniforme desde un centro supremo sobre todos los puntos de esta masa uniforme. Aniquila los grados aristocráticos intermedios entre la masa del pueblo y el poder estatal. En consecuencia, por todos lados demanda la interferencia directa de este poder estatal y la interposición de sus órganos inmediatos. Por último, produce una población excedente desempleada para la que no hay lugar en el campo ni en los pueblos, y que en consecuencia busca puestos estatales como una especie de limosna respetable y provoca la creación de tales puestos. Con los nuevos mercados que abrió a punta de bayoneta, con el pillaje del continente, Napoleón pagó con creces los impuestos obligatorios. Estos impuestos constituyeron un impulso para la industria del campesino, mientras que ahora despojan a su industria de sus últimos recursos y completan su incapacidad para resistirse al pauperismo. Y una burocracia enorme, bien galoneada y bien alimentada, es la "*idée napoléonienne*" más adecuada para el segundo Bonaparte. ¿Cómo podría ser de otro modo, si ve que junto a las clases actuales de la sociedad está obligado a crear una casta artificial, para la cual el mantenimiento de su régimen se convierte en una cuestión vital? En consecuencia, una de sus primeras operaciones financieras fue la elevación de los sueldos de los funcionarios al nivel que tenían anteriormente y la creación de nuevas sinecuras.

Otra "*idée napoléonienne*" es el dominio de los *curas* como instrumento del gobierno. Pero si en su acuerdo con la sociedad, en su dependencia de las fuerzas naturales y su sumisión a la autoridad que lo protegía desde arriba, el pequeño propietario recién creado era naturalmente religioso, el pequeño propietario arruinado por las deudas, enfrentado a la sociedad y la autoridad, y empujado fuera de sus propias limitaciones, se vuelve naturalmente irreligioso. El cielo es una accesión muy agradable para la estrecha faja de tierra recién ganada, más particularmente mientras hace el clima; pero se vuelve un insulto en cuanto se lo hace aparecer como sustituto de la parcela. El sacerdote aparece entonces sólo como el ungido sabueso de la policía terrenal: otra "*idée napoléonienne*". En la próxima ocasión, la expedición contra Roma ocurrirá en la Francia misma, pero en cierto sentido opuesta a la de M. de Montalembert.

Por último, el punto culminante de las "*idées napoléoniennes*" es la preponderancia del *ejército*. El ejército era el *point d'honneur* de los campesinos parceleros, era ellos mismos trasformados en héroes, defendiendo sus nuevas posesiones contra el mundo exterior, glorificando su nacionalidad recién ganada, arrasando y revolucionando al mundo. El uniforme era el ropaje de su propio estado; la guerra era su poesía; la parcela, extendida y redondeada en la imaginación, era su patria, y el patriotismo era la forma ideal del sentido de propiedad. Pero los enemigos contra quienes el campesino francés debe defender ahora su propiedad no son los cosacos; son los alguaciles y los recaudadores de impuestos. La parcela ya no se encuentra en la llamada patria, sino en el registro de hipotecas. El ejército mismo ya no es la flor de la juventud campesina; es la flor del pantano del *lumpenproletariat campesino*. Se compone en gran medida de *remplaçant*, de sustitutos, como el propio segundo Bonaparte es sólo un *remplaçant*, el sustituto de Napoleón. El ejército realiza ahora sus hazañas de valor persiguiendo a los campesinos en los desfiladeros, como si fuesen cabras, haciendo labores de gendarmes, y si las contradicciones internas de su sistema persiguen al jefe de la Sociedad del 10 de Diciembre más allá de la frontera francesa, su ejército, tras algunos actos de pillaje, no cosechará laureles sino bledos.

Lo vemos: *todas las* "idées napoléoniennes" *son ideas del parcelero subdesarrollado en la frescura de su juventud*; para el parcelero cuyos días han quedado atrás, son un absurdo. Son sólo las alucinaciones de su lucha con la muerte, palabras trasformadas en frases, espíritus trasformados en fantasmas. Pero la parodia del imperio [*des Imperialismus*] era necesaria para liberar a la masa de la nación francesa del peso de la tradición y para elaborar en forma pura la oposición existente entre el poder del Estado y la sociedad. Con el debilitamiento progresivo de la pequeña propiedad la estructura estatal erigida sobre ella se derrumba. La centralización del Estado requerida por la sociedad moderna sólo surge sobre las ruinas de la maquinaria gubernamental militar-burocrática forjada por oposición al feudalismo.[8]

[8] En la edición de 1852 este párrafo terminaba con las líneas siguientes, omitidas por Marx en la edición de 1869: "La demolición de la máquina estatal no pondrá en peligro la centralización. La burocracia es sólo la forma baja y brutal de una centralización afligida todavía por su opuesto, el feudalismo. Cuando esté decepcionado de la Restauración Napoleónica, el campesino francés abandonará su creencia en su parcela, todo el edificio estatal erigido sobre esta parcela caerá por los suelos y *la revolución proletaria obtendrá ese coro sin el cual su solo se convierte en un canto del cisne en todos los países campesinos*." Editores de *Selected Works*.

19. EL CAMPESINADO COMO FACTOR POLÍTICO[1]

Teodor Shanin

Los CAMPESINOS constituyen la mayoría de la humanidad. En la mayoría de los países, "el pueblo" (por oposición a "la nación") denota todavía a "los campesinos"; la "cultura nacional" específica corresponde de cerca a la cultura campesina; "el ejército" significa campesinos jóvenes en uniforme, armados y dirigidos por hombres distintos a ellos. Y sin embargo tenemos que recordarlo.

"Es un lugar común la afirmación de que la historia agraria, como tal, está olvidada: el hecho es demasiado obvio para negarlo" (Davring, 1956, p. 5); esto se aplica a muchas ramas de las ciencias sociales en lo que se refiere al campo. Los doce años trascurridos desde que se escribió este pasaje no han mejorado mucho la situación, aparte de varias excepciones notables en los campos de la antropología y la historia en los últimos años. En realidad, en el flujo corriente de publicaciones de ciencias sociales, los pocos estudios rurales existentes casi han sido sumergidos. Pero la realidad parece refutar este solipsismo de la mente "civilizada". Día tras día los campesinos hacen suspirar a los economistas, sudar a los políticos y maldecir a los estrategas, al derrotar sus planes y profecías por todo el mundo: Moscú y Washington, Pekín y Delhi, Cuba y Argelia, el Congo y Vietnam.

Más sorprendentes aún que el olvido de este estudio son los matices emocionales y las diversidades de opinión que rodean el tema. Las 400 páginas de Mitrany[2] sólo reúnen una fracción de las opiniones expresadas. Escritores, científicos y políticos han contribuido a la discusión —en que la imagen del campesino ha variado desde la de un angelical humanista rústico hasta la de un bruto ambicioso y terco. Por ejemplo, en Rusia, en uno y el mismo periodo, se dijo que el campesinado era "el verdadero autócrata de Rusia"[3] e "inexistente, históricamente hablando".[4] Esta clase de contienda verbal no aclaró mucho la realidad. El campesinado siguió su camino, totalmente ignorante de que constituía un fastidio intelectual.

[1] Teodor Shanin, "The peasantry as a political factor", *Sociological Review*, vol. 14, 1966, núm. 1, pp. 5-27. Este artículo es una versión revisada y un poco ampliada de un ensayo preparado originalmente para la primera Conferencia Anual sobre el Campesinado, celebrada en el Centro de Estudios Rusos y de Europa Oriental de la Universidad de Birmingham, en 1965.

[2] Mitrany (1961), quien se ocupa de las ideologías marxistas y las populistas.

[3] V. Chernov, citado por Maynard, 1962, p. 97.

[4] G. Plekhanov, hablando del campesinado ruso.

La tensión emocional que estaba detrás del desprecio ambiguo o el elogio utópico, la sustitución de la definición por la alegoría, y las graves deficiencias del entendimiento conceptual del campesinado, se sintieron con gran fuerza en la tradición intelectual de Occidente. El olvido del tema es sólo un síntoma de esto. Amerita un estudio serio, en el campo de la sociología del conocimiento, del *eidos* de los fabricantes de imágenes intelectuales cuando se enfrentan a una "clase que representa la barbarie dentro de la civilización" (Marx y Engels, 1950, vol. 1, p. 159). El tratamiento de la acción campesina como un "jeroglífico indescifrable para el entendimiento del civilizado" (Marx y Engels, 1950, vol. 1, p. 159) parecía determinado por un conglomerado de factores, entre los que sobresale uno como fundamental. El campesinado no encaja bien en ninguno de nuestros conceptos de la sociedad contemporánea. Esta "perturbadora" cualidad del campesino parece encontrarse en el fondo de los problemas de la investigación en este campo.

En este ensayo principiaremos por un intento de definición de la *diferencia específica* del campesinado: la unicidad por la que el campesinado puede ser definido y seleccionado. Esta definición analítica[5] se empleará después como un punto de referencia en el contexto histórico. De aquí pasaremos al problema del campesinado como una parte de la sociedad, y luego a los patrones de acción política de esta entidad. Al tratar este tema, otros enfoques resultan posibles y en verdad necesarios. La traducción de la rica realidad compleja en una forma verbal de menos dimensiones hace posibles y válidos muchos enfoques, sujetos al reconocimiento de las limitaciones implicadas.

EL CAMPESINADO: UNA DEFINICIÓN ANALÍTICA

"La sociedad y la cultura campesinas tienen algo de genérico. Son un tipo de arreglo de la humanidad con algunas semejanzas en todo el mundo" (Redfield, 1956, p. 25). En esta forma, Redfield resume una amplia comparación de los campesinos de distintos periodos y países. El campesinado parece ser un "tipo sin localización, no la comunidad típica de un antropólogo" (p. 23).

El campesinado se compone de pequeños productores agrícolas que, con la ayuda de equipo sencillo y el trabajo de sus

[5] Esta definición aparecería como un tipo general basado en una comparación de conceptos elaborados en los estudios de varios académicos, pero el número limitado de las sociedades utilizadas en la comparación da a esta generalización cierto carácter tentativo.

familias, producen sobre todo para su propio consumo y para el cumplimiento de sus obligaciones con los detentadores del poder político y el económico. Tal definición implica una relación específica con la tierra, con la granja familiar campesina y con la comunidad aldeana campesina como las unidades básicas de la interacción social; una estructura ocupacional específica, e influencias de la historia pasada y patrones específicos de desarrollo. Tales características conducen además a algunas peculiaridades de la posición en la sociedad y de la acción política típica.

1) La *relación con la tierra* y el carácter específico de la producción agrícola se encuentra en la raíz de algunos de los rasgos específicos de la economía campesina. El producto de la granja satisface las necesidades básicas de consumo de la familia campesina y da al campesino una relativa independencia de otros productores y del mercado. Esto genera una estabilidad relativa en las familias campesinas que, en tiempos de crisis, pueden mantener su existencia aumentando sus esfuerzos, reduciendo su propio consumo y retirándose parcialmente de cualesquier relaciones de mercado que puedan tener.

El carácter principalmente agrícola de la producción impone límites a la densidad y la concentración de la población y determina los patrones de intercambio social, sobre todo el ciclo anual característico y otros ciclos del trabajo campesino y de la vida familiar. La naturaleza introduce un elemento de factores aleatorios más allá del control humano, afrontado por toda la comunidad campesina.

La tenencia de la tierra, por ser "una condición necesaria y generalmente suficiente para entrar a la ocupación" (Galeski, 1963, p. 48), actúa (junto con algunos otros factores) como un boleto de entrada al campesinado. Además, la posición en la jerarquía de los subgrupos campesinos está definida en gran medida por la cantidad de tierra poseída.[6]

Definiremos la propiedad de la tierra como un derecho exclusivo, socialmente aceptado, de poseer y utilizar la tierra de que se trate; un derecho separado de los derechos adquiridos por la inversión de mano de obra y capital. Este derecho encuentra expresión en la facultad del tenedor de trasferirla, por lo menos temporalmente. La propiedad de la tierra, en sentido amplio, puede asumir por una parte la forma del predio familiar campesino definido por la costumbre; por la otra, de una propiedad

[6] "Un ascenso dentro del grupo profesional de agricultores se logra tradicionalmente por el agrandamiento del predio, por una promoción de la posición de propietario de una granja pequeña a la posición de propietario de una granja más grande, y la descripción de 'buen agricultor' corresponde generalmente, en opinión de los aldeanos, a todos los propietarios de las granjas mayores sin excepción, y no se liga a la verdadera habilidad profesional ni a la eficacia de su trabajo" (Galeski, 1963, p. 47).

legal, políticamente formalizada. En las familias campesinas la tierra aparece como el objeto de tenencias tradicionalmente definidas y estables, y no constituye necesariamente el objeto de la propiedad legal. En realidad, el propietario legal de la tierra campesina, como lo vería el habitante urbano, puede ser el propio campesino, la comuna, el terrateniente o el Estado; en consecuencia, la tierra sería un predio privado, una propiedad comunal, o una posesión consuetudinaria. "No se necesitan los terratenientes para establecer el hecho de un campesinado" (Redfield, 1956, p. 28). Su apropiación de parte de la producción de los campesinos, y aun su dominio político y administrativo, no ha podido en general destruir las características básicas de la relación campesino/tierra.

2) La *granja campesina* es la unidad básica de la propiedad, la producción, el consumo y la vida social de los campesinos. El individuo, la familia y la granja aparecen como un todo indivisible. "La identificación de intereses de la familia y la granja parece ser una característica típica de la familia campesina tradicional" (Galeski, 1963, p. 140). La granja asume la forma doble de una unidad de producción y consumo. El saldo de las necesidades de consumo, la mano de obra familiar disponible y el potencial de la granja influyen grandemente sobre las actividades del campesino. Los motivos de ganancia y acumulación aparecen raras veces en su forma pura y simple, lo que hace de muy dudosa aplicación los modelos conceptuales nítidos de la maximización del ingreso, normales en una economía de mercado, a una economía campesina.[7] Los patrones nuevos, en rápido desarrollo, de la sociedad que se industrializa, se "encuentran fuera de la agricultura, la que sigue siendo el dominio del modelo basado en la familia" (Galeski, 1963, p. 57).

La propiedad campesina es, por lo menos *de facto*, propiedad familiar. El jefe de la familia aparece como "el administrador más bien que como el propietario de la tierra familiar" (Thomas y Znaniecki, 1918, p. 92), y su función tiene más bien el carácter de la administración de una propiedad familiar común" (Mukhin, 1888, p. 62). Estas dos descripciones, dadas por académicos diferentes acerca de los campesinados de dos países diferentes, muestran semejanzas notables. Cualquiera que sea la estructura legal nacional impuesta, los campesinos parecen actuar dentro de este marco social de referencia.

La estructura social de la familia determina la división del trabajo, la posición y el prestigio social. Además, "la familia es el equipo de producción de la granja, y la posición en la familia determina las obligaciones en la granja, las funciones y los dere-

[7] No podemos resumir las pruebas de este aserto; remitimos al lector a los estudios de Znaniecki, Galeski, o Chayanov y su grupo.

chos correspondientes. El ritmo de la granja define el ritmo de la vida familiar" (Galeski, 1963, p. 140).

El prestigio y la posición de un individuo en la sociedad campesina se determinan básicamente por dos factores adscritos, como son su propia evaluación y su imagen de sí mismo. Estos factores son, en primer lugar, la posición de la familia a que pertenece, y en segundo lugar, su posición dentro de su familia. Su posición dentro de la familia depende sobre todo de su progresión a través de ciertas posiciones básicas adscritas, es decir la niñez, la madurez parcial antes del matrimonio, el periodo después del matrimonio pero antes de la independencia plena, la independencia (que puede ganarse abandonando la granja familiar y estableciendo la propia, o convirtiéndose en jefe de la granja familiar a la muerte o el retiro de sus padres) y, por último, el periodo del retiro (Thomas y Znaniecki, 1918, p. 93; véase un análisis muy similar en Vasil'chakov, 1876, vol. 2, p. 21). La mano de obra familiar es un requerimiento esencial para la conducción adecuada de una granja. Por lo tanto, el matrimonio es "un postulado absoluto" (Thomas y Znaniecki, 1918, p. 107). El interés familiar dirige la elección, y un hombre soltero (aun un propietario de granja) "suscita un asombro desfavorable" y "no cuenta" (Thomas y Znaniecki, 1918, p. 107), porque no puede conformarse del todo a las normas de la forma de vida de sus compañeros aldeanos.

La característica que define sobre todo a la participación familiar se encuentra en la participación en la vida de la unidad agrícola, cuyo núcleo consiste en una pareja casada o un grupo poligámico y sus descendientes. Para el campesino ruso de principios del siglo XX, la familia era generalmente "la gente que come de la misma olla" y, para el campesino francés del mismo periodo, "la gente encerrada detrás de la misma cerradura" (Chayanov, 1925, p. 21). La solidaridad familiar provee el marco básico de la ayuda mutua, el control y la socialización. El elemento individualista de los sentimientos personales está marcadamente subordinado a las restricciones formalizadas del comportamiento aceptado del papel familiar. Al formar el núcleo básico de la sociedad campesina, la vida de una granja familiar determina el patrón de las acciones diarias de los campesinos, de sus interrelaciones y valores. Junto con la economía principalmente natural, propicia la segmentación de la sociedad campesina en unidades pequeñas con un grado notable de autosuficiencia y capacidad para soportar las crisis económicas y las presiones del mercado.

3) La importancia fundamental de la *ocupación* para la definición de la posición social de los hombres, de su papel y personalidad, es bien conocida, aunque poco estudiada. Sin embargo, en el libro que ya hemos citado, Galeski se ocupa de ese problema en lo analítico y lo empírico (Galeski, 1963, cap. 2). La ambigüedad de la definición de la actividad del agricultor parece provenir de su carácter único. Aparte de su base familiar, su relación necesaria con la tenencia de la tierra y su grado relativamente alto de independencia del mercado, su unicidad reside en el hecho de que se compone de un conjunto peculiarmente amplio de funciones interrelacionadas ejecutadas a un nivel poco especializado. Muchos de los trabajos realizados por el campesino los realizan también otros grupos ocupacionales, pero la especificidad del trabajo del campesino reside en su combinación única. Esto conduce a los múltiples aspectos especiales que caracterizan la vida diaria de los campesinos, así como su poder de resistencia a la industrialización. La creciente especialización en el campo conduce al crecimiento de una población rural no agrícola. Al mismo tiempo, la función agrícola se estrecha progresivamente y se profesionaliza más a medida que se encargan a especialistas los trabajos periféricos y los que requieren habilidades especiales muy definidas. La granja empieza a convertirse en una empresa. El campesino se convierte en un granjero. Sin embargo, las tareas que no pueden fragmentarse con facilidad en pocas acciones repetitivas y mecanizadas (por ejemplo el manejo del ganado) siguen siendo en gran medida su campo particular.

Estas características de la agricultura determinan la forma del proceso de socialización y el adiestramiento ocupacional de los jóvenes como uno engendrador de relaciones muy difusas, personales, informales, manifestadas sobre todo en el marco de la familia.

4) La *estructura aldeana*, en medida mucho mayor que la de la granja familiar, presenta características únicas de un país y un periodo específicos.[8] En el contexto de la comunidad aldeana o la comuna campesina, el campesino alcanza un nivel de autosuficiencia social casi total. La apropiación y división de la tierra, el matrimonio, las necesidades sociales y religiosas, se atienden generalmente a nivel de la aldea. Un interés común en los derechos comunales y en la provisión para la actividad productiva que requiere la participación de más de una familia genera la cooperación, aunada generalmente a cierto tipo de democracia básica. Las características de la aldea campesina —sus miembros nacen en una sola comunidad, experimentan experiencias vitales similares y necesariamente se envuelven en una interacción estrecha, personal—, con una ausencia consiguiente de anonimia, propicia la cultura muy tradicional y conformista peculiar de una comunidad rural. Todo esto hace que la palabra *mir* (que significa "el mundo" o "paz"), empleada por los campesinos

[8] Eisenstadt (1963, pp. 34-35 y cuadros complementarios) presenta una tabulación aplicable.

rusos para referirse a su comuna aldeana, sea una descripción significativa de su función. La aldea es el mundo del campesino. Una sociedad de pequeños productores se compone generalmente de innumerables segmentos aldeanos, dominados y explotados por jerarquías políticas ajenas.

5) El campesinado es una *entidad social preindustrial* que lleva a la sociedad contemporánea elementos específicos de una estructura social, una economía y una cultura, diferentes, más antiguas. Este punto será ampliado en la sección siguiente pero, en esta etapa, debemos subrayar que no nos estamos refiriendo sólo a las "reliquias de la forma de producción que ya pertenece al pasado" (Marx y Engels, 1950, vol. 2, p. 303), no sólo al desarrollo demorado, sino también a las características específicas del desarrollo.

Una gran parte de las definiciones del campesinado existentes se han tomado ya en cuenta. Una definición, no considerada hasta ahora, se aparta de las otras: la formulada por Kroeber y adoptada por Redfield, que enfoca el campesinado como "una sociedad parcial, con una cultura parcial" (Kroeber, 1923, p. 284; Redfield, 1953). De acuerdo con la línea de razonamiento adoptada, esta definición será tomada en cuenta cuando examinemos las interrelaciones del campesinado con la sociedad en conjunto.[9]

Ningún concepto de un estrato social puede hacerse coincidir exactamente con algún grupo empíricamente definido. Pero la importancia y la validez del intento de una definición conceptual del campesinado para la investigación nos parece fuera de duda.

El campesinado: El contexto histórico

El campesinado se manifiesta no sólo como un grupo social distintivo, sino también como un patrón general de la vida social que delimita una etapa del desarrollo de la sociedad humana. "El campesinado... es una forma de vida", dice Fei[10] en su descripción clásica de la sociedad china. Este patrón general de la vida social hace su aparición como un sector en la sociedad tribal anterior (principalmente nómada), se vuelve decisivo y tipifica un periodo históricamente definido (el de una sociedad de pequeños productores), y luego se encoge gradualmente hasta

[9] El artículo fue escrito antes de la publicación de la obra de Wolf (1966), que vino a subrayar la posición de "inferioridad" del campesino como clave de su especificidad. Nuestra opinión se aclara más adelante.

[10] Véase Bendix y Lipset, 1953, p. 32. "El campesinado, la clave para el entendimiento de China, es una forma de vida, un complejo de organización formal, comportamiento individual y actitudes sociales, estrechamente interconectado para el cultivo de la tierra con herramientas sencillas y trabajo humano."

convertirse en un sector de la sociedad industrial. La aparición del patrón de vida del pequeño productor está marcada por ese gran cambio que ha sido descrito como la "revolución agrícola" (Childe, 1963). El surgimiento de esta etapa de desarrollo creó la base para el asiento estable, la división de la tierra y el aumento revolucionario de la productividad que trajo consigo la posibilidad de un excedente relativamente estable. La producción vino a determinarse en medida creciente por la mano de obra utilizada (Mandel, 1964, pp. 33-36, 41).

Las relaciones de propiedad y las unidades nucleares de la interacción social pueden tratarse como los indicadores principales de la vida económica y social, empleados para delinear la sociedad de pequeños productores.

El concepto de relaciones de propiedad apenas existe en una sociedad tribal-nómada.[11] Tales relaciones aparecen, en el sentido amplio antes mencionado, en una sociedad de pequeños productores, y se formalizan plenamente en sentido legal en una sociedad capitalista, industrial. El grupo sanguíneo es la base de las relaciones sociales en la sociedad tribal-nómada, y así subsiste en el familiarismo más estrechamente definido de una sociedad de pequeños productores. El individuo "no cuenta" por derecho propio; sólo es una parte de la familia en conjunto. Sin embargo, la sociedad que se industrializa, centrada en el pueblo y el mercado, destruye este sistema de relaciones. El individuo se convierte en la unidad nuclear básica de la sociedad, libre para interactuar con cualesquier otros en el enorme complejo nuevo de las jerarquías y estructuras sociales. Por lo tanto, la existencia de la *propiedad familiar* puede servir para identificar las sociedades de pequeños productores y los periodos históricos caracterizados por su predominio.

Además, una sociedad de pequeños productores muestra un patrón cultural distintivo,[12] cuyas características persisten por lo menos en parte entre el campesinado de las sociedades que se industrializan.[13] La forma de razonar básicamente social antes que económica, la falta de cálculo (es decir, de buscar el ingreso máximo en términos monetarios), ya han sido ampliamente documentadas por Thomas y Znaniecki, y subrayadas por todo estudioso serio de la vida campesina.[14] Se ha dicho mucho acerca

[11] Excepto en el caso de los territorios de caza tribales, defendidos contra los extraños.

[12] Para este propósito se ve un patrón cultural como "los lentes de la humanidad a través de los cuales ven los hombres; el medio mediante el que interpretan y expresan lo que ven" (C. Wright Mills, *Power Politics and People*, Ballantine Books, 1962, p. 406).

[13] Véase en Redfield (1956, caps. 2 y 3) un examen de esta cuestión.

[14] Aun Marx se refirió a las sociedades rurales donde nunca surgió la operación de la "ley del valor" y a las que, por lo tanto, no se aplican las "leyes económicas generales de la sociedad" (Marx y Engels, 1962, vol. 25, parte 2, pp. 184-187).

del comportamiento "irracional" de los campesinos en lo que se refiere a la tierra (Thomas y Znaniecki, 1918, p. 173), los préstamos (p. 161), los precios (p. 169) y el ingreso (p. 166). El pensamiento campesino le parece a menudo al observador externo caprichoso y subjetivo,[15] con grandes elementos de lo que podríamos llamar pensamiento presocrático, donde pueden sostenerse al mismo tiempo dos opiniones contradictorias. Lo que a veces se pasa por alto es el hecho de que la "estupidez" manifestada por los campesinos no es necesariamente una prueba de la ausencia de pensamiento, sino más bien de un marco de referencia y patrones de pensamiento peculiares al grupo, y que en realidad sirven bien a sus necesidades.[16]

Este punto se ha puesto cada vez más en claro en estudios recientes. R. E. F. Smith ha observado el concepto del tiempo cíclico —antes que lineal— de los campesinos rusos, lo que está claramente ligado a su vida productiva (1964, p. 11). Pitt-Rivers observa que las características principales de una comunidad cerrada son el contacto personal habitual, la endogamia generalizada, la homogeneidad de los valores, el hincapié en la conformidad estricta, la intensa solidaridad grupal y el marcado igualitarismo;[17] esto puede servir como una generalización de los resultados de muchas investigaciones antropológicas recientes en culturas campesinas específicas. El choque de esta cultura particular y su gradual superación por la nueva *Weltanschauung*, extraña, del mundo "civilizado" que se industrializa, es una parte importante de la historia social moderna.

La sociedad de pequeños productores cae históricamente en el periodo intermedio entre la sociedad tribal-nómada y la que se industrializa. La palabra "intermedio" tiende a usarse a menudo como sinónimo de "transición", "inestable", y aun "no importante para la observación". Pero el patrón de sociedad de los pequeños productores resultó ser tan duradero como la mayoría de los demás tipos históricos de estructura social, y no menos estable; la sociedad basada en un dinamismo biológico, cíclico, no estructural, con la granja familiar como su unidad

[15] Véase, por ejemplo, Mukhin (1888, p. 311), quien afirma que el tribunal o la reunión de campesinos tiende a decidir los desacuerdos sobre la propiedad "según los hombres", es decir, de acuerdo con las personalidades de los individuos implicados, antes que de acuerdo con principios generales o precedentes formales.

[16] Véanse, por ejemplo, los estudios de sociólogos polacos acerca de los determinantes del prestigio de la acción económica de los campesinos, o las demostraciones que presenta Chayanov de la renta de la tierra "económicamente irracional" cuando el costo de la renta es mayor que el ingreso adicional obtenido, que sin embargo es algo sensato en las condiciones de un excedente de mano de obra que no se puede emplear de otra manera.

[17] Véase Pitt-Rivers, 1957. Véase un resumen de la investigación antropológica de comunidades campesinas en *Biennial Review of Anthropology*, 1961, 1963 y 1965.

nuclear, ha demostrado una estabilidad excepcional en todo el mundo. En realidad, no necesitamos el despotismo oriental hidráulico de Witfogel para explicar los ejemplos notables del cambio estructural obstruido que aparecen en su libro (1963). Los núcleos sociales básicos de la granja familiar de subsistencia y la comunidad aldeana campesina, y su estabilidad cíclica, parecen constituir un elemento mucho más común que sus características "hidráulicas", en las "sociedades estancadas" consideradas por Witfogel. Además, es el Estado muy centralizado que se apropia el excedente el que tiene la capacidad potencial del cambio estructural, por la introducción de poderosas presiones externas en este mundo de economía natural y estabilidad cíclica.

La columna vertebral campesina de la sociedad de pequeños productores cede bajo la influencia del ascenso de una economía monetaria centrada en el mercado y en la ciudad, y de la industrialización consiguiente. Para entender este proceso necesitamos un análisis de la aparición y el desarrollo de un excedente económico y de la formación de capital (Mandel, 1963, 1964). El desarrollo de la agricultura dio una base para la industrialización, pero las granjas mismas permanecieron, en gran medida, apartadas del nuevo marco social que surgía.[18]

La ciudad productora y comercial introduce patrones sociales ajenos al mundo antiguo de pequeños productores. En ellos, las relaciones de mercado impersonales, belicosas, centradas en el beneficio, fundamentan las relaciones humanas. Un hombre liberado de los lazos y la protección de su familia se convierte aquí en un participante individual en una sociedad masiva, estructurada por enormes jerarquías burocráticas. La acumulación del capital anónimo determina el crecimiento económico. La búsqueda del beneficio, la eficiencia y la realización provee el meollo del sistema de valores sociales.

Por sus ventajas de concentración del capital, crecimiento demográfico, alta productividad, educación generalizada y peso político, la sociedad urbana supera rápidamente a la rural y se convierte en el determinante principal del cambio social y económico. El mundo de pequeños productores del campesino se convierte en un mero segmento de un mundo estructurado de modo muy diferente. Además, preservando todavía elementos de unicidad, el campo desarrolla una relación especial con la ciudad, la que se vuelve cada vez más decisiva para su propio desarrollo. El liderazgo de la ciudad se siente a través de la influencia creciente de las relaciones de mercado, la absorción de mano de obra y capital excedentes, la profesionalización de la

[18] Mandel (1964, p. 173). Según los datos de Mandel, aun en los Estados Unidos hay ahora 1 250 000 granjas pequeñas con las características de una economía principalmente natural.

agricultura, la difusión de productos masivos y la cultura masiva, y la anomia y la "desorganización social" (Thomas y Znaniecki, 1918, p. 1122).

La concepción de que el desarrollo del sector campesino de una sociedad centrada en la ciudad es simplemente un desarrollo retrasado, no diferente en lo cualitativo, ha resultado errónea pero persistente. En realidad, pueden distinguirse con claridad tres *patrones paralelos* de desarrollo espontáneo para el campo.

1) La competencia de *la agricultura en gran escala, intensiva en capital, mecanizada,* destruye gradualmente a las granjas pequeñas. La concentración de la propiedad de la tierra va seguida de la concentración de la producción. La agricultura, superada plenamente por los métodos industriales de producción, se vuelve "sólo una rama de la industria" (Lenin, 5ª ed., vol. 3, p. 58). El desarrollo es evidente en las grandes granjas de los Estados Unidos, el norte de Italia y el centro de Francia, al igual que en algunos de los *sovkhozy* soviéticos. Pero las características especiales de las técnicas de la ocupación agrícola crean obstáculos a su fragmentación en acciones simple, repetitivas, es decir, a su completa automatización. Esto, aunado a la resistencia de la unidad agrícola familiar y al hecho de que los alimentos sintéticos siguen siendo relativamente poco importantes, ha impedido que las "fábricas de alimentos" se conviertan en la forma principal de la producción de alimentos.

2) Una sociedad centrada en la ciudad propicia el desarrollo de los campesinos hacia un *estrato profesional de agricultores.* Los aldeanos más pobres son absorbidos crecientemente del campo por las áreas urbanas en expansión. Lo mismo ocurre con los empresarios campesinos, y con una parte del excedente económico de la agricultura. Al mismo tiempo los campesinos medianos, recurriendo a las ventajas de la unidad familiar de producción y a un creciente movimiento cooperativo, luchan con éxito por un lugar en la sociedad de mercado. Estas características únicas del desarrollo del estrato agrícola fueron observadas ya por Marx[19] y consideradas como la única forma en que el campesinado se podía desarrollar por Bauer (1926, p. 203) y otros. Además, los últimos estudios de los sociólogos polacos y alemanes han demostrado el crecimiento de un estrato nuevo de campesinos-trabajadores que complementan su producción agrícola, principalmente de subsistencia, alquilando su trabajo.

19 "La moraleja de esta historia, que puede deducirse también de otras observaciones hechas en la agricultura, es que el sistema capitalista funciona en contra de una agricultura racional, o que una agricultura racional es incompatible con los sistemas capitalistas, aunque el capitalismo promueva adelantos técnicos en la agricultura. Pero bajo este sistema la agricultura no necesita ni los brazos del pequeño agricultor que trabaja por cuenta propia ni el control de los productores asociados" (Marx y Engels, 1962, vol. 25, parte 1, p. 135).

Esta trasformación del patrón del campesinado en un grupo ocupacional cohesivo, cada vez más estrecho y profesionalizado de agricultores, se ve con claridad en la mayor parte de Europa noroccidental. Aunque cada vez más ligada a la sociedad industrial, la agricultura conserva todavía algunos de sus elementos peculiares. Los Estados socialistas que permiten la actividad de los pequeños productores en el campo y les otorgan la ayuda necesaria, aunque impidiendo el desarrollo capitalista (Rusia en el periodo de la NPE, ahora Polonia y Yugoslavia), llevan este patrón a su expresión más clara.

3) El tercer patrón de desarrollo aparece sobre todo en las llamadas sociedades subdesarrolladas y se caracteriza por *el empobrecimiento acumulativo* del campesinado (Myrdal, 1957, caps. 2, 3, 10). Una explosión demográfica, el desarrollo de relaciones de mercado y la competencia industrial con las artesanías campesinas tradicionales, rompen el equilibrio cíclico de la sociedad. Una industrialización relativamente lenta no puede absorber la mano de obra excedente del campo ni proveer suficiente acumulación de capital. El excedente potencial es absorbido por las crecientes necesidades de consumo. En el mundo del pequeño productor, esto no se expresa por el incremento del desempleo, sino por el subempleo "disfrazado", la "sobrepoblación agraria", el descenso del ingreso *per capita* y el aumento de la miseria.[20]

4) Frente a estas tres tendencias espontáneas del desarrollo, la fortaleza creciente del Estado moderno y el deseo de las *élites* revolucionarias de atacar el problema del desarrollo dentro del marco del pensamiento socialista, colectivista, propician la aparición de *la colectivización de la agricultura organizada por el Estado.* Este patrón es cualitativamente diferente de las tendencias espontáneas porque es un plan consciente puesto en operación por una jerarquía política. Parecería premautra una evaluación a largo plazo de su éxito, en cualquiera de las formas diversas que ha adoptado; en la Unión Soviética, donde se hicieron los primeros intentos, la capacidad de los elementos de la vida específicamente campesina, sobre todo la base fuerte del predio campesino y la capacidad única de la agricultura para derrotar los planes diseñados en las ciudades, se hizo patente en forma muy notable.

20 Véase, por ejemplo, *Pourquoi les travailleurs abandonnent la terre* (Naciones Unidas, 1960, pp. 138, 144); se indica aquí que en la India, en el periodo de 1941-1951, el crecimiento natural de la fuerza de trabajo en el campo se absorbió así: en la agricultura, 70.3 %; en los servicios, 28.3 %; en la industria, 1.4 %. En el periodo de 1931-1951, la proporción de trabajadores ocupados en la agricultura aumentó de 71 a 74 % de la fuerza de trabajo; en 1952, el 74 % de las familias campesinas tenían menos de dos hectáreas de tierra, y un tercio de ellas carecía de tierras. Véase en Boeke (1953) un examen del mecanismo de tales procesos sociales.

El campesinado y la sociedad

Las dificultades implicadas en la obtención de un entendimiento conceptual global del carácter del campesinado se han hecho sentir claramente en los debates acerca del lugar del campesinado en la sociedad. Aun quienes parten de supuestos teóricos similares han llegado a conclusiones contrarias. Entre los marxistas rusos, el campesinado fue "una clase" para Stalin (1945, p. 510), una "masa pequeñoburguesa" para Kritsman (Gaister, 1928, p. xiii), y "no una clase sino una noción" para Plekhanov.

Esto se ha debido en parte a diferencias de definición. Por ejemplo, Ossowski ha distinguido por lo menos tres formas diferentes en que Marx usó el concepto de la clase social (Ossowski, 1963); otros autores han usado muchas otras subdivisiones conceptuales de la sociedad. En realidad, las diversas definiciones han reflejado objetivos analíticos diferentes y distintos conceptos de la sociedad.

La principal tradición sociológica europea[21] de la subdivisión conceptual de la sociedad moderna deriva del análisis de las clases de Marx. Aquí se enfoca la clase social como una unidad de intereses, expresada en subculturas de grupos, conciencia de grupo y acción de grupo, configurada a su vez por las relaciones de conflicto con otras clases. La sociedad está estructurada por el dominio de clase y el funcionamiento de la dialéctica del conflicto y la unidad entre las clases.

Si tomamos los criterios de definición de la clase como relaciones con los medios de producción (Lenin, 5ª ed., vol. 39, p. 15; Marx y Engels, 1950, p. 33), o como lugares de poder (Dahrendorf, 1959), o como la capacidad de organización de la producción,[22] el campesinado de una sociedad que se industrializa quedará en un enorme grupo amorfo de "los gobernados", o en un grupo más amorfo aún de "clases medias". El campesinado, como una entidad cualitativamente distinta, desaparece. Esto llevó a la mayoría de los científicos sociales marxistas a enfocar el campesinado como una reliquia declinante de la sociedad precapitalista, como algo "no existente, históricamente hablando". Sin embargo, cuando una parte importante de la población queda fuera del concepto del conjunto de la sociedad, la definición usada parece lamentablemente inadecuada, aunque se ofrezca como consuelo una referencia al futuro. Los pronósticos fallidos parecerían ser el resultado inevitable del empleo de tal modelo.

[21] No nos ocuparemos de los grupos de posiciones jerárquicas en que se concentran los estudios norteamericanos de la estratificación social, porque carecen de importancia para este trabajo.

[22] Véanse los trabajos de Bogdanov, Makhaiski, etcétera, hasta llegar a Saint Simon.

La modificación que hace Max Weber del concepto marxista de la clase coloca las relaciones de mercado en el centro de la definición, mientras que la cuestión del dominio de clase pasa a segundo plano.[23] "En este sentido, la situación de clase es en última instancia una situación de mercado" (Gerth y Wright Mills, 1961, p. 182). "Las situaciones de clase se diferencian además, por una parte, de acuerdo con la clase de propiedad que pueda usarse para obtener ingresos, y por la otra, de acuerdo con la clase de servicios que puedan ofrecerse en el mercado" (Bendix y Lipset, 1953, p. 64). Así pues, para Weber los "dueños de almacenes" y los "dueños de acciones", por ejemplo, constituyen clases sociales, tanto como los trabajadores industriales y los campesinos. Ya el propio Marx, en su manuscrito inconcluso sobre la clase social (Marx, 1867, pp. 1031-1032), había señalado las deficiencias de una división analítica ilimitada de la sociedad en pequeños subgrupos, cuando se enfoca la realidad social.

En la historia, el campesinado ha actuado muchas veces políticamente como una entidad social del tipo de la clase. Además, el campesinado de las sociedades industriales ha mostrado cierta capacidad para la acción política cohesiva, y no sólo cuando se enfrenta a los terratenientes tradicionales en obsoletas batallas de tipo precapitalista; sus intereses comunes han empujado a los campesinos a conflictos políticos también con los grandes terratenientes capitalistas, con diversos grupos de habitantes de las ciudades y con el Estado moderno.

La polarización del campo en una sociedad que se industrializa —en propietarios capitalistas y un proletariado rural (como pronosticaban los marxistas)— fue contenida por la absorción de capital y mano de obra en las ciudades, y por las características específicas de una economía de granja familiar campesina. La imagen ampliamente aceptada de un campo que se separaba rápidamente por una inevitable polarización económica resultó demasiado simplista. Ciertas tendencias económicas contrarias parecen haber actuado en la dirección opuesta e influido grandemente en el resultado final. Además, la importancia de la cultura específica, la conciencia y "el significado atribuido" (Rex, 1961, p. 138) a la posición de clase resultaron muy importantes. Todo esto convirtió a la cohesión campesina en una base potencial para la formación de una clase política mucho más fuerte de lo que nos hicieran pensar los pronósticos de los marxistas rusos o los estrategas norteamericanos.

Por otra parte, la fragmentación inevitable de un campesinado en pequeños segmentos locales y la diversidad y vaguedad de sus objetivos políticos mina considerablemente su efecto político potencial. Por lo tanto, no está claro hasta dónde deba con-

[23] Véase un examen de este punto en Rex, 1961.

siderarse al campesinado como una clase; debiéramos verlo mejor como una cuestión de grado y de periodo histórico. Si postulamos una escala o un continuo imaginarios, podríamos decir que el campesinado aparecería como una entidad social de "carácter de clase" relativamente bajo, que se levanta en las situaciones de crisis.

Pero las características específicas del campesinado como grupo sociopolítico no deben verse como meramente cuantitativas. La descripción clásica que hace Marx de la dualidad del carácter social del campesinado (por una parte, es una clase; por la otra, no lo es)[24] no resuelve el enigma. Si el campesinado no es una clase, ¿qué es, si aceptamos su existencia cualitativa?

Una posición de clase es básicamente una interrelación social, una interrelación de conflicto con otras clases y grupos. Fuera de estas interrelaciones, una clase deja de existir. Sin embargo, "en vista de que la producción del agricultor es esencial y, al nivel más bajo, suficiente para la existencia humana, el trabajo del agricultor es necesario para la existencia de la sociedad; pero la existencia de la sociedad en conjunto no es necesaria en la misma medida para la existencia del agricultor" (Galeski, 1963, p. 49). Los campesinos lo demuestran retirándose del mercado en situaciones de crisis y, en verdad, a veces emplean conscientemente esta capacidad como medio de ejercicio de la presión política.

La dualidad principal de la posición de los campesinos en la sociedad consiste en que son, por una parte, una clase social (una de escaso "carácter de clase" y en general dominada por las demás clases) y, por la otra, "un mundo diferente", una "sociedad en sí misma" muy autosuficiente, que ostenta los elementos de un patrón de relaciones sociales separado, claro y cerrado. El campesinado es el fenómeno social donde el enfoque marxista del análisis de clases afronta las principales dicotomías conceptuales del pensamiento sociológico no marxista; la hermandad frente a la competencia económica de Maine; lo familista frente a lo individualista de De Coulangue; la *Gemeinschaft* frente a la *Gesselschaft* de Tönnies; o las sociedades mecánicas (segmentadas) frente a las orgánicas de Durkheim (Redfield, 1955, pp. 139-143). Esta dualidad única ("clase" y "sociedad") conduce a dificultades conceptuales, pero puede servir como una definición cualitativa del campesinado, sobre todo cuando se trata de diferenciar esta entidad de agrupamientos más amplios y amorfos como la "clase media", las "masas explotadas", o los "vestigios del feudalismo".

[24] Marx y Engels (1950, vol. 1, p. 303). "En la medida en que millones de familias viven en condiciones económicas de existencia que separan su modo de vida, sus intereses y su cultura de los correspondientes a otras clases, y las colocan en oposición hostil frente a éstas, constituyen una clase. En la medida en que sólo hay una interconexión local entre campesinos minifundistas, y la identidad de sus intereses no engendra ninguna comunidad, no hay lazos nacionales ni organización política entre ellos, no forman una clase."

Como mencionamos antes, A. L. Kroeber propuso una definición de los campesinos como aquellos que "constituyendo sociedades parciales con culturas parciales, claramente rurales, viven sin embargo en relación con un pueblo-mercado... [aquellos que] carecen del aislamiento, la autonomía política y la autosuficiencia de una población tribal, pero sus unidades locales conservan mucho de su vieja identidad, de su integración y apego al suelo" (Kroeber, 1923, p. 284). Redfield profundiza en la observación de Kroeber y concluye que "no hay campesinado antes de la primera ciudad" (Redfield, 1953, p. 31).

El enfoque antropológico, según el cual la medida de la autosuficiencia cultural se usa como un indicador del desarrollo social, es sin duda válido. Además, la investigación que se centra alrededor del problema del desarrollo, de la sociedad tribal a la de pequeños productores, necesariamente hará hincapié en factores distintos de los subrayados por la investigación que se centra en el problema del desarrollo del pequeño productor en la sociedad industrial. Sin embargo, la definición de Redfield del campesinado parece demasiado estrecha, y su definición de la sociedad tribal parece demasiado amplia. Los grupos de colonos de muchas partes del mundo, separados de los pueblos, alejados de los nobles y fuera del alcance del Estado y sus recaudadores de impuestos, no podrán llamarse *ipso facto* tribales. Estos grupos comparten las características principales de un campesinado. Parecen demostrar la autosuficiencia del campesinado, su capacidad para existir fuera de la esclavitud de nobles y ciudades. Fue la importancia sociopolítica de estas características lo que originó la estructura típica de las relaciones de poder encontrada en la sociedad precapitalista; fue esta misma autosuficiencia la que hizo del control *político* una necesidad para los gobernantes.

El campesinado en la acción política

El efecto político del campesinado se ha caracterizado generalmente por sus debilidades sociopolíticas básicas. La segmentación vertical de los campesinos en comunidades, clases y grupos locales, y la diferenciación de intereses dentro de estas mismas comunidades, han propiciado las dificultades de la cristalización de los objetivos y símbolos nacionales y del desarrollo del liderazgo y la organización nacionales que, a su vez, ha generado lo que hemos llamado escaso "carácter de clase". El atraso tecnológico, sobre todo en los campos de las comunicaciones, de

las armas y de la pericia táctica, ha reducido a la nada muchos intentos de acción política. Pero el campesinado tiene sus puntos fuertes en el terreno sociopolítico, por ser el principal productor de alimentos, encontrarse dispuesto en las áreas rurales, y ser numéricamente preponderante. Su monopolio de la producción de alimentos ha resultado a menudo crucialmente importante en tiempos de crisis. La vastedad del campo puede convertirse en una fortaleza. La fuerza numérica puede inclinar la balanza.

Sin embargo, a largo plazo son las debilidades básicas del campesinado las que han tendido a sobresalir. El campesinado no ha resultado rival para grupos más pequeños, estrechamente interconectados, mejor organizados y técnicamente superiores, y una y otra vez ha sido "engañado", o sometido políticamente y por la fuerza de las armas. Sin embargo, concediendo todo esto, no puede descartarse al campesinado como políticamente impotente, ni sus acciones pueden olvidarse en consecuencia como si carecieran de importancia. Porque no sólo los victoriosos y los gobernantes determinan la realidad política.

La difusión de la industrialización y la cultura masiva da al campesinado posibilidades nuevas de comunicación y de cohesión cultural y política. Pero al mismo tiempo reduce la importancia del campo en la producción nacional, elimina su "monopolio alimentario" mediante el desarrollo del comercio internacional, estimula la polarización a nivel de la aldea y mejora la ventaja relativa de las fuerzas del gobierno en términos de movilidad, armamento, y otras formas del poder de represión. De nuevo, el curso del desarrollo histórico parece debilitar la influencia política de los campesinos.

Sin embargo, las probabilidades de que los campesinos influyan en la esfera nacional aumentan grandemente en épocas de crisis nacionales. Cuando las fuerzas sociales no campesinas chocan entre sí, cuando los gobernantes están divididos o atacan poderes extranjeros, la actitud y la acción del campesinado pueden resultar decisivas. La realización de esta capacidad potencial depende sobre todo de la capacidad de los campesinos para actuar al unísono, con organización formal o sin ella. Esto, a su vez, depende de la cohesión del campesinado, de su homogeneidad económica, social y cultural, así como de su interacción, y del reflejo de estos factores en la esfera ideológica.

Todavía debemos hacer una comparación de la acción política y armada de un campesinado en la sociedad preindustrial con la de un campesinado en la sociedad contemporánea. En una sociedad moderna, los patrones de la acción y la influencia políticas de los campesinos se determinan por su carácter como entidad social. Podemos discernir tres tipos principales de patrones:

1) La acción de clase independiente, descrita por la teoría

marxista de las clases. En este patrón de acción, una clase social cristaliza en el curso del conflicto, crea su propia organización nacional, elabora su ideología, objetivos y símbolos, y produce líderes entre sus filas. Esta forma de acción política parece típica de las principales clases sociales. Sin embargo, para los campesinados de hoy, este patrón de acción política es el menos frecuente. Algunos de los movimientos "verdes" de Europa oriental, las uniones campesinas de Rusia en 1905 y de China en 1926, el movimiento de Zapata en México y sus homólogos en el resto del mundo deben estudiarse en términos comparativos para entender la mecánica de este patrón de acción campesina.[25]

2) La acción política guiada, donde el grupo social en cuestión es movido por una *élite* de poder unificadora externa. Este patrón de acción puede volverse especialmente importante en lo que se refiere al campesinado. La estabilidad conservadora cíclica de la granja y de la aldea, y sus consecuencias políticas, generalmente sólo pueden superarse por una crisis grave, acompañada de la existencia de algún factor de organización exógeno, dotado de gran poder político y emocional. Este organizador externo del campesinado puede encontrarse en los movimientos milenarios, las sociedades secretas, los cosacos rusos, el bonapartismo francés, o el ejército popular de Mao; provee al campesinado del factor faltante de la unidad en gran escala. El elemento común de todos estos movimientos muy diversos es la existencia de un grupo estrechamente conectado de activistas, dotado de su propio ímpetu, de una estructura de organización específica, de objetivos y líderes; un grupo para el que el campesinado es un objeto de liderazgo o manipulación. En este caso, el campesinado puede ser "usado" (es decir, engañado deliberadamente para que ejecute alguna acción contraria a sus propios intereses) o "llevado al logro de sus objetivos propios"; pero la definición misma de los "objetivos" se encuentra en las manos de líderes cualitativamente diferentes. Los intereses y las actitudes de los campesinos sólo constituyen uno de los factores que deben tomar en cuenta tales líderes. Como dijo Marx, refiriéndose al campesinado francés de mediados del siglo XIX: "son... incapaces de imponer su interés de clase en su propio nombre, ya sea a través de un parlamento o de una convención. No pueden representarse a sí mismos, deben ser representados. Su representante debe aparecer al mismo tiempo como su amo..." (Marx y Engels, 1950, vol. 1, p. 303). Lo único que puede objetarse a esta aseveración es lo absoluto de sus términos, refutado por acontecimientos posteriores.

El escaso "carácter de clase" del campesinado vuelve especialmente iluminante el estudio de los movimientos campesinos para el análisis sociológico de las *élites* externas que los guían. La dé-

[25] Véase en Alavi (1965) un análisis importante de la influencia de la estratificación del campesinado en el terreno de la acción política.

bil influencia del campesinado sobre tales líderes parece hacer aparecer la dinámica de grupo de la *élite* en una forma "más pura". Además, nos lleva a considerar el problema de las masas que parecen clases (es decir, los grupos sociales como los soldados rusos de 1917-1918 que actúan temporalmente como entidades clasistas aunque no tengan todas las características de una clase) y su lugar en los procesos políticos.

3) La acción política totalmente espontánea, amorfa. Este patrón parece muy típico del efecto de los campesinos sobre la política, y puede asumir una de dos formas:

a) Disturbios locales que aparecen "de pronto" como explosiones breves de frustración acumulada y de sentimientos de rebeldía. Estos disturbios, generalmente reprimidos con facilidad por las autoridades centrales, pueden actuar como un freno a la política central y estimular el cambio. Cuando se relacionan con la crisis en otras áreas y esferas, pueden convertirse en movimientos nacionales capaces de determinar grandes desarrollos políticos.

b) Pasividad campesina. El entendimiento conceptual de la pasividad como un factor de la dinámica plantea algunas cuestiones complejas. Pero la restricción espontánea de la producción, realizada por el campesinado ruso en 1920, fue suficientemente fuerte para frustrar la voluntad de un gobierno victorioso en una guerra contra enemigos poderosos. Números enormes de decretos y órdenes gubernamentales, por todo el mundo, han sido privados de efecto por el incumplimiento espontáneo, terco y silencioso de los campesinos. La influencia de la "apatía" del campesino conservador ha resultado también decisiva en muchas ocasiones para la victoria del orden establecido sobre los revolucionarios. Ya ha sugerido R. E. F. Smith que la resistencia pasiva es en realidad una contribución específicamente campesina a la política que tiene una historia larga, sólo refinada y ampliada por Tolstoi y Gandhi. La existencia de una relación entre las características básicas de la sociedad campesina y la resistencia pasiva parece evidente.

En el estudio de la vida política de las sociedades, sobre todo las que incluyen numerosos campesinos, la acción armada ocupa un lugar especialmente importante. Clausewitz afirma que "la guerra es una extensión de la política por otros medios", y esta observación no se aplica sólo a las relaciones entre los Estados. Esto nos lleva a considerar especialmente el ejército y la guerra de guerrillas como marcos de la acción política campesina.

El moderno ejército de conscripción es una de las pocas organizaciones nacionales donde participa activamente el campesinado. Allí se destruye la segmentación del campesinado. La interrelación cultural implicada, aun si no hubiese adoctrinamiento, enseña al soldado campesino a pensar en términos nacionales y no sólo limitados a la aldea. Se le enseña organización, acción compleja cooperativa, coordinación, técnicas modernas y habilidades militares. El ejército lo provee de una institución jerárquica por la que puede ascender como líder y ser adiestrado para esa posición. Aun cuando otros organismos nacionales tienen organizaciones representadas a nivel rural, generalmente es el ejército quien ha dado al campesino el marco para la participación más activa.

Este aumento de la capacidad del campesino para actuar políticamente, mientras se encuentra en el ejército, queda obstruido, en general con éxito, por la disciplina rígida y por el control ejercido por oficiales no campesinos. Pero en tiempos de crisis puede desaparecer esta represión, y las actitudes, la acción o la negativa a actuar de un ejército campesino pueden resultar decisivas. Además, la experiencia obtenida en el servicio del ejército actúa más adelante como una influencia importante en las aldeas. En virtud de sus nuevas experiencias, el ex soldado tiende a convertirse en un líder y un canal por el que llegan a otros aldeanos las influencias exteriores. Cuando tratan de organizarse políticamente, los campesinos se refieren con frecuencia a su experiencia en el ejército. Los *Tamanskaya armiya* y el "Ejército Verde del Mar Negro" en Rusia, el FLN, la "Milicia Popular" china, los ejércitos de Zapata y de Villa en México, no sirvieron sólo como organizaciones militares sino también como las principales organizaciones políticas, una especie de partido en armas.[26]

El ejército, como esta clase de organización, puede ostentar las marcas del primero y el segundo patrones de acción política que hemos descrito, es decir, el campesinado como "una clase por sí mismo" y como una entidad sociopolítica "guiada".

Durante el último decenio, gracias a su éxito, la *guerra de guerrillas* pasó a ocupar el centro de la atención pública. Los estrategas norteamericanos enfocan la guerra de guerrillas como una técnica militar específica que deben enseñar sargentos inteligentes junto con el saludo y la práctica de tiro. Sus fracasos en la guerra de guerrillas y de contraguerrillas en Vietnam es el mejor comentario a este enfoque.

La guerra de guerrillas es la forma más adecuada para la expresión de la acción campesina armada. Su historia parece tan antigua como el campesinado mismo. Innumerables rebeldes, forajidos y bandidos aparecen en el mito, la memoria popular de todos los pueblos, al igual que en su historia real. La capacidad del amorfo "ejército" de la guerrilla para disolverse

[26] Marx describe una de estas fuerzas en el *Manifiesto Comunista* cuando habla de la primera etapa de la organización de la clase burguesa como "una asociación armada y autónoma en la comuna medieval" (Marx y Engels, 1950, vol. 1, p. 34).

sólo en tiempos de necesidad entre la masa campesina y para desvanacerse en las profundidades del campo, su capacidad para utilizar diversos grados de militancia campesina y amistosa pasividad, su capacidad para sobrevivir sin abastos del exterior y la adecuación de las armas primitivas para este tipo de guerra, pueden volver invencibles a las guerrillas con los métodos militares modernos.

Sin embargo, el carácter esencialmente campesino de la guerra de guerrillas no provee sólo su fuerza sino también sus debilidades: segmentación, falta de ideología y objetivos cristalizados, falta de una membresía estable. Estas debilidades esenciales pueden superarse con la incorporación de un núcleo fuerte de rebeldes profesionales, convirtiendo la revuelta en una acción política guiada. La cohesión ideológica y de organización en todo el país de los rebeldes profesionales, su estabilidad y celo, y su capacidad para elaborar una estrategia a largo plazo, puede llevarlos a unir el campesinado, a veces para trasformar su revuelta en una revolución triunfante. Pero la clave principal para el entendimiento de la guerra de guerrillas no debe buscarse en las maravillas de la organización de los rebeldes sino en su relación con el campesinado; no sólo en las técnicas militares de los pocos, sino en la sociología de las masas.[27]

Hay determinantes subjetivos de la acción militar —llamados en general "moral"—, cuya resistencia a la cuantificación no refuta su importancia para la configuración de la realidad. Las revueltas campesinas por todo el mundo manifiestan características culturales comunes que, con toda su complejidad, parecen captarse mejor en las expresiones sintéticas de las artes que disecarse con las herramientas analíticas de las ciencias sociales. El héroe-líder, las leyendas que lo rodean, su carisma personal, sustituyen en gran medida a la ideología y la organización como factores de unificación. La imagen pintoresca del joven rebelde campesino choca con la naturaleza mundana de la vida campesina diaria. El despliegue infantil de exhibicionismo, descrito por Znaniecki como típico de los intentos de los campesinos por establecer su propia personalidad cuando rompen los rígidos lazos familiares (Thomas y Znaniecki, 1918, p. 103), explica mucho del espíritu de los luchadores campesinos. Todas estas características influyen en el carácter general de las unidades campesinas como una fuerza de combate, junto con los valores específicos y las imágenes de sí mismos que tengan las *élites* dirigentes.

La corriente principal de la sociología contemporánea se ha olvi-

[27] Hobsbawm ha hecho algunos intentos de investigación sobre este tema en *Primitive Rebels* (1959, p. 19). Véase también *Monthly Review*, vol. 17, acerca de las actividades guerrilleras en América Latina.

dado del campesinado tradicional. La sociología rural se ha vuelto localizada y ha sido financiada por ricas sociedades industriales; en consecuencia, se ha centrado en el problema de la promoción de los miembros de minorías agricultoras a la calidad de miembros plenamente productivos y prósperos de la "sociedad civilizada". Hasta ahora, pocos sociólogos han elevado al campesinado por encima de la nota de pie hasta el texto principal. Sin embargo, si la importancia histórica y social fuesen los criterios de la elección de los objetos de estudio, casi debiera inundarnos la corriente de publicaciones sobre el campesinado. Innumerables problemas del desarrollo político y económico de nuestro mundo nos llevan hasta el tema del campesinado, a su entendimiento y mal entendimiento por parte de los gobernantes. Para sólo citar un ejemplo, la historia de la Unión Soviética ha sido configurada una y otra vez (en 1918, 1920, 1927-1929, etcétera, hasta los años sesenta) por las respuestas inesperadas ante las políticas del partido gobernante, basadas en tal evaluación y pronóstico. Podrían citarse innumerables ejemplos de África, Asia, América Latina, etcétera.

Sólo una combinación interdisciplinaria de estudios conceptuales y empíricos podrá superar las deficiencias asombrosas de nuestro conocimiento del campesinado, a pesar de las dificultades metodológicas consideradas. Si avanzamos cojeando por caminos principales llegaremos más lejos que si vagabundeamos por caminos laterales.

REFERENCIAS

Alavi, H. (1965), "Peasantry and revolution", *The Socialist Register 1965*, Merlin Press.

Bauer, O. (1926), *Bor'ba za zemlyu*, Moscú.

Bendix, R., y S. M. Lipset (comps.), (1953), *Class, Status and Power: A Reader in Social Stratification*, ed. rev., 1966, Free Press.

Boeke, I. H. (1953), *Economies and Economic Policy in Dual Societies*, Nueva York.

Chayanov, A. (1925), *Organizatsiya krest'yanskogo khozyaistva*, Moscú. Traducido al inglés como *The Theory of Peasant Economy*, D. Thorner, R. E. F. Smith y B. Kerblay (comps.), Irwin, 1966.

Childe, V. G. (1963), *Social Evolution*, C. A. Watts.

Dahrendorf, R. (1959), *Class and Class Conflict in Industrial Society*, Londres.

Davring, F. (1956), *Land and Labour in Europe, 1900-1950*, La Haya.

Eisenstadt, S. N. (1963), *The Political System of Empires*, Nueva York.

Gaister, A. (1928), *Rassloenie sovetskoi derevnir*, Moscú.

Galeski, B. (1963), *Chlopi i zawod rolnika*, Varsovia.

Gerth, G. H., y C. Wright Mills (1961), *From Max Weber*, Routledge & Kegan Paul.
Hobsbawn, E. (1959), *Primitive Rebels*, Manchester University Press.
— (1965), "Vietnam and the dynamics of guerrilla warfare", *New Left Review*, vol. 17.
Kroeber, A. (1923), *Anthropology*, Harrap.
Lenin, V. I. (5ª ed.), *Collected Works*, Londres.
Mandel, E. (1963), *The Tradition from Feudalism to Capitalism: A Symposium*.
— (1964), *Traité d'économie marxiste*, Jerusalén.
Marx, K. (1867), *The Capital*.
— y Engels, F. (1960), *Selected Works*, Lawrence & Wishart.
— y Engels, F. (1962), *Sochineniya*, 2ª ed., rusa.
Maynard, J. (1962), *Russian Peasant and Other Studies*, Collier.
Mitrany, D. (1961), *Marx against the Peasant*, Collier.
Mukhin, V. (1888), *Obychnyi poryadok nasledovaniya krest'yan*, San Petersburgo.
Myrdal, G. (1957), *Economic Theory and Underdeveloped Regions*, Duckworth.
Naciones Unidas (1960), *Pourquoi les travailleurs abandonnent la terre*, Ginebra.
Ossowski, S. (1963), *Class Structure in the Social Consciousness*, Routledge & Kegan Paul.
Pitt-Rivers, J. (1957), "The closed community and its friends", *Kroeber Anthropological Society Papers*, núm. 16.
Redfield, R. (1963), *The Primitive World and its Transformation*, Cornell University Press.
— (1955), *The Little Community*, University of Chicago Press.
— (1956), *Peasant Society and Culture*, University of Chicago Press.
Rex, J. (1961), *Key Problems of Sociological Theory*, Routledge & Kegan Paul.
Smith, R. E. F. (1964), "A model of production and consumption on the Russian farm", *Discussion Papers*, Universidad de Birmingham, CREES, RC/D, núm. 1.
Stalin, J. (1945), *Problems of Leninism*, Moscú.
Thomas, W. I., y F. Znaniecki (1918), *The Polish Peasant in Europe and America*, Dover Publications, 1958.
Vasil'chakov, A. (1876), *Zemledel'e zemlevladenie*.
Witfogel, K. (1963), *Oriental Despotism*.
Wolf, E. R. (1966), *Peasants*, Prentice-Hall.

20. LAS REBELIONES CAMPESINAS *

Eric R. Wolf

Seis grandes levantamientos sociales y políticos, apoyados por los campesinos, han sacudido al mundo del siglo xx: la revolución mexicana de 1910; las revoluciones rusas de 1905 y 1917; la revolución china, que ha experimentado varias etapas a partir de 1921; la revolución vietnamita, que tiene sus raíces en la segunda Guerra Mundial; la rebelión argelina de 1954, y la revolución cubana de 1958. Todas ellas se basaron en alguna medida en la participación de las poblaciones rurales. En este ensayo trataremos de analizar esta participación.

Contra lo que creen los románticos, no es fácil que un campesinado participe en una rebelión sostenida. Los campesinos tienen desventajas especiales al pasar del reconocimiento pasivo de las injusticias a la participación política como un medio para corregirlas. Primero, el trabajo de un campesino se hace más a menudo a solas, en su propia tierra, que en unión de sus compañeros. Además, todos los campesinos son hasta cierto punto competidores por los recursos disponibles dentro de la comunidad y por las fuentes del crédito externo. Segundo, la tiranía del trabajo recae pesadamente sobre los campesinos: su vida está ligada a una rutina anual y a la planeación para el año siguiente. Las alteraciones momentáneas de la rutina amenazan su capacidad para recobrar la rutina más tarde. Tercero, el control de la tierra le permite, más bien con frecuencia, refugiarse en la producción de subsistencia si las condiciones adversas afectan su cultivo comercial. Cuarto, los lazos de la familia extensa y el auxilio mutuo dentro de la comunidad pueden amortiguar los golpes de la dislocación. Quinto, los intereses de los campesinos —especialmente entre los campesinos pobres— cruzan a menudo las fronteras de clase. El campesino rico y el pobre pueden ser parientes, o un campesino puede ser al mismo tiempo propietario, arrendatario, aparcero, jornalero para sus vecinos y ayudante estacional en una plantación vecina. Cada relación diferente lo coloca en situación distinta con sus compañeros y con el mundo exterior. Por último, la exclusión anterior del campesino de la participación en la toma de decisiones más allá de la cerca de bambú de su aldea lo priva demasiado a menudo del conocimien-

* Eric R. Wolf, "On peasant rebellions", *International Social Science Journal*, vol. 21, 1969.

to necesario para articular sus intereses con las formas de acción adecuadas. En consecuencia, los campesinos son a menudo meros espectadores pasivos de las luchas políticas o suspiran por el advenimiento repentino de un salvador, sin especificar para ellos y sus vecinos los múltiples peldaños de la escalera que conduce al cielo.

Si es cierto que los campesinos son lentos para rebelarse, la participación campesina en las grandes rebeliones del siglo XX deben obedecer a ciertos factores especiales que exacerbaron la condición campesina. No entenderemos esa condición si no tenemos presente constantemente que ha sufrido mucho bajo el efecto de tres grandes crisis: la crisis demográfica, la crisis ecológica y la crisis de poder y autoridad. La crisis demográfica se describe con mayor facilidad en puras cifras, aunque sus causas profundas no se han aclarado del todo. Es posible que sus causas finales se encuentren menos en la reducción de la mortalidad por la difusión de la atención médica que en la difusión mundial de productos alimenticios norteamericanos por todo el mundo, los que proveyeron un mínimo de subsistencia para numerosas poblaciones agrícolas. Pero las cifras bastan por sí solas para indicar la gravedad del problema demográfico. México tenía una población de 5.8 millones de habitantes al iniciarse el siglo XIX; en 1910 —al estallar la revolución— tenía 16.5 millones. La Rusia europea tenía una población de 20 millones de habitantes en 1725; a principios del siglo XX tenía 87 millones. China tenía 265 millones de habitantes en 1775, 430 millones en 1850, y cerca de 600 millones en el momento de la revolución. Se estima que la población de Vietnam fluctuaba entre 6 y 14 millones de habitantes en 1820; para 1962 ascendía a 30.5 millones. Argelia tenía una población autóctona de 10.5 millones de habitantes en 1963, lo que representaba un aumento de cuatro veces desde el inicio de la ocupación francesa en la primera parte del siglo XIX. Cuba tenía 550 mil habitantes en 1800; para 1953 tenía 5.8 millones. Por sí solos, los incrementos demográficos habrían constituido una tensión grave para los arreglos culturales heredados.

La crisis ecológica se relaciona en parte con el gran aumento de la población, pero es también en medida importante independiente de él. Los incrementos demográficos de la magnitud antes mencionada coincidieron con un periodo histórico en que la tierra y otros recursos se convirtieron crecientemente en bienes, en el sentido capitalista del término. Como bienes estuvieron sujetos a las demandas de un mercado que sólo guardaba una relación muy indirecta con las necesidades de las poblaciones rurales sometidas a él. Mientras que en el pasado el comportamiento del mercado había sido en gran medida subsidiario de los problemas existenciales de la subsistencia, ahora la existencia y sus problemas se volvían subsidiarios del mercado. La enajenación de los recursos campesinos procedió directamente por simple despojo o mediante compras obligatorias, como ocurrió en México, Argelia y Cuba; o asumió la forma —sobre todo en China y Vietnam— de una acelerada capitalización de la renta que se tradujo en la trasferencia de recursos de quienes no podían sostenerla a quienes sí podían hacerlo. Además, la movilización capitalista de los recursos se reforzó por la presión de los impuestos, las demandas de pagos de deudas y las mayores necesidades de bienes producidos industrialmente por parte del propio campesinado. Todas estas presiones diversas combinadas perturbaron el precario equilibrio ecológico de la sociedad campesina. Donde el campesino había requerido cierta combinación de recursos para tener un nivel de vida adecuado, la movilización separada y diferente de estos recursos rompió ese nexo ecológico. Esto se advierte quizá con mayor claridad en Rusia, donde las sucesivas reformas agrarias amenazaron la continuación del acceso campesino a las tierras de pastos, bosques y cultivos. Pero es igualmente evidente en los casos en que la comercialización amenazó el acceso campesino a las tierras comunales (México, Argelia, Vietnam), a las tierras libres (México, Cuba) y a los graneros públicos (Argelia, China), o cuando amenazó el equilibrio entre la población nómada y la sedentaria (Argelia). Además, al mismo tiempo que la comercialización perturbó la vida rural, creó también nichos ecológicos nuevos y no explotados en la industria. El cambio destructivo en el área rural fue de la mano con la apertura de oportunidades incipientes pero inciertas para numerosos industriales ex campesinos. Muchos de ellos conservaron lazos formales con sus aldeas (Rusia, China, Argelia); otros emigraron entre el campo y la industria en rotación continua (sobre todo en Vietnam). La creciente inestabilidad en el área rural fue así acompañada de una dedicación todavía inestable al trabajo industrial.

Por último, la crisis demográfica y la ecológica convergieron en la crisis de autoridad. El desarrollo del mercado produjo una circulación rápida de la *élite*, en la cual los manipuladores de los nuevos "recursos libremente flotantes" —jefes laborales, comerciantes, empresarios industriales— retaron al poder heredado de los que controlaban los recursos sociales fijos: el jefe tribal, el mandarín, el noble terrateniente (véase Eisenstadt, 1966). Los derechos indisputables y estables cedieron así ante los derechos inestables y discutibles. Esta rivalidad entre los detentadores del poder principalmente político y del principalmente económico contenía su propia dialéctica. La imposición del mecanismo del mercado implicaba una disminución de las responsabilidades sociales para la población afectada: el empresario económico no se preocupaba por el costo social de sus actividades; el detentador tradicional del poder tenía a menudo un

to necesario para articular sus intereses con las formas de acción adecuadas. En consecuencia, los campesinos son a menudo meros espectadores pasivos de las luchas políticas o suspiran por el advenimiento repentino de un salvador, sin especificar para ellos y sus vecinos los múltiples peldaños de la escalera que conduce al cielo.

Si es cierto que los campesinos son lentos para rebelarse, la participación campesina en las grandes rebeliones del siglo xx deben obedecer a ciertos factores especiales que exacerbaron la condición campesina. No entenderemos esa condición si no tenemos presente constantemente que ha sufrido mucho bajo el efecto de tres grandes crisis: la crisis demográfica, la crisis ecológica y la crisis de poder y autoridad. La crisis demográfica se describe con mayor facilidad en puras cifras, aunque sus causas profundas no se han aclarado del todo. Es posible que sus causas finales se encuentren menos en la reducción de la mortalidad por la difusión de la atención médica que en la difusión mundial de productos alimenticios norteamericanos por todo el mundo, los que proveyeron un mínimo de subsistencia para numerosas poblaciones agrícolas. Pero las cifras bastan por sí solas para indicar la gravedad del problema demográfico. México tenía una población de 5.8 millones de habitantes al iniciarse el siglo XIX; en 1910 —al estallar la revolución— tenía 16.5 millones. La Rusia europea tenía una población de 20 millones de habitantes en 1725; a principios del siglo xx tenía 87 millones. China tenía 265 millones de habitantes en 1775, 430 millones en 1850, y cerca de 600 millones en el momento de la revolución. Se estima que la población de Vietnam fluctuaba entre 6 y 14 millones de habitantes en 1820; para 1962 ascendía a 30.5 millones. Argelia tenía una población autóctona de 10.5 millones de habitantes en 1963, lo que representaba un aumento de cuatro veces desde el inicio de la ocupación francesa en la primera parte del siglo XIX. Cuba tenía 550 mil habitantes en 1800; para 1953 tenía 5.8 millones. Por sí solos, los incrementos demográficos habrían constituido una tensión grave para los arreglos culturales heredados.

La crisis ecológica se relaciona en parte con el gran aumento de la población, pero es también en medida importante independiente de él. Los incrementos demográficos de la magnitud antes mencionada coincidieron con un periodo histórico en que la tierra y otros recursos se convirtieron crecientemente en bienes, en el sentido capitalista del término. Como bienes estuvieron sujetos a las demandas de un mercado que sólo guardaba una relación muy indirecta con las necesidades de las poblaciones rurales sometidas a él. Mientras que en el pasado el comportamiento del mercado había sido en gran medida subsidiario de los problemas existenciales de la subsistencia, ahora la existencia y sus problemas se volvían subsidiarios del mercado. La enajenación de los recursos campesinos procedió directamente por simple despojo o mediante compras obligatorias, como ocurrió en México, Argelia y Cuba; o asumió la forma —sobre todo en China y Vietnam— de una acelerada capitalización de la renta que se tradujo en la trasferencia de recursos de quienes no podían sostenerla a quienes sí podían hacerlo. Además, la movilización capitalista de los recursos se reforzó por la presión de los impuestos, las demandas de pagos de deudas y las mayores necesidades de bienes producidos industrialmente por parte del propio campesinado. Todas estas presiones diversas combinadas perturbaron el precario equilibrio ecológico de la sociedad campesina. Donde el campesino había requerido cierta combinación de recursos para tener un nivel de vida adecuado, la movilización separada y diferente de estos recursos rompió ese nexo ecológico. Esto se advierte quizá con mayor claridad en Rusia, donde las sucesivas reformas agrarias amenazaron la continuación del acceso campesino a las tierras de pastos, bosques y cultivos. Pero es igualmente evidente en los casos en que la comercialización amenazó el acceso campesino a las tierras comunales (México, Argelia, Vietnam), a las tierras libres (México, Cuba) y a los graneros públicos (Argelia, China), o cuando amenazó el equilibrio entre la población nómada y la sedentaria (Argelia). Además, al mismo tiempo que la comercialización perturbó la vida rural, creó también nichos ecológicos nuevos y no explotados en la industria. El cambio destructivo en el área rural fue de la mano con la apertura de oportunidades incipientes pero inciertas para numerosos industriales ex campesinos. Muchos de ellos conservaron lazos formales con sus aldeas (Rusia, China, Argelia); otros emigraron entre el campo y la industria en rotación continua (sobre todo en Vietnam). La creciente inestabilidad en el área rural fue así acompañada de una dedicación todavía inestable al trabajo industrial.

Por último, la crisis demográfica y la ecológica convergieron en la crisis de autoridad. El desarrollo del mercado produjo una circulación rápida de la *élite*, en la cual los manipuladores de los nuevos "recursos libremente flotantes" —jefes laborales, comerciantes, empresarios industriales— retaron al poder heredado de los que controlaban los recursos sociales fijos: el jefe tribal, el mandarín, el noble terrateniente (véase Eisenstadt, 1966). Los derechos indisputables y estables cedieron así ante los derechos inestables y discutibles. Esta rivalidad entre los detentadores del poder principalmente político y del principalmente económico contenía su propia dialéctica. La imposición del mecanismo del mercado implicaba una disminución de las responsabilidades sociales para la población afectada: el empresario económico no se preocupaba por el costo social de sus actividades; el detentador tradicional del poder tenía a menudo un

poder demasiado limitado para ofrecer ayuda, o estaba sujeto a la cooptación de sus rivales afortunados. El advenimiento del mercado no produjo así sólo una crisis en la ecología campesina; también desordenó los numerosos lazos de nivel medio entre el centro y el interior del país, entre los sectores urbanos y los rurales. La comercialización desordenó el interior; al mismo tiempo, disminuyó la capacidad de los poderosos para percibir y pronosticar cambios en el área rural. El resultado fue una brecha siempre creciente entre gobernantes y gobernados. Es probable que Barrington Moore (1966) haya demostrado que tal curso no era inevitable, cuando mostró cómo se utilizaron las formas feudales tradicionales tanto en Alemania como en el Japón para impedir la formación de tal brecha entre el poder y la comunicación durante el periodo crucial de transición hacia un orden comercial e industrial. Donde esto no se logró —precisamente donde estaba ausente un feudalismo militarizado administrativo—, el ensanchamiento continuo de la brecha del poder propició la formación de una *élite* contraria que pudiera retar a un liderazgo perturbador basado en la operación del mercado y a los herederos impotentes del poder tradicional, al mismo tiempo que forjaba un consenso nuevo con el campesinado mediante la comunicación. Tal *élite* contraria se compone con gran frecuencia de los miembros de *élites* provinciales, relegados a los márgenes de la movilización comercial y los puestos políticos; de funcionarios o profesionales que se colocan a medio camino entre el área rural y el centro y quedan atrapados en las contradicciones entre ambos, y de intelectuales que tienen acceso a un sistema de símbolos que puede guiar la interacción entre los líderes y el área rural.

Sin embargo, la movilización sostenida del campesinado no es una tarea fácil. Tal esfuerzo no encontrará aliados en una masa rural completamente sometida a las imperiosas demandas de la necesidad. Los campesinos no pueden rebelarse con éxito en una situación de completa impotencia; los indefensos son víctimas fáciles. Por lo tanto, sólo un campesinado en posesión de algún control táctico sobre sus propios recursos puede proveer una base segura para una palanca política funcional. El poder, como ha observado Richard Adams (1966, pp. 3-4), se refiere en última instancia

> a un control físico real que una parte pueda tener respecto de otra. La razón de que la mayoría de las relaciones no se reduzcan a luchas físicas es que las partes en cuestión pueden tomar decisiones racionales basadas en sus estimaciones de poder táctico y otros factores. Por lo tanto, el poder suele ejercerse a través del reconocimiento común por las dos partes del control táctico que cada una tiene, y a través de la decisión racional de una de las partes de hacer lo que quiera la otra. Cada parte estima su propio control táctico, lo compara con el otro, y decide si puede ser superior o no.

El campesino pobre o el jornalero sin tierra, que dependen de un terrateniente para la mayor parte de su subsistencia o para la totalidad de ella, no tienen poder táctico: están completamente a merced del dominio de su empleador, sin recursos propios suficientes para utilizarlos en la lucha por el poder. Así pues, es improbable que los campesinos pobres y los jornaleros sin tierras sigan el camino de la rebelión, *a menos que* puedan recurrir a algún poder externo para retar al poder que los constriñe. Tal poder externo está representado en el caso mexicano por la acción del ejército constitucionalista en Yucatán, que liberó a los peones del yugo de las deudas "desde arriba"; por el colapso del ejército ruso en 1917 y el reflujo de los soldados campesinos, armas en mano, hacia las aldeas; por la creación del ejército chino rojo como instrumento destinado a destruir el poder terrateniente en las aldeas. Donde está presente tal poder externo el campesino pobre y el jornalero sin tierra tienen margen de movimiento; donde está ausente, están casi completamente restringidos. Por otra parte, es improbable que el campesino rico siga el camino de la rebelión. Como empleador del trabajo de otros, como prestamista, como notable cooptado por la maquinaria estatal, ejerce el poder local en alianza con poderosos del exterior. Su dominio de poder en la aldea es derivado; depende del mantenimiento de sus dominios fuera de la aldea. Sólo cuando una fuerza externa, como el ejército chino rojo, se muestra capaz de destruir estos otros dominios de poder superiores, apoyará un levantamiento el campesino rico.

Hay sólo dos componentes del campesinado que poseen suficiente fuerza interna para participar en una rebelión sostenida. Son *a)* un "campesinado medio" terrateniente, o *b)* un campesinado localizado en un área periférica fuera de los dominios del control del terrateniente. Entendemos por campesinado medio una población campesina con acceso seguro a tierra propia que cultiva con el trabajo de su familia. Donde estos predios campesinos medios se encuentran dentro del dominio de poder de un superior, la posesión de recursos propios da a sus tenedores la mínima libertad táctica requerida para retar a su señor. Pero lo mismo se aplica a un campesinado pobre o "medio" cuyos asentamientos se encuentran sólo bajo control marginal desde el exterior. Aquí las parcelas pueden ser insuficientes para el sostenimiento de la familia campesina; pero actividades subsidiarias tales como el trabajo casual, el contrabando, la ganadería —no bajo el control directo de un dominio de poder externo—, complementan la tierra lo suficiente para dar al campesinado cierta libertad de movimiento. Advertimos la existencia

de tal campesinado tácticamente móvil en las aldeas de Morelos en México; en las comunas de las regiones agrícolas centrales de Rusia; en el bastión norteño establecido por los comunistas chinos tras la Gran Marcha; como una base para la rebelión en Vietnam; entre los *fellahin* en Argelia, y entre los colonos de la provincia de Oriente en Cuba.

Pero este reclutamiento de un "campesinado tácticamente móvil" entre los campesinos medios y los campesinos "libres" de las áreas periféricas plantea una curiosa paradoja. Éste es también el campesinado en que los antropólogos y los sociólogos rurales han tendido a ver a los principales sostenedores de la tradición campesina. Si nuestra apreciación es correcta, entonces —por extraño que parezca— es precisamente este estrato culturalmente conservador el más importante para la perturbación del orden social campesino. Sin embargo, esta paradoja desaparece cuando consideramos que es también el campesino medio el más vulnerable ante los cambios económicos provocados por el comercialismo, mientras que sus relaciones sociales permanecen encasilladas dentro del diseño tradicional. Realiza un acto de equilibrio amenazado de continuo por el crecimiento demográfico; por las usurpaciones de terratenientes rivales; por la pérdida de derechos al uso de pastos, bosques y aguas; por la baja de precios y las condiciones desfavorables del mercado; por los pagos de intereses y los vencimientos anticipados. Además, es precisamente este estrato el más dependiente de las relaciones sociales tradicionales de parentesco y ayuda mutua entre los vecinos; los campesinos medios sufren más que nadie cuando se abrogan estas relaciones, así como son los más indefensos ante las depredaciones de los recaudadores de impuestos o los terratenientes.

Por último —y esto es de nuevo paradójico—, los campesinos medios son también los más expuestos a las influencias del proletariado en desarrollo. El campesino pobre o el jornalero sin tierra cuando se van a la ciudad o a la fábrica de ordinario cortan su nexo con la tierra. En cambio, el campesino medio permanece en la tierra y envía a sus hijos a trabajar en el pueblo; él está atrapado en una situación en que una parte de la familia conserva un pie en la agricultura mientras la otra experimenta "el adiestramiento de las ciudades" (Tillion, 1961, pp. 120-121). Esto convierte al campesino medio también en un trasmisor del descontento y de las ideas políticas urbanas. Este punto debe profundizarse. Es probable que no sea tanto el crecimiento de un proletariado industrial como tal lo que produzca la actividad revolucionaria, sino el desarrollo de una fuerza de trabajo industrial todavía muy ligada a la vida en las aldeas.

Así pues, es el intento mismo del campesino medio y libre por permanecer tradicional lo que lo hace revolucionario.

Si ahora seguimos la hipótesis de que son los campesinos medios y los pobres pero "libres", no restringidos por ningún dominio de poder, quienes constituyen los grupos centrales en los levantamientos campesinos, concluiremos que cualquier factor que sirva para incrementar la latitud concedida por esa movilidad táctica refuerza su capacidad revolucionaria potencial. Uno de estos factores es la localización periférica en relación con el centro del control estatal. En efecto, las áreas fronterizas muestran muy a menudo una tendencia a rebelarse contra las autoridades centrales, independientemente de que las habiten o no campesinos. El sur de China ha constituido un núcleo de rebelión dentro del Estado chino, en parte porque fue primero un área fronteriza en la marcha hacia el sudoeste del pueblo Han, y más tarde porque constituyó la principal zona de contacto entre la civilización occidental y la china. El norte de México ha sido también una zona de disidencia frente al centro de la ciudad de México, en parte porque su economía se basa en la minería y la ganadería y no en la agricultura del maíz, en parte porque estaba abierto a las influencias provenientes de los Estados Unidos. En el sur de China fueron los caballeros rurales disidentes, con seguidores campesinos, quienes causaron frecuentes problemas al centro; en el norte de México fueron empresarios, rancheros y vaqueros provincianos. Pero cuando se tiene un campesinado pobre situado en un área periférica, fuera del control normal del poder central, la movilidad táctica de tal campesinado se "duplica" por su localización. Así ha ocurrido con Morelos en México, la provincia de Nghe An en Vietnam, Kabilia en Argelia y Oriente en Cuba. La eficacia táctica de tales áreas se "triplica" si contienen además reductos montañosos defendibles, como ha ocurrido en Morelos, Kabilia y Oriente. El efecto se "cuadruplica" cuando la población de tales reductos difiere de la población circundante en sentido étnico o lingüístico. Encontramos así que los aldeanos de Morelos hablaban el náhuatl y los habitantes de Kabilia hablaban berebere. La provincia de Oriente no mostraba diferencias lingüísticas con el español hablado en Cuba, pero sí contenía un importante elemento afrocubano. Las distinciones étnicas fortalecen la solidaridad de los rebeldes; la posesión de un código lingüístico especial propicia un sistema de comunicación autónomo.

Sin embargo, es importante reconocer que la separación respecto del Estado o de los pueblos circundantes no tiene por qué ser sólo física o cultural. Los casos de Rusia y México demuestran que se puede desarrollar un sólido enclave de población campesina cuando el Estado recurre a una combinación de la autonomía comunal con la provisión de servicios comunitarios al Estado. La organización del campesinado en comunas con administración propia, con responsabilidades estipuladas frente

al Estado y los terratenientes, creó en ambos casos fortalezas notables de tradición campesina dentro del cuerpo mismo del país. Firmemente sostenidas por la estructura circundante, actuaron como silbantes ollas de presión de descontento que, en el momento de la explosión, arrojaron su fuerza hacia afuera para obtener mayor espacio vital para su forma de vida corporativa acostumbrada. Así podemos añadir un nuevo efecto multiplicador a los antes citados. La presencia de cualquiera de ellos aumentará la capacidad potencial de los campesinos para la rebelión.

Pero ¿qué diremos de la transición de la rebelión campesina a la revolución, de un movimiento dirigido a la corrección de las injusticias a otro que busca el derrocamiento de la sociedad misma? Los marxistas han sostenido en general durante mucho tiempo que los campesinos sin liderazgo exterior no pueden hacer una revolución, y nuestra información de casos individuales les daría la razón. Donde el campesinado se rebeló con éxito contra el orden establecido —bajo su propia bandera y con sus propios líderes—, en algunas ocasiones pudo remodelar la estructura social del campo más de acuerdo con sus anhelos; pero no se apoderó del estado, de las ciudades que albergan los centros de control, de los recursos estratégicos no agrícolas de la sociedad. Zapata permaneció en su Morelos; la "migración popular" de Pancho Villa simplemente retrocedió tras la derrota de Torreón; el rebelde ucraniano Nestor Makhno se detuvo cerca de las ciudades, y los campesinos rusos de la región agrícola central simplemente se escondieron más en sus comunas locales. Así pues, una rebelión campesina que ocurre en una sociedad compleja ya atrapada en la comercialización y la industrialización tiende a ser autolimitada y por ende anacrónica.

La utopía del campesino es la aldea libre, no molestada por recaudadores de impuestos, reclutadores de mano de obra, grandes terratenientes y funcionarios. Gobernados, pero nunca gobernantes, los campesinos carecen también de toda familiaridad con la operación del Estado como una maquinaria compleja; sólo ven en ella un "frío monstruo". Contra esta fuerza hostil, según habían aprendido, aun sus poderosos tradicionales sólo proveían un escudo débil, aunque en ocasiones estuvieran dispuestos a defenderlos si así convenía a sus propios intereses. Así pues, para el campesino el Estado es una cantidad negativa, un mal, algo que debe ser sustituido tras breve penitencia por su propio orden social "casero". Cree que tal orden puede funcionar sin el Estado; por lo tanto, los campesinos en rebelión son anarquistas naturales.

A menudo esta perspectiva política se refuerza aún más por una visión ideológica más amplia. Esta experiencia campesina tiende a ser dualista por cuanto el campesino está atrapado

entre su entendimiento de la forma en que el mundo debiera ordenarse y las realidades de una existencia mundana afectada por el desorden. Frente a este desorden el campesino siempre ha forjado sus sueños de liberación, la visión de un *mahdi* que liberaría al mundo de la tiranía, de un Hijo del Cielo que en verdad encarnaría el mandato del Cielo, de un zar "blanco" contra el zar "negro" del presente desordenado (Sarkisyanz, 1955). En las condiciones de la dislocación moderna, el presente desordenado se experimenta a menudo como el orden del mundo al revés, y por ende como el mal. El dualismo del pasado se funde fácilmente con el dualismo del presente. El verdadero orden todavía está por venir, ya sea por la intervención milagrosa, la rebelión, o ambas cosas. El anarquismo campesino y una visión apocalíptica del mundo proveen, juntos, el combustible ideológico que impulsa el campesinado rebelde.

Las rebeliones campesinas del siglo XX no son ya respuestas sencillas a problemas locales, si alguna vez lo fueron. Sólo son las reacciones locales ante grandes dislocamientos sociales, puestas en movimiento por el cambio aplastante de la sociedad. La expansión del mercado ha destruido las raíces de los hombres, y los ha arrancado de las relaciones sociales en que nacieron. La industrialización y el avance de la comunicación han originado nuevos agrupamientos sociales, todavía inseguros de sus propias posiciones e intereses sociales, pero obligados por el desequilibrio mismo de sus vidas a buscar un nuevo ajuste. La autoridad política tradicional se ha minado o derrumbado; nuevos contendientes por el poder están buscando nuevos seguidores para entrar a la arena política vacante. Así cuando el protagonista campesino prende la antorcha de la rebelión, el edificio de la sociedad ya está humeando y listo para arder. Cuando la batalla termine, la estructura no será la misma.

Ningún sistema cultural —ningún complejo de economía, sociedad, política e ideología— es estático jamás; todas sus partes componentes están en cambio constante. Pero mientras estos cambios permanezcan dentro de límites tolerables persiste el sistema global. En cambio, si empiezan a rebasar estos límites, o si otros componentes se introducen de pronto desde el exterior, el sistema entrará en descomposición. Las partes del sistema se vuelven incompatibles entre sí; el sistema se vuelve incoherente. Los hombres en tal situación se encuentran dolorosamente atrapados entre diversas soluciones antiguas a problemas que de pronto han cambiado de forma y de significado y soluciones nuevas a problemas que a menudo no pueden comprender. Dado que la incoherencia raras veces aparece al mismo tiempo en todas las partes del sistema, durante algún tiempo éstas pueden seguir ora una alternativa, ora otra, contradictorias; pero al final aparecerá una grieta, una gran hendedura

en algún lugar del sistema (Wilson y Wilson, 1945, pp. 125-129). Un levantamiento campesino en tales circunstancias, por cualquiera de las razones que hemos bosquejado, sin proponérselo puede llevar a toda la sociedad al estado de colapso.

Referencias

Adams, R. N. (1966), "Power and power domains", *América Latina*, año 9, pp. 3-21.

Eisenstadt, S. N. (1966), *Modernization: Protest and Change*, Prentice-Hall.

Moore, B., Jr. (1966), *Social Origins of a Dictatorship and Democracy*, Beacon Press; Penguin Books, 1969.

Sarkisyanz, E. (1955), *Russland und der Messianismus des Oriens: Sendungsbewusstsein und politischer Chiliasmus des Ostens*, J. C. B. Mohr, Tubinga.

Tillion, G. (1961), *France and Algeria: Complementary Enemies*, Knopf.

Wilson, G., y M. Wilson (1945), *The Analysis of Social Change*, Cambridge University Press.

Cuarta Parte

EL CAMPESINADO COMO CULTURA

La cuarta parte contiene ensayos relativos a la cuestión de la cultura campesina. No enfocamos aquí el concepto de cultura en su sentido antropológico más amplio (es decir, como esencialmente todo lo creado en el mundo por los humanos), sino en el sentido de las cogniciones y los valores típicos de la sociedad campesina.[1] Por lo menos hasta cierto punto la cultura campesina está interconectada con el patrón cultural específico de la vida de las pequeñas comunidades rurales y es inseparable de él. La sección se inicia con la descripción y el análisis que hace Dobrowolski del marco general de las costumbres, las opiniones, etcétera, de los campesinos. Sigue con una descripción hecha por Bailey de algunas cogniciones de la realidad típicamente campesinas. El artículo de Ortiz refuta las tendencias a enfocar las opiniones y las elecciones campesinas como irracionales o carentes de base, y señala su justificación general. En un nivel más general este análisis cuestiona la aplicabilidad de las generalizaciones acerca del campesinado, subrayando el carácter específico de cada grupo campesino. Por último, la contribución de Redfield y Singer ubica la cultura campesina en relación con la sociedad urbana en términos de la definición de Kroeber del campesinado como "sociedades parciales con culturas parciales", es decir, segmentos de una sociedad más amplia centrada en lo urbano (véase la Introducción). Los temas más prominentes no cubiertos en esta parte son los que se refieren específicamente a la socialización en la sociedad campesina, la aculturación y la desintegración de la cultura específicamente campesina bajo influencias externas, y las redes de comunicación típicas de las sociedades campesinas. Sin embargo, estos tópicos se cubren en parte con las contribuciones de Znaniecki, Shanin y Pearse (en la primera parte) y Galeski (en la segunda parte).

[1] Véase un examen del "aparato cultural" en Wright Mills (1962, pp. 407-422). También en Berger y Luckmann (1967) se encuentra un análisis sistemático. Los tópicos de la sociología del conocimiento están todavía muy poco desarrollados; ello explica el carácter más bien descriptivo que analítico de la mayoría de las contribuciones de este campo.

REFERENCIAS

Berger, P., y T. Luckmann (1967), *The Social Construction of Reality*, Allen Lane The Penguin Press.
Wright Mills, C. (1962), *Power, Politics and People*, Ballantine Books.

21. LA CULTURA CAMPESINA TRADICIONAL *

Kazimierz Dobrowolski

INTRODUCCIÓN

ESTE ensayo es un intento de teoría de la cultura campesina tradicional tal como existió en el área del sur de Polonia (Malopolska del Sur) en los siglos XIX y XX. Se basa en primer lugar en material de campo recogido por el autor en el periodo de entreguerras y en parte después de la segunda Guerra Mundial. No es una visión exhaustiva del tema; sólo es un intento por extraer, de entre muchos hechos individuales, un patrón de procesos típicos, recurrentes, que refleje la dinámica cultural de fases definidas del desarrollo histórico. Estas generalizaciones tratan de entender: *a)* las fuerzas principales que configuran y mantienen la cultura tradicional, *b)* los rasgos característicos básicos de esta cultura y *c)* la dinámica de su desintegración. En conjunto pueden revelar el mecanismo real que se encuentra detrás del funcionamiento de una cultura tradicional dada. Este ensayo no presenta todas las generalizaciones que podrían extraerse del material original, ni pretende ofrecer generalizaciones que vayan más allá del citado territorio del sur de Polonia.

EL CONCEPTO DE LA CULTURA TRADICIONAL

En términos generales, la "tradición" abarca toda la herencia cultural que pasa de una generación a la siguiente. Se conocen dos medios básicos de trasmisión de la herencia social. El primero comprende la trasmisión mediante el lenguaje y otros estímulos sonoros (por ejemplo los sonidos musicales) que se reciben con el sentido del oído, y la demostración de acciones y objetos que se perciben con los órganos visuales. Este modo de trasmisión implica siempre el contacto humano directo. En segundo lugar existen medios de trasmisión que poseen un carácter mecánico. Se incluyen aquí la imprenta, las partituras musicales, varias técnicas iconográficas y los aparatos fonográficos. Tales medios liberan a los productores y los receptores del

* Kazimierz Dobrowolski, "Peasant traditional culture", *Ethnografia Polska*, vol. 1, 1958, pp. 19-56. Abreviada por el autor y traducida al inglés por A. Waligorski.

contenido cultural del contacto humano directo, y establecen relaciones humanas indirectas, impersonales.

Entre los etnógrafos e historiadores de la cultura se ha hecho costumbre hablar de la "cultura tradicional", entendiendo por tal todos los contenidos y los valores culturales que se *trasmiten oralmente.* Hemos aceptado esta convención lingüística, y en ese sentido hemos empleado en este ensayo el término "cultura campesina tradicional".

En todos los dominios de la vida social, en todos los esfuerzos de cooperación humana, en la producción y la acumulación de ganancias y realizaciones culturales, podemos siempre observar dos tendencias fundamentales, aunque encontradas, que se manifiestan con intensidad variable en diversas fases del desarrollo histórico. Primero, hay una tendencia esencialmente conservadora y estabilizadora, que se expresa en una propensión hacia la preservación y el mantenimiento del orden social existente. Siempre se basa en el reconocimiento de la experiencia previa y esencialmente se centra en el pasado. Aquí el pasado provee un patrón de vida y un modelo de acción humana. A la inversa, existe una tendencia surgida de la duda y la insatisfacción que invariablemente conduce al cambio social. Esta tendencia es a menudo destructiva y revolucionaria frente al orden social existente, y a menudo se ha expresado en términos de una oposición más o menos violenta a la realidad circundante y de negación de tal realidad. Esta tendencia suele surgir del deseo profundamente humano de formas de vida social nuevas y mejores, de nuevas verdades morales y de innovaciones técnicas más adecuadas. Tal visión de una nueva vida, hacia el futuro, pero generada por las condiciones concretas de la existencia humana, puede llegar a convertirse en una fuerza poderosa, impulsora de la acción humana.

Estas tendencias reflejan dos necesidades fundamentales de la existencia humana: *a)* la de la regulación y el ordenamiento de las relaciones humanas fundadas en un conjunto de valores, habilidades y capacidades, verdades y experiencias establecidas; y *b)* la del mejoramiento de la existencia humana por el logro de un dominio mayor sobre el ambiente natural, por la ampliación del conocimiento de la realidad circundante, por la obtención de una mayor seguridad y protección contra las fuerzas hostiles, por la reducción del esfuerzo humano y por lograr que la cooperación humana descanse sobre un fundamento más balanceado.

Ahora bien, sabemos que la primera tendencia se manifiesta con el mayor vigor en todas las culturas que dependen exclusivamente de la trasmisión oral y la demostración directa para la trasmisión de su contenido cultural y su experiencia. En cambio, la segunda puede pasar al primer plano en los periodos cru-

ciales de disturbio social y revolución que según sabemos han abierto épocas nuevas en la historia humana.

La glorificación del pasado, que encuentra su expresión en el llamado tradicionalismo, ocurre también en las civilizaciones alfabetas, es decir en las culturas que durante algún tiempo han empleado la escritura como un medio principal de trasmisión social. Más aún, se conocen algunos casos en que la escritura misma se ha convertido en un factor que refuerza la importancia de la tradición. Así ha ocurrido a menudo con los textos sagrados, que durante muchos siglos actuaron como cánones reguladores y controladores del comportamiento humano. Pero en la mayoría de los casos la palabra escrita ha sido un factor positivo de cambio, aunque no del todo decisivo. Porque el alfabetismo lleva invariablemente consigo posibilidades ilimitadas para la trasmisión cuantitativa de contenidos culturales entre generaciones. Por su propia naturaleza la escritura implica la posibilidad de una acumulación cultural más intensiva en todas las esferas de la actividad humana. La escritura permite una trasmisión más adecuada y precisa de los contenidos, valores y realizaciones que constituyen la esencia de una cultura dada. En las sociedades alfabetas los procesos de trasmisión y difusión de los contenidos culturales son siempre mucho más generalizados, rápidos y eficaces que en las culturas orales. Por último, la escritura, por el hecho mismo de la acumulación de textos, implica un campo infinitamente más amplio para la comparación y el examen crítico, incluso para una evaluación crítica de las realizaciones de las generaciones pasadas y de su trasmisión de conocimientos —sean éstos técnicos, naturales, históricos, etcétera—, que lo que jamás haya permitido una herencia de trasmisión oral.

Así pues, cuando examinamos la dinámica de una cultura conservadora, tradicionalista, inevitablemente centramos nuestra atención en las comunidades que trasmiten sus contenidos culturales por medios orales. Veremos aquí que el proceso es a la vez diacrónico y sincrónico. Es diacrónico en el sentido de que la generación que se va trasmite sus experiencias culturales a sus sucesores. Pero es también sincrónico por cuanto las realizaciones de individuos, o de grupos de individuos, se difunden directamente por los contactos humanos.

El proceso básico de trasmisión de la cultura tradicional consiste en la educación, que introduce al novato a un mundo definido de valores materiales e inmateriales. Esto ocurre mediante la enseñanza y la demostración intencional, y por una recepción correspondiente de dicha instrucción mediante la percepción auditiva y visual. Estos procesos pueden tener un carácter consciente, como ocurre cuando la trasmisión se realiza en forma deliberada, consciente e institucionalizada; pero también pueden

ser naturales o espontáneos cuando resultan del mero contacto y la imitación.

El dominio clásico de las culturas tradicionales es, por supuesto, el de las llamadas comunidades primitivas, sin alfabeto, que todavía se encuentran en las partes más remotas del globo. Pero su número está disminuyendo rápidamente, y sólo existen unas cuantas de tales comunidades puras, no contaminadas, no afectadas por el efecto de civilizaciones superiores, y que dependen esencialmente de medios mecánicos de trasmisión.

Tienen un carácter diferente las culturas campesinas tradicionales que se originaron en las divisiones de clases prevalecientes en la Europa feudal. Se desarrollaron bajo la influencia de la clase gobernante y la minoría educada, aunque esa influencia asumió una forma muy distinta en diversas fases del desarrollo histórico. A principios del periodo medieval, por ejemplo, la distancia cultural entre los campesinos y los caballeros feudales se redujo principalmente a diferencias de riqueza y de dotación material, pero no había diferencias marcadas de educación y mentalidad. La situación cambió durante el Renacimiento, cuando la educación se basó cada vez más en la escolaridad institucionalizada, la que comprendía grupos más amplios de clases legas que pudieron emanciparse en parte de la influencia de la Iglesia y con el trascurso del tiempo obtuvieron un papel cultural dominante dentro de la sociedad. La influencia de las clases gobernantes era y es diferente en fases particulares de los sistemas capitalista y socialista.

Las condiciones básicas de la existencia de la cultura tradicional

La cultura tradicional es una realidad *sui generis*, dotada de su propia dinámica específica. Un bajo nivel de tecnología agrícola y de estabilidad del asentamiento campesino representa, tal vez, sus fundamentos más importantes. En las aldeas Beskid, estudiadas por el autor, las herramientas agrícolas y los implementos eran sencillos, hechos sobre todo de madera, y todavía en el decenio de 1880 el hierro se usa sólo en pequeña escala. Igualmente simple era la organización del trabajo, lo que se combinaba con una tendencia hacia la autosuficiencia económica y con patrones de pensamiento místicos y mágicos, y reflejaba un estado relativamente simple de desarrollo económico y social. Cuando a lo anterior se añade una ocupación campesina de la tierra más o menos permanente, que se heredaba junto con la vivienda de los padres y que implica movilidad espacial muy escasa, tendremos en resumen una imagen de la cultura campesina tradicional y de la condición en que tales culturas tienden a florecer.

Otro factor importante del conservadurismo campesino fue la

familia patriarcal y el sistema de parentesco expresados en la autoridad y el poder del padre sobre los hijos, en la dependencia económica e intelectual de los hijos frente a los padres, y en la actitud sumisa de los jóvenes. En una familia campesina la cooperación estrecha entre las generaciones (de ordinario tres y a veces hasta cuatro) constituye la regla, aplicable a los asuntos familiares, el trabajo y la recreación en la casa y en la tierra pegada a ella. También esto era propicio para el mantenimiento de la cultura tradicional.

En este sentido, debemos repasar brevemente la situación social del campesinado. La opresión legal y económica de los campesinos en el sistema feudal obstruyó gravemente su desarrollo económico y los privó de una participación más amplia en la cultura nacional. Las barreras legales también obstruyeron todo avance social. En estas circunstancias, un fuerte sentimiento de degradación e inferioridad social se apoderó a menudo de las mentes campesinas, animado por la experiencia degradante de muchos siglos de opresión. Esto no impedía una actitud simultánea de odio, y una oposición más activa surgía de tiempo en tiempo contra la clase dominante. Así pues, la distancia social siempre creciente entre las clases superiores y el campesinado hasta la emancipación, generó un estancamiento del nivel de vida de los campesinos reflejado en su cultura material, en su vestido, en su alimentación y en su equipo hogareño, y que, por asociación, vino a tipificar, en todos los aspectos exteriores, una clase social claramente campesina. A pesar de la destrucción del sistema feudal en Galicia en 1848, este estado de cosas sobrevivió tenazmente durante largo tiempo.

La trasmisión oral y sus funciones sociales

Ahora examinaremos las consecuencias de la trasmisión oral de la cultura, recurriendo sobre todo a los datos de campo. Ya hemos visto que uno de los efectos más importantes de esto fue la limitada posibilidad de trasferencia cultural de una generación a otra. Esta limitación no sólo afectó el número de los elementos trasferidos, sino también su calidad, es decir su exactitud y duración. Así, las limitaciones cuantitativas fueron particularmente pronunciadas cuando se trataba de nuevos inventos tecnológicos y nuevas contribuciones literarias y filosóficas. Este tipo de realización intelectual, que provenía sobre todo de miembros anónimos de la comunidad superior, nunca tuvo un carácter duradero. Expresado de ordinario en la práctica agrícola, en la ciencia natural y las observaciones médicas, nunca se escribió, y en la gran mayoría de los casos pereció con la muerte del creador original.

Así pues, una consecuencia importante de la trasmisión oral de la cultura fue una declinación gradual de los usos y los artefactos antiguos en la memoria pública. Nuevos avances tecnológicos, nuevos términos, costumbres y canciones empezaron a remplazar a los antiguos, y finalmente, a pesar de una larga coexistencia, en algunos casos los eliminaron por completo. Esto ocurrió de ordinario cuando la forma antigua no encontró una incorporación material o una representación iconográfica, o no se preservó en forma escrita. Entonces cayó en el limbo del olvido social y se perdió irreversiblemente.

La selección en la trasmisión cultural

El proceso de selección en la trasmisión cultural adquirió un patrón característico. Al analizar lo que tendía a preservarse en una sociedad y lo que tendía a perecer, el autor pudo establecer un conjunto de reglas y principios generales, válidos para el tipo de cultura investigado, pero que aun allí podrían mostrar desviaciones y modificaciones de acuerdo con la fase del desarrollo histórico.

En primer lugar, parecería que todo lo que tenía un carácter individual, todo lo que resultara de la capacidad y las habilidades de los individuos, lo que no se objetivara durante la vida de sus originadores, por lo menos en una comunidad pequeña, tendía a desaparecer. En otras palabras, todo lo que no entrara en un esquema de acción concreto, lo que no se convirtiera en un patrón de comportamiento, o en un conjunto de actitudes mentales, o en un estereotipo de una cultura dada, puede considerarse sin duda como potencialmente perdido. Hay muchos ejemplos: productos no materiales como canciones, tonadas, cuentos populares, producciones artísticas populares, ideas y conceptos conectados con una *Weltanschauung* de los miembros de una comunidad dada. Este tipo de producción cultural tenía probabilidades de supervivencia mucho mayores cuando encontraba hombres con intereses, capacidades y disposiciones similares a las del creador original. En la producción material y la tecnología había una situación semejante; cuando un nuevo invento tecnológico o un avance de la producción se convertía en parte de la rutina de un equipo de trabajo conectado con el creador original, sus probabilidades de establecimiento permanente eran mucho mayores.

En cuanto a los factores que ayudaron a mantener un producto, debe subrayarse por encima de todo su utilidad práctica. Mientras fue importante para la vida de la comunidad y satisfizo de modo efectivo las necesidades de sus miembros —económicas, tecnológicas, sociales y emocionales—, y no compitió con productos nuevos pero complementarios ni con productos sucedáneos, tuvo grandes probabilidades de supervivencia. En este sentido, deben subrayarse los diversos objetos de cultura material cuyo cambio habría resultado particularmente difícil porque habría requerido un enorme insumo de mano de obra. Un ejemplo clásico es el sistema de campo, que en ciertas aldeas de Podhale ha conservado su arreglo medieval original de campos y franjas. Si ciertos productos bien probados por la experiencia de siglos, a pesar de su sencillez exterior, satisfacían las necesidades productivas, como ocurría con algunos instrumentos del equipo agrícola, también tenían grandes probabilidades de supervivencia. Lo mismo se aplica a numerosas técnicas de trabajo conectadas con el cultivo del suelo, la cosecha, el procesamiento del lino, el labrado de madera y la alfarería.

Instrumentos específicos de la trasmisión social en la cultura tradicional

Aparte de la trasmisión oral directa y la demostración práctica, la comunidad campesina desarrolló otros medios que permitían la trasmisión del conocimiento con mayor precisión. Tales medios incluían, ante todo, las fórmulas lingüísticas compactas y muy expresivas, a menudo rimadas, que contenían previsiones meteorológicas, hechos referentes al clima, información relativa a la agricultura y la ganadería, instrucción religiosa y moral, y todo un gran conjunto de experiencias constitutivo de lo que se conoce popularmente como "refranes sabios". Muchas de estas fórmulas pertenecían a la categoría de los proverbios. Son comunes en el habla corriente, cuyo vigor y expresividad incrementan notablemente.

La forma de verso se usaba también hasta cierto punto en las fórmulas mágicas, lo que propiciaba la repetición fiel de la fórmula durante la ejecución mágica. También se aplicaba cierta versificación por placer en diversos cuentos populares de trama dramática. Estos cuentos avivaban la imaginación popular y en su mayor parte eran cantados por músicos vagabundos y mendigos. Tal forma era más adecuada para la reproducción cantada por el auditorio.

A esto se conectaba la aplicación de los programas y modelos tradicionales que servían como principios orientadores en la acción práctica. Por ejemplo, los carpinteros ancianos de la aldea de Podhale no usaban plano alguno ni recurrían a cálculos escritos. Todo su conocimiento tecnológico se basaba exclusivamente en la memoria y se reducía a la repetición, en la acción práctica, de pocos modelos básicos. Por ejemplo, existía un modelo de una casa más grande, de dos dormitorios, y otro de una

casa más pequeña, de un solo dormitorio, con ciertas variantes consistentes en la adición de cuartos de veraneo y de almacenes (*komora*). Existían esquemas básicos similares en el trabajo de los sastres y otros artesanos rurales.

La sociabilidad en la vida tradicional

Las reuniones sociales institucionalizadas eran medios muy importantes para la preservación de la cultura tradicional. Consistían en reuniones en el hogar, en la posada, durante el verano a menudo afuera de los edificios; o bien en contactos hechos durante el viaje a la iglesia, al mercado, o a la fiesta eclesiástica anual el día del santo patrono. A cada tipo de intercambio social se ligaban grupos definidos de personas, al igual que temas de conversación tradicionalmente prescritos. Por ejemplo, los hombres caminaban por separado a la iglesia de la parroquia local, mientras que las mujeres formaban otro grupo, y los jóvenes y los ancianos uno más. Los grupos basados en la vecindad caminaban juntos a la feria local. A la fiesta eclesiástica concurrían sobre todo los jóvenes, y el viaje proveía muchas oportunidades para nuevas relaciones.

Sin embargo, tenían importancia especial las reuniones de vecinos que se celebraban en ciertas ocasiones ceremoniales como el hilado o el desplumado, y en eventos más informales como las reuniones regulares nocturnas, sobre todo en los meses de invierno. Estas reuniones, comunes en el sur de Polonia a fines del siglo XIX y principios del XX, eran las antecesoras del libro o el periódico modernos.

Los temas de estas conversaciones nocturnas incluían chismes acerca de los acontecimientos locales y los asuntos del hogar y la comunidad, así como "noticias del ancho mundo". Había también numerosos cuentos, de carácter a menudo legendario, místico y mágico-religioso. Los cuentos tenían un gran poder de atracción, y el narrador se convertía en el centro del interés popular y del reconocimiento social general. Sus temas se centraban alrededor de diversas figuras pertenecientes al mundo de la demonología popular: espíritus de los muertos, fantasmas y demonios; pero también diversos tipos de hadas y duendes, en general malignos, pero algunos por lo menos benévolos. A esto se añadían varios santos, al igual que la figura de Jesús vagando por la Tierra.

En cuanto a la función social de estos cuentos, debemos observar primero que probablemente surgían de las ideas y los descubrimientos humanos de épocas pasadas, mediante los cuales trataba la humanidad primitiva de explicar las fuerzas que gobiernan al mundo de la naturaleza y el destino humano. Sus contenidos actuaban, tanto para los narradores como para los oyentes, como una verdad viviente, una realidad concreta. En estas circunstancias, estos cuentos constituían un instrumento importante para el fortalecimiento de la antigua perspectiva místico-mágica. Contenían muchos consejos prácticos sobre la protección contra las fuerzas del mal, o para aplacarlas. Algunos de los cuentos, sobre todo los que contenían motivos religiosos, tenían a menudo objetivos éticos y morales adicionales que hacían hincapié en la recompensa de las buenas acciones y el castigo de los malvados. En esta forma se enaltecían diversos preceptos morales, que de la doctrina de la Iglesia pasaban a la cultura tradicional, de ordinario con adaptaciones locales características. Una categoría especial de cuentos se refería a tesoros escondidos y a ladrones magnánimos que ayudaban a los pobres en actos de venganza contra los nobles crueles. Es probable que la gran popularidad de estas leyendas reflejara el profundo deseo campesino de mejorar su suerte, y de compensarse por su dolor y por las humillaciones sufridas en la vida real.

El anonimato de los productos

Uno de los aspectos más característicos de la cultura tradicional es el carácter anónimo de sus productores originales y de los contribuyentes. La introducción de herramientas y técnicas nuevas y mejores, el invento de nuevos patrones ornamentales, nuevas tonadas o descubrimientos armónicos, se conectaba a menudo con el proceso de objetivación, lo que significaba que una comunidad dada adoptaba e incorporaba un producto individual. Al principio la identidad del contribuyente original o del innovador era del conocimiento común. Pero en el trascurso del tiempo se olvidaba esta persona, el producto se separaba de su creador original, perdía su carácter individual y se hacía indistinguible de otras técnicas. Raras veces penetraba el nombre del creador original en la conciencia colectiva de la comunidad y sobrevivía, aunque se conocen algunos de tales casos.

El poder de las autoridades aldeanas

Un ritmo muy lento de desarrollo es un rasgo característico de toda cultura tradicional. Muchos arreglos tecnológicos y hábitos económicos han mostrado una tenacidad poco común a lo largo de siglos de feudalismo, y aun después de la emancipación del siglo XIX no se modificó radicalmente la situación. Todavía en el periodo entre-guerras podíamos encontrar en las remotas aldeas de las montañas Beskid, así como en los antiguos asenta-

mientos silvícolas de la meseta de Polonia central, un número asombroso de reliquias tradicionales de la cultura material (herramientas e implementos de labranza, técnicas agrícolas, sistemas de tenencia de la tierra, interiores de chozas campesinas); en menor medida, algunos ejemplos de organización social (por ejemplo, ciertas formas de familia patriarcal y aun algunas reliquias del viejo sistema de clan), y ciertas manifestaciones interesantes de la mentalidad campesina tradicional. En consecuencia, el carácter permanentemente inmutable de las instituciones sociales se desarrolló, lo que implicaba una creencia en su valor intrínseco. "Así lo han hecho siempre nuestros padres y abuelos; así lo haremos nosotros", es un pronunciamiento que puede aceptarse como típico y que a menudo se escucha entre los campesinos de la antigua cultura tradicional. En estas circunstancias, toda motivación racional consciente de la actividad económica o la forma de conducta tenía escasa importancia. Tampoco tenía mucha importancia la racionalización del carácter y las peculiaridades de cualquier institución social, norma económica y legal, o regla de conducta. Lo que tenía gran importancia era cualquier acción realizada sin una reflexión intelectual más profunda, una que consistiera en una recepción pasiva del sistema cultural existente, por una parte, y en un fuerte apego emocional a tal sistema, por la otra. En esta forma, los contenidos y las instituciones culturales adquirieron una importancia extraordinaria, convirtiéndose en una autoridad funcional que ejercía una influencia decisiva sobre los seres humanos. La esencia de esta autoridad consistía en el reconocimiento de un producto cultural definido, que por regla general carecía de todo juicio cultural, pero que se reforzaba por una intensa creencia en su valor intrínseco, y a veces aun se convertía en ciertas manifestaciones de reverencia religiosa o de culto. Estrechamente conectada con esta actitud se encontraba la consiguiente alta autoridad conferida a los principales portadores y trasmisores de la cultura tradicional. Desde luego, los más influyentes eran los ancianos, cuya larga vida y cuyos numerosos contactos con la gente les permitían no sólo acumular la mayor cantidad de conocimiento tradicional sino también obtener las experiencias más ricas mediante la práctica económica y social. Debido a la falta de conocimiento escrito, inevitablemente constituían la fuente principal de información sobre el trabajo y la producción, sobre el mundo y la vida, donde la generación joven podía abrevar ampliamente.

Para entender correctamente el funcionamiento de esta autoridad es necesario subrayar otro aspecto importante del conocimiento tradicional. Se explica por el hecho de que muchos de sus elementos eran esotéricos y se guardaban celosamente de la circulación general. Estos contenidos secretos sólo podían trasmitirse a un pequeño número de gente escogida. Aun en las actividades agrícolas, antes de la introducción de la instrucción agrícola oficial y de los instructores agrícolas, no todos los hijos tenían la fortuna de recibir del padre todo el conocimiento de los métodos de cultivo tradicionales. Esta idea del secreto de la producción puede encontrarse también en diversas actividades económicas distintas de la agricultura, al igual que en los gremios artesanos. Naturalmente era más pronunciada en el conocimiento de la medicina y la veterinaria populares, al igual que en diversas prácticas mágicas. En estas circunstancias aumentaba la superioridad intelectual y económica de los ancianos. El dominio económico se traducía en la sumisión de los hijos a los padres y encontraba expresión en la división y la asignación del trabajo. Se daban a cambio alimentos y alojamiento, pero no dinero. La autoridad paterna controlaba también la dote matrimonial y la disposición de la propiedad a la muerte, y en general hacía muy difícil el abandono del hogar paterno y la migración en busca de otros trabajos.

El papel de la magia y la religión en la cultura tradicional

Uno de los aspectos prominentes de la cultura tradicional fue el papel desusadamente grande asignado a las creencias y prácticas mágicas en comparación con las actividades basadas en fundamentos empíricos y racionales. Entre los habitantes de las tierras altas de Polonia la ganadería lechera estaba llena de creencias y prácticas mágicas. Casi todas las actividades conectadas con la cría de ovejas, el pastoreo, la ordeña y el procesamiento de la leche se asociaban a ciertas prácticas orientadas a la obtención del éxito o a evitar peligros o desgracias inminentes. Tales prácticas constituían un cuerpo de sabiduría secreta que trasmitía el pastor principal (*baca*), a menudo cuando llegaba a la edad avanzada y a veces hasta en su lecho de muerte, a sus sucesores. Éstos debían someterse a una especie de ceremonia de iniciación antes de que pudiera confiárseles el poder mágico implicado por esos conocimientos.

Una observancia estricta de la secuencia y el orden tradicionalmente prescritos de los ritos y las fórmulas desempeñaba un papel muy importante en las prácticas mágicas de estos pueblos, como ocurre en efecto con todas las magias. La inversión del orden, el cambio de una fórmula, podría ser algo muy peligroso, porque podría convertir el éxito en desastre y aun suscitar una represalia mágica, siempre temida por el frágil y dependiente ser humano. Es interesante advertir que esta importante actitud mágica en la cultura tradicional de las tierras altas se extendía a menudo al dominio de la acción racional y empírica. Así, cual-

quier rechazo de la actividad tecnológica usual y tradicionalmente sancionada, cualquier cambio de las viejas herramientas y técnicas, cualquier abandono o violación de la costumbre tradicional, serían de ordinario temidos y considerados como un acto peligroso que podría propiciar la desgracia o provocar el desastre. Por esa razón en las viejas chozas de los lecheros montañeses nunca se usaron cerillos para encender el fuego, sino el método tradicional del pedernal y el eslabón. Ésta fue también la razón de la resistencia encontrada por la introducción de equipo nuevo en los chalés de la montaña, como la de vasijas de estaño en el periodo entreguerras, pues se temía que esto redujera los rendimientos de las ovejas. Cuando los arados de hierro se popularizaron en las aldeas de Galicia, a fines del siglo XIX, los campesinos, sobre todo los de la generación más vieja, expresaban a menudo sus temores de que el suelo cortado con hierro pudiera vengarse y negarse a producir cosechas. Presagios similares se expresaron en relación con la maquinaria agrícola, como las máquinas descascaradoras o las trilladoras, de que podrían afectar adversamente las cosechas.

Así pues, ese marco mental determinado por la magia constituyó un obstáculo grave para el progreso en todas las ramas de la cultura, y al mismo tiempo se convirtió en un factor importante en la preservación del antiguo régimen. En este clima mental, lleno de la creencia en la autoridad ancestral y profundamente saturado de la *Weltanschauung* mágica, todo intento de cambio en la cultura material, así como en las costumbres y las relaciones sociales, afrontaba la aprehensión y el temor de represalias de los poderes místicos que actuaban como guardianes del antiguo orden establecido. Debe añadirse que el pensamiento mágico confirmaba la autoridad y la posición social de una cierta categoría de personas, como los *bacas* (ovejeros principales), los curanderos y los herreros. Los aldeanos creían en sus conocimientos secretos y su capacidad para controlar fuerzas ocultas, que podrían producir el éxito o la desgracia. Por esta razón actuaban a menudo como intermediarios entre el mundo de lo sobrenatural y los campesinos comunes que, sintiéndose indefensos, recurrían a estas personas tan influyentes en busca de auxilio.

Debemos explorar ahora un poco las creencias religiosas que desempeñaron un papel importante en la preservación de los valores tradicionales. En su base se encontraba una creencia profundamente arraigada en la "omnipotencia divina" que creaba y controlaba todo por la "voluntad de Dios", regulando tanto el orden social y el destino de los individuos, como controlando las leyes naturales. A su lado se desarrolló un sistema de sanciones trascendentales, incluidas las órdenes y las prohibiciones religiosas que imponían al campesinado el clero y la clase dominante. Estas sanciones actuaban como poderosas salvaguardias del sistema feudal, y más tarde del capitalismo. Tales órdenes y prohibiciones se extendían a la esfera de la vida familiar, y también a la red más amplia de relaciones humanas. Quienes las violaran encontrarían los "castigos de Dios", y quienes las aceptaran y actuaran de acuerdo con la "voluntad de Dios" podrían contar con Su apoyo, ya que el último destino de las cosas y las personas estaba en Sus manos.

Tendencia hacia la uniformidad cultural

Ya dijimos que en toda comunidad humana, independientemente del tiempo y el espacio, podemos encontrar una tendencia colectiva hacia el mantenimiento y la conservación del estado existente y, a la inversa, una tendencia individualista, emancipadora, hacia la introducción de elementos nuevos en la cultura.

La antigua cultura campesina del sur de Polonia a fines de la época feudal, y también hasta cierto punto bajo el capitalismo, tenía un carácter predominantemente tradicional. Pero es importante advertir que nunca constituyó un monolito cultural uniforme e igualitario en relación con el consumo y la participación en la producción de bienes culturales. Era una cultura altamente diferenciada tanto en lo social como en lo económico; sus contrastes sociales eran a menudo considerables, sobre todo los que existían entre los campesinos ricos y los aldeanos pobres. Por ejemplo, había grandes diferencias en los tamaños de las granjas y de los hatos, en el interior de las cabañas campesinas, en sus muebles, implementos, alimentos, vestidos, etcétera. En la vida social y ceremonial había gran pompa y esplendor entre los campesinos ricos, sobre todo en ocasiones tales como las bodas, los bautizos y los funerales. Esto se traducía a veces en una conciencia de que ciertos objetos materiales acompañan a cierta posición social, como la verja al frente de la casa, una o hasta dos chimeneas en el techo de la cabaña, armarios para las pertenencias personales, cierto tipo de muebles y vestidos. El consumo de ciertos tipos de alimentos se consideraba como una obligación ligada al rango social. Por otra parte, la escala de consumo de bienes sociales por el proletariado aldeano era mucho menor. Además, los campesinos ricos ejercían una fuerte presión sobre el sector más pobre de la comunidad (los jornaleros aldeanos carentes de tierras) para impedirle que usaran los elementos culturales que los ricos consideraban como su prerrogativa exclusiva. Y sin embargo, los pobres desempeñaban una parte muy importante en la creación de valores culturales. Eran los vehículos principales del conocimiento tecnológico en diversas ramas de la producción, como el trabajo en madera y

metales, la alfarería, los tejidos, la confección de vestidos, etcétera. Poseían amplios conocimientos de las frutas silvestres, las raíces, las hierbas, etcétera, recolectadas en bosques y campos para complemento de su dieta. Eran ellos quienes proveían la gran mayoría de carpinteros, cobreros, carreteros, tejedores, herreros y alfareros. El proletariado de la aldea producía gran número de artistas populares, escultores, pintores, decoradores, sastres, cantantes y actores, contadores de sagas y escritores.

A pesar de esta diferenciación, la cultura tradicional mostraba una tendencia hacia la uniformidad, que se expresaba en la presión social hacia un patrón común, permanente, de instituciones sociales y contenidos ideológicos dentro de clases o grupos aldeanos particulares. Los individuos que se desviaban del patrón de comportamiento comúnmente aceptado dentro de sus clases o grupos respectivos se encontraban con medidas represivas tales como el ridículo, el reproche, la censura moral, el ostracismo, o aun la aplicación de sanciones legales oficiales.

Un aspecto significativo del tipo de cultura campesina que estamos analizando es la relativa escasez de ejemplos materiales, que contrasta con el sistema muy desarrollado de patrones de conducta. Así, por una parte tenemos un número limitado de arreglos materiales tales como los tipos de casas, los planos del interior, los muebles, los vestidos, los ornamentos, etcétera. Por la otra, un gran número de situaciones sociales muy diferenciadas, cada una de las cuales exigía una forma de conducta especial, prescrita por la costumbre. Éstas se presentaban en la esfera de la vida familiar, al igual que en las relaciones con los vecinos, los asuntos de la aldea y las relaciones entre las aldeas. A estas formas reguladas del comportamiento se ligaban numerosas actitudes, evaluaciones, normas morales y legales. Sin embargo, a pesar de estas fuertes tendencias hacia la uniformidad la comunidad aldeana nunca fue una realidad social nivelada, bien ajustada. Los diferentes puntos de partida en la vida, las habilidades personales y las oportunidades desiguales, desempeñaban un papel muy importante en una comunidad aldeana. Un individuo inquisitivo llevaba a menudo a la eliminación de líneas mecánicas de pensamiento. En mis muchos años de estudios de campo encontré a varios filósofos aldeanos cuyas ideas sobre la vida eran independientes y audaces. Por ejemplo, entre diversos pensadores aldeanos encontré escépticos que dudaban de la realidad del cielo y el infierno, y aun de la existencia del alma humana.

La pobreza de perspectiva histórica

La población campesina, que en el periodo feudal se dividía en pequeñas y aisladas comunidades aldeanas y parroquiales y en secciones más grandes dentro de los llamados latifundios patrimoniales, vivían en condiciones poco propicias para el desarrollo de una perspectiva histórica más amplia.

Es claro que en una comunidad dependiente sobre todo de la tradición oral la memoria del pasado debe de haber tenido un carácter limitado, local. Aparte de los hechos topográficos (los límites de la aldea y del campo), la memoria se refería a los acontecimientos que debido a su carácter extraordinario y a sus efectos de largo alcance dejaban huellas profundas en la mente de la gente. Se recordaban sobre todo los acontecimientos asociados con aspectos vitales de la existencia humana tales como hambres, epidemias, guerras y luchas de clases con los terratenientes. Estos recuerdos forman el carácter destructivo de la historia campesina. En un periodo posterior, consistían en memorias de las condiciones de vida bajo la servidumbre, de disputas constantes y a veces airadas con los caballeros, de su opresión económica sobre los aldeanos, de sus robos de tierras para agrandar sus propios latifundios; incluían también historias de grandes ladrones de la meseta, algunos de ellos convertidos en figuras de fama legendaria. Debe subrayarse que tales tradiciones de servidumbre conservaron su vigor aun en los tiempos modernos y constituyeron uno de los factores de la movilización de las masas campesinas en su lucha por la emancipación social y política. Sin embargo, aquí nos interesan sobre todo como un factor importante para despertar el interés campesino por su pasado y para profundizar en su perspectiva histórica general.

La pobreza de perspectiva histórica era también el resultado de una corta memoria colectiva, causada simplemente por el proceso continuo de la muerte de una generación y su sustitución por una nueva. Esto puede parecer obvio, pero el hincapié en este proceso simple nos lleva al descubrimiento de otro aspecto interesante del sentido histórico del campesino, a saber: que los acontecimientos históricos no tenían una cronología clara. A menudo se mezclaban en la memoria campesina hechos remotos entre sí en una imagen sin secuencia definida, a veces aun en una visión sincrónica.

La comunidad aldeana en la cultura tradicional

Un aspecto muy importante de la cultura aldeana tradicional era el fuerte lazo de cohesión social que, a pesar de la diferenciación de clases existente, unía a la población de asentamientos individuales en agrupamientos territoriales bien definidos: las comunidades aldeanas. Los aldeanos de las montañas Beskid de esa época tenían relativamente poco contacto económico, admi-

nistrativo, religioso y educativo, con el pueblo y las otras aldeas. Esto, aunado a la ausencia casi completa de una organización campesina más amplia, se traducía en una situación en que las comunidades aldeanas de esa época vivían sus propias vidas, de modo prácticamente autosuficiente. Sólo entre las aldeas integrantes de una parroquia común existían relaciones más estrechas. El lazo de la aldea se manifestaba sobre todo en una fuerte comunidad de intereses que operaba dentro de ésta.

Aunque existía un fuerte contraste social entre la población de la aldea, dividida en varias clases de terratenientes y en diversos tipos de campesinos sin tierras,[1] había un sentido bien desarrollado de solidaridad interna.

Al exterior se manifestaba éste en un nombre común como "nosotros los porebianos", "nosotros los bukowinianos", etcétera, es decir los habitantes de Poreba, de Bukowina, etcétera. La propiedad común de los pastos, ciénagas y bosques, en que aun los más pequeños propietarios de tierra tenían una participación, proveía un lazo adicional. La institución de la ayuda mutua entre vecinos, al igual que un sistema refinado de intercambio de regalos, se practicaba en gran escala. Otra manifestación de la solidaridad era la práctica de migración común en grupos para el trabajo estacional y la formación de equipos de trabajo de acuerdo con un origen común de aldea o de parroquia. Se aplicaba el mismo principio de agrupamiento a las peregrinaciones comunes hacia los santuarios reconocidos o los lugares de adoración religiosa. Había también una tendencia hacia el asentamiento común en pueblos y lugares industriales, y hacia la búsqueda de empleo en las mismas fábricas. Este principio se mantuvo en los asentamientos de los emigrados polacos en el extranjero, como en los Estados Unidos, por ejemplo.

Una comunidad aldeana con un fuerte sentimiento de solidaridad interna tenía también un sentido bien definido de distinción frente al mundo exterior. Así, los habitantes de aldeas vecinas eran siempre tratados como extraños. Se les trataba de modo diferente, aunque con grados variables de antipatía. El pronunciamiento siguiente de uno de mis informantes ilustra mejor este relativismo ético: "No está permitido golpear a la gente de nuestra propia aldea (*swojacy*, dialecto), pero a las gentes de otras aldeas podemos (y debemos) golpearlas."

[1] Por ejemplo, entre el campesinado con tierras había propietarios de campos completos (*kmiecie*), mitades de campo (*pokmiecie*), mitades de una *rola* (otro tipo de campo) (*oorolnicy*), un cuarto de rola (*ewiererolnicy*); propietarios de campos desmontados en los bosques (*zarebnicy*), y por último, propietarios de predios muy pequeños (*zagrodnicy, hortulani*). La población sin tierra se diferenciaba en artesanos (*rzemieslnicy*), y jornaleros aldeanos (*wyronicy*), quienes tenían una casa propia, o un cuarto (*komora*) y alimentos provistos por un campesino rico para quien debían trabajar (*komornicy*).

Tal actitud conducía a menudo a conflictos con los habitantes de otras comunidades, conflictos que en ocasiones se convertían en un antagonismo prolongado y agudo. Éstos con frecuencia se traducían en batallas campales en las que participaban grupos, sobre todo de jóvenes. Había muchos lugares en que podían ocurrir tales peleas; los más comunes eran los límites de dos aldeas, la posada, o las ceremonias y las fiestas, sobre todo cuando los *niepilce* (extraños, en su dialecto) cortejaban a las muchachas locales.

Así pues, las actitudes hacia los extraños eran en general antagónicas. Encontraban expresión en apodos despectivos y a veces aun abusivos para los habitantes de otras aldeas. Sus evaluaciones, descripciones e historias acerca de los extraños aparecían de ordinario totalmente distorsionadas. Hay numerosos ejemplos registrados, pero sería difícil, si no es que imposible, reproducir en inglés la atmósfera y la expresividad del dialecto local.

Debemos añadir que una función importante del antagonismo aldeano antes mencionado consistió en proveer una barrera al acceso de extraños a la aldea. Se pensaba que tales extraños, por el matrimonio o por otros medios, se apoderarían de la tierra, siempre muy escasa en el sur de Polonia.

La dinámica de la desintegración de las culturas tradicionales

Antes de iniciar el examen del proceso de desintegración de la cultura campesina tradicional bajo el efecto del capitalismo, debemos decir unas palabras acerca de sus antecedentes históricos. Ya hemos visto que cualquier cultura tradicional, basada sólo en la trasmisión oral, podría mantener su forma pura sólo en las situaciones en que la comunidad que la poseyera no estuviera sujeta a la influencia de civilizaciones más avanzadas, alfabetas. Pero tal situación nunca existió en Europa, donde las culturas campesinas se desarrollaron desde los primeros tiempos como productos dependientes, en un estado de simbiosis con las culturas de las clases gobernantes. Éstas, desde tiempos feudales y luego a lo largo del periodo del capitalismo, siempre han aplicado la escritura y más tarde la imprenta como medio de acumulación y perfeccionamiento de las realizaciones culturales. La posición fue similar en Polonia, donde el desarrollo de una cultura campesina no fue independiente sino contenido en el marco de un sistema político y social impuesto por las clases gobernantes. En el sistema feudal había dos medios principales de trasferencia de los elementos de la cultura de la clase gobernante a la del campesinado: *a)* por una presión y coerción constantes de parte de la clase gobernante, y *b)* por una imitación de parte del campesinado.

El campesinado en el sistema feudal constituía —como es bien sabido— la clase más numerosa y al mismo tiempo la más explotada y oprimida, de cuyo trabajo dependía el bienestar de nobles, caballeros y clérigos. De ahí la tendencia de la clase gobernante a controlar la vida social y económica de los campesinos, al igual que otros aspectos de su cultura. El resultado fue que diversos elementos culturales de las clases superiores se introdujeron inevitablemente en la vida de los aldeanos. Para ilustrar este proceso, que por supuesto fue gradual y se extendió a lo largo de un periodo extenso, basta mencionar el papel de la clase gobernante en la regulación del sistema agrario y de la vivienda rural, y en numerosas reglas e instrucciones emitidas (la mayoría de ellas por escrito y algunas aun impresas) para el campesinado que regulaban diversos aspectos de su bienestar material (por ejemplo el vestido y las costumbres del campesino). O podemos mencionar el papel del clero y los productos de la cultura eclesiástica, trasmitidos durante siglos por medio de manuscritos e impresos, que abarcaban sistemas vitales para la vida y la mentalidad del campesino tales como los conceptos y las prácticas religiosos, la vida familiar, las opiniones sobre la vida y el mundo, y los motivos literarios que de los sermones pasaban a los cuentos populares. Debe añadirse que la institución de las escuelas parroquiales, que en los tiempos feudales había instruido a un número relativamente pequeño de niños, existió durante siglos y sus maestros, los rectores, eran a menudo de origen campesino.

Considerable importancia tenía el hecho de que en numerosas aldeas los verdaderos organizadores del asentamiento, los llamados "localizadores", eran a menudo hombres de los pueblos, mientras que los fundamentos legales de estos asentamientos eran códigos civiles y penales escritos importados de Europa occidental. Poco después, durante el siglo XV, un gran número de los escribanos de las aldeas eran de origen aldeano. Ese periodo presenció un impulso poderoso hacia el adelanto social entre las aldeas, que en medida creciente empezaron a enviar a sus hijos a las escuelas. Más tarde, estos escolares asumieron puestos administrativos menores en la iglesia y las municipalidades. En consecuencia, no es por accidente que ya en esa época el campo estuviese produciendo cierto número de hombres eminentes, académicos, escritores y poetas. Sin embargo, la gran mayoría de los campesinos alfabetizados ocupaba puestos menores en las aldeas como directores de las escuelas parroquiales, vicarios, organistas eclesiásticos, escribanos en las cortes aldeanas, y contadores en las grandes explotaciones. En este grupo se reclutaron los líderes de movimientos y levantamientos campesinos, al igual que los creadores de una ideología rebelde que buscaba en los evangelios una justificación de los derechos campesinos.

En este sentido, debe prestarse atención a una conexión muy real existente entre la cultura campesina y la prolongada lucha de los campesinos por la emancipación que a menudo conducía a la violencia. En efecto, en esa lucha se originaron muchas canciones campesinas con un fuerte sesgo antinobleza, que condenaban el dominio feudal y la vida en él.

Aparte de la coerción social ejercida por la clase gobernante, otro proceso operaba al mismo tiempo: el de la imitación de ciertas formas y prácticas culturales pertenecientes a las clases privilegiadas. Este proceso tenía un carácter mucho más voluntario, pero no era del todo espontáneo, pues no debe olvidarse que para el campesino exasperado diversos elementos culturales pertenecientes a las clases dominantes deben de haber parecido atractivos, ya fuese la costumbre, la etiqueta, la música o la producción literaria.

En esta forma los elementos culturales no campesinos penetraron —por imposición o por imitación— en la cultura popular. Al mismo tiempo, a menudo perecieron en la cultura de las clases gobernantes, por ejemplo en la literatura, la ciencia oficial o en otras ramas de la producción artística. Retenidos en la cultura campesina, a menudo experimentaron cambios, tanto en calidad como en cantidad, para adquirir después de algún tiempo un carácter popular. Este proceso importante, que ya había ocurrido con intensidad variable en el periodo feudal, permaneció con pocas modificaciones —en lo referente al mecanismo de desarrollo— en los siglos XIX y XX.

En general podemos decir que la culutra campesina del sur de Polonia mostró una preponderancia de los elementos tradicionales hasta la emancipación de los campesinos en 1848, y aun hasta 1870. La desintegración de la cultura campesina tradicional fue un largo proceso. La disolución de elementos tradicionales después de 1848 se debió a una perspectiva progresista fortalecida entre el campesinado. Entre los factores que anunciaron esta tendencia se encontraron: *a)* la creciente infiltración en las aldeas de productos que exigían mayor habilidad técnica y mayores conocimientos acerca de su uso, herramientas y maquinaria agrícolas mejoradas, por ejemplo; *b)* un intercambio más intenso de bienes entre el pueblo y el campo, y el rompimiento del aislamiento espacial del campo; *c)* el desarrollo de la educación rural, y *d)* una mayor conexión de las poblaciones aldeanas con los movimientos sociales, políticos y culturales a escala nacional. La marea del desplazamiento de los elementos de la cultura tradicional entre las aldeas no fue uniforme; lenta a fines de la época feudal, se aceleró a fines del siglo XIX y principios del XX, y se hizo muy rápida en la nueva Polonia.

22. LA VISIÓN CAMPESINA DE LA VIDA MALA*

F. G. Bailey

HABLARÉ aquí de la forma en que algunos campesinos pobres, que viven en las colonias y las selvas de uno de los estados menos avanzados de la Unión Hindú —Orisa—, se ven a sí mismos, a los líderes, y a los políticos y los funcionarios que los gobiernan, y de la forma en que conceptualizan el tiempo y el futuro.

He escogido este tema restringido por varias razones. Primero —y negativamente— un discurso presidencial no tiene que ser siempre un mensaje del Presidente sobre el estado de la nación. La importancia de la sociología y la dirección en que debiera desarrollarse son temas a la vez demasiado fáciles y demasiado difíciles para esta ocasión. En todo caso, en términos generales es éste un asunto para nuestras reuniones aquí en Nottingham. Por supuesto, por cuanto la sociología es un tema subdesarrollado, puede ocurrir que mi discurso no carezca totalmente de interés para quienes se ocupan de la política de las ciencias sociales en este país, ya que se refiere a mentes cerradas y actitudes inflexibles.

En segundo lugar, aunque no podemos dejar de impresionarnos con la catarata de escritos de sociólogos y politólogos sobre los problemas del desarrollo y la modernización,[1] su trabajo está muy sesgado hacia la *élite*. Hay muchas razones para ello. Suponemos que las *élites* modelan la historia. Las *élites* también se comportan en formas que el científico social ajeno puede entender: por ejemplo, muchos de ellos hablan inglés o francés y escriben libros en estos idiomas. Pero el científico social ajeno no puede entender con tanta facilidad lo que piensa la mayoría humana de los países en desarrollo —la masa, la *no élite*—, o por qué piensa así: son extraños, remotos, incómodamente variados, imprevisibles, un misterio aun para su propia *élite*, apáticos, temerosos ante los riesgos, imprevisores, localistas en sus puntos de vista, supersticiosos, y así sucesivamente en una cadena de adjetivos que van desde el paternalismo hasta el desprecio. Estas actitudes refuerzan sin duda la moral de la *élite* modernizante y la convencen de que tiene razón en luchar por el bien de los campesinos contra su ignorancia y prejuicios. Pero la convicción de nuestra clara superioridad no es un sustituto adecuado del conocimiento, de la inteligencia, en el sentido militar de este término.

* F. G. Bailey, "The peasant view of the bad life", *Advancement of Science*, diciembre de 1966, pp. 399-409. Discurso presidencial ante la Sección N (Sociología), pronunciado el 2 de septiembre de 1966 en la reunión de Nottingham de la Asociación Británica para el Avance de la Ciencia.

1 La "modernización" puede definirse en muchas formas; mi adiestramiento me inclina hacia una definición basada en el patrón de papeles —papeles difusos frente a papeles específicos— y más adelante empleo una definición así. Pero no considero necesario discutir largamente aquí esta cuestión, porque mi argumentación se aplica a cualquier clase de innovación introducida en el mundo campesino, independientemente de que deseemos clasificarla o no como moderna.

Hay, en efecto, una relación inversa entre la fuerza que debe emplear un modernizador en su guerra contra los valores y el comportamiento tradicionales, y el conocimiento que debe tener de las inclinaciones del enemigo. Si tiene una fuerza aplastante —y no ocurre así en ninguno de los países en desarrollo—, podrá borrar el pizarrón y escribir allí, en el curso de una generación, un conjunto nuevo de papeles y valores modernos. Pero fuera de este extremo hipotético, el modernizador no puede imponer sino que debe persuadir; para ello debe saber cuáles son los valores de la gente; cómo ve el mundo y la sociedad que la rodea; en suma, debe conocer sus mapas cognoscitivos.[2] En esta situación el conocimiento es un sustituto del poder, podríamos decir una clase de poder; con un mapa adecuado —un conocimiento adecuado de la forma de vida tradicional—, el modernizador puede distribuir sus limitados recursos en forma más económica y eficaz.

Me referiré aquí a los campesinos de la India que conozco, y a ciertos conceptos que sostienen y que un modernizador debiera tomar en cuenta. También delinearé una estrategia general para quienes deseen promover el desarrollo económico, social y político. Espero hacer en otra ocasión análisis similares de los mapas cognoscitivos de las *élites* mismas: políticos, administradores, comerciantes, empresarios, estudiantes y (podríamos añadir) muchedumbres urbanas.

Por varias razones resulta difícil la elaboración del mapa cognoscitivo de una cultura que no sea la propia. En años recientes los antropólogos lingüistas han desarrollado una técnica que puede proveer de la exactitud científica ausente aún; pero hasta ahora estas herramientas se han usado para conocer las categorías mediante las cuales la gente percibe a sus semejantes, o los tipos

2 Hay muchos términos que son casi sinónimos del "mapa cognoscitivo", algunos más amplios y otros menos: etos, visión del mundo, representaciones colectivas, creencias y valores, ideología, y —el más amplio— cultura. La metáfora de un mapa es adecuada porque sugiere una guía para la acción. Los mapas cognoscitivos consisten en un conjunto de orientaciones de valores y de proposiciones existenciales que combinadas ayudan a guiar la interacción social.

de alimentos que consumen, o la forma en que piensan acerca del consumo de alcohol, o de la enfermedad, o de la tierra en que cultivan sus alimentos. Las categorías morales más generales que ahora me ocupan —lo bueno y lo malo, el éxito y el fracaso, y la difícil idea de la comunidad moral— quedan fuera del alcance de estas técnicas. En consecuencia, mi descripción será impresionista y difícil de verificar.[3]

Los antropólogos empiezan por seleccionar conceptos nativos y explorar sus significados. Una traducción de una sola palabra es siempre inadecuada. A menudo se presentan los conceptos en el idioma nativo: maná, tabú, tótem, son ejemplos bien conocidos, y sólo pueden describirse especificando los contextos en que pueden emplearse correctamente. A veces la gente misma no tiene un término general. Por ejemplo, el concepto de "forastero" es mi resumen de un conjunto de términos empleados por los campesinos para forasteros particulares: *Sircar* (gobierno); *Marwari* (un comerciante); *Gujerati* (otra clase de comerciante); *Kataki* (un hombre de la costa), y así sucesivamente. En suma, hay problemas de traducción muy considerables.

Tercero, no es fácil decidir a qué nivel de generalidad hacer la traducción. Las percepciones del mundo varían de acuerdo con el sexo, la edad, la posición de la casta, etcétera. En el contexto de la modernización en la India campesina conviene de ordinario examinar los mapas cognoscitivos de los varones adultos, pero esto no soluciona las variaciones étnicas y de castas. Me referiré a los campesinos montañeses de Orisa que, en el área donde yo viví, son *oriyas* o *kondas*.[4] Los mapas cognoscitivos de estos pueblos contienen el mismo elemento de xenofobia, pero difieren radicalmente en sus percepciones de la desigualdad humana. No tiene sentido promediar estas percepciones; no hay más remedio que elaborar dos mapas cognoscitivos, porque las ideas del rango son claramente importantes en el proceso de modernización. En lo que sigue hablaré sobre todo de los oriyas que, por ser una sociedad de castas, ven el mundo social en categorías de rango. Los otros temas que discutiré se encuentran en mayor o menor grado en muchas sociedades campesinas; pero no puedo afirmar que sean universales.

Toda sociedad discriminada entre categorías diferentes de personas otorga a la categoría más alta la condición plena como miembro de la comunidad, capaz de asumir responsabilidades sociales y dotada de los derechos sociales correspondientes; relega a la categoría más baja a un nivel escasamente humano.

[3] No tengo capacidad para discutir las técnicas psicológicas para la determinación de las actitudes campesinas.

[4] Véase en Bailey (1960, pp. 121-193) una descripción detallada de los kondas y los oriyas.

Quienes son tan marginales que pueden considerarse forasteros pueden usarse como si fuesen objetos o instrumentos, siempre que el usuario tenga el poder para hacerlo: esto no se considera una relación moral, sino una de explotación. Los niveles de honestidad, respeto y consideración, en la medida en que son imperativos morales, disminuyen a medida que la posición de la persona en el otro extremo de la relación se hace más marginal. Además, se espera que el otro revista reciprocidad. Justificamos el engaño a las oficinas gubernamentales afirmando que los funcionarios en cuestión nos engañan. Esta percepción es a menudo tan firme que aun el comportamiento evidentemente no explotador, sino benevolente, se interpreta como máscara hipócrita para ocultar algún interés no descubierto aún: por definición todos los caballos son troyanos.

Los peldaños en que se dividen las categorías de gente marginal no están espaciados de modo uniforme. Para los aldeanos que conocí la comunidad moral[5] comprende su propia familia, los miembros de su propia casta en la misma aldea, sus compañeros aldeanos (marcadamente graduados de acuerdo con su distancia del ego en el sistema de castas), sus parientes que viven en otras aldeas y sus compañeros de casta de otras aldeas, y ya cerca del límite, los miembros de otras castas en las mismas aldeas. Luego, después de una brecha viene la gente que también es aldeana, con el mismo estilo de vida y el mismo dialecto, pero con quien no se puede trazar aún ninguna relación: si desean ser admitidos en la comunidad moral los aldeanos emplean técnicas complicadas y rigurosas para probar sus merecimientos culturales.

Más allá de esta categoría se encuentran las personas cuya cultura —su forma de hablar, de vestir, de comportarse; las cosas que consideran valiosas e importantes— las coloca claramente fuera de la comunidad moral del campesino: inspectores fiscales, policías, extensionistas, inspectores sanitarios, oficiales, veterinarios, etcétera; hombres con camisas deportivas y panta-

[5] El concepto de una comunidad moral es complejo y difícil. En el lenguaje ordinario es la distinción entre "nosotros" (la comunidad moral) y "ellos" (los forasteros). Para quienes siguen a Durkheim, el adjetivo "moral" es tal vez redundante, porque la sociedad (o comunidad) es coextensa con la acción moral. Sin embargo, conservo el adjetivo para subrayar el juicio continuo de debido e indebido que caracteriza las inetracciones dentro de la comunidad. Fuera de la comunidad no se aplican tales juicios: engañar a un forastero no es bueno ni malo; sólo es conveniente o inconveniente.

También resulta difícil trazar una línea divisoria alrededor de una comunidad moral particular, porque cada una de ellas varía de acuerdo con el ego que se escoja como punto de referencia. Los bramanes y los barredores no tienen la misma comunidad moral ni siquiera dentro de la misma aldea. Sin embargo, para ambos grupos hay algunas discontinuidades comunes y grandes, de modo que frente a los forasteros en un momento dado se pueden considerar bramanes y barredores como miembros de una comunidad moral.

loncillos, hombres arrogantes y distantes o que exhiben una camaradería que se retira de inmediato si el aldeano muestra reciprocidad; hombres que viajan en bicicletas y en yips, pero nunca a pie. Éstas son las personas cuya astucia debe superarse: éstas son las personas cuyos regalos aparentes son por definición el cebo de alguna trampa oculta.

La importancia de esto para la modernización política y el desarrollo es obvia. Las sugerencias o las órdenes para que se asuman papeles modernos, políticos o económicos, provienen de la comunidad moral exterior: en consecuencia, automáticamente se definen como peligrosas y pecaminosas, y los aldeanos que adopten los nuevos papeles corren el riesgo de ser marcados como descarnados y castigados. De igual modo, si cualquier innovación resulta en efecto perjudicial (por ejemplo, la semilla mejorada que falla), el aldeano no se siente obligado a buscar lo que consideraría una causa científica racional; encuentra una explicación perfectamente satisfactoria en el hecho de que provino del exterior, y encuentra también una confirmación de su percepción de que las cosas externas son malas y peligrosas (véase Bailey, 1959, pp. 252-254).

En consecuencia, a veces resulta paradójico que un campesino trate de explotar a un político o un funcionario, o de evitar que lo exploten a él, trasformando la relación moderna especializada que tiene con ese nombre en una relación múltiple, un tipo característico de su propio mundo campesino. El campesino que trate con un empleado encuentra un intermediario que le ayude a establecer una relación personal que suavice el riguroso desagrado de la relación oficial. El político que busca votos o el extensionista que busca la cooperación campesina los llamará "hermanos y hermanas". Cuando los campesinos desean algo del funcionario se dirigirán a él como si fuese un rey y en consecuencia tuviera la obligación de ser generoso, o quizá con ese inicio de muchas peticiones indias: "Tú eres mi madre y mi padre..." En todos estos casos, se implica que no basta la relación oficial, de un solo interés y especializada; que debe reforzarse con otras relaciones.

Las relaciones dentro de una comunidad campesina o tribal son en su mayor parte múltiples; es decir, no se especializan para ocuparse de una sola actividad. Por supuesto, hay alguna división del trabajo, como ocurre, por ejemplo, entre los terratenientes y quienes carecen de tierras: pero aun entonces esta relación, que he descrito por su aspecto económico, tendrá aspectos políticos y rituales, y posiblemente familiares. En efecto, éste es el patrón característico del sistema de castas tal como funciona dentro de una aldea india.

Debe advertirse que independientemente de que la iniciativa provenga del funcionario y político o del campesino, es el suplicante quien trata de hacer difusa la relación, de convertirla en una relación moral. El socio dominante se hará de ordinario el remolón; si el funcionario o político es el dominante, tratará de conservar el carácter transaccional de la relación y de evitar que el filo agudo de la negociación se embote por consideraciones morales; si el campesino es el dominante, tratará de rechazar la relación manifiesta, porque proviene de un forastero, o de aceptarla simplemente como una transacción y obtener de ella todo lo que pueda. Tengo pruebas abundantes de que ésta fue aplastantemente la actitud de los aldeanos hacia los políticos de la India en campaña.

Cuando, como suplicante, el campesino trata de cohechar a un empleado, o de establecer una relación dependiente con un funcionario en el idioma de la relación familiar o de un cortesano en el palacio del rey, está en efecto tratando de coercer al empleado o al funcionario incluyéndolo dentro de su propia comunidad moral. Está tratando de trasformar la transacción, que sabe es de explotación, en una relación moral, *porque le conviene hacerlo*. En la misma forma, cuando el político en campaña se dirige a él como "hermano", el campesino ve en esto un acto de hipocresía y busca detrás de la fachada de amistad simbólica el interés oculto.

La línea divisoria entre la sociedad tradicional y la moderna es exactamente esta distinción entre las relaciones de interés singulares y las múltiples. La característica distintiva de una sociedad moderna es el papel especializado, y todo el aparato de su prosperidad productiva descansa en la división del trabajo entre papeles especializados. Por supuesto, tenemos instituciones difusas como la familia, pero el funcionario público que encuentra empleos para sus parientes, o el hecho de que una gran parte de los gabinetes de Macmillan pueda mostrarse en una gráfica de parentesco y afinidad, es algo que nuestra cultura moderna condena; o por lo menos nos sentimos incómodos al respecto.

Este sentimiento de intranquilidad ética puede ser la razón de que los planeadores de la India cierren resueltamente los ojos ante el hecho de que la sociedad que están tratando de modernizar se funda en relaciones múltiples. Sin duda hay cohecho y nepotismo; pero se condenan abiertamente. Aun en situaciones que pudieran afrontarse sin perturbar la conciencia modernista, la mirada oficial se hace resueltamente a un lado; por ejemplo, cuando se abolieron las posesiones de los zemindari en Orisa, el lugar del zemindar fue ocupado por un funcionario especializado en la recaudación de impuestos; pero no se establecieron sistemáticamente las otras funciones del zemindar: préstamos de dinero, arreglo de disputas, etcétera.

Me parece que la actitud del campesino hacia las relaciones

de interés singular no está marcada por el disgusto ético. Tales relaciones, que se establecen con los forasteros, no son tanto *in*morales como *a*morales: cuando se trata de un instrumento no se aplican las normas de lo justo y lo injusto, sólo se desea usar el instrumento con la mayor eficacia.

Un segundo tema importante en el mapa cognoscitivo de los campesinos es lo que llamaríamos liderazgo. Los aldeanos reconocen dos clases de grandes hombres: un líder secular al que llamaremos "jefe", y un hombre de eminencia religiosa a quien los aldeanos llaman un *yogi* o un *guru* (maestro), pero a quien nosotros llamaremos un "santo". Sostendré que la idea del servicio desinteresado a la comunidad es sólo un elemento secundario en una de estas categorías y está totalmente ausente en la otra.

Un jefe es un hombre capaz de defender su honor (*mohoto*) y que considera el honor como el valor supremo en la vida social. El honor implica la noción de competencia y conflicto, porque un hombre obtiene honores demostrando, en diversas formas estilizadas, que sus rivales tienen menor honor, es decir, avergonzándolos. Las cabezas de familia, sobre todo los hombres ricos de casta elevada, son todos jefes, y se tratan unos a otros, cuando no están en combate, con una formalidad y un respeto dignificados.

Por cuanto un hombre es un jefe, se espera de él que proteja los intereses *no* de la comunidad en conjunto, sino los de sus propios seguidores contra los jefes rivales y sus seguidores. Además, aun en esta relación entre jefe y seguidor la noción del servicio desinteresado se desarrolla débilmente: la lealtad, excepto para el círculo más íntimo de seguidores, se compra por la protección que el jefe otorga y por la generosidad con que trata a sus propios seguidores. Si el jefe no puede proveer estas cosas, no se espera que el seguidor sufra una agonía de conciencia sino que use su cabeza y encuentre un jefe más fuerte y más rico. Hay aquí un elemento de la amoralidad que caracteriza la relación con el "forastero". Adviértase también que si bien se espera que el jefe provea un servicio para otros, la noción de este servicio es la antítesis misma de lo que nosotros entendemos por "servicio *público*": como diría su equivalente en nuestra civilización, "los jefes no andan en el negocio sólo por razones de salud". Adviértase también que la idea de servicio por una postura de humildad está enteramente ausente.

Algunos de estos jefes cuando envejecen se convierten en "filantropoides". Construyen templos, o casas de descanso para peregrinos, o plantan árboles de sombra, o excavan piscinas donde el devoto pueda tomar baños purificadores. Desde luego los campesinos aprueban los pozos y los baños y los árboles de

sombra; pero el acto de dar se considera cínicamente como una especie de descargo de la conciencia. Un hombre de una aldea vecina a otra en que yo viví había alcanzado gran relevancia mediante engaños y atropellos, pero en edad avanzada todavía no había tenido un hijo. Entonces invirtió en varias obras públicas espectaculares y en una nueva esposa joven; a su debido tiempo, ella le dio un hijo. Este hijo vivió hasta la madurez pero, como advertía con satisfacción quien me contó la historia, el anciano vivió más que el hijo y no hubo nietos.

Los aldeanos ven con más simpatía a un hombre de eminencia religiosa que a un jefe. Pero, al igual que el jefe, el santo también se preocupa por sí mismo y por su alma; como diríamos nosotros: su vida no se gasta al servicio de otros. Aun si es un *guru* (maestro), es un consejero que ayuda a individuos con dificultades particulares más bien que un hombre activo en el servicio público. El santo es respetado —aun amado en un sentido especialmente inspirado del término—, no por lo que haga por la comunidad, sino simplemente por lo que es: un hombre santo.

Algunas ideas tradicionales acerca de los líderes seculares son importantes para la modernización política y el desarrollo económico. Adviértase que la relación apropiada entre un líder y un seguidor no es incompatible con la actitud que se tenga hacia un forastero. Las relaciones líder-seguidor dentro de una comunidad moral tienen cierto grado de dureza y de cálculo del interés propio: cuando la relación cruza el límite de la comunidad moral, la cautela se convierte en suspicacia y doblez. Dentro de la comunidad moral el campesino entiende el campo de acciones posibles; dentro de ciertos límites sabe lo que hará su oponente porque comparte con éste (ya sea líder o seguidor) ciertos valores básicos; además, la relación se sabe regulada por consejos o *panchayats*, o líderes superiores. Pero fuera de la comunidad moral no se aplica ninguno de estos controles: la acción oficial es imprevisible; no se comparten los valores, y las instituciones adjudicadoras, como los tribunales, no forman parte de la comunidad moral campesina sino que se consideran como instrumentos o armas para usarlos en la contienda. Dentro de la comunidad moral se vigila con cuidado que el líder cumpla su parte del trato; fuera de la comunidad moral, se sabe que el trato no se cumplirá, y en consecuencia uno debe asegurarse engañando por adelantado.

En segundo lugar, el lenguaje de la cooperación está casi completamente ausente de la relación tradicional líder-seguidor. Por supuesto, tal lenguaje se encuentra en la aldea, pero es un lenguaje empleado entre iguales y dentro de la comunidad moral. Se encuentra en la igualdad formalizada que se simboliza en los procedimientos del consejo aldeano o en la reunión ceremonial del pariente principal de un novio y una novia; se encuentra

también, con menor formalidad, en las reuniones de trabajo cooperativo o de caza, cuando los hombres, tras un descanso, se instan recíprocamente a continuar la cacería con esos extraños gritos agudos de estímulo mutuo que escuchamos entre los jugadores de futbol. Todos dan órdenes a nadie en particular. Pero los líderes no piden a sus seguidores que estiren juntos como una obligación moral: más bien les ofrecen estímulos (recompensas o castigos) para que lo hagan.

Los líderes tradicionales no piden cooperación. Los forasteros *no pueden* pedir efectivamente la cooperación de los campesinos. Pero lo hacen de continuo, y a los aldeanos esto les parece o bien una broma o bien un peligro, como le ocurriría a un jugador de futbol si, por ejemplo, el capitán del equipo contrario lo instara a cooperar.

El campesino ve a los forasteros (incluidos los funcionarios) como sus enemigos. Pero en este mundo conceptual también hay varias personas a quienes nosotros podríamos ver como pacificadores o mediadores. ¿Cómo ve el campesino a estas personas? Los hombres podrían ser traidores; podrían ser agentes del enemigo; o podrían ser aceptados con la posición moral de verdaderos mediadores, para ampliar así los límites de la comunidad moral campesina.

A primera vista, algunos papeles principales —en la India los rajás o los zemindares no absentistas— podrían salvar la brecha entre los funcionarios y el mundo campesino. Estas posiciones combinan en una sola persona al administrador general, el recaudador de impuestos, el juez de paz, el funcionario de beneficencia y el prestamista, el custodio de los símbolos sagrados y el organizador de rituales colectivos en la época de la cosecha o de la siembra, o en otras ocasiones religiosas.[6] Todas estas personas han sido ahora destituidas legalmente —pero no siempre de hecho— en la India. Hasta cierto punto forman parte de la comunidad moral de sus campesinos. Los antropólogos hemos dado gran importancia a una relación de esta clase, haciendo hincapié en que el rey, como custodio de los objetos sagrados y ejecutor de los rituales sagrados, simbolizaba la unidad de su pueblo y sus valores. Estoy seguro de que teníamos razón y en la modernización forzada surgen no pocas dificultades del olvido de los componentes no políticos de los papeles tradicionales de

[6] B. D. Graham me ha sugerido que los "jefes" políticos de los partidos de congresos estatales y sus subordinados triunfaron en parte porque desempeñan la misma clase de papel múltiple que los terratenientes y rajás en el pasado. En Orisa los políticos del partido solían quejarse de la diversidad de las demandas formuladas por sus propios votantes ("Quería que le encontrara una esposa a su hijo"), y se burlaban de sus rivales afirmando que tenían *durbares* por votantes. A los campesinos les resulta difícil aceptar la idea de una especialización funcional en los papeles de autoridad.

los líderes y del hecho de no considerar estos componentes en las instituciones modernas.

Sin embargo, por varias razones resulta difícil ver a los rajás o los terratenientes como mediadores en una situación que se moderniza. Primero, no se les permitía hacerlo porque el mapa cognoscitivo de la *élite* modernizadora los marcaba como enemigos al identificarlos correctamente como una parte importante del sistema político creado por la administración autoritaria de los británicos. Segundo, dado que constituyen la cúspide del papel de jefe, su posición como miembros de la comunidad moral campesina era algo precaria. Un ex rajá de Orisa que había sido elegido —casi por unanimidad— para la Asamblea Legislativa, me dijo que no se molestaba en hacer campaña y que si se le hubiera ocurrido nominar a su elefante su pueblo lo habría elegido para la Asamblea. Pero en la siguiente elección fue derrotado. Su estado había sido abolido por diez años y los papeles principales que había reunido en su persona no se desempeñaban o estaban en manos de un grupo diverso de administradores. Me parece que subestimó el carácter transaccional de su nexo con sus antiguos súbditos. El amor de que presumía resultó ser un amor de almario (definido en términos culturales el contenido del almario, por supuesto). Tercero —como ilustrará también el destino del rajá—, en cuanto tales hombres empiezan a comportarse como forasteros inevitablemente asumen el papel de forasteros y pierden su lugar en la comunidad moral de los campesinos. Algunos hombres excepcionales —hubo dos ejemplos notables en Orisa— forjaron un grupo de partidarios transaccionales en el papel moderno del político; sin duda los ayudó su posición real como punto de partida, pero por sí sola esta posición no los habría llevado muy lejos. De paso, la *élite* modernizadora se resistía mucho a admitir que estos dos hombres están desempeñando en efecto papeles modernos.

El segundo tipo de mediador potencial es el hombre que recientemente ha pasado a la *élite* y todavía tiene parientes cercanos entre los campesinos. En la mayor parte de África tropical, la *élite* autóctona está integrada por miembros nuevos; también en la India hay muchos políticos a nivel estatal y aun a nivel nacional, pero esto es menos cierto en el caso de los servicios civiles. Esto ocurre porque los hijos de la *élite* adquieren educación y los hijos de los pobres no lo hacen. Este ha sido el caso durante muchas generaciones en la India. Supongo que también ocurrirá en África, y ya se han recibido informes en el sentido de que la *élite* de África occidental se está consolidando en una clase (véase a Lloyd, 1966, introducción).

¿Cómo ven los campesinos a un pariente que ha pasado a formar parte de la *élite*? Todavía es parte de su comunidad moral y se espera que asuma las responsabilidades y obligaciones de

un pariente. No se reconoce que estas obligaciones puedan entrar en conflicto con sus papeles modernos. Ese hombre debe cuidarse de los signos del papel que ostenta: cuando sale, sustituye la camisa y los pantalones por una *dhoti* antes de entrar a su aldea. En verdad, las mismas acciones que el mundo moderno esquematiza como nepotismo y corrupción son a menudo el cumplimiento de las obligaciones de un hombre en el mundo tradicional. La conclusión debe ser —y es algo paradójico— que el nuevo miembro de la *élite* no puede actuar como mediador entre los dos mundos ni como agente modernizador entre su propio pueblo; en efecto, sólo puede mantener el lazo con su propio pueblo mientras actúe de acuerdo con sus valores.

La tercer categoría de intermediarios son aquellos que utilizan símbolos religiosos apreciados por los campesinos para buscar su admisión en la comunidad moral campesina, o bien (lo que quizá describa mejor las motivaciones de los más famosos de tales intermediarios) para demostrar que no pertenecen a la *élite* modernizadora. ¿Cómo ven los aldeanos a tales hombres y mujeres?

La figura santa es parte de su mundo conocido. Representa algo apreciado por los campesinos por vago que sea; podríamos llamarlo la salvación personal. Los campesinos no negocian con un santo ni tratan de explotarlo. Para la mayoría de la gente la relación es distante e impersonal de respeto y reverencia, simbolizada por la entrega de limosnas y la recepción de lo que nosotros llamamos bendiciones. Quienes establecen una relación más estrecha como alumnos o discípulos lo hacen por razones ideológicas o morales: el santo no forma un grupo de partidarios como lo hace un jefe.

Pero el político que se presenta en el estilo del santo, vestido con *dhoti* y sandalias, y que llega caminando, no se comporta siempre en la forma que los aldeanos asocian con su apariencia. El visitante no se sienta silenciosamente bajo el árbol o da sus consejos sólo a quienes lo solicitan, sino que pronuncia discursos. Además, lo que defiende debe parecer muy extraño a los aldeanos, como música sagrada tocada a ritmo de *rock*. Habla de higiene, o de educación básica, o de por qué debe darse tierra a los pobres, tópicos todos éstos que sugieren a los aldeanos el *sircar*, el gobierno. Los hombres de Vinoba Bhave llegaron a la aldea en que yo vivía y fueron rechazados tan completamente como si hubiesen sido agentes del gobierno; en realidad fueron rechazados con mayor vigor, pues se supo que no tenían fuerza para apoyar sus peticiones. Hablamos con facilidad de los líderes carismáticos desde que Weber nos dio la palabra, pero me parece que a menudo nos dejamos llevar por la propaganda de quienes tienen ambiciones de convertirse en líderes carismáticos.

Es probable que el último papel de mediación haya sido el más eficaz para salvar la brecha entre los campesinos y la *élite*. Es el intermediario aldeano, el hombre que convierte en una profesión la ayuda a funcionarios o políticos y campesinos para que se comuniquen entre sí, y recibe por ello una compensación directa o indirecta. Sabe cómo obtener licencias y exenciones de impuestos, dónde ofrecer sobornos, cómo obtener medicinas en el dispensario del hospital; para la otra parte recluta votantes o agentes o gente que hagan bulto cuando aparece algún visitante importante; puede realizar en forma privada y discreta todas las tareas prohibidas por los dirigentes de las instituciones modernas, pero que deben hacerse, según advierten las personas modernas (véase Bailey, 1963, pp. 55-67).

Aunque comercia con los favores hechos a la gente, este hombre no recibe honores o siquiera la confianza de los aldeanos. Es un renegado, un medio-forastero, aunque necesario para mitigar los fríos vientos de la burocracia. Pero ningún hombre así podría alcanzar una posición moral como mediador entre tradicionalistas y modernizadores. Ambas partes lo colocan en la categoría de forastero. En realidad hace un mal, porque sus actividades convenencieras perpetúan la brecha de comunicación entre los campesinos y la *élite*.

Desde el punto de vista de quienes desean modernizarse, no es alentador el cuadro que estoy pintando. Hay pocas personas excepcionales que puedan convertirse, por decirlo así, en miembros honorarios de la comunidad moral de los campesinos y sin embargo instarlos a asumir papeles nuevos y modernos. Pero sólo pueden hacerlo en medida limitada, porque los campesinos tienen un margen de tolerancia muy estrecho para aquellos de sus propios miembros que se conectan demasiado con el mundo exterior.

El meollo de mi argumento es que la construcción de una sociedad moderna no es un proceso rutinario en que todos los pasos se conocen y todas las contingencias se prevén. Por el contrario, es un mundo de errores, frustraciones, desencantos, ansiedad y conflicto. En las ocasiones muy raras en que los campesinos penetran voluntariamente a este mundo, lo hacen porque creen que van a obtener algo a cambio: salen a explotar. Si sus esperanzas se frustran ellos se retiran, como retirarían su fidelidad a un líder que fracasa. Sólo quienes tengan un compromiso moral con una sociedad moderna persistirán frente al desencanto y el fracaso. He estado examinando varios papeles que a primera vista parecerían proveer este compromiso moral al contar con la confianza de los campesinos. Pero virtualmente en todos los casos se retira esta confianza si se ve en el intermediario un misionero de la modernización.[7]

[7] Hay una literatura abundante sobre los "hombres goznes", los que

He hablado de las categorías campesinas de forasteros, líderes e intermediarios, es decir, de personas. Ahora, a un nivel más abstracto, me preguntaré qué piensan los campesinos, no acerca de los políticos sino de las políticas. Se ha escrito mucho acerca de lo que piensan campesinos o tribeños particulares acerca de políticas particulares, pero no tanto acerca de la idea de la elaboración de políticas.

Hay dos componentes principales en esta idea, ninguno de los cuales forma parte de la culutra campesina. El primero es que el hombre tiene una buena probabilidad de controlar su propio destino y su ambiente: nadie seguiría formulando políticas si pensara que nunca podría ejecutarlas. En efecto, la esencia de la elaboración de políticas es que se trata de planes para manipular variables que sabemos bajo nuestro control, a fin de adaptarnos a las variables que sabemos fuera de nuestro control, y así, en una forma paradójica, lograr cierto tipo de control de lo incontrolable.

Uno de los componentes de nuestra visión romántica de la vida rural es su certeza y su confiabilidad. Las cuatro estaciones se siguen unas a otras: año tras año, la vida se renueva a sí misma en la misma forma. Este ciclo de eternidad, registrado y editado y abreviado para nosotros en la poesía o el cine, nos da una sensación de seguridad. No dudamos, cuando nos vamos a dormir, de que el mismo mundo estará allí cuando despertemos por la mañana.

No sé si los campesinos con quienes viví tenían este sentido místico de la continuidad de la vida; lo dudo, porque al revés de nosotros ellos sí conocen la vida rural cruda, sin retoques, sin abreviaturas y sin adornos, en todo su dramatismo. Desde luego, cualquiera que sea la estabilidad del gran diseño de la naturaleza, ellos ven escasa seguridad en su propia vida. Nadie puede estar seguro de que la cosecha será buena o mala; nadie puede estar seguro de quién estará vivo en esta época el año siguiente, o aun la siguiente semana. En dos o tres años un hombre rico puede volverse pobre o un hombre pobre puede volverse rico. Las mujeres mueren durante el alumbramiento; había en Bisipara (una aldea donde viví) mujeres que habían tenido cinco, u ocho, y en un caso hasta diez hijos, sin criar a ninguno más

median entre culturas diferentes o entre niveles diferentes en la misma cultura. Se encuentra un buen ejemplo en Wolf (1956). El alcance de tales papeles va desde las transacciones simples (por ejemplo, quien redacta peticiones en una oficina administrativa de la India) hasta patrones muy desarrollados que casi alcanzan una posición moral; véase a Boissevain (1961). Los papeles considerados en este ensayo no son los de los "intermediarios *culturales*", en el sentido de que provean una comunicación de ideas y un encuentro de las mentes; por el contrario, el intermediario aldeano por lo menos es un instrumento que permite a los campesinos y a la *élite* evitar un encuentro de las mentes. Al proveer contratos pragmáticos hacen innecesaria la comunión normativa.

allá de su segundo año de vida. En estas circunstancias nadie puede sentir que el hombre es el amo de su ambiente: la naturaleza puede tener un gran designio continuo, pero la vida de un hombre está llena de discontinuidades. Ningún campesino piensa en términos de planes quinquenales, y yo sostendría que la idea de la planeación sólo puede existir en los mapas cognoscitivos que incluyan la idea del hombre en control de las fuerzas *impersonales* previsibles y controlables.

Aun en nuestros mapas cognoscitivos las personas parecen menos previsibles y controlables que las cosas. A veces atribuimos nuestros fracasos a las acciones malevolentes de otras personas; lo hacemos sobre todo cuando la empresa es difícil y aleatoria: si el plan quinquenal fracasa, ello se debe a la malvada opción interna, a los campesinos estúpidos y a las intrigas de los neocolonialistas; la cacería de brujas se encuentra en todas las culturas. Pero también subrayamos y empleamos ampliamente la idea de que los fracasos pueden derivar de nuestro cálculo erróneo de variables que son puramente impersonales, que no tienen voluntad propia, y que no pueden considerarse moralmente responsables. En tales casos la idea del castigo o la venganza o la disuasión carece de sentido: es el error lo que debe corregirse, no la persona. En la medida en que un mapa cognoscitivo no incluya la idea de fuerzas impersonales no morales, tampoco podrá incluir la idea de la planeación. En medida mucho mayor que nosotros los campesinos imputan el fracaso a la malevolencia de agentes humanos.[8] Es cierto que en la India y en algunas otras culturas se emplea el destino como una explicación; pero el destino, si bien previsible, no puede ser controlado. También el éxito —el éxito espectacular— se atribuye a la maldad humana. El hombre que, como decimos nosotros, "le pega al gordo", no está obteniendo las recompensas del trabajo arduo y el cálculo correcto, sino triunfando por encantamientos o magias, o por lo menos en alguna forma perjudicial para sus compañeros. A juzgar por las historias que escuché sobre la forma en que los hombres de Bisipara se hicieron ricos la mitología campesina no contiene la categoría de la riqueza honesta. Adviértase la importancia de esto para la innovación y la modernización: todo campesino que adopte formas nuevas y se vuelva rico debe de haber engañado, debe de haber explotado a sus compañeros, y por lo tanto debe ser castigado o expulsado de la comunidad moral.

En suma, tanto la incertidumbre de la vida campesina como el hecho de que los campesinos explican el fracaso culpando a la gente más bien que a los errores de cálculo o a fuerzas impersonales significan que la elaboración de políticas y la planea-

[8] La exposición mejor conocida de esta perspectiva vital se encuentra en Evans-Pritchard (1937).

ción no forman parte de su mapa cognoscitivo del mundo y la sociedad humana. No rechazan la idea de la planeación como algo malvado; simplemente no tienen esa categoría.

A primera vista parece errónea la afirmación anterior, porque ningún campesino podría sobrevivir si no planease el uso de sus recursos. Los campesinos crían animales, ahorran para las bodas, ahora hacen testamentos, planean con sutileza maquiavélica procedimientos para hacerse daño unos a otros y, para mencionar el acto más sencillo y fundamental de planeación, conservan semillas para la siembra del año siguiente. Sin embargo, yo diría que tales actividades no deben considerarse de planeación en el sentido en que se emplea esta palabra en la frase "plan quinquenal", por ejemplo. Esto me trae al segundo componente de la idea de formulación de políticas.

El segundo componente de la elaboración de políticas es la innovación. El forjador de políticas ve un futuro diferente del presente no sólo porque está separado de éste una semana o un año, sino porque la vida será entonces diferente de lo que ahora es. Separemos estas dos clases de pensamientos acerca del futuro llamando a la primera "la rueda del tiempo" y a la segunda "la flecha del tiempo" (Bordieu, 1963).

El campesino planea para la rueda del tiempo. Asigna recursos como si supusiera que con variaciones secundarias y descartando accidentes el año próximo será la repetición de este año. Cada recurso se ve en una rueda del tiempo: tantos años faltan para remplazar al buey; tantos años para que el hijo remplace al padre; hay que techar cada dos o tres años. También en este mundo la gente no se inclina tanto a buscar una bruja detrás de cada fracaso. Un hombre cuya cosecha es mala cuando todos sus vecinos tienen buenas cosechas no puede culpar a las brujas si se sabe que es un cultivador descuidado: se reconoce que con suerte (es decir, ausencia de malevolencia humana y de destino adverso) las cosechas buenas resultan del trabajo arduo y el cultivo hábil. Sin embargo, como quizá ocurre también en nuestra sociedad, pocos piensan que el trabajo arduo y la habilidad son un medio para cambiar a un hombre pobre en un hombre rico en el trascurso de veinte años: si ocurren cambios como ése llegan de la noche a la mañana por medios místicos, por magia, destino o suerte; porque se encuentra una mina de oro; en nuestra cultura por negocios sucios y contrarios a la propiedad social, o por ganar en la lotería deportiva.

Quienes elaboran planes quinquenales están pensando en el tiempo como en una flecha. El trabajo tiene un principio y un final: hay una meta por alcanzar. El final es un estado de cosas muy distinto del principio, y en sí mismo es un punto de partida para nuevas aventuras. No tenemos nosotros dificultades con esta noción. Nos parece enteramente racional la planeación de

un futuro estado de cosas radicalmente diferente del presente. Pero quienes piensan en términos de la rueda del tiempo ven tales cambios como provenientes de fuerzas místicas como el destino, la suerte, la brujería a los actos de Dios, y es una tontería planear tales hechos. El político que promete una vida buena para todos si le ayudan a ejecutar el plan es escuchado por los campesinos como nosotros escucharíamos a un hombre prometer a todos el premio mayor en la lotería deportiva cada semana.[9]

Estas son categorías culturales y, como ocurre con las normas estadísticas, permiten encontrar a algunos individuos con ideas diferentes. Algunos campesinos han aprendido a ver el tiempo como una flecha; y la mayoría de los campesinos, por lo menos en países como la India, se ven impelidos de tiempo en tiempo a comportarse como si vieran el tiempo en esa forma. Pero cuando hay un fracaso, cuando ocurren accidentes y la flecha no da en el blanco, buscan explicaciones y toman iniciativas en el idioma de la rueda del tiempo: en términos de la maldad humana más bien que del error científico. Aun quienes elaboran los planes, quienes han interiorizado la idea del tiempo como una fecha pueden reaccionar ante el fracaso buscando un chivo expiatorio más bien que la causa.

Con esto concluyo mi examen de algunos temas culturales básicos en el mapa cognoscitivo del campesino indio. Estos temas van juntos: la relación con un líder es instrumental y explotable; más aún lo es la relación con un forastero. El éxito espectacular es malo porque tu éxito significa mi fracaso: tu malevolencia causa mi fracaso. Los forasteros hablan de cambios y éxitos espectaculares, pero nosotros los campesinos sólo podemos ser instrumentos en sus planes: en todo caso, si sus fantasías se realizan, sólo podría ser por medios antisociales.

¿Cómo concluiré esta plática, que para un modernizador es seguramente una jeremiada? Yo insistiría en que mirar el lado brillante y simplemente negar lo que he dicho es pretender que las balas del enemigo se convertirán en agua y sus tanques están hechos de cartón.

Además, tiene poco sentido preguntarnos por qué la gente sostiene estos valores con la esperanza de cambiarlos si descubrimos las causas. En este nivel los valores y las categorías de pensamiento son irrevocables y dados; no tienen causas y no pueden reducirse más. En verdad es tan inútil que nos preguntemos *por qué* los campesinos piensan en la rueda del tiempo como preguntarnos por qué el numeral oriya para la unidad es "eko" mientras nosotros decimos "uno". Podemos explicar los valores relacionándolos entre sí, como analizamos la estructura

[9] Para los campesinos la vida es un juego de zuma cero. La ganancia de un hombre es necesariamente la pérdida de otro. Véase Foster, 1965.

ción no forman parte de su mapa cognoscitivo del mundo y la sociedad humana. No rechazan la idea de la planeación como algo malvado; simplemente no tienen esa categoría.

A primera vista parece errónea la afirmación anterior, porque ningún campesino podría sobrevivir si no planease el uso de sus recursos. Los campesinos crían animales, ahorran para las bodas, ahora hacen testamentos, planean con sutileza maquiavélica procedimientos para hacerse daño unos a otros y, para mencionar el acto más sencillo y fundamental de planeación, conservan semillas para la siembra del año siguiente. Sin embargo, yo diría que tales actividades no deben considerarse de planeación en el sentido en que se emplea esta palabra en la frase "plan quinquenal", por ejemplo. Esto me trae al segundo componente de la idea de formulación de políticas.

El segundo componente de la elaboración de políticas es la innovación. El forjador de políticas ve un futuro diferente del presente no sólo porque está separado de éste una semana o un año, sino porque la vida será entonces diferente de lo que ahora es. Separemos estas dos clases de pensamientos acerca del futuro llamando a la primera "la rueda del tiempo" y a la segunda "la flecha del tiempo" (Bordieu, 1963).

El campesino planea para la rueda del tiempo. Asigna recursos como si supusiera que con variaciones secundarias y descartando accidentes el año próximo será la repetición de este año. Cada recurso se ve en una rueda del tiempo: tantos años faltan para remplazar al buey; tantos años para que el hijo remplace al padre; hay que techar cada dos o tres años. También en este mundo la gente no se inclina tanto a buscar una bruja detrás de cada fracaso. Un hombre cuya cosecha es mala cuando todos sus vecinos tienen buenas cosechas no puede culpar a las brujas si se sabe que es un cultivador descuidado: se reconoce que con suerte (es decir, ausencia de malevolencia humana y de destino adverso) las cosechas buenas resultan del trabajo arduo y el cultivo hábil. Sin embargo, como quizá ocurre también en nuestra sociedad, pocos piensan que el trabajo arduo y la habilidad son un medio para cambiar a un hombre pobre en un hombre rico en el trascurso de veinte años: si ocurren cambios como ése llegan de la noche a la mañana por medios místicos, por magia, destino o suerte; porque se encuentra una mina de oro; en nuestra cultura por negocios sucios y contrarios a la propiedad social, o por ganar en la lotería deportiva.

Quienes elaboran planes quinquenales están pensando en el tiempo como en una flecha. El trabajo tiene un principio y un final: hay una meta por alcanzar. El final es un estado de cosas muy distinto del principio, y en sí mismo es un punto de partida para nuevas aventuras. No tenemos nosotros dificultades con esta noción. Nos parece enteramente racional la planeación de un futuro estado de cosas radicalmente diferente del presente. Pero quienes piensan en términos de la rueda del tiempo ven tales cambios como provenientes de fuerzas místicas como el destino, la suerte, la brujería a los actos de Dios, y es una tontería planear tales hechos. El político que promete una vida buena para todos si le ayudan a ejecutar el plan es escuchado por los campesinos como nosotros escucharíamos a un hombre prometer a todos el premio mayor en la lotería deportiva cada semana.[9]

Estas son categorías culturales y, como ocurre con las normas estadísticas, permiten encontrar a algunos individuos con ideas diferentes. Algunos campesinos han aprendido a ver el tiempo como una flecha; y la mayoría de los campesinos, por lo menos en países como la India, se ven impelidos de tiempo en tiempo a comportarse como si vieran el tiempo en esa forma. Pero cuando hay un fracaso, cuando ocurren accidentes y la flecha no da en el blanco, buscan explicaciones y toman iniciativas en el idioma de la rueda del tiempo: en términos de la maldad humana más bien que del error científico. Aun quienes elaboran los planes, quienes han interiorizado la idea del tiempo como una fecha pueden reaccionar ante el fracaso buscando un chivo expiatorio más bien que la causa.

Con esto concluyo mi examen de algunos temas culturales básicos en el mapa cognoscitivo del campesino indio. Estos temas van juntos: la relación con un líder es instrumental y explotable; más aún lo es la relación con un forastero. El éxito espectacular es malo porque tu éxito significa mi fracaso: tu malevolencia causa mi fracaso. Los forasteros hablan de cambios y éxitos espectaculares, pero nosotros los campesinos sólo podemos ser instrumentos en sus planes: en todo caso, si sus fantasías se realizan, sólo podría ser por medios antisociales.

¿Cómo concluiré esta plática, que para un modernizador es seguramente una jeremiada? Yo insistiría en que mirar el lado brillante y simplemente negar lo que he dicho es pretender que las balas del enemigo se convertirán en agua y sus tanques están hechos de cartón.

Además, tiene poco sentido preguntarnos por qué la gente sostiene estos valores con la esperanza de cambiarlos si descubrimos las causas. En este nivel los valores y las categorías de pensamiento son irrevocables y dados; no tienen causas y no pueden reducirse más. En verdad es tan inútil que nos preguntemos *por qué* los campesinos piensan en la rueda del tiempo como preguntarnos por qué el numeral oriya para la unidad es "eko" mientras nosotros decimos "uno". Podemos explicar los valores relacionándolos entre sí, como analizamos la estructura

[9] Para los campesinos la vida es un juego de zuma cero. La ganancia de un hombre es necesariamente la pérdida de otro. Véase Foster, 1965.

de una pintura o un poema; pero no podemos preguntarnos cuál es la causa de un conjunto de valores.

Sin embargo, podemos mostrar cómo un conjunto particular de ideas, como las que hemos venido comentando, y la experiencia de la gente, se convalidan recíprocamente. La conexión es funcional, y la línea de causación entre las ideas y la experiencia apunta en ambas direcciones. La creencia y la acción están conectadas entre sí. Mi argumento es que las categorías fundamentales del pensamiento (como las del tiempo) y los valores fundamentales (como los asignados al liderazgo y la autoridad) son impermeables al ataque ideológico directo, por lo menos a corto plazo y dados los recursos a disposición de las *élites* modernizadoras en la mayoría de los países nuevos. Por lo tanto, la táctica sensata consiste en cambiar el elemento de "acción" (que es otra palabra por "experiencia") en los sectores de acción menos conectados con las convicciones ideológicas.[10]

Las perspectivas prácticas no son en realidad tan malas. He estado hablando de las representaciones colectivas, del pensamiento: y el pensamiento no es lo mismo que la acción. Mediante premios o castigos podemos presionar a la gente para que haga cosas consideradas malas o tontas; y una experiencia suficientemente prolongada podrá convencerla de que en realidad estas cosas no son ni malas ni tontas. La vacunación y la aspersión de DDT y algunas innovaciones agrícolas (sobre todo algunos cultivos comerciales) tienen esta clase de éxito. Pero la democracia parlamentaria u otras clases de modernización política y muchas innovaciones económicas y reformas sociales no tienen ni podrían tener tales rendimientos inmediatos y tangibles; en realidad pueden producir en apariencia desastres inmediatos y tangibles. La conclusión debe ser que, dada la resistencia campesina, una política radical de modernización política y económica sólo puede lograrse por la presión y por el éxito continuo en términos materiales.

Fuera de esto —pero consistentemente—, los recursos disponibles para la modernización se desperdician si se usan directamente para propaganda acerca del deber, el servicio, el autosacrificio, etcétera. La modernización es un fin demasiado vago

[10] Los campesinos se distinguen generalmente de los tribeños por su contacto con pueblos, mercados y culturas avanzadas. Es improbable que las experiencias rutinarias adquiridas en pueblos tradicionales modifiquen las características generales del mapa de cognición campesina aquí bosquejado, ya que estas experiencias forman parte del mismo mapa. Pero la experiencia traumática de la mano de obra migrante y el trabajo fabril en pueblos "modernos" tenderá a producir cambios en los valores y las creencias de los campesinos; lo mismo ocurre con la producción preponderantemente para un mercado, que convierte al campesino en un granjero. No puedo analizar aquí los contactos urbanos, sino sólo decir que mi argumentación se aplica a los campesinos y no a los granjeros ni a los trabajadores industriales.

y complejo para simbolizarlo y entenderlo con facilidad: aun la *swaraj* (independencia) no era un mensaje para los campesinos indios; ellos escucharon cuando el Congreso empezó a explotar el descontento agrario. La "descentralización democrática" no es un mensaje: la remisión de la renta o la renovación de un terrateniente voraz se entenderán y aceptarán (con la debida suspicacia). Todo plan de modernización basado en el supuesto de que los campesinos experimentarán un apego moral inmediato hacia la modernización como tal y persistirán voluntariamente frente al fracaso y las frustraciones en virtud de su compromiso, debe resultar ineficaz.

Permítaseme repetir que mi aserción se refiere a representaciones colectivas, a la forma de pensar de los campesinos. Ésta es sólo una de las variables —en realidad, la última— con que debe operar el modernizador. Si sus planes fallan, es claro que su primera pregunta deberá referirse a cuestiones físicas y técnicas. Dejando de lado los deseos humanos, ¿es posible que alguien ejecute ese plan particular? ¿Hay tal vez algo especial en el suelo de la granja de demostración que no exista en la mayoría de las granjas campesinas? ¿Tal vez es demasiado elevado el precio del fertilizante, de modo que los campesinos no pueden comprarlo, aunque lo deseen? Hay muchos factores de esta clase, y su control suele ser más fácil que los intentos de influir en los valores campesinos y sus categorías de pensamiento, y de controlarlos.

En segundo lugar hay un conjunto de variables pertenecientes a la estructura social campesina más bien que a los valores campesinos. Es difícil trazar la línea divisoria entre la estructura social y los valores, pero tengo en mente una gran diversidad de restricciones particulares de papeles que afectan la vida campesina. Veamos un ejemplo sencillo: dado cierto nivel de pobreza, la contribución de los niños para trasplantar el arroz puede ser fundamental: en el lugar donde viví en la India, las escuelas aldeanas se cerraban en la época de siembra y esto me parecía un reconocimiento sensato del papel productivo de los niños en la familia campesina. De igual modo —un ejemplo muy familiar en muchas aldeas indias—, si se concede el voto a los intocables en las elecciones de panchayats aldeanos, sin las protecciones adicionales de un voto secreto, se irá al fracaso. En otras palabras, las innovaciones pueden tener costos sociales, desconocidos u olvidados por el modernizador.

Tanto los factores técnicos como los estructurales sólo pueden examinarse en el contexto de casos particulares. La perspectiva de una modernización adecuada en la India y otros países en desarrollo depende de la disposición de la *élite* planeadora para mejorar de continuo su manipulación de las variables técnicas y las estructurales, para asegurarse de que el precio del agua

del canal es razonable y de que así lo consideran los campesinos, y de que la semilla mejorada desarrollada en la granja de demostración crecerá en efecto en los predios campesinos, y para recordar que el jefe resentirá la fuerte presión de sus parientes, etcétera. Sospecho que existe la tentación de evitar la molestia de la búsqueda de eficacia técnica —y supongo que podríamos decir "estructural"— afirmando que los campesinos deben cambiar su corazón y lanzándose a echar un discurso. Si todas las variables técnicas y estructurales han sido correctamente manejadas y el proyecto fracasa, podríamos decir que no hay más remedio que producir un cambio voluntario en el corazón de los campesinos. Pero si decimos esto estaremos diciendo que la tarea es imposible.

Surge de aquí una amplia orientación estratégica. Los recursos para la modernización, si son limitados, se usarán con mayor eficacia si producen un cambio en el ambiente físico, que el campesino debe aceptar aunque no quiera y que lo obligue a adaptarse a las nuevas condiciones. Cuando el cambio se ha producido, por lo menos en las aldeas de la India, es generalmente porque se han introducido nuevos métodos de riego, o porque se ha construido un nuevo camino hacia el mercado, etcétera. Por supuesto, no siempre tienen éxito tales medidas; pero sospecho que triunfan con mayor frecuencia que un ataque directo a la estructura social campesina, y con mayor frecuencia aún que un ataque a los valores y percepciones generalizados e interiorizados a que me he referido aquí.

Los mapas cognoscitivos cambian; pero en su mayor parte lo hacen lentamente como resultado de la experiencia. Así como el flujo del agua puede cambiar el curso de un río, la experiencia puede minar las ideas recibidas y permitir que otras tomen su lugar. La mayoría de los modernizadores deben contentarse con esto. Ocasionalmente la fuerza de las circunstancias o un gasto masivo de recursos puede producir una inundación de experiencias nuevas que cambien el mapa de la noche a la mañana; pero es raro. Para la mayor parte los modernizadores deben pensar en pequeño; y el uso menos eficaz de sus recursos es planear directamente que los campesinos cambien de actitud. Los temas culturales que he estado examinando aquí son como los pantanos y las montañas agrestes: los modernizadores deben planear una desviación.

Fuera de esto podemos hacer pocas recomendaciones. El nudoso roble de la alienación campesina (como lo verían los modernizadores) sólo es un árbol en el bosque. Es un árbol que asume muchas formas diferentes, aun en la India, aun en la aldea donde obtuve mi material. Necesitamos una muestra mucho más grande. También debemos examinar algunos de los demás árboles, las múltiples divisiones dentro de la *élite*. ¿Qué piensan de

sí mismos, de sus semejantes y de los campesinos? Armados con todos estos mapas y con un conocimiento sistemático de lo factores técnicos y de la estructura social, podremos empezar a entender algunos de los diversos cambios que han ocurrido —o dejado de ocurrir— en los países nuevos.

Referencias

Bailey, F. G. (1959), *Caste and Economic Frontier: Village in Highland Orissa*, Manchester University Press.
— (1960), *Tribe, Caste and Nation*, Manchester University Press.
— (1963), *Politics and Social Change*, Oxford University Press.
Boissevain, J. (1961), "Patronage in Sicily", *Man*, n. s., vol. 1, pp. 18-33.
Bourdieu, P. (1963), "The attitude of the Algerian peasant towards time", J. Pitt-Rivers (comp.), *Mediterranean Countrymen*, Mouton.
Evans-Pritchard, E. E. (1937), *Witchcraft, Oracles and Magic among the Azande*, Clarendon Press.
Foster, G. (1965), "Peasant society and the image of limited good", *American Anthropologist*, vol. 67, núm. 2, pp. 293-315.
Lloyd, P. C. (comp.) (1966), *The New Elite of Tropical Africa*, Oxford University Press.
Wolf, E. R. (1956), "Aspects of group relations in a complex society", *American Anthropologist*, vol. 58, núm. 6, pp. 1065-1078 (véase la lectura 5).

del canal es razonable y de que así lo consideran los campesinos, y de que la semilla mejorada desarrollada en la granja de demostración crecerá en efecto en los predios campesinos, y para recordar que el jefe resentirá la fuerte presión de sus parientes, etcétera. Sospecho que existe la tentación de evitar la molestia de la búsqueda de eficacia técnica —y supongo que podríamos decir "estructural"— afirmando que los campesinos deben cambiar su corazón y lanzándose a echar un discurso. Si todas las variables técnicas y estructurales han sido correctamente manejadas y el proyecto fracasa, podríamos decir que no hay más remedio que producir un cambio voluntario en el corazón de los campesinos. Pero si decimos esto estaremos diciendo que la tarea es imposible.

Surge de aquí una amplia orientación estratégica. Los recursos para la modernización, si son limitados, se usarán con mayor eficacia si producen un cambio en el ambiente físico, que el campesino debe aceptar aunque no quiera y que lo obligue a adaptarse a las nuevas condiciones. Cuando el cambio se ha producido, por lo menos en las aldeas de la India, es generalmente porque se han introducido nuevos métodos de riego, o porque se ha construido un nuevo camino hacia el mercado, etcétera. Por supuesto, no siempre tienen éxito tales medidas; pero sospecho que triunfan con mayor frecuencia que un ataque directo a la estructura social campesina, y con mayor frecuencia aún que un ataque a los valores y percepciones generalizados e interiorizados a que me he referido aquí.

Los mapas cognoscitivos cambian; pero en su mayor parte lo hacen lentamente como resultado de la experiencia. Así como el flujo del agua puede cambiar el curso de un río, la experiencia puede minar las ideas recibidas y permitir que otras tomen su lugar. La mayoría de los modernizadores deben contentarse con esto. Ocasionalmente la fuerza de las circunstancias o un gasto masivo de recursos puede producir una inundación de experiencias nuevas que cambien el mapa de la noche a la mañana; pero es raro. Para la mayor parte los modernizadores deben pensar en pequeño; y el uso menos eficaz de sus recursos es planear directamente que los campesinos cambien de actitud. Los temas culturales que he estado examinando aquí son como los pantanos y las montañas agrestes: los modernizadores deben planear una desviación.

Fuera de esto podemos hacer pocas recomendaciones. El nudoso roble de la alienación campesina (como lo verían los modernizadores) sólo es un árbol en el bosque. Es un árbol que asume muchas formas diferentes, aun en la India, aun en la aldea donde obtuve mi material. Necesitamos una muestra mucho más grande. También debemos examinar algunos de los demás árboles, las múltiples divisiones dentro de la *élite*. ¿Qué piensan de

sí mismos, de sus semejantes y de los campesinos? Armados con todos estos mapas y con un conocimiento sistemático de lo factores técnicos y de la estructura social, podremos empezar a entender algunos de los diversos cambios que han ocurrido —o dejado de ocurrir— en los países nuevos.

REFERENCIAS

Bailey, F. G. (1959), *Caste and Economic Frontier: Village in Highland Orissa*, Manchester University Press.
— (1960), *Tribe, Caste and Nation*, Manchester University Press.
— (1963), *Politics and Social Change*, Oxford University Press.
Boissevain, J. (1961), "Patronage in Sicily", *Man*, n. s., vol. 1, pp. 18-33.
Bourdieu, P. (1963), "The attitude of the Algerian peasant towards time", J. Pitt-Rivers (comp.), *Mediterranean Countrymen*, Mouton.
Evans-Pritchard, E. E. (1937), *Witchcraft, Oracles and Magic among the Azande*, Clarendon Press.
Foster, G. (1965), "Peasant society and the image of limited good", *American Anthropologist*, vol. 67, núm. 2, pp. 293-315.
Lloyd, P. C. (comp.) (1966), *The New Elite of Tropical Africa*, Oxford University Press.
Wolf, E. R. (1956), "Aspects of group relations in a complex society", *American Anthropologist*, vol. 58, núm. 6, pp. 1065-1078 (véase la lectura 5).

23. REFLEXIONES SOBRE EL CONCEPTO DE LA "CULTURA CAMPESINA" Y LOS "SISTEMAS COGNOSCITIVOS CAMPESINOS" *

Sutti Ortiz

LA PALABRA campesino está llena de asociaciones emotivas. Pero no hay otra palabra que describa a los habitantes rurales que, carentes de una fuerte identidad tribal, siguen marginados del mundo de las ciudades y sin embargo dependen de él. Por tal motivo, conviene considerar si deberíamos emplear la palabra campesino como un concepto analíticamente significativo. ¿Quiénes son los campesinos? ¿Podremos definir la palabra en lugar de describir simplemente a los individuos a quienes llamamos campesinos? Debemos contestar esta pregunta antes de considerar si los campesinos comparten o no una organización cultural y social distinta de la cultura de los granjeros comerciales, los empleados de tiendas, los habitantes urbanos, etcétera.

Según Eric Wolf (1966), los campesinos son granjeros que practican la agricultura y la ganadería en las áreas rurales pero que, al revés de los granjeros comerciales norteamericanos, se ocupan más de satisfacer las necesidades de la familia que de obtener una ganancia. Los campesinos producen para el intercambio; los excedentes se trasfieren a un dominante grupo de gobernantes que los usan en parte para apoyar su propio nivel de vida y en parte para distribuir alimentos a habitantes urbanos y especialistas. En cambio, entre los primitivos los intercambios son equivalentes y directos.

Raymond Firth define a los campesinos empleando esencialmente criterios económicos. Entiende por campesinos a "un sistema de pequeños productores, con tecnología y equipo sencillos, que a menudo dependen primordialmente para su subsistencia de lo que ellos mismos producen" (1951a, p. 84). Mientras que el medio primario de subsistencia de los campesinos suele verse como el cultivo del suelo, Firth argumenta también en pro de la inclusión de otros habitantes rurales, por ejemplo los pescadores (1951b).

Daniel Thorner (1963) prefiere hablar de las economías campesinas que de los campesinos. En su opinión, una economía

* Ensayo original.

campesina es una economía agrícola donde los productores no sólo pueden alimentarse a sí mismos sino también contribuir a la subsistencia de especialistas y habitantes urbanos; por lo tanto, los campesinos producen para el intercambio. Esta característica distingue a los campesinos de los productores primitivos. La familia es la unidad principal de producción; en algunos casos, sin embargo, la unidad familiar puede incluir no sólo a los miembros de una familia sino también a trabajadores contratados, esclavos y sirvientes domésticos. Los campesinos pueden ocuparse también en otras actividades, como la artesanía o un empleo asalariado ocasional.

Redfield añade otra condición para el empleo del término campesino: "que el sistema de valores... sea compatible, en general, con los de los habitantes urbanos que constituyen, por decirlo así, su otra dimensión de existencia" (1953, p. 40). Esta definición está de acuerdo con el empleo que hace Kroeber del término campesino para indicar sociedades parciales con culturas parciales (1948, p. 284), y con Marriott (1955), quien describe la cultura campesina como una "reinterpretación" y "reintegración" de los elementos de la cultura superior. En su opinión se necesitan criterios sociales, políticos y culturales para definir a los campesinos.

Foster (1967a) sostiene que para la validez general de las conclusiones derivadas de su estudio de Tzintzuntzan es esencial colocar a la comunidad en el contexto de un tipo social. Sugiere que los habitantes de Tzintzuntzan pertenecen a la categoría de personas que llamamos campesinos. Según Foster los campesinos son comunidades que, en términos históricos, "han crecido en una relación simbiótica, espacial-temporal, con los componentes más complejos de su sociedad más amplia, es decir la ciudad preindustrial de mercado y administración" (1967a, p. 7). A medida que las ciudades se vuelven centros manufactureros modernos, los grupos campesinos independientes empiezan a desaparecer, pero lentamente porque su capacidad potencial de cambio es escasa. Para Foster no importa que el productor sea un pescador, artesano o agricultor. Para él no importa la organización económica interna sino la dependencia económica externa. Esta relación de subordinación produce una dependencia política, cultural y a menudo también religiosa.

¿Podemos emplear el término campesino para describir a la mayoría de los pequeños productores de América Latina? ¿Son las mismas sociedades a que se refiere el término empleado por Firth, o Wolf, o Redfield o Foster?

Según la definición de Firth, incluiríamos bajo el término campesino a una vasta población de pequeños productores, todos ellos con limitados activos de capital y acceso restringido al dinero. Indígenas, mestizos, pequeños agricultores de ascendencia

23. REFLEXIONES SOBRE EL CONCEPTO DE LA "CULTURA CAMPESINA" Y LOS "SISTEMAS COGNOSCITIVOS CAMPESINOS" *

Sutti Ortiz

LA PALABRA campesino está llena de asociaciones emotivas. Pero no hay otra palabra que describa a los habitantes rurales que, carentes de una fuerte identidad tribal, siguen marginados del mundo de las ciudades y sin embargo dependen de él. Por tal motivo, conviene considerar si deberíamos emplear la palabra campesino como un concepto analíticamente significativo. ¿Quiénes son los campesinos? ¿Podremos definir la palabra en lugar de describir simplemente a los individuos a quienes llamamos campesinos? Debemos contestar esta pregunta antes de considerar si los campesinos comparten o no una organización cultural y social distinta de la cultura de los granjeros comerciales, los empleados de tiendas, los habitantes urbanos, etcétera.

Según Eric Wolf (1966), los campesinos son granjeros que practican la agricultura y la ganadería en las áreas rurales pero que, al revés de los granjeros comerciales norteamericanos, se ocupan más de satisfacer las necesidades de la familia que de obtener una ganancia. Los campesinos producen para el intercambio; los excedentes se trasfieren a un dominante grupo de gobernantes que los usan en parte para apoyar su propio nivel de vida y en parte para distribuir alimentos a habitantes urbanos y especialistas. En cambio, entre los primitivos los intercambios son equivalentes y directos.

Raymond Firth define a los campesinos empleando esencialmente criterios económicos. Entiende por campesinos a "un sistema de pequeños productores, con tecnología y equipo sencillos, que a menudo dependen primordialmente para su subsistencia de lo que ellos mismos producen" (1951a, p. 84). Mientras que el medio primario de subsistencia de los campesinos suele verse como el cultivo del suelo, Firth argumenta también en pro de la inclusión de otros habitantes rurales, por ejemplo los pescadores (1951b).

Daniel Thorner (1963) prefiere hablar de las economías campesinas que de los campesinos. En su opinión, una economía

* Ensayo original.

campesina es una economía agrícola donde los productores no sólo pueden alimentarse a sí mismos sino también contribuir a la subsistencia de especialistas y habitantes urbanos; por lo tanto, los campesinos producen para el intercambio. Esta característica distingue a los campesinos de los productores primitivos. La familia es la unidad principal de producción; en algunos casos, sin embargo, la unidad familiar puede incluir no sólo a los miembros de una familia sino también a trabajadores contratados, esclavos y sirvientes domésticos. Los campesinos pueden ocuparse también en otras actividades, como la artesanía o un empleo asalariado ocasional.

Redfield añade otra condición para el empleo del término campesino: "que el sistema de valores... sea compatible, en general, con los de los habitantes urbanos que constituyen, por decirlo así, su otra dimensión de existencia" (1953, p. 40). Esta definición está de acuerdo con el empleo que hace Kroeber del término campesino para indicar sociedades parciales con culturas parciales (1948, p. 284), y con Marriott (1955), quien describe la cultura campesina como una "reinterpretación" y "reintegración" de los elementos de la cultura superior. En su opinión se necesitan criterios sociales, políticos y culturales para definir a los campesinos.

Foster (1967a) sostiene que para la validez general de las conclusiones derivadas de su estudio de Tzintzuntzan es esencial colocar a la comunidad en el contexto de un tipo social. Sugiere que los habitantes de Tzintzuntzan pertenecen a la categoría de personas que llamamos campesinos. Según Foster los campesinos son comunidades que, en términos históricos, "han crecido en una relación simbiótica, espacial-temporal, con los componentes más complejos de su sociedad más amplia, es decir la ciudad preindustrial de mercado y administración" (1967a, p. 7). A medida que las ciudades se vuelven centros manufactureros modernos los grupos campesinos independientes empiezan a desaparecer, pero lentamente porque su capacidad potencial de cambio es escasa. Para Foster no importa que el productor sea un pescador, artesano o agricultor. Para él no importa la organización económica interna sino la dependencia económica externa. Esta relación de subordinación produce una dependencia política, cultural y a menudo también religiosa.

¿Podemos emplear el término campesino para describir a la mayoría de los pequeños productores de América Latina? ¿Son las mismas sociedades a que se refiere el término empleado por Firth, o Wolf, o Redfield o Foster?

Según la definición de Firth, incluiríamos bajo el término campesino a una vasta población de pequeños productores, todos ellos con limitados activos de capital y acceso restringido al dinero. Indígenas, mestizos, pequeños agricultores de ascendencia

europea, agricultores libres, aparceros en haciendas feudales, aparceros en estancia comerciales eficientemente administradas, etcétera. Todos estos individuos comparten algunos de los mismos problemas económicos, pero difieren entre sí respecto del tipo de sometimiento a la *élite* política y económica, y respecto de la posición negociadora en las transacciones económicas.

El empleo que hace Wolf del término campesino implica una relación política en que una parte tiene mayor poder sobre la otra. Este desequilibrio no es una consecuencia de la riqueza de los activos de cada una de las partes, sino de los derechos y obligaciones asignados a cada una. Los pequeños agricultores de ascendencia europea y algunos agricultores libres no están incluidos en su definición.

Daniel Thorner no se interesa tanto en el comportamiento de los individuos a quienes llamamos campesinos como en la actuación de las economías que define como campesinas. Sólo cuando la mitad o más del producto nacional proviene de pequeñas granjas campesinas podemos decir que se trata de una economía campesina. La mayoría de las sociedades latinoamericanas ya no tienen carácter campesino de acuerdo con esta definición.

Al introducir criterios culturales de naturaleza muy general, Redfield restringe más aún el empleo del término campesino. La dificultad reside en que a menudo no resulta fácil decidir quién debería clasificarse como campesino y quién no. Tomemos como ejemplo dos comunidades vecinas en el Departamento de Cauca, Colombia. En la localidad de San Andrés hay una reservación indígena de Páez. Estos tienen derechos comunes a la tierra, eligen a sus propias autoridades, hablan su propio idioma y se consideran a sí mismos enteramente distintos del resto de la población colombiana. Los agricultores de Páez cultivan sus propios alimentos, cultivan café para la venta y compran sus propias herramientas, ropa y otros objetos con el dinero que ganan por el cultivo del café o trabajando como peones. Cerca de la reservación vive cierto número de familias colombianas que emigraron al área alrededor de 1930. La mayoría de ellas poseen menos tierra que algunas de las familias indígenas, pero también siembran sus propios cultivos alimenticios siempre que pueden, empleando las mismas técnicas que los indígenas. La escasez de tierra y la relación personal con los habitantes urbanos han estimulado a estos recién llegados a convertirse en comerciantes y tenderos a tiempo parcial. Algunos son muy pobres, otros son más ricos que la mayoría de los indígenas. La diferencia es que ellos dedican más tiempo a actividades comerciales y que tienen que comprar una cantidad mayor de alimentos para el sustento de sus familias. En cuanto a las actividades económicas los páez son más claramente campesinos que sus vecinos colombianos. Sin embargo, el sistema de valores de la comunidad indígena es menos compatible con los valores de las ciudades colombianas. Son católicos pero sólo nominalmente. Usan situaciones rituales para diferenciarse de la comunidad colombiana vecina. Hay en efecto varias características, como el vestido, la vivienda, las formas de expresión, que sirven como señales que la gente busca y exhibe para mostrar su identidad con un grupo o el otro. En este sentido los páez, ávidos por mantener su distinción de los inmigrantes colombianos, se alejan de los centros urbanos y han reinterpretado poco de la cultura nacional. Así pues, en términos culturales, los agricultores colombianos aquí descritos son más campesinos que los páez. Más importante aún es la observación de que la orientación cultural de cada grupo es una consecuencia de la competencia económica entre ellos. Más adelante me ocuparé de este punto.

La mayoría de los pequeños agricultores de la América Latina pueden describirse como campesinos de acuerdo con la definición de Foster porque se encuentran en una posición económica subordinada a los núcleos urbanos. Pero muchos de los otros atributos que describe de Tzintzuntzan no se aplican a otras comunidades, un hecho que Foster reconoce sin ambages (Foster, 1967a, p. 298).

Así pues, aunque no podemos abarcar a todos los campesinos en una sola definición, por lo menos podemos y debemos librar el término campesino de toda vaguedad y ambigüedad. Se producen graves errores en el pensamiento analítico a causa de que el significado del término se cambia imperceptiblemente en el curso de su uso; es menos probable que esto ocurra si los autores definen con claridad lo que entienden por el término campesino.

La aclaración del término debe relacionarse con la intención del analista. En algunos casos la intención puede ser la de agrupar sociedades o relaciones similares para profundizar en el tema, como ha tratado de hacerlo Firth. En otros casos la definición se propone exponer los rasgos o la estructura principales a fin de propiciar una exploración *sistemática* del tema (véase Wolf, 1966). Si una definición del campesino pudiera enfocar los rasgos fundamentales de este sector, podríamos deducir otras características. En última instancia el conocimiento derivado del universo definido sólo puede ser cierto por referencia a él; este mismo conocimiento o hipótesis puede no extenderse necesariamente a otras poblaciones que compartan algunas pero no todas las características.

La confusión acerca de las definiciones y la vaguedad de éstas constituyen el meollo de mi objeción a las generalizaciones acerca de la organización social y la cultura campesinas. En primer lugar, no todos los autores emplean el término en la misma forma y todos excluyen algunos sectores de la población. En segundo lugar, a menos que se empleen criterios culturales para definir

quién es y quién no es un campesino, podrán agruparse juntas unidades sociales con "visiones del mundo" dispares. Las diferencias culturales entre los páez y sus vecinos campesinos colombianos ilustran este punto (véase Foster, 1967a y b, donde aparecen otros ejemplos de contrastes).

En tercer lugar, los factores que moldean el comportamiento y las ideologías son tan numerosos que no podemos imaginarnos que individuos agrupados juntos porque comparten *ciertos* arreglos económicos y quizá afrontan una *clase particular* de dominación política, tengan los mismos valores culturales y sistemas cognoscitivos, y una organización social muy semejante. A lo sumo podemos prever las consecuencias sociales probables de arreglos estructurales particulares. Por ejemplo, los modos de producción pueden afectar desde luego la autoridad dentro de la familia; las oportunidades de trabajo asalariado y la escasez de tierra han minado la autoridad tradicional del padre páez. Pero la autoridad paterna depende también de la existencia de linajes; de la importancia política de los linajes (como lo ilustran los campesinos mapuches del sur de Chile; véase Faron, 1961), de la relativa independencia política de las comunidades campesinas frente a centros más importantes, etcétera. Así pues, es posible que los eventos económicos no minen gravemente la autoridad paterna si las instituciones políticas la apoyan. Como argumento general podemos afirmar que si bien se pueden deducir probables arreglos sociales a partir de los criterios empleados para definir a los campesinos, otros factores igualmente importantes pueden cancelar el efecto social pronosticado. La advertencia no niega la validez del enfoque deductivo. Sin embargo, no se justifican las generalizaciones acerca de las actitudes y las culturas campesinas que no pueden deducirse lógicamente de las características definidoras.

Hay otras objeciones a la proposición de que los campesinos comparten una cultura y de que esta cultura es distinta de la cultura de otros tipos sociales. Kaplan y Sadler (1966) objetan la validez empírica de la construcción cultural del campesino; sospechan que se deriva *a priori* y que se excluye el comportamiento no congruente.

Una afirmación más grave es que de ordinario los modelos *a priori* surgen de un conjunto de valores que resaltan en la mente de los estudiosos del tema como distintamente campesinos porque se oponen a nuestra imagen estereotipada del hombre económico de Occidente. A menudo se describe a los campesinos como irracionales, carentes de motivación, incapaces de posponer el disfrute, aspirantes a metas sociales sobre todo y pesimistas acerca de las oportunidades que se les presentan. Aunque la teoría económica se basa en el supuesto de que los empresarios y los agricultores de Occidente actúan eminentemente en forma

racional cuando planean sus actividades económicas, los economistas saben bien que la realidad es muy diferente. Hay un abundante cuerpo de literatura sobre el comportamiento económico que ilustra cómo los valores morales, las metas sociales, los contextos institucionales, los gustos y el temperamento afectan el comportamiento y definen lo que satisface al productor (véase Edwards, 1967; Katona, 1963; Simon, 1959). En verdad, sabemos que los productores maximizan la satisfacción antes que la ganancia.

Algunas actitudes que se describen como características de los campesinos, como la pasividad y la falta de inclinación a aprovechar las oportunidades (véase Hagen, 1962; Redfield, 1963), pueden ser respuestas coligadas ante las condiciones locales existentes, que no comparten todos los individuos definidos por el autor como campesinos. Los indígenas páez antes mencionados han sido descritos como tradicionales en su orientación y su falta de inclinación para aprovechar la oportunidad de vender alimentos al mejor postor. Cuando se les pregunta, ellos explican que las ventas frecuentes se consideran constitutivas de un comportamiento *moralmente indebido*. Los residentes que necesitan algunos plátanos o cazabe para alimentar a sus familias tienen que acudir a los indígenas y literalmente rogarles que les vendan un poco. Los páez prefieren ahorrar su cosecha y consumirla o prestarla o venderla a precio mucho menor a un pariente o amigo indígena. La incertidumbre de su ingreso y de su cosecha explica su actitud en cuanto a los cultivos alimenticios: deben emplearse para alimentar a quienes comparten con ellos fuertes obligaciones recíprocas. La tensión social y la competencia económica entre el campesino indígena y el no indígena en esta región de Colombia impide la formación de fuertes lazos sociales de cooperación entre ellos. La regla moral que condena la venta de alimentos no es un valor tradicional sino una solución adecuada a las condiciones económicas existentes. Al mismo tiempo, los páez venden su cosecha de café o sus servicios al mejor postor, calculando desde luego el costo en tiempo y transporte de la venta u otros beneficios económicos que puedan obtener de la transacción (Ortiz, 1967).

En el estado de Chiapas, en el sur de México, los indígenas oxchucos que inviertan en equipo nuevo o exploren técnicas nuevas para aumentar los rendimientos, o que en cualquier otra forma muestran ambiciones de volverse ricos, son objeto de la desconfianza de los miembros de su comunidad y a menudo acusados de practicar la brujería (Sivers, 1969). Foster (1967a, p. 140) interpreta estas acusaciones como una sanción de la comunidad contra aquellos que intentan obtener riqueza a costa de los demás; los campesinos, explica Foster, contemplan el mundo como un conjunto fijo de oportunidades que deben distribuirse por igual entre todos: si un indígena se enriquece debe ser porque está

tomando una parte mayor que la que le corresponde. Es posible que los habitantes de Oxchuc, como los de Tzintzuntzan, mantengan esta percepción del mundo y que la acusación de brujería sea una sanción empleada para imponer la conformidad con una ideología de igualdad. Pero no está claro en Tzintzuntzan, y desde luego no lo está en Oxchuc, que la igualdad sea el valor cultural predominante. En primer lugar, los individuos se ordenan dentro de la comunidad de acuerdo con el prestigio, y tradicionalmente se concede mayor poder político a quienes asumen mayor número de obligaciones religiosas y a quienes paguen el costo de la celebración de un número mayor de fiestas. En segundo lugar, hemos aprendido por los estudios de brujerías y encantamientos en África que las acusaciones no se dirigen sólo contra los transgresores de reglas morales sino también contra enemigos personales, competidores e individuos con quienes las relaciones sean difíciles y tensas. En toda comunidad indígena donde la tierra sea de propiedad corporativa de acuerdo con leyes originadas en la época colonial y donde las presiones demográficas impidan una distribución justa e igualitaria, las relaciones entre los vecinos serán necesariamente competitivas y tensas. Los jefes de familia pueden pedir a la comunidad tierras para cultivo de acuerdo con su necesidad y habilidad; en consecuencia, la adopción de métodos más eficientes que puedan permitir la expansión de las explotaciones pueden interpretarse como una amenaza para el agricultor menos eficiente. La acusación de brujería no es una decisión comunitaria sino un acto individual. Aunque la acusación de brujería implica la creencia en la existencia de las brujas, es probable que el acto de acusar y la frecuencia de las acusaciones dependa de la escasez de recursos y de las tensas competencias entre vecinos. Pero ¿por qué el acusado se rinde y se abstiene de innovar? Siverts (1969) resume claramente la respuesta en el caso de Oxchuc. Para un indígena de esta región desconocer su origen, despreciar la opinión de sus vecinos, es algo que cuesta caro. Mientras siga siendo un miembro apreciado puede estar seguro de cierta cantidad de tierra, de cierta cooperación en los intercambios de mano de obra, y de un seguro de vida básico aunque mínimo. Son mínimas las oportunidades que se le presentan, dadas las limitaciones de su riqueza y de su conocimiento del español, su ocupación y sus características indígenas. Si quiere comprar tierras debe competir con un agricultor mexicano mejor capitalizado; si quiere trabajar por un salario para acumular efectivo se le ofrecerán pequeños empleos o la recolección de café a salarios menores; cuando vende su cosecha, su vestido y su idioma lo harán una presa fácil en transacciones deshonestas; no tiene influencia sobre las autoridades locales y su queja no tiene representación oficial; no puede traspasar sus activos a otras empresas porque la tierra pertenece a la comunidad. Su única alternativa consiste en emigrar a la ciudad y unirse a las filas de los muy pobres donde la incertidumbre es mayor que en Oxchuc. En consecuencia, la mayoría de los indígenas prefieren mantener los lazos existentes y arreglar las relaciones tensas con los vecinos que puedan afectar su sensación de seguridad. Así pues, si un indígena acusa a otro no es necesariamente porque esté tratando de proteger los valores de la comunidad y de imponer el respeto a una ideología de igualdad, sino porque está tratando de afrontar una relación difícil llena de competencia y conflicto. La acusación lo convierte de enemigo personal en enemigo social; el acusado debe resolverla porque necesita la cooperación de la comunidad. Es importante advertir también que no todos los individuos que sobresalen son acusados de brujos. Siverts (1969) nos dice que un indígena de Chiapas se convirtió en un comerciante muy rico que conservaba el respeto de su comunidad porque al no engañar en las transacciones comerciales realizaba una función útil.

Se describe a los campesinos como orientados tradicionalmente y lentos para cambiar sus patrones de comportamiento. Los ejemplos de Páez y Oxchuc ilustran que este comportamiento puede ser no un resultado de la tradición, sino un alejamiento o una coalición en respuesta a relaciones competitivas inconvenientes. Los patrones de comportamiento, el idioma, etcétera, se usan como símbolos de distancia. El grado en que los indígenas, campesinos o grupos minoritarios, utilizan tal instrumento depende de su evaluación de su éxito en el juego competitivo. A su vez, este éxito depende de las oportunidades disponibles para los indígenas y los no indígenas, del poder político de cada grupo y del conocimiento y la capacidad para manipular circunstancias. No todas las comunidades afrontan las mismas situaciones y por lo tanto no todas son "orientadas tradicionalmente".

Se describe a los campesinos como individuos resignados a su destino (Banfield, 1958) y pasivos frente a las oportunidades. Se dice que una buena cosecha es el resultado de la intervención sobrenatural y se culpa al desino de las desgracias. Tal actitud mental, de acuerdo con algunos autores, desalienta los esfuerzos de iniciativa personal, un punto que examinaré más adelante. Examinemos antes por qué los campesinos se inclinan a explicar los eventos como resultado del destino. Oscar Lewis (1960, p. 77) cree que el fatalismo se debe a la crianza dentro de una estructura familiar autoritaria. Podemos encontrar una explicación más directa si examinamos el grado de incertidumbre que invade las actividades agrícolas de los campesinos. Los cultivos sufren cambios bruscos del clima, ataques de plagas y de roedores, daños de los animales, etcétera. Un agricultor individual puede experimentar variaciones de hasta un 400 % en los rendimientos. Un agricultor puede formular un propósito acerca de su cosecha sólo

si puede tener una representación mental del resultado y si tiene alguna confianza en la probabilidad de su pronóstico. Con un grado tan alto de incertidumbre pocos individuos podrían formular un pronóstico; no nos sorprendería que al disminuir la incertidumbre los agricultores tendieran menos a expresar sus perspectivas en términos de destino o de eventos sobrenaturales. Así lo ilustra un estudio citado por Myren (s. f.). Los agricultores con tierras sin riego contestaron las preguntas acerca de los planes futuros con un "será lo que Dios quiera". Los agricultores vecinos que tenían acceso a tierras de riego, donde los rendimientos eran menos variables, contestaron la misma pregunta con planes concretos; ellos podían pensar en el porvenir porque podían estimar los resultados futuros.

Se cree que los campesinos tienen temor del mundo en general, y que son hostiles en las relaciones interpersonales y resignados a la voluntad de Dios. Holmberg (1967) indica que estas actitudes son evaluaciones objetivas de sus propias experiencias y no están distorsionadas por prejuicios culturales. Los accidentes y la enfermedad diezman a los siervos en las haciendas del Alto Perú; otros mueren ejecutados por la policía a instancias de los hacendados. A lo largo de su vida el siervo indígena se ha acostumbrado también a los castigos corporales. Toda hacienda de la sierra solía encarcelar a los indígenas sin juicio, ya fuese en castigo por la insubordinación contra el hacendado, ya por transgresiones a su propiedad, o por la negativa a cooperar en los proyectos regionales. Los siervos tienen escasas oportunidades para mejorar sus niveles de vida y casi no tienen protección política contra los abusos de administradores y hacendados. No sorprende entonces que teman a la autoridad, que teman perder sus animales o tierras y que teman al hambre. Para minimizar el conflicto con la autoridad se comportan tímidamente y siempre están listos a consentir verbalmente; además enseñan a sus hijos a evitar el contacto con los extraños. Para mitigar el hambre roban a los hacendados y a sus vecinos. Holmberg sugiere que patrones de comportamiento similares a los descritos son exhibidos por cualquier población que sufra el mismo grado de privación y dominación. La "cultura de la represión", como describe Holmberg tal comportamiento, desalienta el cambio social. La pobreza se acepta como inevitable y la innovación se considera como un comportamiento patológico. Así pues, la argumentación de Holmberg se asemeja mucho a la de Foster. La "cultura de la represión", como la "imagen del bien limitado", son percepciones objetivas del mundo campesino. Sus percepciones se interiorizan e institucionalizan, y constituyen los lentes a través de los cuales contemplan el mundo real, aunque ese mundo real cambie y les ofrezca oportunidades más tentadoras. Tanto Holmberg como Foster sugieren que las comunidades campesinas no se desarrollarán si no cambia antes su "cultura" o sus "sistemas cognoscitivos".

La secuela del argumento de que los campesinos comparten una cultura, independientemente de que tal cultura se considere distinta o no, es que su comportamiento económico puede explicarse en términos de sus actitudes, valores y sistemas cognoscitivos. Algunos autores como Foster se cuidan de indicar que actitudes semejantes a las de los campesinos aparecen también en otros agricultores (Foster, 1965). Pero con cierta frecuencia se supone que los agricultores de Occidente asignan los recursos racionalmente para maximizar su ganancia. Ya he indicado que esto no es del todo correcto; los agricultores de Occidente son influidos en la misma medida por valores, recompensas sociales, y deseos de satisfacción de sus propias necesidades personales y familiares. Los factores sociales son siempre importantes, y su entendimiento ayuda a elucidar el resultado de las decisiones tomadas por los productores. Pero aunque el análisis sociológico ayuda a elucidar el comportamiento económico, no lo explica por completo. Después de todo los campesinos producen para un mercado y compran en un mercado; algunas de sus decisiones o inacciones pueden explicarse con igual facilidad en términos del estado del mercado. Además, para alcanzar una meta —independientemente de que la meta sea la ganancia o la satisfacción de obligaciones sociales— todos los productores deben desarrollar estrategias económicas. Cuando un campesino decide cuánto maíz sembrar —la cantidad varía de un año a otro—, tiene que considerar el dinero necesario para comprar semillas, la mano de obra que necesitará, su capacidad para atraer trabajadores y las consecuencias de su elección en todas las demás actividades económicas. Normalmente evaluará la probabilidad de un rendimiento y su certeza. Hay, pues, un contexto económico para las acciones productivas; el resultado de estas acciones debe explicarse también en términos de la limitación de recursos y en términos de la obtención de metas, de valores culturales y de percepciones culturalmente determinadas.

Otra objeción a una explicación puramente sociológica de la actuación económica es que el comportamiento no es una función simple de los valores culturales. Las ideologías pueden guiar el comportamiento, pero también pueden emplearse para justificar actos del pasado motivados por otros factores. Hay una discusión considerable en la bibliografía (véase Edwars, 1967) acerca de si los individuos ordenan las perspectivas y las recompensas siempre en el mismo orden, o si el ordenamiento depende de condiciones particulares y del conjunto de oportunidades que se evalúan en el momento.

Además, no hay razón para suponer que en cualquier sociedad haya un sistema consistente de valores. Desde luego es menos

probable que ocurra así en las sociedades campesinas, porque de acuerdo con la mayoría de las definiciones los campesinos son parte integrante de sistemas nacionales más grandes. Una ideología provee al individuo de una visión de su propio mundo inmediato. Otra visión deriva de sus propias experiencias y de las realidades de su ambiente social. Un campesino de Tzintzuntzan o del sur de México puede abrigar ideas de igualdad y moderación pero también percibe las diferenciaciones sociales internas, como ocurre por ejemplo con el ordenamiento de los cargos religiosos ya descritos. Los miembros de la comunidad compiten también por la riqueza y el prestigio en virtud de su calidad de miembros de la sociedad más amplia. Conocen y comparten valores pertenecientes a la cultura nacional; el ejemplo del comerciante indígena de Chiapas es una ilustración de la aceptación por parte de todos de un conjunto doble de sistemas de valores.

Algunas de las explicaciones puramente sociológicas del comportamiento económico o de la resistencia a la innovación ilustran una ingenuidad del analista en lo que se refiere a algunos de los problemas económicos que afrontan los campesinos. Se ganaría mucho si el investigador de campo interesado en estos problemas no recabase sólo información sobre actitudes sino que además probase sus interpretaciones con las brutales realidades económicas.

Cualquier individuo, ya sea campesino, empresario occidental o agricultor, cuando advierte que una acción particular implica un riesgo, lo evalúa y decide cómo actuar. Los elementos son numerosos y se refieren a su ingreso, al costo de la empresa, a las remuneraciones, al tipo de activos que posee, a si su subsistencia se verá amenazada, a las oportunidades alternativas que sacrifica, a los medios para asegurar el bienestar de su familia, a su posición social, etcétera. Si a veces un campesino vacila en correr un riesgo, esto no implica que siempre huya de lo aleatorio. Existe una abundante bibliografía sobre el comportamiento azaroso, y las tendencias de la inversión indican que los individuos se arriesgan y compran seguros al mismo tiempo (véase Friedman y Savage, 1948). El comportamiento campesino no parece muy distinto del de los productores de Occidente y se analiza mejor en el contexto del esquema más general que como un caso especial; el ejemplo de los páez ilustra la forma en que ellos aseguraban su subsistencia y se arriesgaban con un cultivo comercial.

Muchas de las llamadas técnicas tradicionales no son más que formas bien probadas de minimizar la probabilidad de la pérdida total y la muerte por inanición. Sin precios de garantía del gobierno, los campesinos deben encontrar otros medios para asegurarse. Mencioné antes que los páez condenaban como moralmente mala la venta de grandes cantidades de alimentos por otros indígenas en el mercado. No era una regla rígida impuesta a todos los que vendieran alimentos. En realidad pocos indígenas producían alimentos para venderlos a comerciantes y seguían siendo buenos miembros de la comunidad. Su comportamiento no se juzgaba simplemente en términos de la regla, sino que se evaluaba en términos de la importancia económica de la regla, es decir, que se viera amenazada o no la seguridad de quienes dependían del vendedor de alimentos.

Las nuevas técnicas agrícolas implican de ordinario un costo en efectivo que puede ser desproporcionado en relación con el aumento de rendimiento prometido por los expertos. A menudo implican también un costo a largo plazo, por ejemplo en el mantenimiento del equipo, y costos indirectos ocultos que a menudo sólo percibe el agricultor campesino. Por ejemplo, una semilla nueva puede requerir un insumo mayor de mano de obra, lo que puede afectar el tiempo disponible para otras actividades agrícolas del agricultor *más seguras*. También deben considerarse las consecuencias sociales. Además, las técnicas nuevas sugeridas por los extensionistas no se prueban y ajustan adecuadamente a las muy variables condiciones locales. Aunque Rogers (1962) se aferra a la idea de que las actitudes de los campesinos explican la resistencia a aceptar los cambios, observa que cuanto mayor es el ingreso del agricultor más se inclina éste a aceptar técnicas nuevas. Se ha estimado que el costo del fertilizante puede absorber la mayor parte de los beneficios que un agricultor de bajos ingresos podría obtener de la innovación; por lo tanto, es más probable que las técnicas nuevas sean ensayadas por las granjas comerciales. Sólo un alto grado de confianza en un método nuevo puede inducir al agricultor más pobre a aceptarlo. Los agricultores aceptan una técnica nueva sólo mientras el riesgo anual no ponga en peligro el nivel de subsistencia.

Al tomar una decisión, un individuo selecciona de entre las innumerables oportunidades ofrecidas por el ambiente un conjunto suficientemente pequeño para poder evaluar los resultados probables de cada una y compararlos entre sí. Las oportunidades incluidas son las que le resultan obvias. El acondicionamiento cultural afecta en verdad la percepción pero no la define. También influyen las experiencias anteriores del individuo. La oportunidad debe tener además significación inmediata para el individuo en cuestión. Además, el individuo debe estar en condiciones de estimar las probabilidades de un resultado con convicción suficiente para animarse a elegir. Si se siente terriblemente inseguro acerca de todos los resultados y si todas las oportunidades son igualmente deseables, el agricultor demora las acciones y busca otras oportunidades (véase Edwards, 1967; Johnson, 1961; Shackle, 1952). Si una búsqueda no lleva al descubrimiento de un conjunto más adecuado de oportunidades donde pueda

hacerse la selección, las aspiraciones se reducen (véase Simon, 1959) o se recurre a la pasividad hasta que el acontecimiento obligue a actuar al agricultor. La pasividad y la desconfianza de los indígenas que describe Holmberg pueden entenderse en el contexto de la incertidumbre de su ambiente social y económico, y no simplemente como determinadas por la cultura de la opresión.

Referencias

Banfield, E. C. (1958), *The Moral Basis of a Backward Society*, The Free Press.
Bennett, J. W. (1966), "Further remarks on Foster's 'image of the limited good'", *American Anthropologist*, vol. 68, pp. 206-210.
Edwards, W. (1967), "The theory of decision making", W. Edwards y A. Tversky (comps.), *Decision Making*, Penguin Books (versión castellana en Serie de Lecturas núm. 27, FCE).
Faron, L. C. (1961), *Mapuche Social Structure: Institutional Reintegration in a Patrilineal Society of Central Chile*, University of Illinois Press.
Firth, R. (1951a), *Elements of Social Organization*, C. A. Watts.
— (1951b), *Malayan Fisherman: Their Peasant Economy*, Routledge & Kegan Paul.
Foster, G. M. (1965), "Peasant society and the image of the limited good", *American Anthropologist*, vol. 2, pp. 293-315.
— (1967a), *Tzintzuntzan: Mexican Peasants in a Changing World*, Little, Brown (versión castellana del FCE).
— (1967b), "Peasant character and personality", J. M. Potter, M. N. Díaz y G. M. Foster (comps.), *Peasant Society: A Reader*, Little, Brown.
Friedman, M., y L. J. Savage (1948), "The utility analysis of choices involving risk", *Journal of Political Economy*, vol. 56, pp. 279-304.
Hagen, E. E. (1962), *On the Theory of Social Change: How Economic Growth Begins*, Dorsey Press.
Holmberg, A. R. (1967), "Algunas relaciones entre la privación psicobiológica y el cambio cultural en los Andes", *América Indígena*, vol. 27.
Johnson, G. L. (comp.) (1961), *Study of Managerial Processes of Midwestern Farmers*, Iowa State University Press.
Kaplan, D., y B. Sadler (1956), "Foster's image of the limited good: an example of anthropological explanation", *American Anthropologist*, vol. 68, pp. 202-206.
Katona, G. (1963), *Psychological Analysis of Economic Behavior*, McGraw-Hill.
Kroeber, A. (1948), *Anthropology*, Harcourt, Brace & World.
Lewis, O. (1960), *Life in a Mexican Village; Tepotzlán Re-Studied*, University of Illinois Press.
Marriott, M. (1955), "Little communities in an indigenous civilization", M. Marriott, *Village India*, American Anthropological Association, Memoria 83.

48923
BIBLIOTECA
HISTÓRIA - FFLCH
USP

Myren, D. T. (s. f.), "The role of information in farm decisions under conditions of high risk and uncertainty", Primer Simposio Interamericano de Investigación sobre el Papel de las Comunicaciones en el Desarrollo Agrícola.
Ortiz, S. (1967), "The structure of decision-making", R. Firth (comp.), *Themes in Economic Anthropology*, Tavistock Publications.
Redfield, R. (1953), *The Primitive World and Its Transformation*, Cornell University Press.
Rogers, E. (1962), *Diffusion of Innovations*, Free Press.
Shackle, G. L. S. (1952), *Expectations in Economics*, Cambridge University Press.
Simon, H. A. (1959), "Theories of decision-making in economics", *American Economic Review*, vol. 49, pp. 253-283.
Siverts, H. (1969), "Ethnic stability and boundary dynamics in southern Mexico", F. Barth (comp.), *Ethnic Groups and Boundaries*, Little, Brown.
Thorner, D. (1963), "Peasant economy as a category in economic history", *Economic Weekly*, número especial, Bombay.
Wolf, E. R. (1951), "Closed corporate communities in Meso-America and Java", *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 13, pp. 1-18.
— (1955), "Types of Latin-American peasantry: a preliminary discussion", *American Anthropologist*, vol. 57, pp. 452-471.
— (1966), *Peasants*, Prentice-Hall.

24. LA CIUDAD Y EL CAMPO: LA INTERDEPENDENCIA CULTURAL *

Robert Redfield y Milton B. Singer

En este ensayo nos proponemos establecer un marco de ideas que puede resultar útil en la investigación del papel que desempeñan las ciudades en el desarrollo, la declinación o la trasformación de la cultura. El término "cultura" se emplea como en la antropología. El ensayo no contiene un informe de la investigación realizada. Ofrece un diseño de modelos; no describe condiciones o procesos observados; las referencias a ciudades o civilizaciones particulares son ilustrativas y tentativas.

Perspectivas temporales

El papel cultural de las ciudades puede considerarse por lo menos desde tres perspectivas de tiempo diferentes. En la perspectiva a largo plazo de la historia humana como un solo proceso (Brown y otros, 1939; Redfield, 1953b, pp. ix-xiii), la primera aparición de las ciudades marca un cambio revolucionario: los inicios de la civilización. En esta perspectiva las ciudades siguen siendo los símbolos y los vehículos de la civilización dondequiera que aparecen. En realidad la historia de la civilización puede narrarse entonces como la historia de las ciudades: desde las del Antiguo Cercano Oriente hasta las de la Grecia y la Roma Antiguas, y la Europa medieval y la moderna; y desde la Europa de ultramar hasta la América del Norte y la del Sur, Australia, el Lejano Oriente, y de vuelta a las del Cercano Oriente. En la perspectiva a corto plazo podemos estudiar el papel cultural de ciudades particulares en relación con sus zonas de influencia locales de pueblos y aldeas (Mandelbaum, 1949).[1] Aquí el intervalo de tiempo es el periodo de varios años de la investigación de campo o, en el mejor de los casos, la duración de la vida de las ciudades particulares estudiadas. Entre la perspectiva a largo plazo y la perspectiva a corto plazo hay una a mediano plazo delimitada por la historia vital de las diversas civilizaciones en que se hayan

* Extractado de Robert Redfield y Milton B. Singer, "The cultural role of cities", *Economic Development and Social Change*, vol. 3, 1954, pp. 53-73.

1 Véase Redfield, 1941. Este estudio, de descripción a corto plazo, trata también de verificar algunas ideas generales.

desarrollado las ciudades.[2] Ésta es la perspectiva adoptada cuando consideramos los efectos culturales de la urbanización dentro de la civilización mexicana,[3] o la civilización china, o la india, o la de Occidente. De ordinario es una perspectiva de varios miles de años y abarca en su órbita no sólo una ciudad particular y su zona de influencia, sino todo el patrón y la secuencia del desarrollo urbano característico de una civilización particular y de sus épocas culturales. [...]

En los numerosos estudios útiles de las ciudades elaborados por geógrafos urbanos, sociólogos y ecólogos, encontramos frecuentes referencias a las "funciones culturales" y a los "centros culturales" (Dickinson, 1951, pp. 253-254; Harris, 1943; Kneedler, 1951). Bajo estos rubros incluyen generalmente los centros y las actividades religiosas, educativas y artísticas, y los distinguen de los centros y las funciones administrativas, militares y económicas. Este uso de lo "cultural" es demasiado estrecho para los fines de un análisis comparativo del papel que desempeñan las ciudades en las transformaciones de la vida tradicional más o menos integrada de una comunidad. Evidentemente los centros y las actividades económicas y políticas pueden desempeñar en estos procesos un papel tan grande como en los estrechamente "culturales". Además, estas diferentes clases de centros y actividades se combinan y separan de diversas maneras y estos patrones cambiantes son los significativos. En las civilizaciones antiguas los centros urbanos eran de ordinario político-religiosos o político-intelectuales; en el mundo moderno son económicos (Fei Hsiao-Tung, 1953, pp. 91-117; Gadgil, 1944, pp. 6-12; George, 1952; Rowland, 1953, p. xvii; Spate y Ahmad, 1950). La mezquita, el templo, la catedral, el palacio real y la fortaleza son los "centros" simbólicos de las ciudades preindustriales. El "distrito comercial central" se ha vuelto simbólico del moderno centro urbano. En realidad podría escribirse una historia cultural comparada de las ciudades con base en los signifi-

2 Kroeber ha examinado recientemente los problemas de la delimitación de las civilizaciones en su artículo "The delimitation of civilizations" (1953). Véase también Jefferson, 1931.

3 Kirchhoff (1952, p. 254): "Me parece que la característica fundamental de Mesoamérica fue su carácter de sociedad estratificada, como la nuestra o la de China, basada en el eje de la ciudad y el campo. Hubo una clase gobernante nativa, con una ideología y una organización de clase, que desapareció por entero; hubo grandes centros culturales que, al igual que en nuestra vida, eran tan esenciales como Nueva York, Chicago, etcétera, para los Estados Unidos. Sería absurda una descripción de los Estados Unidos que no incluyera a estas ciudades. Lo mismo ocurre cuando describimos estos centros en el México antiguo... No son sólo las artes, los oficios y las ciencias los que constituyen los grandes cambios, sino la forma básica de la cultura que cambia de una estructura citadina a la forma más aislada, lo que constituye, en mi opinión, el cambio más total y radical de la historia... Cuando la ciudad se mutila, lo que resta se agrega como un subordinado a la cultura centrada en la nueva ciudad.

cados cambiantes de las palabras con que se designa a la ciudad. "Civitas" en el Imperio Romano significaba un distrito administrativo o eclesiástico. Más tarde, "ciudad" se aplicó al centro eclesiástico de un pueblo, de ordinario la catedral. Este uso sobrevive aún en nombres como "Île de la Cité" de uno de los primeros centros de París. Con el desarrollo de las "ciudades libres", la "ciudad" vino a significar los pueblos comerciales independientes con sus leyes propias (Dickinson, 1951, pp. 251-252; Pirenne, 1956). Hoy "la *city*" de Londres es un centro financiero, y cuando los norteamericanos hablan de *"going to town"* o de *"going downtown"* quieren decir que van al "distrito comercial central". De ordinario ellos piensan de cualquier ciudad grande como de un centro comercial y manufacturero, mientras que un francés tenderá más a considerar sus ciudades —desde luego a París— como "centros culturales".[4]

Por supuesto, este simbolismo no es una designación completamente correcta de lo que ocurre en la ciudad a que se refiere. Los centros eclesiásticos eran también en muchos casos centros de comercio y de artesanos, y el moderno "distrito comercial central" puede contener con frecuencia bibliotecas, escuelas, museos de arte, oficinas gubernamentales e iglesias, además de los establecimientos comerciales y las oficinas de negocios. Pero admitiendo esta distorsión real, este simbolismo nos ayuda a separar dos papeles culturales de las ciudades enteramente distintos, y provee una base para clasificar las ciudades aplicable a su papel cultural. Como un "distrito comercial central" la ciudad es obviamente un lugar de mercado, un lugar para comprar y vender, para "hacer negocios", y para realizar trueques e intercambios con personas que pueden ser completamente extrañas y de razas, religiones y credos diferentes. Aquí la ciudad funciona para propiciar relaciones en gran medida impersonales entre diversos grupos culturales. Por otra parte, como centro religioso o intelectual la ciudad es un faro para los fieles, un centro para el aprendizaje, la autoridad y quizá la doctrina que trasforma las "pequeñas tradiciones" implícitas de las culturas locales no urbanas en una "gran tradición" explícita y sistemática. Los variables papeles culturales de las ciudades, así separados y agrupados en dos clases de papeles que contrastan con las tradiciones locales de los habitantes no urbanos, y señalan una distinción a la que volveremos pronto y a la que entonces le daremos nombres.

[4] Véase el artículo sobre "Urbanización" escrito por W. M. Stewart en la decimocuarta edición de la *Encyclopaedia Britannica*, donde aparecen algunas variables culturales de la definición de "ciudad".

TIPOS DE CIUDADES

[...] La distinción básica para la consideración del papel cultural de las ciudades es la distinción entre el *progreso en dimensiones sistemáticas y reflexivas de una cultura antigua*, y la *creación de modos originales de pensamiento que tienen autoridad más allá de, o que se encuentran en conflicto con, viejas culturas y civilizaciones*. Podríamos pues hablar del papel cultural ortogénico de las ciudades por oposición al papel cultural heterogénico.

En ambos papeles la ciudad es un lugar donde ocurre el cambio cultural. Los papeles difieren en cuanto al carácter del cambio. En las medida en que la ciudad tiene un papel ortogénico no se trata de mantener la cultura como era; la ciudad ortogénica no es estática; es el lugar donde los especialistas religiosos, filosóficos y literarios reflexionan, sintetizan, y crean con los materiales tradicionales nuevos arreglos y desarrollos que la gente siente como retoños de lo antiguo. Lo cambiado es una nueva exposición de lo que había allí antes. En la medida en que la ciudad tiene un papel heterogénico es un lugar de conflicto de tradiciones diferentes, un centro de herejía, heterodoxia y disentimiento, de interrupción y destrucción de la tradición antigua, de desarraigo y anomia. Las ciudades son estas dos cosas, y los mismos hechos pueden parecer representativos de lo que aquí llamamos ortogénesis, o de heterogénesis, para distintas personas o grupos. La tendencia predominante puede ser en una de las dos direcciones, de modo que podemos caracterizar a la ciudad, o a esa fase de la historia de la ciudad, como en una dirección o la otra. Las listas anteriores sugieren que las diferencias en el grado de predominio de la ortogénesis o la heterogénesis en la ciudad son a veces muy marcadas.

La presencia del mercado no es en sí misma un hecho de cambio heterogénico. Regulado por la tradición, mantenido por las costumbres y las rutinas que se desarrollan a lo largo de largos periodos, el mercado puede florecer sin cambio heterogénico. En el pueblo musulmán medieval vemos una ciudad ortogénica; el mercado y el vigilante del mercado sometían las actividades económicas a una definición cultural y religiosa explícita de las normas. En el oeste de Guatemala la gente que viene al mercado casi no se comunica, excepto por lo que toca a la compraventa, y el mercado tiene escaso papel heterogénico. Por otra parte, en muchos casos el mercado propicia ocasiones en que hombres de tradiciones diversas pueden llegar a comunicarse y a diferir; y también ocurre en el mercado el intercambio basado en normas universales de utilidad, neutral en cuanto a órdenes morales particulares y en cierto sentido hostil a todas ellas. Por lo tanto, las ciudades del grupo 2 son poco propicias

para el cambio ortogénico pero no necesariamente productivas de cambio heterogénico.

LA CIUDAD Y LA SOCIEDAD POPULAR [5]

Podemos concebir la sociedad popular como esa combinación imaginaria de elementos sociales que caracterizaría a una comunidad integral (autónoma) establecida desde antiguo, homogénea, aislada y analfabeta; la cultura popular es esa sociedad vista como un sistema de entendimientos comunes. Tal sociedad puede observarse aproximadamente en un grupo tribal o aun aldea; no puede observarse así en una ciudad. ¿Cuáles son las características de la ciudad que pueden concebirse como opuestas a las de la sociedad popular?

La ciudad puede imaginarse como la comunidad donde han ocurrido en mayor medida las trasformaciones ortogénicas y heterogénicas de la sociedad popular. La primera ha producido la gran tradición y su clase intelectual especial, sus funcionarios administrativos y sus reglas íntimamente derivadas de la vida moral y religiosa de la cultura local, y sus instituciones económicas avanzadas, también obedientes a estos controles culturales locales. Las trasformaciones heterogénicas han logrado la liberación de la vida intelectual, estética, económica y política, de las normas morales locales, y han desarrollado por una parte una motivación expeditiva individualizada, y por la otra una perspectiva revolucionaria, autóctona, humanista o ecuménica, dirigida ahora hacia la reforma, el progreso y el cambio diseñado.

En virtud de que estos dos aspectos de los efectos de la ciudad sobre la cultura pueden ser en parte incongruentes entre sí, y dado que en efecto han ocurrido en grados y arreglos diferentes en ciudades particulares, podemos revisar ahora la clasificación de las ciudades antes propuesta para reconocer por lo menos dos tipos de ciudades concebidas desde este punto de vista:

1) *La ciudad de transformación ortogénica: la ciudad del orden moral*: la ciudad de la cultura trasmitida. En las primeras civilizaciones las primeras ciudades fueron de esta clase y de ordinario combinaban esta función de desarrollo cultural con el poder político y el control administrativo. Pero debe subrayarse que esta combinación ocurría porque prevalecían las normas morales y religiosas locales y porque encontraban un desarrollo intelectual en los literatos y un ejercicio de control de la comunidad en el gobernante y las leyes. Algunas de estas primeras ciudades combinaban estas dos "funciones" con el comercio y la producción económica; otras tenían poco de esto. Es como ciudades

[5] Véase Redfield, 1953a.

de una civilización predominantemente ortogénica que debemos ver a Peiping, Lasa, Uaxactún y la Lieja del siglo XIV.

2) *La ciudad de trasformación heterogénica: la ciudad del orden técnico*: la ciudad donde se han desintegrado las culturas locales y se desarrollan nuevas integraciones de la mente y la sociedad de los tipos descritos antes ("El papel heterogénico de las ciudades"). En las ciudades de esta clase los hombres se interesan por el mercado, por la organización "racional" de la producción de bienes, y por las relaciones expeditivas entre comprador y vendedor, gobernante y gobernado, y nacional y extranjero. En esta clase de ciudad predominan los tipos sociales de los empresarios, los administradores ajenos a sus administrados, y los rebeldes, reformadores, planeadores y conspiradores de muchas variedades. En las ciudades de esta clase se concede prioridad al crecimiento económico y a la expansión del poder entre los bienes de la vida. La metrópoli moderna exhibe mucho de este aspecto de la ciudad; el pueblo construido en el trópico por la United Fruit Company y la ciudad construida alrededor de la mina rusa de uranio deben tener muchas de sus características; los pueblos de la administración colonial en África deben mostrar muchos de sus rasgos. En realidad, en una u otra forma, todas las ciudades de los grupos 2, 3 y 4 son ciudades del orden técnico, y son ciudades favorables a la trasformación heterogénica del orden moral.[6]

Este tipo de ciudad puede subdividirse en la ciudad administrativa, ciudad de la burocracia (Washington, D. C., Camberra), y la ciudad del empresario (Hamburgo, Shangai). Por supuesto, muchas ciudades exhiben ambas características.

"En todo asentamiento tribal hay civilización; en toda ciudad se encuentra la sociedad popular." Podemos observar cualquier ciudad y ver dentro de ella la sociedad del pueblo en la medida en que las comunidades étnicas que la componen conservan características populares, y podemos ver en un pueblo de la antigua Mesopotamia o en el África occidental aborigen una posición intermedia entre la sociedad popular y la civilización ortogénica. También podemos ver en cada ciudad sus dobles características urbanas: podemos identificar las instituciones y los hábitos mentales allí prevalecientes con una u otra de las dos líneas de trasformación de la vida del pueblo originadas por la ciudad. Las trasformaciones heterogénicas han surgido en el curso de la historia, y el desarrollo de la moderna economía industrial de alcance mundial, aunado a los grandes movimientos de los pueblos

[6] En la trasformación heterogénica, la ciudad y su zona de influencia se involucran recíprocamente: el profeta conservador o reaccionario del campo lanza invectivas contra las innovaciones o apostasías de la ciudad; y el reformador con el mensaje radicalmente progresista se aleja de Medina y ataca a La Meca, o entra en Jerusalén.

y sobre todo a los relacionados con la expansión de Occidente, ha aumentado y acelerado este aspecto de la urbanización. Las ciudades recientes son predominantemente ciudades del orden técnico. Vemos casi simultáneamente ciudades persistentes del orden moral y ciudades del orden técnico: Peiping y Shangai, Cuzco y Guayaquil, un pueblo nativo en Nigeria y un puesto administrativo y centro ferroviario cercano.

La ciudad antigua, predominantemente ortogénica, no era en algunos casos (como ha observado Eberhard) el desarrollo simple de una sola cultura precivilizada, sino una ciudad (como en el caso de Loyang) donde conquistados y conquistadores vivían juntos, éstos extendiendo su tradición sobre aquéllos o aceptando su cultura. Lo que constituye el aspecto ortogénico de una ciudad es la integración y la interpretación uniforme de la cultura precedente, ya sean sus orígenes únicos o diversos. Salt Lake City y la Filadelfia de antaño, ciudades con gran carácter ortogénico, se establecieron por actos deliberados de sus fundadores. Salt Lake City creó su propia esfera de influencia sobre la frontera (como observó Harris). Sin duda podrán aducirse otras variaciones del patrón simple del origen y el desarrollo de una ciudad a partir de un asentamiento popular.

Transformación de las sociedades populares: urbanización primaria y secundaria

La descripción anterior de diversos tipos de ciudades es tal vez satisfactoria como algo preliminar, pero sus papeles culturales en las civilizaciones que representan no pueden entenderse del todo sino en relación con el patrón entero de urbanización dentro de esa civilización, es decir, el número, el tamaño, la composición, la distribución, la duración, la secuencia, la morfología, la función, las tasas de crecimiento y declinación, y la relación con el campo y con cada una de las demás ciudades dentro de una civilización. Tal información es rara para cualquier civilización. En el estado actual de nuestros conocimientos puede convenir que guiemos las investigaciones posteriores suponiendo dos patrones hipotéticos de urbanización: primario y secundario.[7] En la fase primaria una sociedad popular precivilizada se trasforma por la urbanización en una sociedad campesina y un centro urbano correlacionado. Es primaria en el sentido de que los pueblos que componen la sociedad popular precivilizada comparten más o menos una cultura común que sigue siendo también la matriz para la cultura campesina y la urbana que se desarrollan a partir de ella en el curso de la urbanización. Tal

7 Esta distinción es una extensión de la existente entre la fase primaria y la secundaria de las trasformaciones populares de Redfield (1953b, p. 41).

desarrollo, que ocurre lentamente en las comunidades sin perturbaciones radicales, tiende a reducir una "cultura sagrada" que gradualmente se trasmuta por los literatos de las ciudades en una "gran tradición". La urbanización primaria ocurre así casi por entero en el marco de una cultura nuclear que avanza, a medida que las culturas locales se urbanizan y trasforman, hacia una civilización autóctona. Esta cultura nuclear domina la civilización a pesar de intrusiones ocasionales de gente y culturas extranjeras. Cuando el encuentro con otros pueblos y civilizaciones es demasiado rápido e intenso una civilización autóctona puede ser destruida por la desurbanización, o puede mezclarse en variadas formas con otras civilizaciones (Kirchhoff, 1952).

Esto conduce al patrón secundario de la urbanización: el caso en que una sociedad popular, precivilizada, campesina o parcialmente urbanizada, se urbaniza por el contacto con pueblos de culturas muy diferentes de las de sus miembros. Esto se produce por la expansión de una cultura local, ahora parcialmente urbanizada, a regiones habitadas por personas de culturas diferentes, o por la invasión de una cultura-civilización de colonos o conquistadores extranjeros. Este patrón secundario produce no sólo una forma nueva de vida urbana parcialmente en conflicto con las culturas populares locales, sino también nuevos tipos sociales en la ciudad y en el campo. En la ciudad aparecen hombres "marginales" y hombres "cosmopolitas" y una "inteligencia"; en el campo aparecen diversos tipos de pueblos marginales: de enclaves, de minorías, imperializados, trasplantados, reformados, cuasi-pueblos, etcétera, dependiendo de la clase de relación con el centro urbano.

Este análisis comprende una historia del contacto de los pueblos en la aparición de las ciudades. Pero aquí debemos observar entre paréntesis que aun antes de la aparición de las ciudades pueden verse las relaciones entre comunidades pequeñas y primitivas como caracterizadas por una parte por una cultura común y por la otra por la utilidad mutua con conciencia de la diferencia cultural. La "fase primaria de la urbanización" es una continuación de la extensión de la cultura común desde un pequeño asentamiento primitivo hasta un pueblo y su esfera de influencia, y sin duda podría mostrarse en algunas partes de África occidental. La "fase secundaria de la urbanización" se inicia antes que las ciudades, en las instituciones de viajes y comercio entre comunidades locales con culturas distintas. En el occidente de Guatemala sencillos aldeanos indígenas viven hoy también en una comunidad comercial más amplia de culturas pluralistas (Redfield, 1939); no sabemos hasta qué punto ya sea los centros semiurbanos precolombinos o las ciudades de los conquistadores y gobernadores españoles modernos han moldeado este sistema social; es posible que estos pueblos estuvieran ya en camino de

la urbanización secundaria antes de que alcanzara prominencia cualquier centro nativo religioso o político.

Aunque no conocemos secuencias universales dentro de la urbanización primaria o la secundaria, es probable que el grado en que cualquier civilización se caracteriza por patrones de urbanización primaria o secundaria depende de la rapidez del desarrollo técnico y del alcance y la intensidad del contacto con otras culturas. Si el desarrollo técnico es lento y la civilización está relativamente aislada podemos esperar que prevalezca un patrón de urbanización primaria. En cambio, si el desarrollo técnico es rápido y los contactos son múltiples e intensos prevalecerá la urbanización secundaria.

Es posible que en la historia de cada civilización haya, necesariamente, una urbanización secundaria. En la moderna civilización occidental las condiciones son tales que la urbanización secundaria se convierte en la regla. Pero ni siquiera en las civilizaciones más antiguas se encuentran con facilidad ejemplos claros de la urbanización primaria, dadas las interacciones múltiples, las fluctuaciones violentas en las aventuras económicas y militares, los conflictos y la competencia entre ciudades y dinastías, y los ataques de los nómadas. Los mayas antes de la conquista española son quizá un buen ejemplo de la urbanización primaria (Redfield, 1953b, pp. 58-73; véase también Gann y Thompson, 1931; Morley, 1946). Los casos de las civilizaciones de Roma, Grecia, India, Egipto y Mesopotamia, aunque caracterizados por civilizaciones indígenas definidas, son sin embargo complejas porque se sabe poco del grado de homogeneidad cultural de los pueblos que formaron las culturas nucleares, y porque a medida que estas civilizaciones se volvieron imperiales trataron de asimilar a más y más pueblos diversos. Es posible también que la "semilla" irritante de una ciudad haya sido sembrada en algunas de ellas por el ataque conquistador de un imperio extranjero, por el deseo de copiar a otro imperio teniendo una capital, o por el simple robo de otro pueblo, con el desarrollo *subsecuente* alrededor de esta semilla de la "perla" de un crecimiento primario urbano, relativamente autóctono, que a su debido tiempo proyectará sus propios cabos imperiales secundarios. Así, Roma, Atenas, Chang-An y Loyang en la China antigua y Peiping más tarde; Pataliputra y Benarés; Menfis y Tebas, y Nipur y Ur, pueden haber sido durante un tiempo por lo menos vehículos simbólicos de lealtad para los imperios y las civilizaciones autóctonas respectivos, pero no fueron ciudades relativamente "ortogénicas" sino las ciudades mezcladas de la periferia de un imperio, las "ciudades coloniales" que llevaron la cultura nuclear a otros pueblos. Y en tales ciudades, de ordinario de características muy mezcladas, la gran tradición imperial no sólo era necesariamente muy difusa sino que además debía afrontar el reto

de conflictivas tradiciones locales. En las periferias imperiales la urbanización primaria se convierte en urbanización secundaria.[8]

Pueden percibirse tendencias semejantes en los tiempos modernos: las ciudades rusas del sur de Europa y Asia parecen haber sido muy mezcladas (Harris, 1945), las ciudades musulmanas no árabes se han desarrollado en África y el sur de Asia, y las ciudades coloniales de las potencias europeas admiten empleados nativos todos los días a las puertas de sus bancos en rascacielos. Es posible que las culturas nucleares sean homogéneas y creen civilizaciones autóctonas, pero a medida que se expanden hacia áreas nuevas muy alejadas de las culturas nacionales no tienen otra opción que construir ciudades "heterogénicas".

Las ciudades "coloniales" modernas (por ejemplo Yakarta, Manila, Saigón, Bangkok, Singapur, Calcuta) plantean el interrogante de que si pueden retroceder del papel "heterogénico" al "ortogénico". Durante cien años o más se han desarrollado como los confines de las civilizaciones imperiales, pero cuando los países en que se localizan logren la independencia política, ¿cambiarán las ciudades sus papeles culturales y contribuirán más a la formación de una civilización autóctona en sus áreas? Muchos obstáculos se encuentran en ese camino. Estas ciudades tienen poblaciones grandes, culturalmente diversas, no necesariamente europeas, por ejemplo los chinos en el sudeste asiático y los refugiados musulmanes e hindúes de provincias lejanas de la India; a menudo tienen barrios étnicos segregados, y sus funciones administrativas, militares y económicas establecidas no cambian fácilmente. Muchos problemas nuevos se han creado por un influjo repentino de poblaciones refugiadas en la posguerra, y por las posiciones cambiantes de las ciudades en los sistemas políticos y económicos de su país y del mundo. Aunque muchas de estas ciudades coloniales han sido centros de nacionalismo y de movimientos en pro de la resurrección de las culturas locales, no es probable que abandonen su pasado "heterogénico".[9]

[8] El caso de China es particularmente notable, porque la evidencia de una cultura nuclear dominante es inequívoca, pero se desconoce su relación con las culturas locales que puedan haber constituido su base. Véase Chi Li, 1928 y Eberhard, 1937.

Jones (1940) hace un buen estudio de la "difusión" y la "dilución" imperiales.

[9] Véase Fryer, 1953 y Spencer, 1951; este último trabajo es un resumen de un artículo de Jean Chesneaux. Véase también *Record of the XXVIIth Meeting of the International Institute of Differing Civilizations* (1952), sobre todo los ensayos de R. W. Steel y K. Neys.

LAS CONSECUENCIAS CULTURALES DE LA URBANIZACIÓN PRIMARIA Y LA SECUNDARIA

El examen anterior de la urbanización primaria y la secundaria ha sido apenas un bosquejo. Puede llenarse por referencia a algunas consecuencias postuladas de cada tipo de proceso. La consecuencia cultural más importante de la urbanización primaria es la trasformación de la pequeña tradición en una gran tradición. Incorporada en "libros sagrados" o "clásicos"; santificada por un culto; expresada en monumentos, en la escultura, la pintura y la arquitectura, y servida por las otras artes y ciencias, la gran tradición se convierte en la cultura nuclear de una civilización autóctona y en una fuente, conscientemente examinada, para la definición de sus normas morales, legales, estáticas y de otra índole cultural. Una gran tradición describe una forma de vida y como tal es un vehículo y un patrón para que quienes la compartan se identifiquen como miembros de una civilización común. En términos de estructura social un evento importante es la aparición de literatos, los que representan la gran tradición. Las nuevas formas de pensamiento que ahora aparecen y se extienden incluyen el pensamiento reflexivo y sistemático; la definición de sistemas fijos de ideas (teologías, códigos legales); el desarrollo de productos intelectuales esotéricos o en general inaccesibles por alguna otra razón, ahora separados en parte de la tradición popular, y la creación de formas intelectuales y estéticas a la vez tradicionales y originales (las ciudades del Renacimiento italiano; el desarrollo de la escultura maya "rococó" en las ciudades posteriores).

En el gobierno y la administración la ortogénesis de la civilización urbana está representada por jefes, gobernantes y leyes que expresan las normas de la cultura local y están estrechamente controlados por ellas. El jefe de los indios cuervos, en una sociedad precivilizada, y los primeros reyes de Egipto, eran de este tipo. El emperador chino estaba controlado en parte ortogénicamente por las enseñanzas y la ética confucianas; en alguna medida estaba presente aquí un desarrollo heterogénico. El procónsul romano y el Servicio Indio de los Estados Unidos, especialmente en ciertas etapas, fueron desarrollos políticos más heterogénicos.

Puede apreciarse que las instituciones económicas de las culturas y civilizaciones locales son ortogénicas en la medida en que la asignación de recursos a la producción y la distribución para el consumo está determinada por el sistema tradicional de posiciones y por las normas morales locales específicamente tradicionales. La casa de ñame del jefe de las Islas Trobriands es una acumulación de capital determinada por estos factores culturales. En la China antigua la distribución de los ingresos y de la "distribución" se hacía de acuerdo con obligaciones familiares: éstas son instituciones y prácticas económicas ortogénicas. El mercado, liberado de los controles de la tradición, la posición y la regla moral, se convierte en la institución económica heterogénica por todo el mundo.

En suma, la urbanización primaria tiende a coordinar la actividad política, económica, educativa, intelectual y estética con las normas previstas por las grandes tradiciones.

La consecuencia general de la urbanización secundaria es el debilitamiento o la invalidación de las culturales locales y tradicionales por estados mentales incongruentes con ellas. Entre ellos podemos reconocer:

1. El surgimiento de un consenso adecuado por el orden técnico, es decir, basado en el interés propio y en el cálculo pecuniario, o en el reconocimiento de la obediencia a controles impersonales comunes, en forma característica apoyados por sanciones de fuerza. (Esto por oposición a un consenso basado en normas morales religiosas y no expeditivas comunes.) Hay también un desarrollo autónomo de normas y patrones para las artes, las artesanías y las ciencias.

2. La aparición de sentimientos nuevos de causa común ligados a grupos de orígenes culturalmente heterogéneos. En la ciudad se forman proletariados y se desarrolla la conciencia de clase o la étnica, y también nuevos grupos profesionales y territoriales. La ciudad es el lugar donde se predica la reforma religiosa ecuménica (aunque no se origina allí). Es el lugar donde florece el nacionalismo. Del lado de la estructura social, la ciudad es el lugar donde se forman grupos nuevos y más grandes ligados por contados y poderosos intereses y sentimientos comunes, en lugar de los papeles y las posiciones complejamente interrelacionados que caracterizan a los grupos de cultura local, antigua. Entre los tipos sociales que aparecen en este aspecto del proceso cultural en la ciudad se encuentran el reformador, el agitador, el líder localista o nacionalista, el tirano y su asesino, el misionero y el maestro de escuela importado.

3. La inestabilidad del punto de vista en cuanto al futuro, y la tónica en la visión futurista más bien que en la retrospectiva del hombre en el universo. En las ciudades de influencia predominantemente ortogénica el pueblo mira hacia un futuro que repetirá el pasado (ya sea continuándolo o reponiéndolo en el ciclo). En las ciudades de influencia cultural predominantemente heterogénica hay una disposición a ver el futuro como diferente del pasado. Este aspecto de la ciudad es el que origina los movimientos de reforma, los mitos futuristas y la planeación revolucionaria o de mejoramiento. Quien mira hacia adelante puede ser optimista y radicalmente reformista, y puede ser pesimista, escapista, derrotista o apocalíptico. En la ciudad hay utopías y

contra-utopías. En la medida en que estos estados mentales nuevos sean seculares, mundanos, estimulan nuevas aspiraciones políticas y sociales y originan políticas.

Consecuencias para la visión del mundo, el etos y la personalidad típica

Podemos caracterizar en forma sumaria la diferencia de las consecuencias culturales generales de los patrones de urbanización primaria y secundaria afirmando que en la urbanización primaria todas las fases de orden técnico (tecnología material, economía, gobierno, artes, oficios y ciencias) se refieren, por lo menos en teoría, a las normas y los propósitos de un orden moral delineado en la gran tradición, mientras que en la urbanización secundaria diversas fases del orden técnico se liberan de esta referencia y experimentan acelerados desarrollos autónomos. En relación con este desarrollo parece quedarse atrás el orden moral, o mejor dicho los órdenes morales, porque ahora hay muchos órdenes morales que compiten entre sí (Redfield, 1953b, pp. 72-83).

Estas diferencias pueden describirse en otra forma: en términos de las consecuencias de las dos clases de urbanización para los cambios en la visión del mundo, el etos y la personalidad típica.[10] Describir las consecuencias en estos términos es describirlas en sus influencias y significados para la mayoría de los propios individuos componentes de la sociedad que experimenta la urbanización. Ahora preguntamos, ¿cómo afectan la urbanización primaria y la secundaria la perspectiva mental, los valores y actitudes, y los rasgos de la personalidad? Éstos son en parte interrogantes psicológicos, porque dirigen nuestra atención hacia los aspectos psicológicos de grandes procesos culturales.

Hay muchas descripciones de las consecuencias psicológicas de la urbanización. Se han descrito la perspectiva, el etos y la personalidad urbanos como despersonalizados, individualizados, emocionalmente superficiales y atomizados, inestables, secularizados, hastiados, racionalistas, cosmopolitas, muy diferenciados, autocríticos, coordinados con el tiempo, sujetos a cambios repentinos de humor y de modas, "dirigidos hacia otros", etcétera.[11] El consenso en estas descripciones y su aceptación general por los científicos sociales parecen suficientemente grandes

[10] Véase un examen más detallado de estos conceptos en Redfield (1953b, cap. 4) y (1955, caps. 5 y 6) en lo tocante a la personalidad y la actitud mental.

[11] Véase Fromm, 1941; Kroeber, 1948, sec. 121; Riesman y otros, 1950; Simmel, 1950 y Wirth, 1938. En cuanto a los efectos de la vida urbana sobre la coordinación del tiempo, véase Hallowell, 1937 y H. A. Hawley, 1950, cap. 15.

para indicar que hay probablemente una consecuencia psicológica general de la urbanización, aunque no pueda describirse y probarse con precisión. Sin embargo, nos gustaría sugerir que la "forma de vida urbana" descrita en las caracterizaciones anteriores es consecuencia sobre todo de la urbanización secundaria en una etapa particularmente crítica en que la desorganización personal y cultural se encuentra en su punto culminante. Para ver estas consecuencias en perspectiva es necesario relacionarlas por una parte con las consecuencias de la urbanización primaria y por la otra con las situaciones de urbanización secundaria que producen las formas nuevas de integración personal y cultural. Sobre todo es necesario rastrear las continuidades tanto como las discontinuidades de la perspectiva, los valores y la personalidad, tal como rastreamos la trasformación de las sociedades populares en su dimensión civilizada. El "campesino" es un tipo que representa un ajuste entre los valores de la tribu precivilizada y los de los habitantes urbanos. Los "literatos" que modelan una gran tradición no repudian los valores y la perspectiva de su esfera de influencia rural, sino que los sistematizan y refinan bajo una especialización técnica. La "inteligencia" cosmopolita y los "sofistas" de los centros metropolitanos tienen un prototipo en el "hereje" de la civilización autóctona. Y ni siquiera los centros urbanos más refinados carecen de espiritualistas, astrólogos y otros practicantes conectados con un pasado de índole popular (Masson-Oursel, 1916; Park, 1952a; Redfield, 1941).[12]

Las conexiones entre la cultura popular, la gran tradición y la cultura refinada de los centros urbanos heterogénicos pueden rastrearse no sólo en las continuidades de la secuencia histórica de un grupo particular de culturas locales que se urbanizan y desurbanizan, sino también en el desarrollo de dos formas distintas de conciencia cultural que aparecen en estas trasformaciones.

Integración cultural entre la ciudad y el campo

Por lo que llevamos dicho de la urbanización primaria y la secundaria se sigue que la ciudad y el campo se encuentran integradas más estrechamente, en lo cultural en la fase primaria de la urbanización que en la secundaria. Cuando la ciudad ha surgido de una cultura local los habitantes del campo ven sus maneras como en alguna medida importante una forma propia, y se sienten más amistosos hacia la ciudad que los habitantes del campo gobernados por un procónsul venido de lejos. El estereotipo de la "ciudad malvada" será más fuerte en las zonas de

[12] Chaudhuri (1951, pp. 361-362) hace algunas observaciones interesantes sobre la supervivencia de las creencias y las prácticas "populares" entre los habitantes de Calcuta.

influencia de las ciudades heterogénicas que en las de las ciudades ortogénicas. Muchas de estas últimas son centros sagrados de fe, aprendizaje, justicia y ley.

Sin embargo, aun en la urbanización primaria tiende a crearse una brecha cultural entre la ciudad y el campo. La misma formación de la gran tradición introduce tal brecha. Los literatos de la ciudad desarrollan los valores y la visión del mundo de la cultura local hasta un grado de generalización, abstracción y complejidad incomprensible para el aldeano ordinario, y así dejan fuera mucho del detalle local concreto de la geografía y la actividad aldeana. Los indígenas mayas que vivían en algún asentamiento rural cerca de Uaxactún pudieron no haber entendido las complejidades del calendario elaboradas por los sacerdotes en esa ciudad sagrada; y los rituales realizados en el santuario de la ciudad tenían un nivel elevado de significación para el sacerdote y otro significado inferior, conectado con la vida aldeana sólo en algunos puntos, para el indígena ordinario.

Por otra parte, la urbanización primaria comprende el desarrollo de instituciones y rasgos sociales característicos que unen la pequeña tradición y la gran tradición en cierto grado importante de entendimiento común. Podemos referirnos al desarrollo de estas instituciones y rasgos sociales como la universalización de la conciencia cultural, entendiendo por "universalización" la preservación y la extensión del entendimiento común en cuanto al significado y el propósito de la vida, y el sentimiento de unión con todos los miembros, rurales o urbanos, de la comunidad más amplia. En los párrafos siguientes se sugieren algunas de las formas en que ocurre esta universalización. Los ejemplos han sido tomados sobre todo de la India; es probable que tengan considerable validez en otras culturas.

1) La incorporación de la gran tradición en "libros sagrados" y secundariamente en monumentos sagrados, el arte, los íconos, etcétera. Tales "escrituras sagradas" pueden tener un lenguaje que no se lea o entienda en general; sin embargo, pueden convertirse en un punto fijo para la adoración y el ritual de la gente ordinaria. El lugar de la "Torah" en las vidas de los judíos ortodoxos, los Vedas entre los hindúes ortodoxos, las "Tres Canastas" para los budistas, los trece clásicos para los seguidores de Confucio, el Corán para los musulmanes, las estelas y los templos de los antiguos mayas, son todos ejemplos de tales escrituras sagradas, aunque puede variar el grado de su carácter sagrado y su posición canónica.

2) El desarrollo de una clase especial de "literatos" (sacerdotes, rabinos, imanes, bramanes) que tienen la autoridad necesaria para leer, interpretar y comentar las sagradas escrituras. Así el bramán aldeano que lee los *Gita* para los aldeanos en las ceremonias les comunica parte de la tradición hinduista.

La mediación de una gran tradición no es siempre tan directa. A nivel de la aldea puede realizarse en muchas formas: por las historias que los padres y abuelos cuentan a los niños, por recitadores y cuentistas profesionales, por actuaciones dramáticas y danzas, en canciones y proverbios, etcétera.

En la India la épica y los *puranas* se han traducido a las principales lenguas regionales y han sido asimilados por las culturas locales. Esta interacción de una "gran tradición" y la "pequeña tradición" de las culturales locales y regionales amerita mayor estudio, sobre todo en términos de los "mediadores" profesionales y semiprofesionales del proceso.

3) El papel de personalidades que por encarnar o conocer algunos aspectos de una gran tradición logran, a través de su posición personal como líderes, trasmitir una gran tradición a las masas del pueblo. Hay un vívido relato de este proceso en el libro de Jawarhalal Nehru, *Discovery of India*, en que describe primero cómo "descubrió" la gran tradición de la India en las ruinas de Mohenjo-Daro y otros monumentos arqueológicos, en sus ríos sagrados y ciudades sagradas, en su literatura, filosofía e historia. Y luego describe cómo descubrió las "pequeñas tradiciones" del pueblo y las aldeas, y cómo con sus discursos les llevó una visión de la *Bharat Mata* —La patria india— que trascendía los pequeños pedazos de tierra aldeana, la gente y las costumbres (Nehru, 1946, pp. 37-40, 45-51).

4) El relato de Nehru sugiere que los lugares físicos reales, los edificios y los monumentos —especialmente cuando se convierten en lugares de peregrinaje patriótico o sagrado— son medios importantes para una conciencia cultural más universalizada y para la difusión de una gran tradición. En la India ésta ha sido y sigue siendo una fuerza universalizadora especialmente importante. La santidad de los ríos y los poderes purificadores del agua datan desde la época del Rig Veda. Los budistas —quienes iniciaron tal vez la práctica de las peregrinaciones religiosas— creían que había cuatro lugares que un creyente debía visitar con admiración y reverencia: el lugar de nacimiento de Buda, el sitio en que alcanzó la iluminación de la introspección perfecta, el lugar en que el elefante loco lo atacó, y el lugar en que murió Buda. En los *Mahabharata* hay un libro entero sobre el tema de los lugares sagrados (el Libro Arareyaka). Aun un pecador purificado por el agua sagrada se irá al cielo. Y el alma lista para el *moksha* lo alcanzará seguramente si el peregrino muere en una peregrinación (Patil, 1946, apéndice B). Hoy los millones de peregrinos que afluyen a lugares sagrados tan prominentes como Allahabad o Benarés crean problemas de seguridad pública y de congestionamiento urbano, pero ellos, como Nehru, también están descubriendo el *Bharat Mata* más allá de sus aldeas.

En la India la "geografía sagrada" ha desempeñado también un papel importante en la determinación de la localización y la disposición de aldeas y ciudades, y en esta forma ha creado una continuidad cultural entre el campo y los centros urbanos. En la India antigua, por lo menos, cada aldea y cada ciudad tenía un "centro sagrado" con templo, estanque y jardín. Y los árboles y plantas asociados con el santuario también se sembraban en jardines privados, porque también las familias tenían su centro sagrado; la casa es el "cuerpo" de un espíritu (Varta Purusha), así como el cuerpo humano es la "casa" del alma (Ayyer, s. f.; Geddes, 1947; Kramrisch, 1946; Linton Bogle, 1929; Mudgett y otros, s. f.; Ramanayya, 1930; Rao, s. f.).

En cada uno de estos niveles —de familia, aldea y ciudad—, el "centro sagrado" provee el foro, el vehículo y el contenido para la formación de distintas identidades culturales —de familias, aldeas y ciudades. Pero cuando los individuos emigran, aunque sus contactos con otros se vuelven menos íntimos y menos frecuentes, son arrastrados por la continuidad de los "centros sagrados", sintiendo una conciencia de un solo universo cultural donde la gente considera sagradas las mismas cosas, y donde las similitudes de las obligaciones cívicas en la aldea y la ciudad de mantener los estanques, construir plazas públicas, plantar árboles frutales, y erigir plataformas y santuarios, es testimonio concreto de patrones comunes de virtud y responsabilidad.

Es seguro que cosas como éstas —una "escritura sagrada" y una clase sagrada que la interprete, personalidades destacadas, la "geografía sagrada" y los ritos y ceremonias asociados— deben ser en toda civilización importantes vehículos para la formación de esa conciencia cultural común que configura una gran tradición y a la que ésta debe apelar para mantenerse viva. Es en este sentido que la universalización es un ingrediente necesario en la formación y el mantenimiento de la conciencia cultural. Además, como hemos visto en el examen del papel de la "geografía sagrada" en la formación del hinduismo, este proceso no se inicia sólo en el punto en que el aldeano y el habitante urbano funden sus identidades culturales diferentes en una identidad superior, sino que ya está funcionando en los niveles más simples de la familia, la casta y la aldea, y debe desempeñar un papel importante en la formación y el mantenimiento de la pequeña tradición en estos niveles.[13]

[13] Véase Robert Redfield (1955, cap. 8) en lo tocante a la comunidad pequeña "como una comunidad dentro de comunidades". Además de los factores anteriores, ha sido usual singularizar elementos especiales del contenido de la visión del mundo y los valores de una gran tradición como explicaciones de la "universalización" de las grandes tradiciones. Con frecuencia se ha sostenido, por ejemplo, que las religiones monoteístas que sancionan un sistema social de "clases abiertas" resultarán más aceptables para los individuos comunes y se difundirán con mayor rapidez que las religiones politeístas que sancionan sistemas de "castas". (Véase, por ejemplo, Kissling, 1955). F. S. C. Northrop y Arnold Toynbee asignan gran importancia al contenido ideológico de las culturas como factores de su difusión, aunque obtienen resultados diferentes. Es posible que tales aspectos especiales del contenido sean importantes en la formación y la difusión de algunas religiones particulares en algún momento particular, pero es dudoso que tuvieran el mismo papel en civilizaciones diferentes en todas las circunstancias. En su reciente estudio de los coorgos del sur de la India, Srinivas sostiene con considerable verosimilitud que la difusión del hinduismo por toda la India ha dependido de su politeísmo, lo que ha facilitado la incorporación de toda clase de deidades ajenas, y de un sistema de castas que asimila todo grupo nuevo, cultural o étnico, como una casta especial. Otra dificultad del empleo de rasgos especiales del contenido de alguna tradición particular como explicación general de la formación y el mantenimiento de cualquier gran tradición, es que inevitablemente seleccionamos rasgos que se han cristalizado sólo tras un largo periodo de desarrollo y lucha históricos. Éstos son factores más importantes en la explicación del desarrollo y la difusión *posteriores* que en la explicación de los procesos culturales-psicológicos que han acompañado a la urbanización primaria. La "universalización" de fes universales nos lleva al terreno de la urbanización secundaria donde deben acomodarse culturas diversas y opuestas.

La integración de la ciudad y el campo en la fase secundaria de la urbanización no puede descansar en una conciencia cultural común básica ni en una cultura común, porque no hay ninguna. La integración rural-urbana en esta fase de la urbanización descansa sobre todo en la mutualidad de intereses y en las relaciones "simbióticas" descritas a menudo (Park, 1952c). La ciudad es una "estación de servicio" y un centro de recreo para el campo, y el campo es una "canasta de alimentos" para la ciudad. Pero aunque la diversidad de grupos culturales y la ausencia de una cultura común hace primordialmente técnica la base de la integración, aun esta clase de integración requiere una especie de conciencia cultural para mantenerse viva. Nos referimos a la conciencia de las diferencias culturales y al sentimiento de que ciertas formas de asociación intercultural representan un beneficio suficientemente grande para superar la repugnancia de los tratos con "extranjeros". Podemos llamar a esto un "ensanchamiento" de los horizontes culturales suficiente para cobrar conciencia de otras culturas y de la posibilidad de que nuestra propia sociedad pueda requerir su presencia en ciertos sentidos. Parafraseando a Adam Smith, el cliente cristiano norteamericano no contempla el interés del panadero (judío), del vendedor de tapetes (turco) y de la lavandería (francesa) cuando trata con ellos, sino el suyo propio.

Esta es una base psicológica práctica para la admisión del extranjero y la tolerancia de las minorías extranjeras, aun al nivel de la sociedad popular.[14] En una cita de las *Institutions of Athens* que Toynbee ha titulado, quizá con ironía, "Liberté-Egalité-Fraternité", se nos dice que la razón por la cual Atenas ha "aplicado

[14] Véase Redfield (1953b, pp. 33-34) en cuanto a la institucionalización de la hospitalidad hacia los extraños en las sociedades campesinas.

los beneficios de la democracia a las relaciones entre los esclavos y los hombres libres y entre los extranjeros y los ciudadanos" es que "el país requiere la residencia permanente de los extranjeros en su seno, dada la multiplicidad de intercambios comerciales y de actividades marítimas" (Toynbee, 1950, pp. 48-49; véase también Mandelbaum, 1939).

Cuando todas las clases de una población, o muchas de ellas, son culturalmente extrañas entre sí, y cuando algunos de los habitantes de la ciudad son culturalmente ajenos a los habitantes del campo, es obvia la necesidad de una conciencia cultural más amplia. En las sociedades donde el cambio social es lento, y se ha desarrollado un ajuste de utilidad recíproca y de residencia vecina pacífica de diversos grupos culturalmente diferentes pero no en demasía, la sociedad culturalmente compleja puede ser estable (Redfield, 1939). Pero cuando el desarrollo urbano es grande tales condiciones tenderán a ser inestables. Cada grupo puede afrontar a perpetuidad las creencias y las prácticas de los otros grupos. Prevalecerán patrones dobles de moralidad, porque cada grupo cultural tendrá un código para su "propia clase" y otro para los "forasteros". Este enfrentamiento simultáneo adentro y afuera pone en tensión ambos códigos. Pueden aparecer entonces las tendencias hacia el proselitismo, al retiro y el fortalecimiento interno, a la persecución y la búsqueda de chivos expiatorios; puede aun haber temores de disturbios y matanzas. En tales circunstancias los intelectuales se convierten en los principales exponentes de una conciencia cultural "cosmopolita" ampliada, inventando fórmulas de tolerancia universal, y de beneficio del entendimiento recíproco y ensalzando la libertad para experimentar en diversas formas de vida. Pero no siempre prevalecen sobre los cruzados más violentos y fanáticos de alguna forma de pureza cultural.

En la urbanización primaria, cuando el desarrollo técnico estaba muy atrasado, se formó una conciencia cultural común. El estudiante, el maestro, el peregrino, y el santo que viaja, o aun el humilde aldeano que va al pueblo vecino, pueden sorprenderse con visiones extrañas y maravillosas, pero a lo largo de su viaje están protegidos del choque cultural y de la desorientación por la brújula de la cultura común. En los tiempos antiguos estudiantes y maestros venían de todas partes de la India, y aun de países distantes, a estudiar en Taxila, así como iban de toda Grecia a Atenas. En la urbanización secundaria, sobre todo en las condiciones modernas, los desarrollos técnicos en materia de trasportes, viajes y comunicaciones, facilitan y aceleran enormemente los contactos culturales. No es fácil describir brevemente los efectos de este desarrollo sobre la conciencia cultural común. Hacen menos importantes las diferencias culturales más tradicionales. Proveen una base amplia de entendimiento común

en cuanto a los instrumentos y los medios prácticos de subsistencia. Es claro por lo menos que la integración resultante del campo y la ciudad no es la misma clase de sentido de propósito común en la vida que se proveía a los habitantes rurales y urbanos a través de las instituciones mediadoras entre la pequeña tradición y la gran tradición que mencionamos anteriormente. En este punto la investigación enfoca las cuestiones planteadas ahora acerca de la "cultura masiva" de las grandes sociedades modernas.

Las ciudades como centros de innovación, difusión y progreso cultural

Suele afirmarse que la ciudad, y no el campo, es la fuente de las innovaciones culturales, que tales innovaciones se trasmiten de la ciudad al campo y que la "difusión" es más o menos inversa a la distancia del centro urbano (Chabot, 1931, pp. 432-437; Hiller, 1941; Jefferson, 1939; Park, 1952b; Park, 1952d; Sorokin y Zimmerman, 1929, cap. 17; Spate, 1942). No se objeta esta opinión como equivocada —pues hay muchas pruebas en su apoyo—, pero se dice que deben especificarse los límites y las condiciones de su validez. Parece suponer, por ejemplo, que en los procesos del cambio cultural, innovación y difusión, y "ciudad" y "campo" son puntos de referencia fijos sin historia ni interacción, y que no se relacionan fundamentalmente con contextos más amplios de cambio cultural. Pero tales supuestos —si se dan alguna vez— sólo serían válidos bajo las condiciones más excepcionales y a corto plazo. Una cosa es afirmar que una gran ciudad metropolitana es un "centro" de innovación y difusión cultural para su zona de influencia inmediata en un momento particular; otra es averiguar cómo se formó ese centro, a lo largo de qué periodo y por cuáles estímulos. En otras palabras, a medida que alargamos el periodo de tiempo, incluimos el surgimiento y la caída de complejas distribuciones de ciudades, tomamos en cuenta las interacciones recíprocas entre ellas y sus zonas de influencia, y también consideramos las interacciones con otras civilizaciones y *sus* patrones rurales-urbanos, encontramos que los procesos de innovación y "flujo" cultural son demasiado complejos para manejarlos con simples leyes mecánicas relativas a la dirección, la velocidad y el "flujo" de la dirección cultural entre la "ciudad" y el "campo". Las ciudades mismas son criaturas a la vez que creadoras de este proceso, y se requiere una amplia perspectiva de culturas comparadas para empezar a conocer su naturaleza. Aunque esta perspectiva no produce quizá generalizaciones sencillas acerca de la dirección y las tasas de la difusión cultural, la ampliación del punto de vista sugerida aquí puede arrojar alguna

los beneficios de la democracia a las relaciones entre los esclavos y los hombres libres y entre los extranjeros y los ciudadanos" es que "el país requiere la residencia permanente de los extranjeros en su seno, dada la multiplicidad de intercambios comerciales y de actividades marítimas" (Toynbee, 1950, pp. 48-49; véase también Mandelbaum, 1939).

Cuando todas las clases de una población, o muchas de ellas, son culturalmente extrañas entre sí, y cuando algunos de los habitantes de la ciudad son culturalmente ajenos a los habitantes del campo, es obvia la necesidad de una conciencia cultural más amplia. En las sociedades donde el cambio social es lento, y se ha desarrollado un ajuste de utilidad recíproca y de residencia vecina pacífica de diversos grupos culturalmente diferentes pero no en demasía, la sociedad culturalmente compleja puede ser estable (Redfield, 1939). Pero cuando el desarrollo urbano es grande tales condiciones tenderán a ser inestables. Cada grupo puede afrontar a perpetuidad las creencias y las prácticas de los otros grupos. Prevalecerán patrones dobles de moralidad, porque cada grupo cultural tendrá un código para su "propia clase" y otro para los "forasteros". Este enfrentamiento simultáneo adentro y afuera pone en tensión ambos códigos. Pueden aparecer entonces las tendencias hacia el proselitismo, al retiro y el fortalecimiento interno, a la persecución y la búsqueda de chivos expiatorios; puede aun haber temores de disturbios y matanzas. En tales circunstancias los intelectuales se convierten en los principales exponentes de una conciencia cultural "cosmopolita" ampliada, inventando fórmulas de tolerancia universal, y de beneficio del entendimiento recíproco y ensalzando la libertad para experimentar en diversas formas de vida. Pero no siempre prevalecen sobre los cruzados más violentos y fanáticos de alguna forma de pureza cultural.

En la urbanización primaria, cuando el desarrollo técnico estaba muy atrasado, se formó una conciencia cultural común. El estudiante, el maestro, el peregrino, y el santo que viaja, o aun el humilde aldeano que va al pueblo vecino, pueden sorprenderse con visiones extrañas y maravillosas, pero a lo largo de su viaje están protegidos del choque cultural y de la desorientación por la brújula de la cultura común. En los tiempos antiguos estudiantes y maestros venían de todas partes de la India, y aun de países distantes, a estudiar en Taxila, así como iban de toda Grecia a Atenas. En la urbanización secundaria, sobre todo en las condiciones modernas, los desarrollos técnicos en materia de trasportes, viajes y comunicaciones, facilitan y aceleran enormemente los contactos culturales. No es fácil describir brevemente los efectos de este desarrollo sobre la conciencia cultural común. Hacen menos importantes las diferencias culturales más tradicionales. Proveen una base amplia de entendimiento común

en cuanto a los instrumentos y los medios prácticos de subsistencia. Es claro por lo menos que la integración resultante del campo y la ciudad no es la misma clase de sentido de propósito común en la vida que se proveía a los habitantes rurales y urbanos a través de las instituciones mediadoras entre la pequeña tradición y la gran tradición que mencionamos anteriormente. En este punto la investigación enfoca las cuestiones planteadas ahora acerca de la "cultura masiva" de las grandes sociedades modernas.

Las ciudades como centros de innovación, difusión y progreso cultural

Suele afirmarse que la ciudad, y no el campo, es la fuente de las innovaciones culturales, que tales innovaciones se trasmiten de la ciudad al campo y que la "difusión" es más o menos inversa a la distancia del centro urbano (Chabot, 1931, pp. 432-437; Hiller, 1941; Jefferson, 1939; Park, 1952b; Park, 1952d; Sorokin y Zimmerman, 1929, cap. 17; Spate, 1942). No se objeta esta opinión como equivocada —pues hay muchas pruebas en su apoyo—, pero se dice que deben especificarse los límites y las condiciones de su validez. Parece suponer, por ejemplo, que en los procesos del cambio cultural, innovación y difusión, y "ciudad" y "campo" son puntos de referencia fijos sin historia ni interacción, y que no se relacionan fundamentalmente con contextos más amplios de cambio cultural. Pero tales supuestos —si se dan alguna vez— sólo serían válidos bajo las condiciones más excepcionales y a corto plazo. Una cosa es afirmar que una gran ciudad metropolitana es un "centro" de innovación y difusión cultural para su zona de influencia inmediata en un momento particular; otra es averiguar cómo se formó ese centro, a lo largo de qué periodo y por cuáles estímulos. En otras palabras, a medida que alargamos el periodo de tiempo, incluimos el surgimiento y la caída de complejas distribuciones de ciudades, tomamos en cuenta las interacciones recíprocas entre ellas y sus zonas de influencia, y también consideramos las interacciones con otras civilizaciones y *sus* patrones rurales-urbanos, encontramos que los procesos de innovación y "flujo" cultural son demasiado complejos para manejarlos con simples leyes mecánicas relativas a la dirección, la velocidad y el "flujo" de la dirección cultural entre la "ciudad" y el "campo". Las ciudades mismas son criaturas a la vez que creadoras de este proceso, y se requiere una amplia perspectiva de culturas comparadas para empezar a conocer su naturaleza. Aunque esta perspectiva no produce quizá generalizaciones sencillas acerca de la dirección y las tasas de la difusión cultural, la ampliación del punto de vista sugerida aquí puede arrojar alguna

luz sobre los procesos del cambio cultural, incluida la formación y la "influencia" cultural de las ciudades.

En una fase primaria de urbanización, cuando las ciudades se están desarrollando a partir de las sociedades populares, parece carente de sentido afirmar que, por ejemplo, la dirección del flujo cultural es de la ciudad al campo. En estas condiciones, una cultura popular se trasforma en una cultura urbana que es una especialización de ella, y si queremos hablar de la "dirección del flujo" tendría más sentido contemplar el proceso como uno de una serie de concentraciones y nucleaciones dentro de un campo común. Y a medida que ocurren estas concentraciones la "pequeña tradición" común no ha permanecido inerte; en realidad puede conservar una mayor vitalidad y disposición para el cambio que la gran tradición sistematizada que se "localiza" en clases especiales y en los centros urbanos. Desde este punto de vista los conceptos espaciales y mecánicos de "dirección" y "tasa" del flujo, etcétera, son sólo metáforas de los procesos comprendidos en la formación de una gran tradición. Las relaciones culturales entre la ciudad y el campo deben establecerse en otros términos, en los de la historia sociocultural y de los procesos psicológico-culturales. El espacio físico y el tiempo pueden ser obstáculos y propiciadores de estos procesos pero no son los determinantes fundamentales de la "moción" cultural como lo son de la moción física.

En las condiciones de urbanización secundaria los conceptos espaciales y mecánicos parecen más adecuados porque los individuos y los bienes son más móviles y el desarrollo técnico de los canales de trasportación y comunicación es tal que permite una medición muy precisa de sus distribuciones y de sus "flujos". Pero aquí también es posible que estemos midiendo sólo hechos físicos cuya significación cultural permanece indeterminada o, en el mejor de los casos, podemos estar documentando sólo una tendencia cultural particularmente reciente a analizar las relaciones interculturales en términos cuantitativos, abstractos y no culturales. Es poco realista el supuesto de una "difusión" continua y cuantitativamente divisible a partir de un centro urbano fijo.

Podemos ver a Cantón o a Calcuta como centros para la difusión de la cultura de Occidente en el "Oriente". Podemos ver también a estas ciudades como formaciones metropolitanas relativamente recientes, iniciándose como avanzadas menores de las civilizaciones orientales, atrayendo luego a extranjeros y a nativos desarraigados cuya fortuna variaba con los eventos mundiales, y convirtiéndose por último no tanto en centros para la introducción de estilos occidentales como en centros para los movimientos localistas e independentistas tendientes a la eliminación del control y la dominación de Occidente. "Todo lo nuevo

ocurre en Cantón", se dice en China. En tal caso no tenemos una difusión simple, ni una trasmisión de la influencia urbana desde una ciudad, sino más bien una interacción cultural que ocurre en el contexto de una civilización antigua con su propio patrón de urbanización complejo y cambiante, ahora en contacto con una civilización más nueva y diferente, y produciendo resultados que no se conforman a ninguna de las dos.

La ciudad puede considerarse, pero sólo en forma muy incompleta, como un centro de difusión hacia afuera de la idea del progreso. Es cierto que el progreso, como las ideologías del nacionalismo, el socialismo, el comunismo, el capitalismo y la democracia, tiende a formarse en las ciudades, y es en las ciudades que se forman los profetas y los líderes de estas doctrinas. Pero los estados mentales de los pueblos orientales y africanos no son copias de las mentes de los exponentes occidentales del progreso, ni de una u otra doctrina política o económica. Hay algo parecido a una revolución en los humores y las aspiraciones de los pueblos no europeos de hoy.[15] El oriental se rebela contra el Occidente. No toma justo lo que puede tomarse prestado en una ciudad; a veces hace lo contrario: el idioma holandés se abandona en Indonesia. Allí la antropología, a causa de su asociación con el régimen holandés, no se difunde desde ninguna ciudad sino que se contempla con suspicacia. Además, la influencia de Occidente no simplemente sale de las ciudades: también salta a las regiones rurales; un reformador urbano de Yucatán, Carrillo Puerto, incita a los indígenas de las aldeas para que se unan a su guerra civil en favor del progreso y la libertad contra terratenientes y habitantes urbanos; los marxistas descubren que la revolución puede tener como base los campesinos sin siquiera esperar el desarrollo de un proletariado industrial (Mitrany, 1952).

La concepción del progreso es en sí misma una idea moldeada por una cultura o civilización, la del Occidente reciente, a la que expresa.[16] Lo que Toynbee y otros han llamado la "occidentalización" del mundo puede ser la difusión de sólo partes de las ideas asociadas en Occidente con la palabra "progreso". No puede suponerse confiadamente, sin más investigación, que la difusión de las ideas occidentales desde las ciudades lleva al campo

15 Véase en Redfield (1955, cap. 7, "La pequeña comunidad como una historia") un examen más amplio de estos conceptos de "disposición", "aspiración" y "política", tal como podrían figurar en los estudios de comunidades.

16 Véase en Kroeber (1948, secs. 127, 128) y en Singer (1900) un examen de algunas de las pruebas sobre este punto para las culturas indias norteamericanas. Véase también Redfield (1950), especialmente el cap. 8, "Chan Kom, su etos y su éxito". Se encontrará material reciente sobre comparaciones de sistemas de valores de diversas culturas en Forde (1954) y en las próximas publicaciones del Proyecto del Estudio de Valores dirigido por Clyde Kluckhohn en la Universidad de Harvard.

un sistema nuevo y occidental de valores que hace hincapié en el trabajo arduo, el espíritu de empresa, una visión favorable del cambio social y una fe fundamental en la prosperidad material. En los casos de algunos de los pueblos afectados por la urbanización moderna es posible que estos valores ya se encuentren presentes. En otros casos la aparente difusión del progreso puede resultar, en un examen más minucioso, en un retorno a valores antiguos distintos de los de Occidente. Los movimientos nacionalistas son en parte un regreso nostálgico a la vida tradicional local. Entenderemos mejor las variedades y las complejidades de las relaciones actuales entre la ciudad y el campo cuando comparemos los valores y las visiones del mundo de las ideologías modernizadoras, y los de la pequeña tradición y gran tradición de las culturas y civilizaciones afectadas por el Occidente moderno. Es posible que tales estudios[17] descubran una mayor "ambivalencia" en la inclinación a la modernización que la que reconocemos en Occidente; que el espíritu progresista de Asia y África no sea simplemente una decisión de seguir la senda de las convicciones progresistas que nosotros hemos recorrido, sino más bien, en medida importante, un esfuerzo de los pueblos "atrasados" por recuperarse de sus encuentros perturbadores con el Occidente mediante un retorno a los "centros sagrados" de sus antiguas civilizaciones autóctonas.

Referencias

Ayyer, C. P. V. (s. f.), Town Planning in the Ancient Dekkan, con una Introducción de P. Geddes, Madrás.
Barnouw, V. (1954), "The changing character of a Hindu festival", *American Anthropologist*, febrero.
Brown, W. N., y otros (1939), "The beginnings of civilization", *Journal of American and Oriental Societies*, sup. núm. 4, diciembre.
Chabot, G. (1931), "Les zones d'influence d'une ville", *Cong. int. Geog.*, vol. 3.
Chaudhuri, N. C. (1951), *The Autobiography of an Unknown Indian*, Macmillan.
Chi Li (1928), *The Formation of the Chinese People*, Harvard University Press.
Dickinson, R. E. (1951), *The West European City*, Routledge & Kegan Paul.
Eberhard, W. (1937), *Early Chinese Cultures and Their Development*, Informe Anual del Instituto Smithsoniano, 1938.
Fei Hsiao-Tung (1953), *China's Gentry, Essays in Rural-Urban Relations*, University of Chicago Press.

[17] Se han hecho varios de estos estudios. Véase, por ejemplo, Barnouw, 1954; Mus, 1952; Sarkisyanz, 1953, y Shen-Yu Dai, 1952.

Forde, D. (comp.) (1954), *African Worlds*, Oxford University Press, para el Instituto Internacional Africano.
Fromm, E. (1941), *Escape from Freedom*, Holt, Rinehart & Winston.
Fryer, D. W. (1953), "The 'million city' in southeast Asia", *Geographic Review*, vol. 43, octubre.
Gadgil, D. R. (1944), *The Industrial Revolution of India in Recent Times*, Oxford University Press.
Gann, T., y J. E. Thompson (1931), *The History of the Maya*, Nueva York.
Geddes, P. (1947), *Patrick Geddes in India*, J. Tyrwhitt (comp.), Humphries.
George, P. (1952), *La Ville*, París.
Hallowell, P. (1937), "Temporal orientations in Western and non-Western cultures", *American Anthropologist*, vol. 39.
Harris, C. (1943), "A functional classification of cities in the United States", *Geographic Review*, vol. 33.
— (1945), "Ethnic groups in cities of the Soviet Union", *Geographic Review*, vol. 35.
Hawley, H. A. (1950), *Human Ecology*, Nueva York.
Hiller (1941), "Extension of urban characteristics into rural areas", *Rural Sociology*, vol. 6.
Jefferson, M. (1931), "Distribution of the world's city folk: a study in comparative civilization", *Geographia*.
— (1939), "The law of the primate city", *Geog. Rev.*, pp. 226-232.
Jones, A. H. M. (1940), *The Greek City from Alexander to Justinian*, Oxford University Press.
Kirchhoff, P. (1952), "Four hundred years after: general discussions of acculturation, social change and the historical provenience of culture elements", S. Tax y otros (comps.), *Heritage of Conquest*, Free Press.
Kissling, H. J. (1955), "The sociological and educational role of the Dervish orders in the Ottoman Empire", G. E. von Grunebaum (comp.), *Unity and Variety in Muslim Civilization*, University of Chicago Press.
Kneedler, G. M. (1951), "Function types of cities", reproducido en P. K. Hatt y A. J. Reiss, Jr. (comps.), *Reader in Urban Sociology*, Free Press.
Kramrisch, S. (1946), *The Hindu Temple*, Calcuta.
Kroeber, A. (1948), *Anthropology*, Harcourt (versión castellana del FCE).
— (1953), "The delimitation of civilizations", *Journal hist. Ideas*, vol. 14.
Linton Bogle, J. M. (1929), *Town Planning in India*, Oxford University Press.
Mandelbaum, D. G. (1939), "The Jewish way of life in Cochin", *Jewish soc. Studies*, vol. 1.
— (1949) (comp.), "Integrated social science research for India" *Planning Memo.*, Universidad de California.
Masson-Oursel, P. (1916), "La sophistique: étude de philosophie comparée", *Revue Metaphysique Morale*, vol. 23, pp. 343-362.
Mitrany, D. (1961), *Marx against the Peasant*, Collier.
Morley, S. G. (1946), *The Ancient Maya*, Stanford University Press (versión castellana del FCE).

Mudgett y otros (s.f.), *Banaras: Outline of a Master Plan*, preparado por la Oficina de Planeación Urbana y Rural, Lucknow.
Mus, P. (1952), *Viet-Nam, histoire d'une guerre*, París.
Nehru, J. (1946), *The Discovery of India*, John Day, Nueva York.
Park, R. E. (1952a), "Magic, mentality and city life", reproducido en R. E. Park, *Human Communities*, Free Press.
— (1952b), "Newspaper circulation and metropolitan regions", reproducido en R. E. Park, *Human Communities*, Free Press.
— (1952c), "Symbiosis and socialization: a frame of reference for the study of society", reproducido en R. E. Park, *Human Communities*, Free Press.
— (1952d), "The urban community as a spatial pattern and a moral order", reproducido en R. E. Park, *Human Communities*, Free Press.
Patil, D. (1946), *Cultural History of the Vaya Purana*, Poona.
Pirenne, H. (1956), *Medieval Cities*, Doubleday.
Ramanayya, N. V. (1930), *An Essay of the Origin of the South Indian Temple*, Madrás.
Rao, H. (s.f.), "Rural habitation in India", *Quarterly J. Mythic Soc.*, vol. 14.
Record of the XXVIIth Meeting of the International Institute of Differing Civilizations (1952), Bruselas.
Redfield, R. (1939), "Primitive merchants of Guatemala", *Quarterly Journal of Inter-American Relations*, vol. 1, núm. 4, pp. 48-49.
— (1941), *The Folk Culture of Yucatan*, University of Chicago Press.
— (1950), *A Village that Chose Progress*, University of Chicago Press.
— (1953a), "The natural history of the folk society", *Social Forces*, vol. 31, pp. 224-228.
— (1953b), *The Primitive World and its Transformations*, Cornell University Press.
— (1955), *The Little Community*, University of Chicago Press.
Riesman, D., y otros (1950), *The Lonely Crowd*, Yale University Press.
Rowland, B. (1953), *The Art and Architecture of India*, Penguin Books.
Sarkisyanz, E. (?1953), "Russian *Weltanschauung* and Islamic and Budhist messianism", tesis doctoral, Universidad de Chicago.
Shen-Yu Dai (1952), "Mao Tse-tung and confucianism", tesis doctoral, Universidad de Pensilvania.
Simmel, G. (1950), "The metropolis and mental life", reproducido en P. K. Hatt y A. J. Reiss (comps.), *Reader in Urban Sociology*.
Singer, M. (1900), *Shame Cultures and Guilt Cultures*.
Sorokin, P., y C. Zimmerman (1929), *Principles of Rural-Urban Sociology*, Holt, Rinehart & Winston.
Spate, O. H. K. (1942), "Factors in the development of capital cities", *Geographic Review*, vol. 32, pp. 622-631.
Spate, O. H. K., y E. Ahmad (1950), "Five cities of the Gangetic Plain: a cross-section of Indian cultural history", *Geographic Review*, vol. 40.
Spencer, J. E. (1951), "Changing Asiatic cities", *Geographic Review*, vol. 41.
Toynbee, A. (1950), *Greek Civilization and Character*, Beacon Press.
Wirth, L. (1938), "Urbanism as a way o life", reproducido en P. K. Hatt y A. J. Reiss (comps.), *Reader in Urban Sociology*, Free Press.

Quinta Parte

"ELLOS": EL CAMPESINADO COMO OBJETO DE POLÍTICAS DEL ESTADO MODERNO

La quinta parte se inicia con varios pronunciamientos cortos sobre los campesinos, reveladores del entendimiento que el observador externo tiene del campesinado y la vida campesina. Estas opiniones, con sus enormes discrepancias, fundamentan las actitudes, las ideologías y las políticas relacionadas con el campesinado en el mundo contemporáneo. La lectura 26, obra de Dore, se ocupa de la reforma agraria, mientras que Huizer trata de colocar esta cuestión en relación tanto con la acción política campesina como con los programas de desarrollo comunitario patrocinados por las Naciones Unidas. Myrdal concluye la colección de lecturas discutiendo las políticas agrícolas frente a la industrialización como las alternativas/componentes fundamentales del crecimiento económico de las sociedades contemporáneas con mayorías campesinas, es decir, la mayor parte de la humanidad. Las lecturas 6, 10 y 17 son también aplicables aquí.

25. EL CAMPESINADO A LOS OJOS DE LOS OTROS

LOS BARBAROS *

Máximo Gorky

El hombre de Occidente desde su misma niñez, desde el momento en que se pone de pie, ve en todo su alrededor los resultados monumentales del trabajo de sus antepasados. Desde los canales de Holanda hasta los túneles de la riviera italiana y los viñedos del Vesubio, desde los grandes talleres de Inglaterra hasta las poderosas fábricas silesianas, toda Europa está densamente cubierta por encarnaciones grandiosas de la voluntad de organización del hombre, la voluntad que se fija como su orgulloso objetivo el sometimiento de las fuerzas elementales de la naturaleza a los intereses inteligentes del hombre. La tierra se encuentra en las manos del hombre y el hombre es en verdad su soberano. El niño de Occidente mama estas impresiones; una conciencia del valor del hombre y un respeto por su trabajo, junto con un sentimiento de su propia importancia crecen en él, como heredero de la maravilla de las obras y las creaciones de sus predecesores.

Tales pensamientos, tales sentimientos y valores no pueden crecer en el alma del campesino ruso. Las planicies sin límites donde se hacinan las aldeas de casitas de madera, de techos de paja, tienen la peculiaridad ponzoñosa de vaciar a los hombres, de secar sus deseos. El campesino sólo tiene que traspasar los límites de la aldea y observar el vacío que lo rodea para sentir en breve tiempo que este vacío se escurre hacia su misma alma. En ninguna parte podemos ver los resultados del trabajo creador. ¿Las posesiones de los terratenientes? Pero son pocas y están habitadas por enemigos. ¿Los pueblos? Pero están alejados y su cultura no es muy superior a la de la aldea. Las planicies infinitas están por todas partes, y en el centro de ellas el hombrecito insignificante abandonado en esta tierra gris y condenado a trabajos forzados. Y el hombre está lleno del sentimiento de indiferencia que mata su capacidad para pensar, para recordar su pasado, para elaborar sus ideas a partir de la experiencia. Un historiador de la cultura rusa, describiendo al campesinado, dijo que era "un montón de supersticiones, sin idea alguna". Este juicio cuenta con el apoyo de todo el folklore ruso. [...]

El trabajo técnicamente primitivo del campo es increíblemen-

* Extractado de M. Gorky, *On the Russian Peasantry*, Ladyzhnikov, 1922, pp. 4-21. Traducido al inglés por Paula V. Harry.

te pesado; el campesino lo llama *strada*, por el verbo ruso *stradat*: sufrir. La carga del trabajo, aunada a la insignificancia de sus resultados, ahonda en el campesino el instinto de la propiedad, volviéndolo insensible a las concepciones que colocan ese mismo instinto en la raíz del pecado del hombre. [...]

Ni siquiera las memorias de Pugachev [el líder de la más grande y más reciente de las rebeliones de los cosacos-campesinos] pudieron ser brillantes cuando habla del campesinado, y las memorias de otros logros políticos menos importantes del pueblo ruso palidecieron también.

Puede decirse de todo esto, en las palabras de un historiador del "Tiempo de problemas" en la historia rusa, que "...todas estas rebeliones no cambiaron nada, no llevaron nada nuevo al mecanismo del Estado, a la estructura del entendimiento, a las costumbres y las inclinaciones..."

A este juicio debemos añadir la conclusión de un extranjero que había observado de cerca al pueblo ruso: "Este pueblo no tiene memoria histórica. No conoce su pasado y aún actúa como si no quisiese conocerlo." [...]

Pero ¿dónde está el campesino ruso de buen humor, reflexivo, el infatigable buscador de la verdad y la justicia descrito en forma tan convincente y hermosa en el mundo de la literatura rusa del siglo XIX?

En mi juventud busqué a ese hombre en el campo ruso y no lo encontré. Encontré por el contrario un realista duro, astuto, que sabía hacerse muy bien el tonto cuando le convenía. El campesino no es estúpido por naturaleza y lo sabe bien. Ha compuesto una multitud de canciones serias y de historias duras, crueles; ha creado miles de proverbios que encarnan la experiencia de su difícil vida.

Sabe que "El campesino no es estúpido; el tonto es el mundo" y que "La comunidad [*mir*] es tan poderosa como el agua y tan estúpida como un cerdo". Dice "No hay que temer a los demonios, sino a la gente", "Apalea a los tuyos y los extranjeros te temerán". No le merece gran respeto la verdad. "La verdad no te dará de comer", "¿Qué tiene de malo una mentira si te hace vivir bien?", "Un hombre veraz es como un tonto, ambos son dañinos." [...]

No puedo considerar "atormentadores del pueblo" a quienes se echaron a cuestas el amargo trabajo hercúleo de limpiar los establos de Augías de la vida rusa; desde mi punto de vista son más bien víctimas.

Digo con íntima convicción, basada en la experiencia, que toda la intelectualidad rusa trató con valor, durante casi todo un siglo, de poner sobre sus pies al pesado pueblo ruso, hundido sin remedio en su tierra perezosa y descuidadamente. Toda la intelectualidad es la víctima del atraso histórico del pueblo, que se las averiguaba para vivir en condiciones de increíble miseria sobre una tierra de fabulosa riqueza. El campesino ruso, cuyo sentido común ha sido despertado ahora por la revolución, podría decir de su intelectualidad: "estúpidos como el sol, trabajan con el mismo desprendimiento".

[Y en el futuro]... La gente medio salvaje, estúpida, torpe, de la aldea rusa, y toda esa gente casi atemorizada de que hablamos antes, morirá y será remplazada por una nueva generación, un pueblo alfabeto, razonable, alegre. Para mí esto no significará un "pueblo ruso muy amable y agradable", pero será al fin un pueblo práctico, desconfiado e indiferente hacia todo lo que no se relacione directamente con sus necesidades. [...]

El pueblo, el fuego indestructible de todos los pensamientos pioneros, fuente de hechos irritantes, no siempre comprensibles, no ganará rápidamente su justa apreciación por parte de este hombre. Éste no lo entenderá rápidamente como un taller, productor constante de ideas, máquinas y bienes nuevos, cuyo objetivo es la iluminación y el embellecimiento de la vida de sus habitantes.

EL PROLETARIADO REVOLUCIONARIO DE NUESTRO TIEMPO *

Frantz Fanon

La propaganda de los partidos nacionalistas, en su mayor parte, desdeña sistemáticamente al campesinado. Y es claro que en los países coloniales sólo los campesinos son revolucionarios, porque no tienen nada que perder y tienen todo por ganar. El campesino hambriento, fuera del sistema de clases, es el primero de los explotados en descubrir que sólo la violencia triunfa. Para él no hay transacción, no hay arreglo posible; la colonización y la descolonización son simplemente una cuestión de fuerza relativa. [...]

La historia de las revoluciones de la clase media y la clase trabajadora [en Occidente] ha demostrado que la masa de los campesinos constituye a menudo un freno para la revolución. En los países industrializados en general el campesinado en conjunto es el menos consciente, el peor organizado y al mismo tiempo el más anárquico de los elementos. Exhibe todo un conjunto de características: individualismo, falta de disciplina, gusto

* Extractado de Frantz Fanon, *The Wretched of the Earth*, Penguin Books, 1967, pp. 47-101; traducido al inglés por Constance Farrington. Publicado por primera vez en 1961.

por el dinero y tendencias hacia oleadas de ira incontrolables y desaliento profundo que definen una línea de comportamiento objetivamente reaccionaria.

Hemos visto que los partidos nacionalistas copian sus métodos a los partidos políticos de Occidente; y también que, en su mayor parte, no dirigen su propaganda hacia las masas rurales. En efecto, si se hubiese hecho un análisis razonado de la sociedad colonizada, los partidos nacionalistas habrían advertido que el campesinado nativo vive en un marco de tradición, donde la estructura tradicional de la sociedad ha permanecido intacta, mientras que en los países industrializados es justamente este contexto tradicional el que ha quedado roto por el progreso de la industrialización. En las colonias encontramos el comportamiento individualista en el núcleo mismo de la clase trabajadora en embrión. Los campesinos sin tierras, integrantes del *lumpenproletariat*, abandonan los distritos rurales, donde las estadísticas vitales son tantos otros problemas insolubles, se desbordan hacia los pueblos, se hacinan en asentamientos de tugurios de láminas de estaño, y tratan de llegar a los puertos y las ciudades fundadas por el dominio colonial. Por su parte, la masa del pueblo rural continúa viviendo dentro de un marco rígido, y los nuevos vástagos no tienen otra alternativa que emigrar hacia los centros de población. El campesino que se queda defiende tercamente sus tradiciones, y en una sociedad colonizada defienden al elemento disciplinado cuyos intereses residen en el mantenimiento de la estructura social. Es cierto que esta forma de vida inmutable, que amenaza como muerte tétrica a las estructuras sociales rígidas, puede originar ocasionalmente movimientos basados en el fanatismo religioso o las guerras tribales. Pero en sus movimientos espontáneos los habitantes del campo en conjunto permanecen disciplinados y altruistas. El individuo se hace a un lado en favor de la comunidad.

Los habitantes del campo sospechan de los habitantes de la ciudad. Éstos visten como un europeo; hablan el idioma europeo, trabajan con ellos, a veces aun viven en el mismo distrito; de modo que los campesinos lo consideran un chaquetero traidor a todo lo que constituye la herencia nacional. Los habitantes urbanos son "traidores y bribones" que parecen relacionarse bien con los poderes de ocupación y hacer sus mayores esfuerzos para colarse al marco del sistema colonial. Por eso escuchamos con frecuencia a los habitantes del campo decir que los habitantes de la ciudad no tienen moral. Aquí no se trata del viejo antagonismo entre el campo y la ciudad; es el antagonismo existente entre el nativo excluido de las ventajas del colonialismo, y su contraparte, el que puede volver en su provecho la explotación colonial. [...]

Los militantes buscan el refugio del campo y de las montañas, del pueblo campesino. Desde el principio el campesinado se cierra en su derredor y los protege contra la persecución policiaca. El nacionalista militante que decide jugársela con el pueblo campesino en lugar de jugar a las escondidas con la policía en los centros urbanos no perderá nada. La capa campesina lo arropará con una gentileza y una firmeza que nunca sospechó. Estos hombres, de hecho exiliados en los bosques, apartados del medio urbano en oposición al cual habían definido sus ideas de la nación y de la lucha política, se han convertido realmente en *maquisards*. Obligados a moverse todo el tiempo para escapar de la policía, a menudo de noche para no llamar la atención, tendrán buenas razones para vagar por su país y conocerlo. Los cafés quedan olvidados; también las controversias acerca de las siguientes elecciones o la malignidad de ciertos policías. Sus oídos escuchan la verdadera voz del país, y sus ojos contemplan la pobreza ingente e infinita de su pueblo. Se dan cuenta del tiempo precioso perdido en comentarios inútiles acerca del régimen colonial. Por último llegan a entender que el cambio no será una reforma, no un mejoramiento de las cosas. Llegan a entender, con una especie de asombro que jamás los abandonará ya, que la acción política en los pueblos será siempre impotente para modificar o derrocar al régimen colonial.

Estos hombres se acostumbran a hablar con los campesinos. Descubren que la masa del campesinado nunca ha dejado de pensar en el problema de su liberación en términos de violencia, y en términos de recuperar la tierra de manos de los extranjeros, en términos de lucha nacional y de insurrección armada. Todo es muy simple. Estos hombres descubren un pueblo coherente que sigue viviendo estáticamente, por decirlo así, pero que conserva intactos sus valores morales y su devoción al país. Descubren un pueblo generoso, listo para el sacrificio completo, un pueblo impaciente, con orgullo férreo. Es explicable que el encuentro de estos militantes buscados por la policía y estas briosas masas populares, rebeldes por instinto, sólo pueda producir una mezcla explosiva de extraordinaria potencia.

QUIÉNES PAGAN LA CUENTA *

Julius K. Nyerere

Nuestro hincapié en el dinero y las industrias nos ha llevado a concentrarnos en el desarrollo urbano. Reconocemos que no

* Extractado de Julius K. Nyerere, "The Arusha Declaration", *Freedom and Socialism: Uhuru na Ujamaa*, Oxford University Press, 1968, pp. 242-243.

tenemos suficiente dinero para llevar a cada aldea la clase de desarrollo que beneficiaría a todos. Sabemos también que no podemos establecer una industria en cada aldea para lograr así un aumento en los ingresos reales de la gente. Por estas razones gastamos la mayor parte de nuestro dinero en las áreas urbanas y nuestras industrias se establecen en los pueblos.

Pero la mayor parte de este dinero que gastamos en los pueblos proviene de préstamos. Ya se emplee para construir escuelas, hospitales, viviendas o fábricas, etcétera, debemos pagarlo. Es obvio, sin embargo, que no podemos pagar sólo con el dinero obtenido del desarrollo urbano e industrial. Para pagar los préstamos debemos utilizar divisas obtenidas por la venta de nuestras exportaciones. Pero ahora no vendemos nuestros productos industriales en mercados extranjeros, y en verdad es probable que pase mucho tiempo antes de que nuestras industrias produzcan para la exportación. El objetivo principal de nuestras industrias nuevas es la "sustitución de importaciones", es decir, la producción de cosas que hasta ahora hemos tenido que importar de países extranjeros.

En consecuencia, es obvio que las divisas extranjeras que emplearemos para pagar los préstamos utilizados en el desarrollo de las áreas urbanas no provendrán de los pueblos ni de las industrias. ¿De dónde vendrán entonces? Las obtendremos de las aldeas y de la agricultura. ¿Qué significa esto? Significa que quienes se benefician directamente del desarrollo generado por el dinero prestado no pagarán los préstamos. La mayor proporción de los préstamos se gastará en las áreas urbanas o para ellas, pero la proporción mayor del pago se hará gracias a los esfuerzos de los agricultores.

Debemos tener siempre presente este hecho, porque hay diversas formas de explotación. No debemos olvidar que quienes viven en los pueblos pueden convertirse en los explotadores de quienes viven en las áreas rurales. Todos nuestros grandes hospitales se encuentran en los pueblos y benefician sólo a una pequeña porción de los habitantes de Tanzania. Pero si los hemos construido con préstamos externos, será la venta de los productos campesinos en el exterior la que provea las divisas para el pago. Así pues, quienes no obtienen el beneficio de los hospitales soportan la responsabilidad principal de su pago. Los caminos pavimentados también se encuentran sobre todo en los pueblos y resultan especialmente valiosos para los automovilistas. Pero si los hemos construido con préstamos es otra vez el agricultor quien produce los bienes que pagarán por ellos. Más aún, las divisas que sirvieron para comprar el automóvil también provinieron de la venta de los productos agrícolas. Asimismo, las luces eléctricas, las tuberías de agua, los hoteles y otros aspectos del desarrollo moderno también se encuentran

sobre todo en los pueblos. La mayoría de ellos han sido construidos con préstamos y la mayoría de ellos no benefician directamente al agricultor, aunque serán pagados con las divisas generadas por la venta de sus productos. Siempre debemos tener esto presente.

Cuando hablamos de explotación usualmente solemos pensar en los capitalistas, pero no debemos olvidar que hay muchos peces en el mar. Se comen unos a otros. Los grandes se comen a los pequeños, y los pequeños se comen a los más pequeños. El pueblo de nuestro país puede dividirse de dos maneras. Podemos poner a capitalistas y los feudalistas de un lado, y a los agricultores y trabajadores del otro. Pero también podemos dividir al pueblo en habitantes urbanos por una parte y habitantes del campo por la otra. Si no tenemos cuidado podemos llegar a una situación en que la verdadera explotación en Tanzania sea la de los campesinos por los habitantes urbanos.

26. LA REFORMA AGRARIA Y EL DESARROLLO ECONÓMICO DEL JAPÓN. UNA TESIS REACCIONARIA *

R. P. Dore

HAY CONSENSO entre los estudiosos del desarrollo económico del Japón en el sentido de que la contribución de la agricultura a la tarea de la construcción de una fuerte base industrial ha sido considerable. La agricultura proveyó divisas por exportaciones y sustitutos de importaciones que ayudaron a adquirir la maquinaria y las materias primas que tenían que comprarse en el exterior. Produjo una expansión sostenida del abasto de alimentos básicos que permitió brindar a la creciente población urbana una alimentación razonablemente barata. Aportó mediante el impuesto a la tierra una porción sustancial de los fondos que proveyeron la infraestructura de las comunicaciones, el gobierno y la educación, y mediante las ganancias de los terratenientes proveyó parte del capital que desarrolló sobre todo a las industrias pequeñas. Y fue en parte un aumento de la productividad lo que permitió esta "explotación" sin una reducción drástica de los niveles de vida rurales que pudiera provocar una inestabilidad política incontrolable.

¿Se debió esto en parte a la naturaleza del sistema de tenencia de la tierra, u ocurrió a pesar de ese carácter? Ahora ya es un lugar común el que uno de los importantes factores determinantes de la productividad de la agricultura es el sistema de instituciones de propiedad bajo el que se posee y se usa la tierra. Por lo tanto, lo que naturalmente nos preguntamos es esto: concediendo que la agricultura hizo una contribución importante al crecimiento económico del Japón, ¿fue éste el mejor camino? O ¿es posible que bajo un sistema distinto de tenencia de la tierra se hubiera logrado más?

Este interrogante, como las demás cuestiones condicionales acerca de la historia humana, sólo puede contestarse con conjeturas derivadas de la comparación con otros países. Para tales comparaciones conviene tener una tipología. La que sugiero más adelante no tiene ningún mérito particular, excepto que parece aplicable a una diversidad de situaciones y constituye una base adecuada para la generalización.

* R. P. Dore, "Land reform and Japan's economic development", *Developing Economies*, Número Especial, vol. 3, 1965, núm. 4, pp. 487-496.

La tipología es poco más que una distinción entre dos tipos de reformas agrarias basada en la clase de terratenientes cuyo poder y propiedad son afectados. En consecuencia, la clave es la definición de los dos tipos de terratenientes. El primero es típicamente el que adquiere el control de un territorio por conquista militar o por enfeudación —asignación de un territorio por un jefe guerrero que así asegura la lealtad del beneficiario. Al principio es señor y amo en todos sentidos; obtiene productos del cultivador en virtud de su monopolio de la violencia; el control político y la explotación económica son uno e indivisible, y no hay distinción conceptual entre las rentas y los impuestos.

En una etapa posterior del desarrollo, la autonomía y la arbitrariedad de su poder político pueden ser circunscritos por el desarrollo de una autoridad estatal central. El gobierno central puede arrogarse el derecho exclusivo de imponer contribuciones, y entonces el ex magnate feudal sólo obtiene una renta. Pero todavía puede éste ejercer poder político en su feudo hereditario por derecho de adscripción, aunque puede ejercerlo a través de delegados mientras él vive en la capital central y sólo visita ocasionalmente sus posesiones para fines de supervisión o de ceremonial.

El segundo tipo de terrateniente tiene la característica de que alcanza su posición por medios *económicos* en el marco de un sistema de orden político establecido; y no por la guerra ni por ese tipo más moderado de la guerra que es la política. A veces es un comerciante, a veces es un agricultor ahorrativo que adquiere tierra por la imprevisión o la desgracia de otros, y a veces es un prestamista. También puede ejercer cierto poder político, pero es un poder ejercido a través del marco de un sistema de gobierno en que no tiene un derecho de adscripción, sino sólo el poder de manipulación ganado en virtud de su riqueza mayor. Tales terratenientes tienen posesiones menores que los de la primera clase, y generalmente viven cerca de la tierra de su propiedad. En términos marxistas, pueden actuar como el ala rural de la burguesía, una fuerza política conservadora que obtiene ventajas para sí misma por los contactos con los políticos urbanos a los que provee de una base de apoyo necesaria en los sistemas protodemocráticos. No son necesariamente obstáculos para todo progreso económico, y en algunos casos pueden actuar como agentes del desarrollo económico.

La distinción siguiente se deriva lógicamente de la primera. La que llamaremos redistribución de la etapa I expropia o en alguna forma reduce en forma drástica el poder de los terratenientes del tipo I. La redistribución de la tierra de la etapa II expropia o debilita al segundo tipo de terrateniente.

Para algunos países la clasificación parece claramente adecuada. Podemos señalar los dos hechos históricos claros que repre-

sentan las dos etapas de la reforma agraria. En Checoslovaquia, Yugoslavia y otros países del antiguo Imperio Austro-Húngaro, las reformas agrarias ocurridas después de la primera Guerra Mundial fueron reformas de la etapa I; las ocurridas después de la segunda Guerra Mundial fueron reformas de la etapa II. En Rusia podemos tomar como la primera etapa la redistribución de la tierra que siguió a la revolución, y como la segunda a la colectivización que destruyó el poder de los *kulaks*. Hay otros países como Inglaterra donde no ha habido reforma de la primera etapa y donde los terratenientes del tipo I nunca han desaparecido. Su poder político local ha sido destruido hasta el punto de que sólo en las áreas más remotas de la Escocia rural pueden los descendientes de familias nobles, como Lord Home, reclamar un asiento parlamentario casi como un derecho hereditario. Sin embargo, su poder económico sobre la tierra subsiste, aunque no es en modo alguno distinto del poder de los terratenientes del tipo II, quienes adquirieron su tierra por medios económicos, a menudo invirtiendo en pequeñas propiedades rurales las ganancias obtenidas en la industria y el comercio. (Ya para el siglo XVI resulta difícil separar los dos tipos de terratenientes, como se pone de manifiesto en las disputas de los historiadores acerca del ascenso o la caída de los "caballeros rurales" o de la "aristocracia".)

En cambio, Francia tuvo claramente una redistribución de la etapa I en los famosos hechos ocurridos en 1789, pero ni en Francia ni en Inglaterra ha tenido lugar una redistribución de la etapa II. Por el contrario, en ambos países los terratenientes del tipo II que apoyaron a los regímenes burgueses del siglo XIX se vieron obligados, al desvanecerse su poder político, a aceptar reformas a la tenencia de la tierra que redistribuyeron el ingreso sin redistribuir la propiedad de la tierra. En estos países, y sobre todo en Inglaterra, la industrialización *antes* del crecimiento demográfico creó una presión grave sobre la tierra, y la capacidad de los terratenientes para aceptar una reforma gradual (aunque sólo fuese porque ya habían adquirido también considerables intereses industriales) ha creado una situación en que el inquilino empresarial puede contarse como miembro de la próspera clase media. En Irlanda, por otra parte, la mayor presión de la población, la mayor pobreza de los inquilinos, y una negativa más intransigente de los terratenientes a aceptar la reforma condujo, no a la evolución, sino a cambios drásticos que produjeron la eliminación virtual de los terratenientes del tipo I en el espacio de un decenio.

Hay también países donde una reforma agraria de la primera etapa sólo se ha realizado recientemente; la India, por ejemplo, donde la eliminación de los *jagadires* y *zemindares* no afectó de inmediato a los terratenientes del tipo II, y en Irán, donde la reforma agraria original sólo afectó a los propietarios de aldeas enteras.

Sin embargo, un fenómeno nuevo en el mundo moderno es la difusión acelerada de las comunicaciones, la educación y la conciencia política, uno de cuyos resultados es que la demanda política de una reforma agraria puede hacerse irresistible en países que de otro modo se encuentran en un nivel de desarrollo económico en el que, hace un siglo, habrían resultado inconcebibles las demandas políticas populares de cualquier clase eficazmente organizadas. De aquí deriva la fuerte presión política en pro de una reforma agraria de la etapa II en la India sólo un decenio después de la primera. De aquí la segunda ola de reformas agrarias en Irán, orientada hacia las posesiones de los terratenientes más pequeños, dos años después de la primera. De aquí también que haya países donde la reforma agraria ocurrida ha sido en efecto una operación comprimida de etapa I más etapa II, saltando de una estructura de grandes explotaciones "feudales" a la propiedad campesina atomizada. Bolivia es un ejemplo reciente notable.

Si el lector cree todavía que la tipología tiene alguna validez, podrá sin duda acomodar al Japón en el cuadro. La Restauración Meiji y la creación de un sistema centralizado de gobierno despojó (aunque con una compensación generosa) a los terratenientes japoneses del tipo I, los *daimio*, quienes siguieron siendo ricos pero ya no en tierras. Perdieron casi por entero su influencia política local y se convirtieron en una aristocracia metropolitana, y aunque en efecto se les concedió un lugar en el sistema político en la Cámara de los Pares, en ningún momento quedó la Cámara de los Pares en el centro del poder político.

Este hecho tuvo en sí mismo considerable importancia para la industrialización del Japón. Quienes controlaron la política tras la Restauración Meiji no eran caballeros rurales sino miembros de una burocracia cuyo ingreso dependía de sus sueldos, y de los canales de ingresos menos formales provistos por sus relaciones más o menos corruptas con la nueva clase industrial. Por lo tanto, no tenían interés personal en la protección de los ingresos agrícolas a costa de un retardar el crecimiento industrial. Podían mantener, y mantuvieron, un elevado nivel de tributación sobre la agricultura. Hay aquí un contraste marcado con la situación en Inglaterra, por ejemplo, donde la aristocracia terrateniente, con fuertes intereses agrícolas personales, mantuvo su influencia política hasta una etapa relativamente avanzada del desarrollo industrial. Sólo hasta mediados del siglo XIX la derogación de las Leyes de Granos marcó el encumbramiento final de los intereses industriales a la supremacía política. De igual modo, en muchos países latinoamericanos de hoy el continuo poder

político de una clase terrateniente tradicional (fortalecida por quienes devuelven la riqueza urbana a la compra de propiedades agrícolas y adoptan valores tradicionales) sigue siendo un obstáculo para un desarrollo industrial importante.

La eliminación de los *daimio* dejó el campo libre para los terratenientes del tipo II, los pequeños terratenientes aldeanos que habían venido adquiriendo control sobre la tierra por medios económicos en la última mitad del periodo Tokugawa. Los primeros decenios del nuevo régimen presenciaron una extensión de su poder; diversos factores, pero sobre todo la operación del nuevo sistema tributario, aumentaron la cantidad de tierra controlada por tales terratenientes de cerca del 30 a cerca del 45 % del total. Permanecieron como la influencia económica y política dominante en el campo hasta que la reforma agraria de la etapa II en el Japón los sacó del negocio en 1947-1949.

Nadie puede dudar seriamente de que la etapa I de la reforma agraria, representada por el despojo de los *daimio*, haya constituido una condición esencial para el desarrollo del Japón. En consecuencia, la cuestión de si el sistema de tenencia de la tierra después de 1870 fue o no el mejor para la promoción de ese desarrollo se reduce a este interrogante: ¿pudo ser ventajoso que la reforma agraria de la etapa II se produjese antes? Suponiendo que el gobierno Meiji hubiera insistido en que los certificados de tierras emitidos en el decenio de 1870 se dieran siempre al verdadero cultivador y en que se pasaran por alto todos los demás derechos y las demandas, o se otorgaran compensaciones por ellos, y suponiendo que dicho gobierno hubiera fijado límites rígidos a la superficie de terreno que cada familia podría adquirir por compra en lo sucesivo; suponiendo, en otras palabras, que las reformas agrarias de la etapa I y la etapa II se hubieran comprimido en una, para establecer así de inmediato un sistema de pequeña tenencia campesina, ¿habría sido más rápido el crecimiento de la productividad agrícola, o mayor la contribución de la agricultura al desarrollo económico en general?

Hay algunas razones de peso para contestar "no". Las podríamos enumerar como sigue:

1) Estos terratenientes eran terratenientes aldeanos, a menudo agricultores ellos mismos, con entendimiento de la agricultura y con motivaciones personales para el mejoramiento de los niveles de eficiencia de sus arrendatarios. (Aunque las rentas eran en general rentas fijas en términos del producto, la tradición de reducciones de la renta en años de malas cosechas preservó elementos de un sistema de aparcería.) Muchos de ellos, mediante la experiencia como jefes aldeanos y el contacto con la clase *samurai*, habían desarrollado ideas confucianas de responsabilidad paternal, de modo que sus intereses económicos se reforzaban a veces por un sentimiento de obligación moral de mejorar los métodos de producción de sus arrendatarios para el propio bien de éstos. En consecuencia tenían la *motivación* para emplear su control político de la sociedad aldeana, basado en lo económico, para mejorar la agricultura.[1]

2) Estos terratenientes se encontraban también en mejor posición que otros aldeanos para adquirir el *conocimiento* necesario para hacerlo. Por ser ricos tenían más tiempo libre y habían viajado más. Traían sus esposas desde tierras más lejanas y en consecuencia tenían conexiones familiares más amplias. Podían costearse una educación y a veces eran los únicos alfabetos en su aldea. En consecuencia, se encontraban en mejor posición para aprender los métodos superiores practicados en otras partes y para mantenerse en contacto con los centros nacionales de innovación técnica, y para ser en ocasiones inventores y experimentadores por sí mismos.

3) Muchas de las innovaciones productivas de este periodo en la agricultura requirieron la creación de nuevas organizaciones formales. Desde luego, tal ocurrió con los programas consolidados para la reorganización del tamaño de los predios, y de los sistemas de riego y drenaje. Lo mismo ocurrió con la creación de nuevos canales de distribución, de exhibiciones y competencias creadoras de incentivos, del sistema primitivo de extensión agrícola del conferenciante viajero, y así sucesivamente. Tales organizaciones pudieron crearse con facilidad mucho mayor en forma autoritaria mediante el empleo del poder tradicional del terrateniente que si hubiera sido necesario persuadir a la mayoría de los aldeanos de que se reunieran para formarlas en pie de igualdad en forma democrática.

4) El papel de los terratenientes como enlaces en un sistema de comunicación que ligaba a las aldeas con el centro de gobierno fue importante para algo más que la mera difusión de los avances agrícolas. Fueron los intérpretes de las políticas gubernamentales sin quienes habría habido muchos más levantamientos campesinos y disturbios políticos en general de los que en realidad hubo. Al mismo tiempo, sus propias ambiciones políticas obligaron a la creación de sistemas de gobierno locales que pudieron ampliarse gradualmente para satisfacer las crecientes demandas de participación política, mientras que si no hubiese existido una clase terrateniente que formulara demandas suficientemente moderadas para resultar aceptables con modificaciones a la oligarquía Tokio gobernante, podrían haberse demorado las conce-

[1] La bibliografía disponible en inglés sólo refleja una fracción de la información disponible en las obras de los autores japoneses, pero puede obtenerse una buena idea general del desarrollo de la agricultura japonesa, y en particular del papel de los terratenientes, en las obras siguientes: Dore (1959), Dore (1960), Johnston (1962), Nakamura (1965), Ogura (1963), Ohkawa y Rosovsky (1960), Sawada (1965) y Smith (1966).

siones y forjado fuerzas verdaderamente revolucionarias con capacidad para destruir toda la estructura de la administración. Los terratenientes fueron particularmente importantes como intérpretes de la política educativa del gobierno, y a menudo desempeñaron un papel importante en la construcción y la expansión de las escuelas. Como terratenientes aldeanos enviaban a sus propios hijos a las escuelas de las aldeas y por ende tenían un interés directo en ellas. Aun cuando se convirtieron en absentistas, por una o dos generaciones conservaron lazos estrechos con su aldea, y el deseo de conservar el "prestigio de la casa" en la aldea donde se encontraban la tierra y las tumbas familiares hizo que muchos de ellos no se opusieran a los impuestos y las contribuciones para las escuelas y las obras públicas de las aldeas.

5) Los terratenientes controlaban el "excedente agrícola". En sus manos resultaba más fácilmente gravable. Además, muchos de ellos empleaban su riqueza en formas productivas, en la educación de sus hijos y en inversión en industrias locales de procesamiento de alimentos y de otra índole. Si esta riqueza no hubiese sido extraída de sus arrendatarios se habría utilizado en el consumo directo, la tasa global de ahorro habría sido menor y el desarrollo económico más lento.

6) Por analogía podríamos utilizar en el argumento situaciones como las de Bolivia, donde una compresión de la etapa I y la etapa II de la reforma agraria dejó a las aldeas sin pequeños terratenientes y sin una estructura de líderes locales, y donde parece haberse producido no sólo una ausencia de desarrollo económico sino en realidad una declinación de la producción y una anarquía administrativa.

Por otra parte, podríamos formular los argumentos siguientes en favor del punto de vista contrario:

1) Es posible que los terratenientes hayan llevado ideas y técnicas nuevas a las aldeas, pero esta ventaja fue cancelada por los defectos bien conocidos de un sistema de tenencia: el hecho de que los arrendatarios, con una tenencia insegura, no se vieran motivados para realizar mejoras con efectos a largo plazo, y el hecho de que la carga de las rentas los mantuviera tan pobres que no podían costear la inversión en fertilizantes, por ejemplo, que era la clase de inversiones más capaces de generar grandes incrementos de la producción.

2) Es discutible que la autoridad sancionada por la tradición de los terratenientes fuera una condición necesaria para la creación de la estructura de organización que se requerían para mejorar las prácticas agrícolas. La tradición de la cooperación aldeana entre iguales es antigua en las áreas rurales del Japón. Hubo aldeas, sobre todo en las áreas comercialmente más desarrolladas del centro del Japón, desde Gifu hasta Hiroshima, donde la influencia de los terratenientes era menos fuerte y prevalecía

un tipo más igualitario de estructura aldeana. Estas áreas no fueron notablemente lentas en desarrollar la organización cooperativa requerida por el desarrollo agrícola, y no hay razón para suponer que las aldeas más autoritarias no hubieran podido adaptarse a formas más igualitarias si hubieran eliminado la influencia de los terratenientes, como lo hicieron en efecto después de 1950.

3) Es posible que los terratenientes hayan invertido parte del ingreso que quitaban a sus arrendatarios en formas productivas, pero también consumían de manera conspicua hasta cierto punto bienes de lujo importados. Si hubiera habido mayor igualdad de los ingresos aldeanos, es posible que no hubiera habido tanta inversión local en el comercio y la industria, pero habría habido una difusión más rápida y amplia de la educación popular. Un número mayor de aldeanos podría haber enviado a sus hijos a la escuela durante seis años, por ejemplo, en vez de cuatro.

4) El privilegio de compra de tierras de que gozaba la autoridad política formal local, ejercido por los terratenientes, fue una pérdida para la agricultura, no una ganancia. En cuanto se les concedió una representación en el parlamento nacional su interés principal se dirigió a la reducción de su carga impositiva. Esta presión sobre el presupuesto nacional hizo más lento el crecimiento de los servicios de investigación y extensión agrícolas y del sistema de subsidios para el desarrollo. Estas cosas no se hubieran descuidado si la voz de las aldeas en el parlamento hubiera sido la voz de agricultores en ejercicio.

5) La "estabilidad política" del campo impuesta por el poder de los terratenientes fue también una pérdida más bien que una ganancia. Si la exigencia de una participación política hubiera alcanzado proporciones revolucionarias antes que se pensara en las concesiones, y se hubiera producido una verdadera revolución, es posible que hubiera surgido antes un sistema político democrático con un gobierno realmente dedicado a la causa del bienestar popular.

Es imposible llegar a conclusiones definitivas sobre esta cuestión. En general parece difícil creer, dado el nivel de violencia asociado aun con la política de la clase media y hasta los años veinte y los treintas, que un régimen con alguna estabilidad o algún poder para planear el desarrollo económico pudiera haber surgido de una revolución popular triunfante en algún momento del periodo Meiji. Parece igualmente difícil creer que la innovación de organización y técnicas en las aldeas pudiera haberse realizado con la misma rapidez sin el apoyo de la autoridad terrateniente tradicional. Yo me inclino a creer que el desarrollo económico habría sido más lento si hubiera habido una reforma agraria de la etapa II en cualquier momento anterior a 1900, por ejemplo.

Pero la situación ya había cambiado para 1920. Para entonces la mayoría de los agricultores eran alfabetos y más capaces de informarse individualmente de los nuevos métodos agrícolas y de formar las organizaciones necesarias para ponerlos en práctica (como ha dicho Galbraith, 1963, "En ninguna parte del mundo hay un campesinado analfabeta que sea progresista. En ninguna parte hay un campesinado alfabeta que no lo sea"). Más importante aún: si la autoridad tradicional de los terratenientes se *hubiera* aplicado a fines productivos en el periodo Meiji, esto sólo habría sido porque los inquilinos hubieran *aceptado* tal autoridad. Para 1920 los inquilinos estaban empezando a perder su sumisión deferencial, como lo atestiguan el creciente número de disputas sobre las rentas y la formación de uniones de arrendatarios. Por lo tanto, para este momento habían desaparecido las ventajas del control terrateniente. Sólo subsistían las desventajas de los incentivos insuficientes y la pobreza de los arrendatarios. Es probable que una reforma de la etapa II en cualquier momento después de 1920 hubiera acelerado el desarrollo económico, así como conducido a una estructura política interna más satisfactoria (según nuestros valores actuales), y quizá modificado también las políticas exteriores de Japón.

Conviene hacer otros dos comentarios sobre este punto. El primero se refiere a las implicaciones evaluativas del hecho —si lo es— de que los terratenientes Meiji contribuyeran a la causa del desarrollo económico de Japón. Los historiadores japoneses se inclinan a referirse al sistema terrateniente del periodo Meiji como un mal social. En parte esta es una retroproyección hacia el pasado de juicios relativos a situaciones recientes, pero por cuanto no ocurre así, ¿qué opinarían de la afirmación de que en general el desarrollo económico ocurrió con mayor rapidez gracias a los terratenientes que sin ellos? Una respuesta, probablemente aceptada por la mayoría, es que la afirmación es errónea y que mi resumen del balance entre los dos conjuntos de argumentos es defectuoso. Pero hay otra respuesta. Podemos aceptar el supuesto y sostener todavía que una reforma agraria de la etapa II resultaba conveniente en una etapa muy temprana. Puede concederse que los terratenientes ayudaron a acelerar el paso del desarrollo económico, pero que esto se hizo a costa de la pobreza miserable de los arrendatarios y a costa de la preservación de un sistema de relaciones sociales en las aldeas que era una afrenta para la dignidad humana. Podría argüirse que habría resultado preferible mejorar la posición del arrendatario Meiji, aunque ello hubiera significado un ritmo más lento de crecimiento económico, aun si hubiese implicado la posposición de la llegada de los televisores a las aldeas, de 1960 a 1980, a la generación de los bisnietos de esos inquilinos más bien que a sus nietos. Este es un argumento enteramente válido. El crecimiento

económico no es el único objetivo de la vida. Cuánto sacrificio del bienestar personal de la generación actual se justifica por un aumento dado del bienestar de las generaciones futuras es un difícil interrogante valorativo que debe afrontar todo planeador del desarrollo.

El segundo comentario es éste: nadie debe tratar, sin modificaciones muy drásticas, de extraer de la historia del Japón Meiji la conclusión de que un sistema de pequeños terratenientes aldeanos es un factor benéfico en las etapas iniciales del crecimiento económico, y de aplicarla como una "lección" a la situación de los países en desarrollo de hoy. Esto es inadecuado como lección desde muchos puntos de vista. La tasa de crecimiento demográfico de la mayoría de los países en desarrollo es mucho mayor que en el Japón Meiji, lo que añade una dimensión nueva al problema del desarrollo rural. Las técnicas de comunicaciones han mejorado considerablemente, haciendo menos necesaria la función informal intermedia de interpretación de las políticas a cargo del terrateniente Meiji. Muchos países tienen menos necesidad de extraer el capital industrial del sector agrícola tradicional, gracias a los ingresos minerales, a la ayuda externa o a la tributación de las exportaciones agrícolas producidas por las plantaciones capitalistas. Sobre todo, la revolución política del siglo XX —el supuesto nuevo de que todos los gobiernos deben derivar su poder del consentimiento electoral—, aunado al desarrollo de los medios masivos aun en los países pobres, ha creado una exigencia política de reforma agraria aun en economías caracterizadas por una agricultura casi totalmente de subsistencia. Esto significa que la *aceptación* tradicional de la autoridad terrateniente —una condición necesaria para que los terratenientes desempeñen su papel útil del Japón Meiji— ya ha sido destruida. Las relaciones sociales de las aldeas han llegado a menudo a un nivel de conflicto semejante al del Japón en los años veinte, aunque el desarrollo agrícola permanezca al nivel del Japón de 1870.

El problema con que estas cuestiones de "si" condicional acerca de la historia no es sólo que raras veces pueden obtenerse respuestas satisfactorias. Aun si se obtiene una respuesta es raro que podamos obtener "lecciones" simples de ella para la solución de problemas contemporáneos. Porque si hay algunos sentidos en que los países del mundo están moviéndose en direcciones diferentes —los pobres quizás se hacen relativamente más pobres y los ricos relativamente más ricos—, hay otros —el acervo creciente de conocimientos científicos y de ideas políticas— en que está avanzando todo el mundo.

REFERENCIAS

Dore, R. P. (1959), "The Japanese landlord: good or bad?", *Journal of Asian Studies*, vol. 18, núm. 2.
— (1960), "Agricultural improvement in Japan: 1870-1900", *Economic Development and Cultural Change*, octubre, parte 2.
Galbraith, J. K. (1963), *Economic Development in Perspective*, Harvard University Press.
Johnston, B. F. (1962), "Agricultural development and economic transformation: a comparative study of the Japanese experience", *Food Research Institute Studies*, vol. 3, núm. 3.
Nakamura, J. I. (1965), "The growth of Japanese agriculture: 1875-1920", W. W. Lockwood (comp.), *The State and Economic Enterprise in Modern Japan*, Princeton University Press.
Ogura, T. (1963), *Agricultural Development in Modern Japan*, Asociación FAO del Japón.
Ohkawa, M., y H. Rosovsky (1960), "The role of agriculture in modern Japanese economic development", *Economic Development and Cultural Change*, vol. 9, núm. 1, pp. 43-67.
Sawada, S. (1965), "Innovation in Japanese agriculture", W. W. Lockwood (comp.), *The State and Economic Enterprise in Modern Japan*, Asociación FAO del Japón.
Smith, T. C. (1956), "Landlords and rural capitalists in the modernization of Japan", *Journal of Economic History*, junio.

27. DESARROLLO COMUNITARIO, REFORMA AGRARIA Y PARTICIPACIÓN POLÍTICA *

Gerrit Huizer [1]

LAS NACIONES UNIDAS han subrayado muchas veces en los últimos años la necesidad de conectar los programas de desarrollo comunitario con medidas de desarrollo más amplias como la reforma agraria (Naciones Unidas, 1963a, párrafo 53; Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, 1960, párrafos 37-43; Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, 1966, cap. 6). Una razón para ello es que se ha vuelto cada vez más obvio que los programas de desarrollo comunitario no tienen a menudo el éxito buscado debido a problemas insolutos de tenencia de la tierra que, considerados fundamentales por la mayoría de los campesinos, les impiden a éstos tener confianza y participación plena en la acción gubernamental (por bien intencionada que ésta sea). "Por supuesto, hay excepciones a esta regla, pero el latifundismo se considera casi en todas partes no sólo como un problema económico sino también como un obstáculo al desarrollo de la comunidad" (Gillin, 1949, páginas 182 *ss.*). Tanto los antropólogos sociales como los técnicos agrícolas pragmáticos reconocen el efecto sobre el pueblo de una estructura social semifeudal estática (véase Leonholdt, 1953, p. 7).

Comprobé este hecho cuando trabajé a nivel de aldeas en el Valle de la Esperanza, El Salvador, en 1955, en un proyecto de agua potable y de mejoramiento de caminos. El Valle de la Esperanza es bien conocido por su estructura social semifeudal (Adams, 1957, p. 431). Los efectos adversos de esta estructura limitan los esfuerzos tendientes a la organización de las actividades comunitarias.

Tanto el proyecto de sanidad como el de mejoramiento de caminos parecían esfuerzos ideales de desarrollo comunitario, ya que respondían a necesidades hondamente sentidas de los aldeanos que debían obtener el agua de pozos contaminados situados

* Gerrit Huizer, "Community development, land reform and political participation", *American Journal of Economic and Sociology*, vol. 28, 1969, núm. 2, pp. 159-178.

1 Aunque el autor de este ensayo está empleado por una agencia de las Naciones Unidas, las opiniones en él expresadas son personales y no coinciden necesariamente con las opiniones oficiales de las Naciones Unidas.

a cierta distancia y sufrían también cuando la estación lluviosa dificultaba el acceso aun a los pueblos más cercanos. Además, ambos proyectos parecían ideales desde el punto de vista de las contribuciones del gobierno. El gobierno aportaría varios kilómetros de tubería para el sistema sanitario de agua potable, aparte de la supervisión técnica y el auxilio para la recolección del agua en un pozo de las montañas vecinas. Los aldeanos sólo debían aportar su trabajo manual, muy abundante en vista del crónico subempleo de las áreas rurales de El Salvador. Se ofreció un arreglo similar en el proyecto del camino. Pero al principio los aldeanos no respondieron con entusiasmo.

Sólo tras vivir en la comunidad por varios meses (véase Huizer, 1963, pp. 161 *ss.*; 1965a; 1965b), y sólo después de ganar la confianza de la gente descubrí algunos de los factores que impedían su participación entusiasta en tales proyectos útiles.

El factor más notable era sin duda la desconfianza. Una vez establecida una relación de confianza con los aldeanos, éstos me revelaron su íntima convicción de que el proyecto sanitario no los beneficiaría a ellos sino al gran terrateniente local, cuya casa grande no estaba muy alejada del centro de la aldea. Según su experiencia, los empleados del gobierno y los terratenientes siempre organizaban juntos tales cosas. La gente se dolía también de tener que trabajar sin paga mientras los funcionarios que los dirigían ganaban sueldos relativamente elevados (en comparación con un jornalero rural). Además, se sabe que la mayoría de estos funcionarios obtienen ingresos adicionales como terratenientes absentistas. A todos estos factores se unía el trato dado a los aldeanos por estos agentes del gobierno (en su mayoría ingenieros, pero incluido también el educador social, antiguo mayor del ejército), no como ciudadanos responsables cuya colaboración se pedía con argumentos razonables, sino como seres inferiores a quienes sólo debía decirse lo que hicieran. Los aldeanos se resentían grandemente por esta actitud, pero dado que no se toleraba ninguna oposición abierta la gente se retiraba en silencio y simplemente no se presentaba a trabajar.

El espíritu de desconfianza y resentimiento se relacionaba expresamente con experiencias del pasado tales como la sangrienta represión de una revuelta campesina en 1932, todavía bien recordada en 1955, si bien raras veces mencionada y entonces sólo en voz baja en la casa de alguien.[2] Se decía que miles de campesinos habían sido asesinados en esos días y que desde entonces estaban prohibidas las reuniones públicas de más de cinco campesinos.[3]

[2] Alejandro Dagoberto Marroquín señaló que en Panchimalco, la aldea de El Salvador que estudió en 1958, existía el mismo temor a la autoridad (1959, pp. 324, 346 *ss.*).

[3] Según Sergio Maturana (1963, p. 51), 17 mil campesinos fueron muertos en esta represión. Véase también Marroquín (1959, p. 324).

Se sabe que está prohibida la formación de organizaciones campesinas en El Salvador (Ambrosini, 1954, p. 16; Marroquín, 1959, pp. 371 *ss.*). Yo pude verificar a menudo el terror aún existente en las áreas rurales cuando las reuniones tranquilas y ociosas de gente en el centro de la aldea se dispersaban de pronto si un muchacho llegaba corriendo a anunciar que una patrulla de la guardia nacional se aproximaba a la aldea.

Es claro que en esta clase de clima social autoritario resulta muy difícil crear una atmósfera favorable a la cooperación voluntaria. "Cuando una aldea está diferenciada en esta forma por la divergencia de los intereses económicos, es posible que la masa de aldeanos no se sienta motivada para regalar mano de obra en beneficio de la minoría privilegiada" (Naciones Unidas, 1963a, párrafo 105), y tal es el caso en muchas aldeas latinoamericanas.

La desconfianza y la suspicacia fueron también las primeras respuestas encontradas por los estudiantes de extensión agrícola en la región de Turrialba en Costa Rica cuando fueron enviados a las aldeas a estudiar la eficacia de las agencias de extensión en ese lugar (Loomis y otros, 1953, p. 206). Los directores del estudio advirtieron la importancia de la actitud del extensionista para superar tal desconfianza, pero no hablaron mucho de las razones de la desconfianza y su relación con la "estratificación en un sistema de clases" que encontraron (mediante técnicas sociométricas) en algunas de las aldeas (*ibid.*, pp. 48 *ss.*).[4] En este sentido podemos subrayar las grandes ventajas de la "observación participante" y la "intervención participante" (Holmberg, 1955, pp. 23-26; Huizer, 1965a) como técnicas de investigación para el descubrimiento de motivaciones más profundas.

Entre los campesinos del sur de Italia, una región que tiene mucho en común con la América Latina, observé la misma desconfianza y suspicacia (Huizer, 1962). Para explicar esta situación Edward Banfield habla de lo que él llama el "familismo amoral".[5] Debido al predominio de una mentalidad que conduce a la "incapacidad política" (Banfield, 1958, p. 31), Banfield concede pocas probabilidades de éxito a los programas de desarrollo de la comunidad en el sur de Italia (*ibid.*, pp. 175 *ss.*). Por desgracia no hace pronunciamientos claros en cuanto a las causas de este "familismo amoral", ni sugerencias para el avance a este respecto. Sin embargo, algunos experimentos demostraron que si bien el "familismo amoral" estaba profundamente arraigado

[4] La situación de la tenencia de la tierra en Costa Rica ha sido descrita como sigue: "Aun cuando Costa Rica se menciona a veces como una nación de pequeños agricultores, el 9 % de sus granjas representan el 71 % de la tierra cultivada" (Jones, 1962, p. 13).

[5] Edward Banfield (1958, p. 85). En este trabajo indica que la mentalidad de un "familista amoral" es "Maximizar la ventaja material a corto plazo de la familia nuclear; suponer que todos los demás harán lo mismo".

en Sicilia, tanto como en El Salvador, en ambos lugares podían organizarse ciertas empresas comunes. Se aclaró que la "incapacidad política" de los campesinos se relacionaba con el clima social autoritario y opresivo, de modo que podía modificarse bajo circunstancias adecuadas. El lento pero continuo crecimiento de las organizaciones campesinas, aunque afronta la acción violenta de la Mafia, la que ha asesinado a treinta y tres de los más vigorosos líderes campesinos desde 1954, indica que la situación no es tan desesperada como sugiere Banfield.[6]

Más adelante se describen algunos experimentos en que las medidas de reforma agraria han mejorado el clima social y creado así una condición favorable para el esfuerzo cooperativo y el desarrollo de la comunidad.

En El Salvador me relacioné con una de las "Fincas de Beneficio Proporcional" del Instituto de Colonización Rural.[7] Son proyectos para el reasentamiento de campesinos sin tierras en tierras propiedad del gobierno, especies de granjas colectivas administradas al principio por empleados del Instituto pero destinadas a pasar finalmente a manos de los propios campesinos. En estos pequeños asentamientos humanos de nueva creación se han implantado afortunados esfuerzos de desarrollo comunitario. Las Naciones Unidas advirtieron que este experimento era demasiado limitado y que todo ensanchamiento encontraría probablemente la resistencia de la clase de grandes terratenientes de El Salvador (Leonholdt, 1953, p. 57). También advirtieron las Naciones Unidas que: "Un peligro común del empleo de proyectos pilotos es la inversión excesiva en personal y fondos hasta el punto de que los proyectos no podrían repetirse a escala nacional" (Naciones Unidas, 1963a, párrafo 49). Otro experimento en pequeña escala, pero científicamente controlado, de la misma clase, se ha desarrollado en la ex hacienda de Vicos en Perú, bajo la dirección de antropólogos sociales y otros técnicos de la Universidad de Cornell. Vicos, una hacienda peruana típica con cerca de 300 familias indígenas de habla quechua arraigadas a la tierra (pero sin poseer nada de ella), fue tomada por el grupo de estudio en 1952. En esa época "los niveles de vida eran mínimos. Los niveles de salud y nutrición eran extremadamente bajos. Casi no había instalaciones educativas. La cooperación dentro de la comunidad era la excepción más bien que la regla, y la resistencia al mundo exterior era intensa. Las actitudes hacia la vida eran estáticas y pesimistas" (Holmberg, 1961, pp. 80-81; Vázquez, 1962). El experimento tuvo como propósito "desarrollar dentro de la comunidad organizaciones independientes y dinámicas para la solución de problemas y la toma de decisiones, que pudieran asumir gradualmente las responsabilidades del liderazgo en los asuntos públicos en forma racional y humanitaria y de acuerdo con lineamientos democráticos" (Holmberg, 1961, p. 83). Se abolieron muchos de los abusos tradicionales del sistema de hacienda y se creó un tipo nuevo de relación, basado en los principios de la amistad y el respeto a la dignidad humana (Vázquez, 1962, p. 301). También se ayudó a los habitantes a mejorar su agricultura mediante un atractivo sistema de crédito.

[6] Véase en Danilo Dolci (1960, 1963) una descripción de los problemas encontrados cuando se trató de estimular un programa de desarrollo en Sicilia.

[7] Resulta interesante advertir que Maturana (1963, p. 51) observa una relación entre la creación de este instituto y la revuelta campesina ocurrida en 1932.

Entre 1952 y 1957 se transfirió poco a poco a la comunidad indígena el poder ejecutivo sobre esta hacienda. Se seleccionaron y adiestraron con cuidado algunos individuos respetados localmente para que asumieran responsabilidades y arreglaran conflictos. Las decisiones tomadas por este grupo pasaban a discusión por toda la comunidad. Al mismo tiempo se introdujeron adelantos sanitarios y educativos, y se confirió a lugareños la responsabilidad de tales actividades. Los diversos grupos organizados para este efecto aprendieron gradualmente a asumir mayores responsabilidades, de modo que en 1957 la administración de toda la hacienda pudo entregarse prácticamente a un cuerpo elegido de líderes locales.

Este caso puede considerarse como ejemplo de la reforma agraria lentamente ejecutada. Los resultados fueron notables. La producción de papas se duplicó entre 1957 (cuando todo estaba administrado todavía bajo el sistema antiguo) y 1958, con sólo un tercio de la fuerza de trabajo en el campo. Así pues, la producción por hombre aumentó en 600 %.

Por estos resultados del proyecto de Vicos, Holmberg concluye: "Es peligroso obtener conclusiones generales de un solo ejemplo de esta clase, sobre todo uno en que era obvio que intervendrían muchas variables; sin embargo, los datos de Vicos no carecen de importancia teórica. Tienden a confirmar una hipótesis expresada hace mucho tiempo por Marx: que la enajenación del pueblo del control de los medios de producción retarda el desarrollo social y económico" (1959, p. 9).

Los efectos del experimento de Vicos han sido bien resumidos por Harold Lasswell: "Entre los habitantes de Vicos varias generaciones de opresión habían creado un escepticismo profundo en cuanto a las motivaciones de cualquier forastero, y en particular del *padrone* (terrateniente). De aquí la estrategia de la intervención rápida, y la dramática abolición de los antiguos abusos desde el principio mismo de la intervención de Cornell. El nuevo programa revolucionario se inició en un contexto de sorpresa, incredulidad, gratitud y esperanza" (1962, p. 117). Va-

rios antropólogos que participaron en el experimento de Cornell (Dobyns, Monge y Vázquez, 1962; Vázquez, 1962, p. 307) han indicado que este cambio profundo de clima social en un lugar tuvo un gran atractivo en la región circundante y produjo intranquilidad y despertar entre los campesinos y resistencia entre los terratenientes, quienes temían perder sus antiguos privilegios.

El antropólogo Alain Dessaint, quien describe ampliamente los efectos a menudo socialmente desorganizadores de la hacienda feudal y el sistema de plantación sobre la población indígena de Guatemala, advierte una influencia iluminante similar de la reforma agraria y otros esfuerzos de organización realizados a principios de los años cincuenta en Guatemala (Dessaint, 1962, p. 352). "El periodo de reforma 1945-1954, produjo un cambio en la relación paternalista del propietario hacia el trabajador, porque éste especialmente empezó a identificarse con grupos y movimientos nacionales" (Dessaint, 1962, p. 335).

Richard Adams ha observado también la influencia de las medidas de redistribución de la tierra tomadas en Guatemala en 1952-1953 (las que fueron suspendidas en 1954):[8] "Entre sus efectos, el periodo de Jacobo Arbenz destruyó muchos vestigios de interés mutuo entre los trabajadores del campo y los terratenientes. El paternalismo del patrón anterior persiste todavía sobre todo en las disposiciones escritas del código laboral. Ahora los grupos de trabajadores agrícolas están claramente conscientes de que se puede establecer un nuevo tipo de relación entre ellos y las clases cosmopolitas locales superior y media. De igual modo, la masa media emergente está consciente de su propia fuerza potencial, una vez consolidada a través de los sindicatos y organizaciones similares. Fue la emergente clase media la que en general dio un impulso dinámico a los programas de Arbenz" (Adams, 1961, p. 270).

El *1963 Report on the World Social Situation* advirtió la "intranquilidad explosiva en grandes partes del campo" e hizo referencia a la intensidad creciente de estas fuerzas señalando con perspicacia que "tales movimientos no se han estudiado aún objetivamente" (Naciones Unidas, 1964, pp. 25-26; véase también Huizer, 1965b).

Uno de los experimentos mejor conocidos en la América Latina es el de una combinación en gran escala de reforma agraria, organización campesina, crédito supervisado y desarrollo de la comunidad realizada desde 1936 en la Comarca Lagunera, una región productora de algodón en el norte de México.

[8] El CIDA (1965, p. 45) indica que tras el cambio de gobierno ocurrido en 1954 la mayoría de las 100 mil familias campesinas que se habían beneficiado de las medidas de reforma perdieron sus tierras de nuevo a manos de los grandes propietarios.

A pesar de la legislación agraria de 1917 prevalecía el sistema de hacienda. Los campesinos, en su mayor parte trabajadores atados a las haciendas algodoneras, estaban en huelga exigiendo mejores condiciones y se organizaron para contrarrestar los esfuerzos de los grandes terratenientes por romper la huelga. En 1936, estas acciones asumieron proporciones tan dramáticas que la economía nacional se vio amenazada. El presidente Lázaro Cárdenas prometió entonces a las organizaciones campesinas aplicar el artículo 27 de la Constitución Mexicana (relativo a la reforma agraria) a la región, lo que significaba la redistribución de la mayor parte de las haciendas entre las comunidades campesinas. "No fue sino cuando los trabajadores de la tierra de La Laguna se organizaron y actuaron por sí mismos que pudieron lograr la aplicación de las leyes nacionales a la región" (Senior, 1958, p. 66).

Para no perjudicar demasiado los sistemas de producción existentes las haciendas se convirtieron en varios ejidos colectivos[9] y en varios predios, del tamaño máximo legalmente fijado, para los antiguos propietarios y algunos de sus empleados.[10] Los ejidos colectivos fueron administrados por los campesinos y sus líderes en colaboración con técnicos del gobierno, sobre todo los del Banco de Crédito Ejidal (Senior, 1958, p. 97). En el término de 45 días tres cuartas partes de la tierra de riego y una cuarta parte de la tierra sin riego pero cultivable de la región se entregaron a 30 mil campesinos organizados en cerca de 300 ejidos.

Durante los primeros cuatro años después de la reforma, mientras Cárdenas era todavía presidente, se hicieron grandes esfuerzos por "lograr la participación de los propios ejidatarios en todos los aspectos de las nuevas estructuras sociales de la región" (Senior, 1958, p. 118). El departamento de organización del Banco Ejidal, en consulta con los líderes campesinos más responsables, empezó a organizar comités asesores de ejidatarios. Más tarde se formalizó más este arreglo y se celebraron convenciones en cada zona de la región para elegir miembros. También se formó un comité central con delegados zonales, cada uno de los cuales era responsable de cierto campo en las comunidades de su zona. Tales campos eran: la educación (ayuda para la construcción de escuelas, ayuda para la organización de escuelas

[9] "La tierra del ejido es propiedad de un pueblo o aldea para uso colectivo o para su distribución entre los habitantes que cultivan predios pequeños a los que cada individuo tiene un derecho de ocupación y uso mientras conserve la tierra en cultivo. En los tiempos coloniales las aldeas habían recibido donativos de tierras de esta clase, pero durante el siglo XIX las perdieron a manos de los propietarios de grandes haciendas. Así pues, la restitución o donación de tierras ejidales ha implicado la división de los grandes latifundios y el regreso de la tierra a la propiedad de la aldea" (Naciones Unidas, 1954, p. 38, nota 54).

[10] Por ejemplo la hacienda de Tlahualilo, de 46 630 hectáreas, la mitad de ellas cultivadas, se dividió en 13 ejidos y cerca de 150 "pequeñas propiedades". Véase Senior, 1958, p. 93.

nocturnas, estímulo a los deportes, obtención del apoyo comunitario para los jardines escolares, etcétera), la agricultura (estímulo, en colaboración con agrónomos, de toda clase de mejoramientos), la salud (promoción de las actividades de salud pública en las comunidades, de limpieza de calles, etcétera). Resulta interesante advertir la participación de las mujeres, fuertemente alentadas por el presidente Cárdenas, en toda clase de actividades. De modo que "los éxitos cooperativos más notables de la región han sido logrados por 61 grupos de mujeres que se encargan de los molinos de maíz" (*ibid.*, p. 129).

Aunque nunca se utilizó la frase "desarrollo de la comunidad", el programa ejecutado en la región de La Laguna puede considerarse dentro de la definición internacionalmente aceptada de esa frase.[11]

Todo el programa recibió un estatuto legal en 1939 con el nombre de Unión Central de Sociedades Colectivas de Crédito. "La primera oleada de entusiasmo entre los campesinos dio una ventaja enorme a la Unión Central. Parecía obvio para todos que el de 'uno para todos y todos para uno' era un lema que produciría resultados" (Senior, 1958, pp. 124-125). Pero gradualmente declinó la elevada moral de los primeros días. Dificultades de personalidad, errores cometidos durante la redistribución de la tierra, desfalcos de varios funcionarios menores, apoyo decreciente del gobierno nacional durante las administraciones presidenciales que siguieron a la de Cárdenas, cambios en la política del Banco Ejidal (más hincapié en las ganancias puramente económicas), varios años de sequía que agotaron el sistema de riego, rivalidad entre grupos de campesinos, creciente presión demográfica y muchos otros factores se consideran responsables de esta declinación. Debiera hacerse una evaluación cuidadosa de la influencia de cada uno de estos factores. Un indicador que ocasionalmente se ha utilizado para este propósito es el de la productividad o "aumento de la producción" (Naciones Unidas, 1960a, cap. 2).

Como hemos visto en el caso de Vicos, la productividad por hectárea aumentó considerablemente después de las reformas;

[11] "El término 'desarrollo de la comunidad' se ha introducido al uso internacional para denotar el proceso mediante el cual se unen los esfuerzos del pueblo mismo con los de las autoridades gubernamentales para mejorar las condiciones económicas, sociales y culturales de las comunidades, para integrar estas comunidades a la vida del país y para permitirles contribuir plenamente al progreso nacional. Este complejo de procesos se compone entonces de dos elementos esenciales: la participación del pueblo mismo en esfuerzos tendientes al mejoramiento de su nivel de vida, dependientes en la mayor medida posible de su propia iniciativa, y la provisión de servicios técnicos y de otra índole en formas que estimulen la iniciativa, la autoayuda mutua y las hagan más eficaces. Se expresa en programas destinados a lograr una gran diversidad de movimientos específicos" (véase Naciones Unidas, 1960b, párrafos 1, 2).

en cambio, el rendimiento del algodón en la región de La Laguna experimentó grandes fluctuaciones (probablemente relacionadas con el agua de riego disponible), tanto antes como después de los cambios de 1936. La productividad del trigo por hectárea disminuyó después de los primeros cuatro años de la reforma.[12]

Se ha señalado también que mientras disminuyó la productividad del sector ejidal de la región de La Laguna aumentó la del sector privado.[13] Senior demuestra que el factor decisivo de este fenómeno no es una constante (la forma ejidal de la organización agrícola) sino un gran número de variables (Senior, 1958, p. 193). También hay excepciones. En algunos ejidos, como Tlahualilo, la producción aumentó sostenidamente después de la reforma. En opinión de Whetten las dos razones principales del fracaso de la mayoría de los ejidos colectivos son: *1)* la falta de un liderazgo local adecuado, y *2)* la falta de disciplina (1948, pp. 212-214). Señala también una tendencia hacia la asignación de parcelas individuales a ejidatarios como una solución al problema de la baja productividad. En cambio, en el caso de los ejidos individuales de la región del Bajío, en el centro de México, Castillo distingue problemas estructurales y funcionales en la organización ejidal que tienen mucho en común con las razones del fracaso de muchos ejidos colectivos de la Comarca Lagunera. Subraya Castillo la necesidad de eficiencia administrativa y de la creación de instrumentos de acción colectiva que ayuden a la comunidad a resolver toda clase de problemas y a integrarse al sistema político nacional, para mejorar así algunos de los aspectos del ejido que no se conforman a los criterios modernos de eficiencia (1956, p. 156).

Indica Castillo como un "problema estructural" la centralización de la toma de decisiones en manos de las agencias que operan en las regiones donde se ha ejecutado la reforma agraria, lo que crea un clima material y psicológico en que tanto el ejidatario individual como la comunidad son incapaces de actuar por sí mismos aun en situaciones relativamente simples (p. 159). La actitud paternalista de los organismos centrales obstruye la evolución social de los ejidos (p. 160).

[12] Senior (1958, cuadro 5, p. 71, y cuadro 7, p. 79). Sin embargo, el propio autor advierte "la distribución más igualitaria de las ganancias entre los trabajadores residentes", que beneficia a la economía mexicana, mientras que "antes pocos individuos gastaban todos las ganancias en las capitales de países europeos o en otras partes" (*ibid.*, p. 238).

[13] Senior, 1958, p. 189. En la región del Bajío, donde la reforma agraria no promovió ejidos colectivos como en la región de La Laguna, sino ejidos divididos en parcelas individuales entregadas a los ejidatarios, Carlos Manuel Castillo (1956, especialmente capítulo 9) ha advertido un hecho similar: la actuación mejor de los agricultores privados que de los ejidatarios. Castillo indica también muchos otros campos, como el de la educación (pp. 63 *ss.*), donde los ejidatarios se encuentran en desventaja frente a los agricultores privados.

Estos hechos se relacionan con los "problemas funcionales", sobre todo con la necesidad de estimular el adiestramiento de los líderes locales para organizar la acción de grupo, y la necesidad de repartir en forma más balanceada las responsabilidades entre los ejidos (p. 162). Lo mismo se aplica a la región de La Laguna. Senior indica que a pesar del mayor "bienestar" de los campesinos, sobre todo después de los primeros años, "la educación de los propios ejidatarios en una forma que los incorpore a la 'resolución de problemas' se ha olvidado en la forma más irresponsable" (1958, p. 198).[14]

En varias otras ocasiones se ha señalado en la región de La Laguna el paternalismo de los empleados gubernamentales y sus efectos desastrosos sobre la actividad de autoayuda de la gente (en lo que toca a la vivienda de autoconstrucción, véase Kelly, 1953, p. 6). Una de las explicaciones de Whetten es que debido a la falta de buen personal el Banco Ejidal reclutó a muchos de los antiguos empleados de las haciendas (1948, p. 225). Un problema relacionado con este paternalismo es el hecho de que algunos de los líderes surgidos de las filas campesinas empiezan a dominar y aun a explotar a sus seguidores una vez que se encuentran en posición de poder. Éste es un aspecto generalizado pero apenas investigado de la vida rural en México, llamado caciquismo.

Carlos Manuel Castillo describe tales problemas y los procesos de solución necesarios como altamente políticos (1956, p. 160). Pero ciertamente son al mismo tiempo una tarea para el desarrollo de la comunidad, como han observado las Naciones Unidas: "Aunque la motivación añade la dimensión del entusiasmo popular para la realización de las cosas, la calidad y el efecto del esfuerzo popular deben salvaguardarse a través de la buena organización" (Naciones Unidas, 1963a, párrafo 83).

En los últimos años diversas publicaciones de las Naciones Unidas han indicado la forma en que el desarrollo de la comunidad, las organizaciones campesinas y la reforma agraria pueden relacionarse en diversas etapas del desarrollo. En la etapa inicial de la reforma agraria hay dos formas en que el desarrollo comunitario puede fortalecer el proceso de reforma agraria, como ha señalado el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas (1962, párrafo 69):

[14] Aunque el Segundo Informe de las Naciones Unidas sobre *Progress in Land Reform* (1956, p. 135), indica acerca de las reformas realizadas en La Laguna lo siguiente: "el efecto de estas medidas sobre el bienestar de la población rural no puede medirse", ahora podría justificarse un intento de evaluación de este aspecto con las técnicas modernas de las ciencias sociales. Clarence Senior, quien participó durante muchos años en varios proyectos realizados en esta región, dice a propósito del "bienestar": "El experimento de La Laguna ha progresado más hacia la consecución de esta meta de valor. Mucho del progreso va ahora más allá de la cuantificación. Pensamos, por ejemplo, en los numerosos informes de testigos presenciales y de participantes en los azotes propinados a trabajadores del campo sólo meses antes de las expropiaciones; en las casas destruidas y los peones arrojados de las haciendas sólo pocos años antes de 1936. Recordamos cientos de reuniones en que hombres y mujeres vibraban con una nueva dignidad y una determinación a trabajar duro y hacer un éxito de la tierra que ahora es nuestra" (1958, p. 195).

> Primero, la legislación de la reforma agraria raras veces se promulga antes de que surja en el campo un fortalecimiento de la opinión (como el que pueden ayudar a generar los programas de desarrollo de la comunidad) en favor de tal reforma. Segundo, se requiere el apoyo local de los individuos interesados para la aplicación de la legislación de tenencia de la tierra una vez promulgada, porque de otro modo es probable que siga siendo letra muerta por la oposición de los intereses creados.

En el Tercer Informe de las Naciones Unidas sobre *Progress in Land Reform* (1962, cap. 6, párrafo 14), se examinaron más a fondo las dos tareas potenciales del desarrollo comunitario:

> Los programas de desarrollo de la comunidad se prestan bien para ayudar a crear tal exaltación básica. En varios casos tales programas existían durante varios años antes de la institución de las reformas de la tenencia de la tierra, aun en el sentido legal restringido, y han demostrado su capacidad para ayudar a crear las condiciones que permiten una reforma agraria viable. Lo han hecho así sobre todo educando a los habitantes del campo acerca de las posibilidades y facilitándoles encontrar voceros, una organización, y el inicio de la competencia organizadora y del hábito de trabajar dentro de organizaciones. Las leyes de reforma fueron entonces iniciadas en gran parte por la propia comunidad, la que además aseguró su aprobación.

Después de promulgadas las leyes muchos campesinos analfabetos han ignorado sus nuevos derechos. Aun cuando se ha dispuesto de medios adecuados de educación pública, la carencia de fuertes organizaciones campesinas en las áreas rurales ha ayudado a los terratenientes a desentenderse de la legislación o a violarla. Por otra parte, la presencia de tales organizaciones comunitarias fuertes, a nivel local, ha inclinado la balanza en favor del cumplimiento (párrafo 17).

Para la América Latina, con su gran número de campesinos sin tierra, se recomendaron varias técnicas para asegurar el cumplimiento de la legislación de reforma agraria:

> Uno de los enfoques más prometedores a la integración de la reforma agraria y el desarrollo de la comunidad puede

ser el aliento legislativo a las solicitudes colectivas de tierras más bien que a las individuales, y a la elección democrática de representantes de los solicitantes. Esto puede crear un foco de actividad comunitaria y de interés común entre los jornaleros sin tierras y otros agricultores entre quienes suele ser muy débil la organización comunitaria. Esto proveería la clase de presiones para el cumplimiento que se requiere para superar la resistencia de los terratenientes, y podría conducir a una organización nacional efectiva y a la representación política de la población rural. Conduciría naturalmente a formas más permanentes de organización de la comunidad y a la iniciativa para tratar con agencias del gobierno una vez distribuida la tierra, sin que ello implique la propiedad o el uso colectivos de la tierra (párrafo 34).

Como ejemplos de este tipo de desarrollo comunitario el informe enumera las uniones de agricultores locales y las ligas campesinas de Venezuela que se organizan ahora en una Federación Nacional Campesina (párrafo 43).

En Venezuela la Ley del Trabajo de julio de 1936 permitió el sindicalismo rural (Powell, 1964, p. 4). Los líderes políticos que habían estado en el exilio durante muchos años habían regresado a Venezuela tras la muerte del presidente Gómez en diciembre de 1935. Estos líderes recurrieron a las organizaciones laborales y las uniones campesinas para la organización del apoyo político. Según el estudio de John Powell, entre 1936 y 1945 se formaron 77 sindicatos campesinos con 6 279 miembros, superando muchos obstáculos. Entre 1945 y 1948, durante la presidencia de Rómulo Betancourt, se simplificó la formación y la legislación de los sindicatos campesinos, de modo que se organizaron 515 sindicatos con 43 302 miembros (p. 7). Los sindicatos se unieron en la Federación Campesina (FCV), con Ramón Quijada como su primer presidente:

Quijada, un hombre duro entre los duros, se había abierto camino por esfuerzo propio como organizador campesino desde el estado de Sucre entre 1936 y 1945, cuando las actividades sindicales eran consideradas a menudo ilegales por los gobiernos locales, peligrosas por los terratenientes locales, y políticamente subversivas por muchos comandantes militares y de la guardia nacional, y en consecuencia suprimidas (p. 8).

Entre 1948 y 1958, bajo el presidente Pérez Jiménez, la organización campesina se hizo de nuevo muy difícil. Sin embargo, el movimiento campesino continuó en la clandestinidad, y volvió a surgir tras la caída de Pérez Jiménez:

Tierras que habían sido entregadas a los campesinos bajo el gobierno de la Acción Democrática en 1945-1948, y de las que habían sido arrojados por la fuerza por la dictadura, fueron invadidas espontáneamente a instancias de muchos líderes campesinos locales militantes (p. 11).

En el Primer Congreso Campesino celebrado en 1959 en Caracas, se eligió a Quijada para reconstruir la Federación Campesina, pero una lucha interna en Acción Democrática produjo una purga de Quijada y su grupo en el Segundo Congreso Campesino de 1962 (p. 11).

Powell cree que el impresionante crecimiento del movimiento campesino después de 1958 derivó de los objetivos locales concretos que perseguía (pp. 15-25). Los campesinos vieron en la Federación un instrumento para que las comunidades rurales funcionaran. Entre los intereses de los sindicatos locales se encontraban el crédito del Banco Agrícola y Pecuario y las peticiones de tierras, y renglones tales como los de vivienda, agua potable, y servicios educativos y médicos. Invasiones de tierras aparentemente bien organizadas y coordinadas (Taylor, 1960, párrafos 86 y 87) produjeron en ciertas áreas una ejecución rápida de las medidas de reforma agraria por el Instituto Agrario Nacional, como lo estipulaba la Ley de Reforma Agraria promulgada el 3 de marzo de 1960.

Una ilustración de la integración de la reforma y el desarrollo comunitario se ve en La Julia-Jubo Dulce, en el estado de Aragua, un proyecto piloto conocido por el autor. El éxito del asentamiento se debió en parte a una fuerte organización rural, formada desde 1948. Este sindicato campesino local aceleró la ejecución de la ley de reforma agraria en la comunidad y algunos lugares vecinos mediante una invasión bien planeada y no violenta de las tierras que debían ser afectadas de acuerdo con los criterios de la ley. Una misión evaluadora de las Naciones Unidas advirtió que CORDIPLAN (Oficina Nacional de Coordinación y Planificación) había logrado crear un núcleo común de vida que, junto con los esfuerzos de la Federación, está integrando a la vida pública a los campesinos antes dispersos y aislados (Naciones Unidas, 1963b, párrafo 36). En algunos de los estados donde el programa de desarrollo comunitario de CORDIPLAN ha funcionado con éxito, como Aragua y Carabobo (CORDIPLAN, 1965), los sindicatos campesinos han estado trabajando durante más tiempo que en otros lugares (Powell, 1964, p. 2). El Ministerio del Trabajo subsidia el 85 % del presupuesto de la Federación y el Instituto Agrario Nacional cubre otro 10 % (*ibid.*, pp. 80-81). Según Powell, la Federación tiene "una remuneración política para los partidos en forma de votos rurales y una remuneración para la comunidad campesina en forma de los bienes y

servicios provistos en el programa de reforma agraria del gobierno" (*ibid.*, p. 71).

Aparte del apoyo oficial disfrutado por la Federación durante muchos años, el éxito relativo del movimiento podría explicarse por el liderazgo carismático que ayudó a integrar en una organización nacional los múltiples sindicatos locales, junto con el hecho de que los sindicatos se crearon contra muchos obstáculos. Los sociólogos han observado la mayor cohesión que puede surgir dentro de los grupos, sobre todo en los sindicatos laborales, cuando se ven amenazados desde el exterior (Coser, 1956).

Aunque han existido organizaciones campesinas en muchos países, sus implicaciones políticas han impedido su estudio serio por parte de muchos sociólogos y trabajadores en el desarrollo de la comunidad. Sin embargo, estas implicaciones no pueden evitarse, porque el objetivo del desarrollo comunitario es una mayor participación de las comunidades rurales en la vida de la nación. Ciertos cambios en la estructura del poder deben realizarse cuando esta estructura sea todavía rígida. Como advierten Gillin (1949, p. 206):

> Los extremos de las clases y la relativa falta de educación entre la gran masa de la población han impedido a menudo la participación democrática del grueso de la población; la mayoría de la gente no sabía cómo tomar parte en los asuntos políticos, y de todos modos la clase alta no se los hubiera permitido.

Para nutrirse y crecer los grupos campesinos deben recibir apoyo político de carácter no partidarista "suficientemente fuertes para inspirar a la gente nuevas esperanzas, para superar la inercia y la fragmentación de las burocracias tradicionales, y para transformar las actitudes y los hábitos de trabajo del personal público" (Naciones Unidas, 1959, párrafos 41-42). Sin embargo, se verá que en la práctica entran en escena toda clase de fuerzas políticas. El secretario general de las Naciones Unidas (1965, párrafo 78) observó a este respecto:

> Se ha sostenido que aunque en la América Latina no se introduce normalmente la reforma agraria como parte integral del cambio social y político total, es sin embargo una fuerza explosiva, imprevisible y revolucionaria, hasta el punto de que cierta cantidad de violencia, desasosiego y desorden es inevitable y aun necesaria para el éxito de las medidas de reforma, cuya iniciación tenderá a crear nuevos elementos perturbadores o desequilibradores. No sólo existe una relación recíprocamente influyente entre la reforma agraria y otras formas del cambio económico, sobre todo la industrialización, sino que la reforma agraria se ha convertido también en tema de vastas y a menudo irrealizables promesas de muchos partidos políticos que al abrazar su causa —por lo menos verbalmente— pueden ganar algunos enemigos poderosos pero también ganarán numerosos amigos. Esta potencialidad política de las medidas de reforma agraria parece haber sido advertida también por los intereses externos que instan a muchos países en desarrollo a la introducción de la reforma agraria, ya sea como parte integral de un gran cambio institucional o como medio para evitar el cambio radical.

Es bien sabido que los grandes terratenientes han expresado a veces una oposición constante a los programas de desarrollo de la comunidad o aun de educación de los trabajadores rurales (Loomis y otros, 1953, p. 98; Paulson, 1964, pp. 26, 47). Pueden realizarse ciertos proyectos limitados de mejoramiento de la comunidad. Sin embargo, mientras que las haciendas conserven su dominio tradicional sobre los asentamientos minifundistas dentro de las localidades rurales, la proporción de autoayuda "comunitaria" en éstas sólo puede tener alcances limitados y precarios. Tal programa puede servir aun como un instrumento para excusar la evasión del problema central de la tenencia de la tierra.

Se han estudiado las implicaciones políticas de la organización rural y de la participación popular efectiva en varios informes de países de la OIT, como los de El Salvador (Ambrosini, 1954, p. 16). Estas implicaciones han constituido también el tema de demandas ante la Conferencia Interamericana de Ministros del Trabajo celebrada en Bogotá en mayo de 1963. Los voceros sindicales revelaron a los ministros que ninguno de los países latinoamericanos importantes (Brasil, Bolivia, Colombia, Chile, México, Perú y Venezuela) estaba realizando esfuerzos serios para satisfacer una de las condiciones de la Alianza para el Progreso, o sea lograr que los representantes de sindicatos libres participaran en la planeación nacional. En algunos países se encontraron hasta con un esfuerzo deliberado por excluir a tales representantes (Unión Panamericana, 1963, pp. 172-173).

Fue probablemente por la razón anterior que algunos párrafos de la Declaración de Cundinamarca y algunas recomendaciones de esta Conferencia Interamericana de Ministros del Trabajo pedían en forma explícita que los gobiernos latinoamericanos reconocieran el derecho de los trabajadores agrícolas a organizarse libremente en sindicatos (pp. 260-268, párrafo 32), y además estimularan la participación activa de los trabajadores organizados en la planeación del desarrollo nacional a todos los niveles.

Al comentar el problema de la obtención de poder efectivo, Charles Anderson (1965, p. 27) observó:

> Los gobiernos latinoamericanos responden muy bien a los intereses privilegiados que puedan formular demandas "ade-

cuadas" de acción estatal y llevarlas a la atención de los elaboradores de políticas en forma exigente. El problema consiste más bien en que existen pocos mecanismos que "conecten" a grandes sectores de la población con el proceso de toma de decisiones para que puedan dar a conocer sus intereses a los elaboradores de las políticas y reforzar tales intereses con un verdadero poder político que pueda afectar las condiciones de la supervivencia política. En otras palabras, las decisiones públicas se toman a menudo en la América Latina en circunstancias de ignorancia aguda acerca de lo que realmente está pasando en la sociedad.

Para superar este problema y promover una estrategia de desarrollo gradual, Anderson propuso que el "activismo político" fuera una parte esencial de la política de desarrollo. Esto incluye el desarrollo de la comunidad[15] y, si es necesario, aun ciertas formas de desobediencia civil:

> ...para un movimiento campesino, la búsqueda constante de acceso representativo a los tomadores de decisiones y, cuando se han agotado los remedios procesales, la ocupación de tierras ociosas, mantenidas en propiedad privada sólo para fines de especulación, puede constituir una táctica política muy adecuada. Esto se aplica en particular cuando existe una fuerte presunción legal en favor de la "función social" de la propiedad...[16]

La necesidad de los diversos enfoques en este campo, y su eficacia, diferirán de un país a otro, aunque hay algunas consideraciones básicas, como se expresó en la Conferencia Mundial de Reforma Agraria de 1966 (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, 1966, p. 15):

> Se observó que en algunos países los obstáculos legales, y a veces la opresión violenta contra las organizaciones campesinas, han impedido todo movimiento de esta naturaleza. En algunos países los campesinos recurren a acciones tan dramáticas como las marchas de hambre o las invasiones pacíficas de tierras expropiables. Deben eliminarse los obstáculos que impiden la formación y las actividades de las organizaciones campesinas, y debe garantizarse la libertad completa para que las organizaciones campesinas independientes se unan de acuerdo con sus intereses.

[15] Anderson (1965, pp. 39-40), quien menciona como "formas de organización adecuadas para manejar la reforma" los "grupos de clientela", la organización de cooperativas, los programas de desarrollo de la comunidad, la organización de partidos políticos y los sindicatos campesinos.

[16] Anderson, 1965, p. 38. Un ejemplo interesante en este sentido puede encontrarse en los principios y las actividades de la FANAL (Federación Agraria Nacional), la organización campesina de Colombia que colabora estrechamente con el programa de desarrollo comunitario de las Naciones Unidas llamado Acción Nacional. La FANAL organizó varias invasiones de tierras públicas o privadas ociosas, con el apoyo de su "consejero moral", el padre Vicente Andrade, S. J., quien escribió un volante para tal efecto (1963, especialmente p. 14).

En virtud de los obstáculos a su participación efectiva en la política, los campesinos han expresado sus demandas en forma de naturaleza generalmente espontánea y a veces más o menos violenta; aunque con frecuencia los métodos de acción no violentos también tuvieron éxito. No es exagerado afirmar que en la mayoría de las áreas donde ha ocurrido una reforma agraria efectiva el éxito se ha debido a los métodos de acción directa aplicados por grupos campesinos organizados una vez que el enfoque legal fracasó. Son ejemplos notables las actividades de los sindicatos campesinos durante 1952-1953 en Bolivia, sobre todo en el área de Cochabamba (Patch, 1961). También recibió gran difusión la acción de la federación campesina a fines de los años cincuenta y principios de los sesentas en el Valle de la Convención, en el área del Cuzco en Perú. Este movimiento, que afrontó la fuerte oposición de terratenientes intransigentes, se volvió cada vez más radical bajo el liderazgo de Hugo Blanco en una etapa posterior (Craig, 1969). Además del uso de la fuerza armada, se promulgó un decreto especial de reforma agraria para el área a fin de apaciguar el movimiento. Pero a pesar de esto, en 1963 cerca de 300 mil campesinos indígenas ocuparon tierras en diversas áreas de las tierras altas peruanas que según ellos les habían pertenecido durante muchos años (CIDA, 1966).

Alrededor de 1958 ocurrieron movimientos similares en los estados del noroeste de México, organizados por la organización campesina independiente de izquierda que encabezaba Jacinto López. Este movimiento produjo tal efecto que el gobierno aceleró su programa de distribución de tierras en todo el país (Huizer, 1968-1969). En el noroeste de México algunas vastas propiedades extranjeras, como la Compañía Ganadera Cananea, dejadas intactas en contravención de la Constitución mexicana, fueron expropiadas y trasformadas en ejidos ganaderos colectivos.

Estos diversos casos tienen por lo menos un factor en común. Los movimientos ocurrieron en áreas y entre campesinos relativamente "modernizados". La región de Cochabamba de Bolivia se encuentra entre las más prósperas del país, gracias a una agricultura muy comercializada. En el Valle de la Convención en Perú los campesinos locales habían logrado algún progreso gracias al cultivo del café. Pero en ambos casos la *élite* rural tradicional trató de mantener su posición económica, social y política de poder mediante una actitud intransigente hacia el

campesinado. En el noroeste de México la situación era distinta. El progreso de modernización era más notable. Grandes áreas de tierra, puestas bajo riego como parte de vastos proyectos de desarrollo, habían sido entregadas a agricultores comerciales para la producción de cultivos comerciales. En años anteriores la legislación de reforma agraria se había modificado para establecer que las explotaciones de menos de 300 hectáreas de tierras de riego con cultivos comerciales no podrían ser expropiadas. En contravención de la ley muchos propietarios nuevos pudieron retener explotaciones varias veces mayores. El auge de la agricultura comercial se tradujo en considerable "consumo conspicuo" de las crecientes clases medias de los pueblos del área. Esto contrastaba fuertemente con los bajos niveles de vida del campesinado, que había esperado obtener tierras mediante el programa de reforma agraria pero había visto frustrada su esperanza, aunque se reconocieron legalmente sus derechos. Esta área, considerada por Charles Erasmus como un ejemplo de desarrollo de un tipo deseado por la política norteamericana —mediante el surgimiento de una clase media movilizada por la fuerza emuladora del "consumo conspicuo"—[17] experimentó, probablemente debido a los nuevos contrastes creados por tal política, considerables revueltas populares desde fines de los años cincuenta, de las que las invasiones antes mencionadas formaron parte.

El éxito relativo de los esfuerzos de reforma agraria y desarrollo de la comunidad en áreas donde la participación campesina en movimientos fuertes precedió a las medidas de reforma, como ocurrió en los casos de los ejidos ganaderos colectivos establecidos en Cananea[18] y de las cooperativas de productores de café fundadas con los campesinos de La Convención, indica que las formas no tradicionales de solución de conflictos y de participación política pueden constituir un campo digno de estudio y experimentación.

REFERENCIAS

Adams, R. N. (1957), *Cultural Surveys of Panama, Nicaragua, Guatemala, El Salvador, Honduras*, Oficina Sanitaria Panamericana.
— (1961), "Social change in Guatemala and US policy", R. N. Adams y otros, *Social Change in Latin America Today*, Vintage.

[17] Erasmus, 1961. Es sorprendente que Erasmus, quien se encontraba presente en el área cuando ocurrieron las invasiones masivas en varias ocasiones, sólo mencione estos hechos en dos párrafos secundarios (p. 220 y p. 263), en un libro que se ocupa de las consecuencias del desarrollo rural.

[18] En lo relativo al éxito de los ejidos colectivos de Cananea, véase Eckstein, 1966, pp. 165-168.

Ambrosini, J. (1954), *Informe al gobierno de El Salvador sobre los asalariados agrícolas*, Organización Internacional del Trabajo.
Anderson, C. W. (1965), "Reform-mongering and the uses of political power", *Interamerican Economic Affairs*, vol. 19, núm. 2.
Andrade, V. (1963), *Jucio moral sobre la invasión de tierras*, Publicaciones de la Federación Agraria Nacional, núm. 3, Colombia.
Banfield, E. (1958), *The Moral Basis of Backward Society*, Free Press.
Castillo, C. M. (1956), "La economía agrícola en la región del Bajío", *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol. 8, núms. 3-4.
CIDA (1965), *Guatemala: tenencia de la tierra y desarrollo socioeconómico del sector agrícola*, Unión Panamericana, Washington.
— (1966), *Perú: tenencia de la tierra y desarrollo socioeconómico del sector agrícola*, Unión Panamericana, Washington.
Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas (1960), *Report of the Fifteenth Session of the Social Commission*, registros oficiales de la trigésima sexta sesión, suplemento núm. 12, E/3769.
— (1962), Informe de la trigésima cuarta sesión, E/3603.
— (1967), *Land Reform*, Informe de la Conferencia Mundial de Reforma Agraria de 1966, E/4298.
CORDIPLAN (1965), *Logros tangibles e intangibles del desarrollo de la comunidad en Venezuela, 1960-1964*, separata 1, cuadro 12.
Coser, L. A. (1956), *The Functions of Social Conflict*, Free Press.
Craig, W. W. (1969), "The peasant movement of La Convención", H. A. Landsberger (comp.), *Peasant Movements in Latin America*, Cornell University Press.
Dessaint, A. (1962), "Effects of the hacienda and plantation systems on Guatemala's indians", *América Indígena*, vol. 22, núm. 4.
Dobyns, H. B., C. Monge y M. C. Vázquez (1962), "Summary of technical-organizational progress, and reaction to it", *Human Organization*, vol. 21, núm. 2.
Dolci, D. (1960), *Outlaws of Partinico*, MacGibbon & Kee.
— (1963), *Waste*, MacGibbon & Kee.
Eckstein, S. (1966), *El ejido colectivo en México*, Fondo de Cultura Económica, México.
Erasmus, C. J. (1961), *Man Takes Control*, University of Minnesota Press.
Gillin, J. (1949), "Mestizo America", R. Linton (comp.), *Most of the World*, Columbia University Press.
Holmberg, A. R. (1955), "Participant intervention in the field", *Human Organization*, vol. 14, núm. 1.
— (1959), "Land tenure and planned social change: a case from Vicos, Peru", *Human Organization*, vol. 18, núm. 1.
— (1961), "Changing community attitudes and values in Peru: a case study in guided change", R. Adams y otros, *Social Change in Latin America Today*, Vintage.
Huizer, G. (1962), "Some community development problems in Partinico, western Sicily", *International Review of Community Development*, núm. 10.
— (1963), "A community development experience in a Central American village", *International Revue of Community Development*, núm. 12.
— (1965a), "Evaluating community development at the grassroots:

some observations on methodology", *América Indígena*, vol. 25, núm. 3.
— (1965b), "Some notes on community development and rural social research", *América Latina*, vol. 8, núm. 3, pp. 128-144.
— (1968-1969), "Peasant organization in the process of agrarian reform in Mexico", *Studies compar. int. Devel.*, vol. 4, núm. 6.
Jones, E. (1962), *Revisión de unas reformas agrarias*, Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas, Turrialba, Costa Rica.
Kelly, L. (1953), "Informe preliminar del proyecto de habitación en La Laguna, ejido El Cuije, cercano a Torreón, Coahuila", Instituto de Asuntos Interamericanos, México, mimeografiado.
Lasswell, H. D. (1962), "Integrating communities in more inclusive systems", *Human Organization*, vol. 21, núm. 2.
Leonholdt, F. (1953), *The Agricultural Economy of El Salvador*, informe para la misión de la UNTA en El Salvador.
Loomis, C. P., y otros (1953), *Turrialba: Social Systems and the Introduction of Change*, Free Press.
Marroquín, A. D. (1959), *Panchimalco: investigación sociológica*, San Salvador, Editorial Universitaria.
Maturana, S. (1963), *Los problemas de tenencia de la tierra en los países de Centroamérica*, FAO/CAIS/63.
Naciones Unidas (1954), *Progress in Land Reform*, E.2526.
— (1956), *Progress in Land Reform*, segundo informe, E/2930.
— (1959), *Public Administration Aspects of Community Development Programs*, ST/TAO/M/14.
— (1960a), *Community Development and Economic Development*, parte 1, E/CN.11/540, Bangkok.
— (1960b), *Community Development and Related Services*, E/2931, anexo 3.
— (1962), *Progress in Land Reform*, tercer informe, ST/SOA/49.
— (1963a), *Community Development and National Development*, informe de un grupo *ad hoc* de expertos, E/CN.5/379/Rev.1.
— (1963b), *Report of a Community Development Evaluation Mission to Venezuela*, TAO/VEN/15.
— (1964), *Report on the World Social Situation, 1963*, E/CN.5/375/add. 2.
— (1965), *The Impact of Land Reform on Economic and Social Development*, nota del Secretario General, E/CN.5/386.
Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (1966), Conferencia Mundial de Reforma Agraria, Informes de la Reunión de Trabajo, Informe y Resoluciones del Relator General, RU: WLR/66/T.
Patch, R. W. (1961), "Bolivia: US assistance in a revolutionary setting", R. Adams y otros, *Social Change in Latin America Today*, Vintage.
Paulson, B. H. (1964), "Local political patterns in northeast Brazil", un estudio de caso de la comunidad, Centro de Tenencia de la Tierra, Universidad de Wisconsin, mimeografiado.
Powell, J. D. (1964), "Preliminary report on the Federación Campesina de Venezuela — origins, organization, leadership and role in the agrarian reform program", Centro de Tenencia de la Tierra, Wisconsin, mimeografiado.
Senior, C. (1958), *Land Reform and Democracy*, University of Florida Press.

Taylor, P. S. (1960), *Venezuela: A Case Study of Relationships between Community Development and Agrarian Reform*, Naciones Unidas.
Unión Panamericana (1963), "Conferencia interamericana de Ministros de Trabajo sobre la Alianza para el Progreso", *Revista Interamericana de Ciencias Sociales*, segunda serie, vol. 2, núm. 2.
Vázquez, M. C. (1962), "Cambios socioeconómicos en una hacienda andina del Perú", *América Indígena*, vol. 22, núm. 4, pp. 297-312.
Whetten, N. (1948), *Rural Mexico*, University of Chicago Press.

28. RUTAS DE DESARROLLO *

Gunnar Myrdal

La primera cuestión que deseo plantear es la de la preferencia que debe concederse a la industria y la agricultura en la situación actual de los países subdesarrollados.

Es un hecho que los intelectuales de los países subdesarrollados cifran sus esperanzas en gran medida en la industrialización; y yo deseo subrayar desde el principio que este artículo no debe entenderse en el sentido de que los países subdesarrollados no deban hacer sus mayores esfuerzos para fortalecer la industria con la mayor rapidez posible.[1]

La necesidad de tales esfuerzos es particularmente apremiante en países con una elevada razón población/tierra. Un país como la India, cuya población se duplicará antes de que finalice el siglo, no puede esperar aumentar a largo plazo los niveles de vida desesperadamente bajos de sus masas a menos que la industria emplee una proporción mucho mayor de su fuerza de trabajo. Esto es cierto independientemente del progreso que se logre en la agricultura india. En términos más generales, sin la industrialización progresiva de los países subdesarrollados resultará imposible evitar que la brecha de ingreso siempre creciente entre los países ricos y los pobres siga aumentando como lo ha hecho durante un siglo.

Esta tendencia a largo plazo es razón suficiente para que los países subdesarrollados concedan preferencia a la industrialización en sus planes de desarrollo. Pero aun así, debemos hacer algunas observaciones. Para principiar, durante muchos decenios futuros ni siquiera un proceso de industrialización mucho más rápido que el alcanzado por la mayoría de los países subdesarrollados proveerá empleo suficiente para la fuerza de trabajo sub-

* Extractado de Gunnar Myrdal, "Paths of development", *New Left Review*, núm. 36, 1966, pp. 65-74.

[1] También deseo aclarar que en un artículo que se ocupa de un tema tan vasto mis observaciones se limitan necesariamente a unos cuantos aspectos esenciales, y aun éstos han debido ser simplificados hasta un punto que no deja espacio para la sustentación, la diferenciación o la calificación. También he tenido que excluir de mi análisis las pequeñas áreas del mundo donde los países subdesarrollados tienen petróleo y otros recursos cuya demanda está aumentando rápidamente a causa del desarrollo de los países avanzados. Las omito no porque sus problemas carezcan de interés o de importancia, sino porque la enorme mayoría de los habitantes del mundo subdesarrollado no tienen acceso a tales recursos. Debo añadir, finalmente, que la mayor parte de mis conocimientos detallados se refieren al sur de Asia.

utilizada en estos países. Esto es así porque la demanda adicional de mano de obra provocada por la industrialización no es sólo función de la rapidez del crecimiento industrial sino también del bajo nivel del que parte.

Si, como resulta obviamente racional a menudo, los recursos de capital de inversión y humanos (ambos siempre limitados, aun si los países desarrollados concedieran una ayuda mucho mayor que hasta ahora) se invierten en gran medida en industrias muy modernas, de gran escala, será pequeña la demanda adicional de mano de obra. Además, cuando la industrialización comprende la racionalización de industrias más tempranas, más intensivas en mano de obra, y cuando éstas ya no pueden competir con las industrias nuevas, el efecto neto sobre la demanda de mano de obra puede ser negativo: en este caso la industrialización libera más mano de obra que la empleada por ella. Desde este punto de vista el desarrollo industrial para la exportación y para la sustitución de importaciones tiene una ventaja adicional a las que suele reconocérsele. Pero ningún país subdesarrollado puede industrializarse exclusivamente de acuerdo con estos lineamientos. Esto implica que en las primeras etapas de la industrialización hay siempre efectos de "estela" que disminuyen, eliminan o aun invierten los esfuerzos tendientes a la creación de nuevos empleos.

En un estudio del desarrollo en las Repúblicas de la Unión Soviética del Asia Central realizado por la Secretaría de la Comisión Económica para Europa, se encontró que a pesar de la fuerte industrialización la fuerza de trabajo empleada en las manufacturas disminuyó durante más de dos decenios, hasta que la base industrial se hizo tan grande que la continuación de su rápido avance produjo un incremento correspondiente de la demanda de mano de obra. De igual modo, una comparación de las cifras censales de 1950 y 1960 en la India —un país que no sólo promovió la industrialización sino que la orientó hacia la sustitución de importaciones en tanto que protegía sus manufacturas tradicionales— muestran que la industrialización casi no tuvo efecto alguno sobre la proporción de la fuerza de trabajo dedicada a la agricultura.

La explosión demográfica

El hecho de que durante muchos decenios futuros la industrialización no creará mucho empleo neto adicional en los países subdesarrollados que tienen una base industrial pequeña, debe considerarse ahora en unión del hecho de que en el mismo periodo la fuerza de trabajo de todos los países subdesarrollados aumentará más de un 2 % anual, y en algunos países mucho más. En relación con esto debe advertirse que una disminución de la tasa de natalidad, sobre todo una disminución gradual, no tiene efecto sobre

el tamaño de la fuerza de trabajo durante quince años, y sólo un efecto muy secundario durante tres decenios por lo menos.

En este punto conviene señalar que no sólo *no* habrá una disminución espontánea de la fecundidad en los países subdesarrollados, sino que tal disminución sólo podría lograrse por una política de planeación familiar patrocinada por el gobierno; todavía no se sigue en ningún país tal política con eficacia suficiente para producir resultados considerables. Además, el porcentaje creciente de jóvenes en las poblaciones de los países subdesarrollados implica un impulso enorme hacia mayores tasas de natalidad. Sin embargo, aun si una política de difusión del control natal puede tener escaso efecto sobre el tamaño de la fuerza de trabajo durante tres decenios, tendrá efectos inmediatos y benéficos sobre la distribución etaria y, en consecuencia, sobre el nivel del ingreso *per capita*, la potencialidad de ahorro y la productividad de la mano de obra. Así pues, es de gran importancia y urgencia la política citada. Pero es enteramente injustificado equiparar, como se hace con frecuencia, el problema del incremento demográfico y el problema de "encontrar empleo" a la generación siguiente, para la que el aumento de la fuerza de trabajo es una cantidad dada, casi enteramente independiente de lo que ocurra con la fecundidad.

La conclusión es evidente: si durante varios decenios la industrialización puede generar poco o ningún empleo nuevo, mientras por otro lado subsiste la seguridad de que la fuerza de trabajo aumentará del 2 al 4 % anual, la mayor parte de este incremento de la fuerza de trabajo debe permanecer fuera de la industria, sobre todo en la agricultura. En este punto debo expresar mi sorpresa por el hecho de que estas realidades tan simples no hayan sido advertidas por los economistas que constantemente se refieren a la industrialización como el medio para emplear fuera de la agricultura el aumento de la fuerza de trabajo de los países subdesarrollados; en realidad, a menudo hablan de disminuir la fuerza de trabajo empleada ahora en la agricultura. Los otros efectos de difusión que suelen considerarse en los análisis en que la industrialización aparece como la fuerza dinámica de la economía de un país subdesarrollado operan, según se supone, elevando el nivel del interés y el conocimiento técnicos, la movilidad, la inclinación al experimento y el cambio, el espíritu de empresa y la racionalidad aun fuera de la industria. Por desgracia estos efectos de difusión dependen otra vez de los niveles ya alcanzados en estas áreas. La experiencia de muchos países subdesarrollados en la época colonial, en que grandes impulsos de industrialización produjeron enclaves extraños y aislados, debería constituir una prevención suficiente en el sentido de que estos efectos tenderán a ser pequeños. Me parece que existe el peligro de que en sus esfuerzos por impulsar la industrialización muchos

países subdesarrollados estén logrando el mismo resultado de la construcción de pequeños enclaves dentro de una economía mucho mayor que permanece atrasada y estancada. En otras palabras, lo que estoy defendiendo es un plan mucho más amplio, un plan diseñado para abarcar la planeación y la reforma agrícola efectivas.

Desarrollo agrícola

Quiero recalcar que estas observaciones no constituyen un argumento en contra de la industrialización más rápida posible. A lo sumo constituyen un argumento en pro de que se empiece lo antes posible y se proceda con la mayor rapidez posible para llegar cuanto antes al final del periodo de transición, ese largo periodo en que la industrialización no sirve significativamente para crear empleos y sus efectos de difusión siguen siendo mínimos. Pero la conciencia de estos hechos debe constituir un estímulo para que se hagan esfuerzos serios en otras direcciones. Esto es particularmente necesario en las condiciones actuales del subdesarrollo, cuando debe hacerse todo lo posible para evitar que el desarrollo industrial se vea frustrado y finalmente abortado. En realidad, a falta de tales planes de desarrollo en un frente más amplio, es muy probable que ni los esfuerzos de industrialización más vigorosos puedan impedir el aumento de la miseria, sobre todo en los países más pobres. La agricultura es con mucho el sector más extenso de las economías de todos los países subdesarrollados. Normalmente más de la mitad —y en la mayoría de los países subdesarrollados cualquier cifra hasta llegar al 80 %— de la población total obtienen su subsistencia de la tierra. La causa inmediata de la pobreza, y por ende del subdesarrollo, es en estos países la productividad sumamente baja de la mano de obra en la agricultura. Es una ilusión peligrosa la creencia de que puede haber algún desarrollo económico importante en estos países sin aumentar en gran medida la productividad de la mano de obra agrícola.

Dados los dos hechos de un aumento de la fuerza de trabajo —cuya continuación podemos pronosticar con seguridad hasta el fin de este siglo— y de una demanda de mano de obra constante, si no es que en efecto decreciente, provocada por la industrialización, es inevitable una importante conclusión de política, a saber: que toda política agrícola realista debe contar con un aumento enorme de la fuerza de trabajo agrícola. Durante el periodo considerable en que la industrialización sólo crea un empleo nuevo insignificante, la parte de la mano de obra excedente en la agricultura que se refugia de la pobreza y la opresión agrarias huyendo a las ciudades se caracterizará por la misma subutilización de la mano de obra que en la agricultura: se dedicará sobre todo al

comercio al menudeo y los servicios de diversas clases, o se sumará a los buscadores de trabajos insólitos, los desempleados y los mendigos. Por desgracia la urbanización en los países subdesarrollados en cualquier escala no se equipara, ni puede equipararse, a la industrialización.

La conclusión de que la planeación debe tomar en cuenta un aumento muy rápido de la fuerza de trabajo agraria se convierte en un reto más grave en vista de que la fuerza de trabajo actual está subutilizada en gran medida, una situación que se conoce popularmente como "subempleo". En consecuencia, una política agrícola racional debe orientarse hacia la utilización más intensa de un fuerza de trabajo subempleada que aumenta en forma constante y rápida. Podemos advertir de paso que ésta es una necesidad que por diversas razones no afronta ninguno de los países altamente desarrollados de la actualidad, o no afrontó durante su desarrollo. De nuevo me sorprende que esta conclusión tan obvia sea subrayada con tan poca frecuencia.

Reforma agraria

En un artículo corto no puedo examinar las consecuencias de esta conclusión para la planeación agrícola, sino sólo señalar que el éxito del desarrollo agrícola requiere una tecnología enteramente nueva en los países subdesarrollados. Todavía no se ha elaborado ninguna base científica, fundada en una investigación intensiva y que tome en cuenta las condiciones climáticas de las zonas tropicales y subtropicales de la mayoría de los países subdesarrollados.

Estos países, y con ellos el resto de la humanidad, no pueden fallar en la tarea de lograr un uso más intensivo de una fuerza de trabajo agrícola subempleada y rápidamente creciente. Sin embargo, hay un rayo de esperanza: la productividad actual de la tierra en los países subdesarrollados es sumamente baja. En consecuencia, debe haber medios para lograr que un aumento muy grande del insumo de mano de obra y de su eficiencia aumente los rendimientos por hectárea en proporción mucho mayor.

Cuando hayamos entendido esto deberemos afrontar el hecho de que el obstáculo principal para tal adelanto es político e institucional. En muchos países subdesarrollados el poder se encuentra en manos de reaccionarios que tienen, o creen tener, un interés en evitar los cambios de la propiedad y la tenencia de la tierra que permitirían al campesinado cobrar conciencia de su situación y cambiarla. Aun en los países que cuentan con líderes nacionales ilustrados, los terratenientes, los prestamistas y otros intermediarios utilizan con frecuencia su poder localmente para violar las reformas legislativas. Y los campesinos, hundidos en la

apatía, la ignorancia y la superstición, no sólo causadas sino sostenidas por su pobreza, no protestan a causa de esta misma apatía.

Sobre esto hay consenso general. La FAO ha estudiado el problema, y constantemente se aprueban en el Consejo Económico y Social y en la Asamblea General de las Naciones Unidas resoluciones en favor de la reforma agraria y medidas similares. Pero en la práctica se logra poco en la mayoría de los países subdesarrollados. Debido al incremento sostenido de la fuerza de trabajo agrícola —que, sin un desarrollo económico rápido, está causando por sí misma creciente desigualdad—, se está gestando una situación muy peligrosa. Es igualmente peligrosa la resistencia de muchos expertos agrícolas a presionar en serio por esta cuestión, y su tendencia a evadirla refugiándose en cuestiones tecnológicas. Esta es otra práctica derivada de las tradiciones coloniales. La Campaña de Libertad del Hambre de la FAO ha puesto de manifiesto la productividad en extremo baja de la mano de obra y la tierra en los países subdesarrollados. Países con poblaciones de cientos de millones de habitantes, como la India y el Paquistán —ambos con más de dos tercios de su fuerza de trabajo empleados en la agricultura— están desnutridos y dependen cada vez más de la caridad norteamericana para alimentarse. En los decenios recientes la producción de alimentos en el total del sur de Asia ha pasado de superavitaria a deficitaria. Las experiencias trágicas en la América Latina durante la posguerra, sus grandes inflaciones y su desarrollo retardado, no dejan de relacionarse con el hecho de que intereses creados hayan obstruido hasta ahora la mayor parte de las reformas agrarias principales de las que dependen el desarrollo agrícola y sus efectos benéficos o perjudiciales para el desarrollo industrial.

La FAO ha calculado que cerca de la mitad de la población del mundo sufre hambre o grave desnutrición, o ambas cosas —y esta mitad vive en los países subdesarrollados. En estos países las masas de los desnutridos son campesinas. Tomando en cuenta los incrementos futuros de la población, la FAO calcula que el abasto total de alimentos debe duplicarse para 1980 y triplicarse para 2000, a fin de proveer un nivel razonable de nutrición a la población del mundo. Mis propios estudios me llevan a creer que ésta es una subestimación más bien que lo contrario.

Dos cosas están claras. Primero, que la mayor parte de este aumento de la producción alimentaria debe ocurrir en los países subdesarrollados, lo que implica una reversión aguda de la curva actual de su desarrollo agrícola. Segundo, el hecho de que no alcanzar esta meta implica una catástrofe mundial de proporciones terroríficas.

Planeación superficial

Es en esta luz que podemos ver el peligro de considerar la industrialización como una panacea para los problemas del subdesarrollo. El peligro es mayor aún porque esta creencia provee a los intereses creados (y a muchos pensadores interesados) de una excusa para no afrontar los problemas reales y difíciles implicados. Si la imagen de la industrialización puede presentarse como el requerimiento esencial para lo que el pensamiento interesado llama el "despegue" hacia el crecimiento "autosostenido", estos intereses no tienen que preocuparse por la falla en cambiar las condiciones económicas y sociales de la tierra o en aumentar la productividad agrícola. Es mucho más fácil construir fábricas, a menudo con ayuda extranjera en capital y técnicos, que cambiar las condiciones sociales y económicas de la agricultura y las actitudes hacia la vida y el trabajo de millones de campesinos agobiados por la pobreza. Y dado que nadie puede estar en contra de la industrialización, esto refuerza los argumentos de quienes ocupan posiciones de influencia en el mundo subdesarrollado, que con frecuencia tienen intereses personales directos en la industrialización.

Esta línea de pensamiento es estimulada por la tendencia hacia la planeación superficial que puede observarse en el razonamiento prejuiciado y descuidado acerca de las prioridades. Los hechos que he señalado, y las conclusiones que he obtenido, me llevan a conceder primera prioridad a la agricultura en toda discusión acerca de las prioridades en estos términos. Pero esta línea de razonamiento supone que hay una elección en que las respuestas son mutuamente excluyentes. Este supuesto es en general falso, o por lo menos sólo cierto en parte.

Primero, las reformas institucionales necesarias no son costosas ni en recursos escasos de capital ni en divisas. Además, muchas de las inversiones necesarias en la agricultura son muy intensivas en mano de obra, lo que movilizaría a la fuerza de trabajo subutilizada para toda clase de mejoras permanentes de la tierra. Se ha hablado mucho acerca de esto pero se ha actuado poco. De igual modo, los esfuerzos tendientes a elevar los niveles de educación, salud e higiene, no requieren un gasto pesado de capital o de divisas. En la mayoría de los países subdesarrollados estos esfuerzos han sido muy débiles, aun considerados exclusivamente desde el punto de vista de la productividad, es decir en cuanto a su eficacia potencial para liberar al campesinado de su apatía y su irracionalidad tradicional. Conforme estas y otras reformas requieran la inversión de capital y de divisas, tal inversión sirve a la industrialización —la construcción de fábricas productoras de fertilizantes y de maquinaria agrícola—, además de ser necesaria para todo plan racional de desarrollo y altamente productiva.

En los pocos países subdesarrollados que han alcanzado formas de planeación más avanzadas y han subrayado la necesidad de la industrialización, la conclusión de mi análisis en este punto *no* es que deberían haber obrado de otro modo, sino que deberían orientar este hincapié hacia la ventaja máxima para el desarrollo agrícola, que tiene importancia fundamental para el éxito o el fracaso de su desarrollo económico. Sin embargo, mi conclusión principal es que la industrialización por sí sola es insuficiente. Aún más importante es el hecho de que debe afrontarse de plano —con rapidez y en forma radical— el problema de la elevación de la productividad de la mano de obra y la tierra. Si se relega esta cuestión, si no se le concede más que una "prioridad" secundaria, este tipo de planeación estará cortejando su propia derrota, por mucho que sea su éxito temporal en la construcción de algunas fábricas.

[En la parte siguiente el autor examina la falta intrínseca de igualdad en la posición de las llamadas "sociedades en desarrollo" en el mercado mundial y la necesidad de contrarrestarla con un "patrón doble de moralidad en cuanto a las políticas comerciales y financieras, que, por una vez, favorezca al débil y no al fuerte". Comp.]

No debe olvidarse que la gran mayoría de las exportaciones de los países subdesarrollados son exportaciones tradicionales, y que la mayor parte de estas exportaciones consisten en productos agrícolas que representan cerca del 70 % de sus exportaciones totales. Es una ilusión creer que pueda lograrse algún mejoramiento sustancial en la posición de los países subdesarrollados en el comercio internacional sin atacar el problema de la *defensa de sus mercados de exportaciones tradicionales* que, durante años y quizá decenios, constituirán el grueso de sus ventas.

La causa principal del empeoramiento de la posición de los países subdesarrollados en el comercio internacional reside en una disminución del crecimiento de la demanda de sus exportaciones tradicionales, y en particular de los productos agrícolas. En la medida en que esto se ha debido a la baja elasticidad-ingreso de la demanda y al cambio tecnológico la tendencia es irreversible. Pero en cierta medida se debe a las cargas fiscales que bajan el consumo aun de productos tropicales como el café, cuyas importaciones no compiten con la producción doméstica, y a otras formas de protección directa o indirectamente perjudiciales para estas exportaciones.

Dos cosas pueden pedirse a los países industriales avanzados que se encuentran en proceso de desarrollo rápido y por ende podrían concederlas. Primero, que estén dispuestos a eliminar todos los gravámenes e impuestos puramente fiscales establecidos sobre las exportaciones de los países subdesarrollados. Segundo, que rebajen y finalmente eliminen las barreras comerciales pro-

teccionistas que han erigido y que limitan en forma directa o indirecta la demanda de importaciones provenientes de los países subdesarrollados. Debemos reconocer que los países avanzados pueden necesitar un periodo de transición para satisfacer esta última demanda —aunque no la primera—, ya que implica una contradicción de la producción interna. A largo plazo, tales ajustes estructurales al uso de su propia fuerza de trabajo y de su capacidad productiva estarían de acuerdo con sus intereses racionales, ya que en general no les conviene atar recursos en estos sectores de la producción.

Otra cosa que deseo subrayar es la importancia extrema del incremento de la multilateralidad, por lo menos en lo que toca a la ayuda de la FAO en alimentos y otros productos agrícolas para los países subdesarrollados, para que los países con excedentes actuales o potenciales se vean *protegidos, en realidad estimulados, en la producción de productos agrícolas para este tipo de exportación.* De otro modo sus capacidades potenciales de producción pueden permanecer subutilizadas, en particular cuando sus clientes naturales sean otros países subdesarrollados escasos de divisas. La ayuda de los Estados Unidos y otros países ricos en productos agrícolas tiende inevitablemente a destruir sus mercados. Los países subdesarrollados no se encuentran en posibilidad de regalar sus exportaciones. La solución racional consistiría en dar a la nueva agencia experimental para la disposición de excedentes agrícolas, creada por la FAO, los fondos necesarios para pagar a tales países por sus exportaciones, aun si éstas se dan a su vez como ayuda otros países subdesarrollados.

Las políticas que he recomendado brevemente favorecen a los países avanzados —sobre todo si tomamos en cuenta el recrudecimiento de las tensiones internacionales creado por la continua frustración de los esfuerzos de desarrollo de los países subdesarrollados—, pero no es de esperarse que los países avanzados ejecuten estas políticas basados en la racionalidad y el idealismo. Es necesaria la presión de los propios países subdesarrollados. A medida que esta presión se vuelva cada vez más expresiva la racionalidad empezará a jugar un papel en la elaboración de políticas de los países avanzados. Pero la presión debe ser razonada y cuidadosamente dirigida a todas las cuestiones importantes. Sólo entonces se formularán políticas nuevas y eficaces para terminar con la lucha por el desarrollo de los países subdesarrollados.

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

La división de las referencias corresponde de cerca, pero no exactamente, a los títulos de los capítulos del texto. Sólo se incluyen fuentes en inglés.

Textos sistemáticos

B. Galeski, *Basic Concepts of Rural Sociology*, Manchester University Press, 1972.
E. R. Wolf, *Peasants*, Prentice-Hall, 1966.

Libros de lecturas generales

G. Dalton (comp.), *Tribal and Peasant Economies*, Natural History Press, 1967.
J. M. Potter, M. M. Díaz y G. M. Foster (comps.), *Peasant Societies: A Reader*, Little, Brown, 1967.
P. A. Sorokin, F. F. Zimmerman y C. J. Golpin (comps.), *Systematic Source Book in Rural Sociology*, Russell & Russell, 1965.

Generales: la estructura social campesina

I. Ajarni, "Social classes, family demographic characteristics and mobility in three Iranian villages", *Sociologia Ruralis*, vol. 9, 1969, núm. 1. Diferenciación y movilidad socioeconómica en la sociedad rural.
R. Dumont, "Lands Alive", *Monthly Review Press*, 1965. Un examen de las condiciones sociales existentes en una gran diversidad de sociedades rurales por todo el mundo.
L. A. Fallers, "Are African cultivators to be called peasants?", *Current Anthropology*, vol. 2, abril de 1961, núm. 2. Importante para un examen general del campesinado como estructura social específica.
Fei Hsiu-Tung, "Peasantry and gentry", *American Journal of Sociology*, vol. 52, 1946, pp. 1-17. Un análisis excelente del campesinado y los terratenientes tradicionales de China antes de la industrialización.
R. Firth, *Malayan Fishermen: Their Peasant Economy*, Routledge & Kegan Paul.
G. M. Foster, "Interpersonal relations in peasant society", *Human organization*, vol. 19, 1960. Análisis crítico de los estudios de Redfield de una comunidad pequeña.
S. H. Franklin, "Reflexion on peasantry", *Pacific Viewpoint*, vol. 3, 1962. Examen general del campesinado como estructura social.
J. M. Halpern, *The Changing Village Community*, Prentice-Hall, 1967.
R. H. Hilton, "Manor" y "Serfdom and villeinage", *Encyclopaedia Britannica*. Un examen importante del campesinado y los terratenientes tradicionales en Europa occidental.
G. C. Homans, *English Villagers of the Thirteenth Century*, Harvard University Press, 1942. Una investigación interesante del campesinado y los terratenientes tradicionales.

O. Lewis, *Pedro Martínez*, Vintage Books, 1964. Una autodescripción de la vida diaria de un campesino dentro de la sociedad mexicana rápidamente cambiante.
K. Marx, *Pre-Capitalist Economic Formations*, Lawrence & Wishart, 1964.
M. E. Opler, "The extensions of an Indian village", *Journal of Asian Studies*, vol. 16, 1956, núm. 1.
A. Pearse, *The Latin American Peasant*, Pall Mall Press, 1970.
R. Redfield, *The Little Community* y *Peasant Society and Culture*, University of Chicago Press, 1965. Dos largos ensayos que examinan respectivamente las características específicas de las pequeñas comunidades y las características genéricas del campesinado en diversos lugares y periodos.
H. Rosenfeld, "Property, kinship and power in the marriage system of an Arab village", J. Peristiany (comp), *Contribution to Mediterranean Sociology*, Mouton, 1968.
A. M. Shaw y M. N. Strinwas, "The myth of the self-sufficiency of the Indian village", *Economic Weekly*, septiembre de 1960. Examen de los lazos sociales externos (políticos, económicos y culturales) de una comunidad aldeana contemporánea.
R. Stavenhagen, "Changing functions of the community in underdeveloped countries", *Sociologia Ruralis*, vol. 4, 1964, núm. 3-4.
E. R. Wolf, "Types of Latin American peasantry: a preliminary discussion", *American Anthropologist*, vol. 57, 1955. Examen de subtipos regionales de la estructura social campesina.

La economía campesina

S. Barraclough y A. Domike, "Agrarian structure in the Latin American countries", *Land Economics*, vol. 62, 1966. Un examen global con acento particular en la tenencia de la tierra y la reforma agraria.
C. S. Belshaw, *Traditional Exchange and Modern Markets*, Prentice-Hall, 1965.
I. H. Boeke, *Economics and Economic Policy of Dual Societies*, Instituto de Relaciones Pacíficas, 1953. Un examen del campesinado con acento particular en la economía campesina en el marco de la sociedad colonial y poscolonial.
A. V. Chayanov (1925), *Organizatsiya krest'yanskogo khozyaistva*. Traducida al inglés como *The Theory of Peasant Economy*, D. Thorner, R. E. F. Smith, y B. Kerblay (comps.), Irwin, 1966. La exposición principal de pensamiento y teoría de la escuela que trata a la economía campesina como cualitativamente específica.
R. Firth, "Indo-Pacific economic systems", *International Social Science Bulletin*, vol. 6, 1954, pp. 400-410. El efecto de la extensión de las relaciones monetarias y de mercado sobre la economía campesina.
— y B. S. Jamey (comps.), *Capital, Saving and Credit in Peasant Societies*, Allen & Unwin, 1964. Una presentación de opiniones en el sentido de que la economía campesina es esencialmente similar a la capitalista y debe tratarse en el mismo marco conceptual.
G. Gertz, *Agricultural Involution*, University of California Press, 1963. La interrelación de los aspectos geográficos y culturales de la agricultura.

M. Lipton, "The theory of the optimising peasant", *Journal of Development Studies*, abril de 1968. Un examen de la lógica del comportamiento económico típico del campesino en las condiciones de la agricultura específicamente campesina.
H. H. Mann, *The Social Framework of Agriculture: India, the Middle East, England*, compilado por D. Thorner, Verry, 1967.
S. Mintz, "Internal market systems as mechanisms of social articulation", V. F. Ray (comp.), *Proceedings of the 1959 Annual Spring Meeting of the American Ethnological Society*, University of Wisconsin Press, 1959.
— "Peasant markets", *Scientific American*, vol. 2/2, 1960.
M. Nash, *Primitive and Peasant Economic Systems*, Chandler Publishing Co., 1966. Un análisis sistemático que subraya el carácter específico de la economía campesina.
K. Polanyi, C. M. Arensberg y H. W. Parsons (comps.), *Trade and Market in the Early Empires*, Free Press, 1957. En las secciones pertinentes, un análisis iluminante del lugar del comercio y el mercado en el desarrollo de la sociedad humana.
T. Shanin, "The nature and change of peasant economies", *Transactions of the Third World Congress of Rural Sociology*, 1972.
G. W. Skinner, "Marketing and social structure in rural China", *Journal of Asian Studies*, vol. 24, 1964.
D. Warrriner, *Economics of Peasant Farming*, Oxford University Press, 1939. Un examen un poco obsoleto pero todavía muy bueno de los problemas comparativos de las economías campesinas, elaborado en forma fácilmente comprensible para los no economistas.
En la selección de lecturas de G. Dalton, *Tribal and Peasant Economies*, se tratan numerosos problemas básicos de la economía campesina.
Véase también la sección de la reforma agrícola.

La acción política campesina

H. A. Alavi, "The policies of dependence: a village in West Punjab", *South Asian Review*, vol. 4, núm. 2, 1971. La sociología política de las relaciones establecidas entre los campesinos y los grandes terratenientes.
M. Bequiri, *Peasantry in Revolution*, Cornell University Press, 1966. Particularmente interesante por su examen del liderazgo en las sociedades campesinas.
E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels*, Praeger, 1963. Formas de rebelión campesina en los siglos XIX y XX.
E. Jacoby, *Agrarian Unrest in South Asia*, Asia Publishing House, 1961. Un examen de los antecedentes y las formas de las revueltas y las tensiones implicadas en los problemas agrarios.
A. A. Landsberger, "The role of peasant movements and revolts in development: an analytical framework", *International Institute of Labour Studies*, boletín 4, febrero de 1968.
J. Lopreato y J. E. Saltzman, "Descriptive models of peasant society: a reconciliation from southern Italy", *Human Organization*, vol. 27, 1968. La estructura de clases en la sociedad rural.
D. Mitrany, *Marx against the Peasant*, Collier, 1961. Una selección de

análisis ideológicos del campesinado hechos por teóricos políticos, sobre todo marxistas.

Barrington Moore, Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Beacon Press, 1966; Penguin Books, 1969. Un examen iluminante del efecto de las relaciones de poder en el campo sobre el desarrollo político del mundo contemporáneo.

J. Petras y M. Zeitlin, "Agrarian radicalism in Chile", *British Journal of Sociology*, vol. 19, 1968, núm. 3, pp. 254-270. Un análisis comparativo de la acción política y legal en la sociedad rural.

T. Shanin, *The Awkward Class: Political Sociology of Peasantry in a Developing Society: Russia 1910-1925*, Clarendon Press, 1972.

R. Stavenhagen (comp.), *Agrarian Problems and Peasant Movements in Latin America*, Doubleday, 1970.

A. L. Stinchcaulse, "Agricultural enterprise and rural class relations", *American Journal of Sociology*, vol. 67, 1961-1962, pp. 165-176. Las clases en la sociedad rural.

P. Worsley, *The Third World*, Weidenfeld & Nicolson, 1967. Un examen del populismo enfocado como una ideología típica de las "sociedades en desarrollo", principalmente campesinas.

E. R. Wolf, *Peasant Wars of the Twentieth Century*, Harper & Row, 1969.

La cultura campesina

E. C. Banfield, *The Moral Basis of a Backward Society*, Free Press, 1958. El egocentrismo familiar y la suspicacia como las principales características culturales de la sociedad campesina del sur de Italia.

G. M. Foster, "The peasants and the image of limited good", *American Anthropologist*, vol. 62, 1965, núm. 2. Un examen básico de la cognición específicamente campesina de la realidad determinada por la oferta esencialmente definida y limitada de los productos de la tierra y la vida de una pequeña comunidad.

A. Lopreto, "Interpersonal relations in peasant society, a peasant view", *Human Organization*, vol. 21, 1962, núm. 1, pp. 21-24.

A. Pawelczynska, "Urbanisation and industrialisation as factors promoting the acceptance of urban cultural patterns by the rural areas", *Polish Sociological Bulletin*, vol. 2, 1964, pp. 116-133.

A. Pearse, "The instrumentality of education systems", *Transactions of the Sixth World Congress of Sociology*, vol. 2.

R. Trouton, *Peasant Renaissance in Yugoslavia, 1900-1950*, Routledge & Kegan Paul, 1952. La difusión de la educación y su efecto sobre la estructura social de las aldeas yugoslavas.

A. J. Wichers, "'Amoral familism', reconsidered", *Sociologia Ruralis*, vol. 4, 1964, pp. 167-181. Una crítica del "familismo amoral" de Banfield como una reflexión de la supresión del campesinado por las clases terratenientes locales.

Reforma y desarrollo agrícolas contemporáneos

G. Arrighi y J. S. Saul, "Socialism and economic development in tropical Africa", *Journal of Modern Africa Studies*, vol. 6, 1968. Un buen examen de las formas alternativas del crecimiento en las principales sociedades rurales africanas.

T. J. Byres, "The dialectics of the Indian Green Revolution", *South Asian Review*, vol. 5, núm. 2, 1972.

R. P. Dore, *Land Reform in Japan*, Oxford University Press, 1959.

R. Dumont, *False Start in Africa*, Deutsch, 1966.

C. Erasmus, "The upper limits of peasantry and agrarian reform: Bolivia, Venezuela and Mexico compared", *Ethnology*, vol. 6, 1967, núm. 4.

G. Huizer, "Community development, land reform and political participation", *American Journal of Economics and Sociology*, vol. 28, 1969, núm. 2.

A. Iwanska, "The impact of agricultural reform on a Mexican Indian village", *Sociologus*, N F, vol. 15, 1965, pp. 54-67.

E. H. Jacoby, *Interrelation Between Agrarian Reform and Agricultural Development*, FAO, Roma, 1951.

E. H. Jacoby, *Man and Land: The Fundamental Issue in Development*, Deutsch, 1970.

R. D. Stevens, H. A. Alavi y P. Bertowi (comps.), *Rural Development in Pakistan*, Michigan University Press, 1972.

D. Warriner, *Land Reform in Principle and Practice*, Clarendon Press, 1969.

P. Worsley (comp.), *Two Blades of Grass: Rural Cooperatives in Agricultural Modernization Societies*, Manchester University Press, 1971.

Algunas monografías sobre sociedades campesinas específicas

H. Ammar, *Growing up in an Egyptian Village*, Routledge & Kegan Paul, 1954.

C. M. Arensberg, *The Irish Countrymen*, Macmillan, 1937.

E. Fel y T. Hofer, *Proper Peasants* (Campesinos Húngaros), Wenner-Gren Foundation, Nueva York, 1968.

R. Firth, *Malayan Fishermen: Their Peasant Economy*, Kegan Paul, 1946.

H. W. Hutchison, *Village and Plantation Life in Northwestern Brazil*, University of Washington Press, 1957.

M. Marriott (comp.), *Village India: Studies in the Little Community*, University of Chicago Press, 1955.

P. Mayer, *Townsmen or Tribesmen* (campesinos-trabajadores africanos), Oxford University Press, 1961.

J. Myrdal, *Report from a Chinese Village*, Heinemann, 1965; Penguin Books, 1967.

M. Nash, *The Golden Road to Modernity: Village Life in Contemporary Burma*, Wiley, 1965.

T. C. Smith, *The Agrarian Origins of Modern Japan*, Stanford University Press, 1959.

J. Steward (comp.), *The People of Puerto Rico*, University of Illinois Press, 1956.

S. Tax, *Penny Capitalism: A Guatemalan Indian Economy*, Instituto Smithsonian, 1953.

E. Wolf, *Sons of the Shaking Earth* (Perú), University of Chicago Press, 1959.

C. K. Yang, *A Chinese Village in Early Communist Transition*, MIT Press, 1959.

Véanse también los estudios de Stirling (Turquía), Robinson (Rusia antes de la Revolución), Ayrout (Egipto), Franklin (Europa contemporánea), de cuyas obras se publican extractos en esta colección.

Reconocimientos

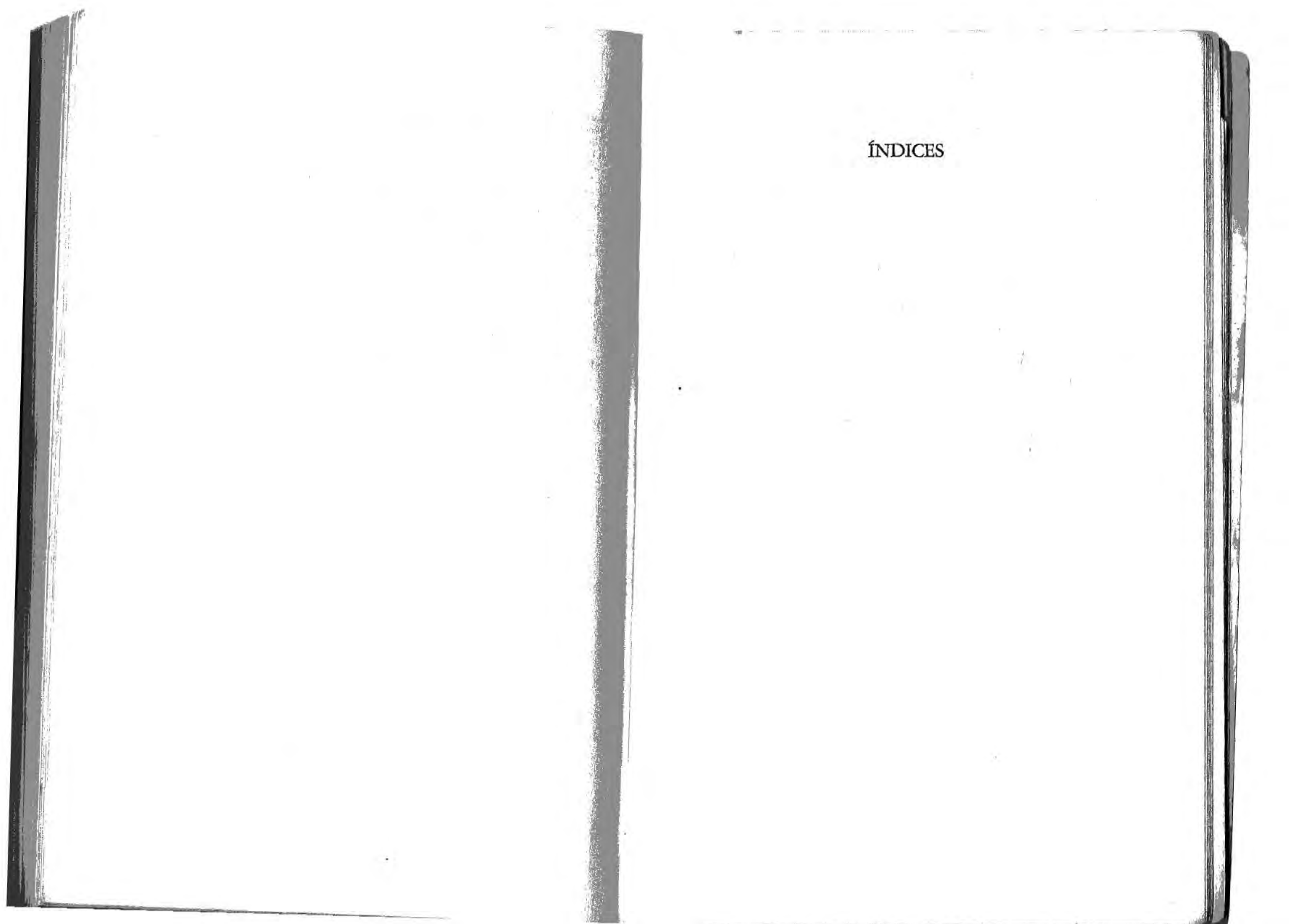
En el curso de la preparación de este volumen se ha recibido una abundante correspondencia que influyó profundamente en su contenido y su forma. Deseo expresar mi agradecimiento a todas las personas que me ofrecieron su ayuda y consejo:

Hamza A. Alavi (Paquistán Occidental, IDS, Brighton), Orlando Fals-Borda (Colombia, RISA, Ginebra), R. Buve (Universidad de Leiden), A. K. Constandse (Universidad Agrícola de Wageningen), Ronald P. Dore (IDS, Brighton), Vojislav Duric (Universidad de Novi Sad), Mathew Edel (MIT), Ray Emerson (Universidad de East Anglia), Raymond Firth (LSE, Universidad de Hawai), Shephard Forman (Universidad de Indiana), Harvey Franklin (Universidad de Victoria, Wellington), Boguslaw Galeski (PAN, Varsovia), Margaret Haswell (Universidad de Oxford), Pedro F. Hernandes (Universidad Estatal de Luisiana), Rodney H. Hilton (Universidad de Birmingham), G. P. Hirsch (Universidad de Oxford), Eric J. Hobsbawm (Birkbeck College, Londres), Tomas Hofer (Budapest), Gerrit Huizer (México, IILS, Ginebra), Eric H. Jacoby (FAO, IIES, Estocolmo), Jeremy Kemp (Universidad de Oxford), Harry A. Landsberger (Universidad de Carolina del Norte), Varda Langholtz (Londres), Michael Levy (Río de Janeiro, Universidad de Manchester), Joseph Lopreato (Universidad de Texas), Simon Mitchell (Universidad de Glasgow), Gunnar Myrdal (IIES, Estocolmo), Sutti Ortiz (LSE, Londres), Andrew Pearse (Santiago de Chile, St Antony's, Oxford), Vlado Puljiz (Universidad de Zagreb), Ignacy Sachs (EPHE, París), John Saul (University College, Dar-es-Salaam), Robert E. F. Smith (Universidad de Birmingham), M. M. Srinwas (Universidad de Delhi), Henri H. Stahl (Universidad de Bucarest), Rodolfo Stavenhagen (México, IILS, Ginebra), Elizabeth P. Taylor (AU, El Cairo, Universidad de York), Joan Thirsk (St. Hilda's, Oxford), Daniel Thorner (EPHE, París), K. E. Wadekin (IPWTH, Achen), Doreen Warriner (Universidad de Londres), W. F. Wertheim (Universidad de Amsterdam), Eric R. Wolf (Universidad de Michigan), Peter Worsley (Universidad de Manchester).

Estoy particularmente agradecido con Susan J. Robertshaw por su consejo, ayuda y paciencia. También deseo expresar mi agradecimiento al CREES, de la Universidad de Birmingham, por el auxilio técnico que me brindó.

Agradecemos a las fuentes siguientes el permiso concedido para la reproducción de las lecturas contenidas en este volumen:

Lectura 1	Dover Publications Inc.
Lectura 2	Clarendon Press
Lectura 3	Weidenfeld & Nicolson Ltd. y John Wiley & Sons Inc.
Lectura 4	Beacon Press
Lectura 5	Asociación Antropológica Norteamericana y Eric R. Wolf
Lectura 6	Andrew Pearse
Lectura 7	Centro Latinoamericano para Investigación en las Ciencias Sociales, y Ernest Feder
Lectura 8	Associated Book Publishers Ltd.
Lectura 9	John S. Saul
Lectura 10	Sociedad Europea para la Sociología Rural, y Boguslaw Galeski
Lectura 11	Associated Book Publishers Ltd.
Lectura 12	Basile Kerblay
Lectura 13	University of Texas Press y Manning Nash
Lectura 14	Macmillan Co.
Lectura 15	Academia Polaca de Ciencias, y Boguslaw Galeski
Lectura 16	Mouton & Co.
Lectura 17	Clarendon Press
Lectura 18	Lawrence & Wishart Ltd.
Lectura 19	*Sociological Review*
Lectura 20	UNESCO
Lectura 21	Academia Polaca de Ciencias
Lectura 22	Asociación Británica para el Adelanto de la Ciencia, y Frederick G. Bailey
Lectura 23	Sutti Ortiz
Lectura 24	Universidad of Chicago Press
Lectura 25 (ii)	Granada Publishing Ltd. y Grove Press Inc.
Lectura 25 (iii)	Oxford University Press
Lectura 26	Instituto Asiático de Investigación Económica y R. P. Dore
Lectura 27	*American Journal of Economics and Sociology*, y Gerrit Huizer
Lectura 28	*New Left Review*



ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE DE MATERIAS

ÍNDICE GENERAL

48923
BIBLIOTECA
HISTÓRIA - FFLCH
USP

Este libro se acabó de imprimir el día 19 de octubre de 1979 en los talleres de Gráfica Panamericana, S. C. L., Parroquia 911, México 12, D. F. Se tiraron 5 000 ejemplares y en su composición se utilizaron tipos Aster 10:12, 9:10, 8:9 y 7:8 puntos. Cuidó la edición Guillermo C. Escalante Amézquita

SERIE DE LECTURAS

DE

EL TRIMESTRE ECONÓMICO

TÍTULOS EDITADOS

1. Edmundo Flores, *Desarrollo agrícola.*
2. Héctor Assael, *Ensayos de política fiscal.*
3. Ensayos de A. Pinto, *Inflación: raíces estructurales.*
4. Leopoldo Solís, *La economía mexicana* (dos volúmenes).
5. Albert O. Hirchman, *Ensayos sobre desarrollo y América Latina.*
6. José Serra, *Ensayos críticos sobre el desarrollo latinoamericano.*
7. Alejandro Foxley, *Distribución del ingreso en América Latina.*
8. Miguel S. Wionczek, *La sociedad mexicana: presente y futuro.*
9. K. J. Arrow y T. Scitovsky, *Lecturas sobre economía del bienestar* (dos volúmenes).
10. Francisco Orrego Vicuña, *Ensayos sobre derecho internacional económico* (dos volúmenes).
11. Eduardo García D'Acuña (Instituto de Economía de Chile), *La planificación del desarrollo en América Latina.*
12. Max Nolff, *Desarrollo industrial latinoamericano.*
13. Eduardo Lizano, *Integración económica centroamericana* (dos volúmenes).
14. Ernest Feder, *La lucha de clases en el campo.*
15. Luis Unikel y Andrés Necochea, *Desarrollo urbano y regional en América Latina. Problemas y políticas.*

16. C. F. Díaz-Alejandro, Simón Teitel y Víctor Tokman, *Política económica en centro y periferia* (Ensayos en homenaje a Felipe Pazos).
17. Banco de México, *Cincuenta años de banca central. Ensayos conmemorativos.*
18. G. C. Harcourt y N. F. Laing, *Capital y desarrollo.*
19. S. Andic y S. Teitel, *Integración económica.*
20. D. M. Lamberton, *Economía de la información y del conocimiento.*
21. E. K. Hunt y J. G. Schwartz, *Crítica de la teoría económica.*
22. A. Nove y D. M. Nuti, *Teoría económica del socialismo.*
23. Richard Layard, *Análisis costo-beneficio.*
24. Stanford L. Optner, *Análisis de sistemas.*
25. Banco de México, *Los premios Nobel de economía.*
26. Camilo Dagum, *Metodología y crítica económica.*
27. W. Edwards y A. Tversky, *Toma de decisiones.*
28. A. Sen, *Economía del crecimiento.*
29. T. Shanin, *Campesinos y sociedades campesinas.*

TÍTULOS EN PRENSA Y EN PREPARACIÓN

F. Fajnzylber, *Internacionalización e industrialización: América Latina.* René Patricio Villarreal, *Comercio y finanzas internacionales.* Antonio García, *Desarrollo agrario.* Osvaldo Sunkel, *Dependencia, estructuralismo y desarrollo.* Fernando Rosenzweig, *Lecturas sobre historia económica de México.* Colegio de México, *Estudios demográficos y de población.* Constantino V. Vaitsos, *Tecnología para el desarrollo.* Ricardo Ffrench-Davis, *Lectura sobre comercio internacional.* L. Rosenberg, *La economía del cambio tecnológico.* Fernando Henrique Cardoso, *Ensayos sobre dependencia en América Latina.* R. Robertson, *Sociología de la religión.* M. Anderson, *Sociología de la familia.* Raúl Prebisch, *Trabajos seleccionados* (dos volúmenes). Rolando Cordera, *Desarrollo y crisis de la economía mexicana.* José Villamil, *Crecimiento dependiente.* Luciano Tomassini, *Las relaciones internacionales de la América Latina.* Óscar Soberón, *Antología del pensamiento económico latinoamericano.* Armando di Filippo, *Estilos de desarrollo en la América Latina.* Alejandro Foxley, *Los programas de estabilización en la América Latina.*

PROCEDÊNCIA Dragone
AQUISIÇÃO compra ... O 950,00
DATA DE ENTRADA 16/10/82 TOMBO 48923

FACULDADE DE FILOSOFIA, LETRAS E CIÊNCIAS HUMANAS.
BIBLIOTECA: HISTORIA
300
S528c
48923
SHANIN, Teodor
Campesinos y sociedades campesina